Cristóbal Jodorowsky

El Collar del Tigre

Psicochamanismo y Vida

Cristóbal Jodorowsky Trumblay

Psicochamán, psicomago, masajista iniciático, poeta, pintor, creador teatral, y ante todo un ser humano con un caudaloso y atribulado camino espiritual a sus espaldas.

Desde niño recibió lecciones chamánicas de magos y espiritistas como la célebre curandera mexicana "Pachita", en un recorrido vital que acompañaron los más inauditos maestros espirituales y artísticos, monjes budistas, trasvestidos, prestidigitadores, enanas y mancas.

Durante veinte años trabajó como asistente de su padre: Alejandro Jodorowsky, junto al que ha realizado un intenso trabajo de sanación genealógica y psicomágica. Cristóbal Jodorowsky ha recorrido el mundo visitando chamanes de México, Colombia, Venezuela, Perú, Indonesia, Filipinas e India, con cuyas técnicas ha perfeccionado y ampliado las técnicas terapéuticas del psicochamanismo, y creado la del psicorritual. Como actor, se formó en la escuela del mítico mimo Marcel Marceu, en el Actor Studio con John Strasberg, y fue protagonista de la película de culto: 'Santa Sangre'.

En la actualidad vive en París e imparte talleres y seminarios en varios países de Europa y Latinoamérica.

El collar del tigre
Psicochamanismo y vida

Índice

Árbol genealógico de los Jodorowsky Trumblay 10

PRÓLOGO INICIÁTICO 11

1. EL NIÑO INVISIBLE 17
DOCTOR JEKYLL Y MISTER HYDE 19
MI BISABUELO COSACO 27
EL ASESINO DE GATOS 35
UNA NINFÓMANA EN LA CORTE 41
EL VIOLÍN FANTASMA 48
REGRESO A TOCOPILLA 54
APÉNDICE 1 EL PSICORRITUAL DE NACIMIENTO 56

2. EL CÁNEK MARTÍNEZ 63
MI PRIMERA CEREMONIA VUDÚ 65
TIERRA Y LIBERTAD 71
EL RIFLE DE PLATA 81
EL APICULTOR BENDITO 89
UN PERRO ENTRE LAS TUMBAS 95
APÉNDICE 2 ESPÍRITUS, FANTASMAS, DEMONIOS Y ENTIDADES 97

3. EL MALIGNO Y LA SANTA MANCA **106**
REALIZAR LO IRREALIZABLE 108
EL TIRÓN FUTURO 117
LA SANTA MANCA 126
TRES BRAZOS CORTADOS 134
VEINTE AÑOS NO ES NADA 145
APÉNDICE 3 EL CUERPO FANTASMA 147

4. LA PEQUEÑA MONTAÑA, LA VIRGEN HERMAFRODITA Y EL PRESTIDIGITADOR **155**
ESPANTO ESPIRITUAL 157
MAXIMILIANO DE MONTOYA 164
EL ARTE DE LA PAZ 173
UNA RACIÓN DE KYOSAKU 181
APRENDER A DESVANECERSE 189
APÉNDICE 4 EL FINAL DE PAPÁ Y MAMÁ 192

5. LAS SIRVIENTAS MAESTRAS Y EL NIÑO ONIRONAUTA **201**
UN EDÉN EN LA AZOTEA 203
EL DESPERTAR LÚCIDO 210
CUADERNO DE SUEÑOS SAGRADOS 218
SIGNOS ONÍRICOS 224
SUEÑOS MAESTROS 231
EL SUEÑO SIN SUEÑO 240
APÉNDICE 5 UN CAMINO AL DESPERTAR 242

6. EL REVÓLVER DE JAIME **249**
DIOS ES CANÍBAL 252
DIEZ CINTURONAZOS 259
SUELAS DE BAILARÍN 266
UN FANTASMA EN EL RÍO 276
MIL GENERACIONES FELICES 282
APÉNDICE 6 MUERTE Y RESURRECCIÓN 284

7. EL NIÑO VAMPIRO Y LA BESTIA SAGRADA **289**
EL PEQUEÑO SEPULTURERO 291
UN GUERRERO PACIFISTA 298
EL CARNICERO POETA 307
CALLAR 316
MOVER LA MONTAÑA 323
APÉNDICE 7 ¿EL INCONSCIENTE? 325

8. LAS MIL Y UNA CARAS DE LA INVISIBLE INMENSIDAD **331**
EL VIENTRE DEL LAGARTO 334
ESENCIAS PARA SANAR 344
LOS DIOSES DEL ARENA 351
EL HERMANITO 360
VENCER ES AMAR 368
LA MONTAÑA DE LUZ 375
APÉNDICE 8 EL CAMINO DEL PSICOCHAMÁN 379

9. EL COLLAR DEL TIGRE **386**
TERRORISMO ARTÍSTICO 389
LA DIOSA ASESINA 400
TIEMPO DE CAÍDAS 410
EL HACHA DE ORO 419

AGRADECIMIENTOS 427

ADVERTENCIA 428

Galería Fotos **429**

A Cassis, amada mujer.
A Damián, Dante e Iris Jodorowsky, amados hijos.
A Brontis, Adán, Eugenia y Teo, amados hermanos.
A Valerie y Alejandro, amados padres.
Y a Emilia Josefina Blondel.

<table>
<tr><td colspan="2">Brontis
{Alma} {Rebeca}</td><td colspan="2">Eugenia
{Noemí}</td><td colspan="2"><u>Cristóbal</u>
{Damián} {Dante} {Iris}</td><td colspan="2">Teo
{Jade, hija de Teo}</td><td colspan="2">Adán</td></tr>
<tr><td colspan="6">Valerie Trumblay Behrens {Alain, hermano de Valerie}</td><td colspan="4">Alejandro Jodorowsky Prullansky {Raquel, Piroshka y Benjamín, hnos de Alejandro}</td></tr>
<tr><td colspan="3">Sheila Behrens King</td><td colspan="3">Carlos el Cánek Martínez Trumblay</td><td colspan="2">Sara Felicidad Prullansky Arcavi</td><td colspan="2">Jaime Jodorowsky Groismann (Lola, Fanny, Benjamín y José -muerto a los 24-, hermanos de Jaime</td></tr>
<tr><td colspan="2">Mary Agnes King</td><td colspan="2">Heinrich Behrens Kaufmann</td><td colspan="2">Victoria Rangel, la Cachiporra</td><td colspan="2">Carlos Martínez</td><td>Jashe Arcavi (tuvo un hijo llamado José, murió joven)
Shoske (parió despúes de Jashé y tmb puso José a su hijo)</td><td>Alejandro Prullansky (en realidad, un cosaco)</td><td colspan="2">Teresa Groismann</td><td colspan="2">Alejandro Jodorowsky Levi</td></tr>
<tr><td>Mary Wilde</td><td>Henry King</td><td colspan="2">Guite Kaufmann</td><td>Hans Behrens</td><td>Sonia</td><td>Eulalio Rangel</td><td>Clara Ortíz</td><td>Liberador Martínez</td><td>Sara Luz</td><td>Salvador Arcavi</td><td>Felicidad Arcavi</td><td>Ivan Prullansky</td><td>Raquel</td><td>Abraham Groismann</td><td>Lea</td><td>Jaime Levi</td></tr>
<tr><td></td><td></td><td>Inge Schultz</td><td>Heinrich Kaufmann</td><td colspan="12"></td></tr>
</table>

Árbol genealógico de los Jodorowsky Trumblay

PRÓLOGO INICIÁTICO

Cada árbol se conoce por su fruto.
Lucas 6:44

Cuando cumplí siete años, mi padre me llevó de la mano a su sagrada biblioteca sin decir una palabra y por primera vez viví un profundo contacto espiritual con él. Con unos precisos gestos esenciales —como en la tradicional ceremonia del té japonés— prendió un incienso, me hizo colocar de rodillas en posición de meditación, juntó mis manos a la altura del vientre con los pulgares unidos como si fueran una pequeña llama y se sentó frente a mí. Cuando terminó de acomodarse, fijó la mirada en un punto indeterminado del suelo, respiró hondo y, con una voz que parecía surgir del fondo de la tierra, me planteó mi primer koan.

—No comienza, no termina... ¿Qué es?

Me quedé sin habla. ¿De dónde surgía una pregunta tan extraña? ¿Cuál era su sentido? Sentí que si fracasaba perdería a mi padre para siempre. Me tembló el alma, se me revolvió el vientre y, desesperado, busqué una respuesta entre los surcos de mi mente. Pero ¿cómo podía alcanzar el *satori* —una súbita iluminación— aquel niño de tan sólo siete años? Uno puede demorarse toda una vida en despertar a su condición original, a su dios interior; así que, o me reventaba la mente por el esfuerzo sin encontrar las palabras adecuadas, o me convertía en un mutante: un niño tempranamente despierto.

El silencio que siguió me pareció eterno. Tímidamente, al fin me atreví a farfullar:

—Viene de allí y va para allí.

Mi padre me sonrió con satisfacción.

—Eres astuto. Mereces que te cuente el sentido de los koans.

Durante la hora que siguió, recibí una apasionada explicación sobre estas ancestrales preguntas utilizadas por los maestros del budismo zen como un modo de transmisión del conocimiento a sus discípulos. Su propósito consiste en revelar un nivel de experiencia directa no conceptual de la realidad y hacer florecer la sabiduría intuitiva en los iniciados. Se puede meditar sobre su significado durante años, pero hay maestros que te miran con insistencia y piden una respuesta inmediata. La solución en sí no tiene importancia, pero debe brotar espontáneamente y con autenticidad. Pues para responder: «¿Qué es el Buda?», tienes que vivir la budeidad. Aquel día no logré ninguna clase de iluminación espontánea, ni un despertar al dios interior, pero estoy seguro de que el deseo de vivir esa condición se alumbró en mí con la inextinguible llama del anhelo espiritual que a partir de ese momento guiaría mis pasos. En mi camino de despertar recibí la constante ayuda de toda clase de aliados y maestros que milagrosamente se fueron cruzando en mi vida desde que fui concebido: enanas, magos, trileros, niñeras sabias, monjes, chamanes, poetas, curanderos, travestidos... También mis padres fueron un puntal en mi educación: aquel primer encuentro cara a cara con Alejandro resultó crucial y nuestras sagradas sesiones de aprendizaje se multiplicaron. Junto a él comprendí que la belleza sana: su búsqueda convierte el arte en uno de los instrumentos de sanación más poderosos que existen. Gracias a sus lecciones, pude aprehender los tesoros de mi árbol genealógico. Pero también su amor paternal contenido, que tanto me faltó en mis primeros pasos y que tardó cincuenta años en liberar por completo. El koan siempre estuvo presente en sus enseñanzas y formaba parte de nuestro lenguaje cotidiano. Durante la infancia y adolescencia me planteó cientos de ellos. Yo aparecía corriendo ante él a cualquier hora, anunciándole entusiasmado: «¡Ya tengo la respuesta!». Entonces nos colocábamos en la misma posición de siempre, yo de rodillas y mi padre sentado, y me planteaba la pregunta, a la que yo respondía con algún que otro acierto y muchos pataleos por no encontrar la solución adecuada.

Mediante esta ceremonia, el budismo zen se implantó en mí como un vehículo afectivo con mi familia. Y así, a los trece años, mi padre me propuso un koan que para mí fue el más importante de todos:

—En un bosque hay un tigre feroz con un collar de diamantes. ¿Quién se lo pu-

ede quitar?

Resolver este koan me llevó treinta años durante los cuales le di todo tipo de respuestas. También, una tarde, llegué a su casa vestido de tigre y rugí. Otra vez me desnudé en la calle y, dándome manotazos en el pecho como lo hacían los monjes de antaño, grité al cielo: «¡No hay tigre en el bosque!». Cuando crecí un poco más, fui a verle y, lleno de emoción, le dije: «El que se lo puede quitar es aquel a quien el tigre ama». Y me fundí en un ataque de llanto. Quizás fueron bellas respuestas, pero nunca sentí que acertara del todo. Hasta que llegó el día en que comprendí que ese collar simbolizaba el sufrimiento con el que mis padres, a pesar de ellos mismos, me habían encarcelado en mis primeros años de vida.

Mi infancia fue un período de caída y resurrección, un víacrucis marcado por las heridas psíquicas que toda familia es capaz de estampar a fuego en el alma de un niño. Eran los años sesenta y setenta, una época de ruptura con la generación anterior, con el pasado y con las normas establecidas. En su viaje hacia una nueva educación, mis padres tuvieron aciertos, pero también desatenciones que hicieron de mí un niño sensible, atormentado, víctima de depresiones, de neurosis de fracaso, y con la sensación de arrastrarse por la vida como un inmundo gusano. Como explico en estas páginas, mis dificultades personales me llevaron a rozar la muerte a los treinta y un años. Y fue en ese preciso instante cuando decidí reorientar definitivamente mi destino. Retirarme el collar del tigre no sólo representaba solucionar mi compleja y dolorosa relación con los míos, sino ampliar mis límites cognitivos, hacerme cargo del inmenso collar genealógico, social, histórico y mítico de mi familia, así como el de mi humanidad interior. Dicho en un lenguaje chamánico, me tenía que *despojar*[1] de los códigos educativos, de las inhibiciones, repeticiones, mitos y conclusiones emocionales que se habían ido implantando en la memoria psíquica de mi estirpe desde hacía generaciones. Éste es el relato de cómo esas cicatrices de infancia fueron restañadas gracias a la psicomagia, el psicochamanismo y, posteriormente, el psicorritual, una forma de ópera sagrada o teatro psicochamánico a cuyo desarrollo he dedicado mis últimos años de búsqueda. Para llevar a cabo mis propósitos de sanación, también conté con otras llaves de conocimiento, como el Tarot o el masaje iniciático de nacimiento: senos espirituales de los que me nutrí desde la infancia y a los que, junto la pintura, la poesía y el teatro, me he dedicado hasta hoy. Para enriquecer todas estas artes he viajado por el mundo —y continúo haciéndolo— para conocer a curanderos y chamanes, de quienes aprendí sus lenguajes ancestrales para aplicarlos sobre las estructuras de la psique. Tuve

1 El despojo es una técnica chamánica consistente en limpiar el cuerpo del consultante con lociones sagradas que purifican el espíritu

la fortuna de asistir a rituales y ceremonias sagradas desde que era niño, pues mis padres me llevaban con ellos cuando visitaban a don Arnulfo Martínez, doña Gloria la abuelita, Soledad, don Ernesto, Carlos Said, don Rogelio, don Pancho, Magdalena, Pachita y tantos otros curanderos. Cada uno de ellos trabajó sobre mí, me limpió y me bendijo: de esa manera, pude incorporarlos. Así, aprendí a observarlos, a descodificar el funcionamiento de sus símbolos y a depurar las estructuras básicas de su trabajo.

Después, durante años, asistí a Alejandro en sus talleres, seminarios y búsquedas: esta labor fue una iniciación en la que aprendí a analizar cada gesto usado para solucionar las dificultades de sus consultantes. Pasados los años, me dediqué también a resolver dificultades de otros. Supongo que hubiera podido tomar esa herencia familiar y aplicarla en el mundo al pie de la letra, nombrándome heredero único como si me hubieran transmitido un «don». Pero decidí que ése no era mi camino: siempre he tenido presente una frase del maestro japonés Gichin Funakoshi: «Lo que aprendas por habérselo oído decir a otro, lo olvidarás fácilmente. Lo que aprendas con tu propio cuerpo, lo recordarás toda tu vida». Y resolví que tenía que averiguar si todas esas técnicas de Alejandro y los chamanes funcionaban realmente. Si mi padre inventó la psicomagia, yo decidí experimentarla sobre mi propio ser hasta sus últimas consecuencias. Se dice que un mago primitivo, el medicine man o el chamán, es antes que todo un enfermo que logró sanarse a sí mismo. Si iba a ayudar al mundo, primero tenía que ayudarme a mí. Si quería ser un psicomago o psicochamán, primero me tomaría mi propia pócima.

En este particular viaje del héroe a través de la psicomagia, el psicochamanismo y la liberación del dolor, la psicogenealogía —método de análisis del árbol genealógico— me ha resultado infinitamente valiosa para comprender hasta qué punto lo que pensaba, sentía o deseaba, mis movimientos, conflictos y enfermedades, podían también ser resultado y extensión de mi pasado familiar, social e histórico. La genealogía es un lenguaje de precisión matemática, un sistema de repeticiones con fechas, enfermedades, muertes, situaciones y nombres: mapas neurológicos que se recorren y transmiten de generación en generación. Aprender a pensarme genealógicamente fue como aprender a hablar otra lengua. Darme cuenta de que también somos una conciencia genealógica fue tan importante como saberme una conciencia individual, social, universal o divina.

Con la práctica, entendí que no basta con comprender el porqué de un conflicto: hay que actuarlo, darle una salida a la pulsión, al comportamiento repetitivo que nos dificulta la existencia. Así fue como se creó la psicomagia, el psicochamanismo

y, más adelante, la técnica que bauticé como psicorritual. La psicomagia me ayudó a operar sobre mis programas educativos. Es un arte sanador que trabaja con el símbolo y la metáfora, con la poesía y, esencialmente, con la belleza. Durante veinte años realicé cientos de actos psicomágicos sobre mí mismo y pude comprobar hasta qué punto muchos de nuestros procesos cerebrales son fundamentalmente simbólicos.

Entre sus múltiples funciones, el cerebro es un procesador no lógico, sino analógico. Para él no existe el tiempo: si estás vestido como un niño, tienes toda tu infancia sobre la piel. Por eso lloramos cuando tenemos recuerdos dolorosos, como si todavía estuviéramos viviendo el pasado en el momento presente. Aprovechando esta facultad, aprendí a mezclar en su justa medida la alquimia de los símbolos, creando metáforas precisas, y pude modificar mis códigos de conducta más arraigados: tuve acceso a mi ADN psicológico, es decir, a mi destino. Y así, transformándolo, logré poco a poco respirar en tanto que ser esencial.

Estas artes sanadoras no son sólo teorías puestas en práctica como técnicas que se aprenden y aplican a todos de la misma manera. Son un arte creativo, en el sentido en que cada ser es diferente y su mente vive según una lógica única; no se puede tratar igual a todos y, si lo haces, sólo recorres tu propio ego. Un acto psicomágico, un psicorritual, debe brotar de otra dimensión más allá de lo racional; y eso no se aprende ni se enseña, como no se puede enseñar a ser artista. Por eso he decidido mostrar, a lo largo de las páginas de El collar del tigre, multitud de ejemplos de actos realizados por personas que acudieron a pedirme consejo, a modo de una psicomagia práctica que, aplicada al pie de la letra y sin osadías, pueda contribuir a sanar situaciones similares a las descritas. Son actos relacionados en su mayor parte con la familia y sus dificultades, pues en ella he querido centrar este libro. También he sumado mis propias experiencias de sanación, además de toda mi herencia de cuentos y leyendas del budismo zen y otras historias místicas. El saber ancestral de tradiciones iniciáticas de la India o del mundo precolombino que mis maestros me transmitieron representa otro importante ingrediente de este particular viaje a mi infancia a través de la espiritualidad. En estas páginas he tratado de condensar toda la riqueza de mi educación y experiencia de vida, en un relato que no sólo se centra en describir las enseñanzas místicas y artísticas con que me criaron, sino en la metamorfosis por la que se produjo ese milagroso proceso de expansión personal que me ha convertido en un ser útil al mundo.

1. EL NIÑO INVISIBLE

El cuerpo no es más que un medio de volverse temporalmente visible.
Todo nacimiento es una aparición.
Amado Nervo

Cuando era niño el cuerpo me daba comezón y siempre tenía frío. Las mañanas clareaban mientras la marabunta de taxis escarabajo y cadillacs viejos interpretaba su sinfonía de bocinazos sin lograr despertarme. Al abrir los ojos rascándome, miraba encandilado por la ventana y, aunque en la Ciudad de México nunca hubo una clara diferencia entre el sueño y la vigilia, me gustaba imaginar que seguía soñando. Una vez creí ver caer la nieve y corrí hacia la ventana, pero los copos se habían evaporado al calor de los hornillos de los vendedores de tamales y atole. En su lugar brillaban las estrellas que los afilacuchillos ambulantes hacían danzar sobre sus piedras de diamante gris. Para los habitantes de aquella ciudad, el sol jamás dejaba que el frío calara los huesos. Nadie recordaba la última vez que había caído un copo de nieve en sus quebradas calles, pero yo las imaginaba vestidas de blanco para continuar durmiendo a salvo bajo las cobijas.

La banda sonora de la urbe desperezándose saturaba desde el alba mis oídos y me daba fuerzas para vencer al frío. Antes de irme a la escuela, me ponía dos pares de calcetines y guardaba en un pañuelo rojo los tres pesos que mi madre me daba cada mañana. Compartirlos era religioso para mí. Uno era para la cantante ciega de boleros y rancheras que se paraba al lado de la panadería y que yo escuchaba con un nudo de emoción en la garganta; el otro, para el niño lustrabotas

sin piernas que se ponía en la esquina de la casa y que, por ese precio, me dejaba los zapatos como un espejo a base de escupitajos. Con el tercero me compraba una torta en el mercado. Era delicioso empezar el día con el hipnótico olor a comida de sus paradas y dejándome mecer por una marea humana de charros, rumberas, curanderos, prostitutas y mendigos a la caza de una limosna. Me gustaba el barullo gritón de los vendedores de periódicos y el refulgir de los carteles luminosos de los restaurantes; y, sobre todo, me gustaba contar las sombras de las gentes por la calle hasta llegar a la escuela.

Mi infancia fue un tiempo mágico en un lugar donde no existía una frontera precisa entre el drama social y la alegría de las fiestas populares. De un lado, los barrios altos con sus mansiones, sus autos de lujo y sus criadas; de otro, el pueblo llano, los nacos engominados de camisas floreadas, pantalón blanco de pata de elefante y zapatos de terraplén. México era una mezcla imposible de bandidos, ladrones, políticos y policías corruptos; la ciudad donde todo se vende y todo se compra. Pero, sobre todo, era una urbe llena de sabiduría popular, impregnada de sus antiguos ritos de curanderismo que tienen sus raíces en la cultura indígena. Las catedrales junto a pirámides aztecas, las librerías esotéricas al lado de las taquerías, los lecheros de blanco junto a los agentes de uniforme oscuro, los homosexuales y los machotes embigotados, los indios sobrios y los poetas borrachos... Un cóctel sobre el que flotaba una eterna y plomiza nube de smog. Un enorme caldero mágico que me sirvió de útero y me alumbró a la vida.

DOCTOR JEKYLL Y MISTER HYDE

Dicen que uno posee lo que puede salvar de un naufragio, y yo perdí pronto ese amado escenario urbano. Tuve una infancia viajera que me llevó a Nueva York, de ahí otra vez a México y luego a Europa. Estuvimos cruzando el océano cada dos años hasta que, a los doce, mi familia recaló definitivamente en París. Ese invierno vi por primera vez la nieve. Y pasé frío de verdad. No recuerdo otra nevada como aquélla hasta que, otros doce años más tarde, cuando estaba a punto de cumplir los veinticinco, París quedó enterrado bajo una gruesa capa de luz blanca. En la radio, las autoridades recomendaban permanecer en casa, pero yo estaba resuelto a enfrentarme a la helada. Abrigado hasta la nariz, caminé sobre el espeso tapiz albo que cubría la avenida Daumesnil como un condenado que viaja a enfrentarse al pelotón de fusilamiento.

Arrastraba dos pesadas maletas rojas con todos los elementos necesarios para realizar los actos de psicomagia con los que trataría de descongelar mi corazón, trabado en el abandono de mis padres en mis primeros años en el mundo.

El pelotón que imaginaba sediento de sangre era mi propio miedo, que tan a menudo experimenta el que ha decidido mutar. A mi oído, la voz de mi clan me susurraba la orden con la que tan a menudo traemos al mundo a nuestros hijos: «Portarás el emblema familiar cual bandera de batalla que entregarás a los que te sigan, como nosotros hicimos contigo. Inmortalizarás nuestra herencia aunque sea la del dolor. Y si desobedeces, serás excluido». Tales palabras nunca fueron enun-

ciadas, y sin embargo se graban a fuego en el corazón de un niño. Para liberar el mío, llamé a la puerta de Alejandro con la esperanza de que el arte sanador de mi familia me sirviera de llave. Ya estaba presto a realizar cualquier sacrificio

—«o me libero o me muero», pensé al escuchar sus pasos dirigirse a mi encuentro.

—Tú inventaste la psicomagia —le dije cuando me franqueó la entrada—. Probemos que funciona. Apliquémosla en mí. Vivo mi historia con ustedes como una contradicción: las hojas fueron muy alto y las raíces muy bajo. Quiero ser padre, y no permitiré que los hijos de tus hijos paguen la cuenta pendiente de las generaciones pasadas. ¡Ayúdame a reorientar las ramas de nuestro árbol!

Alejandro me escuchó en silencio hasta que, conmovido, me tomó de las manos y me prometió entregarse a mi lado en lo que hiciera falta.

—En la carta 21 del Tarot, El Mundo, el personaje central está de pie sobre un huevo —me dijo—. Según los vedas, el hombre primordial nació también de un huevo, como el dios Prajapati. Pero la cáscara también puede simbolizar la inhibición, lo que impide a tu ser esencial brillar en el mundo. Tú romperás la cáscara de adentro y yo, desde afuera, te ayudaré.

Así fue como comenzamos una larga labor de sanación parental que nos llevó años y una gran cantidad de actos de psicomagia a los que Alejandro se prestó siempre con el mejor de los ánimos, a pesar de la dureza con que ideé algunos. En ese tiempo conseguí reedificarme y comprendí que nada podía reprocharle: mis padres necesitaron décadas para contemplar el alba de su propia conciencia. Y en la época de mi nacimiento, aún estaban lejos, muy lejos de la luz.

A menudo me pregunto si en realidad elegimos a nuestros padres antes de nacer. Si así fuera, yo quise lanzarme al mundo en una noche de pasión sobre una cama de muelles crujientes como gruñidos de hiena. Cuenta la leyenda familiar que los coitos de Alejandro y Valerie, mi madre, despertaban a todo el vecindario. Aunque más bien eran los aullidos de ella los que causaban insomnio en la comunidad, líricos en comparación con los tácitos gruñidos del samurái

Alejandro. A menudo su orgasmo hacía vibrar toda la casa en uncarnaval donde los platos, macetas y libros danzaban inquietos. Tuve la suerte de que la sexualidad no estuviera penalizada en mi hogar: me recuerdo, a los cinco años, ojeando un ejemplar ilustrado del Kamasutra, con el beneplácito de mis padres, que pasaban a mi lado respetando mi pequeña erección. Ellos siempre estuvieron dispuestos a responder a todas mis preguntas: incluso las relativas al momento

de pasión que me engendró. ¿No es un derecho de todos el saber cómo fuimos concebidos?

La noche en que Alejandro desvirgó a Valerie se convirtió en una ceremonia sagrada. El rey de la inmoralidad del México de los sesenta y la virgen inocente se vistieron de blanco, forraron toda la pieza de colores claros y se bañaron juntos con perfumes. Entre música zen y aroma de incienso, mi padre procedió a excavar milímetro a milímetro la sagrada ruta que me traería al mundo. Después, montó a Valerie de espaldas mientras ella se agarraba al barandal, mugiendo de placer hasta que, con el orgasmo de ballena en el que fui concebido, llenó de su hostia líquida la catedral uterina de su joven amante. El acto de mi procreación no fue la escena bucólica con faunos, plumas de avestruz y velos de Las mil y una noches con que Valerie soñaba. Más bien, se trató de un coito surrealista y apasionado donde el amor al arte se valoraba por encima de todas las cosas. Después de eyacular, Alejandro limpió con un pañuelo de seda japonesa su sexo cubierto por la sangre del himen y lo plegó orgulloso entre las páginas del Manifiesto surrealista, en un pequeño acto de revancha contra André Breton por haberse negado a aceptarle en su grupo de París.

Semanas después, la prueba de la rana confirmó mi llegada al mundo, y Valerie, sin pedir permiso, se instaló en casa de su maestro y amante. Alejandro era su gurú; ella, su devota seguidora. Tanto, que cuando le conoció lloró rezándoles a todos los santos para que le hiciera un hijo. Y, después del milagrito, volvió a llorar para que yo fuese el retrato esculpido de Alejandro y éste no pudiera albergar ninguna duda de ser el padre: por eso me llamó Axel y también Cristóbal. Desde esa noche pánica unieron sus destinos durante los siguientes veintiséis años, que habrían sido muchos menos sin la virginidad de Valerie: el día después de la boda de mis abuelos Jaime Jodorowsky y Sara Felicidad Prullansky se produjo una feroz ruptura entre sus dos familias. Mi bisabuela Teresa Groismann, la madre de Jaime, se deslizó en bata de dormir como una rata furiosa en el dormitorio, tiró de las sábanas y, viendo que no había una gota de sangre, las colgó en el balcón y comenzó a gritar obscenidades.

—¡Esta ninfómana estafadora es una *shicse*[1], se casó con mi hijo por el dinero, lo deshonró, la aprovechada!

Siempre que iba a comer a casa de Jaime, Teresa aprovechaba cualquier descuido para repetirle en voz baja a mi abuela todo el tiempo: «Shicse, shicse, shicse… a

1 *Puta en yiddish.*

mí no me engañas, puta mentirosa». Sara Felicidad, resignada, agachaba la cabeza y seguía sirviendo la comida, carcomida de rabia y vergüenza.

En la pieza blanqueada, mientras Alejandro y Valerie procedían a amarse, flotaba en el aire el fantasma de Teresa. Al guardar la sangre de mi madre entre las páginas del manifiesto, Alejandro quizás hizo, sin saberlo, su primer acto psicomágico: con la sangre virginal de Valerie aplacaba el recuerdo genealógico de mi bisabuela y su desprecio hacia Sara Felicidad. Valerie nació un 25 de mayo, exactamente en la misma fecha que Sara. Ante la dimensión genealógica de la familia, eran una: el calendario las identificaba. Ambas tomaron a Alejandro como figura paterna. Cuando se desentrañan los secretos subliminales del árbol, las fechas de nacimientos, enfermedades, muertes o matrimonios acostumbran a mostrar sorprendentes correspondencias, a reafirmar los lazos sutiles que la mente establece con quienes nos rodean.

Para sobrevivir, un feto debe amoldarse a los deseos de sus progenitores, mimetizarse y adaptarse para evitar el riesgo de ser expulsado del útero o ser repudiado al nacer. De ese modo, logra aferrarse a la vida. Es un código orgánico, todos nacemos con él. Y así recibí mi primera camisa de fuerza psíquica, pues Alejandro me identificó con Jaime, su padre: esa entidad psíquica flotó bailando entre nosotros durante muchos años. Puedo imaginarme como un espermatozoide sincronizado con su destino familiar, lanzándose cual flecha de luz para llegar a nacer un 24 de julio, doce horas antes del cumpleaños de Jaime: un hecho que reafirmó esa identificación en la mente de Alejandro. Mi destino era ser un clon imaginario de mi padre y, al mismo tiempo, ser también su padre. ¡Qué lamentable, sabiendo que cada partícula del cosmos es irrepetible!

La psicoterapeuta Anne Ancelin Schutzenberg, pionera del análisis transaccional, llama fidelidades genealógicas a estas sincronías del calendario. En tal fecha muere un abuelo del cual heredé el nombre (lo que evidencia que no se completó el luto) y en tal fecha muero yo, o caigo en coma, o me abandonan, que es una forma de muerte, o me arruino económicamente. O, cada año, en la época en que murió tal familiar, me deprimo, me pongo ansioso... Fechas de accidentes, nacimientos, muertes, bodas, separaciones, enfermedades o quiebras quedan impresas como sellos en la memoria del clan, repitiéndose cual conmemoraciones hasta que no se toma conciencia del ciclo y se hace algo al respecto. Por eso, en una lectura genealógica, se le pregunta al consultante por todas esas efemérides: un conflicto no resuelto es como un disco rayado en un árbol genealógico. Impide que pasemos a la siguiente melodía. A lo largo de mis años de labor psicogenealógica, he visto que la

fecha del aborto de una joven coincidía con la fecha en que su abuela murió pariendo a su padre. Otra mujer se cortó los dedos en la misma fecha en que su madre cometió un robo por el que fue condenada a prisión: su sistema de autoconservación quiso impedir de esta forma la reincidencia. Los ejemplos serían interminables: si no caen los viejos frutos del árbol, terminan pudriéndose e infectan al tronco, es decir, al futuro. Para el ser humano es una imprescindible constante la renovación, aprender a ser un buen barrendero psíquico —lo que no significa desechar la memoria—. La psique está diseñada para vivirse en tanto que conciencia y realizar al dios interior, pero a la vez se asienta sobre una arquitectura cerebral diseñada para protegernos de los depredadores, que a menudo se adueña del lugar que debía ocupar la conciencia. Una labor de sanación genealógica puede tomar varias generaciones. Yo pertenezco a la segunda y continúo obrando para ahorrarles herencias limitadoras a mis descendientes y para que ese magnífico futuro que siento desplegarse en cada célula de mi organismo pueda florecer en libertad.

Desde muy pronto desarrollé una doble personalidad. Con la racional tenía que ser el niño modélico que exigía mi entorno y con la visceral sufría frecuentes ataques de rabia y ansiedad, por lo que mis padres me bautizaron con el simpático apodo de Doctor Jekyll y Mister Hyde. En medio, mi yo emocional luchaba por mantenerse a flote ante Alejandro y Valerie, cuyas palabras, sentimientos, impulsos y actos discurrían cada uno por un camino opuesto. Quizás demasiado pronto para entender siquiera el significado de ambos conceptos por separado, me hablaron de las pulsiones inconscientes que me dominaban y me causaban estados de hiperactividad. Como la vez en que, a los siete años, tiré por la borda de mi balcón el contenido completo de mi habitación; o cuando me rajé la ropa en el metro hasta quedar desnudo; o la vez que entré a mi escuela por la noche y, saltando cual gacela eufórica verjas y ventanas, pinté las paredes de rojo; por no hablar de mis ataques de piromanía, que tantas papeleras se llevaron por delante.

Con sus chistes freudianos, mis padres me indicaron pautas de comportamiento, cuando no con sus castigos, siempre tocados por el surrealismo —por algo éramos una familia de artistas.

—¿Hoy quién eres de los dos, Axelito, quién nos va a acompañar en la mesa? ¿El doctor Jekyll o Mister Hyde? —me decían con humor.

Cuando supieron que mi escuela había sido pintarrajeada, sospecharon rápidamente de mí. En vez de castigarme como exigía el director, mi padre le escribió una carta que publicó en los periódicos donde le recriminaba que la escuela no tuviera

un espacio artístico donde los niños pudieran expresar su libertad creativa. Ése fue mi final en aquel centro. Otra vez le di un portazo en la nariz a mi hermano que lo hizo sangrar en abundancia; las peleas eran incesantes en la casa y, como reprimenda, mis padres me anunciaron que me bañarían en sangre. Casi me desmayo al imaginármelos golpeándome con alambres de púas o rodillos de amasar pan. Pero, como en un ritual, me hicieron desvestir, me metieron en la bañera y, para mi sorpresa, me tiraron encima una cubeta de salsa de tomate. Conociendo hoy el impacto de la metáfora en el cerebro, fue una visión verdaderamente traumática. Años más tarde repetí la situación y fui yo quien los remojó en salsa roja; después nos bañamos juntos y nos rociamos todos con pétalos de rosas para sanar la marca de aquel desafortunado castigo.

El juego en apariencia inocente del Doctor Jekyll y Mister Hyde cesó con los años. Pero la marca ya había sido grabada y, con el tiempo, acabé siendo uno por el día y otro por la noche. Jekyll podía entrar en contacto con infinitas dimensiones espirituales de belleza, gracia, arte y luz. Una originalidad que me inició en mi camino espiritual. Pero Hyde contenía todo lo que mi familia no osaba todavía enfrentar de sí misma y comencé a creerme malo. Vivía con la impresión de tener un tiburón de podredumbre rondando en mi interior, listo para emerger y morder la mano de mis seres queridos. Hasta llegué a sentirme cómodo en el papel. Tanto, que me miraba al espejo durante horas buscando las expresiones más terroríficas que podía inventar. Y enseñando una falsa dentadura con colmillos, maquillado de verde y escupiendo gelatina por la boca, asustaba a las horrorizadas visitas.

Cuando llegué a la juventud, mi trastorno se incrementó. Era dos: tenía dos morales, dos vidas y dos mandíbulas de dinosaurio descoyuntándome el cuerpo. Con los años y la labor terapéutica me fui unificando, pero la quijada de reptil seguía clavada en mi tórax. Era hora de retirármela, de traer al mundo físico el conflicto entre el Dr. Jekyll y Mr. Hyde. Para lograrlo, abrí mis pesadas maletas rojas y de su fondo emergió el pasado como una nube de perlas negras: fotos, metáforas, cuchillos y disfraces nos acompañaron en ese camino plagado de llantos, cólera, vómitos, reparación y ternura. Así comenzó una nueva época en nuestras vidas donde pude reintegrarme a mi propio ser y experimentar la dulce sensación de volver a ser uno.

De mis maletas saqué un elegantísimo frac de cola, un par de zapatos de charol, un sombrero de copa, un bastón y un par de guantes que me sirvieron para transformarme en Jekyll. En este rol actué con absoluta bondad y perfección, hice reverencias e imposté la sonrisa. Pero guardaba en el bolsillo un frasco con una poción y,

cuando me la bebí, caí teatralmente al suelo como un pez epiléptico, al tiempo que me ponía una máscara de demonio hecha de látex que escondía en la manga. Me transformé en Mr. Hyde echando espumarajos por la boca y, bañado en una nube de pena por verme encerrado en algo que no era, exclamé llorando:

—¡Esto es lo que me habéis proyectado toda la vida: o una perfección inalcanzable o un demonio que me impide existir!

Cuando me cansé de agitarme y gritar, me arranqué el traje y la máscara retorciéndome como si me quitara de encima una capa de ácido. Acabé completamente desnudo ante mi padre y le volví a hablar como el niño que fui.

—No soy ni Doctor Jekyll ni Mister Hyde. No soy el personaje de un libro, sino un ser espiritual con vida humana. Hyde son los impulsos que Jekyll no se pudo confesar. Pero yo ya no voy a hacerme cargo de ellos: aquí termino con esto.

Alejandro no pudo contener por más tiempo la emoción y me abrazó para consolarme.

—Estoy profundamente apenado, hijo mío, por haberte cargado con un disfraz tapizado con las cosas que no podíamos confesarnos.

De las maletas extraje ropa blanca y me vestí aliviado mientras mi padre metía el frac y la máscara en una bolsa. Después, congelado, salió conmigo a desafiar la nieve, transportando una maceta con un rosal que tomamos de su casa. En auto, condujimos hasta el bosque de Vincennes y allí, ateridos, cavamos un hoyo carcajeándonos del frío y enterramos el disfraz. Sobre el túmulo plantamos el rosal para que la muerte se transforme en vida. Después regresamos a casa de Alejandro y hablamos toda la noche. A las seis de la madrugada salí del apartamento de la avenida Daumesnil con el sol majestuoso derritiendo la nieve. Sentado en la cafetería *L'Éveil*[2], me sentí como un cruzado cubierto por la sangre de un dragón. Habíamos dado un paso gigantesco en ese largo sendero de liberación de las estructuras limitadoras del clan.

En los siguientes días experimenté una tranquilidad nueva. Mi comportamiento comenzó a ser más armonioso y mi carácter se dulcificó. Dejé de recurrir a posiciones extremas para resolver mis dificultades. «Elige siempre la solución equidistante entre puntos de vista opuestos», recomendaba Aristóteles, para el que «toda virtud es un medio entre dos extremos, cada uno de los cuales es un vicio». El patriarca Chih-I, fundador de la escuela budista T'ien-T'ai, dijo que todos los fenómenos son

---

2 *El despertar*

manifestaciones de una sola entidad: la vida misma. A esta entidad de vida, Chih-I la llamó el Camino Medio.

Al despojarme de mi disfraz de Dr. Jekyll, me acerqué al Camino Medio: ésta fue una de las tantas pieles de las que acto tras acto y rito tras rito me he ido liberando. Caminar con ese peso enseña flexibilidad, adaptación. Liberarse de él produce amaneceres en el alma. A menudo los padres proyectan sus imágenes o deseos sobre sus hijos, en lo que se llama proyecto parental o, ahondando en las raíces del árbol, proyecto genealógico o social. Con él nos imponen sutilmente un papel, una personalidad y, en última instancia, un destino al que debes adaptarte para no ser rechazado por el clan que te desvía de tu Camino Medio individual. Esta configuración de nuestra mente infantil nos es transmitida en su mayor parte a través del lenguaje no verbal propio de cada familia, hecho de miradas, silencios y gestos, que van forjando tal disfraz. Con él, impiden movimientos espontáneos, palabras o expresiones, critican deseos, nos empujan hacia algún rumbo específico... Otras veces,la programación familiar puede constar de órdenes literales como «serás doctor», «serás abogado», «continuarás el negocio familiar» o «serás un fracasado». Y, como un niño necesita saber quién es para construir su identidad, se hace uno con lo que sus padres le dicen y muestran del mundo.

Un joven terriblemente angustiado me contó que sus padres le habían pagado sus estudios de medicina y, desde pequeño, le prepararon un futuro como doctor. El joven quería dedicarse al diseño y la decoración, pero cuando se ponía a dibujar entraba en una crisis de culpa terrible que lo paralizaba. El deseo de ser doctor no era suyo: procedía de su padre, que había visto morir al suyo de cáncer de hígado cuando tenía nueve años y quería en cierta forma que su hijo encontrara un remedio a esta muerte. El joven tenía que vestirse de doctor y comprar un pedazo de mazapán rojo del tamaño de un hígado. De esa guisa, metería dentro la foto de su abuelo muerto y la llevaría vendada al cuerpo durante nueve horas, pegada al vientre. Para finalizar, cavaría un hoyo rectangular en la tierra y, delante de la foto de su padre, enterraría el hígado de mazapán y luego la bata de doctor y su espéculo, no sin antes rociar el agujero con miel para, finalmente, irse sin mirar atrás. En esos días, se atrevió a contarle sus angustias a su padre y éste fue muy receptivo. Tanto, que finalmente realizó todo el ritual frente a él, lo que resultó en que su relación se volvió más estrecha y sincera de lo que había sido nunca.

MI BISABUELO COSACO

La década de los sesenta fue una época de enorme creatividad en la que Alejandro andaba enfrascado en una frenética lucha por la sublimación artística. Ávido de triunfo, buscándose a sí mismo, nada pudo contener su determinación: ¡era la muerte o el arte! Ése fue su lema durante muchos años. El semen con el cual fui procreado estaba lleno de su apocalíptica energía creativa. Cuando Valerie se encontraba embarazada, mi padre viajó a París para crear un efímero pánico que le cambió la vida, donde a través de un acto sacramental reventó inhibiciones religiosas, emocionales, expresó sus pulsiones sexuales más profundas, rompió autos a martillazos, se hizo dar de latigazos, se crucificó, sangró y tantas cosas más: la psicomagia estaba en gestación. Paralelamente, Valerie me gestaba a mí en México. Para no vivir sola, se mudó a casa de su madre. Pero mi abuela Sheila sentía repulsión por él —«me da alergia», decía—, porque rompía pianos a hachazos en televisión, realizaba efímeros en los que pisaba a pollitos y actuaba junto a mujeres desnudas cubiertas de pintura negra, tripas, poesía y rock... Los periodistas le consideraban un adorador de Satanás y lo trataban de hereje. Sheila era más contundente: su yerno era Belcebú encarnado. Y no reparó en medios para hacérselo saber. Un día, Alejandro fue a visitarla con un ramo de flores para conciliarse con ella y Sheila, gritándole desde el balcón del cuarto que era un pervertido y que jamás se llevaría a su hija, le vació sobre la cabeza el contenido de un orinal. Mi pobre padre quedó bañado en orines y con el ramo escurriendo líquido en la mano. Costó mucho trabajo que volvieran a saludarse.

Valerie también me imprimió carácter: fue hija de un ingeniero y boxeador mexi-

cano llamado Carlos Martínez, que, para cambiar de vida, le robó el apellido inglés Trumblay a un procurador que fue encontrado misteriosamente destripado y con los huesos rotos en un basurero de Honduras. Claro que quizás sea un mito familiar y fuera mi abuela Sheila quien le obligó a cambiarlo porque se avergonzaba del latino Martínez. Valerie acababa de salir de un internado de monjas cuando conoció a Alejandro. Había vivido allí con su hermano Alain desde que era niña. Su madre era una mujer alta, fría y seca, rubia tirando a pelirroja y con ojos azul cielo. Los había encerrado en aquel espantoso lugar, sin apenas visitarlos, después de la deserción de su marido Carlos, que abandonó a la familia sin volver a asomar por la casa. Desde entonces, Sheila se había dedicado a utilizarlo como basurero de su rencor y, de paso, a despreciar a todos los hombres delante de su hija.

Valerie heredó la fuerza de sus progenitores: era de sangre irlandesa y germana por parte de Sheila, y maya y azteca por parte de Carlos. Mi condición de óvulo hervía en un organismo lleno de ímpetu, pasión por la poesía y un desmesurado fervor amoroso por la persona a quien Valerie veía como un dios en la Tierra: Jodorowsky Jesucristo, súper Elvis Presley surrealista, Alejandro el Destripador, un Nietzsche Lautréamont pánico. Mi padre vestía en esa época con pantalón y chaqueta de cuero negro, como una estrella del rock. Con dieciocho años, Valerie quedó fascinada por su atuendo y su desparpajo. El sumo Papa de su propio movimiento, el Teatro Pánico, tenía diecinueve años más que ella, una muchacha tímida que sobrevivía con un escaso sueldo de secretaria en la oficina de un gordo y sudoroso licenciado que, apasionado por ella, aspiraba a desposarla.

El pasmoso encuentro entre mis padres sucedió durante un curso de pantomima. Valerie se enamoró con locura del profesor. Y el profesor, que resultó ser Alejandro, también se enamoró perdidamente de ella. O, más concretamente, de sus nalgas, ya que, según el relato de mi padre, eran de una infrecuente belleza y perfección. En aquella época le era imposible amar a causa de su dolorosa infancia. Su yo emocional estaba blindado, protegido como un verdadero refugio antiatómico absolutamente intelectual; todo pasaba por su lado racional. Su arte era visceral, impulsivo como él. Corrían los tiempos de la revolución sexual y Alejandro se acostaba con todas las integrantes del grupo. Valerie siempre lo supo y lo aceptó, pues la sinceridad fue desde el principio un puntal en su relación de pareja, aunque no por ello resultara menos doloroso para ella ni se rebajaran sus celos. Abandonada por su propio padre al poco tiempo de nacer, que al verla en la cuna por primera vez exclamó: «¡Qué fea es esta niña peluda, parece una mosca!», Valerie vivió acomplejada buena parte de su vida, sintiendo que no merecía tener del todo el afecto de un varón.

El comportamiento sexual de Alejandro venía a confirmar el tópico del macho sediento de sexo que Valerie tenía de su padre: «Ese alcohólico degenerado sólo sabía boxear y acostarse con putas hediondas», decía de Carlos mi abuela Sheila cada vez que tenía ocasión de ofender su memoria. Uno busca esquemas conocidos que irracionalmente le hagan sentirse, aunque duela, en la seguridad del hogar. En el amor, sucede a menudo: la búsqueda del olor al clan nos impulsa a tomar como pareja a quienes encajan con nuestra neurosis. Para la dimensión más instintiva del hombre, pisar un terreno desconocido equivale a arriesgarse a morir devorado por animales o atacado por una tribu rival, como nos pasó durante los miles de años de nuestro peregrinar como cazadores-recolectores. También es una manera de intentar llenar los vacíos afectivos que nos dejaron nuestros padres, recuperándolos en otros seres. Algo que nunca se produce, pues nadie puede llenar la sensación de falta más que uno mismo.

Mi abuela, Sara Felicidad, también trató de llenar el vacío afectivo que le dejó un padre ausente proyectándolo en su hijo Alejandro. Lo hizo desde que éste se encontraba en su vientre. Según el mito familiar, Sara era hija de Alejandro Prullansky, adónico bailarín de largos rizos rubios que había muerto quemado vivo al sufrir un accidente mientras enroscaba una bombilla, subido a un barril de alcohol. Pero no hace mucho descubrí que mi abuela había inventado todo su árbol genealógico paterno, lleno de historias y leyendas, para esconder el doloroso secreto familiar de su madre, Jashe Arcavi.

En 1881, el zar Alejandro II de Rusia fue asesinado en San Petersburgo por un grupo revolucionario que arrojó una bomba al paso de su carruaje. Los hebreos, falsamente acusados del magnicidio, sufrieron uno de los más duros pogromos de su historia y muchos murieron en linchamientos y asesinatos indiscriminados. Entre 1880 y 1920 se calcula que cerca de dos millones de judíos rusos emigraron hacia Estados Unidos, huyendo de persecuciones como ésta. La diáspora llevó a mis antepasados a desembarcar en Chile, pues no les alcanzaron los fondos para continuar hasta el norte. Antes de poder huir, durante una despiadada razia en el pueblo ucranio de los Arcavi, a orillas del Dniéper, mi bisabuela Jashe fue violada por un monstruoso cosaco de piel blanca como la nieve que apestaba a alcohol. La desfloró destrozándole la cara a mordiscos como un perro rabioso. Ante el charco de sangre donde la dejó botada, se fue creyéndola muerta, sin sospechar que en realidad manaba del cuello de un rabino que acababa de ser degollado y, exhalando un último suspiro, se había escondido bajo la cama: la sangre de un hombre de dios le salvaba la vida.

En las mañanas, Jashe siempre prendía una vela con una estrella de David grabada, quizás en honor a su rabino salvador. Cuando partió de Rusia, estaba embarazada de Sara. De aquel cosaco procede la piel blanca de mi padre, diferente a la del resto de su clan. Ambos, Sara y Alejandro, fueron rechazados por los suyos: seguramente, olfateaban en ellos al enemigo, a la amenaza de muerte vuelta vida en la carne de Sara. Jashe vivió su maternidad con rechazo y vergüenza. Y la pobre Sara reprodujo esos mismos sentimientos durante la gestación de Alejandro.

Cada vez que una situación crea un estrés intolerable, ésta se graba en la memoria celular de la genealogía, en la dimensión de autoconservación de la especie: el cerebro hará todo lo posible para evitar verse de nuevo frente a ese estado de estrés, y esta información será heredada genéticamente por las generaciones venideras. Por eso tenemos miedo cuando oímos un trueno. Por eso, rememorando el hambre de la guerra o la revolución, empujamos a alguien en la cola del supermercado para pasar primero. Por eso evitamos consolidar una relación cuando hemos sido abandonados por nuestros padres o ellos por los suyos, o, por otro lado, reproducimos sus peleas cuando les hemos visto agredirse: someternos de nuevo al estrés del abandono sería intolerable para el más primitivo de nuestros cerebros, el reptiliano, y preferimos sabotear el amor, a pesar de que nuestro cerebro emocional mamífero (o sistema límbico) entiende que no ser amado equivale a permanecer desnutrido y morir.[3] En el mismo sentido, pelear con nuestra pareja equivale a reproducir un esquema amoroso conocido —aunque sea en negativo—. Las tácticas que se generan para evitar el estrés se llaman conclusiones inhibidoras de supervivencia. Y producen auténticos cortocircuitos mentales.

Durante los diez años anteriores a su encuentro con Valerie, mi padre había estado casado con Denise, una mujer que le dio una vida de muchas dificultades. Era francesa, intelectual y neurótica, delgada y blanca como él. Décadas más tarde, se suicidó enloquecida, lanzándose al metro después de muchos años de sufrir problemas mentales y de ingresos periódicos en el psiquiátrico. En aquellos tiempos habían tratado de tener hijos como conejos en celo: ella se colocaba cabeza abajo y él, levantándola por las pantorrillas, la sacudía como una botella para que el esperma se depositara en el fondo de su copa uterina. Aun así, jamás lograron en-

---

3 El neurólogo Paul MacLean es autor de la teoría del cerebro triuno: según sus observaciones, el cerebro humano sería en realidad un sistema formado por tres cerebros superpuestos: el reptiliano, del que dependen las rutinas de comportamiento, el mamífero o límbico, del que dependen las emociones y, por último, la corteza cerebral o neocórtex, responsable de la conciencia.

gendrar, lo que llevó a Alejandro a pensar que era estéril. La idea procedía de las burlas que recibió de Jaime: ante su deseo de ser poeta, mi abuelo insinuó que su sensibilidad le conduciría a la homosexualidad, asociándolo a su hermano Benjamín.

—¡Tú serás el último de los Jodorowsky! —le repetía como una cruel condena.

Mi hermano mayor, Brontis, nació cuando Alejandro ya se había resignado a que sus genitales sólo produjeran arte. Lo engendró con una mujer llamada Bernardette, con la que, como acto artístico, habían decidido tener exclusivamente sexo oral, manual, con los sobacos, los pies, los codos, y todo lo que se les ocurriera que no fuera penetración. En una noche de pasión y fiesta, con él disfrazado de león y ella de mariposa, desobedecieron el pacto y quedó embarazada. Cuando Bernardette le anunció su estado por teléfono, como no podía creer que el crío era suyo y en ese momento no tenía la intención de tener hijos, mi padre recibió la noticia con suspicacias y estuvo ausente durante el embarazo. Cuando por fin acudió al hospital en el que Brontis acababa de nacer, le presentaron a un niño rubio de ojos azules, con la nariz respingona como la de su madre, nada parecido a él, que era de pelo negro, con la nariz grande y curva. Así que pidió que le mostraran sus manos, y en ellas distinguió algún parecido con las suyas sin realmente quedar del todo persuadido. Creyéndose aún estéril, concluyó que Brontis era hijo de Felguérez, un exuberante pintor mexicano que fue amante ocasional de Bernardette antes de concebir al niño. Ella se fue a Francia con Brontis y, durante siete años, nada supo Alejandro de su primer hijo.

Un año antes de mi concepción —y un año después de la de Brontis—, Alejandro hizo un viaje a París donde conoció a una pintora delirante llamada Dorotea en un café de Saint-Germain-des- Prés. Se quedó boquiabierto al verla aparecer con calzón, sostén y zapatos amarillos, vestida con un traje hecho de canarios de azúcar del mismo color. Pasaron unos días juntos en los que mi padre se comió su traje y, nueve meses más tarde, nació mi hermana Eugenia. El mito de su esterilidad se venía abajo, pero desde un punto de vista metafórico Jaime le había prohibido reproducirse y no pudo asumirse como padre hasta que pasaron varios años. ¿Por qué quería Jaime que desapareciera nuestro apellido? Mi abuelo nunca firmaba Jodorowsky; sólo escribía su nombre. Su instinto de conservación le pedía deshacerse de su herencia, que cargaba con vergüenza. Su familia había sido perseguida: para su mente familiar, ser hebreo equivalía a estar en peligro de muerte. A pesar de que Jodorowsky era un apellido polaco —el original, Levi, fue cambiado para poder salir de Rusia—, en el Chile antisemita de la primera mitad del siglo xx nadie distinguía entre un ruso y un polaco, ni mucho menos entre un eslavo y un semita.

Jaime era llamado judío a gritos por la calle. Sólo muchas décadas después, cuando partió a vivir a Israel, volvió a utilizar su apellido: allí se sintió seguro.

Desde muy joven, le obligaron a trabajar como obrero para que su hermano Benjamín, lumbrera de la familia y preferido de su madre Teresa, pudiera estudiar y abrir una consulta odontológica. Mi bisabuelo Alejandro, el zapatero, vivió entregado a su labor de místico esquizofrénico y abandonó progresivamente a sus hijos. Este santo que regalaba zapatos a los pobres no supo amar a los suyos: les congeló el afecto. Además, su mujer, Teresa Groismann, nunca agradeció el esfuerzo que su hijo Jaime realizaba por su hermano Benjamín: lo despreció a pesar de su sacrificio.

El éxito y la cultura de Benjamín también creó en Jaime un terrible complejo de inferioridad. Unido a su madre por un invisible cordón umbilical, Benjamín vivía en casa de Teresa, se vestía con sus batas, y así recibía a sus amigos artistas. Llegué a saber que organizaba fiestas exuberantes de señoras donde todos sus amigos acudían disfrazados con ropas de sus madres o con vestidos de boda. Era tratado como un príncipe de papel de arroz por Teresa, que le hacía panes con mantequilla, mermelada de rosas y té y se los llevaba a la cama cantándole. «El trabajo intelectual cansa el doble», le decía con cariño. Benjamín le había prometido a Jaime un puesto de mecánico dentista en su futura consulta, pero, para desconcierto de todos, cuando al fin la inauguró se alejó de la familia y le ofreció el trabajo a su joven amante. Sintiéndose traicionado, mi abuelo comenzó a odiar a su hermano. Tuvo que seguir siendo obrero y después comerciante toda su vida.

Jaime siempre llamó Benjamín a Alejandro, lo proyectó en él y por eso le torturó durante toda su infancia. Cuando llegó por primera vez a París, con noventa años, le saludó provocadoramente con un: «¡Hola, Benjamín!». Alejandro se enfureció. «¡No me llames así, ése no es mi nombre!» Y Jaime contestó: «¡Siempre te he llamado Benjamín y ahora no voy a cambiar!». Yo tenía veinte años y no quise mezclarme con mi abuelo. Le responsabilicé de haber imposibilitado a su hijo para el contacto afectivo. Cada vez que trató de acercárseme, puse una excusa para evitarlo. Y una noche de rabia meé en sus zapatos y salí de la casa para no volver hasta que dejó París. El escándalo que montó fue extraordinario. Pero a los veintiocho años, cuando viajé a Chile, quise investigar para saber quién fue ese hombre más allá de la terrible visión que me había transmitido de él mi padre. Después de mucho buscar, di con un negociante de lencería que había sido íntimo amigo de Jaime. Ramuncho Loyola me contó que mi abuelo había tenido una amante durante todo el tiempo que pasó en Santiago de Chile, una joven y bellísima prostituta que estaba locamente enamorada de él. Le pregunté a Ramuncho si sabía qué se había hecho de aquella dama

y me dijo que fueron amigos durante muchos años, que vivía en un asilo de ancianos y que conseguiría la dirección. Pocos días después, fui a conocerla. Se llamaba Rossy Valle, tenía manos y pies diminutos, como una muñeca de porcelana, y una voz de una dulzura sin igual. Cuando le anuncié que era el nieto de Jaime Jodorowsky me apretó la mano con tanta fuerza que la porcelana se transformó en prensa de periódicos. Durante una hora me describió a un Jaime completamente diferente: un tierno y elegante caballero que la había tratado como a una verdadera dama. Añadió que mi abuelo se ponía a veces a llorar en sus brazos como un verdadero niño. También me leyó los poemas que le escribía. Fue un momento sanador en el que comprendí que Jaime también había sido una víctima de nuestra genealogía, que delante del mundo y de su familia jugó un rol, como todos solemos hacer, y que fue otro ser, aunque no pudo aparecer a la luz ni mostrarle su verdadera esencia a su hijo. Hoy, me dispongo a viajar a Haifa, donde está enterrado, para lavar y acariciar su tumba.

Alejandro no sólo se llamó como su abuelo: también le tocó cargar la identificación con Benjamín que Jaime le proyectaba. La paradoja es que Jaime trataba de olvidar a ambos y, sin embargo, los reencarnó en su hijo, que pagó las consecuencias de sus disputas. Así, le desposeyó continuamente de juguetes, ropa y dinero. Todo era para su hija predilecta: mi tía Raquel. No era una venganza: como hacen los animales, mi abuelo luchaba por el territorio emocional, dominando y aterrando a quien su cerebro interpretaba como un competidor, tal como había vivido en su propia infancia. Puesto que había sido educado para trabajar por su hermano, Jaime se sentía sumido en la penumbra sin él, carente de luz propia con la que brillar. Tanto es así, que muchos años después, cuando contrajo matrimonio con su segunda mujer a los setenta años, tuvo dos hijos más: una fémina a la que llamó Piroshka y un varón al que llamó también Benjamín. Teniendo cerca a Alejandro —Benjamín reencarnado—, quizás sintiera una mayor seguridad, aun vinculándose con él en lo negativo: el aprendizaje afectivo de mi abuelo le llevó a concluir que el cariño se expresa con rabia y violencia. Pelear contra su hijo era pedirle que lo llenara. Detrás de toda su violencia, Jaime buscaba el calor: quizás por eso fue bombero voluntario en el cuartel que había al lado de su casa de Tocopilla. Y, contrariamente a las apariencias, Alejandro fue el fuego que mantuvo su corazón caliente.

Es usual en las familias con escasez económica que sólo uno o dos hijos puedan estudiar y los otros trabajen como burros para permitir que los elegidos, siendo la esperanza familiar del ascenso social, emerjan del barrizal. Los que se sacrifican acostumbran a ver sus ilusiones y proyectos como irrealizables. Carlos, un hombre español, delgado y pálido, me contó que

le resultaba imposible emprender cualquier actividad social que se proponía. Tenía una excelente formación académica, pero sobrevivía atendiendo a ancianos, un trabajo que le hacía infeliz. Cada vez que surgía una oportunidad de trabajar en algo que lo sedujera y le hiciera ganar más dinero, le daban ataques de pánico y todo fracasaba. Los miedos y los nervios son un reflejo orquestado por el cerebro primitivo para hacerle frente a un peligro con mayores garantías de éxito. Todo el cuerpo se pone en marcha para poder huir mejor y más rápido o enfrentar a un posible agresor. El miedo a la reprimenda por infringir una ley no escrita del clan puede, igualmente, desencadenar el pánico.

Carlos me contó que procedía de una rancia tradición española que, hasta bien entrado el siglo XX, nombraba único heredero al primogénito para no desmembrar el patrimonio familiar. Al segundo hijo lo hacían militar y al tercero, cura. En su familia, con otra apariencia, la tradición se había perpetuado. Su hermano mayor se hizo cargo del negocio paterno. El mediano era capitán de la armada. Él sentía que no tenía derecho al mundo: era, metafóricamente, el cura. Le propuse que consiguiera un gran busto de yeso y le pusiera la foto de su hermano en el lugar de la cara y una corona dorada en la cabeza. Me dijo que al lado de su casa había un yesero que fabricaba todo tipo de modelos por encargo. Así que, aprovechando la sincronía, le pedí que encargara un cuerpo entero. Siguiendo mis indicaciones, llenó veintiséis bolsas de plástico con cinco litros de agua bendita mezclada con pintura dorada y le pidió al escultor que las introdujera en el interior de la estatua. Al lado derecho de ésta, puso una foto de su padre; al izquierdo, una de su madre. Durante tres días se vistió con un disfraz de cura. Y al tercero, con un bastón en el que durante esos tres días talló la palabra libertad, destrozó a golpes y gritos la escultura. Extenuado por el esfuerzo, se arrancó el traje de cura y pintó de dorado su cuerpo desnudo con el líquido del interior de la estatua. Después se vistió, se puso la corona y salió a cavar un hoyo redondo en el que enterró la sotana y los restos de yeso. «A mis padres no pareció sorprenderles que llegara pintado de dorado y con una corona en la cabeza —me escribió días después—. Sorprendentemente, aceptaron todo, hasta comprendieron, y pudimos hablar de toda esta repetición.»

EL ASESINO DE GATOS

Valerie se mudó a casa de Sheila llevándose con ella los dos venerados gatos de Alejandro: Gaspar y Monnel, que mi padre trataba como a hijos. Los felinos siempre ocuparon un lugar importante en su vida: cuando tenía cuatro años, recogió a un gatito huérfano que cuidó con infinito amor. Lo llamó Pepe, y con él llenó un poco su triste y solitaria vida. Fue su juguete, ya que Jaime no le compraba ninguno. Lo amaestró: dormía con él, le hablaba, le enseñó a obedecer... Al verle feliz, Jaime utilizó la excusa de que los gatos transmiten la tuberculosis para matarlo sin contemplaciones. El padre, a sus ojos, se convirtió en un despiadado asesino, y apareció una rabia tan grande contra él que rebasó los límites del tiempo y el espacio para acabar dirigiéndose en mi contra.

Toda la vida vivimos con gatos: Harpo, Groucho, Chico, Moisés, Mandrake, Zorro, Medusa, Kazan, Araña, Bugrelas, Ulises, Ramsés, Aquiles, Mao, Tao, Jasón... Cuando Jaime murió, Alejandro no derramó ni una lágrima; cuando murió Mao (el gato, no el presidente) se fundió en llanto. Claro que Mao y Stalin eran, analógica y metafóricamente, una misma figura paterna para él: como su padre le impedía llorar, obedeciendo su orden, tuvo que hacerlo por el gato.

Gaspar y Monnel eran lo único que le había quedado después de que Denise, su ex mujer, ya a las puertas de la locura, huyera con una de las actrices más sexys de Alejandro, al que dejó con el apartamento más pelado que un esqueleto sin carne.

Sheila también utilizó la excusa de la tuberculosis para mandar matar a los gatos

de Alejandro, en un acto que tendría consecuencias para las vidas de todos. Valerie aceptó la exigencia de su madre, quizás porque los felinos representaban el apego emocional de su hombre a otra mujer. Pero los gatos también eran la expresión metafórica de la virilidad de mi padre: Sheila, simbólica y salvajemente, lo castraba al matarlos. Alejandro tenía planeado regresar a México para mi nacimiento, pero cayó enfermo con paperas en casa de una señora que tenía bigotes, pesaba 120 kilos y apestaba a humedad. Yo la conocí doce años después: madame Barrera. En argot francés, avoir les boules quiere decir que se te suben los testículos a la garganta de miedo: la amigdalitis es un bloqueo emocional que no logra ser enunciado a causa de la angustia. Fue durante el tiempo en que permaneció en la cama del apartamento de madame Barrera cuando sus gatos sufrieron su cruel destino. No me cabe la menor duda de que percibió la matanza de Gaspar y Monnel y se refugió en casa de una madre gigantesca. A través de los gatos, había encontrado una vía de escape para poder ejercer como padre. Al perderlos, también perdía sus atributos. Acostado, elaboró el luto sin saberlo mientras yo nacía.

El parto que me trajo al mundo fue surreal, porque, según me contaban siempre entre carcajadas, cuando Valerie rompió aguas regó todo el suelo y el doctor patinó, cayó de cabeza y quedó inconsciente. Mientras se derrumbaba se llevó con él a la matrona, que se quebró un brazo. Finalmente, tuvieron que llamar a otro doctor para que atendiera el parto y, al no encontrarse ninguno disponible, llamaron a la señora de la limpieza, que me sacó de allí con una gran pericia. Me gusta imaginar que mi nacimiento fue tan divertido como cuenta esta imaginativa versión que posiblemente se inventó mi madre.

Cuando Alejandro regresó de su periplo parisino, flaco, amarillento, arrastrándose como un pez muerto, Valerie lo recibió con un déshabillé rosado de plumas de avestruz, pantuflas de pompón y chinos para encrespar el pelo. Fue un shock que lo dejó mudo: ¡su mujer era una auténtica burguesa! ¡Él venía de comerse un corazón de vaca crudo sobre el escenario y se la encontraba vestida como en un anuncio de lencería!

—¿Dónde están mis gatos? —fue lo primero que preguntó cuando recuperó el habla, olfateando la casa como un animal. Valerie tartamudeó como un despertador trabado y, sin apenas mover los labios, confesó.

—Los... mandamos... matar.

A mi padre se le hincharon las venas de las sienes como mangueras de incendio. Los cabellos se le erizaron como a un puerco espín y el inmenso dique construido en su mente para contener su dolor infantil reventó. No dejó de gritar y patear por

toda la casa hasta que terminó de romper la vajilla. Antes de irse, se acordó de su hijo, se acercó a mi cuna, destapó la sabanita que me cubría y me miró de reojo.

—Supongo que se parece a mí...

Quién sabe lo que habría sucedido si llego a nacer hembra o mulato, con ojos rasgados o albino. Por suerte, me reconoció, me aceptó como hijo. Pero eso no le retuvo a mi lado: enseguida se marchó dando un portazo que hizo crujir las paredes del edificio. En algún rincón de su mente ya me había hecho culpable de la muerte de sus gatos: si yo no hubiera nacido, nunca le habrían matado a Gaspar y Monnel. Tardó tres años en volver con Valerie y cinco en vivir conmigo.

Para cerrar el abismo que mi nacimiento había abierto entre nosotros, caminé de nuevo por la avenida Daumesnil hasta la casa de Alejandro. Esta vez, a pesar del frío, iba vestido únicamente con un traje de cuero negro, idéntico al que vestía mi padre en los años sesenta, y una falsa nariz curva que imitaba la suya. Toqué el timbre tembloroso y, cuando Alejandro abrió la puerta, bajó la cabeza y puso esa cara que tan bien le conozco, aceptando resignado que de nuevo le tocaba participar en otra de mis ceremonias psicomágicas especialmente diseñadas para resolver los traumas de nuestra relación paternofilial. Al entrar, me encontré también a Valerie, quien estaba tan sorprendida como Alejandro. Los senté frente a mí y, echándome de rodillas al suelo, comencé a sollozar como un niño.

—Siempre me has obligado a representar una comedia diciéndome lo bonito que era parecerme a mi padre —me dirigí a Valerie—.

Desde que estaba en tu vientre voy vestido con este grotesco traje de cuero. Me obligabas a representar a Alejandro ante vosotros como si fuera un miserable payaso que mendiga amor. ¡Nunca me viste!

Entonces me arranqué la nariz y puse unas tijeras en su mano. «¡Sácame de aquí inmediatamente!» Ella empezó a cortarme el disfraz enseguida. Sentí que me quitaban un verdadero arnés que pesaba como un barco petrolero.

—Tú, Valerie, al permitir que mataran a los gatos de Alejandro lo alejaste de mí. Lo castraste obedeciendo a tu madre.

Mientras hablaba, abrí mi maleta roja y esgrimí un enorme puñal que causó una mueca de horror en Valerie. También extraje un cojín en el que había pegado la foto de mi abuela Sheila y en cuyo interior había introducido un enorme pedazo de carne. Poseído de furia, me lancé a acuchillarlo: insulté a mi abuela, destripé el plumaje, expresé toda mi violencia. Y le hablé a Alejandro.

—¡Yo no causé la muerte de tus gatos! ¡Esa culpa no me pertenece! La he llevado sobre mis espaldas como una maldición durante toda mi vida. ¡Fuiste cruel! ¡Huiste de tu paternidad!

Y apuñalé aún más fuerte. Cuchillada tras cuchillada, calmé mi sentimiento de culpa por el gaticidio mientras Alejandro y Valerie observaban la escena cogidos de la mano, a cierta distancia de su airado hijo.

Después saqué unos gatos de peluche con los nombres de Gaspar y Monnel escritos en su piel e, hipando en lágrimas, le dije a Alejandro:

—Aquí están tus ga... ga... gatitos, te los devuelvo. Ahora te podrás quedar conmigo.

Me sentí frágil, vulnerable y desamparado como el recién nacido que fue abandonado; me abrazó y sollocé durante más de una hora en su regazo. Cada poro de mi piel quería recuperar la información emocional que me faltó. Cuando me fui calmando, él tomó los gatos y me dijo:

—Naciste en un tiempo en que yo no era consciente. Fui un verdadero salvaje y lo siento profundamente. Debería haber olvidado a los gatos y gozado de tu bendita presencia, pero mi ego y mi neurosis me lo impidieron. También fue una excusa para seguir en mi ciega lucha por la fama y mi realización, sin tener que acordarme de los niños. Estos gatos son cadáveres, no los quiero más —y los tiró por la ventana.

En ese momento sentí un gran alivio, pero, transcurridos unos minutos, se me hizo la luz, me vestí y corrí hacia la puerta. Mis padres comenzaron a mirarse inquietos, quizás pensando que me había vuelto definitivamente loco. Bajé los escalones de tres en tres y salí a la calle. Uno de los mininos había ido a parar en medio del asfalto y su relleno se había despanzurrado al ser aplastado por un vehículo. Lo recogí y lo recompuse como pude. Pero me faltaba el otro. ¿Se lo habría llevado alguien? ¿Habría caído encima de un camión en marcha? Vi un árbol y comencé a seguir su tronco hacia las alturas. El peluche colgaba de la rama más alta y desprotegida: comprendí que, si no lo recuperaba, allí seguiría instalada esa disputa entre padres e hijos, entre las ramas futuras de mi árbol genealógico.

Los gatos Gaspar y Monnel sólo encubrían el dolor más profundo de Alejandro por la muerte de su minino Pepe y por su relación con Jaime. Con el radar orgánico puesto sobre los actos que desarrollé durante todos esos años de experiencia, comprendí que al tirar los gatos por la ventana en vez de ir a enterrarlos conmigo para cerrar el ciclo, Alejandro me estaba diciendo: «Éstos no son los gatitos que realmente quiero que me devuelvan para ser feliz». O, dicho en el sutil lenguaje de

la psicomagia: «No los entierro y esto no termina aquí». Miré otra vez hacia arriba y me entró vértigo sólo de pensar en subirme hasta allá. Pero, haciendo acopio de valor, comencé a enfilar el árbol y a trepar por él al estilo indio. Cuando ya estaba a tres metros del suelo, no encontré más puntos de apoyo y me quedé bloqueado. Desde abajo oí una voz:

—¿Necesitas ayuda?

Era Alejandro. Llevaba en la mano una caña de pescar improvisada con un palo de escoba y un gancho, con la que, cuando conseguí bajar del árbol, en un par de lanzamientos logró «pescar» el peluche y bajarlo.

—Ya lo entendí, Cristóbal. Recojamos lo que queda de los gatos y vayamos a enterrarlos al bosque de Vincennes.

La psicomagia es un contrato simbólico entre el psicomago y el consultante. Para que funcione, debe aplicarse siempre de manera exacta, sin saltarse ningún paso. Enterrar un objeto, tirarlo al mar, al río o quemarlo es, la mayoría de las veces, de vital importancia para cerrar con una metáfora de reabsorción o purificación del dolor y el ciclo mental en el que estábamos atrapados. Cuando algo se entierra, la mente sabe que el objeto, como símbolo, es absorbido por la tierra y transformado. Se despide así de la situación; la tierra corresponde al vientre materno y a la tumba, que da vida y la absorbe. Se planta algo sobre la sepultura enseñándole un camino a la mente; lo que duele muta alquímicamente en vida, perfumando así al mundo, diciéndole que todo tiene sentido.

De nuevo en la casa, les dije:

—Ahora, por favor, háganme un masaje afectivo y transmítanme toda la información emocional que me faltó. Nunca he sentido sus caricias juntas sobre mi cuerpo en armonía, por eso vivo en guerra. Mis padres me desvistieron con absoluta ternura y, poco a poco, empezaron a acariciarme dulcemente. Tenía la sensación de que mi mente entraba en otro ritmo, en otro tiempo y otro espacio.

—Alejandro, cuando te fuiste esos tres años no tuve la información de saber lo que es estar en los brazos de un padre que me cambie un pañal o que juegue conmigo. Soy un bebé abandonado y por eso también me he abandonado durante tantos años. Toma un pañal y cámbiame.

Alejandro sacó de mis maletas unos grandes pañales y me los puso, me acarició y me cantó, meciéndome. Mi cerebro, mis células, procesaban la información por encima del tiempo y en segundos llené carencias de años. Nos hizo tanto bien a los dos que estuvimos juntos un largo tiempo. Después, ambos me bañaron, me pusi-

eron polvos perfumados y un pijama, y jugamos, nos acostamos y dormimos los tres como nunca sucedió en mis años de bebé. Por primera vez en mi vida, comenzaba a sentir una agradable sensación de paz interior, un calor que me nacía de dentro y anunciaba el final de mi invierno interior.

Las luchas territoriales entre padres e hijos son un veneno muy frecuente en las relaciones familiares. Carla, una joven mujer italiana, sentía como Sheila un profundo deseo de vencer y humillar a los hombres, de castrarlos y reducirlos a la impotencia, pues les agredía verbalmente con comentarios humillantes sobre su capacidad como amantes. Su padre había dejado a su madre por una mujer más joven y atractiva. Le expliqué que, a un nivel primitivo, los hombres son inseminadores y las mujeres incubadoras. Una vez embarazadas, cuentan con el varón para que proteja la esfera familiar, el nido. Así, a veces una mujer siente la necesidad de castrar metafóricamente al varón para no ser abandonada. Cuando su padre partió, su madre cayó en una depresión durante años y destruyó el recuerdo de aquel hombre. A sus trece años, Carla estaba a punto de madurar sexualmente, e identificó la sexualidad del hombre con el peligro. Ella llegó a la conclusión de que despojando a los hombres de la libido los tendría siempre cerca, cosa que causó el efecto contrario.

Durante nueve noches colgó un retrato de su madre en la pared de su habitación. En el suelo, colocó un retrato plastificado de su padre sobre el que pisó diecinueve huevos todas las noches a las ocho en punto, de espaldas a la imagen de su madre. Cada noche debía hacerse una tortilla con parte de la clara y comer una pizca. Al noveno día, limpió y perfumó el retrato para colgarlo junto al de su madre en un marco dorado. También buscó a un amigo y tomó un molde de su pene en erección para hacer una escultura de arcilla, la pintó de dorado y la colocó en un altar, junto a una vela que encendió durante diecinueve días. Por último, metió a su amigo en una bañera perfumada y fundió el pene de arcilla en el agua mientras alababa sus virtudes masculinas. El último paso consistió en hacer el amor con él. Unos meses después, supe que había fijado la fecha de su boda con ese mismo hombre. Hasta hoy, según me cuentan, viven una relación armoniosa y tratan de cuidar tanto su lenguaje como sus gestos para no agredir al otro.

UNA NINFÓMANA EN LA CORTE

Si mi familia paterna fue una fuente de conflictos y neurosis en mi vida, no lo fue menos mi familia materna. Mi abuela Sheila despreciaba a los mexicanos con toda el alma, es decir, a la mitad del organismo de sus hijos. ¿Por qué se casó, entonces, con el Cánek, aquel boxeador de piel oscura al que tanto llegó a odiar? Para responder, habría que viajar al pasado de la familia Behrens: Sheila me contaba que le tenía pánico a su padre, Heinrich, hombre austero, rígido y cruelmente exigente. Claro que al mismo tiempo estaba enamorada de él: lo amaba y lo temía. La aparente perfección de su padre fue una de las razones por las cuales no pudo encontrar a alguien que estuviera a la altura de la imagen que se había hecho de aquel hombre. Digo bien: la imagen. Porque casi nunca tuvo ocasiones reales de comunicarse con él. Algo que sucede a menudo si los padres imponen una visión demasiado perfecta de sí mismos, exigiéndoles a sus hijos que compartan con ellos esa tóxica ilusión que más tarde proyectarán al mundo. Se exigirán tanto a ellos mismos como a cualquier pareja que encuentren, sin poder compartir ese innato y orgánico sentimiento amoroso, imperfecto en el sentido de no terminado, puesto que la pareja debería encontrarse siempre en desarrollo.

Sheila me confesaba temblando, como si Heinrich estuviera cubriéndola aún con su invernal mirada, que antes de salir de su cuarto se arreglaba durante horas delante del espejo, alisando cualquier pelo que se escapara de su peinado y alineando meticulosamente los pliegues de su vestido. También se ponía un lápiz en la boca para articular perfectamente las palabras cuando lo saludara. Esa técnica de vocalización se la enseñó su madre, Mary Agnes King, que había sido profesora de

inglés del rey Alfonso XIII antes de morir supuestamente de tifus por comer espinacas crudas, en un convento de la sierra madrileña: otro mito familiar.

Mary era una bella irlandesa obsesionada con la limpieza y las buenas maneras. Se lavaba las manos diez veces al día y se bañaba religiosamente otras tres, una disciplina que le imponía también a Sheila. Casi nunca tocaba a su hija por no ensuciarla. Pero en el fondo la guiaba su incapacidad afectiva. Muy estricta con los principios cristianos, Mary era de una moralidad aplastante. En casa había que ser dignos del puesto que tenía en palacio, es decir, perfectos. Así que, cuando aparecía alguno de sus progenitores, a Sheila se le desataba el pánico ante el miedo a cometer algún error. Sólo con los años descubriría el secreto mejor guardado de su madre.

Una vez al mes, Mary King sufría ataques de ninfomanía coincidiendo con el plenilunio y escapaba a los barrios bajos de Madrid disfrazada de sirvienta para copular como una yegua con los hombres del pueblo llano, preferiblemente los de piel oscura. Después de la orgía, regresaba agotada a palacio y se acostaba antes de que todos despertaran. Mary y Heinrich dormían en camas separadas, puesto que las relaciones físicas entre ellos estaban destinadas exclusivamente a la reproducción. Además, Mary afirmaba que su marido le daba asco: cuando se acostaba con él, lo hacía vestida con un camisón que le cubría el cuerpo por completo, con tan sólo un agujero en el pubis para cumplir con el deber conyugal. Su educación había sido tan estricta que necesitó encontrar aquella alternativa nocturna para desahogarse de tanta rigidez. Lo mismo sucede en ciertos casos de histeria observados en jóvenes y monjas con una educación moral severa. Esa libido natural, reprimida, se manifiesta a través de comportamientos compulsivos.

Heinrich, heredero del comercio metalúrgico de su padre —una fábrica de armas—, se enriqueció y se mudó a España para crear una sucursal al servicio del rey. Conoció a su futura esposa entre los comerciantes irlandeses de la corte. Mary tenía los ojos del mismo color verde que su madre y se volvió loco por ella. El matrimonio se arregló a la antigua usanza, como un negocio entre el novio y su suegro, con el que tenía intereses comerciales. Ella nunca le perdonó el hecho de no haber podido elegir a su marido. Años más tarde, Sheila descubrió en un doble fondo del armario de su padre la carta de un detective privado que describía todas sus actividades ninfomaníacas. Y también su huida: a los treinta y un años, Mary se enamoró de un cocinero afrobrasileño, terminó por asumir su desbordante sexualidad y huyó con él al otro lado del mar. Nunca más se supo nada de ella. Varias décadas después, mi madre, ya divorciada de Alejandro, decidió dejar Francia, donde

vivíamos todos, y volvió a América, donde se enamoró de un negro brasileño con el que hacía el amor como Eros y Psique.

Tras la volatilización de Mary, Heinrich quedó devastado y se encerraba todo el día en su biblioteca. Se dirigía a Sheila tratándola de usted por persona interpuesta, a través de la gobernanta: «Dígale a mi hija que sea tan amable de acercarme el salero». Casi nunca cruzaba la mirada con la pequeña y, si lo hacía, era por casualidad. Cuando comían y tenía la mala fortuna de que se le cayera del plato un trozo de comida, el padre se detenía inmóvil: ese único acto decía más que diez mil insultos o reprimendas y la hacía realmente sentirse como una inepta. Pero Sheila acabó reemplazando a su madre. «Cuánto se parece a Mary», decía Heinrich provocando sus lágrimas. Nunca pudo entrar en su corazón y lo idealizó. Se quedó hechizada, fijada a él esperando recibir un contacto afectivo que jamás se realizaba. Tal relación le provocó una neurosis de perfección: buscaba mejorar sin fin para hacerse digna de Heinrich y sólo el alcohol lograba desinhibirla. Recuerdo que, cuando me cuidaba, sólo tenía amor para sus dos perros salchicha, Hansi y Pansi, que saltaban a su alrededor levantando las patas como si tuvieran alas, mientras ella les lanzaba muslitos de pollo. Los humanos no podían recibir su afecto: hasta ese punto estaba marcada por su padre. El perfeccionismo exacerbó su intenso sentido crítico, que le contagió a mi madre y durante años le envenenó la vida. «Nadie será nunca lo suficientemente perfecto para usted», le decía mi bisabuelo a mi abuela en las pocas ocasiones en las que se dignaba hablarle. «¡Es una Behrens!» Con tales palabras creó en su mente una maldición psíquica, una prohibición relacional. Y, como era de esperar, nadie jamás fue suficientemente bello, culto, inteligente o educado para que Sheila pudiera aceptarlo como pareja. El mensaje sutil de su padre fue: «Tú te quedas a mi lado». Sheila se convirtió en su territorio. En Heinrich se revelaba un miedo terrible al abandono, iniciado con la muerte de su madre cuando tenía diez años: la misma edad en que Sheila fue abandonada por la suya.

Ante un caso así, a veces la mente elige caminos alternativos para poder tener pareja. La solución puede pasar por encontrar a alguien a quien se pueda despreciar, con el objeto de que la libido pueda manifestarse libremente. De lo contrario, cuando se está en la cama con alguien que encaja en los propios cánones familiares, puede aparecer el fantasma del padre o la madre y adiós al orgasmo.

Sheila eligió a un hombre que no fuera capaz de sobrepasar a su arquetipo paterno para poder continuar siendo la esposa simbólica de Heinrich. Carlos Martínez, mexicano de piel oscura —cercana a la del afrobrasileño que le robó a su madre—, fue el encargado de convertirse en la comparsa a quien mi abuela pudiera

despreciar, segura de no poder amarlo. Era el opuesto de su padre, quien, al lado de aquel indígena maya, podía pasar para ella por un ángel de perfección. Pero, por otro lado, también representaba la pasión de su madre, y acostarse con él significaba sutilmente volver a ella: la eterna paradoja humana.

Heinrich fue un hombre altivo, grande en estatura y de porte distinguido y piel tan blanca como la de mi bisabuela Sara Felicidad. Hijo de un militar antisemita, odió a los judíos y Valerie sufrió el desprecio de su clan cuando osó enamorarse de uno. Fue una lucha y una identificación entre amor pasional y pelea. Mi padre y mi madre estaban estructurados como enemigos y discutían a menudo. Valerie cargaba con el peso del odio de su abuelo y Alejandro le añadió el del cosaco violador de su abuela Jashe. En su mente, uno y otro eran el mismo hombre. Heinrich fue el armero de Alfonso XIII de España. El cosaco estaba al servicio de Alejandro II de Rusia. Al-fonso y Al-ejandro: un mismo nombre, un mismo rey, para la dimensión genealógica de los Jodorowsky Trumblay.

La única pasión de Heinrich era el violín. Se encerraba en su estudio todas las tardes y a las seis tocaba religiosamente aquel instrumento al que entregaba todos los cuidados, como si fuera un ser vivo. Mientras tocaba, gemía y conversaba con él: era su único compañero y confidente. Heinrich lo guardaba dentro de un armario de vidrio, cerrado con una llave dorada que siempre llevaba colgada al cuello, incluso al dormir; lo limpiaba con una cera oriental extremadamente rara que mandaba pedir de Japón y le costaba una fortuna. Pero eso no tenía importancia: dinero había. Cada vez que alguien le hablaba de su música o del violín se ponía de color violeta, se le subían las lágrimas a los ojos, se levantaba, pedía disculpas, se retiraba al baño y a su regreso nadie osaba retomar el tema.

Después de haber oído todas estas historias de mi abuela, quise saber el porqué de tanta dureza y contención, y qué representaba el violín. Y recordé que mi padre, cuando era niño, heredó el violín de su tío José, hermano menor de Sara Felicidad. Cuando Alejandro se paseaba con el estuche colgado del hombro por los barrios pobres de Santiago, del otro lado de la calle los mendigos le gritaban: «Allí va el sepulturero», cosa que no era del todo falsa, porque ese violín contenía el fantasma de José, que iba a ser violinista pero murió joven. Quizás se lo habían entregado a mi padre para que algún día lo hiciera renacer, lo que, como veremos más adelante, sucedió al venir al mundo mi hermano Teo.

Suele acontecer en muchas familias: cuando ha habido un gran sufrimiento y no se ha realizado el duelo del muerto, el encargo de resucitarlo pasa a una nueva

generación. Los hijos viven el dolor sin fondo de sus padres y, emocionalmente, concluyen que si hacen renacer al fallecido podrán ayudarles a superar la pena y recibir de ellos el amor que les escatiman. Para lograrlo, quizás les entreguen un nieto como regalo, aunque el fantasma psíquico puede heredarse de muchas generaciones atrás: un abuelo o bisabuelo, un héroe de guerra, un desaparecido en combate... A menudo será fácil reconocerlo: sus nombres se parecerán: (j)-O-(s)-E / (t)-E-O. El organismo familiar quizás haga nacer a la víctima en el aniversario de la muerte, o en el día en que nació o fue concebido. Lo terrible es que a veces el niño que nace hereda también el destino trágico de aquel a quien le hacen representar, le impide ser él mismo y realizar su esencia, o lo lleva incluso a morir sacrificándose a los parámetros del clan.

Son muchas las familias que impregnan a sus miembros del plasma holográfico de los antepasados. Con ello, desapareces: no te hablan a ti, sino al abuelo, a la madre, a la hermana muerta, quizás a un ex amante... Están arreglando cuentas, pidiéndote el amor que no les dieron o reproduciendo una relación de dependencia. Uno, por ser aceptado, acepta estas cosas hasta que la información queda impregnada en sus huesos y posiblemente acabe siendo heredada por sus descendientes. Una repetición especialmente tóxica para un linaje es la de los nombres del clan: como reflejos de un espejo, nos indican el papel que nos está reservado en el escenario familiar y, con él, los conflictos y traumas que deberemos cargar. A mi padre le pusieron el nombre de sus dos abuelos, uno real y el otro imaginario: el falso bailarín delicado que escondía al cosaco violador y el zapatero santo que en realidad desatendía a su hijo Jaime. Con tantos judíos muertos entre mis antepasados, había que encontrar una forma de proteger al linaje: el nombre de Alejandro reforzaba una identificación común entre viejos y nuevos miembros del clan. Además, era el nombre del zar en cuya venganza corrió la sangre de los hebreos. El ser humano se vive como especie y por encima de todo la prioridad es conservar la vida: resucitar al zar fue una manera de conjurar simbólicamente el peligro.

Sospeché que el violín de Heinrich también contenía un fantasma y quise averiguar de quién. Viajé a Düsseldorf —justo donde nació y creció mi hermana Eugenia— y di con una prima lejana de Sheila: Bertha Schultz era una anciana de ojos luminosos, peinado con flequillo, voz y aspecto de niña de cuatro años y un fino bigote rubio. Estaba casi a punto de morir: tenía cáncer en la piel. Se había maquillado toda su vida de payaso para vender dulces en su dulcería y, hablando largo rato con ella, comprendí que había sufrido una enorme vergüenza hacia su pueblo a causa del

genocidio. Ella me confesó con gran pena, y como el más grande de los secretos, la última pieza del puzle de la vida de Heinrich. Su padre, Hans Behrens, fue un hombre de hielo como un iceberg: la imagen que Heinrich terminó aparentando. Hans vestía a Heinrich con sus mismos trajes de militar prusiano, lo peinaba como él y lo educaba en sus cerriles ideas de nacionalista alemán al servicio del káiser.

Fanático y comerciante de armas, gran coleccionista de objetos de tortura, su casa era un verdadero arsenal y museo. Educaba a su hijo con métodos experimentales para prepararlo desde niño para cualquier guerra y tipo de tortura. Así que comenzó a darle golpecitos y palmaditas todos los días, primero con la mano, después con una varilla muy fina, para acostumbrarle a tener una relación lúdica con el dolor. Día tras día, iba aumentando la intensidad del golpe, llevándole a amarlos sin que se diera cuenta, para poder resistir todo tipo de futuros interrogatorios. Gradualmente, las torturas se hicieron más intensas y feroces. Las varas eran cada vez más resistentes, hasta que, a los diez años, el padre lo golpeaba orgulloso sin que el niño pestañeara. El muchachito se tenía que vestir de militar todos los días: iba a la escuela castrense y su casa era una verdadera caserna, un campo de estricto entrenamiento. Entendí por qué mi madre se había enamorado de mi padre: sus familias se reflejaban. Alejandro también fue iniciado por Jaime en el sadomasoquismo, le impedía quejarse cuando se hería:

—¡Sólo los maricones lloran; los hombres resisten!

Si Alejandro dejaba que sus ojos se humedecieran, sentía que lo despreciaba. En el dentista, le prohibía la anestesia y le arrancaba las costras de las rodillas para que aprendiera a no impresionarse con la sangre. Aquel niño tardaría décadas en volver a poder expresar su dolor en libertad: se estableció entre ellos una relación sadomasoquista. La psicogenealogía entiende que el sadomasoquismo es un elemento fundamental en la base del comportamiento animal —y humano— que nos ayuda a soportar las pruebas más fuertes de la vida, como el nacimiento, que es doloroso pero produce a la vez un gran placer. Ayuda también a resistir la muerte de seres queridos, los dolores amorosos, poder batallar para mutar o poder realizarse a pesar del sufrimiento de los demás, o comer sabiendo que hay hambre en el mundo. En definitiva, sirve para poder resistir el hecho de que uno provoca y vive el dolor. Otra cosa es llevar el sadomasoquismo hasta donde lo hicieron mis familiares, que lo utilizaron como un sustituto del afecto, pues ignoraban cómo compartir amor. Cristalizaron una estructura: crearon una bandera de clan.

Una joven mujer me explicó que su padre la había agredido y despreciado

desde que era una niña. Ya apenas lo visitaba para ahorrarse sufrimiento. Se llamaba Séverinne, como su abuela paterna. Le propuse que fuera a visitarla, pues aún vivía, y le robara un vestido de la ropa sucia. También le pedí que hiciera un maniquí de tela y cojines con una peluca del color del cabello de su abuela, y le pusiera el vestido y una foto en la cara. Volvió a la casa paterna a comer y, en el momento en que su padre comenzó a agredirla psicológicamente, sacó la muñeca y le dio varias cachetadas mientras le decía: «¿Ves? ¡Por tu culpa mi padre no cesa de agredirme! ¡Estoy harta de ti! ¿Cómo le pudiste hacer tanto daño para que me trate tan mal? ¡Lo convertiste en un sádico!». A continuación, la sacó de la casa —«¡ahí te quedas!»— y volvió a la mesa. Su padre se quedó mudo. Ella siguió comiendo tranquilamente, hasta que él, con lágrimas en los ojos, se levantó y le dio un abrazo. Tras varias horas de llorar juntos, la acompañó a enterrar la muñeca y plantaron un laurel encima. Después de este acto, Séverinne se cambió el nombre.

EL VIOLÍN FANTASMA

Bertha Schultz tuvo tiempo de contarme que el gran dolor de mi bisabuelo Heinrich provenía de su madre, Guite Behrens Kaufmann: una mujer alta, pelirroja, con piel de seda, ojos verdes y una presencia felina y embrujadora. Había sido una violinista de brillante carrera. Después del nacimiento de su único hijo, al que llamó como su padre, sufrió una indescifrable enfermedad que le paralizó los brazos y las piernas. Falleció diez años después, en el regazo de Heinrich. Desde muy pequeño, el niño se ocupó humildemente de ella, cargando con la culpa de la enfermedad, supuestamente causada por su nacimiento. Hans no dejó de recordárselo: «¿Te das cuenta de lo que sufrió tu madre en tu parto? Para que tú, mi heredero, nacieras, ella sacrificó su carrera. Tienes que estarle eternamente agradecido». He aquí el porqué de la estricta formación militar a que le sometió: sirvió para castigarlo por la inmovilidad de su esposa, cuya muerte le dejó deshecho como un buque oxidado en el desierto. Guite expiró cuando Hans tenía cuarenta y dos años, exactamente la misma edad de su hijo Heinrich cuando Mary King alzó las velas con el cocinero. Desde muy niño, se vio obligado a estudiar violín, como si de una misteriosa manera, a través de sus brazos, su madre tocara por *él*[4].

Guite le pedía a Heinrich que todas las tardes, a las seis en punto, tocara para ella el Vals triste de Sibelius. En un atardecer en que se hallaban en plena melodía,

---

4 Al oír esta historia, entendí por qué recayó en mí el papel de Fénix en la película Santa sangre: un personaje manipulado por su madre, que no tenía brazos y, celosa, utilizaba los de su hijo para matar mujeres.

ella sintió que se iba y le hizo prometer que tocaría el vals hasta el final de sus días en su memoria, cosa que mi bisabuelo hizo siempre con ese mismo violín. Cuando Hans llegó a casa y descubrió a su esposa tendida muerta en la cama, Heinrich estaba hecho un ovillo debajo de las sábanas, entre los pies descalzos de su madre, con el violín apretado contra su pecho y repitiendo: «Mamá, mamá, mamá», como si el espíritu de Guite hubiera penetrado en él. Y ésta es la razón por la que, en adelante, jamás permitió que nadie tocara aquel instrumento y todas las tardes, a las seis en punto, interpretaba a Sibelius en la biblioteca: vivió pagando con su encierro y su dolor una culpa imaginaria, la de haber paralizado y matado a su madre por nacer. ¡Qué atroz mentira! Un bebé jamás es culpable de nada: sólo en el momento de ser padres podríamos adquirir semejantes responsabilidades, y sólo hacia nuestros hijos.

Guite Behrens tenía grandes conflictos en relación a la feminidad que, posiblemente, le provocaron la parálisis. Su hijo nació exactamente el mismo día y mes que ella: el 11 de noviembre. Su padre, Heinrich Kaufmann, era un hombre pequeño y calvo, de carácter inflamado y racista, al estilo de la alta burguesía alemana de finales del siglo xix. Decían que su madre, Inge Schultz, había sido prostituta y que Kaufmann, su mejor cliente, la sacó de la calle. Bertha me describió a Inge como una mujer corpulenta, de casi dos metros, con una cabellera dorada de león. Se decía que era capaz de vencer a tres hombres en el levantamiento de jarras de cerveza y que sabía lanzar cuchillos con gran destreza. Los doctores, antes de embarazarse de Guite, le habían aconsejado no tener más hijos. Fue un parto que duró tres días en el que corrió abundante sangre y las huellas rojas de las matronas cubrieron el suelo de la casa entera. «Otra niña más», repetía Heinrich Kaufmann al saber que con Guite se perdería definitivamente su apellido, pues ya era padre de dos hembras. Así, la inocente niña fue despiadadamente rechazada. Cada cumpleaños, su padre le decía bromeando: «Este pastel es para el heredero que nunca llegó», o «salud por Gunter». Guite hizo todo lo posible por ser una niña ejemplar, siempre callada, ocupando el mínimo espacio. Sintió estar de más en su casa. Lo único que le permitió comunicarse con su padre fue el violín, porque, sabiendo que Heinrich Kaufmann había tenido de niño un deseo frustrado de tocarlo, entró en la academia como en un convento y ganó numerosos premios. Pero en pago a su dedicación sólo recibió de su padre un matrimonio forzado con Hans Behrens, que Heinrich eligió por su rango militar y fortuna.

Hans estaba perdidamente enamorado de Guite, pero ella sólo vivía para la música y tocaba apasionadamente día y noche. Tenía un violín de ensayo, sin cuerdas para no hacer ruido, con el que poder adiestrar sus dedos hasta que despun-

tara el sol. Bertha me contó que Guite entraba en trance cuando salía al escenario, pero que antes, religiosamente, se soltaba los cabellos siempre estrictamente amarrados, y sólo en el momento de entrar en escena se permitía sonreír. Al terminar, recogía de nuevo su melena roja, se calzaba y volvía a cargar con su máscara de difunta. En el lugar donde había estado sentada, quedaba brillando un pequeño charco dorado: se hacía pipí de placer al tocar. Cuando parió a su hijo lo llamó Heinrich, entregándole a su padre el varón que él no había tenido. Inmediatamente, quedó paralizada, cumpliendo la maldición que le había lanzado años atrás: «Tu nacimiento ha sido inútil», es decir, «no te está permitido tomar un lugar para ti en este mundo». Con la parálisis también se impidió acariciar al ser que le quitaba el puesto frente a su padre: Heinrich, que para la dimensión animal no sólo era su hijo, sino también su rival. Cuando el niño cumplió diez años, sabiendo que numerológicamente el diez es uno —el comienzo, el nacimiento—, Guite se dejó morir. Fue una no nacida: expiró en su propio alumbramiento simbólico.

Mi tía abuela Bertha murió unos meses después de nuestro encuentro. Antes, tuvo tiempo de escribirme algunas cartas donde me contaba que haber descubierto que estaba emparentada con una familia de origen judío le había transmitido una profunda tranquilidad de espíritu y había limpiado su sentimiento de culpa. Encontrarnos en esos momentos finales de su vida fue, según ella, un suceso milagroso. También quiso escribirle a su prima Sheila, pero tuve que contarle que había muerto pocos años atrás.

Cuando ya estaba muy enferma y la cercanía de la muerte suavizó su carácter, Sheila me contó que sólo una vez tuvo un contacto real con su padre. Fue cuando, a los once años, una noche sufrió una grave indigestión. Heinrich, deshecho, subió a verla a su habitación y le rogó llorando que no se muriera. Por primera vez, Sheila miró sin miedo a su padre y pudo unirse con él de corazón a corazón.Quizás por eso a los cincuenta y seis años —que, sumados sus dígitos, hacen once— murió con los intestinos tan atascados de excremento que reventaron: seguramente todavía llamaba a su padre para que se ocupase de ella y nunca consiguió digerir la partida de su madre.

Un tiempo después del entierro de su esposa, Hans se suicidó con una sobredosis de láudano. La criada descubrió a Heinrich por la mañana, golpeando el cadáver de su padre, ya ensangrentado por los puñetazos y patadas de su hijo, y tuvo que pedir ayuda para controlar al niño, que seguramente le devolvía al muerto los golpes que había recibido durante toda la infancia. Quizás, también le golpeaba por

haberlo abandonado: ¡no era lo suficientemente valioso para que su padre siguiera viviendo! También Valerie fue abandonada al nacer. También Alejandro y después mi madre estuvieron ausentes en mis primeros años.

La muerte de Hans provocó en Heinrich una mayor desvalorización si cabe. Fue adoptado por su tío —el abuelo de Bertha Schultz, primo de Guite—, que lo cuidó y trató de consolar sin resultado. Heinrich fue un ser callado, reservado y glacial, seguramente para sobrevivir al gigantesco sufrimiento que lo acompañó toda su infancia. Años más tarde, el abandono de su esposa Mary le hizo revivir el trauma. Como cargaba con la culpa de la muerte de su madre, quizás necesitó tomar a una mujer que lo odiara y se lo hiciera pagar. Puede que se hiciera el sueco ante las noches ninfomaníacas de su esposa para compensar a su madre por haber ocupado el puesto de varón que le correspondía. Mary lo abandonó un mes de febrero de 1931, cuando el rey Alfonso XIII de España comenzaba a hallarse en dificultades frente a los republicanos y su corte estaba a punto de venirse abajo.

Calculé nueve meses antes del 11 de noviembre, fecha de nacimiento de Heinrich, y me encontré en febrero, el mes en que Mary lo abandona, pero también el mes en que fue concebido: el médico e investigador de la psicología transgeneracional Salomon Sellam me desveló en *El sentido escondido de los desórdenes amorosos*[5]* cómo la fecha de concepción y la fecha de nacimiento están intrínsecamente relacionadas, creando un lazo esencial entre diferentes personas. El físico John Hagelin escribió que el cerebro aprende de dos maneras: la primera, a través de datos intelectuales, y la segunda, más eficaz en general, a través de la experiencia. Las células nerviosas que se activan a la vez hacen más estrechos sus lazos y se conectan de forma cada vez más fuerte. Por suerte, las dendritas también tienen la facultad de desengancharse de un circuito neuronal para reengancharse a otras células nerviosas, con lo que desaparecen las viejas pautas de conducta y se permite la formación de otras nuevas. Con ello se hace posible cambiar de hábitos, liberarse de estas conmemoraciones genealógicas. Neuroplasticidad es el término que emplean los bioquímicos para describir esta sorprendente capacidad de transformación del cerebro. Al aprender a escuchar la sutil lingüística de la mente humana, los islotes biográficos de los que nos vivimos prisioneros tienden puentes entre sí hasta defragmentarse. Como decía san Juan de la Cruz, entonces comienzan a recorrerse solamente caminos que tengan corazón.

---

5 Le sens caché des désordres amoureux: Oedipe et Électre démasqués par les dates. Ed. Bérangel (sin traducción al español)

Una vez completé todos estos viajes de sanación genealógica, quise llegar todavía más lejos en mi liberación y busqué un método que me permitiera actuar sobre la globalidad de mi árbol. Traté de integrar en un solo trabajo la psicomagia, el psicochamanismo y la psicogenealogía, en una ceremonia que actuara profundamente sobre las programaciones más lejanas y arraigadas del psiquismo. Lo bauticé como psicorritual. Desde los inicios de la humanidad, el hombre ha sido impulsado por su orgánica lógica sagrada en la elaboración de ritos que facilitaran la transición de un ciclo a otro, como el cambio de estaciones, la siembra, la cosecha, el nacimiento, el bautismo, la adolescencia, el matrimonio o los ritos mortuorios, donde se muere al pasado y se renace a otra vida. La mayoría de los ritos de pasaje se concentran en un estado de transición conocido como umbral, palabra latina que significa «entrada» o «comienzo» (por ejemplo, la adolescencia es el umbral de la madurez). El más antiguo de nuestros tres cerebros, el reptiliano, es el que se encarga de nuestra supervivencia básica a nivel físico y muestra una conducta absolutamente repetitiva, casi obsesiva, porque busca seguridad y está involucrado en la concepción de una existencia rígida y programada, falta de improvisación: hay un viejo dinosaurio dentro de todos nosotros. Cambiar de lugar de residencia y de hábitos de vida es hacerle una faena al cerebro reptiliano, pues son actitudes que lo desconciertan. Regidos por esta arcaica dimensión, a menudo sentimos fuertes resistencias a los cambios e incluso rechazamos la sanación de nuestros viejos y queridos males. Además, tanto el mundo conceptual como el emocional están influenciados por la dimensión reptiliana, cristalizando conductas.

El rito es una forma de permitir la mutación, de integrarla y crear una grieta en el comportamiento repetitivo, inoculando otra información a la mente, otro camino posible a recorrer, con lo que se despejan las inútiles conclusiones paralizantes de conservación que rigen gran parte de nuestras vidas. Por suerte, en nuestro cerebro también hay un ser luminoso que anda barriendo siempre sus pisadas. Y permite de este modo el discurrir impredecible de la existencia, el constante y alegre flujo armónico de la vida.

Arrinconar o despreciar los ritos (como muy a menudo sucede en las sociedades contemporáneas) es bloquear la evolución, detener la necesaria muda de piel psicológica y espiritual que nos sana. En un viaje a Cuba, un santero me explicó que los rituales de la santería y el vudú están orientados a liberar al individuo de sus prisiones temporales. Con rituales específicos, dan marcha atrás, deshaciendo el nudo que impide fluir a las personas. La impermanencia en la permanencia que

nunca cambia: justo el principio del Tao.

En el primer psicorritual que realicé, reuní a treinta personas de un grupo consolidado de trabajo terapéutico y les puse fotos en el pecho de buena parte de mis antepasados —cuando éstas no existen, basta con un papel con el nombre—. Ante mí estaban Heinrich Kaufmann, su esposa Inge, su hija Guite y su marido Hans Behrens, y el hijo de ambos, Heinrich. Guite vestía de hombre y sus padres la desvistieron para, simbólicamente, volver a traerla al mundo en un renacimiento lleno de felicidad y palabras amables. También la bañaron con flores, agua bendita y miel y después la pintaron de plateado, color de la receptividad y feminidad. A Hans Behrens lo vestí con un traje de nazi e hice que se desprendiera de él, lo quemara delante de todos y destruyera una vara como aquella con la que golpeaba a su hijo. Lo uní con amor a Guite y ella lo pintó de oro, el color de lo masculino activo, valorizándolo. Heinrich Behrens también vestía de nazi y el dorado Hans le quitó a su vez aquellas ropas —que también quemamos— para pintarlo de oro mientras lo acariciaba y bendecía. Luego le pedí a Guite que le quitara a Heinrich una piedra que llevaba atada al cuello, como metáfora del peso de la culpa, y la hice hablar, bailar con él. Cuando dieron las seis de la tarde, Heinrich le entregó un violín a su madre, liberándose con ello de la responsabilidad de tocar a Sibelius en su memoria. Seguí con Mary King, que abrazó a Heinrich suspirando de placer, y se pintaron el uno al otro de plata y oro. Puse a Sheila a bailar libremente a su alrededor, a cubrirse con pintura y a pintar también el cuerpo de sus padres. Todos danzaron a mi alrededor en un movimiento circular, puesto que, para mí, fijar puestos en el árbol y jerarquizarlo es algo que corresponde a un pensamiento arcaico y religioso que nos quita libertad. Y me senté a meditar con todos, los vi brillar como seres conscientes. Concluida la ceremonia, fui a enterrar el violín con una foto de Guite mirando hacia la tierra, para no tener la sensación de que pudiera regresar al mundo concreto, y planté una artemisia.

REGRESO A TOCOPILLA

Después de mi encuentro con Bertha Schultz decidí viajar a todas las casas, lugares y países en donde mi familia había sufrido para verter miel frente a cada puerta, cada ruina o cada tumba de mis antepasados y, con ese fino hilo de dulce líquido sagrado, escribir palabras como amor, reconciliación, belleza, respeto y espiritualidad. Tomé aviones, ferrocarriles, autos y mulas. Recorrí largas distancias, a veces miles de kilómetros, en un peregrinaje que me llevó a París, Nueva York, Ucrania, Alemania, México y Chile. Estuve en la casa de Düsseldorf donde fue educado Heinrich. En México visité los ocho apartamentos en los que viví. Visité el internado donde mi madre pasó su infancia. Escribí protección, y respiré. Volé hasta Dnepropetrovsk, a orillas del Dniéper, donde, posiblemente en el pueblo de Petrykivka, fue violada Jashe Arcavi. Y, sin saber en qué casa sucedió, elegí una al azar donde escribí respeto y dulzura. Fui dejando caer dulces a mi paso para mitigar ese terrible recuerdo que se me había transmitido. Y lloré cuanto me fue necesario. En la calle Matucana de Santiago de Chile, donde Jaime martirizó a Alejandro, escribí al pie de la puerta la palabra amor. Luego tomé un avión para viajar a Iquique, dos mil kilómetros al norte, donde arrendé un auto hasta llegar a Tocopilla, lugar de nacimiento de mi padre. En ese pueblito perdido en medio del desierto encontré su casa derruida, al lado del cuartel de los bomberos. Me senté en el portal con dos frascos de miel que había comprado en el Mercado de Sonora de México especialmente para la ocasión.

«Con este bendito acto —exclamé— restablezco la armonía en el pasado y el presente, y creo un lazo inquebrantable de respeto, generosidad, espiritualidad y comprensión. Con esta miel que voy a verter desbordo e inundo de amor todo el sufrimiento que heredé. Toda esta guerra la convierto en dulzura. Que mi pasado se ilumine, que los gritos, los golpes y la violencia cesen para siempre. Esta casa, en mi memoria y en la memoria de mi descendencia, no representará más el dolor sino el camino abierto a la ternura universal.»

En el suelo escribí con un hilo de miel las palabras paz, felicidad, armonía y reconciliación. Los chamanes kahuna hawaianos afirman que todo el universo está conectado y que esa conexión podría ser imaginada como una infinita red: la miel fue mi red. Mientras la vertía, una enorme felicidad invadió mi cuerpo. Cuando salí a la calle, un grupo de niños disfrazados de bomberos —quizás los hijos de los miembros del cuartel vecino— se acercaron a mí con pistolas de agua y les di unas monedas para helados a cambio de que no me mojaran la camisa. Mi abuelo había sido bombero voluntario: lo entendí como una sincronía que me regalaba. Tomé el auto de regreso a Iquique y, sobre la entrada al túnel que va a Antofagasta, leí en una enorme pintada la palabra libertad. Sonreí agradecido y penetré en la oscuridad.

Andado el tiempo, una nochebuena me hallé con toda mi familia en el apartamento de la avenida Daumesnil de París, y Alejandro me contó que, en un reciente viaje a Chile, tuvo ocasión de regresar a Tocopilla. Las autoridades locales lo llevaron a pasear por la ciudad. Fue nombrado hijo pródigo del pueblo y le llevaron a la casa donde tanto había sufrido. Allí, me explicó, encontró la agradable sorpresa de verla completamente restaurada y pintada de azul y color miel. El jefe de los bomberos salió a recibirle y le explicó que sus hombres habían trabajado duramente para tener la casa lista para su visita. Tocopilla reconocía su dolor y reparaba su corazón. ¿Se podrá decir que es un azar?

APÉNDICE 1

EL PSICORRITUAL DE NACIMIENTO

Muchas personas vienen al mundo en condiciones deficitarias de nutrición, recursos materiales o espacio físico. Pero tan básica como todas estas faltas es la carencia de afecto, base de la pirámide de las necesidades del ser humano. Sin el afecto de los progenitores, y sobre todo de la madre en los primeros años, el bebé puede vivirse en una muerte simbólica emocional, psicológica o incluso literal. Reorientar un nacimiento para dotar a la persona de las condiciones adecuadas de amor, aceptación incondicional, placer y espiritualidad pronto se convirtió en uno de los pilares de la psicomagia.

Alejandro concibió el masaje de nacimiento dos décadas después de mi llegada al mundo: una técnica que durante años me dediqué a practicar y desarrollar, enriqueciendo y afinando lo que, a partir de ese masaje, llamé psicorritual de nacimiento. Durante siete años, de los treinta y uno a los treinta y ocho, me dediqué a comprender y ayudar a transformar ese momento sagrado y fundamental de la existencia que a menudo emplaza nuestro futuro comportamiento, así como acciona una parte importante de los pensamientos que más tarde nos guiarán.

El masaje de nacimiento fue construido principalmente a partir de los trabajos del famoso psicoanalista y psicoterapeuta austriaco Otto Rank, uno de los primeros discípulos de Sigmund Freud. Con la publicación de El trauma del nacimiento

(1923) se distanció de su maestro, puesto que atribuyó el desarrollo de las neurosis a la experiencia traumática del parto (según él, la más intensa en la vida de una persona) y no al complejo de Edipo, como pensaba Freud. El masaje de nacimiento también recibió una gran influencia de los trabajos de Arthur Janov y de su terapia primal. Este autor demostró la absoluta perceptividad y sensibilidad del feto desde los principios de la vida, y explicó cómo lo que sucedía en el vientre antes y durante el parto resulta determinante en el comportamiento futuro de ese ser —y añadiría que también en el de su descendencia.

Hoy en día, la mayor parte de los seres humanos venimos al mundo en circunstancias desastrosas que marcarán profundamente, aunque no nos demos cuenta, nuestra vida: el tacto mecánico y helado de los enfermeros y doctores, la cesárea de oficio, la epidural, el parto inducido porque el equipo médico no tiene tiempo, las luces que agreden al niño, el corte aséptico del cordón por los doctores en lugar de la madre (quien debería cortarlo apoyada en la mano del padre), los tubos y agujas introducidos en el recién nacido... Todo ello es un primer trauma en la vida del bebé. Además, ¿qué se hace con la placenta? Los indios la entierran con gran respeto, pues la consideran algo así como la hermana gemela del recién nacido, un ser vivo que lo protege durante nueve meses y que cuando nace se sacrifica por él. Hay muchos relatos de personas que sueñan que convivieron

en el vientre de su madre con un hermano geme lo que, dicen, se sacrificó por ellos. Sin embargo, esa sagrada vaina es usurpada y vendida a las empresas de cosméticos.

Automáticamente dirigidas, las estructuras de nuestro carácter ya saben dónde y cómo implantarse: a través de la genética, uno también contiene la memoria familiar, así que sin duda los humores de la madre —y por supuesto del padre—, sus miedos, angustias y deseos son traspasados al feto. Si la madre trata de abortar, si pelea con su pareja; si, cuando se hizo adolescente y se tornó sexuada, su padre la rechazó o abusó de ella sexualmente con la mirada (que muy a menudo es lo mismo, puesto que para la dimensión sutil del cerebro una intención ya es un acto); si toma al bebé como un impedimento para su realización y vive el feto como un peso; si éste fue, como era mi propio caso, concebido en una fecha similar a la de un miembro de la familia; si el embarazo llega durante un luto, si aparecemos en una familia donde hay ya cinco hijos y no hay lugar para otro; si los padres, en suma, no son conscientes, el nuevo ser incorporará esa información como una restricción territorial, una prohibición a la vida. Un parto dificultoso también puede estar motivado por una herencia genealógica de dolor: la condena bíblica «parirás con dolor» ha

sido interpretada de forma literal por muchas mujeres que han traspasado a sus hijas la visión del embarazo y el parto como una dolencia.

En mi época de trabajo sobre el psicorritual de nacimiento me dedicaba a realizar unos tres al día. Cada uno duraba entre tres, cuatro y a veces hasta cinco horas, que resistía gracias al buen ánimo de Margareth, una enorme terapeuta de color que representaba a la madre. ¡Y qué madre! Era realmente deliciosa, inmensa. Su piel se acercaba tanto al color de la tierra, de la Madre Tierra, que la convertía en el ser ideal para encarnar ese rol. Juntos, aprendimos a explorar los comportamientos de nuestros consultantes para saber qué tipo de energía los bloqueaba. Con el masaje de nacimiento

entendimos que el mito respecto al encuentro de los progenitores toma una parte muy activa en la ordenación mental de las personas: cuán diferente era recibir a seres concebidos en el amor y el placer de los padres, de otros cuyos progenitores no se aceptaban. Todo cambia si hemos sido deseados o rechazados, o nos han concebido para evitar la separación de la pareja, convirtiéndonos en hijos de reparación, si llegamos al mundo después de un hijo muerto, o tras varios abortos, si nos dicen que somos el fruto del supuesto abuso sexual de nuestro padre sobre nuestra madre, o si el padre de mi madre quería un varón que nunca llegó —en este caso, mi madre hará de mí el hijo metafórico que su padre no tuvo: seré simbólicamente hijo de un incesto—. El padre también influencia al feto: si es agresivo, si grita, presionando sutilmente para que se produzca un aborto, el bebé sentirá que el acto del nacimiento entraña asomarse al peligro, a su posible asesinato, así que puede llegar a inmovilizarse y frenar el parto. Un padre ausente creará angustias muy profundas en la mujer, que se sentirá desprotegida y, a nivel arcaico, en peligro de muerte. Pero si el padre está presente y es protector, si vive el evento de manera positiva, será como una placenta invisible, un

auténtico guardián afectivo.

Los mensajes negativos son asimilados por el feto como órdenes que más tarde respetará sin saber de dónde proceden sus bloqueos. Posteriormente, los reflejará como una imposibilidad espiritual de estar en el mundo y se verá afectado en sus cuatro planos energéticos. La orden de no nacer podrá provocarle el impulso de desaparecer. «Aquí, mi individualidad no es bienvenida», «no debo brillar», «hay algo indigno en mí». Si nacer es un triunfo de la vida y mi nacimiento representa un conflicto, en la mía todo fracasará, pues llegaré a la conclusión de que no me es permitido ser, vivir, crear, amar o gozar y pagaré el hecho de existir con mi irreal-

ización. Si mis padres querían un hombre y soy mujer, pensaré: «No debo expresar mi feminidad, molesto, estorbo, debo ocupar el menor espacio posible en el mundo y en mi cuerpo de mujer», o bien: «Debo superintelectualizarme, me convertiré en puro espíritu, me ausentaré de mi cuerpo». Si nos quisieron abortar, sentiremos persecución; si no nos querían, sentiremos que nos rechazan o ahogan el espacio, y las pulsiones de muerte nos acompañarán a cada paso y seremos muertos vivos.

Muchas veces, cuando uno nace, pueden echarle la culpa de un parto que ha durado largas horas, recordándole en cada aniversario con una gran sonrisa: «No querías nacer», «cómo te demoraste» o «me tuvieron que rajar para sacarte». En estos casos, no se repara en que lo único que el bebé quiso es venir al mundo y en que, si hay una dificultad en el embarazo, se trata de una reacción a una orden que ya venía dada en la madre o el padre, y es a ellos en todo caso a quienes cabría adjudicarles una supuesta responsabilidad. En el psicorritual de nacimiento, en lugar de ir en el sentido de revivir el sufrimiento de aquel momento, se reproducen las circunstancias ideales de un parto en paz con unos progenitores simbólicos abiertos, felices y conscientes. De este modo, se transmite la información afectiva espiritual y sensorial que le falta a la persona y se la hace sentir bienvenida al mundo. Así es tal y como pienso que debería ser un parto: un ceremonial sagrado, un rito de pasaje que abre las puertas al mundo.

Por ello, con Margareth nos dedicamos a estudiar cada palabra, cada gesto, los objetos, colores, el tono de voz apropiado, el ritmo y cada acción incluida en un parto. El psicorritual de nacimiento se realiza con la persona desnuda y en unas condiciones que varían según el conflicto que implique. El proceso se lleva a cabo a través del cuerpo para lograr que la persona integre esta nueva información orgánicamente y para que sus células comprendan el mensaje afectivo. A veces, se lleva a cabo dentro de una tina con miel diluida para endulzar el momento de parto, si éste fue amargo o si la madre había sufrido o vivido deprimida el nacimiento. Se añade agua plateada o dorada si la madre había desvalorizado su vientre durante el embarazo o los padres habían rechazado al bebé. Otras veces realizábamos el acto en la tierra, dentro de un óvalo cavado para representar el vientre, con Margareth dentro y la persona naciente junto a mí, en el rol de su padre. Si la madre se había comportado de forma etérea o no estaba encarnada o no era femenina, masajeábamos juntos a Margareth con tierra y arcilla. A veces poníamos música festiva.

La fórmula más habitual consistía en que primero el consultante expresara su carga afectiva hacia sus padres, que representábamos Margareth y yo. Si su vio-

lencia era gigantesca, la descargaba contra los progenitores gracias a un bate de béisbol. Claro que antes que poner en peligro nuestro cráneo, utilizábamos un objeto que los representara o un cojín como eficaz sustituto, o veinte kilos de carne, o un costillar. Después, el hijo tenía que darles de comer esa carne a los perros de la calle. En ocasiones, la persona llegaba pintada de negro para simbolizar la tristeza o el luto por un pariente muerto que la madre había vivido durante el embarazo y que el feto había absorbido. En caso de que sus padres hubieran deseado una hembra, el hombre llegaba vestido de mujer; si cargaba un fantasma de un abuelo u otro miembro de la familia, aparecía maquillado y vestido como éste. Tras la confrontación con los padres, lavábamos y desvestíamos a la persona para liberarla de ese pasado. Después, situábamos al masajeado desnudo, bajo una tela transparente, entre Margareth y yo, observando la situación como si todavía no estuviera encarnado. Entonces describía a los padres ideales, aquellos que habría deseado. El consultante también nos ayudaba a decir lo que deseaba que sus padres expresaran antes de su nacimiento. A continuación retirábamos la tela y le masajeábamos exhalando suaves suspiros para que incorporase el hecho de que su nacimiento fue fruto del placer e incluso llegábamos a explotar estilizadamente fingiendo un orgasmo, un punto en el que los presentes estallaban en carcajadas: jamás se habían imaginado el placer de sus progenitores. Luego, entre las piernas de Margareth, le cubríamos en posición fetal con una sábana rosada, y le atábamos con un cordón de color carne de tres metros a la cintura de la terapeuta, que le acurrucaba y protegía entre sus largas piernas y brazos durante noventa minutos (metáfora de los nueve meses de gestación), o más, si lo necesitaba.

En este tiempo, Margareth decía cosas como: «Es una dicha poder abrigarte, maravillosa expresión universal. Humildemente, te entrego este vientre en el cual eres acogido con infinito amor. Esta matriz la dispongo como un bendito paraíso, para que tú, presencia y testimonio de lo eterno, seas gestado en absoluta conciencia, sin preferencia de sexo».

Yo pegaba la boca de vez en cuando a su cuerpo, hablándole al naciente para que supiera que también se puede tener una relación privada con el padre ya desde que se está en el vientre.

«Milagroso ser —le decía—, bendigo tu presencia: aunque no mores en mi vientre te siento cerca. Aquí estoy, para protegerte a ti y a tu madre. Te acepto como una bendita responsabilidad y me dispongo como instrumento al servicio de la vida. He arreglado, decorado y perfumado el espacio aquí fuera que te es destinado, y agradezco el honor de ser testigo y participante de tu divino desarrollo.»

Después, una música suave comenzaba a sonar. Si el consultante se sentía listo, se daba la vuelta y salía de entre las piernas de Margareth mientras yo mismo, con mis manos, creaba en su cabeza la sensación de que atravesaba la vagina abriendo un hueco creado por la unión de mis dos índices y pulgares hasta hacerlo pasar por un círculo creado por mis brazos. Cuando el consultante había nacido por cesárea o fórceps podía sentir cómo esa orden de no nacer se desvanecía, aliviando un peso con el que había cargado durante toda una vida. Era extraordinario ver cómo, corporalmente, se colocaba en una dimensión fetal y vivía cada momento igual que un verdadero

bebé, como si su cuerpo regresara atrás en el tiempo. Después, tratábamos de sostenerlo cantando y se le hacía pasar de brazo en brazo, acariciando su ser y festejando su sexo tanto si era un niño como una niña. A veces se le lavaba con una esponja de mar como a un bebé, con talco y perfume, en un proceso que concluíamos ayudando a la persona —hasta la mitad para permitirle responsabilizarse— a vestirse con ropa totalmente nueva. Por último, le acompañábamos a la puerta: verlo partir era como ver salir a un ave por primera vez del nido, volando en libertad.

2. EL CÁNEK MARTÍNEZ

Hay más manzanos en una manzana, que manzanas en un manzano.
Proverbio judío

Durante los primeros años de mi vida fui una pequeña barca acogida con amor por una multitud de mares: tuve la fortuna de criarme entre niñeras que me quisieron como a un hijo y resultaron ser maestras insospechadas en las artes más dispares de la vida. Las hubo altas y bajas, jóvenes y viejas, aterradoras y dulces, exuberantes y arrugadas como pasas de uva. Pero todas se hallaban, de una u otra forma, bendecidas por el encanto y depositaron una semilla iluminada en aquel niño anhelante de amor. De pasar por tantos brazos, me enamoré de casi todas, y me quedó impreso en el cuerpo el tacto de tantas manos suaves y la memoria de tantas risas tiernas. A veces siento retornar aquellos olores a sándalo, sobaco, vejez o jabón de glicerina. Cada una con un color, un tono y ritmo maternal diferente, adiestró mi corazón y lo preparó para amar. Muchas veces, al dormir, las convoqué a todas edificando con sus recuerdos una fortaleza de calor humano que me acunó ymme permitió sumergirme confiado en el profundo letargo milenario de los sueños. La primera de las muchas que llegarían a mi vida en aquellos años fue una nodriza negra como el carbón llamada Mamaduba, de la que guardo el gustoso recuerdo de sus enormes senos sobre los cuales un bebé se podía extender sin encontrar confines.

Cuando Alejandro se marchó del apartamento que compartíamos en la Ciudad de México dando un portazo, la vida de su fiel Valerie quedó desbaratada: el padre de su hijo, el dios pánico encarnado, se le escapaba de las manos. Madre primeriza, inexperta en los cuidados de un bebé, Valerie me inundó con su desesperación. Tardó semanas en secarse las lágrimas y sólo la llegada a nuestro hogar

de aquel arquetipo maternal andante la consoló un poco. La negra Mamaduba acudió a una especie de casting de nodrizas destinado a encontrar a la candidata más adecuada a amamantarme, al que se presentaron todo tipo de mujeres: gordas, flacas, indígenas, emigradas, culonas, caderonas... Casi todas estaban provistas de unas enormes tetas, entre las que sobresalían con diferencia las jugosas sandías tropicales de la paquidérmica Mamaduba. A veces, la casa se animaba de lo lindo gracias a sus cuatro cachorros, que comían por ocho. «Para que un niño crezca necesita un pueblo», decía mi nodriza riendo y dándose palmaditas en su enorme tripón de embarazada. ¡Qué gran sentido tenían sus palabras! Los humanos somos seres colectivos: aprendemos en manada.

Valerie no tenía leche suficiente. El disgusto del abandono le creó un trauma y se le cortó en seco. Fue aquella oronda negra quien la sustituyó, y yo me colgaba de sus ubres todo el tiempo como una ardilla a la rama, succionando tan fuerte de ese cuerno de la abundancia que dos espesas cataratas blancas corrían por los costados de mi ávida trompa. Mamaduba había llegado a México de la mano de una rica familia venezolana que fue arrestada en pleno por narcotráfico. Los agentes antinarcóticos la dejaron en la calle, sin nada, hasta que, paseando por el Zócalo, encontró a un carpintero negro —el único entre docenas de menestrales aztecas— que fabricaba sillas de esparto en plena plaza. Se olieron enseguida: Tadeo era un haitiano escapado de la pobreza y la violencia de su país que inmediatamente le dio asilo en su pequeño apartamento del barrio de Tepito. Pelado, pulquero y mucho más pequeño que ella, resultó ser un auténtico semental: Mamaduba se quedaba embarazada puntualmente cada doce meses. Juntos, celebraban ceremonias de vudú para la comunidad dominicana en Ciudad de México. Mi nodriza no sólo cuidaba niños: también era *manbo*, sacerdotisa. Su marido era *houngan* o hierofante. Ella se dejaba poseer por Erzulie, *iwa* del amor y la pasión, que se asimila a la virgen María. Bajo esa forma, aseguraba haber seducido y hechizado a Tadeo.

MI PRIMERA CEREMONIA VUDÚ

Sólo muchos años después comprendí cuán importante me resultaría aquel temprano encuentro con la magia afrocaribeña: Mamaduba llenaba la casa de objetos protectores, como figurillas talladas en madera, piedras y conchas que quedaron durante años desparramadas por nuestro hogar. Mis padres le permitían, entre divertidos y escépticos, expresar libremente lo que para ellos, en aquella época, todavía eran rarezas y supersticiones. Pero no es casual que entre mis primeros juguetes contara con una sopera llena de piedras con diseños que representaban a los espíritus vudú. Ese blanco líquido sagrado que saboreé mecido al ritmo de su gigantesco corazón se unió a mis células y, seguramente, algo de un ancestral conocimiento se unió a mi organismo. De tal manera que, años más tarde, irresistiblemente fui a encontrarme con ello en mis viajes como si cavara la tierra en busca de mis propias raíces.

Mi segundo encuentro con el vudú sucedió cuando cumplí los catorce años. Mis padres fueron invitados a una ceremonia en París y, como tenía por costumbre hacer, les imploré y supliqué hasta el agotamiento que me llevaran. Como el resto de la gente, mi visión de este sincretismo a medio camino entre los cultos de los yorubas africanos y los taínos del Caribe estaba envenenada por las películas de Hollywood: zombis, magia negra, sacrificios y serpientes malditas formaban mi hasta entonces limitado universo personal sobre el tema, a pesar de la relación maternal que había tenido con Mamaduba. La ceremonia se celebró en un vetusto edificio del

barrio Latino que olía a humedad, hachís y fritanga. El ascensor estaba estropeado y subimos a pie hasta el quinto piso. Nos recibió un caballero de mediana edad, raya en medio y gruesos anteojos: parecía un profesor de universidad —y resultó serlo—. Me sorprendí: esperaba a un brujo de color café con los ojos inyectados en sangre y me encontré a un intelectual de piel blancuzca y ojos azules. Su mujer, doctora en filosofía, nos ofreció un ponche de jengibre mientras el profesor nos explicaba su primer contacto con el vudú en Haití. Había viajado al Caribe para colaborar en un proyecto antropológico de su universidad, y en el transcurso de un ritual se vio poseído también por Erzulie. A partir de esa experiencia de revelación, todos sus canales energéticos se abrieron. Su antigua programación mental —fue educado por curas que le transmitieron toda clase de miedos al cuerpo y la sexualidad— desapareció en un segundo y, según su relato, conoció un auténtico momento de universalidad orgánica. Los haitianos le nombraron *houngan*: la función de estos sacerdotes vudú es dejarse *cabalgar* (poseer) por un espíritu y, con su ayuda, sanar, guiar al prójimo y darle equilibrio al mundo.

Un *houngan* puede obtener un beneficio por su labor, pero debe seguir una regla de vida extremadamente ética, tal como los chamanes, *pacos* y curanderos de todo el mundo. Así como el satanismo es una derivación del cristianismo, el vudú cuenta con su reverso oscuro; es posible que el *houngan* utilice muñecas traspasadas por agujas para dañar a la gente: entonces se llama *bokor*, pero se trata de un porcentaje mínimo entre los sacerdotes vudú. En este rito, las mujeres también pueden ser sacerdotisas. No hay celibato: la espiritualidad y la energía libidinal son buenas amigas. Y, si bien es cierto que se sacrifican gallinas, también se sacrifican animales en la santería, el Antiguo Testamento o el islam.

Tras su conferencia, el profesor nos hizo pasar a una pequeña pieza escasamente iluminada por las velas de un altar lleno de botellas de ron, cuchillos, bastones, imágenes de santos cristianos, pedazos de hueso amarrados con cuero y pequeñas sillas con vasijas junto a espejos destinados a reflejar los *espíritus*[1]. Alejandro me apretó la mano: pude percibir su ojo escéptico de siempre escrutándolo todo. Si el profesor resultaba ser un impostor, sin duda iba a tener que trabajárselo mucho para no ser descubierto.

El suelo era un tapiz de dibujos simbólicos hechos con harina y llamados *vevé*, que se utilizan para invocar la presencia de los espíritus y que para mí equivalen a

---

1 En el vudú existe la creencia de que un espíritu puede ser atrapado por un espejo y contenido en un recipiente

mapas sutiles que le indican al cerebro cómo comportarse. Con cuidado de no pisarlos, nos sentamos de espaldas al muro en el fondo de la pieza, muy apretados. No había medio de salir de allí. El profesor, vestido con sólo un pantaloncillo blanco que le llegaba hasta las rodillas, invocó a Papa Legba, señor de los caminos, que en el sincretismo equivale a San Antonio. Algunos lo llaman el Hermes del panteón vudú. Mientras sus palabras crecían en volumen, el baile y la plegaria de los presentes se hicieron cada vez más intensos.

Atibo Legba, luvri bayé pu (mwe)
Papa Legba, luvri bayé pu (mwe)
Luvri bayé pu m'kapab
(ratré).
Ló m'a salié (loa-yo)
Vodú Legba, luvri bayé pu
(mwe),
Ló m'a tuñe, m'a remésye loa-yo
Abobo![2]

Con este canto comenzaron las primeras convulsiones del profesor, que eliminaron su aspecto de rumiante desprovisto de cuerpo, hasta hacerle adoptar el aire de un anciano centenario: había sido montado por el Legba. Habló en criollo, nos bendijo y dio inicio a un curioso desfile de disfraces con los que representaba a cada uno de los espíritus que, según esta ceremonia, entraban en su cuerpo. Cuando llegó Erzulie, se puso un turbante, un pañuelo y trató de seducir a Alejandro. Después tomó un semblante serio. «Tu labor es importante para el mundo», le hizo saber. «No cejes en tu empeño.» Llegó Gede, el bromista *iwa* de la muerte, que nos contó chistes e hizo danzas lascivas, apegado a su botella de ron. Tomó a Valerie de las manos, le dijo que había sufrido un aborto que le había dolido mucho y que ya era hora de enterrar ese dolor. Mi madre puso cara de sorpresa: el profesor había acertado de lleno. A continuación, me miró a mí y, con voz profunda, me dijo: «Te golpeas demasiado la cabeza contra el muro. Tienes que salir algún día de tu calabozo». Sus palabras me confundieron. Gede le cedió el paso al elegante Damballah, que nos ofreció su sabiduría a través de metáforas y acertijos, hizo danzar un machete que pasó rozando sobre nuestras cabezas y escupió ron, bañándonos

---

2 Atibon Legba, abre la barrera para mí, / Papa Legba, abre la barrera para mí, / abre la barrera para que yo pueda entrar. / Cuando vuelva saludaré a los loas, /mVodou Legba, abre la barrera para mí, / cuando vuelva daré gracias a los loas

a todos. La sesión acabó cuatro horas más tarde, con el profesor sudoroso como si saliera de una sauna. Era la primera vez que veía aparecer varias fuerzas de la naturaleza en una persona. Fue una apertura: sin racionalizar lo que había visto, comprendí que uno podía ser múltiple, como también lo es el conocimiento que nos habita. Y comprendí que los espíritus son dimensiones energéticas en nosotros, bloqueadas generalmente por nuestra educación y racionalidad; dejarse poseer por ellas nos permite percibirnos y enfocar la realidad desde otros puntos de vista. Tales energías son los monstruos de nuestras pesadillas, que nos persiguen toscamente disfrazados para ser desvelados en fuentes de vitalidad. Posiblemente fue en ese momento cuando resolví que, en el futuro, me entregaría a ellas sin miedo. En el camino de vuelta a casa se discutió punto por punto la experiencia que acabábamos de vivir, como era habitual que hiciéramos con todo lo que nos sucedía: Valerie creía que el profesor no estaba completamente en trance. Sin embargo, reconoció que se había quedado muy sorprendida y confusa al escucharle hablar de su aborto. Hoy, después de asistir a muchos trances chamánicos, me doy cuenta de que tienen diferentes niveles de intensidad. El médium la controla, pero cuando es muy fuerte puede perder totalmente las riendas: más de una vez he visto chorrear sangre por la nariz, orejas y boca de un poseído. Y ahí no hay truco. Hoy pienso que la posesión es sagrada, sin importar el grado de trance que se alcance, pues nos permite asomarnos a otra dimensión de la conciencia. El trance chamánico es una forma de vivirse fuera de los límites del clan familiar y de sus estructuras paralizantes. Por eso, cuando uno está en trance se puede iluminar y hasta permitirse el lujo de sanar a los demás, gracias a que no se hace en nombre de uno mismo, sino en nombre de otro ser. Cuando el trance finaliza, la conciencia del médium vuelve a cargarse de sus programas mentales habituales, lo que le permite reintegrarse sin ningún problema a la vida familiar y social de su comunidad.

Desde aquella experiencia temprana en el apartamento del profesor, la palabra vudú comenzó a tener un nuevo sentido para mí. Me puse a buscar información sobre el rito y supe que, en la lengua yoruba, *voudun* significa espíritu o dios: la energía universal, el que es invisible. Ser educado sin dogmas me permitió acercarme a esta y otras experiencias y tradiciones religiosas sin encerrarme en ellas. Además, ya tenía una religión: el arte. Gracias a la apertura mental que Alejandro y Valerie sembraron en mí, hoy puedo decir que soy un *free lance* espiritual: mi templo es portátil. He pasado buena parte de mi vida obrando para integrar todas las energías de la naturaleza que he encontrado a disposición del ser humano. Y son muchos los cultos sensibles, llenos de humanidad, a los que me he acercado para acopiar su saber: budismo y brahmanismo en la India, chamanismo en Bali, Filipinas o México,

seguidores de María Lionza en Venezuela... Y, por supuesto, también los ritos afrocaribeños. La deportación de millones de seres esclavizados al Nuevo Mundo desde el golfo de Benín hizo florecer a los dioses africanos bajo formas y apelaciones distintas: candomblé, umbanda y quimbanda en Brasil, santería en Cuba, Santo Domingo y Venezuela, obeayisne en Jamaica, palo mayombe en Cuba, vudú en Haití, Santo Domingo y Nueva Orleans...

En Venezuela pude asistir a un ritual santero en el humilde patio de una casa familiar. Fue una celebración con bailes, percusión, cantos y banquetes donde los orishas, deidades del panteón yoruba, fuerzas vitales de la naturaleza, acudieron a poseer a varios de los danzantes, que entraron en trance. La intensidad era otra: no tenía nada que ver con el trance del profesor. Ahora estaba delante de una colectividad absolutamente entregada y en el hábitat natural de los orishas. Siempre que visito otro país o cultura trato de adaptarme a sus costumbres sin criticar o censurar aquello a lo que me acerco. Así que me vestí de blanco, como el resto del grupo. Para mí, la elección de este color no tenía ninguna intencionalidad sectaria o propia de la cultura Nueva Era. Bien al contrario, su neutralidad nos permitió integrarnos a un ser y espíritu colectivo, lejos del ego personal, y por ello lo utilizo a menudo en los psicorrituales. De esa guisa, bailamos durante horas, pues la danza es para los santeros una forma de limpieza espiritual, y salí de allí radiante.

Igual que podemos ser poseídos por energías (es decir, desvelar energías ya existentes en nosotros), podemos también ser poseídos por nuestra genealogía: por nuestro padre o madre, por sus costumbres, modos de pensar, amar, desear, gestos o también modos sociales. Una mujer que acudió a verme llena de furia me contó que sentía estar poseída por su madre y que, por esta causa, estaba repitiendo la vida de aquélla. Sentía que su progenitora hablaba por ella, pensaba por ella, sentía por ella: la había invadido por completo. «La quiero matar», me dijo con los puños cerrados. Le respondí que en la mayoría de las relaciones familiares los padres ven muy a menudo a los hijos como su prolongación o territorio, como suele suceder también en las relaciones de pareja. Es una terrible lucha de poder donde, en el intelecto, tratan de poseerte con sus ideas, en el corazón te reemplazan proyectándote a sus padres, hermanos, tíos, abuelos y progenitores. En el sexo tratan de dominarte y someterte. Y en el cuerpo te invaden sin cesar el territorio con su gestualidad, o no te dan sitio, o te arrinconan. Le aconsejé que fuera a un matadero de gallinas y observara cómo las mataban con una foto de su madre apretada en el puño izquierdo. Después, fue a un sitio retirado en el bosque, cavó un hoyo redondo

en la tierra, colocó allí la foto de su madre y bebió tres litros de leche para vomitarlos sobre ella. Sobre el túmulo plantó una violeta. Su furia no tardó en remitir: su carácter se dulcificó.

TIERRA Y LIBERTAD

Mamaduba regresó a la República Dominicana cuando cumplí tres años. Una vez superada la dictadura de Trujillo y la invasión de los marines, el país trataba de rehacerse lentamente y con los ahorros de aquellos años de emigrante abrió un *hounfor* o templo vudú en Santo Domingo. De pronto, nuestro apartamento dejó de contar con la alegría desbordante de toda su legión de niños. El espejismo de tener a mi alrededor a una auténtica familia se deshizo de la noche a la mañana: el manantial de leche se secaba. Hoy, apenas recuerdo a Mamaduba como una presencia salvífica y luminosa. Sus maternales cuidados me procuraron vigor, alimento físico y emocional: algunas veces, cuando bebo leche caliente con miel, me parece saborear el recuerdo de aquellos gigantescos senos aromáticos.

La mañana después de la partida de mi nodriza, mis pies estaban más helados que nunca, y no quise levantarme de la cama, en una especie de huelga de celo. Las ubres de Mamaduba habían logrado el milagro de rehidratarme de afecto, y no estaba dispuesto a renunciar a ellas sin protestar. Después de mucho insistir y ante mis constantes lloros, patadas e interpretaciones dramáticas, Valerie logró llevarme a rastras hasta el salón, por el que comenzó a desfilar de nuevo una gran cantidad de niñeras, cuidadoras y sucedáneos maternos en otro casting que esta vez no superó nadie. Me comporté como el más exigente de los directores de escena en busca de una diva que le llenara el teatro. Pero Valerie no iba a poder atenderme: tenía que trabajar para ganarse la vida. Era urgente conseguir a alguien que me cuidara y finalmente se ganó el puesto la demacrada Petra, que, más que una madre, parecía una bisabuela. Era hija de una auténtica india nahua azteca

y de un maya del Yucatán, ambos emigrados a Ciudad de México en su juventud. Tenía las articulaciones de las manos hinchadas como cerros, tres o cuatro dientes tan finos que parecían pétalos de margarita balanceándose al viento, y el pelo argentino siempre tan enroscado que asemejaba una gran concha de mar nacarada. Seguramente la elegí por su mirada bondadosa, su tierna sonrisa, entre alegre y trágica, y su penetrante olor a perra vieja que me hacía sentir seguro. Petra sabía hacer un delicioso xocolatl con churros que hizo de mí en esa época un pequeño gordito bien cebado. Montaba castillos de naipes a la perfección y, sobre todo, conocía todo tipo de leyendas provenientes de la mitología mexicana, con las que me bañó la mente todos los días. Vestía siempre coloridas prendas indígenas sobre las cuales colgaba un delantal blanco impecable para trabajar: era una típica mujer campesina.

Con ella presente, el apartamento estaba a menudo poblado de cuentos sobre ciervos bicéfalos que caían del cielo y de monstruos como el ahuitzotl, una atroz criatura acuática con cuerpo de perro y cola en forma de mano que atrapa a los seres humanos y los sumerge en el agua hasta ahogarlos. Valerie me contó años más tarde que durante horas conversaba con ella para aprender sobre mitología, y que cuando me daba de comer y yo me movía demasiado en la silla, ella me regañaba siempre de la misma manera:

—¡Deja de zangolotearte, guajolotito! ¡Si no te portas bien te va a llevar Cihuacoatl —la mujer culebra— o el Tatacmó —un pájaro que llena de temor a los mayas, nacido de la espuma del mar y capaz de matar a los niños con sólo pasar volando sobre ellos.

Ante cosas como éstas, yo saltaba del asiento, pasaba por debajo de la mesa como un pollito perseguido por un gavilán, y escalaba mi cuna hundiéndome entre tembleques bajo las cobijas. Valerie me recordaba que, para contar cuentos y leyendas, invocaba danzando a Hunab, dios maya creador del mundo, mientras que yo, inmóvil con las piernas cruzadas y los ojos salidos de las órbitas, la escuchaba hechizado. Ella convertía la habitación en el mundo del más allá y de los encantos, lleno de espíritus celestiales y del inframundo. Cuando caía el sol, después de mandarme a dormir, prolongaba sus relatos y leyendas, pero siempre quedaba dormida antes de que cayeran las cortinas de mis ojos y dejaba chorrear por el costado de su boca un fino y cristalino hilo de baba. Su sueño era tan profundo que ni un cañonazo la hubiera despertado. Pero yo me sentía acompañado escuchándola roncar. Con el sigilo de un lince, me subía a su regazo y me acurrucaba entre sus faldas para succionar su dedo meñique y quedarme dormido bajo el ala de la que

imaginaba como una lagartija de peluche.

Mi madre vivió una profunda sed afectiva en su infancia. Además de haber sido abandonada en la cuna por su padre, Sheila la internó en un colegio y con ello le transmitió la sensación de que no era digna de ser cuidada por ella. Por eso se vivió siempre despreciada y la encontraban siempre llorando, defecada y meada en un rincón de los dormitorios de la institución, aullando como una pequeña loba. Para mayor dolor, aquella niña se parecía, en opinión de Sheila, al «degenerado indio maldito, asqueroso jugador y putero de Carlos Martínez», lo que resultó una razón de más para apartarla. Sheila pasaba a visitarla todos los viernes, cada dos semanas, y le llevaba algunos regalos. Dos horas más tarde se marchaba con sus «maridos», como ella llamaba a sus amantes, a pasar el fin de semana en yate a Acapulco. Valerie, con el corazón apretado como un puño a los barrotes de la ventana, la observaba alejarse en autos lujosos hasta desaparecer por el camino que se perdía en el bosque. Durante quince años vivió en ese claustro congelado donde, según me contaba, todas las monjas pasaban en bata sobre la punta de los pies durante la noche, de una habitación a otra, cabalgando como fantasmas por los pasillos. Las profesoras tenían preferidas y ella no formaba parte de la elite, así que las caricias, las sonrisas, los mejores asientos en el teatro o el extra de postre no le estaban destinados. Por responder, varias veces recibió una buena dosis de zapatazos en las nalgas y la mandaron a limpiar los váteres a menudo. Para no hacerse las cosas aún más difíciles, se mordía los labios hasta hacérselos sangrar: de esa manera cavaba simbólicamente su boca, como si fueran unas paredes tras las cuales hallaría la libertad.

Tuvo la suerte de mitigar su agonía con un profesor de inglés, poesía y música llamado don Hipólito García, que se incorporó al cuerpo de maestros del internado cuando mi madre tenía ocho años. Aquel hombre percibió inmediatamente su inmensa sensibilidad, oído musical y talento en el arte de la poesía, así que la trató con infinito respeto y la convirtió en su ahijada. Don Hipólito no tenía nada que ver con un personaje de novela: medía un metro cincuenta, era grasiento, usaba anteojos, tenía abundante caspa sobre los hombros y una enorme cicatriz tatuada de oreja a oreja, a la altura del cuello, que le impedía levantar la voz, motivada por un asalto sufrido en los barrios bajos de Londres, según se rumoreaba, en una aventura pasional. Más tarde, mi madre supo que la raja se debió a un atraco sufrido en una librería de viejo de México, cuando, según él mismo le contó, trataba de localizar una valiosa edición de *Oliver Twist*.

Pese a su poco agraciado aspecto, el profesor tenía los ojos «de un verde

primaveral» y las manos «suaves como un recién nacido», rememoraba Valerie suspirando y frotándose las puntas de los pies uno contra el otro. Don Hipólito la inició en la literatura y le leyó capítulos enteros de los libros de Oscar Wilde, Emily Brontë o Lewis Carroll. A veces, paseando con sus alumnas por los alrededores del internado, se pegaba pétalos de girasoles en la piel con su saliva y recitaba riendo a William Blake. En la noche, inspirada por sus lecturas, Valerie escribía poemas y cavaba en la tierra para enterrarlos con el anhelo de verlos florecer en sus sueños. Don Hipólito también enseñó a mi madre a tocar el piano: Valerie encontró en ese instrumento un precioso refugio —quizás siguiendo la tradición de Guite Behrens— y en casa siempre hubo música.

Pero, al cabo de cuatro años de gran aprendizaje, Hipólito enfermó de tuberculosis y agonizó durante meses, en los cuales Valerie también se sintió fallecer. Su muerte la dejó moralmente derrumbada, ahogada de nuevo en una brumosa melancolía. Cuando mi madre me contó todo esto, pude comprender por qué aceptó que mataran a los gatos *Gaspar* y *Monnel* cuando mi abuela le anunció que podían provocar tuberculosis.

Sheila había sido una niña consentida desde la supuesta muerte de su madre, Mary Agnes King. De carácter terco e irascible, había optado por desfogarse con el deporte: era campeona de equitación, tiro con arco y rifle, y boxeaba como una verdadera amazona. Según ella, había dejado K.O. a más de un hombre. Pero a Heinrich le era imposible negarle lo que fuese, excepto el cariño: Sheila era lo único que le quedaba. En su afición al boxeo, acudía con frecuencia a combates a escondidas de su padre, y fue en uno de ellos donde vio aparecer en su vida a ese indio con aspecto oriental que danzaba sobre el ring con la elegancia de un bailarín de tango al tiempo que era capaz de destrozar despiadadamente a su enorme y pálido contrincante en el primer round. Sheila se enamoró locamente del vencedor, Carlos el Cánek Martínez. De un día para otro, Sheila se marchó a México con Carlos, siguiendo el ejemplo de Mary King. Décadas después, cuando Valerie tenía sesenta y cuatro años, la llamé a México una tarde y me hizo una confesión que tenía el sabor inconfundible de los fantasmas de la repetición genealógica:

—Estoy feliz: tengo un amante brasileño y cogemos como delfines día y noche.

Sheila y Carlos se casaron poco después de llegar a Yucatán, adonde él se había trasladado a vivir en aquellos días, atraído por la pujante industria turística de Cancún. Allí nació Valerie. Carlos compró una inmensa casa que puso a nombre de su esposa y juntos vivieron un intenso y apasionado primer año de amor en el que visitaron hoteles de lujo, pasearon en barca, fueron de pesca, acudi-

eron a conciertos y nadaron entre las rosas que Carlos le enviaba cada mañana. Pero, según ella, después de ese lapso apareció el lado oscuro de su marido: «Era otro, cambiaba de personalidad». Decía que el Cánek comenzó a sufrir obsesiones sexuales, a pedirle todo tipo de cosas extrañas, como subir a caballo desnudos y hacer el amor al galope; o le hacía ponerse los guantes y le pedía que le pegara con todas sus fuerzas mientras hacían el amor, con ella subida encima. A veces la llevaba al zoológico, donde, escondiendo su pelvis bajo un periódico, le pedía que le masturbara delante de la jaula de los tigres. Todas estas anécdotas me las contó muchos años más tarde, ya dándose cuenta de que en el fondo no le pedía cosas tan raras. Pero en esa época mi abuela se negó en redondo: su moral no le permitía participar en juegos extravagantes. Así, en la vida de mi abuelo aparecieron las meretrices y comenzaron las peleas, los insultos y los ojos morados entre ellos. El Cánek era boxeador, pero Sheila tenía un carácter muy inflamado y tampoco era manca peleando. Recuerdo su brazo derecho abultado como el de un auténtico levantapesas, pues practicaba tenis a diario: varias veces dejó al Cánek con la cara tatuada a cuadritos por los raquetazos que le dio. Sin embargo, también me contó que ese hombre sabía realizar pajaritas de papel a la perfección y que pasaba horas plegando los cuadrados coloridos hasta transformarlos en delicadísimas figuras: mi abuelo no sólo era la fuerza bruta.

Valerie llegó al mundo y, cuando Sheila recién quedó embarazada de su segundo hijo, el Cánek Martínez se fugó de la casa familiar. Nadie supo nunca nada más de él, no dejó ni el más mínimo rastro. Lo último que se pudo averiguar es que, por primera vez, había perdido un combate de boxeo. Después, sus pasos se sumieron en la nada. Hasta que yo, buscando como suelo, yendo a un consulado y otro, preguntando a todo el mundo, logré averiguar el lugar adonde había huido. Así que viajé hasta Anenecuilco, en el estado de Morelos, México, donde conseguí encontrar a su hija Alegría, es decir, mi tía. Y este encuentro me permitió descubrir una de las más rocambolescas historias familiares que he conocido. Por desgracia, el Cánek había fallecido unos años antes. Alegría era ciega del ojo derecho desde su nacimiento (lo que quizás podría encontrar una explicación biopsicológica en la falta de la mirada del padre). Pero su cabeza regía perfectamente, y más su memoria: así, me contó todo lo que había llegado a conocer de mi abuelo, que era más de lo que yo podía imaginar. El Cánek tuvo primero a Valerie y Alain, y después a dos niños más en su segundo matrimonio: Alegría y Emilio —vale la pena recordar que Jaime también tuvo dos hijos de un segundo matrimonio—. Carlos el Cánek había sido educado como un revolucionario zapatista —Jaime era un convencido comunista.

Alegría me contó que los progenitores del Cánek, Victoria y Carlos Martínez,

eran casi de pura sangre india. Digo casi, puesto que, para gran vergüenza de la madre de Victoria, había mestizaje a causa de una antepasada, violada tiempo después de la Conquista por un grupo de colonos españoles que la dejaron embarazada de quien sería la retatarabuela de Victoria, un hecho que le creó a ésta una gran aversión hacia los blancos. Quizás esa violación pudiera explicar su adicción a la violencia, como veremos más adelante. Y quizás la violencia de las mujeres de mi rama materna sea una forma ancestral de defensa contra esa agresión: tanto Valerie como Sheila fueron siempre de armas tomar, y más de un hombre se llevó un cachetazo o un reventón de bolas por faltarles el respeto. Mis bisabuelos se habían convertido al cristianismo por obligación colonial, pero en el alma seguían conservando su riquísima y ancestral cultura indígena y hacían rituales a escondidas de los religiosos criollos. Sheila me contaba a menudo que el padre de Valerie invocaba a sus antepasados mayas y aztecas antes de cada combate para que lo poseyeran y pelearan en su lugar; de esta manera hizo una brillante carrera deportiva y tumbó a más de un oponente en las ferias de los pueblos, primero, y en los rings de varios países, después. El Cánek aseguraba que no era él quien ganaba, sino sus antepasados. Por estas y otras frases, Sheila concluyó precipitadamente que su marido estaba loco.

Alegría me reveló que mi tatarabuelo don Eulalio, el padre de Victoria, había sido curandero. De joven, como tantos otros indígenas, emigró de un pueblo maya de Chiapas, al norte, hasta el estado de Morelos, después de una hambruna. No hay azar: esa sangre corría por mis venas. Siempre fue muy importante para mí valorizar las joyas del árbol: si en él existe una parte que nos puede limitar, también hay otra que aporta energía positiva y mágica; tesoros a nuestro servicio que podemos recuperar como aliados. También me contó de la sangre guerrera de mis antepasados: Victoria y Carlos habían pasado de ser humildes campesinos a fervientes revolucionarios, armándose y levantándose en 1910, guiados por el que se convertiría en el líder revolucionario Emiliano Zapata. Con otros campesinos, tomaron las tierras monopolizadas por los patrones para repartirlas entre los jornaleros de la región al grito de «la tierra es para quien la trabaja».

Los padres de Carlos el Cánek, en lugar de instalarse como otros, decidieron seguir luchando al lado de Zapata. Alegría me contó que a Victoria la habían aceptado como única mujer porque peleaba «como una verdadera bestia» y sabía

disparar perfectamente; era lo que en México llaman una *Adelita*[3], pero ella no se ocupaba ni de correos, ni de ser enfermera, ni de espiar, como solían hacer las mujeres. Era una verdadera soldado de la Revolución Mexicana.

Cuando uno de los hombres de Zapata le dijo que la guerra no es para mujercitas y que mejor haría yendo a lavar los platos al fregadero, ella lo baleó, haciéndolo bailar, para después darle un buen montón de puñetazos hasta dejarlo desmayado y con la nariz quebrada; a continuación, pistola en mano, añadió desafiante:

—¡A ver, cabrones, quién va ahora al fregadero! ¡Y si hay otro hijo de la chingada a quien le guste lavar los trastos y bailar, que me lo diga!

Todos se carcajearon, se emborracharon juntos y le permitieron unirse de pleno derecho al grupo de hombres. Desde entonces fue muy respetada y la llamaron la Cachiporra, dada la fuerza de sus trompadas. Carlos y Victoria, *la Cachiporra*, se amaban con delirio: todo lo hacían juntos, tenían la misma edad, eran jóvenes idealistas y creían profundamente en lo que estaban defendiendo.

Durante los violentos combates no se separaban: se escudaban la vida mutuamente, listos para entregar su sangre por el que estuviera amenazado. Uno al otro se iban sacando los balazos que recibían, quemando heridas o arrancando muelas cariadas con la única ayuda de las tenazas y el tequila. En 1911 se unieron con Zapata a las filas revolucionarias de Francisco I. Madero, cuyo objetivo era poner fin al régimen de Porfirio Díaz. Pero cuando lo consiguieron y Madero ocupó la presidencia del país, Zapata perdió rápidamente la confianza en su antiguo aliado, se declaró en su contra y creó su propio programa de reformas bajo el conocido lema de «Tierra y Libertad». Durante la presidencia del dictador Victoriano Huerta, en un enfrentamiento con los soldados, Carlos fue atrozmente baleado «como un verdadero héroe de la revolución mexicana», me contaba Alegría con lágrimas en los ojos. Victoria, volviéndose loca de dolor, arrastró por el campo a Carlos y lo llevó a los cerros, donde sus compañeros de armas la encontraron abrazada al cadáver podrido una semana después, divagando como si hablara con el muerto. Estaba, sin saberlo, embarazada de su marido. Zapata siguió manteniendo sus actividades guerrilleras contra el Gobierno y extendió su poder por todo el sur de México,

---

3 Adelita fue el apodo de Altagracia Martínez, una mujer de clase alta que participó en la Revolución Mexicana y fue bautizada con ese nombre por Pancho Villa. Las Adelitas fueron muy importantes en la revolución: algunas llegaron a combatir e incluso a ocupar puestos como coronelas

aunque no tardaría muchos años en seguir los pasos de Carlos y morir baleado en una emboscada. A Victoria le propusieron seguir con la lucha, pero decidió retirarse a la montaña. No tardó en interpretar su embarazo como un milagro: durante la semana en la que había estado abrazada al cadáver, el fantasma de su marido la había poseído y fecundado, según explicaba a todo aquel que quisiera escucharla. Para colmar la historia, tuvo un sueño donde se le apareció Carlos montado sobre una serpiente, sosteniendo un fusil de plata, y le dijo que su hijo sería un gran revolucionario, que juntos lo formarían para ello. Al escuchar las palabras de Alegría, recordé que, cuando yo era tan sólo un feto, Valerie ya esperaba que naciera un Alejandrito; Alejandro, en el vientre de su madre, era esperado como reencarnación de sus propios abuelos, el Alejandro zapatero y el falso bailarín bajo cuya figura Sara Felicidad escondió al cosaco que violó a su madre. Para colmo, mi tatarabuela Guite Behrens esperaba un Heinrich, al que llamó como su padre; un verdadero clan.

Victoria estaba segura de que su bebé sería un niño, y ya en el vientre lo llamó Carlos, y también Cánek. Cánek es el nombre de un héroe legendario maya, de una obra poética que narra la vida de un indio que lucha contra la injusticia, una especie de Robin Hood que ama a los débiles y odia a los poderosos. Termina liderando a su pueblo en rebelión y muere ajusticiado. En el fondo, Victoria tenía el síndrome de la Virgen María. Fue fecundada por un espíritu y pariría al hijo *perfecto*. Yo me llamé Axel Cristóbal y mi historia fue, en cierto modo, parecida a la del Cánek: Valerie quedó encinta de un *dios* que no estuvo presente en carne y hueso, y a mí me tocaba el difícil papel de convertirme en su encarnación.

Victoria decidió no conocer a otro hombre. Quiso concebir y criar a su hijo acompañada por el espíritu de su marido. Alegría me dijo que la Cachiporra hablaba con el feto como si fuera su difunto esposo. Cuando nació, conversaba también con el bebé. Dormía con él, diciendo que la mitad del alma del finado se había encarnado en Cánek y la otra mitad estaba dentro de su corazón, con ella, y era desde donde le dictaba la educación que su hijo debía obtener para ser un verdadero revolucionario. Para ello, talló un fusil de madera y lo cubrió con pintura plateada: Carlos el Cánek tenía que cuidarlo y limpiarlo como si fuera el brazo incorrupto de un santo.

Mi abuelo acumuló mucha violencia por el hecho de que le robaran la infancia. Su madre había hecho de él un adulto desde pequeño, así que nunca jugó: tenía demasiado trabajo tratando de representar a su padre. Como su madre nunca aceptó la muerte de su marido, a él le tocó el infausto papel de reemplazarlo.

Victoria colocó su retrato agrandado en la entrada de la casa y todos los días depositaba flores a sus pies y rezaba varias horas hasta entrar en comunión con su espíritu. A veces se quedaba en trance por varios días, sin comer o dormir, y mi abuelo tenía que arreglárselas solo para salir adelante. Ella vociferaba, hablaba en lengua maya, lloraba, reía... Cuando despertaba, le contaba al Cánek los encuentros que había tenido con su esposo, quien le decía que sus almas se fundían en una.

Muchas veces, en ciertas familias existe lo que llamo el rey del árbol o el centro de atención (cuando el verdadero centro de tu árbol interior debes ser tú mismo): es el ídolo, el héroe muerto, el abuelo venerable —«era un verdadero santo»— o la abuela generosa —«la mujer más buena del mundo»—; y uno cree que, para que lo admiren o amen, tiene que ser él, y lo incorpora: en ese caso, hablaremos de un fantasma psíquico. Acto seguido, se minimiza, podrá sentir que nunca va a estar a su altura y alumbrará una aversión hacia el muerto por crearle una restricción territorial en su interior, es decir, la obligación de ser otro. Un hombre llamado Enrique me contó con gran fatiga cómo a los ocho años, al morir su padre, su madre puso una foto gigante del difunto en el comedor y una silla vacía donde siempre había un puesto para el muerto. La mujer se vestía de negro e, igual que Victoria, nunca quiso conocer a otro hombre. La imagen permanente de ese rey del árbol impedía a Enrique hacer su vida, pues sentía que nunca lograría estar a la altura. Su madre lo hizo cargar con la presencia del padre muerto y le obligó a seguir respetando algo que ya no estaba, lo que también fue una perfecta excusa para negar a su hijo como hombre: si le imponía a un muerto como modelo, es que de algún modo le pedía su propia aniquilación, le transmitía que para ser respetado hay que morir. Preguntándole más, me contó que su abuelo materno había muerto cuando ella tenía también ocho años. Antes de fallecer, le dijo: «Siempre estarás conmigo». Así, detrás de aquella mujer había dos muertos y un simbólico contrato de fidelidad para con ambos. Enrique se vistió de negro y se maquilló de cadáver. Compró dos gallos muertos en la carnicería e introdujo en ellos la foto de su padre y de su abuelo. Después, los metió en una mochila junto con un juego de platos y cubiertos. Con esa carga, más una silla, fue a pasear por la calle durante tres horas de la mano de una mujer que llevaba una foto de su madre en el bolsillo. En un lugar retirado, depositó la silla en el suelo y comenzó a apalearla hasta destrozarla. También pisó los platos hasta hacerlos polvo. Por último, cavó un hoyo en la tierra. La mujer que representaba a su madre le frotó los gallos por todo el cuerpo y los depositó en el agujero, diciéndole que lo liberaba de ese peso. La madre también quemó un contrato donde estaba escrito: «Papá,

me quedaré contigo toda la vida». Enrique se quitó el traje de luto y también lo enterró, plantando unas bellas flores encima. Vestidos con ropas de colores, madre e hijo acabaron bailando. Al cabo de poco recibí un escueto mensaje del consultante: «Libertad y ligereza. Ahora estoy vivo».

EL RIFLE DE PLATA

México siempre fue un país lleno de creencias, magia y brujería, donde lo imaginario y lo literal viven fusionados, pariendo una sola realidad. Lo sobrenatural está a flor de piel, y más en épocas pasadas. Su idiosincrasia quizás ayude a entender mejor que todas las historias que me explicó Alegría Martínez, mi tía, a nadie le resultarían extrañas en ese lugar del mundo donde la muerte se celebra como una fiesta, los indios mexicas danzan en las plazas por centenares para invocar a la lluvia e interpretar los movimientos cósmicos, y cualquier barrendero o taxista ha visto luces en el cielo. Alegría me contaba la extraña vida de mi abuelo como lo más normal del mundo. ¿Sería mitómana, o una esquizofrénica como mi bisabuela Victoria? Si así hubiera sido, no habría importado: del análisis de sus palabras pude sacar muchas conclusiones, pues me permitió comprender al Cánek y a la rama más oscura de mi genealogía. Pero mi tía había sembrado una gran inquietud en mí. ¿Tenía que dar crédito a sus palabras, según las cuales fue el fantasma de mi bisabuelo muerto quien educó al Cánek? Según su relato, Victoria construyó con sus manos, mientras estaba embarazada, el templo donde habitarían. Y como la india obstinada que era, lo parió sola, de cuclillas, sobre un tapiz de lana de borrego, con la única ayuda de una sólida rama que le sirvió para agarrarse. Como si fuera un animal, cortó el cordón umbilical con sus propios dientes y enterró la placenta en un ritual sagrado. Apenas nacido, pasó al bebé por encima del fuego y lo hundió en el río, dejando que él solo saliera a flote. También le hizo un pequeño tajo en la planta del pie, bebió de su sangre y le dio de la suya, realizando así un pacto de amor con su hijo/marido. A la primera luna llena, subió al cerro más alto con su hijo en la espalda, lo

bañó con sangre de jabalí, lo roció con unas gotas de veneno de cascabel y polvo de pico de águila y le cubrió el cuerpo con una piel de puma. Durante los tres días y tres noches de luna siguientes, invocó a sus antepasados frente al fuego, mientras le daba de mamar. En los años de su más tierna infancia, mi abuelo el Cánek se subía al lomo de su caballo con ella desnuda: así le acostumbraba a absorber la fuerza del animal. Seguramente, también lo hacía para recordar los tiempos en que, con Carlos, huían de los soldados galopando por colinas y valles.

Victoria nunca se despegaba del niño, lo llevaba amarrado al pecho día y noche y trabajaba la tierra sin reposo. Leía y estudiaba para transmitirle las conclusiones del finado padre a su hijo; lo bañaba con agua helada todas las mañanas para reforzar su resistencia física y, pegando la boca a su pecho, le cantaba cantos guerreros durante horas, masajeándole los huesos, rezando para que su esqueleto fuera tan fuerte como el hierro. Así, lo frotó a menudo con ortigas y le enseñó a combatir según las reglas de los guerreros mayas. Parte de la iniciación del Cánek consistía en golpearle con el fusil plateado hasta que le hacía chorrear sangre por la nariz y caía desmayado. Se suponía que, entonces, mi bisabuelo, ya satisfecho, dejaba lugar a la mujer para que se ocupara de poner en pie a mi abuelo hasta la próxima sesión. Y ella, con una ternura infinita, le curaba las heridas y reponía los huesos, explicándole cómo su padre sabía lo que hacía y que, si lo golpeaba tan fuerte, era para fortalecerle aún más, pero que lo amaba, que era un mal necesario. Victoria y el Cánek dormían cinco horas, a lo sumo. Toda su existencia giró en torno a la tortura como herramienta educativa. Así, el niño aprendió a odiar a su padre y amar a su madre en una sola persona, lo que explicaría perfectamente cualquier desequilibrio en su personalidad.

En su camino iniciático como guerrero, Victoria también le enseñó a cazar animales y hacer chozas; le explicó cuáles eran las plantas venenosas y las comestibles, lo subió al cerro para dejarlo allí solo durante días, con un tambor y una hoja de cuchillo, para así obligarlo a sobrevivir por sus propios medios en cualquier condición. Y también para que aprendiera a llamar a los espíritus, como lo hacía su abuelo, el chamán don Eulalio. La primera vez, el abandono en la montaña duró un día; más adelante fueron tres y luego, siete. Así, hasta las dos semanas. Alegría me decía que cuando se quedaba solo, el Cánek aullaba más fuerte que un coyote con la pata molida por una trampa. En varias ocasiones, Victoria lo recogió hinchado por las picaduras de insectos, casi agonizando de fiebre, balbuceando palabras incoherentes. Pero poco a poco aprendió a comer hormigas, a cazar conejos y saltamontes, a hacer fuego. Y cuando ella volvía, lo encontraba en cuclillas, totalmente desnudo, cubierto de barro, esperándola tranquilamente sobre una pequeña

cabaña que él había construido sobre los árboles. Lo más increíble de esta historia es que, durante una época, yo hice algo parecido: partía solo a la montaña, apenas con un poco de fruta, agua y una flautita, y trataba de resistir varios días para no perder contacto con mi naturaleza instintiva. El tipo de iniciaciones que, según el relato de Alegría, vivió mi abuelo aparece en la mayoría de las culturas chamánicas del mundo entero; el futuro chamán debe participar de un período de adiestramiento riguroso y pasar una serie de pruebas, a veces muy violentas, donde debe resistir todo tipo de sufrimientos físicos y, en general, requiere de un proceso que se caracteriza por períodos extensos de soledad y aislamiento. Según el que fue uno de los más grandes especialistas en religión y chamanismo, el rumano Mircea Eliade, a veces la vocación de chamanes como los tonguses siberianos de la taiga se deja sentir desde una muy tierna edad: el muchacho se escapa a refugiarse en las montañas y queda solo durante siete días o más, nutriéndose de raíces y animales que destroza directamente con los dientes. Si logra sobrevivir, se dice que tiene potencial chamánico.

Una noche, en pleno abandono en la montaña, a mi abuelo se le apareció un inmenso venado azul que a partir de entonces lo guió en todo su proceso de supervivencia. El Cánek empezó a orientarse cada vez mejor por el cerro, guiado por este ser imaginario: como los árboles genealógicos son verdaderos espejos, donde las correspondencias entre uno y otro a veces son sorprendentes, me dije que todos los personajes míticos que han aparecido en mi familia podrían ser diferentes aspectos de una misma dimensión. Además, tanto mi tatarabuelo Eulalio como mi bisabuelo Alejandro el zapatero habían estado imbuidos del mito de la santidad. Eulalio Rangel, el padre de Victoria, era un hombre de un inmenso y generoso corazón. Con Sonia, su mujer, embarazada de Victoria, llegaron a Morelos caminando descalzos durante meses. Cuando fueron al norte, vivieron de limosnas. Sonia se enfermó gravemente y Eulalio, que era epiléptico y frágil de salud, sintió que sería incapaz de salvarla, perdió la cabeza al imaginarla muerta y, desesperado, subió al monte, donde se azotó desnudo con enredaderas de espinas hasta bañarse en sangre, castigándose por haber arrastrado a su tan amada familia a tal estado de miseria y sufrimiento. Agotado, cayó al suelo temblando de dolor: le dio un ataque de epilepsia y en ese momento, contorsionándose como una lombriz partida, su mente explotó deslumbrándolo todo.

«¡Alegría, alegría!», gritaba, como si cada palabra fuera un trueno que lo atravesara por completo. «¡Alegría, alegría!», gritaba también mi tía, saltando y abriendo los brazos con emoción para relatarme el momento en que mi bisabuelo las gritó. Esa misma alegría le invistió el cuerpo y el alma de felicidad en un trance

en el que se iluminó. Los espíritus de la tierra, el cielo y el mar se le acercaron para convertirse en sus ayudantes espirituales, de tal modo que no sólo pudo ver a través de la gran sombra de la vida, sino que esa misma luz comenzó a emanar de mi abuelo hacia los demás: esa luz que pocos seres humanos perciben y que permite percibir lo infinito, el mundo mítico, ver las enfermedades y comprender los dolores más secretos. «Es así —continuó Alegría— como mi abuelito, sin saber él mismo cómo había ocurrido, se convirtió en chamán. Y mi nombre, Alegría, procede de ese bendito momento».

Don Eulalio asistió el parto de su hija Victoria y después comenzó a sanar a todos los habitantes del pueblo que se lo pedían. Pronto lo consideraron un santo, pues decía que su don se lo había dado dios, y que con dios no se hacía comercio, así que no aceptaba que le pagaran. Sin embargo, la gente daba lo que podía y él, su hija y mujer pudieron vivir dignamente. Pocos años antes de la revolución, don Eulalio y Sonia fueron fusilados injustamente por los soldados del presidente Porfirio Díaz, acusados de dar sustento a una de las muchas rebeliones campesinas de principios de siglo xx. Victoria, enfurecida, juró vengarse y durante sus días de guerrillera fue habitual que, después de una batalla sangrienta, le arrancara el corazón a más de un soldado muerto. Por eso Victoria insistió en formar al Cánek como líder revolucionario: era una manera de pedirle que le devolviera a sus padres asesinados.

Mi abuelo estudiaba como un ratón de biblioteca y Victoria le leía libros que mandaba pedir en la capital: política, física, filosofía, matemáticas, música, literatura, biología, botánica, tácticas militares... Pero sobre todo le enseñó a pelear y resistir, preparándole como a un combatiente para la vida. Su hogar era una verdadera universidad. El Cánek nunca tuvo un juguete, pero vivió un encuentro fascinante que le permitió en cierta medida compensar esa ausencia de juegos: un día, apareció en la casa un pequeño fascículo sobre papiroflexia pegado a un libro, y, a través de sus páginas, mi abuelo descubrió el arte de plegar papel. Con el tiempo, leyó otros libros relacionados con el tema y aprendió a doblar y construir todo tipo de delicadas formas y animales. El arte de plegar papel tiene una gran tradición en Japón, donde se le llamaba orikata y, hoy, origami. Pero en los primeros siglos de su desarrollo, este arte se llamaba kami, que es un homónimo de la palabra que usan los japoneses para designar a los espíritus de los dioses. El Cánek pasaba horas plegando delicadamente el fino papel, creando multitud de figuritas de animales mitológicos. Algunas todavía adornaban, amarillentas, los rincones de la casa de Alegría. Mi padre también era un experto en origami y un apasionado de la cultura oriental. Uno de los regalos que más aprecié de niño fue una lámpara que me fab-

ricó con pajaritas de papel.

Victoria también tenía algún ganado, además de una buena cosecha, y con el tiempo contrató a un par de empleados que se ocupaban de arar, sembrar y ordeñar. Pero para el Cánek esta prosperidad se convirtió en una mayor esclavitud: su madre se dedicó en cuerpo y alma a su educación guerrera. Durante los primeros años, los trompazos eran seguidos por los afectos. Pero sucedió que la Cachiporra fue perdiendo progresivamente la cabeza: se quedaba inmóvil durante días, hablando con espíritus, y a veces se pintaba la cara con su sangre menstrual. En la formación del muchachito comenzó a exigirle y golpearle tanto que rayaba en la tortura. Entraba en crisis, le gritaba, le atizaba... Hasta que la gente que vivía en los alrededores se dio cuenta de lo que sucedía y comenzaron a temer por la vida del Cánek. Cuando Carlos tenía once años (un momento genealógico en el que varios niños de mi árbol, como Sheila o Heinrich, perdieron a sus madres), las autoridades fueron a buscarlo y lo encontraron descalabrado por los golpes que su madre le había dado. Al verlo en ese estado, se lo llevaron a un orfanato. El Cánek se resistió todo lo que pudo: atizó, pataleó, escupió, gritó como un perro rabioso y necesitaron emplear una gran fuerza física para reducirlo. La Cachiporra, en cambio, asistió a la escena con lágrimas en los ojos. Por primera vez, su legendaria fortaleza la abandonaba e, inexplicablemente, aceptó con resignación que le arrebataran a su hijo. Aquella separación fue el final para mi bisabuela, que murió en poco tiempo, completamente evadida de la realidad, delirando y gritando apasionadamente «¡tierra y libertad!» como si cabalgara junto a Carlos en su último combate.

Mi abuelo entró a golpes en su nuevo hogar, que, más que un orfanato, parecía un correccional: peleaba con todos los niños, y creo que sobre todo contra los fantasmas que tenía dentro, de los cuales pugnaba por liberarse. Como mi madre, tampoco fue muy estimado por los responsables de la institución, que le hicieron la vida imposible, cosa que avivó aún más la llama de su furor. Cánek no se comunicaba con ningún niño salvo con dos, que eran los más despreciados y vilipendiados por los otros niños antes de que él llegara. Pronto los tomó bajo su protección. Ya nunca más dejarían de ser amigos. Uno se llamaba Moscas y el otro Lámpara. A Moscas le dieron ese apodo por coleccionar a esos repugnantes insectos alados. Tenía lo que llamaba su cementerio de moscas. Las atrapaba al vuelo con la mano y, con los alfileres que robaba del taller de costura, las pegaba en el muro detrás del ropero de su habitación, dibujando con ellas un insecto gigante con las alas abiertas. Había pegado cientos de moscas y las tenía a todas minuciosamente catalogadas en un cuaderno, con un nombre y un número para cada una. A ese demacrado muchachito lo habían recogido del sótano de su casa tras haber sufrido los abusos de su

abuelo durante años después de la muerte de sus padres. Cuando entraron a por él, lo encontraron amarrado. Parecía un alambre de tan seco que estaba y apenas hablaba emitiendo zumbidos, quizás como herencia de las únicas amigas que tuvo en su cautiverio: las moscas. El Lámpara era un pequeño genio tartamudo, alto y delicado. Una enfermedad lo había dejado completamente calvo. De bebé, fue encontrado en un basurero, dentro de una bolsa de plástico, casi muerto. El Cánek los defendió a porrazos siempre que tuvo ocasión, pues pasó buena parte de su tiempo en el internado encerrado por mal comportamiento. Siete años después, aquel niño salió del orfanato hecho un enfurecido y apuesto joven de fuerte complexión física y cabeza dura. Como su madre había muerto y ya no sentía que nada le atara a Anenecuilco, viajó con sus dos amigos hasta la capital mexicana en autostop e inmediatamente comenzó a boxear en la calle por unos pocos pesos que apostaba contra los más curtidos rufianes del centro. Moscas y Lámpara estuvieron a su lado y todos pudieron comenzar a vivir decentemente gracias a los puños del Cánek. Un feriante se fijó en él y comenzó a hacer carrera por las carpas de circo de todo el país. El empresario ofrecía cada vez más dinero a quien fuera capaz de tumbar en tres asaltos a mi abuelo: peleó contra gordos, gigantes y forzudos. Y parece que hasta le enfrentaron a un enorme jabalí que casi lo mata. Fue en esa temprana época cuando Carlos comenzó a invocar a sus antepasados antes de cada pelea. Como ganaba todos sus combates, se forjó una reputación de héroe imbatible entre los indígenas de la capital, que cada vez más acudían en tropel a ver cómo sus adversarios mordían el polvo sin hacerle un rasguño. Sobre la espalda de su batín amarillo mandó bordar un venado azul erguido sobre un rifle de plata.

Con el dinero que ganaba, se pagó sus estudios de ingeniería. Así, comenzó su carrera como boxeador profesional y empezó a viajar fuera del país: de este modo, hacía su revolución personal contra el mundo y en cierta manera convergía con el espíritu de sus padres. Y, como el contacto afectivo sólo se lo habían transmitido a través de los golpes, ahí seguía buscándolo, secuestrado en el mismo laberinto. En uno de sus periplos boxísticos recaló en Irlanda, donde conoció a mi abuela, una mujer rígida como ella sola; puede que el Cánek buscara a su madre en esa rubia celta, y por eso le pedía que lo cabalgara y le pegara remoquetes como su madre solía hacer con él.

Lo que sigue me hizo comprender mejor el porqué de la partida tan abrupta de mi abuelo sin que Sheila volviera a saber jamás de él. Alegría me contó que su padre había llegado al sur después de una estancia crítica en el hospital a causa de una hemorragia cerebral por un golpe terrible en un combate muy violento, tan fuerte que le había hecho desconectar casi por completo de la realidad y los

doctores le prohibieron volver a subir a un ring. Así, partió de la capital, totalmente trastornado, y se plantó en Anenecuilco diciendo que venía para recuperar las tierras de su madre, de las cuales conservaba los papeles. Efectivamente, las tierras existían, y la casa de su madre seguía en pie. Fue en ese mismo lugar donde encontré a Alegría tejiendo un calcetín de lana de borrego negro. Cuando apareció el Cánek, Aurora, la madre de Alegría, vivía humildemente en esa casa con su abuela Lola, trabajando la tierra y criando borregos para hacer lana. El Cánek se apiadó de ellas y les permitió seguir viviendo allí. Con el dinero que traía restauró su antiguo hogar.

Aurora fue su criada, se ocupó de la casa y también se enamoró de él. En aquella época, Carlos ya hablaba solo, pero esa bondadosa mujer vio en el boxeador cansado a un niño oprimido y lo quiso proteger. Mi tía continuó su relato contándome cómo, cuando era niña, veía a su padre sufrir profundas crisis de angustia en las que escuchaba voces. Un día lo encontró tirado en un rincón, desnudo, acurrucado y cubierto con una piel de borrego. En pleno delirio, lo llevaron donde un chamán que vivía retirado del mundo en la sierra, como se solía hacer en la región, para quitarle un espíritu que no le permitía vivir —una suposición que en cierta manera resultó correcta—. Así que lo amarraron, lo enterraron, lo recubrieron de tierra hasta el cuello y lo dejaron tres días y tres noches chillando y delirando. En ciertos actos de psicomagia, esta técnica también ha resultado ser muy efectiva, pero, por supuesto, se aplica sin dejar a la persona amarrada y sola. Cuando alguien carga a sus espaldas con programas de muerte, se le entierra en un rectángulo semejante a una tumba, con la nariz y la boca descubiertas, y realiza de este modo la muerte metafórica programada, liberándose de la orden, de manera que el cerebro considera el asunto realizado y puede pasar a otra cosa. Al tercer día, el Cánek se calmó, regresó a sí extasiado, diciendo que había visto al venado de nuevo y hablado con Dios, que el espíritu de su padre se había liberado, y por esa revelación decidió hacerse religioso e internarse en un convento benedictino que había en la región. Alegría sólo pudo saber la verdad sobre la vida de su padre en su lecho de muerte, donde durante cinco días seguidos él le contó esta y otras historias y, finalmente, expiró en sus brazos. Cuando se fue de Ciudad de México dejando a sus hijos y su mujer, estaba ya en crisis, perseguido por su pasado, y regresó a la tierra de sus antepasados para, de alguna manera, liberarse. Lo logró y se encontró con lo divino a su manera, que bendita sea. Como decía Ramakrishna: «Si me preguntan sobre qué forma del Señor meditar, les diré de tomar la que quieran. Pero sepan que esas formas sólo hacen una».

En Colombia presencié un acto sorprendente que me permitió aprender una nueva manera de liberar a las personas de sus inhibiciones psíquicas. Durante la visita a la casa de un viejo curandero llamado don Luciano, al que conocí en circunstancias de lo más sorprendentes en los suburbios de Bogotá, pude ser testigo de una curación muy particular. Mientras charlábamos, entró uno de sus colaboradores anunciándole una visita urgente y, tras él, trajeron a un joven enfermo que llegó en camilla, temblando y afiebrado. Según me explicó don Luciano, se hallaba poseído desde su nacimiento. Así que le dijo:

—El que está allí quiere hoy, ya, salir de ti. No te preocupes, hijo, te lo vamos a sacar. Y, rezando, puso al joven febril en pie, lo desnudó, lo bañó con una preparación con amoniaco para limpiarle el espíritu y lo fue recubriendo con hojas de banano humedecidas que su asistente le fue pasando mezcladas con un ungüento que al secarse se endureció como una piedra. Mientras varias personas lo aireaban agitando cartones para secarlo, el curandero cantó durante unas dos horas sosteniendo en una mano una pata de puma y en la otra una pata de ave rapaz, que agitaba a su alrededor. Durante todo ese tiempo, el muchacho permaneció tendido en la camilla y no dejó de gemir y hasta gritar, pero paró a la par que el elemento se secó sobre su piel. Entonces, recorriendo todo el canto del cuerpo del joven con un cuchillo pasado previamente por el fuego, el curandero comenzó a cortar el caparazón hasta que lo desprendió y le liberó por completo. Sus ayudantes levantaron al muchacho, lo sostuvieron y don Luciano, ante sus ojos, prendió fuego al envoltorio. Mientras ardía, el joven se fue calmando del todo, lo acostaron y durmió aliviado. Don Luciano había metaforizado un cuerpo invisible que lo recubría y lo enfermaba, es decir, que impedía a su energía física circular en libertad. Del mundo metafórico lo hizo pasar al mundo concreto y para el cerebro del joven se convirtió en algo real. Nuestros ojos necesitan ver para creer; de ese modo, la psique participa, no se distancia, no hay análisis, sino sanación directa. Ésta puede llegar de la manera más simple: aquí fueron sólo hojas de banano, pero para el cerebro se trató de una inmensa y real muralla. Esta técnica la he utilizado cubriendo a la persona con cientos de fotografías de uno o varios miembros de su familia, mezcladas con un engrudo hecho con harina, esperando a que se seque para después liberar a la persona y quemar el caparazón.

EL APICULTOR BENDITO

El Cánek dejó todo a su esposa e hijos antes de recluirse en el monasterio. Durante cinco años guardó voto de silencio, en los cuales se dedicó exclusivamente a cuidar del jardín, encalar las paredes y restaurarlo por completo; como tuvo que hacer con su propio corazón. Después de ese tiempo, consideró que su alma había renacido y que estaba en paz, y se entregó por completo a dios para servir al mundo con amor y responsabilidad. Fue aceptado entre los monjes como uno más y, desde ese momento, se brindó a enseñarles a los pobres a leer y escribir. También se ocupó de curar animales: perros, pájaros y caballos, a los que llamaba hermanos igual que a sus cofrades. Decían de él que tenía mano de matrona y que los animales le querían, así que lo llamaban para asistir a vacas o yeguas de parto. Después se hizo apicultor y con el dinero de la miel construyó un temascal (baño de vapor indígena) donde ponía a sudar a los alcohólicos y rezaba con ellos. A veces, cuando reincidían, se enfadaba tanto que surgía la bestia que había sido y daba puñetazos en el aire. Al verlo, los borrachos caían de rodillas suplicando que no les pegara, y él los prendía del cuello como cachorros, los ahogaba en agua fría y les daba un par de cachetadas o una patada en las nalgas antes de hacerles entrar de nuevo al baño de vapor desnudos. A veces, también los frotaba con ortigas para despertarlos y hacerles vomitar todo el alcohol que habían ingerido. Cuando salían de allí, brincaban bien despiertos por todo el patio a causa de la comezón.

Cuando Alegría me contó estos detalles me conmoví: hacer algo gratuito pensando en mejorar la vida de los demás, entregarse y luego retirarse sin esperar nada a cambio, era un camino de santidad que jamás le habría imaginado a mi abuelo.

Ayudar a los demás desinteresadamente a menudo implica retirarse, no buscar ser querido, ponerse un velo que cubra la personalidad. Mi abuelo se ganó tal fama de humilde que cuando las gentes ponderaban sus méritos y ensalzaban sus virtudes, hacía, como san Francisco, que los otros monjes lo insultaran en público: no quería premios o halagos y decía que todo era obra de dios, que él no tenía nada que ver con sus actos bondadosos, que sólo obedecía. Alegría lo vio en alguna ocasión desfilar por la calle con dos o tres monjes detrás que le gritaban cosas como: «¡Egoísta!», «¡sinvergüenza!», «¡interesado!».

Cuando Alegría y su hermano visitaban al Cánek en el monasterio, a menudo lo encontraban mirando inmóvil el horizonte, hablando solo, y sufría horribles crisis de migraña. Probablemente no se había recuperado de la conmoción cerebral de su último combate de boxeo. En ocasiones, algún monje acudía a la casa familiar preguntando por él, pues tenía la costumbre de desaparecer durante días en el bosque murmurando cosas sobre su imaginario venado azul. Al poco tiempo de haberme encontrado con Alegría, ya de vuelta en París, compré un libro sobre mitología mexicana y descubrí que los huicholes manifiestan una gran reverencia por un ancestral ciervo al que llaman Bisabuelo, un dios que consideran más antiguo que el viejo dios del fuego y que el mismo sol. A ese preclaro animal se le conoce también como Tamatz Kallaumari: el gran venado azul. ¿De dónde habría sacado el Cánek su delirio? ¿Del bagaje espiritual de sus padres? ¿Del inconsciente colectivo? En todo caso, cada anécdota que me explicó Alegría encajaba perfectamente en mi árbol: eran historias maravillosas, que en adelante decidí incorporar a la mitología de mi familia.

Alegría hablaba de su padre, mi abuelo, como si hubiera sido un verdadero santo, pero pude percibir en ella el palpitar de la sed afectiva de mi clan. Y, con mucho tacto, le pregunté si el Cánek la había tomado alguna vez en sus brazos. Ella bajó la mirada, apenada, y me confesó que su padre obraba con una respetuosa distancia ante los suyos, así que rara vez había podido disfrutar del calor de un abrazo paterno. «El contacto le daba como susto», me aclaró tímidamente. Al Cánek le fue imposible desarrollar su dimensión de padre: su herida emocional era demasiado grande y tuvo que escapar de ella hacia otro mundo. Sin embargo, para la gente fue un hombre de gran corazón: he visto suceder muy a menudo que uno le puede dar amor y espiritualidad al mundo mientras que mantiene a su propia familia a régimen de afecto. Ayudar se convierte, así, en una forma de escapar a la auténtica relación humana, frente a la que algunas personas se sienten demasiado vulnerables. Sin embargo, el Cánek tuvo una muerte pacífica, rodeado de sus hijos. «El mayor espectáculo es un hombre esforzado luchando contra la adversidad; pero

hay otro aún más grande: ver a otro hombre lanzarse en su ayuda», escribió el británico Oliver Goldsmith. Cuando Alegría, Emilio y Aurora lo enterraron, volvieron al convento a recoger sus pertenencias, tan pocas que cabían en una sencilla caja de cartón. Entre los antiguos papeles de mi abuelo encontraron uno que Alegría me mostró con una cortina de llanto en su único ojo. Era un sobre amarillento que había sido retornado por la oficina de correos: el nombre no correspondía a la dirección. Me pidió que extrajera la carta del interior y la leyera, y que después la hiciera llegar a su legítima destinataria: mi abuela Sheila. Ella, después de la abrupta partida del Cánek, había vendido la casa del Yucatán y se mudó a la capital sin dejar dirección alguna.

Leer esa conmovedora misiva me resultó fundamental. Hablaba de su profundo arrepentimiento por no haber dado noticia alguna durante tantos años, por haber fracasado con ella, por saber que tenía dos hijos a los que no había visto crecer. Le explicaba el porqué de su precipitada huida, sus crisis y su encuentro con dios: «Mi vida antes fue un tormento, un infierno poblado de fantasmas y violencia del cual he salido triunfador. He estado enfermo muchos años y me he curado, no me dejo llevar más por la desesperación o el deseo de morir que tuve durante años. No camino más por los duros caminos de la ignorancia de dios. Me he bautizado y quedado en blanco. Mi alma hoy está despejada, entregada a una vida sabrosa dedicada al señor. Estoy haciendo una obra buena y grata con mis humildes medios, y no me es posible volver atrás, porque tengo un huésped que cuidar que me llena de gracia».

La carta terminaba con un: «Quiero que sepas que no hay día en que no pienso en Valerie y en mi otro hijo, del que no sé su nombre. Rezo por ellos».

En el sobre estaban todos sus datos. Pero ya era demasiado tarde. Cuando, unos días más tarde, mi madre leyó esta carta, se fundió en mis brazos para llorar durante horas. Después pudo conocer a sus medio hermanos, pero eso ya es otra historia. Por desgracia, Sheila nunca pudo leer la carta que le dirigió el Cánek. Había muerto años antes de mi llegada a Anenecuilco. Sin embargo, esa carta cerraba un capítulo genealógico y, para la dimensión familiar, el mensaje por fin había llegado a su destino, permitiendo la reconciliación. Unos meses más tarde fui a la tumba de mi abuela Sheila con una fotocopia de la carta y la deposité allí, diciéndole que con aquel acto simbólico ese conflicto terminaba para siempre.

Muchos años después de esta historia, en un rito genealógico, hice que acariciaran y trataran con dulzura al Cánek, le di un padre y le liberé de la esquizofrenia que había sufrido en sus últimos años. Cuántos fantasmas, en muchas familias,

quedan tantas veces flotando en el árbol genealógico, impidiéndonos vivir. Yo fui enterrando a todos los de mi genealogía, nudos del pasado no resueltos y lutos no elaborados que muy a menudo se manifiestan en nosotros en forma de molestos patrones de conducta. Y comprendí que, si se nos aparecen, es para darnos la oportunidad de resolverlos: así que es mejor que lo haga yo y no le deje el trabajo a mis descendientes.

La vida del Cánek fue, en sí misma, un luto irresuelto por la ausencia de su padre, que su madre no había logrado enterrar en su mente. Muchas personas a quienes les ha faltado un progenitor son condicionadas para tomar una determinada senda o manera de estar en el mundo. A menudo recibo a personas que no han elaborado un luto y que llegan agobiadas por sentir que la vida que viven no les pertenece. Una mujer llamada Carlota se hallaba en esta situación desde hacía veinte años. Cuando contaba diez, su padre fue víctima de un ataque al corazón y ella quedó paralizada por el pánico. No pudo hacer el gesto de llamar a la ambulancia y él murió delante de sus ojos, haciéndola sentir culpable toda la vida. La solución que propuse para esta situación pasó por canalizar el espíritu de su padre para crear un diálogo metafórico entre la consultante y él a través de mí, como si me poseyera. Por supuesto que no se trató de una simple interpretación bufa, sino de algo mucho más profundo, íntimo, delicado y sutil: una voz así tiene que proceder directamente del corazón, de lo más universal y divino de uno mismo, y debe hablar con infinito amor y sensibilidad, puesto que si en ese momento uno se equivoca en una sola palabra o gesto puede causar daños difíciles de reparar.

Tras analizar su árbol genealógico, vimos que su padre había muerto del mismo modo que su abuelo materno. Así, la hice salir de la pieza mientras me recostaba en una mesa con un retrato de su padre enganchado en el pecho y me hacía recubrir completamente con una sábana. Cuando estuve listo, mi asistente la acompañó de nuevo adentro. Desde el momento en que me vio con ese manto fantasmal, se puso a sollozar como una niña. Yo ya era su padre: la proyección fue instantánea.

Una de las razones por las cuales las personas se quedan atadas psicológicamente a sus familiares durante años es que les están pidiendo el afecto que les faltó. La mente proyecta continuamente a un padre, una madre o un hermano, sobre el marido, los hijos, el terapeuta o los amigos, como si fuera una esponja dispuesta a impregnarse de la esencia ajena. Así que abracé a Carlota y, en mi regazo, pudo al fin expresar lo que durante veinte años había retenido:

—¡Papá, perdóname! ¡Perdóname por haberte matado!

Sosteniéndola en su llanto, la fui calmando hasta que pudo escucharme; por fin, le hablé al oído con ternura:

—Hija maravillosa, mi muerte estaba programada desde lo lejano y no había medio de suspenderla, pues me hallaba en la ignorancia de querer devolverle el padre a mi madre. Ella se había quedado amarrada a él después de su muerte, como tú ahora lo estás a mí. Yo creí que, para que me amara, tenía que convertirme en él. Y a ti te convertí en ella. Sólo obedeciste.

En el momento de su muerte, Carlota pudo percibir el impulso al que estaba obedeciendo su padre y lo respetó: era la ordenanza del clan familiar. Quedándose inmóvil, cumplió con su deber sin palabras.

—Siento profundamente haberte hecho cargar con tanta pesadumbre —continué—. Te libero de este destino. Dame la foto de mi madre que cargas en el bolsillo y quemémosla juntos, terminemos con esta desastrosa repetición de muertes.

Acto seguido, prendimos un hornillo en una papelera de metal y la imagen ardió. Ella mostró un alivio inmediato. —Ahora te pido, por favor, que me dejes pasar a otra dimensión: ¡transmútame en felicidad! Si tú me mantienes en el dolor, tus hijos y los hijos de tus hijos lo percibirán y arriesgarán su destino: creerán que para ser amados tendrán que morir, se querrán hacer cargo de tu dolor. Conviérteme en energía útil para las generaciones futuras.

Carlota me cubrió de nuevo y, sin darse la vuelta, aligerada, salió de la pieza.

Todo este asunto me trajo a la memoria una frase de Schiller: «Es muy dulce ver llegar la muerte mecido por las plegarias de una hija».

Contaré también la historia de otra mujer que tampoco realizó un duelo por su padre a su debido tiempo. Antes de fallecer, éste le hizo prometer que se ocuparía de su madre y la llamó «mi pequeña». Ella, sin poder expresarle lo que sentía, dejó desde ese momento de tener relaciones con hombres, asumió el papel de compañera de la madre y comenzó a vivir un luto interminable. Así que, de nuevo, me estiré en una camilla y me tapé con una sábana dejando que el fantasma del difunto se metiera simbólicamente en mi cuerpo. Entrar en la sala fue para ella como una puñalada en el estómago, tal como me relató más tarde por carta: «Al verte en la camilla, me di cuenta de que el último recuerdo de mi padre era exactamente el de una sábana tapándole los rasgos, y apareció todo el dolor que tuve que contener para sostener a mi madre y hermano el día de la muerte. Llegué cerca de ti y sentí una respiración pausada. Me

congelé: era terror, no a la muerte, sino a hablar de veras con mi padre porque nunca pude sinceramente confesarle mis pecados. Me di cuenta de que aquello que me pesaba era la culpa por haber sido cómplice de mi madre en sus relaciones extramatrimoniales, y deseaba pedirle perdón. Fue duro comprender que nunca pude tener una relación sincera con él a causa de la responsabilidad que me echaron encima con ese asunto. Hablé del dolor de haber tenido que elegir entre males menores, y también de que ahora necesitaba hacer mi vida y ser liberada de la promesa de ocuparme de mi madre. El cuerpo allí tendido era el de mi padre, hasta tenía su mismo olor. Me sentí comprendida, apoyada, pero sobre todo acogida no sólo en el presente, sino en todo el pasado y futuro. Luego, mi padre me pidió que le dejara integrarse a otra dimensión y nos despedimos. Fue duro, porque entendí que, a pesar de todo, viviendo como una media muerta, estaba convencida de estar con él, y que había llegado el momento de cambiar esta idea nefasta y sentir su protección en la libertad y el respeto más que en el apego al sufrimiento. Esa misma noche soñé con mi padre joven. Estábamos en la playa, en un maravilloso día de verano, y me sentía muy feliz, plena y segura. Fue un sueño de paz».

UN PERRO ENTRE LAS TUMBAS

Los seres humanos somos, interiormente, una colectividad, y biológicamente también nos vivimos como tal. Si hay alguien excluído, no comprendido, no transformado en el amor y la armonía, sentiremos como un malestar el hecho de que exista esa partícula no integrada entre nosotros. Así que he luchado para crear en mí lo que definiría como una religión interior; religión en el sentido de religar o reunificar a todos los de mi clan en la conciencia y la infinitud. Así mismo, después trabajé con mi humanidad interior en el mismo sentido: no en vano, la física moderna afirma que una partícula del universo contiene potencialmente toda la energía de todo el universo. De alguna forma misteriosa, nosotros también contenemos a todos los seres humanos y formas que han sido y serán. Es importante integrarlos como aliados, como seres de luz y poder en nosotros, y no como una carga fantasmal. Y así lo seguiré haciendo hasta que todos los que anidan en mi corazón se conviertan en seres resplandecientes.

A veces, las rencillas que sostuvieron nuestros ancestros no nos permiten absorber lo maravilloso que hay en ellos. Es lo que ocurrió entre Sheila y el Cánek, de modo que le pregunté a Alegría dónde estaba enterrado mi abuelo y fui a su tumba. Tuve suerte, porque las autoridades locales iban a trasladar en breve el cementerio para poder construir en el terreno. Tomé jabón de Marsella, que es un emblema de la rama paterna de mi familia con el que uní a todo mi árbol (siempre llevo una pastilla en mi neceser), y agua perfumada con lavanda. Mientras limpiaba la lápida con un cepillo e infinita ternura, comencé a decir: «Todo lo negativo que se dijo de ti, abuelo Cánek, lo desintegro para siempre. Te devuelvo un rango de

honor en mi mundo. Lo que transmitiré de ti a las generaciones futuras será bendito». A continuación perfumé, honoré el lugar y añadí: «Ya estás libre. Ya puedo acceder a tus valores. Fuiste un combatiente y un santo, tus padres unos revolucionarios que se amaron con una inmensa pasión. Todo eso lo absorbo. También absorbo la magia de todos mis antepasados mayas y aztecas, y los poderes de la tradición chamánica por parte de don Eulalio, mi tatarabuelo: tu venado azul de ahora en adelante paseará también por mi mundo imaginario, y se lo transmitiré a mis hijos como aliado. En la red familiar, bendito Cánek Martínez, estás integrado. Te enaltezco».

En el largo periodo que pasé meditando en el cementerio, un perro negro, un flacucho can de olfato afilado y mirada penetrante, tuvo tiempo de venir a sentarse a pocos metros de mí, junto a la tumba de mi abuelo. «¿Tendrá hambre?», me pregunté al principio. Después recordé que los antiguos mexicanos criaban perros especialmente destinados a acompañar y guiar a los muertos al otro mundo. En ese momento, el animal se levantó cansino y se acercó para dejarse acariciar. Me di cuenta de que tenía algunas ronchas en la piel, algo de sarna y múltiples mordeduras que delataban una intensa vida de perro callejero. «Amigo mío, cuántos mordiscos te han dado», le dije mientras le palmoteaba amistosamente el lomo. El chucho me miró con alegría melancólica, olisqueó mis manos y comenzó a lamerlas como si estuvieran cubiertas de azúcar. Después, se dio la vuelta y, a paso cansino de tortuga, se perdió para siempre entre las tumbas.

APÉNDICE 2

ESPÍRITUS, FANTASMAS, DEMONIOS Y ENTIDADES

Durante los últimos años he tenido el privilegio de presenciar todo tipo de limpias, exorcismos, operaciones, desates, cortes, soplos, raspajes, barridas, humeadas, ordenaciones, desamarres... Los curanderos utilizan estos métodos para liberar a la gente de lo que llaman demonios, espíritus, entidades, energías, sortilegios, maldiciones, fantasmas, fuerzas, espantos o existencias: de nuevo, la sabiduría popular crea metáforas para describir procesos que también se pueden atribuir al psiquismo. La educación que recibimos de nuestro árbol genealógico —tanto en positivo como en negativo— es analizada por ellos con todo tipo de explicaciones sobrenaturales que siempre me pareció necesario respetar. Por eso decidí clasificarlas y buscarles equivalentes psíquicos que dotaran de un lenguaje mágico a las artes de sanación que he cultivado.

A lo largo de nuestra vida, los seres humanos incorporamos multitud de estructuras mentales que forman nuestra individualidad, y que bauticé como *cuerpos inmateriales*. Entre ellos hay órdenes restrictivas, conclusiones que reducen nuestra percepción del mundo, de la vida y de nosotros mismos. Entonces se convierten

en caparazones que paralizan, hacen sufrir y fragmentan el ser: los bauticé como *cuerpos inhibidores*. Pero también hay cuerpos inmateriales que alimentan nuestro desarrollo espiritual, permiten forjar nuevas conexiones sinápticas a nuestras neuronas y reunifican nuestra divina trama interior: a éstos los llamé *cuerpos liberadores*.

¿Cómo se heredan unos y otros? Es evidente que los comportamientos de los padres se dejan sentir en el carácter de los hijos. Para éstos, lo más importante es vivir, ser protegidos y alimentados en el sentido físico, emocional y espiritual, lo que significa gustar a los adultos: un niño es un seductor de padres. La estratagema con la que nos ha dotado la naturaleza para lograrlo es la imitación: el niño se vuelve un espejo de sus padres. La neurociencia ha descubierto la existencia de las denominadas neuronas espejo, que emiten el mismo tipo de impulsos eléctricos al realizar una actividad que al observar a otros realizarla. Forman parte de un sistema perceptivo que nos permite aprender de los demás mediante el sistema más antiguo que existe: copiar. También son la base de la empatía: nos permiten sentir lo que siente el otro y reproducirlo. Así, los hijos (y más tarde el adulto en sociedad) incorporan e imitan la gestualidad, el comportamiento energético y las emociones de los progenitores como si fueran las suyas. En cierto modo, se convierten en sus padres: a menudo sufrimos su mismo sufrimiento sin haber tenido la misma experiencia dolorosa, en un fenómeno de identificación para garantizar que el cuidador y el cuidado se encuentren. En el sentido inverso, también los movimientos del lactante resuenan en el cuidador, que a veces puede sentir a su crío a distancia. Padres e hijos se convierten en una especie de gemelos, en un proceso de *narcisismo protector*.

Las dificultades llegan cuando esa fase no es superada y no logramos culminar el proceso de nuestra individuación: adictos a su modo de ser y a sus emociones, no encontramos lugar para las nuestras. Entonces nos colonizan los problemas de nuestros padres, pidiéndoles una protección que ya no necesitamos y actuando como su espejo para que se sigan reconociendo. De esa manera, es habitual observar en madres, hijas y nietas la misma manera de caminar, los mismos gestos, las mismas emociones. Claro que el narcisismo también es una fase fundamental para aprender a amarse a uno mismo, o comprender que todos somos un solo ser que se mira y admira a sí mismo —es decir, dios—, y que amar al otro es también amarse a uno mismo.

Los cuerpos inmateriales se hallan en relación con las cuatro energías corporales: intelectual, emocional, sexual-libidinal y orgánica. Todas las dificultades que he descrito pueden ser asociadas a una u otra de estas energías, que pueden ser

guiadas de manera parasitaria (cuerpos inhibidores) o expandida (cuerpos liberadores), como aclara el siguiente cuadro:

Energías: / Cuerpos:	Intelectual	Emocional	Sexual - Libidinal	Orgánica
Inhibidores	*Espíritus Sombríos*	*Fantasmas*	*Demonios*	*Entidades*
Liberadores	*Espíritus luminosos (luminiscencias)*	*Beldades*	*Fuerzas*	*Infinitudes*

Son *espíritus sombríos* las ideas locas, negativas, tóxicas, morales coercitivas que se nos transmiten o imponen desde la más tierna infancia, convirtiéndose en gendarmes de la mente. En general, anidan en nosotros hasta que encuentran la ocasión de afirmarse a costa de nuestras experiencias dolorosas: «El amor no existe», «el mundo se va a acabar», «las mujeres, en la casa», «nadie triunfa en esta familia», «el dinero es sucio», «el dios interior no existe»... También están los despiadados espíritus de la moral económica, producto de una sociedad rica pero angustiada: «Todo es dinero», «todo se vende y todo se compra»... Hay espíritus denigrantes, como «somos una familia de fracasados»; espíritus que nacen como consecuencia de malas experiencias que se solidifican en la mente y que acaban convirtiéndose en verdades comprobadas al mirarlo todo bajo el prisma de un determinado axioma: «Los hombres son malvados», dice a su hija una madre golpeada por su marido. «Los hombres son malvados», confirma ésta cuando, años después, se busca un maltratador.

Recibí a una consultante vestida de negro, cuya ropa despedía un espantoso olor a cigarrillos. Le habían transmitido tantas ideas de este tipo que vivía detrás de una barricada física. Le pedí que escribiera en pequeños papeles todas sus ideas dolorosas. Tomé un puñado de clavos grandes y en cada uno enrollé un papelito. La senté en una silla y le pegué los clavos uno por uno a la cabeza con esparadrapo. Comencé a retirarlos fingiendo un gigantesco esfuerzo. Al tercero, ella comenzó a gritar como si le estuviera extirpando un trozo de cerebro. Después se los puse en las manos y, aliviada, me dijo: «Estas ideas me estaban matando». Le pedí que metiera los clavos en una caja negra, que cavara un rectángulo pequeño en la tierra, los enterrara y plantara sobre la tumba un hermoso girasol.

Muchas veces he *limpiado* a personas que estaban *poseídas* por un *fantasma psíquico*, es decir, por un luto no resuelto. A menudo, ese luto se manifiesta una, dos o más generaciones adelante, pasándose el fantasma como un balón hasta que alguien lo logra enterrar. Claro que, para colmo, a algún familiar se le puede ocurrir

ponerle a su hijo el mismo nombre que el finado; la *víctima*, en estos casos, puede sentir que no consigue vivir la vida que le corresponde y que su biografía coincide sorprendentemente con la de su antepasado. Un fantasma también puede surgir por una falta afectiva de los progenitores: si un padre fue rechazado, el hijo podrá querer reparar ese daño recibiendo al fantasma del abuelo. Un niño, en general, se hace cargo del dolor de sus padres con la creencia de que, aceptándolo sobre sus espaldas, ellos se verán libres y podrán finalmente darle amor. Pero el resultado es que, además de sufrir ese dolor, vive la impotencia de ser el padre de sus padres. Entonces se creará una situación emocional conflictiva que nos impide compartir amor. Si mi madre sólo ama a mi abuelo, entonces la energía afectiva que debe darme estará encerrada en el fantasma del abuelo. Al liberarla, esa energía podrá reorientarse de nuevo hacia su camino natural. Existen fantasmas que corresponden a relaciones inconclusas de los padres u otros familiares, como ex amantes, ex maridos, antiguos amigos... Cuando un progenitor bautiza a su hija con el nombre de una antigua novia, le está pidiendo sutilmente que la reemplace. Por fortuna, una vez enterrado el fantasma, he visto cómo la vida de muchas personas tomaba un nuevo rumbo.

Un *demonio*, parásito de la energía sexual, es generado por la prohibición a la creatividad, a la felicidad o a la energía libidinal, a causa de una rigidez moral, como la prohibición al placer, que generalmente no nos atrevemos a expresar si no lo hemos visto expresado en casa. A menudo, los demonios se originan en tabúes sexuales. La energía sexual creativa que tiende a fluir por nuestro organismo acaba acumulándose y pudriéndose, convertida en demonio, que revienta bajo la forma de lo que llamamos rabia, odio y violencia, o en crisis de histeria. La moral judeocristiana juzgó pecaminosa la sexualidad y muchas personas viven sus manifestaciones de manera destructiva. Cuando ésta se disfraza para poder ser exteriorizada, aparece el desfile de demonios. En este terreno, también se pueden incluir las agresiones sexuales. Cuando la felicidad, estado natural de la existencia, está vedada por una barricada moral, uno quiere escapar y se desespera; la violencia que la gente puede desencadenar entonces será la metáfora de los golpes que la felicidad interior se está dando contra los barrotes de su celda. Una forma extrema de demonio psíquico podría relacionarse con los ataques de epilepsia que tradicionalmente sufrían los supuestos endemoniados, excluidos de la sociedad y la familia.

Un hombre que explotaba furioso ante las mujeres acudió a consultarme y le dije que tenía un demonio. Al nacer, su madre empezó a militar en grupos de liberación

feminista. A los cinco años, aquel hombre dibujó un pene erecto que le mostró a su madre. Ella, furiosa, lo guardó entre las páginas de un libro y lo encerró en una vitrina bajo llave. Su sexualidad estaba bajo llave, y eso le producía una inmensa rabia contra las mujeres. Para liberarse, se desnudó y pintó el cuerpo de rojo y, frente a una mujer que representaba a su madre, gritó y descargó su violencia golpeando sobre unas colchonetas. Ella le regaló lápices de colores con los que pintó todos los penes que quiso delante de sus ojos. Después se tocó su propio sexo hasta conseguir una erección y ella bendijo su virilidad.

Las *entidades* son restricciones espaciales que paralizan o impiden el movimiento corporal. Como invasiones territoriales, acuden cuando una persona que no ha sido deseada al nacer o quisieron abortarla concluye sutilmente que no tiene lugar en su familia ni en el mundo. En ese caso, diremos que se encuentra espacialmente acuartelada: la entidad le prohíbe tomar un sitio, ocupar el espacio, moverse libremente, bailar. Un caso paradigmático ocurre cuando los progenitores esperan un varón y nace una hembra (o viceversa). Entonces, la imagen del otro sexo te impregna y tu cuerpo y comportamiento se moldea a ella, creando un falso yo. Cuando sientes que estás de más, concluyes que será mejor comprimirse en la vida. Por eso es muy importante que un niño tenga un espacio propio, aunque sea simbólico. Durante una temporada viví en un apartamento mínimo con mi familia y no había cuartos para todos. Entonces dibujé tres cuadrados de un metro pegados al muro y les dije a mis hijos: —Estos lugares son única y especialmente para cada uno de ustedes. Aquí pueden hacer lo que quieran.

Una educación muy restrictiva también puede crear una entidad —«no te muevas», «cállate», «no molestes»—. Órdenes que se convierten en un guardián interior que impide la acción. Un consultante de dieciocho años nació por accidente porque el condón de sus padres reventó. Su madre llevó adelante el embarazo con rechazo y él pedía disculpas por cada paso que daba en el mundo. Sin embargo, ocultaba una fuerte agresividad por la idea de que el ser humano es el cáncer del planeta. Proyectaba en el mundo la sensación que su madre experimentó hacia él cuando estaba en el vientre: si el hombre es el hijo de la Madre Tierra, él se sentía el cáncer de su madre. Durante dieciocho horas cargó a hombros dieciocho kilos de grasa de animal. Después de ese lapso, tomó una barca, se fue mar adentro y lo echó por la borda de espaldas. Por último, realizamos un acto de nacimiento para que se sintiera engendrado de nuevo con amor.

Los *cuerpos liberadores* existen en nosotros como aliados, protectores, activador-

es de la conciencia, energía, creatividad y vitalidad. Nos expanden. En el intelecto, los espíritus luminosos o luminiscencias son aquellas ideas positivas que contribuyen al desarrollo de la conciencia personal y del mundo, que producen felicidad y nos impulsan a la realización y apertura. Podríamos decirles a nuestros hijos desde que nacen que el cuerpo es el cosmos y la conciencia divina, que la vida se puede vivir como un paraíso, que el ser humano es un productor de belleza, que el placer es bendito. Las luminiscencias son ideas útiles a la expansión de la felicidad, la bondad, la generosidad y creatividad, la paz interior, el amor y la transformación del mundo. También son aquellas iluminaciones que recibimos del futuro que está inscrito en cada uno de nosotros. Buda decía: «Con nuestras ideas creamos al mundo».

En la energía emocional contamos con las *beldades*: toda la memoria de los seres que han vivido. Los muertos no siempre son un problema. Más bien, a menudo son nuestros aliados. Nuestros antepasados y nuestros tesoros genealógicos nos acompañan en el camino de sanación. Las joyas del clan pueden surgir en cualquier momento. Las beldades están presentes en el amor con todas sus formas. Pero sobre todo participan y animan el amor consciente. Por eso, muchas veces dejo venir la energía de mis abuelos, bisabuelos y toda mi historia familiar y humana al presente para atender a quienes acuden a consultarme.

En el instinto contamos con las *fuerzas*: energías creativas. Las fuerzas están en las plantas, los soles, los mares... Son aportes energéticos aspirados del cosmos que nos dan vitalidad. A menudo utilizo fuerzas para laborar, por ejemplo, cuando al otro le falta energía. Me acuerdo de un joven de veinte años que parecía tener noventa. Flaco y sin tono vital, le pregunté si su padre alguna vez le había transmitido su fuerza viril. Él me miró con cara de ignorar el significado de aquellas palabras. Le dije que le iba a transmitir una información que su organismo desconocía y, para su sorpresa, pegué mi pelvis a la suya. Inspiré aire y, con un rugido que surgió de mis raíces universales y le resonó en los huesos, comencé a gritar: «¡Fuerza! ¡Vamos, levántate, hijo! ¡Vamos a la vida! ¡Despierta!». Imaginé que un chorro de luz salía de mi vientre hasta que él comenzó a activarse. Terminamos riendo, rodando en el suelo como leones.

En el cuerpo contamos con las *infinitudes*: innumerables posibilidades de extensión espacial. Desde la sensación microcósmica de achicarse sin fin a la sensación macrocósmica de expansión absoluta. Infinitudes también son tu dimensión de grano de arena, tu dimensión de universo, tu capacidad para transfomar tus sensaciones físicas como desees. Un consultante de casi dos metros caminaba con la espalda curva: no asumía su estatura. Su padre era mucho más pequeño que él y comprendí

que no quería sobrepasarle. Sucede muy a menudo que una persona se reduce al fracaso por no querer superar a sus padres o a su nivel social familiar. Ante él, me concentré hasta sentirme dentro del cuerpo imaginario de un coloso. Desde allí, no tuve que hacer demasiados esfuerzos para estirarle la cabeza, enderezándole la columna. «Te voy a transmitir un nuevo cuerpo», le anuncié. Comencé a soplarle en el pecho, imaginando un manantial de luz por el cual atravesaba su carne hasta unirme a él, que me recibió con temblores cada vez más fuertes. «¡Se acabó! ¡Voy a crecer!», acabó gritando. Y se estiró hasta recuperar totalmente la verticalidad. He aprendido de los chamanes que he conocido que todo lo que imaginan lo imagina también el consultante. Así que ensayamos juntos un paso firme por toda la sala, como si fuéramos dos gigantescos guerreros, hasta que se desenvolvió con firmeza en su nuevo organismo.

Uno puede ser un paraíso descuidado. Nuestra labor en esta vida es hacerlo florecer de nuevo. Y también es el primer paso para hacer florecer el mundo. Para ello, creé una ceremonia en la que le pido al consultante que se coloque en el pecho, vuelta hacia él, la foto de su madre o su padre (o del familiar que le haya transmitido una inhibición). Dejo que se contacte con la sensación en su cuerpo del familiar. Hasta que la imagen del convocado se hace absolutamente presente. El resultado es fulgurante: la persona cambia, se transforma. Si el familiar que se manifiesta es la madre, la llamo por su nombre: «A ver, señora Rosa, ¿qué le pasa? Deje venir lo que siente, lo que nunca expresó, su rabia, su angustia». A menudo, el consultante lanza aullidos al darse cuenta de hasta qué punto porta ese ser. Una vez que el dolor ha sido expresado, invito al poseído a que, desde dentro de su caparazón, empiece a insuflarle vida al cuerpo inhibidor para permitirle salir del capullo, danzar, expresar libremente orgasmos; decir cosas que jamás había dicho, como «la vida es un éxtasis». Momentos como estos se revelan fundamentales: el individuo se convierte en la medicina de toda su familia interior. Haciendo que su estirpe se realice a través de él, se permite nuevos parámetros de conciencia con los que vivir sin represión o culpa. Así, despierta a una actitud de fuerza y poder —y no de fatalidad o victimismo— sobre el propio destino.

Cuando yo mismo me apliqué este acto psicochamánico, lo hice con todos los personajes de mi árbol que conocía: los liberé a todos. Primero dibujé un círculo marcado con adhesivo blanco, tal como se hace en el vudú y otros chamanismos con harina para delimitar un territorio sagrado. El cerebro humano enseguida se sabe en un templo simbólico: el *axis mundi* protegido donde puedes obrar dejando fuera

toda inhibición, todo fantasma. ¿Por qué lo tracé con cinta adhesiva? El chamán busca en su hábitat sus objetos de poder, hierbas curativas o alucinógenos. Pero un psicochamán, cual chamán urbano, busca los elementos en la ciudad, que es su territorio o selva. Por tanto, utilizará todo lo que esté a su alcance —cinta adhesiva, las herramientas de una ferretería, los elementos decorativos del hogar…—. Lo importante no es el objeto, sino el símbolo: un simple vaso de plástico en un espacio sagrado se convierte en una copa de oro. Un adhesivo blanco, en una pared de cristal. La magia es, en buena parte, un lenguaje de símbolos cargados de intención. En ese círculo, inmovilicé con la cinta adhesiva a todos mis antepasados, interpretados por actores. Uno a uno, hicieron estallar sus ataduras y se pusieron a bailar, cantar y reír. Después me coronaron con un pedazo de cartón dorado que hice como corona —como rey de mi propio árbol interior—. En los días que siguieron, sentí haber dado otro paso en mi proceso de intensa reconciliación con mi estirpe.

3. EL MALIGNO Y LA SANTA MANCA

No hay belleza perfecta que no tenga alguna rareza en sus proporciones
Francis Bacon

Axelito, el niño que fui, me acompaña hoy como un dios maleable que habita en mi mitología personal. Lo he modelado con la imaginación y bañado con el infinito amor de padre que siento por él. Cada día lo bendigo y lo visto de ternura y de luz, agradeciéndole su alegría, como hacía Valerie cuando, cada vez que llegaba a casa exhausta del trabajo, me besaba de pies a cabeza y me abrazaba espachurrándome como una niña a su muñeca preferida. Pero nuestro idilio duró poco. Terca como era, se pasaba el día pensando en cómo reconquistar a Alejandro. Y, a fuerza de insistir, al final lo consiguió. Así, comenzó a ausentarse en la noche para participar en las largas fiestas del movimiento pánico, que, en plenos años sesenta, eran el centro de atención de la vida artística mexicana. A mi vera, Petra se desgañitaba tratando de acunarme sin conseguir que cesaran mis berridos hasta altas horas de la madrugada.

Antes de cada salida, y después de maquillarse y perfumarse exageradamente, mi madre me sumergía en un placentero baño caliente. Una noche me secaba mientras jugaba conmigo, mordiéndome suavemente el cuerpo, soplando sobre mi finísima piel de bebé y provocándome un enorme placer. Hasta que, de repente, mi energía irrumpió en su más legítimo impulso: tuve una alegre y mágica erección. Puedo imaginar el estado de éxtasis en que me encontraba, con los brazos y pier-

nas abiertas hacia el infinito, la sonrisa de oreja a oreja, delante de mi madre, la primera mujer de la vida de todo hombre. Estaba experimentando la felicidad de vivir, la sensación edípica que naturalmente debía existir para enseñarme a amar al sexo complementario.

Cuando somos niños, los padres son el espejo del principio divino que existe en nosotros. Venimos de una fusión de nueve meses y nos queremos fusionar de nuevo con ellos; también a través de la libido y del goce, como quisiéramos hacerlo con la eterna y orgásmica vibración cósmica. Durante un viaje a la India, tuve la suerte de poder presenciar en el norte del país el arte tradicional del masaje infantil, en el que las madres toman con la boca el sexo de los niños y les soplan hasta la erección para darles fuerza y futura seguridad en su energía. No hay nada amoral en ello. Para mí, se trató de un acto de extraordinaria sabiduría, una guía de camino vital para el nuevo ser.

Sin embargo, lo que en aquel momento podría haber sido un alegre festejo, una puerta abierta a mi futuro bienestar, se convirtió en una verdadera hecatombe. Valerie, joven y sin experiencia, al notar mi efusión de naturalidad creyó haber cometido el más grande de los *pecados*: el incesto. Sin saber qué hacer, se puso a menear la cabeza a diestra y siniestra para no mirar la expresión de mi infantil alegría, comportándose como si hubiera aparecido ante sus narices el mismísimo ángel del mal. El pequeño apartamento en el que vivíamos se convirtió en el gran abismo y, como una lucífera maldición, esa noche me cayó encima toda la educación y represión religiosa de Valerie: la imagen del Maligno. Creyendo haber destapado una caja de Pandora, mi madre prendió la invisible tijera Behrens de podar criadillas y realizó sobre las mías —que en ese entonces parecían más bien huesos de oliva— una metafórica esterilización ritual: pálida y mirando al cielo, en un dos por tres me colocó y estrujó los pañales como si se tratase de un cinturón de castidad del medioevo; a continuación, ahogada en nerviosismo, me depositó en la cuna y se fue corriendo sin darme ni un besito de buenas noches. Desde ese infausto día, su relación corporal conmigo cambió totalmente: siguió tocándome cuando era imprescindible, pero siempre con reticencias, evitando acercarse más abajo de mi ombligo. Pero si la experiencia fue traumática para mí, también lo fue para ella. Así nació mi primer apodo: «Te conozco, *diablito*, ya estás haciendo tus diabluras», me repitió a menudo durante toda mi infancia. Fue una manera de proyectarme al supuesto golfo del Cánek, «el demonio» que le había pintado Sheila. ¿Qué había ocurrido en aquella experiencia para que me marcara tan profundamente?

REALIZAR LO IRREALIZABLE

A mis cinco años, cuando Alejandro por fin volvió a casa, Valerie comenzó a leer con él a Sigmund Freud, Carl Jung, Wilhelm Reich y Erich Fromm, con lo que nuestro hogar se convirtió en un antro psicoanalítico donde se buscaba entender el comportamiento humano y se destripaba al momento cualquier reacción del conejillo de Indias, que no era otro sino yo. Mis más mínimos gestos eran explicados en términos edípicos, fálicos, anales... Para mí fue una época en la que sentí estar sometido a juicio a todas horas: una verdadera escuela. Me obsesioné de tal manera que, hacia los siete años, yo mismo comencé a analizar mi comportamiento en una libreta que después ponía a disposición de toda la familia y que me valió el apodo de el Analista.

—En esta casa el inconsciente se pone sobre la mesa —decían mis padres todo el tiempo.

Su forma de interpretar el psicoanálisis era un tanto salvaje, puesto que su búsqueda estaba todavía en pañales. Apenas me acercaba a Valerie, Alejandro me espetaba con humor: «¡Ahí va el incesto!». Si ella me tenía en brazos, repetía: «¡Ahí va el incesto!». Si me tomaba de la mano para cruzar la calle: «¡Ahí va el incesto!». Lo cierto es que, con tanto «¡ahí va el incesto!», al final no pudimos realizar nuestro incesto libremente: una relación amorosa y sensual con el hijo que la madre (o el padre con la hija) debe saber guiar como iniciadora, con absoluta medida y contención, para prepararlo a vivir una relación abierta y sana con sus futuras parejas.

Por supuesto, cada vez que me acercaba a Valerie sudaba interiormente por sentirme culpable. Me angustiaba y avergonzaba con ideas locas que cargué durante décadas. En mi mente se inhibía todo deseo de contacto hacia ella, mezclado con un creciente terror irracional a que me podaran mis pequeños atributos: la madre me era prohibida y, además, rechazaba mi sexualidad, de modo que también yo le era prohibido a Valerie. Entiendo por qué, cuando años después se separó definitivamente de Alejandro, comenzó a tener amantes de mi misma edad: ella tampoco pudo realizar su Edipo y lo buscó más tarde acostándose con hombres mucho más jóvenes. Sanarme no fue un lecho de rosas: mi vida sexual y afectiva resultó durante años una verdadera calamidad. La vivía a escondidas y con culpa, aunque gracias a mis incursiones en el mundo del arte y el teatro pude contactar en libertad con el otro sexo. Mi energía libidinal era efusiva, pero sentía la obligación de estar probándome a diestro y siniestro para demostrarme mi virilidad. En el fondo, comprendí que, cuando uno va de mujer en mujer (o de hombre en hombre), puede estar demostrando una gran fragilidad emocional y, ante todo, una enorme incapacidad para amar y profundizar: una parálisis emocional.

La imagen del *diablito*, del hombre monstruo y mujeriego, me acompañó durante años como una losa. Vivía dividiendo a las mujeres entre las afectivas y las sexuales. En una de mis primeras relaciones me enamoré de una muchacha llamada Valeria, como mi madre. No pasaron muchos días hasta que me enamoré de otra, Helle. Y comencé a salir con las dos. Puede parecer una situación muy cómoda para cualquier hombre, ¡pero sufrí como una bestia durante seis años! Y es que las amaba sinceramente a ambas. No podía integrarlas. Me tenía que esconder, mentir, un día con una y el otro con la otra. Cabalgaba de un extremo a otro de la ciudad para mantener en pie mi mentira; terminaba la semana consumido por tratar de satisfacerlas de igual manera a las dos.

Por fin, llegó el día en que se encontraron en la calle y Valeria le preguntó a Helle: «¿Con quién estás?». Ella le respondió que yo era su novio. Valeria le dijo: «¡No es posible, yo también!». Ese día me encontré con el apartamento hecho un desparrame. Helle, que era artista, se entretuvo en buscar una tienda de artículos de pesca y regó mi habitación con varios cientos de gusanos. Aquello fue un Vietnam de llantos, gritos, lamentos, anélidos, reconciliaciones y promesas de dejar a una. Pero no pude, seguí un tiempo con las dos sin poder elegir, sufriendo, sintiéndome culpable. A Valeria le faltaba su padre, y a mí me faltaba ella: y es que durante muchos años fui de madre en madre, teniendo siempre relaciones paralelas; mis mujeres se llamaron E-*va*, *V*-erónica, *Vale*-ntina, *Va*-nessa... Cuando comencé a utilizar mi otro nombre, Cristóbal, conocí a Marie, que es la madre de

Cristo. Marie fue una madre más en esta rueda infernal: ella tampoco tenía padre. Las olía a distancia, como un verdadero cazador huele a su presa. Además, siempre terminaba arreglándomelas para que todas me pillaran y dejaran, pues una parte de mí se regocijaba al repetir el momento en que, con mi erección infantil, recibí el rechazo de mi madre. Allí me había quedado, fijado, esperando un afecto y unas caricias que no llegaban nunca, y todas mis relaciones se convertían en intentos de regresar con Valerie para poder vivir mi Edipo de forma sucedánea. A través de ellas también la castigaba y me convertí en un auténtico *verdugo de mujeres*, cosa que me hacía sufrir terriblemente. Tanto llegué a desesperarme que, como no podía ser de otra manera, acabé tendido en el diván de un psicoanalista francés que me observaba impasible detrás de la muralla de humo de su pipa y sus anteojos redondos. Era un hombre completamente exasperante que respondía con monosílabos a todas mis acuciantes llamadas de auxilio.

El psicoanálisis podría ser un primer paso para la sanación. A mí, a pesar de todo, me resultó de utilidad. Pero lo veo como un sucedáneo: no se entra en el cuerpo, en la energía, no se baila, no se toca, no se actúa, no se medita, no se masajea, no se abraza, no se comparte amor, fuerza, espiritualidad, universalidad, no se pinta, no se canta, no se crea con todo el cuerpo y el ser, no se deja existir al dios interior en todo el organismo sin inhibición, palpitando de felicidad. Además, no todo es analizable: siempre existirá una dimensión de misterio que habrá que aceptar y vivir, así como fenómenos irracionales que intervendrán en una labor personal de sanación. Por ello, no duré más que unos meses en su consulta, pero me bastó para terminar aceptando como una condena que el Edipo es un deseo irrealizable. Al menos, eso dice el psicoanálisis. Y que ese deseo de fusión con la madre era un sueño quimérico que nunca llegaría a su fin. ¡No había solución! Quizás podría atenuarlo a base de pastillas o años de terapia, pero ¡siempre sería la columna vertebral de mi comportamiento! El deseo estaría contenido eternamente en ese supuesto pozo u olla a presión a punto de estallar llamada inconsciente. Me quedaba la opción de sublimarlo, pero ¡ya era artista! ¿Qué hacer? ¿Dominarme? No quería vivir controlando mis impulsos. ¿Olvidarlo todo? ¿Y que a los cincuenta me diera un infarto, o un cáncer, haciendo emerger la angustia que enterré? También podía hacerme fraile: cuántos supuestos iluminados he conocido cuyos hijos o nietos padecen la herencia neurótica de la programación familiar que ellos rehusaron abordar.

Cuando era niño me contaron el chiste de un hombre que va a ver al doctor tosiendo y respirando a duras penas y éste le pregunta:

—¿Qué le sucede?

A lo que el hombre, ahogado, responde:

—Es el pulmón derecho, doctor, que está enfermo y sufre terriblemente.

—¿Y cómo va el izquierdo? —le interroga el médico.

El enfermo, con una voz despejada y saludable, le contesta:

—¡El pulmón izquierdo va de maravilla, doctor!

Vivámonos pues en el pulmón izquierdo, pero sin abandonar el derecho hasta que se despeje y esté tan libre como el otro. Desarrollar el espíritu significa abrir también las puertas a una liberación orgánica. Ése es, para mí, el sentido del Bodhisattva («héroe del espíritu del despertar»): aquellos personajes del budismo que, en el camino espiritual (bodhi), retrasan su entrada en el estado del nirvana (liberación completa) por haber comprendido que la iluminación no es una cuestión personal y que para volverse templo divino se debe vivir en el mundo. Por compasión, se convertían en budas para guiar al prójimo en el camino a su liberación. Eso sí: mientras se alcanza esa liberación, «sé tu cuerpo en tanto que vivas», como nos enseñan las sabias palabras que el visir Ptahhotep escribió en el Egipto de hace cuatro mil años. Ocúpate, por tanto, de esa manifestación encarnada en su totalidad sin jugar al juego de la diferenciación entre el cuerpo y el espíritu.

Durante años me pregunté cómo hacerlo, cómo salir del círculo neurótico del complejo de Edipo, que es una forma de escisión y me impedía relacionarme plenamente con las mujeres. Por fortuna, una de las tantas cosas positivas que heredé de Alejandro y Valerie fue su determinación y obstinación al realizar lo que querían. De ellos aprendí que en la iniciación espiritual hay varios caminos. Uno consiste en estudiar, estudiar y estudiar; buscar, meditar, caer y levantarse; hasta lograr, al fin, despertarse. El otro, que alguien bienintencionado te enseñe: es el camino de la transmisión, la vía del maestro y el discípulo. Y, por último, está la repentina iluminación. En mi caso, se puede decir que seguí el camino del beatnik Lew Welch: «Alguien me lo mostró y lo encontré por mí mismo».

Cuando pasaron los años y me sentí preparado, creé, un acto psicomágico especialmente destinado a tocar lo más profundo de las raíces de mi bloqueo edípico. María Alba, una amiga terapeuta cuyo nombre ya era un soporte simbólico perfecto para mi proyección, me prestó su valiosa ayuda accediendo a representar a Valerie con su foto en el pecho. Primero debía pintarme de rojo y luego verter sobre mí, en una bañera, un saco de arcilla líquida de color café mezclada con papel de baño para simbolizar excrementos y desprecio. Además, me puse la foto del Cánek

Martínez pegada sobre mi pecho, para representar la imagen negativa del hombre sucio y pecaminoso, «el demonio» que describía Sheila.

Antes de comenzar el acto, busqué maquillaje corporal rojo por varias tiendas sin éxito. Hasta que llegué a una tiendita perdida en un callejón que regentaba una alemana casi centenaria, fumadora empedernida, que fabricaba su propia marca de maquillaje, llamada El Indio. Enseguida se me hizo evidente que en esta maravillosa sincronía la alemana representaba a Sheila, y no era sorprendente que su marca de maquillaje se llamara así, para loor de mi abuelo maya. El imperceptible trabajo de liberación ya había comenzado. La dimensión más consciente de mi organismo espiritual estaba guiándome.

María Alba se colocó una máscara que mandé estampar con la foto de Valerie. Me desnudé delante de ella dejándome, como única prenda, la foto del Cánek en el pecho. Frente a nosotros colocamos un marco con la foto de Sheila, como si fuera una espectadora, que atamos al vientre de María Alba/Valerie con un cordel rosado, símbolo de un cordón umbilical. Cuando mi amiga empezó a volcarme el preparado sobre la cabeza me sentí atravesado por un rayo negro: tenía ante mí a Valerie, veía borroso y pude oler verdadero excremento, que me provocó espasmos de asco. El mismo asco que Sheila sentía por los hombres y que, en el fondo, también era dolor porque su madre partió a Brasil con el cocinero mulato. Estaba el asco de Jashe al cosaco violador. Y también el asco que desarrollé por mí mismo, el asco que podía sentir todo hombre o mujer marcado por una fuerte moral hacia el otro sexo. Sentí la foto de Sheila como la cara viva de una gárgola que ladraba escupiendo clavos, y justo en ese instante Valerie me puso una máscara de demonio sobre el sexo. Mi cuerpo comenzó a zarandearse incontrolado y escuché en lo más íntimo los ecos de aquellos «ven acá, diablito», de mi infancia. Las convulsiones se hicieron más violentas, me vinieron unas ganas enormes de vomitar, conteniendo la culpa de todos los hombres por haber abusado de las mujeres durante miles de años. Todo se balanceaba alrededor, se me atragantaba el llanto en la garganta como un saco de vidrios rotos, quería chillar y no podía.

En ese momento sucedió una toma de conciencia: me percibí como una esencia diamantina y sentí claramente que esas imágenes no me pertenecían, no eran mi condición sagrada, sino repeticiones, energía estancada que esperaba regresar a su curso original. Consciente de ese estancamiento, aullé de dolor, lloré, sentí que desde mi nacimiento había acarreado mi desvalorización como un inmenso ataúd.

—Valerie, te comprendo —exclamé—, porque esta visión de los hombres no viene de ti. Pero me cayó encima y me ha estado devorando hasta hoy. No soy la imagen

que tu madre te dio de tu padre, del hombre o del ser humano; no soy la imagen sexual negativa que la religión te transmitió. Quiero que me borres esa imagen de pecado que no existe: el pecado es una invención humana, es fruto de la ignorancia y de la sed de poder. ¡Creemos una ética armoniosa, universal!

A continuación le pedí a María/Valerie que se desprendiera la foto de Sheila y se liberara de su madre, y que me retirara el diablo del sexo y me lavara. Mientras lo hacía, sentí caer de mi piel una milenaria construcción. Otra capa que ocultaba mi autenticidad se derrumbaba: con el color rojo se iba la sangre derramada en la interminable guerra de sexos. Con el metafórico excremento se desvanecía el Maligno, el papel del macho abusador, el desprecio a mi propia esencia masculina. Y me sentí libre como un recién nacido.

Todavía con los cuerpos húmedos, fuimos a la habitación donde, en la cama, nos esperaba una toalla y aceite para bebés mezclado con oro. También había un cinturón de castidad que María/Valerie me colocó y cerró con llave antes de irse del cuarto con ella. En un instante me sentí transportado al pequeño apartamento de México. Pude sentir el terror y el desconcierto que vivió mi bebé en esa época, vi a mi madre enloquecida a causa de mi inocente erección. Ante su rechazo, concluí que el sexo era peligroso. Sentí la concentración de energía bloqueada latiendo en mi pelvis como una lumbre dentro de una caja fuerte. Y la llamé con todas mis fuerzas, como hubiera querido hacer entonces. Valerie acudió a la llamada para acogerme tiernamente entre sus brazos y decirme:

—He tenido la llave de tu energía todo este tiempo. Has sido mi cautivo durante toda tu vida. Y ahora te devuelvo tu libertad.

Entonces abrió con cuidado el cinturón de castidad. Mientras lo hacía, sentí una explosión de energía y una corriente inflamada de felicidad circuló por mi cuerpo desde la pelvis. Mi madre empezó a masajearme el vientre, acariciándome también el sexo, que en un segundo se alzó en erección; tanto, que me zumbaba y dolía. Comencé a avergonzarme, pero María/Valerie lo tomó entre sus manos y, en una dosificada celebración de vida, con alegría y humor, lo alabó.

—Bendito sea este alegre instante en que el flujo de vida te atraviesa, permitiéndote sentir el placer que se vive cuando se experimenta lo divino. Y sabiendo que para ti soy la que puede bloquearte o liberarte, te baño el sexo con agua bendita. Así que sigamos jugando.

Cuando las primeras gotas de agua se deslizaron por mis genitales, abrí las piernas como un bebé nadando. María/Valerie me masajeó enraizándome el pene

en todo el cuerpo, y empezó a verterme el aceite dorado desde la punta del miembro para esparcirlo en la totalidad de mi piel. En ese momento, mi energía voló a propagarse por el cosmos. Henchido y eufórico, al fin jugué con mi madre sin tabúes, sin culpas, sin miedo a ser identificado con el Maligno. Fue milagroso experimentar de nuevo la excitación de sentirme acariciado por ella.

En un plano de mi mente, mi pene erecto se me apareció de repente como el de un chiquillo. Refulgía luminoso, palpitante de alegría, pero era pequeño como el de un bebé: mi sexo metafórico no había crecido. Si eso sucede, independientemente de la edad, uno puede tener dificultades para asumirse como adulto. Por eso, el día anterior le había pedido a Alejandro que me acompañara en una ceremonia donde, con unas sencillas frases ceremoniales frente a un altar, rompimos su prohibición al incesto. Así que me hallaba listo para atravesar la última frontera.

Frente a mí, vi a mi madre inmensa como una diosa. Era Valerie, pero era también todas las mujeres que hasta entonces había amado y que llevaban la máscara de mi progenitora. En una dimensión, nunca había conocido a otra mujer más que a ella. Así que, con la sensación de trepar una montaña, me fui encaramando a su vientre y empecé a penetrarla como si mi sexo accediera a una gigantesca catedral. Con el vaivén sentí crecer mis órganos hasta el tamaño adulto. En cada movimiento había rabia, desesperación, placer y un poco de vergüenza. Pero todo se fue despejando y comencé a acomodarme a ese otro cuerpo que salía de un capullo gigante: era un adulto que había quedado encerrado en el cuerpecillo de aquel niño invisible. Y mientras tenía un orgasmo, levanté mis brazos y me sentí explotar como una supernova. La sensación de liberación fue infinita y, en la paz que siguió al orgasmo, recordé un haiku de Moritake:

¿Estoy viendo flores caídas
que retornan a la rama?
¡Es una mariposa!

Este acto edípico me ha demostrado ser inmensamente útil en una gran variedad de casos y personas: lo he recomendado a menudo. Con él se han liberado bastantes situaciones: incestos de hija con padre, de hermanos con hermanas o hermanos, de padres con hijos, de hijas con madres, etcétera. Por supuesto que no es un remedio milagroso, pues tiene que estar realmente indicado para una persona. Pero es valioso cuando existe un fuerte fantasma sexual. Realizarlo metafóricamente permite romper el círculo de neurosis en que nos hemos quedado fijados y, de esa manera, acceder a todo nuestro potencial amoroso reprimido. El acto edípico puede ser realizado si uno siente una pulsión parecida a la mía. Pero sólo habiendo tomado

la decisión consciente y personal de experimentar sobre uno mismo: aconsejárselo a otras personas puede llevarnos a cometer terribles equivocaciones, proyectando nuestros propios deseos sobre otros a quienes no les corresponden. Aunque cada persona puede matizar con diferentes elementos un acto sobre el Edipo según sea su conflicto, estableceré algunas fórmulas sencillas para llevarlo a cabo: algunos han optado por estampar una camiseta con la imagen de la madre o padre para ponérsela a la persona que interpretará al progenitor. Otros directamente construyen una máscara para poder ver la cara del partenaire con tal imagen. Sin embargo, también es suficiente colocar una foto en el pecho desnudo de quien nos presta su ayuda. En otra versión, Alejandro recomienda robar ropa interior usada del padre o la madre y ponérsela a la pareja. Una vez realizado el acto sexual, no hay que olvidar quemar la foto y probar un poco de la ceniza, mezclada con leche si se trata de digerir a la madre o cualquier otro miembro femenino de la familia, y con vino si se trata del padre u otro varón. A veces, cuando el consultante retira la foto o la máscara a su pareja, tiene la sensación de ver por primera vez a una mujer (o a un hombre). A menudo, el efecto liberador del acto es inmediato. Otras veces, llega al cabo de los días, de las semanas o los meses; pero, en todos los casos, la sensación de alivio acaba por producirse y la vida amorosa y sexual puede, libre ya de la neurosis del incesto, proseguir su camino hacia el gozo, la comunión y el afecto profundo. Así me ocurrió a mí: mis relaciones con las mujeres se transformaron, me apacigüé, tuve la sensación de verlas por primera vez y conocí a mi compañera actual, con la que vivo un momento de plenitud amorosa inédito en mi vida.

Un hombre acudió a verme porque tenía una obsesión con travestís. Ensombrecido por su sentimiento de culpa, lo vivía como una irresistible y angustiosa pulsión: tenía que acostarse con ellos a pesar de que su orientación sexual era otra. Lo sabía después de cinco años de psicoanálisis. Pero no sabía cómo transformar o actuar su pulsión para liberarse de ella. Su madre había sido una mujer masculina, rechazada por sus padres, que esperaban un varón: estaba impregnada de una entidad de hombre que le impedía transmitirle afecto maternal. En el fondo, rechazaba la masculinidad de su hijo, puesto que afrontarla le provocaba dolor. Él había sido el varón que ella había parido para que sus padres, al fin, la reconocieran. Le dije que le pusiera una foto de su madre a un travestido y que fuera poseído por él para que realizara el deseo de su madre de dominar al hombre, y que después fuera él quien lo poseyera para realizar la fusión frustrada. Su obsesión cesó en poco tiempo.

En la mujer, el Edipo puede crear un deseo de tener hijos con el padre.

Una mujer, hija única, tenía un miedo enorme a ser madre. Hija única, estaba fijada a su progenitor, quien, antes de morir, le dijo que le diera el varón que nunca tuvo. Por supuesto que en un plano consciente le decía que lo tuviera con otro hombre; pero en el lenguaje de la sutilidad fue una invitación a acostarse con él, una demostración de su deseo hacia ella, que sentía lo mismo (lo cual no es infrecuente). Con esa frase, el padre también la negaba: no la aceptaba como mujer y la cargaba con el fantasma de darle el hijo que él deseaba que ella hubiese sido. Poco después realizó un acto de incesto con un padre metafórico. Después del sexo, vistió a un bebé de trapo con un traje hecho con una prenda del difunto. Lo llevó pegado a su piel durante nueve horas, cubierto por una gran tela de seda color carne. Lo fue a parir teatralmente al cementerio, delante de la tumba de su progenitor, y lo enterró en un hoyo redondo con una carta que decía: «Éste es tu sueño, no cargo más con él, te lo entrego, soy libre».

EL TIRÓN FUTURO

Después de tres años sin tener contacto con Alejandro, mi padre se había convertido en un completo desconocido para mí. Mi cuerpo no reconocía su paternidad. Siguiendo las reglas del confucianismo, Alejandro había decidido que sólo comenzaría a relacionarse profundamente conmigo cuando cumpliera los siete años: los chinos de la Antigüedad consideraban que, antes de esa edad, los niños no tienen espíritu. Además, es probable que el contacto con su hijo le causara terror: cuando uno se hace padre, para alguna dimensión de la mente se convierte en su propio padre. Pero corría el año 1968, una época de liberación: Alejandro y Valerie ignoraban todavía muchas de las raíces neuróticas y arcaicas que les llevaban a tomar decisiones a veces drásticas respecto a nuestra educación. Por una parte, había una intención artística y muy positiva que me resultó de una enorme utilidad. Por otra, se excedieron como una muestra de rebeldía hacia la represión de las generaciones anteriores. Por experiencia, he comprendido que si uno reacciona violentamente ante algo, está sumergido hasta la punta de la nariz en ello. Creyendo desobedecer, mis padres obedecían.

Entre sus muchas ideas rupturistas tuvieron la intuición de dejar hacer a los niños lo que les diera la gana como reivindicación artística. Durante un banquete, Alejandro le pidió a mi hermano Teo que subiera a la mesa y orinara dentro de la sopa para terminar con las buenas maneras. También le pidió que meara en el pantalón de su amigo el surrealista Jean Benoit, que aceptó el sacrificio rezando un padrenuestro con los brazos abiertos. Fue una escena inolvidable donde todos reímos hasta caer al suelo. En su andadura, también cometieron algunos errores: para

lograr que me *expresara en libertad* —según el vocabulario de los años sesenta—, se instalaron solos en un apartamento mientras a mí me acomodaban en otro tan grande que, dada mi pequeña talla de niño de tres años, me pareció una nave espacial. No se puede decir que estuviera a una cuadra del hogar de mis padres; en realidad, quedé aislado de ellos. Y es que todo lo que tuviera que ver con la *normalidad* había sido desechado. Alejandro y Valerie dormían en el pasillo de su casa para subvertir el espacio tradicional. En la mía, una especie de enorme loft, perdí la noción de tener padres: me marcaban al rojo con el sello de los huérfanos emocionales, pues ambos habían sido plantados emocionalmente también a los tres años. El día en que Valerie me dejó allí, quedé petrificado en brazos de la fiel Petra. Viví aquella idea estrafalaria como una exclusión. Sólo los años me revelaron que esa pena también fue mi curandera. «El dolor —decía Concepción Arenal—, cuando no se convierte en verdugo, es un gran maestro.» Y yo intenté no dejar que fuera mi verdugo. Para superar el pasado, uno debe estar orientado al futuro. Como dice un antiguo proverbio chino: «Si te sientas en el camino, hazlo de frente a lo que has de andar y de espaldas a lo ya andado».

Por suerte, a menudo elegí el futuro, como cuando contaba tres años y medio y, brotando repentinamente de mi letargo emocional, salté de la cama entusiasmado y comencé a hablar como un loro.

—¡Este niño habla! —gritó mi madre al escucharme discursear.

Mi mente había dado un salto hacia delante. El lenguaje es comunicación al mundo: un cabo que escupió mi boca para amarrarme a él. Desde entonces, hablo incluso cuando duermo: en sueños, doy discursos enteros y a veces me despierto sentado, hablando, sin saber cómo he llegado hasta allí. De pronto me convertí en un niño con una sobredosis de vitalidad y alegría. Alejandro, atraído a mi loft por el milagro, se sentó ante mí y me miró sorprendido como si estuviera delante de una rara especie de cacatúa. Cuando me escuchó decir unas cuantas frases tan largas que apenas podía encontrar aire suficiente, sonrió con una gran satisfacción y decidió hacerme un regalo: ese mismo día se puso a pintar para mí un enorme Buda en la inmensa pared del cuarto donde habían puesto mi cama. Era una figura con sus rasgos y su sonrisa: si en ese entonces no podía estar presente en lo físico, sí lo estuvo al menos en lo espiritual. Y, como decía su maestro zen Ejo Takata: «El que pueda ayudar con sus brazos, que ayude con sus brazos; el que pueda ayudar con sus piernas, que ayude con sus piernas, pero que todos ayuden a esta obra universal». Con ese regalo, mi padre me lanzó un salvavidas: el Buda fue mi ángel guardián. Me abrigó día y noche: en el día, puesto que jugaba todo el tiempo

delante de él, y en la noche, a través de los sueños. Años después, cuando en casa estudiábamos el Tarot de Marsella, dormíamos con las cartas debajo de la almohada para incorporarlas como seres vivos en nosotros, para que su esencia nos fuera revelada a través de una dimensión no racional. Siempre aprendíamos así, impregnándonos de la esencia de los saberes esotéricos que nos eran revelados: con los arcanos del Tarot, con la alquimia, con la Biblia y, por supuesto, con el omnipresente budismo zen.

El Buda histórico, Siddharta Gautama, llamado el Buda Sakyamuni (563-483 a.C.), era hijo de un príncipe de la clase guerrera Sakya. Nació en el bosque Lumbin—, en las proximidades de Kapilavastu (actual Nepal). Todas las fechas sobre su muerte y nacimiento son dudosas: nunca escribió una línea sobre ello y todas sus enseñanzas fueron transcritas por sus discípulos. Era un príncipe que, destinado a ser heredero de un poder terrenal, mostró una temprana inclinación hacia la meditación y la reflexión, lo que disgustó a su progenitor, que quería hacer de él un guerrero y un gobernante más que un filósofo religioso. Buda cargaba con un destino genealógico impuesto, el de ser rey. No es casual que despertara bajo un árbol, una higuera de agua, también llamada árbol de la sabiduría. Y gracias a ese despertar consiguió liberarse del *samsara*, la rueda de reencarnaciones, de las repeticiones genealógicas, es decir, de los fantasmas, entidades, demonios y espíritus, del miedo a la muerte regido por el instinto de conservación. Se dice que, cuando despertó, despertaron con él todos los seres pasados, presentes y futuros: liberó y unió todo su mundo interior en una indefinible vibración universal. Los niños tenían como héroes a Batman y Robin, al Hombre Araña o a Superman. Yo tuve a Buda y a todos los otros budas, como Amitabha, Vajrasattva o Maitreya, que sucedió a Siddharta Gautama. Tan adentro los llevaba, que de adulto podría haber caído en el delirio místico de creerme la reencarnación de Siddharta y soñar con convertirme en un gurú con un reloj de cien quilates en la muñeca. Eso no sucedió, gracias sobre todo al escepticismo que heredé de Jaime, que sólo creía en *El capital* de Carlos Marx.

¿Escepticismo? Quizás resultará extraño que utilice esa palabra. Mi visión de lo espiritual está muy cerca del arte y del chamanismo, entre otras razones porque pienso que es un camino muy democrático para la vida espiritual. Permite vivir una experiencia religiosa reveladora sin tener que pasar por las estructuras impuestas por una iglesia o una doctrina; permite, también, una total autonomía espiritual y deja paso libre a una exploración del propio ser y del mundo sin tabúes ni restricciones. En mi familia existe una tradición chamánica que se remonta a mi tatarabuelo materno don Eulalio Rangel, y quién sabe si más allá. En la rama paterna nos hemos ido transmitiendo de padres a hijos una esencia llamada el Rebe, al que a veces

también llamábamos el Chino, el Sabio o el Guía. El Rebe fue un personaje mítico de los Jodorowsky: hizo su entrada en mi clan a través de mi bisabuelo Alejandro. En su periplo desde Rusia a Santiago de Chile, sumido en un total desarraigo, se volvió loco. R. D. Laing afirma que «la locura no siempre es un derrumbe del espíritu. Puede ser un descubrimiento fantástico». Y mi abuelo creó el personaje de un sabio místico y cabalista que lo acompañó durante el resto de sus días, transmitiéndole continuamente mensajes iniciáticos. Antes de morir, le entregó este diamante familiar a Jaime, quien ya para entonces era un ateo consumado y sólo lo utilizó como excusa para no hacerse responsable del pequeño Alejandrito. Cuando éste le pedía cualquier cosa, Jaime respondía: «¡Dile al Rebe que te ayude!». Pero lo que al principio fue un impedimento se convirtió en una bendición porque, a través de esta metáfora, Alejandro recibió el legado espiritual de sus antecesores. El Rebe es un símbolo, un puente entre dos mundos, como el ángel Gabriel que transmitía los mensajes de dios a la virgen; el acceso entre lo inconcebible y lo expresado. En la adolescencia, se me reveló a mí también esa esencia. Se expresó en público por primera vez cuando contaba diecisiete años, durante un taller de mudras. Desde niño, había asistido con pasión y devoción a todos los cursos y talleres impartidos por Alejandro, incorporando a mi ser toda la información y conocimiento que emanaba de él a través de mi lado racional, pero también de una manera inevitablemente orgánica, sintonizándome con la frecuencia de mi clan. En las tradiciones chamánicas, el conocimiento pasa de padre (o madre) a hijo (o hija) porque hay dimensiones que no son transmisibles verbalmente; el mismo chamán a veces no las comprende, así que su descendiente, portándolas en su propio organismo como una parte de sí mismo, puede experimentar el saber de un modo directo en lugar de intentar aprender racionalmente. Si uno es capaz de heredar una neurosis, también puede heredar una estructura espiritual o un diamante familiar. En Bali conocí a una familia de fabricantes de máscaras sagradas, también chamanes, que tallaban la madera con los hijos sentados entre sus piernas. De este modo, asistían desde la cuna al perfeccionamiento, arte y estilo del trabajo, empapándose de él.

En mi adolescencia, a pesar de los conflictos que podían existir entre nosotros, había una estrecha comunicación entre mis padres y yo, porque existía en casa la noción de estado espiritual en el que nos fundíamos, dejando de lado los nudos para relacionarnos en un plano de armonía. Alejandro y yo hablábamos de todo con conciencia y sabíamos que tarde o temprano deberíamos abordar los traumas psicológicos que nos atenazaban. El universo me había dado a un padre como maestro, y uno de los conocimientos a los que me inició fue el de los mudras: gestos simbólicos de misterioso origen realizados generalmente con las manos. Se

adivinan ya en las pinturas rupestres y en esculturas desde la noche de los tiempos; se encuentran en los personajes de las iglesias y catedrales; en el cristianismo podemos hallarlos en algunas representaciones de Jesús y de algunos santos, en los personajes de dibujos alquímicos y en los arcanos del Tarot, aunque por lo general han sido tradicionalmente despreciados en Occidente, e incluso se le cortaban las manos a algunas esculturas para ocultarlos. Estas estructuras gestuales establecen insospechados canales y expanden el psiquismo, induciendo infinidad de estados espirituales y energéticos. En la representación de nuestro propio cuerpo que habita en el neocórtex, las manos ocupan un 70 por ciento del espacio: son la extensión más completa de la mente. Un mudra está intrínsecamente relacionado con esta capacidad: es un maestro gestual, un arquetipo. Yo tenía los dedos tan flexibles que me especialicé en ellos; los he estudiado con inmensa pasión desde niño y abrieron dimensiones tan inesperadas en mí como lo hicieron las cartas del Tarot. Mi padre me enseñó el primer mudra a los siete años, y me lo entregó como quien entrega un tesoro. Cruzando los dedos, formó ante mi asombrado rostro una flor que representaba el diamante sobre el loto, «om mani padme hum», que en mi mente floreció hasta convertirse en un ser vivo, un precioso estado espiritual.

Una mañana me disponía a salir de casa para dirigirme al citado taller de mudras. Faltaban apenas dos horas para comenzar cuando sonó el teléfono y encontré una voz afónica al otro lado de la línea.

—¡Por favor, tienes que ir en mi lugar! —me dijo Alejandro entre toses y carraspeos.

Angustiado, pensando que se había vuelto loco, traté de hacerle comprender que me estaba haciendo una petición absurda.

—La gente te espera a ti, soy demasiado joven para hablar de conocimientos que me superan, no he preparado nada, los que participan en ese curso deben de tener el doble de mi edad... ¡Me moriríade nervios!

—¡Tienes que hacerlo! —ordenó él sin darme opción.

Creo que en ese momento me sentí desfallecer de miedo y comencé a hipar. ¡Estaba a punto de tener un auténtico ataque de histeria! ¿Cómo podría encontrar la inspiración para un encargo que me superaba?

—No te preocupes —me dijo Alejandro—. Llama al Rebe: él lo hará por ti.

—¡Pero el Rebe es tuyo! —me quejé, suplicándole.

—Eso no es cierto: ¡también está en ti!

En el fondo tenía razón: sin que nadie lo supiera yo lo había incorporado desde niño y sólo estaba esperando que mi padre me diera el permiso para dejarlo actuar.

—¡Te lo presto! ¡El Rebe también te pertenece!

No tuve palabras para contestarle, para negarme, para evitar lo que se había gestado desde hacía mucho. Lo tomé prestado, y ya no se lo devolví. Así que me lancé al ruedo, no sin antes meditar y rezar cuanto supe:

Mi percepción limitada
no puede impartir enseñanzas,
pero tú, condición original, lo puedes hacer por mí.
Todo el conocimiento,
toda la sabiduría,
toda la expresión, la eres tú,
está inscrito en el organismo universal que soy,
me dispongo, indiviso,
a entregarme sin cautelas,
me ausento de mis límites,
y a tu servicio estoy,
ofrecido para que tu esencia se desvele.
Permíteme ser el vehículo de tu esplendor.

En el viaje en metro, iba tan concentrado que creo que perdí un litro de sudor. Llegué nerviosísimo al local, dije dos palabras balbucientes para explicar la ausencia de Alejandro, me senté de rodillas, cerré los ojos y los abrí varias horas después. Cuando *desperté*, no sabía muy bien qué había ocurrido. Sin embargo, varios alumnos se arremolinaban a mi alrededor, dándome palmadas en la espalda y sonriéndome de oreja a oreja. ¡Me dijeron que había sido un curso fantástico! Cuando Alejandro me preguntó qué había hecho, qué había explicado, no supe qué contestar. Sólo pude argumentar que entré en una especie de trance y que no me acordaba de nada. ¿Habría sido el famoso Rebe quien hablara por mí, el mismo que impulsó a Alejandro a pintarme el Buda en la pared?.

En un momento de mi vida, quise saber de dónde había emanado exactamente ese ser. Ante su cada vez más innegable presencia, comencé a preguntarme si no sería fruto de una esquizofrenia heredada por parte de mis antepasados, un delirio de místicos locos. O, si en el fondo, no sería el hijo enloquecido de un artista mitómano, paranoico y delirante. Por fin, una noche, decidí concentrarme y meditar

para dejarlo venir y entenderlo. Con la mente despojada de lenguaje o imágenes, no tardé mucho en intuir su vibración y pregunté: «¿Quién eres?». Desde la otra realidad, me llegó la más sorprendente de las respuestas:

Soy el ente sin confines,
la médula de tu esqueleto espiritual,
el flujo despierto de la infinita sangre,
la esplendorosa vibración de una partícula atemporal,
soy el ritmo insondable del intangible corazón,
la sinfonía de irracionalidad,
soy la orgánica gnosis de lo inconocible,
el testigo sin cuerpo, el observador que te impregna,
la ecuación andrógina, la imperecedera nota de sacralidad,
húndete en lo ilógico
y permite que el conocimiento florezca en su canto de origen,
incorpórame, víveme, escucha, déjame pensar, sentir a través de ti,
aprende, soy tú. ¡Conóceme!
Como la oruga que ya es la mariposa en la que se convertirá,
soy la mariposa que ya eres y en la que te convertirás.
Y tú, mi expresión material, eres mi pasado.
Y yo, el futuro que te aspira en el presente.

Esta santa dimensión siguió hablándome durante horas, semanas y años. En realidad, no puedo decir exactamente que me hablara. Ni que fuera el Rebe o el Venado Azul o cualquier otra imagen que se me escapa. Su voz es un susurro que, en determinadas ocasiones, se convierte en melodía. Su eco es muy lejano y, en contra de lo que pensaba, pronto me di cuenta de que se disfraza de fantasma del pasado, pero viene también de mi dimensión futura. O, dicho de otra manera: todo es futuro, todo es impulso del origen y aspiración desde el porvenir. Sin embargo, origen y futuro no son realidades separadas, sino un mismo ser. Gracias a ese encuentro comprendí que los seres humanos somos impulsados y aspirados por esa esencia —aunque no siempre lo sabemos—. Y que el futuro está presente como una gigantesca aspiradora que nos revela nuestra realización colectiva. Es esa dimensión la que nos hace evolucionar, mutar: es el tirón del futuro. El pasado es una ínfima ilusión que queda atrás como la piel vieja de una serpiente o el capullo de seda donde la larva se convirtió en mariposa. Y ese pasado que ilusoriamente nos parece un universo infranqueable es por tanto elástico, modificable y reorientable.

Se dice que el hombre recuerda fácilmente que es hijo del pasado, pero suele olvidar que es padre del futuro: en miles de años uno mismo será el que habrá poblado el planeta. Nuestra familia será tan numerosa como habitantes haya sobre la Tierra. Lo que ocurre hoy es el resultado de lo que ocurrió ayer y la causa de lo que ocurrirá mañana, piensa el orientalista Trevor Legget: «Un hombre es padre e hijo de sí mismo a la vez».

Quizás todos tengamos en nuestro interior una esencia impersonal parecida a esta que ha recibido diversos nombres en mi familia, con la que no siempre sabemos conversar: es una dimensión no racional que —estoy convencido— todos los seres humanos podemos llegar a experimentar. Me pregunto si ese ser me fue revelado en el desértico loft de mi niñez, mientras observaba ese Buda pintado en la pared que había venido a rescatarme desde mi dimensión futura para evitarme el desánimo. Cuando Alejandro terminó de pintarlo, se fue dejándome un pequeño Tarot. A aquella edad difícilmente podía imaginar el significado de esas cartas, pero con ellas aprendí a contar. Junto con las pinturas que sobraron, se convirtieron en mi primera lección espiritual. «Estas dos cosas pueden hacerte mago», me dijo. El cable que me arrastraría hacia el futuro ya estaba echado: cuando la oruga nace, la mariposa ya existe en ella. Por eso realiza el gigantesco esfuerzo de arrastrarse kilómetros, elegir un buen árbol, subirse a él a duras penas, dar la vuelta sobre su cuerpo y empezar a producir su baba, ahogándose de angustia en ella, entregándose a la muerte. No le importa: siempre ha sabido que será mariposa. Su futuro hizo todo para que se convirtiera en ella misma. Lo mismo sucede con nuestro espíritu: nos absorbe para que nos convirtamos en la mariposa que siempre hemos sido. Todo reside en obedecer a su llamado.

Un hombre me confesó que estaba cansado de vivir con su antigua y vieja personalidad, que ya había hecho bastante labor terapéutica, pero no lograba todavía percibirse como un ser espiritual. Hablamos de su fidelidad a su familia, de su miedo a crecer y de hasta qué punto le temía a la independencia. Sin embargo, me dijo que ya sabía todo eso y que también era consciente de por qué le sucedía: en el fondo, me estaba pidiendo una ceremonia de muerte y resurrección del ego para poder renacer a sí mismo.

En el sótano de su casa y con la ayuda de un hombre y una mujer, se desnudó, se acostó en el suelo y se cubrió todo el cuerpo de fotografías suyas pegadas con miel. Después lo recubrieron totalmente con una capa de arcilla muy espesa, dejándole únicamente la nariz y la boca libres para

respirar. Se quedó allí tumbado durante siete horas, al cabo de las cuales quebró su endurecida coraza hasta liberarse por completo. Después se lavó el cuerpo, se rapó el cabello al cero y se vistió con un traje de color blanco. Enterró los despojos (arcilla, cabellos) en un círculo excavado en el campo con una planta encima y, a continuación, fue a dar una vuelta sobre la ciudad en un helicóptero de alquiler.

LA SANTA MANCA

¿Existe algo peor para un niño que perder a su madre? No hay, en la naturaleza, una unión tan poderosa como ésta. La mía con Valerie se rompió cuando me dejó en el loft y no se recompuso hasta la edad adulta, cuando pudimos afrontar con valentía los traumas que nos separaban. Al faltarme, mi madre trató de compensar su ausencia contratando a una nueva niñera que se ocupara de mí a tiempo completo. La única condición era que yo la aceptase, y eso no fue del todo fácil. De nuevo aparecieron varias posibles candidatas que yo rechazaba desparramándome por el suelo, pataleando como si me asesinaran o escupiéndoles la compota en la cara como una insoportable peste infantil. Quizás esperaba a quien verdaderamente se hiciera cargo de mí con toda la atención que necesitaba: es decir, un milagro. Y resultó que la vida me había preparado uno.

La madre es el alimento físico y emocional de un niño: la vida misma. Si le falta, entrará en un estado de alerta y angustia constantes; vivirá un conflicto que puede causarle todo tipo de enfermedades. En mi caso fue un auténtico festival de hipocondría. Me brotaban ronchas en la piel, tuve amigdalitis, varicela, sarampión, piojos, lombrices como interminables espaguetis blancos y muchas otras maneras de defenderme de lo que la dimensión más antigua de la mente considera no sólo un desamparo, sino un peligro de muerte. La no presencia de la madre es igual a no presencia de alimento, a no protección: no vida.

Una tarde, me hallaba esperando con angustia que Valerie apareciera con una nueva candidata al empleo de niñera. Me recuerdo jugando sobre la cama con mis

pequeñas cartas del Tarot, acompañado por Petra, que roncaba despeinada en un rincón. Esa noche, en vez de una nueva muchacha dispuesta a inmolarse ante mis berrinches, apareció una agraciada candidata que me dejó atónito, sin posibilidad de patalear ni ganas de alejarla de mí. Se llamaba Rosalba y puedo sentir, todavía hoy, el estremecimiento que recorrió mi cuerpecillo al verla. Se me cerró la garganta, sentí desfallecer las piernas... Rosalba brillaba, joven, delgada, esbelta. Llegó vestida con un simple sari azul y blanco de algodón, con unas humildes sandalias de cuero. Había nacido en la India veinte años antes y su piel era de color canela claro. Un aro de oro le colgada de la nariz y una franca y dulce sonrisa coronaba el conjunto con tal magnificencia que casi me pareció poder ver un aura bañándola. Nunca había visto un ser que emanara tanta belleza: me pareció un ser de otro mundo. Y lo que terminó de seducir al niño espinoso que era fue percatarme de que sólo tenía un brazo. ¡Era una santa manca! Me enamoré por completo al darme cuenta. Fue más fuerte que cualquier voluntad: corrí hacia su regazo con los brazos en cruz, la abracé, y me puse a chillar para que aceptara el trabajo.

—¡Quiero que te quedes conmigo!

Sí, ella debía ser sólo para mí: la princesa lisiada de mi palacio desierto. Desde mi nacimiento, había pasado de las manos de una niñera a otra. Pero aquel único brazo me arropó más que ningún otro. Rosalba había llegado a Valerie recomendada por unos amigos de confianza. Mis padres, que eran artistas en todo, consideraron maravilloso que su hijo fuese educado por una manca. Sin embargo, a Valerie no dejaba de preocuparle que una persona sin un brazo se fuera a ocupar de su niño. Cuando la conoció, Rosalba llevaba bajo su único codo un ejemplar de la autobiografía de Gandhi. También leía el *Shôbogenzô* (la verdadera ley, el tesoro del ojo), obra inacabada del maestro zen Dôgen, el *Tao Te King*, el *Tantraloka* del maestro Abhinavagupta y todo libro que tuviera que ver con la espiritualidad. Alejandro y Valerie quedaron impresionados por su destreza intelectual.

Rosalba, que en realidad se llamaba Tripurasundari Lila Santi Pama, había nacido en Benarés o Vàrànasi, también llamada Kaasi, que significa «ciudad de la luz», considerada como la más sagrada del hinduismo. Según la tradición, todo aquel que muera en Benarés o a menos de sesenta kilómetros queda liberado del ciclo de las reencarnaciones y entra directamente en el Nirvana. Cientos de personas se bañan a diario en sus famosas escaleras o ghats junto al Ganges.

También son cientos los cadáveres que se queman a la vista de todos: algunas familias vienen de los lugares más extremos del país para incinerar a sus familiares, y por eso también la llaman la ciudad de los muertos. Muchos años más tarde,

cuando visité la India, me rendí a esta tradición y contemplarla fue una manera eficaz de afrontar el miedo que le tenía a la muerte. Un día tras otro me sentaba en los ghats para ver quemar cadáveres como si fuera yo mismo el que ardía. Las palabras de Sri Yukteswar acudían una y otra vez a mi mente para ayudarme: «El cuerpo perece, pero el ser supremo sin fin y eterno que vive de igual modo en todos nosotros no perece nunca. El ignorante y el no realizado llaman a eso la muerte».

Siendo hija de un yogui y una yoguini o maestra tántrica, Rosalba fue iniciada desde niña en las técnicas del tantra y en la más secreta espiritualidad. A los quince años fue víctima, junto con sus padres y hermanos, de una explosión de gas mientras dormían. Hubo un terrible incendio en el que todos fallecieron y una viga ardiente le aplastó el brazo, destrozándoselo. Lo más extraño de esta historia es que fue salvada del fuego por un trapecista polaco que en su juventud había sido bombero. Y digo extraño porque mi abuelo también fue trapecista y bombero en su juventud. El polaco viajaba por la India con un circo internacional, recogiendo animales para su próxima gira. Después del accidente, le llevó jazmines a Rosalba todos los días al hospital y acabó enamorándose de ella. El pobre también había perdido a su mujer e hija pocos años antes en un accidente de tráfico. Así que la cuidó como si fuera de su propia carne y, cuando tuvo que partir, le propuso que le acompañara. Rosalba ya no tenía parientes cercanos. Todos en su familia habían muerto, así que aceptó, pues no quería quedarse a solas con toda esa memoria. El circo la contrató para que obtuviera el pasaporte y partieron. Desde entonces, comenzó a desarrollar una gran conciencia. Decidió que sería la manca más diestra que jamás había existido, así que aprovechó la natural creatividad del circo para entrenarse. Fue adoptada y amada por todos los miembros de la compañía, contorsionistas, malabaristas y payasos que le enseñaron a utilizar sus otros miembros de la manera mas increíble. Después de varios años de seguir esa vida itinerante, había logrado estudiar filosofía, teología y psicología, además de instruirse en toda clase de conocimientos espirituales. Cuando el circo llegó a México, decidió quedarse para ahondar en la ancestral cultura mesoamericana.

Cuando Valerie le pidió que le mostrara lo que sabía hacer, Rosalba le hizo la comida delante de sus narices: peló, cortó y sazonó los alimentos, improvisó juegos malabares con los huevos, sirvió la mesa con una rapidez espeluznante y, además, todo resultó suculento. Valerie quedó boquiabierta. Hablaron de espiritualidad, de poesía y de niños; sólo quedaba que yo la aceptase. Y, ante mi precoz declaración, fue contratada de inmediato. Rosalba fue el amor de mi infancia, mi balsa. En ella

vertí toda mi afectividad. Y ella, afortunadamente, la aceptó con el brazo abierto. No es extraño, quizás, que años más tarde tuviera una novia ciega, otra a la que le faltaba una pierna, y a otra, una oreja. Rosalba me permitió aprender a mirar y a enamorarme de los seres humanos más allá de su apariencia física. Y es que había desarrollado sin saberlo, ya de niño, un gusto y una pasión por lo sublime, en el sentido de lo que te deja al mismo tiempo maravillado y despavorido, es decir, la belleza absoluta fuera de la moral y los cánones estéticos establecidos.

Entre la santa manca y yo comenzó una profunda relación de amor. Su única mano me bañaba deslizándose como una cálida brisa por todo mi cuerpo; con ella me vestía, me daba de comer. Su brazo me protegía y calmaba en la noche, cuando me despertaba en la oscuridad de ese enorme fuerte con ataques de miedo. El brazo mágico de Rosalba era una fuente de cariño infinito y gracias a él mi piel no se insensibilizó: cuando un cuerpo no recibe caricias, se petrifica, se vuelve rígido. Su mano suavizó el mío. Yo la miraba extasiado en la cocina, cuando cortaba las patatas sujetándolas con el muñón en finas rebanadas con el cuchillo en la boca, o cuando tejía con los pies; cuando cosía, observaba alucinado la danza de sus adiestrados, delicadísimos y hechizadores dedos. Además, sabía dibujar, estudiaba dactilografía, podía esculpir, levantarse sobre una mano, utilizaba los pies como uno utiliza los dedos, podía peinar, lavar con ellos, prender cerillas, abrir y cerrar botones, acariciar, masajear, y todo lo que uno pudiera imaginarse. Todavía recuerdo el orgullo que sentía cuando caminaba sujetado por su vibrante y única mano por estar al lado de un ser único. Ello me infundía valor para mirar desafiante al mundo entero.

Algunos años después del paso de Rosalba por mi vida, leí la historia de Bodhidharma, el primer patriarca del zen. Fue el monje indio que llevó el budismo mahayana a China para cumplir el deseo de su maestro Pranatara, que le mandó a ese país a divulgar la doctrina. Se le bautizó como «el buda de la pared» porque, después de llegar de la India a pie, furioso por ver en China tanta burguesía y elitismo espiritual, permaneció durante nueve años meditando en un templo shaolin en el sur del país, delante de un muro, y según la leyenda se cortó los párpados para estar siempre despierto, a la espera de quienes vinieran a recibir su conocimiento. Al caer al suelo, de sus párpados nació la primera planta del té, que desde entonces ayuda a los monjes a no dormirse mientras meditan. Según la tradición, Bodhidharma era el espíritu reencarnado del Buda Sakyamuni (Siddharta Gautama). Hui-K'o (487-593), un docto {*nota revisar "doctor"} confuciano que quería realizar el despertar, fue a ver a Bodhidharma a su retiro en el templo, pero él no quiso recibirlo y, para ponerlo a prueba, lo dejó fuera, en la nieve, siete días con sus noches, que él

pasó inmóvil y absolutamente determinado a ser recibido. Después de este tiempo, Hui-K'o, desesperado, entró en el templo, se plantó detrás del maestro, se cortó el brazo izquierdo y lo lanzó delante del sabio.

—¡Si no te das la vuelta me corto la garganta!

Bodhidharma se dio la vuelta y lo reconoció como su sucesor, el segundo patriarca del zen y el primero en recibir el budismo mahayana en China. Así que el budismo chino fue fundado por un manco. Como Rosalba. En mi casa aprendí la historia completa del budismo, que me fue transmitida desde que apenas aprendí a balbucir mis primeras palabras. Yo, naturalmente, me identificaba con Bodhidharma, su reencarnación, es decir, su hijo. Y, para mí, Rosalba era Hui-K'o el manco: el padre, el hijo y el espíritu santo, ¡qué más podía pedir! Un verdadero paraíso iniciático.

Con las pinturas que le habían sobrado a Alejando tras dibujar el Buda, Rosalba pintó en las paredes de mi cuarto un esplendoroso templo con palmeras, falsas telas, arcadas, leones y dioses. En los muros escribía, día tras día, frases de sabios de todas las tradiciones, como «Sólo merece la pena hablar de Dios. Todo lo demás es en vano y lleva al sufrimiento» (Sri Mâ Anandamayi). Después me las leía en voz alta, sonriendo y mirándome con tanto cariño que penetraban en mí como luminiscencias. Estoy seguro de que implantaba en mi mente conceptos sabiendo que algún día germinarían y podrían guiarme, como semillas del jardín interior que más tarde iba a florecer en forma de vida espiritual. Todas esas frases las escribía en un librito que le entregó a Valerie antes de que nos separáramos, y que hoy todavía conservo con gran respeto. Ese apartamento que podía haber seguido siendo para mí un desierto se convirtió, gracias a la santa manca, en un verdadero paraíso y templo en el que Rosalba era el espíritu de un dios que, en vez de cantarme nanas, me leía cantando el *Mahâbhârata* y la sagrada *Bhagavad-Gîtâ* antes de dormir. Escuchándola, me sentía transportado, iniciado en un viaje hacia las profundidades del ser y del sentido de la existencia. Y es que los textos sagrados tienen un gran poder de sanación espiritual, una capacidad que emana, entre otras cosas, de la confianza en sus mitos que les otorgan millones de seres humanos, ya sea en una lengua y tradición religiosa o en otra.

Hay personas que acuden al terapeuta, pero luego rechazan sus consejos de puro apego a su depresión, que defienden como un niño a su oso de peluche. Deshacerse del sufrimiento les es casi imposible y se defenderán de cualquiera que intente ayudarles. Sin embargo, aprendí que el terapeuta, chamán o tarotólogo es investido de confianza de la misma manera que un libro sagrado: para el consultante, el terapeuta representa de alguna forma a sus padres, a un canal divino, y

por eso sintoniza con él: le otorga un poder placebo, gracias al cual el ayudador puede curarle. Una cartomántica también hace uso de ese poder placebo cuando nos dice que vamos a sufrir un accidente o cualquier otra noticia agorera: nos programa para asumir sus palabras. Pero, por la misma razón, un terapeuta o un chamán nos puede conducir hacia la salud. Cuando me encuentro ante personas absolutamente enterradas en el hoyo de la depresión y piensan que nunca van a salir de él, o con quienes van de terapeuta en terapeuta tratando de vencerles y hacerles fracasar, considero llegado el momento de asumir mi poder placebo, que para mí no deja de ser auténtico, pues lo vivo radicalmente como algo que emana de lo más profundo de mi ser. Entonces les tomo de las manos y, mirándoles a los ojos, me atrevo por una vez a dar una orden a alguien:

—¡Vas a vivir totalmente en la felicidad! Tu vitalidad va a volver a emanar. Muy pronto encontrarás de nuevo el éxtasis de vivir. ¡En nombre de mi dios interior, te lo digo y así será!

Cuando alguien me dice: «No voy a poder hacer este acto», también le respondo clavándole la mirada:

—¡Lo vas a hacer! Todo el universo va a participar para que tu acto se realice.

Digo esto sabiendo muy bien que, en el fondo, quien va a encontrar todos esos elementos no es otro que el propio consultante. Y si el universo pone de su parte, ¡bienvenido sea!.

Valerie venía a verme una vez al día, y los domingos me llevaba a la presencia de Alejandro como quien viaja a La Meca. En esa época, mi padre estaba completamente absorbido por la compañía que dirigía en Ciudad de México. Eso me permitió tener mi primer contacto con las artes escénicas, pues a menudo me llevaba a corretear por los pasillos del teatro en que ensayaban, llenos de enanos, vedettes, travestís, gigantes, lesbianas, charros, poetas y todo tipo de seres extraños que alimentaron mi mundo imaginario. Los actores de Alejandro eran realmente peculiares: reían, se insultaban y lloraban contándose historias de melodrama y pasión que yo escuchaba sin entender gran cosa pero con deleite. Me acuerdo de Mireya, una enorme mujer argentina con una eterna peluca rubia, boca y nalgas de caballo, ex estrella de cine a la que su primer marido, gorila del presidente, le había rajado la cara con una navaja de afeitar por celos. Como dejaron de contratarla en el cine, se refugió en el cabaret. En el escenario, volvía locos a todos los mexicanos gracias a sus pechos siliconados. Para protegerla, siempre rondaba a su vera el

Gordo, su segundo marido: un hombre de escasa estatura, con peluquín rubio y bigotes al estilo de Errol Flynn, al que recuerdo eternamente bañado en sudor, con la camisa emanando chorretones oscuros en la zona de los sobacos. Se pasaba las horas instalado en su camerino y devorando unos enormes bifes que parecían de rinoceronte sin que aparentemente hicieran mella en su inextinguible apetito. Era judío y se conocía la Tora de memoria: «La tengo tatuada en el corazón», nos decía rascándose la panza. Su padre, rabino integrista, se la había soplado al oído todas las noches hasta los treinta y cinco años, cuando dejó el hogar mientras todos dormían y escapó hacia una nueva vida en la que pudiera codearse con artistas, como siempre había soñado. Cada vez que encontraba la ocasión —cosa que sucedía prácticamente a diario— contaba esta historia con un exagerado baño de lágrimas que venían a añadir más agua a su siempre chorreante camisa. Toda la compañía se desesperaba cuando escuchaba como un disco rayado que en el lecho de muerte su amado padre aún tenía fuerzas para seguir transmitiéndole las enseñanzas del divino libro y, antes de morir en sus brazos, le dijo en éxtasis místico:

—Estoy escuchando a Yahvé, y me dice: «No temas, que contigo estoy; no receles, que yo soy tu dios. Yo te he robustecido y te he ayudado, y te tengo asido con mi diestra justiciera».

Con mis familiares siempre compartimos nuestro gusto común por todo lo extraño y fantástico: espectáculos, exposiciones, libros, películas... Aquel primer elenco teatral fue uno de los tantos que conocí en mi infancia y adolescencia junto a esta peculiar familia en la que fui a nacer. Entre las filas de actores profesionales o aficionados, extras y especialistas cinematográficos, aprendí cosas de la vida que nunca habría sospechado. Ha sido, sin duda, otra de las joyas familiares que recibí como legado.

Rosalba también me acompañaba a menudo y recuerdo la honda impresión que su belleza y gracilidad causaba en los actores cada vez que aparecía por el teatro. Viví un año y medio glorioso junto a ella, desde los tres hasta los cuatro y medio. Y, sin darme cuenta, incorporé su fuerza de voluntad, su lucha, la actitud que uno puede tener frente a los sucesos dolorosos de la vida. El hecho de tener un solo brazo le había permitido descubrir cosas que con el otro no habría podido alcanzar nunca. Moebius, el famoso dibujante que ha sido siempre un amigo íntimo de la familia Jodorowsky, me comentó en una ocasión que su manera de dibujar venía de la imperfección de su trazo, y que cuando lo aceptó pudo aparecer por fin su estilo genial que tan buenos momentos ha dado al mundo del cómic. Hizo de su handicap un aliado precioso, una virtud. «Deja que la redonda perla de tu carácter tenga una irregularidad», decía el orientalista Trevor Leggett, «si es demasiado perfecta,

rodará muy fácilmente».

Una mujer acudió a verme llorando a moco tendido porque el cirujano plástico de una clínica dudosa le había dejado unas enormes cicatrices en los muslos después de una operación. Para ella, que tanto amaba su físico, aquello significaba una hecatombe. Le sugerí que viajara a un lugar del mundo donde existieran maestros artesanos del tatuaje iniciático y que se hiciera grabar símbolos de tradiciones ancestrales sobre las cicatrices. Le advertí que lo hiciera sólo si realmente estaba convencida, pues un tatuaje es muy difícil de borrar y no hay que aceptar un consejo de nadie sin reflexionar sobre sus consecuencias. Finalmente, se decidió a hacerlo y viajó a Borneo, donde se hizo estampar unos bellos dibujos geométricos en una ceremonia ritual. Desde entonces la he visto a menudo en minifalda, con sus inscripciones asomándole hasta las rodillas. Son muchas las tradiciones ancestrales que usan el tatuaje en sus ritos iniciáticos, como ocurre en Japón, el Amazonas, la India o las culturas polinesias. Para los indígenas americanos, el tatuaje es una manera de cerrar un pacto con un animal de poder para absorber su energía. Una mujer acudió a verme por un motivo parecido: tenía la parte izquierda de la cara quemada. Se tatuó una flor de loto en la mejilla y su relación con el espejo comenzó a transformarse, lo que la llevó a transformar también su relación con el mundo.

TRES BRAZOS CORTADOS

Me recuerdo sentado junto a Rosalba en la postura del loto desde que tengo uso de memoria, ella concentrada y noble como una gacela mientras yo me descoyuntaba intentando subir una pierna sobre la otra. Ver cómo doblaba sus hermosos muslos en una contorsión perfecta era fascinante. Escuchar sus historias sobre el budismo, que me contaba en vez de los cuentos de hadas tradicionales, me llevaba a dejar volar la imaginación tan lejos como me era posible. A veces también meditábamos de pie, paseando o regando las plantas, pues algunos maestros decían que permanecer en la postura del loto durante varias horas no era mucho mejor que estar muerto, y que estar jugando al buda toda la tarde era un apego a la forma. Otros maestros dijeron que incluso era inútil sentarse a meditar, pues la meditación consiste en vivir lo cotidiano como una reflexión continua. El maestro zen Torei escribió: «Al andar, practica mientras andas. Al descansar, practica mientras descansas. Al hablar practica mientras hablas». Mantén tu conciencia despierta y tu atención centrada en el Eterno sin tiempo o espacio: «Cuando ames, ¡ama!, cuando reces, ¡reza!, pero cuando friegues los platos no te concentres en dios, sino en los platos», me decía también mi niñera aclarando las ollas mientras yo me entretenía admirando los pájaros por la ventana.

El budismo zen es la filosofía con la que se inició mi educación espiritual en aquellos primeros años de mi vida. La palabra zen, que es el nombre en japonés de la tradición del budismo mahayana, quiere decir «meditación». A su vez, es una transliteración del término chino *Ch'an*, que es una abreviación de *Ch'an-na* y viene del sánscrito *dhyàna*, que podríamos traducir también como «absorción». Esta

«absorción» —o fusión con la condición original del ser, el vacío lleno o el dios interior— fue mi pan de cada día y sin darle más connotaciones lo ha continuado siendo hasta hoy. También la imaginación puede ser una maravillosa forma de meditación, y con Rosalba la estimulábamos todo el tiempo. Una de mis primeras aficiones fue el arte del disfraz, que cultivaba envolviéndome en los vaporosos velos y saris de mi idolatrada niñera, con los que me disfrazaba de maharajá. Después aprendí a improvisar en función de mis héroes preferidos, como el fascinante Hombre Invisible. Me recuerdo con apenas cuatro años envuelto en vendas de papel higiénico, con unas gafas oscuras y escondido en los rincones más inverosímiles de mi hogar, como la enorme y agrietada cubeta del váter, el horno grasiento e incluso la ruidosa nevera, desafiando al frío con tal de poder dar un susto a mi madre. A veces se pasaban horas buscándome sin lograrlo. Al aislarme, Alejandro y Valerie me hacían desaparecer, y yo opté por ser consecuente en mis juegos.

De mayor, la neura continuó hasta convertirse en una pasión creativa: me entregué al teatro, especialmente como actor transformista. Me maquillaba y disfrazaba de tal manera que nadie me podía reconocer. Durante tres años fui alumno en la escuela del mimo Marcel Marceau. Su disciplina era feroz. Con él estudié danza, acrobacia, mimo corporal, pantomima y armas. Al mismo tiempo, me formaba en escenografía y dirección escénica en la universidad. Me ocupaba tanto el tiempo que me quedaba a dormir allí dentro muchas noches. Y, para que no me descubrieran durante la inspección previa al cierre de las rejas, me ocultaba en los roperos hasta que el guardián pasaba de largo. Quería fusionarme de tal modo con el arte y el escenario que me masturbaba sobre él para convertirme en su amante. Algunos alumnos me tenían terror y me llamaban «el vampiro de la rue René Boulanger». Allí dentro me sentía de nuevo entre las cuatro paredes del gigantesco loft de mi niñez, y me encerraba en las duchas de su sótano absolutamente aislado del mundo para meditar desnudo en la oscuridad. Con el agua chorreando sobre mi cuerpo me daba cachetadas imaginando que así lograría domar mis egos, mis pretensiones, mi arrogancia, mi vanidad, mis ganas de competir y, en fin, todo lo que estuviera relacionado con la búsqueda del reconocimiento. Para mí, el artista era un santo al servicio del despertar a la emoción, la belleza y la luz espiritual, pues, como decía George Bernard Shaw, «Los espejos se emplean para verse la cara; el arte, para verse el alma». A veces me daba por recitar versículos de la Biblia: «¡Oh! ¿Quién hará que se me escuche? Ésta es mi última palabra: ¡respóndeme, Šadday!» (31:35). Otras, me acordaba de Dostoyevski y repetía extasiado: «La belleza salvará al mundo», como si fuera un personaje de una novela rusa. La verdad es que fui un muchacho muy extremo y un poco dislocado. Pero estaba buscando mi esencia con

todo mi ser.

Marcel Marceau me trataba como un abuelo. Mi padre había trabajado cinco años con él y, tratando de superarle, me desgarré para ser el mejor alumno que jamás hubiera tenido —hasta que comprendí que mi objetivo no debía ser el de superar a nadie, sino convertirme en lo mejor que pudiera ser—. Mi nombre, Cristóbal, procede de una conversación con madame Boulestec, la asistente y casi madre de Marceau; una mujer tremendamente cariñosa a la que conocí muchos años después. Alejandro se hizo muy amigo de ella porque le regalaba libros para erotómanos: *Emmanuelle*, *Justine*, *El amante de lady Chatterley* y muchos otros. Como si la vida fuese una novela, madame Boulestec le sugirió que me pusiera más de un nombre para darme la posibilidad de escoger otra vida:

—Ponle también Cristóbal, que es descubridor de nuevos mundos.

¡Qué sabia! Bautizándome, se convirtió simbólicamente en mi madre y Marcel Marceau en mi hermano mayor. Mi maestro me llevaba a menudo a comer judías con arroz a su casa.

—Como así para conservar mi línea de mimo.

Ahorraba en la comida igual que en el gesto. Había repetido los mismos números, sin apenas renovarlos, durante décadas. Pero ver uno de sus movimientos era como asistir a la danza ritual de una gheisa: era uno con su espíritu. Gracias a experiencias como ésta, comprendí que no sólo somos seres humanos con una vida espiritual, sino también espíritus con vida humana. Paseábamos juntos por el jardín florido de su casa mientras me enseñaba las leyes del silencio.

—Lo que va más allá de la palabra no se puede decir, pero se puede vivir y mostrar a través de un efímero gesto que queda marcado para siempre como un canto en la memoria y el espacio.

Al final de los tres años de mi formación en mimo me gradué interpretando a un samurái ciego con la felicitación de los profesores, maravillados ante mi exagerada entrega al arte dramático, y me puse a viajar durante un tiempo como había hecho Rosalba dos décadas atrás. Al terminar sus estudios en México, mi niñera había decidido viajar a Perú para seguir adelante con su formación espiritual. No cejaba en su empeño: quería aprender, aprender y aprender. Valerie me contó, más adelante, que el propósito de Rosalba era ayudar a personas desamparadas alfabetizándolas y transmitiéndoles sus conocimientos espirituales. Quería enseñar el camino a seres de condición humilde, porque pensaba sinceramente que todos los seres humanos pueden alcanzar y disfrutar de su innata iluminación.

El maestro Won Hyo fue un monje iluminado que en el periodo de los tres reinos (37 a.C.-668 d.C.) divulgó el budismo en Corea, antes de que pasara a manos de Japón. Según cuenta la tradición, después de su iluminación decidió dedicarse a ayudar a las personas más despreciadas y rechazadas por la sociedad: borrachos, asesinos, ladrones, enfermos, putas y mendigos. A todos les enseñaba meditación, guiándolos al despertar y la felicidad. Uno de sus fundamentos era la completa y armónica aceptación de uno mismo. Lin-chi (en japonés, Rinzai), fundador de la escuela Rinzai, decía que el ser humano es «el hombre sin rango». Para él, los prestigios, grados y clases no tenían ninguna validez. Recomendaba: «Sean comunes, sin darse aires de importancia». Así que el despertar no tiene que ver ni con razas ni clases ni con el sexo ni con una tribu, hermandad, doctrina o secta, ni con que creas en Buda o en Cristo o en Mahoma, en el Tao o en la Biblia, que tengas un Porsche o que te hayas leído la biblioteca de Alejandría entera. Todos pueden desvelar su innata iluminación: en prisión o en casa, en una montaña, en una panadería o sentado en el váter. Sólo hay que decidirlo y dedicarse a ello hasta lograrlo: basta con ser humano, pues es un estado latente en todos nosotros. Sabiéndolo, Rosalba decidió luchar por su propio despertar y el de los otros. Todavía recuerdo la tarde en que recogió las escasas pertenencias que tenía en mi apartamento.

Era el día de Navidad de 1969. Conservo esa fecha en la memoria porque fue una de las más tristes de mi vida infantil y ni siquiera quise abrir los regalos junto al árbol; me encerré en mi habitación para no tener que asistir al momento en que saliera por la puerta para no regresar jamás. Ella, comprendiéndolo, se fue sin despedirse de mí. Como Hui-K'o, que sacrificó el brazo sin pestañear, Rosalba tenía un propósito inquebrantable. Ella también se cortó el brazo.

Sólo que, en esta ocasión, el brazo era yo. Siempre me he preguntado dónde estará enterrado el brazo de Hui-K'o. Seguramente nació de él un rosal maravilloso, o un panal de abejas. O hicieron una flauta con sus huesos; o le dieron de comer con él a los gatos guardianes del templo. Habría que rendirle culto, puesto que gracias a él se pudo transmitir el budismo en China; implacable y llena de determinación, Rosalba también me lo transmitió a mí. Se convirtió en una maestra que me dio alas y guió muchos de mis pasos futuros. Su marcha fue una lección de entrega divina. «En el momento de la infinita entrega, otorga lo que más alcanzaste a amar, la vida que no te pertenece.» Así lo hizo Cristo cuando se entregó a Dios en la cruz. «Entre tus manos entrego mi espíritu.» Cuando has realizado el espíritu, incluso el yo superior, la inmensa mariposa, la luminosidad atemporal deben ser entregadas:

la conciencia puede ser la última trampa del ego. Puedo decir que esa renuncia fue mi primera lección de vida. Tuve tiempo de acostumbrarme a renunciar, puesto que primero desaparecía Alejandro, después Valerie y ahora Rosalba... ¡Tres brazos cortados! Una auténtica formación de guerrero.

Al partir, Rosalba me dejó el cuadernito sagrado donde había copiado todas las frases del muro al lado de mi cama. Lo había perfumado con sándalo y lo envolvió junto a una inmensa uña de tigre que guardaba desde su paso por el circo. Ese talismán me acompañó toda la infancia y parte de la adolescencia. También las páginas del libro: declamaba esas frases sin saber su significado, pero qué va uno a saber lo que incorpora en su mente a una edad tan temprana. Había cumplido los cuatro años y medio cuando Rosalba partió para siempre. En la portada de su cuaderno tenía escritas dos frases. Una era del Despierto y decía:

Toda enseñanza es como una balsa:
hecha para hacer una travesía,
pero a la que no hay que atarse.

La otra era de Bertrand Russell:

«Lo más difícil de aprender en la vida es qué puente hay que cruzar y qué puente hay que quemar.»

Valerie, quien me había preparado para la partida de mi niñera, trató de estar más cerca de mí en esos momentos. Pero la marcha de Rosalba fue una verdadera hecatombe: lloré durante tres días seguidos. El templo, el oasis, se convirtió en un pueblo fantasma. Fue tan fuerte el choque que caí en cama con anginas y pulmonía. Pero tras perderla se abrió en mí una insospechada y gigantesca dimensión de exagerada compasión: me sensibilicé con todos los seres despreciados, desvalidos o desaventajados de esta tierra, quizás algo un poco extremo para un niño. Y, sin embargo, no hay que olvidar que nací en la tierra del melodrama. Mi madre era actriz y cantante lírica de una desbordante emotividad. Quizás gracias a eso tuve la suerte de poder llorar a torrentes esta y otras pérdidas: no poder o no querer llorar es un verdadero bloqueo emocional que a menudo procede de ideas dementes como «Los hombres no lloran» o «Hay que ser fuertes», o «Las lágrimas son para los maricas». Allan Watts escribió: «Si algo te duele, llora. Y si no puedes hacerlo,

entonces el dolor es tu problema. Pero para quien puede llorar, para quien puede soltarse de esa manera, el dolor no es su problema».

En ocasiones, cuando veía un inválido, un pordiosero o un lustrabotas, mendigos o niños pobres por la calle, pedía emocionado unas monedas a mis padres. Alejandro y Valerie estaban desesperados: ¡mi compasión les costaba una fortuna! Más adelante, hacia los siete años, mis sentimientos piadosos se hicieron tan extremos que en las noches de Navidad, cuando todos estaban abriendo los regalos, yo aparecía elegante y repeinado. Con cara de entierro y el mentón temblando, les pedía absoluto silencio, prendía unas velas y, atascado en el centro del comedor, leía una estrafalaria carta navideña —de la que aún guardo alguna copia— que cada año adornaba con más y más desastres y desgracias:

Esta carta que les escribo es para que tomemos conciencia y agradezcamos este momento porque tenemos la suerte de estar vivos, juntos y saludables, pero justamente por eso no hay que olvidar a los seres que hoy están sufriendo solos, abandonados, otros que están en la guerra muriendo baleados, sin su familia, muertos de frío, en charcos de sangre, porque en este mismo instante hay niños en el mundo que están agonizando de hambre en los países del Tercer Mundo, y en la esquina de nuestra mismísima casa, que sufren, sí, que sufren. ¡Porque no tienen pan, techo ni abrigo! Hay niños que están en hospitales porque una bomba les explotó arrancándoles las piernas, o les quitó los brazos, o los ojos, y hay mujeres golpeadas, con la cara reventada, o violadas, tiradas en la nieve, pidiendo ayuda en callejones sin salida, padres con niños extraviados que están ahora mismo desesperados, llorando por su ausencia, con los regalitos abandonados frente al arbolito de Navidad (...).

Durante la lectura, a veces me detenía para sollozar a moco tendido. Seguramente, conmemoraba la Navidad en que perdí a Rosalba. Valerie lloraba y lloraba también. Alejandro se ponía pálido, mientras mis hermanos reían de nervios y todos decían: «Ya, por favor, Axelito, párale, que nos vamos a deprimir y no vamos a querer abrir los regalos. Te comprendemos y estamos de acuerdo contigo, ¡pero no exageres!». Y yo, indignado, me iba a mi cuarto cual Sarah Bernhard, me tiraba en la cama bañado en lágrimas y me negaba a volver al comedor hasta que mis hermanos venían a tirarse sobre mí para hacerme cosquillas. «San Axelito, el niño bello», me llamaban. Y me cargaban en hombros para devolverme a la fiesta.

No admití que nadie llenara el vacío dejado por Rosalba en mi corazón, y sólo volví a aceptar los cuidados de la vieja Petra, con su inolvidable olor a perra que me daba esa agradable sensación de calor. Pero pronto iba a recibir una nueva sorpresa del destino. A inicios de 1970, Alejandro comenzaba a tomar conciencia de su paternidad y recordó que tenía un hijo abandonado en Francia, que había concebido con Bernardette siete años y medio antes. Brontis llegaría de París a vivir conmigo. La noticia me inundó de alegría ¡Tenía un hermano! Vestido con un trajecito elegante, con corbata, chaleco y zapatos de charol, me peiné de lado con limón y me senté sobre una gran silla en medio de mi habitación. Me recuerdo afiebrado, con mi fiel guardiana limpiándome con su pañuelo el sudor que escurría por mi frente. «Deberías estar acostado, huajolotito, que te vas a desmayar», me decía. Pero yo, inamovible, agarrado a la silla y tiritando de calentura y felicidad, esperaba esa tarde a que Valerie llegara con Brontis del aeropuerto. Cuando escuché abrirse la puerta, me levanté, salí corriendo como un reo hacia la libertad y me precipité escaleras abajo. Decididamente, aquélla era la casa de todas las maravillas: ver a Brontis fue como un ensueño. Me quedé pasmado: nunca me habría esperado un ser semejante. Él estaba parado al borde de las escaleras, delgado, pálido y blanco como la más blanca paloma, confundido con un ropaje que era del mismo color. Claro que, seguramente, también tenía esa tez por el mareo de las quince horas de avión y la noche sin dormir que acababa de pasar. El brillo deslumbrante de sus ojos azul celeste era majestuoso. Tenía el cabello largo, brillante y casi dorado. Yo era su negativo: él tenía la nariz respingona y yo la tenía curva. Mi pelo era negro como el de nuestro padre, y era algo moreno de piel. Lo que sucedió es que, como no había visto crecer a Brontis, interpreté que era exactamente como un ángel llegado de la fábrica celestial: mi personal ángel de la guarda. Y me emocioné. Le grité, con el corazón saliéndome por la boca: «¡Hermanito!». Me lancé sobre él como un náufrago se precipita sobre un flotador, y lo estreché entre mis brazos agradecido por su existencia. Pero Brontis nunca había visto expresiones de emoción tan fuertes. Era hijo único, su madre era comunista, anarquista, francesa, de familia tradicional; lo había educado con pocas caricias y mucho intelecto. Además, le inculcó que Alejandro era una especie de déspota nazi, un degenerado perverso, y seguramente estaba aterrado ante la idea de conocerlo. Yo era su hijo, es decir, su clon, así que el rechazo fue inmediato: le dio un ataque de pánico, se puso a llorar y, de un empujón, me lanzó contra la pared. Me quedé paralizado, naufragando en mi charco de soledad. Estaba claro: tenía que aprender a nadar solo. Brontis se quedó para siempre a vivir en casa y nuestra relación apareció, pero los primeros años fueron realmente glaciales. Luego, con el tiempo, su presencia resultó fundamental. Vivía-

mos una realidad similar, así que fuimos uno el sostén del otro, compañeros de juego y protectores. Hoy comprendo la distancia que sentíamos: Alejandro tuvo dudas sobre la paternidad de Brontis desde que nació. Lo veía absolutamente distinto a él. Y sus sospechas contagiaron al resto del clan: no hay que olvidar que el yo familiar lo sabe todo del otro, puesto que lo vive bajo el mismo techo a lo largo de años. En nuestro ser existe una frecuencia familiar donde todo se sabe y se vive, aunque no se racionalice. Brontis, consciente de las dudas de Alejandro, se vivió como un hijo adoptado y rechazado.

Por fortuna, mis padres terminaron por asumir que no podían descuidar por más tiempo sus obligaciones hacia sus hijos y pronto empezamos a vivir todos juntos en una bella casa de dos pisos en la calle de Colima, en Ciudad de México. Comenzaba una época de vida familiar que después nos conduciría, ya sin más separaciones, a viajar por medio mundo. Pero el verdadero viaje sucedía en el interior del hogar. Por allí desfilaba a diario Japón, India, China, Tíbet, el sufismo, la tradición cabalística hebrea, la alquimia, el Tao, el esoterismo... Con los años, cuando pude rescatar todos estos tesoros familiares y unirlos al legado espiritual de Rosalba, me encontré ante una herencia fabulosa que me permitió cultivar profundamente mi templo interior, en el que la esencia de todos los cultos son hoy bienvenidos, siempre y cuando estén de acuerdo con los principios de la armonía universal. Esa herencia espiritual me permitió dejar a un lado cualquier prejuicio racista, religioso, étnico, intelectual o espiritual. Pues, como decía Gandhi, «Dios no tiene religión».

Aunque muchos estén a estas alturas convencidos de lo contrario, las religiones pueden ser necesarias para la gente. Incluso cuando a veces hayan dificultado el progreso espiritual de la humanidad. No obstante —ya lo dijo Schopenhauer—, exigir que un gran espíritu, un Goethe o un Shakespeare, acepte con convicción los dogmas de fe es como pedirle a un gigante que calce las sandalias de un enano. Y en el hogar de mi familia regía, por supuesto, este singular principio. Mis padres nos enseñaron que la realización no se halla en los templos, sino en los pequeños detalles de la vida cotidiana. Y la casa de la calle Colima se convirtió enseguida en un verdadero *dojo*[1] fue extraordinario, porque incorporé principios que hoy me son esenciales, estructuras que me guían instintivamente, como una segunda lengua materna o una espada que se desenvaina sola. Los niños fuimos educados por encima de cualquier estructura religiosa; bien al contrario, tomábamos de todas lo más útil,

---

1 Lugar donde se practica meditación o artes marciales. En japonés, significa «el lugar de la Vía».

bello y libre: elegíamos las joyas. De niño, sabía que cierta moral venía de la interpretación que, apoderándose de los escritos sagrados, los religiosos del pasado habían impuesto a los que siguieron. Hoy, por fortuna, ya tenemos la conciencia de que esos libros sagrados de todas las culturas pertenecen a la humanidad: son legados iniciáticos, obsequios, llaves simbólicas para acceder a un camino espiritual. Si los tomamos como sorprendentes mitos, interpretándolos como se interpretan los símbolos, podemos desarrollarlos infinitamente y nos revelarán las innombrables dimensiones del ser. Uno tiene una biblia en su interior, y puede hacer con ella lo que quiera. Una idea fija se convierte en sinónimo de muerte, pues no evoluciona, como ocurre con las interpretaciones canónicas.

En *Los mitos: su impacto en el mundo actual*, Joseph Campbell nos cuenta que, en las ortodoxias de las creencias populares, tanto los seres míticos como los acontecimientos mágicos son generalmente vistos y enseñados como hechos reales. «Hubo» un éxodo de Egipto, «hubo» una resurrección de Cristo; Eva tentó *realmente* a Adán; Caín, por supuesto, mató a Abel... No obstante, todos estos *hechos* son puestos en cuestión por las ciencias, y también los órdenes morales que los sustentaron y los sustentan. Vivirlos como una realidad los fija a la mente y los hace morir. El símbolo es un espejo de tus límites y, según como los interpretes, así te defines y te comportas. Leyéndolo desde una óptica abierta, sin miedo, o más bien sin cobardía, uno obtendrá de ellos una visión liberadora. Es cuestión de darse el permiso, que por cierto ya está concedido, para permitirte imaginar sin límites. Así lo hacíamos en casa para desarrollar el espíritu. Acompañados de un maravilloso té verde japonés, nos sentábamos, mayores y niños, abríamos los libros sagrados como se abre el más divertido de los juguetes, y discutíamos como lo hacen los talmudistas, no para tener razón, sabiendo que nadie tiene la verdad y que lo divino no se puede definir, sino para enriquecer el espíritu. Uno de los juegos que practicábamos consistía en *dejar hablar* a los personajes (arquetipos) de la Biblia en nosotros:

—Soy la virgen María, la cósmica matriz. Humilde, palpito entregada como la silenciosa amante del sol florido que mora en mi océano de amor. Que tu voluntad se haga.

También nos permitíamos imaginar a todos nuestros héroes, su vida sexual, su forma de amar, su voz. Era más divertido que subirse a una montaña rusa. Teníamos la totalidad de los mitos humanos en nuestras manos, de Gilgamesh a Ulises, de los santos a los demonios. Eso me permitió, más tarde, liberarme del último tabú, consumar el tan inconsumable acto del incesto que, según mi psicoanalista francés, debería haber sublimado por la imposibilidad de ser llevado a cabo. Según los

principios de la psicomagia, las pulsiones o deseos no deben sublimarse, ni aceptarse ni asumirse: deben ser realizados. Son como una flecha, un proyectil con un camino predeterminado que, en lugar de ser desviado, debe ser conducido inexorablemente a su destino. Realizándola metafóricamente, se pone fin a la obsesión: el cerebro puede descansar y pasar a otra cosa, está liberado y su comportamiento no se basa más en esa frustración. Lo fundamental es que el acto ocurre en varios planos al mismo tiempo: en uno, el racional, se perciben los sucesos literalmente, sabiendo que se trata de un juego metafórico. Así, no hay culpa, todo es simbólico. En otro, lo que acontece es vivido como una absoluta realidad, donde en ningún momento hay metáfora: si la traba es psicológica, posiblemente se pueda destrabar desde lo metafórico.

A menudo he empleado estos principios para sanar conflictos en el seno de mi propia familia. Cuando mi hermano cumplió treinta y nueve años, escuché de nuevo a Alejandro hablar bromeando del pintor Felguérez y de la duda que siempre le había corroído. En ese momento estallé.

—¡No es posible que esto continúe! ¡Llegó la hora de afrontar la situación! ¡Vayan a hacer una prueba de ADN!

Un árbol genealógico tiene una mitad concreta y otra mitad mitológica, que se establece a través de la tradición oral y después queda marcada en los comportamientos, convirtiéndose en una realidad orgánica cuyo origen se olvida. Si te repiten que tu abuelo era un malvado, tu padre un violador o tu madre una prostituta, uno acepta esos arquetipos como una verdad, sea o no sea cierto, en una transmisión mítica que cambia el curso de la historia familiar. Dos hermanas transmitieron el recuerdo de su padre de manera diferente a sus hijos: una había sido despreciada y agredida por él, y lo describió como un monstruo violento; la otra lo recordaba siempre como un santo, pues había sido su preferida. De este modo, dos realidades completamente opuestas se instalaron en cada una de las dos ramas familiares. Para una, el abuelo fue un atroz enemigo; para la otra, un ángel que inspiró armonía. Una genealogía es un relato abierto: puede reinterpretarse como un Evangelio o un mito griego, reimaginándola para mantenerla en un estado saludable. Brontis y Alejandro hicieron la dichosa prueba de paternidad y así rompieron por fin con ese círculo vicioso. A mí, su conflicto me sirvió para comprender que uno no sólo repite los hechos familiares reales, sino también los míticos, como más adelante veremos que me sucedió con mi hijo. Éstos se imprimen en el cerebro como realidades, puesto que, si son dichos, es que son deseos o nudos no resueltos, y uno muchas veces acaba realizándolos.

Pasaron décadas hasta que Brontis y yo conseguimos hablar abiertamente del pasado. A mis veinticuatro años nos reunimos en un hotel y charlamos durante horas de la distancia que existió entre nosotros. Para conjurarla, le pedí que saliera de la habitación. Había preparado un perro de peluche para proyectarme en el pasado con Petra. Le pedí que, cuando llegara, no me rechazara. Brontis golpeó la puerta, salté con el mismo impulso del niño, corrí, abrí y me encontré frente al ángel de mi niñez. Nos quedamos inmóviles, mirándonos llenos de emoción, nuestro cerebro estaba dando marcha atrás, vimos nuestras edades desfilar hasta llegar al primer encuentro y le dije dulcemente, «¡Hermanito!», y él se puso a llorar y me contestó: «¡Hermanito!». Caímos uno en los brazos del otro durante largo rato, descongelando el hielo de años con nuestro cariño, diciéndonos: «Te he extrañado tanto». Luego nos metimos en la bañera y hablamos largamente del pasado, soltando nuestras penas y nuestra vida íntima a corazón abierto. A las seis de la mañana, salimos del agua completamente arrugados y fuimos a la cafetería a tomar el desayuno cogidos de la mano como dos niños, con dos sonrisas como dos lunas brillantes. Entre nosotros sigue hoy maravillosamente abierto ese puente afectivo. He aconsejado actos parecidos a muchas personas: revivir junto a sus familiares, con objetos simples, los momentos donde algo se congeló, no fue dicho o hubo bloqueo, para realizar reparando el pasado lo que en ese entonces quedó bloqueado.

VEINTE AÑOS NO ES NADA

Siempre le estaré agradecido a Tripurasundari Lila Santi Pama, Rosalba, por haberme iniciado en los saberes espirituales, amar más allá de las convenciones y descubrir ese mundo extraordinario de la otra u otras miles de realidades posibles. Una vez más, mis padres fueron los medios que el misterio eligió para que pudiera contactar y ser educado por tan particular maestra a tan temprana edad. Nunca dejé de pensar en ella, siempre estuvo presente en mis pensamientos. Muchos años después, cuando estaba a punto de cumplir los veinte, fui a visitar el museo Beaubourg de París, donde Francis Bacon —para mí, el más original de los pintores del siglo xx— exponía una impresionante retrospectiva de su obra. Me pasé toda la mañana dando vueltas de una sala a otra, hasta que me paré a pocos metros del famoso cuadro de Inocencio X. De repente, el cuerpo menudo y estilizado de una mujer de piel canela se situó frente a la tela, tapándome en parte la vista. Llevaba una larga cola de cabello trenzado, un vestido floreado y unas sandalias sencillas. A través de sus mangas asomaba un muñón. Me dio un vuelco el corazón y me acerqué sigiloso hasta su espalda. «¡Rosalba! », exclamé. Cuando se dio la vuelta, asistí a la maravilla de su rostro incandescente. No había cambiado en todos esos años. Tuve la misma sensación de cuando era niño y por primera vez la vi. Pero esta vez no veía en ella a una madre, sino a una mujer descomunalmente sensual. El amor rebrotó en un instante, como si jamás hubiera transcurrido el tiempo. Una parte de ella ya sabía quién era, pero sonreía sin acabar de reconocerme. «¡Soy yo, Axelito!», le dije por fin. Y entonces se lanzó a mis brazos llena de alegría, inundán-

dome de sándalo.

Nos pasamos tanto tiempo abrazados que perdí la noción del tiempo. Después de ese lapso me propuso pasear por las soleadas calles de París, donde me contó sus múltiples viajes. Había enseñado en países del Tercer Mundo. Me habló de los maestros y maestras que conoció, de cómo había profundizado en el tantrismo. Andar junto a ella ya no sólo me provocaba orgullo, sino una incontenible excitación. Junto al puente de las Artes, me tomó la mano con su única mano y todo mi cuerpo recordó cada una de sus caricias. No la solté más. Nos sentamos en el Café de la Paz y me dijo:

—Tú y yo estamos unidos más allá de la edad. Cuando eras niño había cosas que no te podía transmitir, pero si quieres conocerlas, aún estamos a tiempo.

Atragantado, le respondí con un rotundo sí.

—Entonces te voy a iniciar como nunca he iniciado a nadie.

Desde ese día, ya no nos separamos. Fuimos amantes durante largos meses en los que me inició en todas las técnicas sagradas del erotismo hindú en una buhardilla del barrio de Le Marais (pero ésa es otra historia...). Después, como en un sueño que sucumbe al placer, se marchó de París para volver a Oriente. Nunca he vuelto a saber de ella, pero estoy seguro de que continúa ayudando al mundo a desvelar su camino de liberación espiritual, como hizo con aquel niño solitario que la amó con delirio.

APÉNDICE 3

EL CUERPO FANTASMA

Una de las cosas que más profundamente me marcaron durante el periodo en que viví con Rosalba fue el momento en que me reveló la presencia de su invisible brazo izquierdo. Aunque físicamente no pudiera verlo, ella aseguraba que estaba ahí, que lo sentía tan real como el otro y que, incluso, a veces lo podía ver. Entonces ponía música y bailaba moviendo graciosa y alegremente su figura y describiéndome aquella extremidad perdida como un brillante vivo que exhalaba perfume. Con sus invisibles dedos me acariciaba el cuerpo lentamente y, sugestionado, yo reía a carcajadas por las cosquillas. Todavía conservo la sensación de haber sentido aquellas caricias físicamente: la presencia de su brazo invisible me producía fascinación y nervios, era nuestro secreto. Ella me acostumbró a verlo y palparlo. Me adiestró a ver lo invisible: tanto fue así que en Rosalba veo hoy a mi iniciadora en el psicochamanismo, que se basa precisamente en lo metafórico, en el mundo de lo sutil, en la Otra Realidad. Años después descubriría que el fenómeno de pervivencia de la sensibilidad en extremidades amputadas ha sido descrito por la neurología. Silas Weir Mitchell llamó «fantasma sensorial» o «cuerpo fantasma» a brazos como el de Rosalba.

A lo largo de los años, asistí a muchas operaciones chamánicas donde no me

resultaba difícil descubrir juegos y engaños, ya que tenía el ojo muy bien entrenado gracias a la experiencia vivida desde niño con los curanderos que visitaban frecuentemente mis padres. Pero no siempre era fácil, porque a veces yo mismo veía abrirse el cuerpo de una persona en manos de un chamán, en una especie de alucinación. Como había estudiado prestidigitación y había querido ser mago, por último siempre lograba descubrir el truco: veía las esponjas empapadas de falsa sangre previamente preparadas que los curanderos escondían en la mano y hacían explotar y chorrear apretándolas, veía cómo te distraían la mirada con una mano mientras sacaban un objeto con otra, cómo escondían higadillos de pollo, o grasa, u ojos, siempre en algún compartimiento bien disimulado por un trapo sobre alguna cubeta, o en un bolsillo, que sacaban solapadamente, haciendo como si se enjuagaran las manos, para después imitar que salía del cuerpo. Todo era evidentemente falso, pero los operados temblaban de dolor, gritaban, lloraban, gemían como si literalmente les estuvieran abriendo el cuerpo sin anestesia. Cuando tenía la ocasión de interrogarlos, me decían que el dolor había sido tremendo. Lo más sorprendente es que, en los casos en que reencontraba a algún operado, manifestaba estar curado casi sin excepción. Entendí que los chamanes y curanderos operan ese «cuerpo fantasma». Pero el que resulta beneficiado por la operación y por lo tanto curado es el cuerpo físico, lo que supone que la enfermedad aparece en realidad en los dos cuerpos y que, quitándosela a uno, desaparece también en el otro. Quizás por eso algunos curanderos piden a la gente que espere seis meses antes de chequear el resultado, posiblemente porque un cuerpo psíquico necesita algún tiempo para pasarle el mensaje al físico, hasta fundirse en él, como si se tratara de dos espejos viéndose reflejados el uno en el otro: el enfermo, viendo su imagen en el sano, obedece y se adapta a la nueva realidad. Para satisfacer mi curiosidad sobre el fenómeno de los miembros fantasma visité hospitales especializados y hablé con varias personas a las que les faltaba alguna parte del cuerpo e incluso con gente que había nacido sin brazos o piernas. Invariablemente, todos me explicaron hasta qué punto podían sentir, ver y soñar el miembro ausente. Me entrevisté con personas que habían perdido un ojo pero que decían ver a través de él; con gente que había perdido un riñón y sentían su dolor, con personas a quienes les faltaba la nariz, la lengua... Todos tenían la sensación de tocar objetos, empujar las puertas, mover los dedos; muchos se levantaban en la noche y se caían de la cama porque no recordaban que la pierna que apoyaban en el suelo era la ausente. Una joven mujer me contó que, dando una cachetada con su mano fantasma, sintió como el cachete golpeaba la cara de su enamorado. Otra mujer me describió sus espasmos fantasmas de reglas cuando hacía años que era menopáusica. Pronto acepté que todos

tenemos un doble cuerpo, incluyendo la sangre y cada célula de nuestro organismo, o posiblemente una representación de él en el cerebro. Lo más curioso es que a veces algunos me describían que incluso tenían el miembro fantasma atrofiado o enfermo. Y ese mismo fantasma se podía desatrofiar o liberar del dolor, curar, sanar.

Supe del caso de Marc, un joven que había perdido la pierna tras un accidente de moto. Su pierna había caído por un puente sin que nadie consiguiera encontrarla. Después de ser operado comenzó a sentir una fuerte punzada en el muslo de su miembro fantasma, así que pidió a sus amigos que hicieran búsquedas para encontrar su pierna, pues estaba convencido de que algo tenía que ver con su dolor. No se equivocaba: finalmente, la encontraron en un pozo. Tenía un pedazo de metal clavado precisamente en la zona en que Marc sentía la punzada. Así que retiraron el metal, la incineraron y enseguida pasó el dolor.

Aunque no me dedico a curar enfermedades, la pista de historias como ésta me ha llevado a seguir experimentando técnicas de curanderos sobre algunas de las personas que han acudido a consultarme. Durante un tiempo estuve trabajando con un grupo de terapeutas amigos con los que decidimos tratar de comprender profundamente estos fenómenos. Uno de ellos tenía como paciente a Georgia, una mujer a la que se le había diagnosticado un quiste en el ovario izquierdo. Su madre, ya fallecida, había sufrido un cáncer ovárico que se le declaró justo a la edad que ella tenía en ese momento. Era una hija no deseada. Había sido vivida en el vientre de su madre como un estorbo, como un absceso. Su terapeuta estaba convencido de que el origen de su mal era psicológico. Además, ella no tenía demasiada confianza en la ciencia médica: quería ser visitada por una persona ajena a los estándares de la medicina moderna y estaba pensando en viajar a México para conocer a un curandero. Su terapeuta le dijo que no hacía falta ir tan lejos: él conocía en París a un chamán—es decir, a mí— que quizás pudiera operarla. Sólo necesitaba una foto de la cara de su madre a tamaño natural.

La cité a las dos de la madrugada, para que su organismo estuviera alterado por el sueño, para hacerla salir de sus costumbres y puntos de referencia y entrara, muy sutilmente, en estado de alerta —la noche, el peligro, la oscuridad—, es decir, en un estado no racional. Me vestí de blanco para interpretar mejor mi papel, llené el cuarto de imágenes populares, incienso y perfume, preparé falsa sangre, un pedazo de carne que representaba el quiste, alcohol, algodón, vendas... Me puse un collar sagrado de jade azteca y me preparé interiormente para recibir a la mujer. En esta

ocasión sumé los elementos plásticos y teatrales que usan en general los curanderos, como operar a la luz de las velas. Ella llegó nerviosa. La recibí amablemente, le hice preguntas sobre el pasado y le expliqué que pensaba que su quiste tenía que ver con su madre, como una forma de producir vida a través de la enfermedad, justo a la edad en que su progenitora deseó su muerte. Y es que, como he aprendido en estos años, la psique es generadora de la mayoría de los trastornos del organismo. Según los doctores *Thorwald Dethlefsen y Rüdiger Dahlke*[2], los síntomas son la sombra de nuestros conflictos psicológicos, que se manifiestan y corporalizan a través de la enfermedad. El conflicto psicológico busca su solución a través de un proceso orgánico cuando no encuentra otro tipo de salida. Posiblemente, el quiste también le servía para bloquear su acceso a la maternidad, obedeciendo al deseo que en aquellos momentos había sentido su madre. Me confirmó que no tenía hijos y se puso a llorar. Le dije que estaba *hechizada* y que la operaría de inmediato para liberarla; pálida de la impresión, su cuerpo se puso a temblar. El miedo es uno de los elementos fundamentales que utilizan los curanderos para que se revele el cuerpo psíquico. Además, puse a la vista a propósito el cuchillo con el que supuestamente la operaría. Le dije que durante la operación iba a hacer venir al espíritu de su madre y que ella tendría que hablarle cuando la sintiera llegar para romper el hechizo. La acostamos en la cama que habíamos preparado; le daba vueltas la cabeza. Con mucho algodón empapado en alcohol le froté el vientre descubierto y recé en voz alta.

—Vamos a ayudar a esta niña que se enfermó por obeder a su madre. Incorporó su rechazo a los bebés, y por eso mismo no puede procrear. Este hechizo lo vamos a deshacer.

Así como podemos hablar de *cuerpos inhibidores*[3] en aquella época quise respetar la metáfora popular y la tradición magicochamánica para hablar de ciertos comportamientos del psiquismo que dificultan la realización personal. Los bauticé como *ensalmos*: sortilegios, maldiciones, hechizos y embrujos. Son informaciones del entorno familiar que nos impulsan a desarrollar un tipo específico de conducta inhibidora.

---

2 Dethlefsen, Thorwald, y Dahlke, Rüdiger: La enfermedad como camino. Plaza & Janés, Barcelona, 1999

3 Ver apéndice 2, página 113.

Ensalmos			
Sortilegios	Maldiciones	Hechizos	Embrujos

Son *sortilegios* las prohibiciones paralizantes que recibimos del entorno familiar como «Está prohibido amar», «Está prohibido el arte» —o el dinero, el sexo, la creatividad...—. *Maldiciones* son los augurios de fracaso o sufrimiento, que tantas veces se implantan en nosotros como órdenes de nuestra genealogía: «Fracasarás», «Serás un muerto de hambre», «Nadie te amará»... *Hechizos* son las fijaciones a un familiar, como era el caso de Georgia: el incesto en todas sus formas (sexual, emocional, intelectual, corporal), el complejo de Edipo, los nudos homosexuales (en el sentido de la exclusión del otro sexo en el seno de la familia), el sadomasoquismo y el narcisismo. También llamaremos hechizos a las promesas o pactos emocionales que hacemos con la familia, expresados verbalmente o no: «No naceré», «Prometo recuperar la fortuna que perdimos», «Prométeme, antes de morir, que seguirás la tradición familiar», «Júrame que cuidarás de tu madre», «Seré el padre de mis hermanos»... Por último, los *embrujos* son las adicciones originadas en los vínculos parentales, la química endógena producida a partir de conclusiones tóxicas fijadas en el entorno familiar: adicción a la adrenalina o al peligro, al miedo, al estrés, al sufrimiento... A otra escala, la adicción a las drogas, el alcohol, el tabaco, las ludopatías, el sexo, el fútbol o cualquier otra cosa que nos ocupe un tiempo y una energía que desearíamos invertir en otros asuntos. En este apartado caben también los exhibicionismos y las pulsiones.

Para deshacer el hechizo, puse la foto de la madre de Georgia a mi asistente, Naska Groppaglio, como una máscara que la tapaba perfectamente y que en la penumbra parecía ser ella misma: algo parecido a las máscaras que usan los brujos de las culturas tradicionales. Con el cuchillo en la mano, dije a mi consultante: «Háblale a tu madre, niña». Cuando vio a Naska, se puso a llorar como si su progenitora estuviera realmente allí. Sollozando, confesó que había esperado toda la vida para poder decirle que siempre se había menospreciado y hecho lo más pequeña posible para no molestar; que ya quería vivir, ser respetada por ella. Hablaba como si tuviera una corta edad, con hipidos y esfuerzo. Cuando me pareció que se había desahogado, añadí:

—Vamos a operarte con la ayuda de tu madre y te desprenderá de la culpa, el dolor y la fidelidad que sientes hacia ella.

Le acerqué el cuchillo, que no tenía filo, y, a unos centímetros de su cuerpo, se

puso a gritar como si estuviera penetrándole la carne. Así que lo dejé deslizarse por su piel y fingí abrir su vientre, vertí falsa sangre sobre su ombligo para que sintiera que se escurría sobre sus costados, y se quedó helada como un cadáver. Por último, tomé la carne que tenía escondida, se la puse sobre el ombligo y, sosteniendo el pedazo con una y tirando con la otra, hice como si la sacara de su cuerpo con dificultad. Ella gritó de dolor y suspiró de alivio cuando la saqué del todo. Al final, en el momento en que estaba listo para cerrar la herida con las manos, levantó la cabeza y, con los ojos desmesuradamente abiertos, fijó su atención en su abdomen. El resultado de la visión se concretó en espasmos de vómito. Luego se acostó, hice que su madre le cerrara la herida y la bendijera diciéndole que en la época de su nacimiento no había sido consciente, pero que ahora honoraba su existencia en este mundo. Bañé su vientre con alcohol y le pedí que se quitara el vendaje una semana después. Varios meses más tarde se llevó una sorpresa al descubrir que el quiste había desaparecido. ¿Qué había ocurrido? Después de la operación conoció mi labor, le expliqué que habíamos realizado un auténtico acto chamánico, sólo que tenía el privilegio de conocer el truco. Sin embargo, ella mantuvo que lo había vivido de una manera absolutamente real, y que le era difícil creer que existiera trampa, por muy sagrada que ésta fuera. Cuando le saqué el quiste —continuó—, sintió un dolor atroz y el desgarre de los tejidos, acompañado de un olor a excremento que venía del intestino. Al levantar la cabeza, había podido ver la herida abierta y la sangre brotando, sus entrañas fuera, su hígado latiendo y hasta un pedazo de costilla.

Los cuerpos psíquicos no sólo producen sensaciones físicas, sino también olores y visiones. Quizás sonidos, puede que gustos, en un todo sensorial. Cuando asistía a operaciones de curanderos yo también entraba en un estado alucinatorio donde veía, olía y escuchaba esa otra realidad junto a los operados. Es un fenómeno colectivo, como si la mente de todos entrara en un espacio común de entendimiento más allá de lo material. En teatro, me formé durante varios años con John Strasberg y gracias a él conocí el trabajo de la memoria sensorial, técnica en la que el practicante se entrena para, concentrándose largas horas, crear una realidad mental y lograr que todos sus sentidos puedan literalmente percibir lo invisible hasta reaccionar emocionalmente ante él. Así, al cabo de un duro entrenamiento pude experimentar frío o calor, dolor intenso o placer, tener otra cara, un par de alas, vivir una explosión... Entré en un proceso creativo en el que todo lo que se me aparecía en la imaginación lo experimentaba como una realidad. Como Strasberg nos decía: «El buen actor es el que le hace creer al público todo lo que quiere, pero el gran actor es el que se hace creer todo a sí mismo». Creé el personaje de un general sin brazos y piernas que llevaban triunfante a dar un discurso ante miles de soldados,

y me concentré tantas horas en recrear los muñones que los vivía como una realidad física. Entré en el escenario conmocionado, llorando a gritos por sentir la atroz falta de miembros. La experiencia teatral me ayudó tanto a comprender cómo funciona la mente que me di cuenta de que para ella lo invisible y lo visible sólo son dos dimensiones de una misma realidad. Siempre he pensado que el actor es un chamán profano. Puesto que en general su arte está al servicio de la neurosis, los personajes experimentan terribles dramas, sufren mostrando su limitado y conmovedor ego, que uno, como actor, tiene que defender; sin embargo, en ciertos casos, el arte logra trascender al ego. No hay que olvidar que el teatro nació de los rituales sagrados: en ellos no hay sufrimiento. Todo es éxtasis para ese actor, incluso los infiernos que a veces recorre.

El chamán puede llegar a experimentar imágenes interiores tan fuertes, claras y desarrolladas que es capaz de acercarse a cualquier otro mundo, país, lugar, dimensión o cuerpo. Lo hace sintiéndolo como una realidad física, y a menudo es capaz de hacérsela experimentar a otros. El chamán es una mezcla de poeta, religioso, médico y terapeuta, como explica Patrick Harpur en *El fuego sagrado de los filósofos*[4]; pero, sobre todas las cosas, es un explorador imaginario, sabe que lo que él ve, también lo ve el consultante; sabe que son un mismo cuerpo, un mismo ser, así que su experiencia guía al otro hacia su liberación. Con la imaginación, entra en un íntimo diálogo simbólico con el consultante; y qué es la imaginación sino energía en acción, la expresión de lo invisible que se manifiesta a través del psiquismo. Gracias a ello, Rosalba pudo convertir su fantasma sensorial en una bendición: había hecho de su brazo amputado una obra de arte invisible.

---

4 Harpur, Patrick: El fuego sagrado de los filósofos. Editorial Atalanta, Barcelona, 2006

4. LA PEQUEÑA MONTAÑA, LA VIRGEN HERMAFRODITA Y EL PRESTIDIGITADOR

Cuando Goliat salió para atacar a los israelitas, la mayoría de los soldados pensaron: «Es tan grande que no podrá matarlo». Pero David miró al gigante y dijo: «Es tan grande que no puedo fallar el tiro».

Russ Johnston

Dice la voz popular que «madre, sólo hay una». Cuando se ponía a pelear, la mía valía por dos. Valerie Trumblay era un verdadero volcán y le fue algo difícil posarse con tranquilidad en la maternidad: fue una persona en riña constante, algo que le causó bastantes dificultades en la vida. Se podría decir que era bien machita. Ya en el internado le había mordido gravemente un perro con el que se ponía a pelear a gritos todos los días. Cada vez que pasaba por delante para ir a clase, le ladraba mordiendo las rejas. Valerie le respondía: «¡A mí no me asustas, payasito! ¿Te crees muy bravo? ¡Yo ladro más fuerte!». Y se ponía a ladrar igual que él, con la cara pegada a un centímetro de sus dientes. Un día que la puerta enrejada quedó abierta por distracción del guardia, se encontró con su peludo contrincante parado en medio de la calle. El perrito, un gigantesco doberman, la reconoció y se le echó encima ladrando y chorreando espuma hasta por las cuencas de los ojos. Valerie acabó en el hospital con un mordisco enorme en el cuello: casi se deja la piel.

En aquella época, era una mujer absolutamente contestataria y peleona, quizás como una forma de incorporar a su padre o posiblemente a causa de la sangre irlandesa que corría como un torrente por sus venas. ¡Qué fuerza! Casi nadie podía con ella... salvo en ciertos encontronazos en que terminó en urgencias, acuchillada, con la nariz o una costilla rota. Una riqueza de madre. Recuerdo una tarde de atascos en Ciudad de México, regresando de la escuela en su auto, en que sufrimos un accidente: un automovilista muy borracho nos embistió por detrás en un stop. Yo me golpeé la nariz contra el salpicadero y comencé a chorrear una catarata de licor escarlata. Al verme, Valerie entró en tal estado de furia que el auto se recalentó.

—¿Estás entero? —me preguntó pasándome un pañuelo.

—Sí, no es nada, Valerita —contesté palpitando con voz de cordero, colocándomelo como tapón en la nariz con la cabeza hacia atrás.

Ella me pasó la mano hirviente por la frente, se arremangó los brazos, salió del auto y se fue directa hacia el borracho. Empuñándole por la camisa, pude observar cómo lo sacaba por la ventana medio inconsciente con una fuerza de caballo percherón y, ya en el suelo, comenzó a darle de cachetadas hasta arrancarle el peluquín. Cuando llegó la policía, a duras penas pudo separarla del pobre hombre, que ya había perdido la borrachera por la fuerza de las tortas. Victoria la Cachiporra y su hijo el Cánek flotaban en el aire de la tarde.

ESPANTO ESPIRITUAL

Durante los años setenta, mi casa fue a menudo un campo de batalla donde los insultos volaban como floreros por encima de mi cabeza. De vez en cuando había porrazos: mis padres eran de fuego, pasionales. No estoy diciendo que Alejandro pegara a Valerie, sino que ambos se peleaban en igualdad de condiciones. Era algo cómico, porque él trataba de darle bofetadas y ella, puñetazos; él, cogotazos y ella, patadas. En esos momentos, yo la llamaba *la batidora*, porque se dejaba caer al suelo y daba coces en el aire como un verdadero molinillo eléctrico, impidiendo que los manotazos oseznos de mi padre pudieran alcanzarla. Eran auténticas peleas de lucha libre en las que él terminaba ganando porque utilizaba técnicas de espanto espiritual, como cuando sacaba su grito de león: «¡Kiaaaaaaaaaaay!», y de una patada partía la puerta del baño; en esos momentos, ella se tiraba en el sofá con un salto de gacela y él aprovechaba para inmovilizarla el tiempo necesario para que un árbitro imaginario pudiera darle vencedor. Eran peleas teatrales, sin que realmente hubiera una intención de hacerse daño. O, por lo menos, así las viví, sin que me traumatizaran. Cuando bajaba la temperatura, reían, se abrazaban y solucionaban la disputa encerrándose en el cuarto. Abajo, oíamos crepitar el catre con su sinfonía wagneriana. Mientras, mis hermanos y yo reíamos y bailábamos como indios ante el fuego del hogar, imitando los gemidos de esa fiesta sagrada.

Valerie apareció una vez con un ojo morado y me asusté. Detrás de ella, Alejandro llegó con la cara arañada, el párpado hinchado y un esparadrapo en la

frente. ¡Era mi madre quien le había dado una paliza! La violencia doméstica es otra estructura circular que a menudo se hereda de padres a hijos en cadenas a veces interminables. Con lo brutos que habían sido mis abuelos, ¡cómo no iba a haber ring en casa! Durante años, yo también peleé incesantemente con mis parejas. Así que decidí emplear la psicomagia para terminar con esa búsqueda de afecto en negativo. Robé ropa usada a mis padres, me disfracé de Alejandro y le pedí a mi novia que se disfrazara de Valerie. Vestidos de esa guisa, nos pusimos a golpear dos gigantescos costales llenos de tomates, hasta que los reventamos y nos quedamos bañados en una alfombra de puré bermellón. Al terminar, hicimos una salsa con los restos, nos comimos unos exquisitos espaguetis a la napolitana para digerirlo todo y bañé a mi novia en una bañera con agua ligeramente azucarada mientras le cantaba dulcemente una canción de Armando Manzanero, besándole cada milímetro del cuerpo con amor.

A mis padres los salvó de pasar a mayores su progresivo desarrollo de conciencia. Un día convocaron a toda la familia ceremoniosamente a una junta y, delante de nosotros, anunciaron: «Aquí se acabó: en esta casa no habrá nunca más una pelea». Y lo cumplieron. Además, el sentido de humor siempre estuvo presente entre ellos. Valerie reía casi siempre hasta gritar que se orinaba encima. Sin embargo, sufría de hipertiroidismo, era bastante ansiosa y, además de toda su poética, extrovertida y artística personalidad, era una excelente cantante y tenía un gran talento musical que no pudo desarrollar como quería. Como actriz, tenía genio y tablas. Pero, a partir de mis cinco años, decidió sacrificarlo todo para dedicarse al hogar. Fue el pilar de la casa y en ella enjugó su falta de afecto. Por supuesto, abrazaba, pero en su interior sentía tal angustia y ansiedad que muy a menudo convertía sus abrazos en asfixiantes. ¡Y a quién se fue a buscar como pareja! ¡A Alejandro, el Cassius Clay pánico! Para él, en aquella época no existía la palabra ternura en el diccionario. Durante años, para lograr acariciarnos, nos decía en medio de un terrible y chistoso miedo encubierto: «¡Les voy a dar una dosis de ternura!». Frotándonos la espalda de arriba abajo con gran dificultad, imitaba ese sentimiento con el que aún no había aprendido a contactar. Él mismo ha explicado en numerosas ocasiones que se vio obligado a imitar el afecto hacia nosotros hasta que por fin se hizo real.

En una ocasión le invité a realizar una ceremonia psicochamánica en que le coloqué un espeso plato de porcelana pegado con cinta adhesiva al pecho. Hice lo mismo con Valerie, que también participó, y con varios amigos que representaban a mis abuelos y bisabuelos. En cada uno de los platos escribí: «Está prohibido amar». A continuación, me armé de una piedra y comencé a golpear el pecho de mi padre. «¡Por favor, ábrete! Si estás encerrado, yo también lo estaré contigo. ¡Que

esta coraza reviente y se rompa el sortilegio familiar!» Con los golpes, Alejandro respiró como si de repente le liberaran de un piano de cola sobre las costillas. Uno a uno, quebré todos los platos en pedazos y, con ellos, el sortilegio familiar que nos dominaba. El acto tuvo un profundo efecto sobre la comunicación afectiva en nuestra familia, un tema dificultoso que en los últimos años ha mejorado mucho gracias a experiencias de sanación como ésta.

Para nutrirme de alimento amoroso y encontrar la protección que me faltaba, mi instinto de supervivencia emocional fue a encontrar refugio en otra cueva: un hogar de reemplazo, una segunda familia. Fue una tarde en que me hallaba divirtiéndome montado en el columpio que me habían instalado en el apartamento, colgado de una viga. Durante una de las frecuentes visitas que Valerie solía hacerme, la oí conversar por teléfono, riéndose a carcajadas megafónicas: al otro lado de la línea estaba su amiga Jacqueline Ducolon, actriz de la compañía de Alejandro. Yo me encontraba en esa edad en que los niños hablan como guacamayos: lo preguntaba todo insistentemente con mi dulce y aguda vocecita de inocente duende, que primero enternecía pero después de un rato podía llegar a desesperar: «¿Qué es esto?», «¿Para qué sirve?», «¿Por qué estás gordo?», «¿Por qué tienes un grano tan grande en la nariz?», «¿Por qué escondiste esa botella de alcohol detrás del ropero?», «¿Por qué besaste a la criada en la boca con lengua escondido en la cocina?». En fin, una verdadera cotorra humana.

Recuerdo que salí disparado del columpio cual una bala humana y comencé a tirarle insistentemente de la falda a Valerie:

—¡Quiero hablar con Jacqueline! ¡Quiero hablarle! ¡Déjame hablar con Jacqueline!

Así que me acercó el teléfono y yo, excitado, exclamé:

—¡Hola, Jacqueline, me llamo Axel!

—Hola, Axel —respondió.

—¿Sabes, Jacqueline?, me gustan los colores, los aprendo con mi Tarot. Sé contar hasta mil. Vivo con Brontis en un apartamento gigante, solos, para que hagamos lo que queramos, ¡con un buda dibujado en la pared! El Buda nació en la India. Para darnos todas sus enseñanzas sólo levantó una flor. Bodhidharma atravesó la India para llegar a China... —y así seguí, colgado al teléfono durante media hora en la que Jacqueline quedó fascinada por la logorrea de aquel mocoso. Por último, añadí—: Jacqueline, quiero ir a tu casa.

Ella aceptó de inmediato. Valerie tenía tareas que hacer, así que le venía bien

que ella me cuidara por la tarde. Poco después llegamos a una inmensa y antigua casa de estilo francés. Llamamos a una enorme puerta de pino verde agrietada por el tiempo, y rápidamente escuché unos pequeños y cortos pasos, como los de un niño, dirigiéndose hacia nosotros.

—Ahora abro —exclamó una entusiasmada voz. Sentí el corazón golpearme el pecho tan fuerte que resonaba como un tambor. Cuando se abrió la puerta, apareció Jacqueline iluminándome con su pequeña e inmensamente bella sonrisa. Nos miramos. Sentí conocerla desde antes de nacer, le tomé la mano con toda autoridad y le dije:

—¡Quiero ver tu casa, Jacqueline!

Y nos fuimos perdiendo dentro del perfumado y colorido jardín mientras Valerie, sutilmente, le hizo una seña de despedida a su amiga y se fue para que yo no llorara al dejarme con ella. No creo que me hubiera preocupado: ya estaba dentro del que iba a ser mi cielo, enroscado al brazo de mi segunda madre. El hecho de que Jacqueline fuese una mujer pequeña, de un metro diez, casi de mi misma talla, no me sorprendió en lo más mínimo. Además, creo que el goce de ver a ese extraordinario y encogido ser fue tan grande que pasé por alto aquel detalle. Y es que no sólo vi su cuerpo; vi también su inmensa alma. Como decía el maestro zen Obaku: «El alto es un buda alto, el bajo es un buda bajo. Cada uno, tal cual, está iluminado».

Dos horas más tarde pregunté:

—¿Dónde está Valerie?

—Se fue —me dijo, simplemente.

—Ah, bueno… —añadí, y seguí jugando.

Tenía que quedarme una tarde, pero me quedé cinco días, y después diez, y veinte… Ese lugar se convirtió en el hogar donde eché raíces, el espacio en que pude expresarme sin tener que representar nada para nadie, donde existir no llevaba aparejada ninguna condición. Jacqueline y su familia me veían la esencia y la amaban. Nuestra relación fue divina, un oasis que me permitió existir mientras mis padres despertaban. Jacqueline tenía veinticinco años. Era joven, blanca como miga de pan fresco, con el pelo negro como la sombra de un venado, y tan delicada como el olor a plegaria. No tenía hijos y en esa época estaba desocupada, así que dormía con ella, comía con ella, jugaba con ella, bailaba con ella, y después de muy poco tiempo convinimos, uno en los bracitos de la otra, que yo sería carne de su carne.

—Quiero que seas mi mamá, Jacqueline.

—Y yo, Axelito, que seas mi hijo, pues siempre quise tener un hijo como tú.

Jacqueline había perdido a su madre al nacer e inmediatamente se identificó conmigo. Por este y otros motivos, formábamos parte de un mismo clan psicológico, nos reconocimos. Orgullosos y alegres como hipocampos del mismo tamaño, íbamos tomados de la mano a todas partes. Ella me presentaba como su hijo, y no adoptivo. Era como si la virgen María hubiera parido a un pequeño que ya caminaba, y la gente, riendo, le decía:

—¡Jacqueline, no *mames*, si no te vimos encinta!

Erecto como un gallito de pelea, yo les hacía frente furioso, enrojecido como llama de soplete, dándoles un empujón o ladrando como un perrito chihuahua:

—¡Es mi mamá! ¡Qué te importa! ¿Te molesta?

Al ver a un pequeñito reaccionar de esa manera, la gente se excusaba educadamente y ya no se hablaba más del tema. Tener una madre del mismo tamaño que yo era un privilegio que ningún otro niño tenía. A veces escuchaba a algunas personas reírse de ella, despreciarla o burlarse por ser pequeña. Pero yo nunca la percibí así; para mí era un ser que sobrepasaba ampliamente los límites de lo material. El escritor inglés Gilbert Keith Chesterton escribió en una ocasión que «La mediocridad, posiblemente, consiste en estar delante de la grandeza y no darse cuenta».

La fuerza de dragón que hervía en sus venas era colosal y devastadora. Cuando se enojaba hacia {fe de erratas: hacia 'hacía'} temblar la casa y hasta los perros se subían al techo. Con sus preciosísimas y diminutas manos, suaves como plumas de pavo real, tocaba el piano con gran emoción hasta que me dormía. Y si fue extraordinario que Jacqueline me adoptara como madre, lo más extraordinario es que toda la familia Ducolon siguiese su ejemplo. En aquel caserón vivían sus dos tías, de unos sesenta y cinco y setenta años. Mimí, la menor, era en mi jerga la Pera, y Tita, la mayor, era el Limón, por la forma de sus cuerpos. Ambas se pasaban el día en casa, tratándome como un verdadero príncipe. Yo dormía a menudo con Mimí, ya que Tita fumaba como una chimenea unos cigarros de tabaco negro francés de marca Gauloises, encerrada en su sombría habitación, de donde, a ratos, salía con su bata de nailon blanca y un pijama de dos piezas, paseando por la casa con un malhumorado aspecto y una estricta mirada que quizás podía intimidar al principio, pero que rápidamente dejaba paso a su enorme corazón, tierno como un canario de mazapán. Por el contrario, Mimí vestía siempre con una bata blanca impecable, con inmensas rosas

rojas bordadas; se empolvaba el rostro todos los días y maquillaba sus labios de

color granate. Siempre estaba deslumbrante, y me decía:

—*Pour la joie, pour la joie*[1]!

La habitación de Mimí era una auténtica hemeroteca: coleccionaba diarios que plegaba meticulosamente como si se tratara de origami. Antes, los planchaba con un hierro calentado sobre una estufa al rojo vivo, y de esta manera los dejaba como delgados ladrillos, perfectamente rectangulares, para así poder colocarlos en la habitación, unos encima de otros, hasta lograr construir una segunda pared. Aquél era un cuarto de lingotes de papel, y en ese particular espacio, en aquella gigantesca cama de rechinante madera, a menudo me despertaba sonriente para ser recibido, en lo que podría llamar el nacimiento cotidiano, con un cuidadísimo desayuno elaborado con el más infinito de los cariños, que Tita, tosiendo tiernamente con el cigarro colgando a un costado la boca, me servía en la cama. Recuerdo especialmente las papayas con que me deleitaban, los pasteles de panadería, los globos, el té de canela y fresa; y los huevos *à la coque*, en cuya cáscara Tita tatuaba finamente todos los días un poema de autor con un delicado dibujo que yo coleccionaba con devoción. Acariciándome la cabeza con sus nobles, milenarias y gentilísimas manos, ajustándose los anteojos que siempre llevaba colgando, con su ronca y angustiada voz de reo arrepentido, Tita me leía el poema durante el desayuno:

Si vivir es bueno,
es mejor soñar,
y mejor que todo,
madre, despertar.[2]

Otro de los personajes de la casa era la inmensa tía Lilí, un graciosísimo paquidermo blanco con voz aguda de cantante de ópera que cada mañana hacía su aparición en el salón de la casa completamente maquillada y arreglada, en magistral equilibrio sobre su altos zapatos de marca europea en los que embutía sus pies, y exhalando un exuberante perfume que, como una marea, se detectaba diez cuadras antes de llegar a la casa. También estaba Félix Ducolon, el papá de Jac-

---

1 *¡Por la felicidad!*

2 *Antonio Machado: Proverbios y cantares*

queline, eternamente elegante, con sus trajes de época impecablemente planchados, su cabello blanco peinado hacia atrás y su fragancia de finísima colonia. Con él, todas las tardes me echaba una deliciosa siesta en la que, para arrullarme, me leía el periódico como si fuera un cuento de hadas; yo caía desmayado a su lado, supongo que impregnándome de algo así como un arquetipo masculino. Él también me quiso como a un nieto, o quizás como a un hijo, ya que, si Jacqueline era la virgen María, él debía ser Dios Padre y yo, por supuesto, Jesús. Como venía de vivir solo y era un verdadero salvaje, no sabía comer ni ser ordenado; tampoco tenía modales en la mesa: comía con las manos, con la boca abierta, y apenas sabía utilizar los cubiertos. Él se ocupó de enseñarme y, si se puede decir, de educarme. Así, también me compró un traje elegante. Los domingos me lo ponía y, repeinado con su loción, me llevaba a remar y a pasear al parque de Chapultepec. Fueron momentos privilegiados para mí: pude estar a solas con un hombre que me quiso como a un miembro de su familia a pesar de la sangre, en una gran lección de generosidad.

Conocí a un hombre que se sentía débil y desmotivado todo el tiempo. Había tenido un padre ausente. Le pregunté inmediatamente si éste le había transmitido su fuerza vital. Acongojado, me confesó que no, que lo había vivido como un hombre asustado y débil. Para encontrarse con la energía de su padre, le propuse que buscara un circo y se introdujera en la jaula de los leones con un domador. Buscó hasta que encontró uno, curiosamente de origen árabe como él, que enseguida representó al padre que le faltaba. Le explicó que necesitaba realizar un acto para vencer sus miedos y el domador le respondió que él comenzó a domar leones por el mismo motivo. La primera vez que se aventuró tras los barrotes se quedó pegado a su espalda durante los escasos minutos que estuvo dentro. Unos días después lo intentó de nuevo. En cada visita batía su propio récord de permanencia en la jaula. Con el tiempo, consiguió vencer su aprensión y por fin comprendió que en realidad le tenía miedo a su propia fuerza. El domador, un hombre ya maduro, le tomó cariño y no cejó hasta que aquel muchacho comenzó a entrar en la jaula con aplomo. También le explicó que para poder domar a un león tenía que convertirse en león y aprender a rugir como un felino. Y le enseñó a hacerlo. Al cabo de dos meses, comenzó a entrar solo en la jaula.

MAXIMILIANO DE MONTOYA

En la casa de Jacqueline también vivía Tulio, un muchachito diez años mayor que yo, tartamudo, delgado como un palo de escoba y con aspecto de topo dormido. Era el hijo de Angelina, la criada, una pequeña mujer, tan delgada como él; lo había parido a los cincuenta años y siempre repetía que había sido un milagro, que era dios que se lo había otorgado, porque ella y su marido, que era aún más viejo, eran estériles y nunca antes habían podido tener hijos. Aquella mujer se sentía una especie de Sara bíblica, que había tenido un hijo con Abraham otorgado por Dios a una avanzadísima edad.

Con Tulio jugaba todo el tiempo y a veces escapábamos en secreto a la calle, donde, a la vuelta de la esquina, se instalaba un caballero de sesenta años o más, moreno y vestido generalmente con un traje blanco y sombrero, zapatos de charol, bigote y media cara quemada. Aquel hombre nos fascinaba: llegaba cada día con dos cajas de cartón bajo el brazo que religiosamente colocada, una sobre otra, como si se tratara de un altar. En ellas apoyaba sus instrumentos de trilero destinados a embaucar a los inocentes paseantes y turistas que se alojaban en los hoteles baratos que había detrás de la casa.

Cuando el público comenzaba a aparecer, llegaban también sus compinches, uno después del otro, fingiendo no conocerse. A uno, Tulio le llamaba los Gringos a causa de su capacidad para cambiar de disfraz: unas veces aparecía vestido de vaquero; otras, de turista con pantaloncillos y mapa bajo el brazo; en ocasiones, llegaba cual explorador con mochila, o como oficinista, o deportista. Siempre hablaba

un ridículo remedo de inglés que nadie entendía. Tenía el rostro cubierto de granos y se teñía el pelo de un rubio dorado, dejando asomar unas negras raíces que delataban su mexicanidad. Después llegaba la Chiflada, una señora de cierta edad, pelirroja, alta, blanca como una rusa, con ojos azules y bizcos, y unas descomunales protuberancias que nos hacían reír de nervios. Usaba unas gafas que le daban un aspecto de retrasada mental y, a pesar de su atuendo, trataba de seducir a los jugadores para excitarlos y lograr que apostaran más dinero. El trilero no dejaba de gritar: «¡Encuentren la carta roja a!», «¡encuentren la carta roja d!», «¡encuentren la carta roja e!», «¡encuentren la carta roja, roja!». Esas letras y repeticiones eran códigos que sutilmente soplaba a sus secuaces, para indicarles la estructura que utilizarían con objeto de desplumar a los inocentes jugadores. Todo iba rapidísimo: pasaban la tarde dejándose ganar primero un poco para arrasar después.

Las primeras veces, Tulio y yo nos quedamos mirando el espectáculo alucinados, confundidos con el público. Mis ganas de convertirme en prestidigitador me habían permitido desarrollar el sentido de la vista. Así que, resuelto a descubrir el baile, en algunos días aprendí a ver dónde estaba la carta roja y a escuchar las claves, descubrí alguna de sus estructuras y comencé, divertido, a indicar a los paseantes dónde estaba la carta ganadora y dónde no.

—¡Allí está! —chillaba con mi inconfundible voz de pito—. ¡No, allí no está!

Cuando daban la vuelta a la carta constataban que tenía razón, así que muchos comenzaron a apostar guiados por mis indicaciones. El furioso trilero aprovechaba cualquier descuido para decirnos en voz baja:

—Largo de aquí, mocosos... ¡Piérdanse!

Pero nosotros seguíamos hasta que veíamos acercarse a los Gringos con su mochila en mano. Entonces salíamos corriendo, carcajeándonos. Pero al día siguiente regresábamos. No les hacíamos perder demasiado dinero, pero se desesperaban mientras nosotros nos divertíamos con el riesgo.

Una tarde, dirigiéndonos a nuestra cita diaria con los cacos, vimos a tres hombres pateando a un cuarto dentro de un edificio. Era el viejo trilero quemado. Tulio y yo sentimos lástima de él y, ante la brutal paliza, nos pusimos a gritar:

—¡Ayuda, policía! ¡Ayuda!

Los agresores, alarmados, huyeron, y nos acercamos a auxiliar al herido.

—Gajes del oficio —dijo el viejo apoyándose en nosotros y limpiándose la nariz con la manga, que de inmediato enrojeció.

—¡Carajo! Me sacaron harto mole, los cabrones. A ver, pásame el diente —añadió, sonriendo con un hueco en la dentadura.

Yo recogí del suelo su incisivo de oro y se lo pasé. Mientras se lo recolocaba, nos pidió:

—A ver, acompáñenme a tomar un taxi, que estoy molido por la pinche golpiza.

Tambaleándose, lo subimos a un vocho y se fue a que lo curaran, no sin antes gritarnos:

—¡Vengan a verme pasado mañana!

A los dos días volvimos y allí estaba como un ave de rapiña esperando a su presa. Cuando nos vio, sonrió, nos hizo una señal para que nos acercáramos, sacó un paquetón de dinero de su bolsa y nos dio veinte pesos a cada uno.

—Seguramente me salvaron la vida y eso no tiene precio.

Sin pensarlo, en aquel momento se me salió de la boca:

—¡Sí tiene! ¡Quiero aprender a mover las cartas como usted! ¡Quiero ser mago!

A él se le iluminó la cara. Nos contó que en su juventud había sido prestidigitador y que su esposa, la Chiflada, había sido su asistente. Por desgracia, el juego los había agarrado y llevado a la perdición y la cárcel.

—Si quieres, te enseño, te debo bien eso.

A partir de aquel día comenzó mi fabulosa relación con el que se convirtió en mi maestro de magia: don Maximiliano de Montoya. Nos presentó a sus secuaces: la Chiflada era su esposa; los Gringos, su nieto. Ellos, a su vez, me habían bautizado como el Renacuajo, porque siempre lograba escapar de entre sus manos. Así, cada vez que tenía ocasión, pasaba a ver a mis nuevos amigos por la esquina: Maximiliano nos invitaba a un jugo de caña y bebíamos mientras nos contaba los secretos de los más grandes trucos de prestidigitación; por ejemplo, cómo se hace desaparecer a un león de su jaula, o cómo el Gran Houdini salía de la pecera gigante en la que había sido esposado boca abajo y enrollado en cadenas, o cuál era el truco de la levitación, o cómo explotaba el globo al disparar sobre la cabeza de una mujer, el lanzamiento de cuchillos, la telepatía, la bola y el pañuelo, la hipnosis, el conejo que aparece del sombrero, panteras y leones, la mujer que levitaba, el señor del público cortado en dos y un largo etcétera. Maximiliano también nos enseñaba a manipular cartas, trucos con cuerdas, anillos, monedas, pañuelos y flores que él traía especialmente para nosotros. Igualmente, me mostró cómo crear ilusiones ópticas, cómo coser bolsas en mi ropa donde esconder o sacar toda clase de objetos, desde

cartas a floreros.

Pero, sobre todas las cosas, Maximiliano me enseñó a observar y distraer la mirada del público, a encontrar el fallo en el ojo humano, «el espacio vacío» —como él decía— en el cual esconder y sacar todo de las bolsas. Es decir, la puerta abierta a la magia. Cuando la gente se distrae, crea ese espacio vacío: «Su mirada no puede abarcar todo —aseguraba mi maestro—. Tienes que saber dónde está esa puerta, percibirla instintivamente, crearla. Es la bolsa donde todo entra y todo sale. Ese bolsillo es *diosito santo*».

Don Pinto, un chamán que conocí durante uno de mis viajes a Perú, me preguntó en medio de una sesión chamánica:

—¿Cuál es el secreto de la vida?

Yo le respondí:

—¡Felicidad!

Pero él negó con la cabeza y añadió:

—Todo viene del hoyo y todo va al hoyo.

Podría parecer una respuesta tragicómica, pero se trataba de una forma de decirme que todo viene del vacío lleno del zen, del océano sin fondo ni superficie que impregna todo y es todo. De igual manera, esa bolsa de donde todo viene y adonde todo va es de donde los auténticos chamanes y curanderos sacan vísceras para sus operaciones y trasplantes. La bolsa, en la prestidigitación, es también una metáfora de la manifestación divina: de la integración, de la aparición de la conciencia surgida de lo inexpresado, de la disolución en la nada; y también del misterio incomprensible del poder divino, donde dios sería el gran prestidigitador.

Cuando hay truco, el espectador ve milagro de una manera simbólica y sutil, pues juega a sorprenderse sabiendo que hay prestidigitación; pero en el fondo el misterio resuena en él. Por algo existe en el Tarot de Marsella *Le Bateleur*, la carta número uno, que en otros tarots nombran como El Mago. Ésta también representa al prestidigitador, que tiene sobre su mesa una bolsa que se pierde detrás del marco. Es la bolsa de donde extrae sus contenidos y conocimientos de esa otra dimensión que no es la que habitualmente conocemos.

Mi padre me transmitió el sentido de la *trampa sagrada*, algo que todos los chamanes, curanderos, espiritistas, babalawos y macumberos conocen a la perfección. Durante ciertas lecturas de Tarot a las cuales asistí desde pequeño, a veces

le observé hacer lo que llamo «prestidigitación sagrada», que sirve para despertar otras posibilidades en seres sin fe, embrutecidos por el abuso de lo racional. Alejandro, de tan bien que las conocía, podía reconocer una carta de su baraja por cualquier mínimo detalle o muesca en cualquier esquina, y así me enseñó a hacerlo a mí también. A una velocidad vertiginosa, colocaba una carta en un lugar estratégico para la lectura del consultante, y le decía:

—¿Quieres un milagro? ¿Quieres una respuesta óptima del Tarot a tu conflicto?

El escéptico, sonriendo nervioso, tratando de poner a prueba al tarotólogo, le respondía:

—A ver...

Y él le amonestaba:

—¡No, no! Si no te concentras con fe, no puede haber milagro. Si quieres que aparezca la carta que indique resolución y sanación de tu conflicto, pon toda tu fe. Pon tu mano sobre la baraja y concéntrate en la carta de El Mundo.

El consultante seguía sus instrucciones y dedicaba un minuto, bien concentrado, a pensar en la carta de El Mundo. Cuando le daba la vuelta, voilà!, allí estaba, provocándole una mueca de total estupefacción. En ese momento, algo diferente se abría en su conciencia: la posibilidad de que la realidad fuera otra cosa de lo que podía concebir en su cabeza, es decir, mágica, sincrónica, milagrosa, divina, multidimensional y riquísima. Cuando la persona, boquiabierta, se retiraba de la sala, él me apretaba la pierna con complicidad, sabiendo que había visto todo, y yo le decía al oído:

—¡Prestidigitación sagrada!

Lo que importa es sanar; el medio puede ser variable. Y, a menudo, después de la lectura, el consultante comenzaba un trabajo terapéutico sobre sus limitaciones.

Según las Escrituras, la Antigüedad estaba llena de prestidigitadores sagrados. Moisés realizó algunos milagros para, según pienso, despertar también la fe en los incrédulos. De esta manera, transformó, por ejemplo, su bastón en serpiente o trocó las aguas por sangre. También Cristo hizo cosas parecidas en varias ocasiones, como en la multiplicación de los panes y los peces, para convencer a los apóstoles de su misión. Pero, en mi caso, a falta de un poder crístico o mosaico, la prestidigitación sagrada resulta una ayuda muy útil, siempre que se haga con honestidad y no para embaucar o saquear al consultante. Conocer esa puerta, el espacio vacío, me fue de una preciosa utilidad, y años más tarde utilicé y desarrollé estas enseñanzas para percibir instintivamente el fallo y distracción en la defensa o resisten-

cia psicológica del otro, a veces incluso provocándola, para poder introducir una información terapéutica en la persona, algo así como meterle un gol sanador. En este proceso me di cuenta de hasta qué punto, muy a menudo, uno se defiende sin saberlo para no liberarse de sus comportamientos neuróticos y dañinas adicciones psicológicas y de su nociva y egocéntrica forma de ser. Y, aunque se tenga la mejor intención del mundo, a veces los consultantes se mantienen firmes, atrincherados en su inamovible posición.

Lo que Maximiliano me enseñó me resultó de una inestimable utilidad, desarrolló mi atención, habilidad, adaptabilidad, elegancia, destreza, rapidez, precisión, disciplina, imaginación, instinto, reflejos, visión periférica y tantas cosas más. Un día tuve que salir para un largo viaje con mi familia y, cuando regresé a Ciudad de México, ya no estaba. Pregunté por él a la vendedora de periódicos de la cuadra y me contó que la policía se lo había llevado hacía unos meses. Me quedé desolado. Nunca más volví a ver a ese trilero santo que tan importante resultó en mi formación. ¡Bendito sea!

Con Tulio también íbamos a visitar una construcción abandonada cerca de la casa, que durante años quedó a medio levantar, convirtiéndose en el basural de barrio, bien por falta de dinero, bien porque los constructores se lo habían gastado todo en putas, alcohol y cocaína, como a menudo solía suceder en el país. Entrábamos siempre cuidadosamente porque, en un rincón de ese basural, vivía en una casa improvisada de cartón el temible Licenciado, una especie de oso humano muy apestoso al que todos los días personajes elegantes le traían algo de comer. Él los echaba a pedradas, insultándolos:

—¡Salgan de aquí, cabrones! ¡Lo único que quieren es tragarse mi *lana*! ¡Lameculos, culeros, hijos de perra!

Se contaba que, después de perder a su familia, el Licenciado se había vuelto loco y se refugió allí a beber sin que nadie pudiera hacerle entrar en razón.

Tulio tenía escondido en un rincón de la construcción a un perrito ciego, accidentado, que había recogido en la calle, cuidado y amaestrado, y que por algún azar había bautizado como *Pepito* —igual que *Pepe*, el famoso gato recogido y amaestrado por mi padre. Todos los días lo alimentaba cariñosamente y, a menudo, yo con él. Una tarde vimos salir humo del basural. Nos escapamos silenciosamente de la casa y, al entrar, asistimos a una escena escalofriante: un grupo de más o menos diez niños mendigos había empalado y rustido a *Pepito*, y estaban alrededor

de la fogata saboreándolo hambrientos. Tulio se puso tan furioso que comenzó a lanzarles piedras, llorando. Y ellos, claro está, respondieron. Allí mismo recibí, y no me sorprende, una pedrada en plena faz que me tiró al suelo y me desmayé. Transcurridos unos minutos me desperté con dos pedazos de papel en la nariz, frente a una bola peluda que me decía:

—¡Despierta, niño! ¡Despierta!

Era el temible y apestoso Licenciado, que, más que temible, en ese momento me pareció ser un tierno y asustado oso de peluche.

Nos dijo:

—Vengan, les quiero mostrar algo.

Y, no sé por qué, le seguimos como corderos. Nos llevó hacia su cuchitril y nos señaló un agujero desde el que podía observarse el interior.

—Echen un ojo.

Y ¡qué felicidad! Allí estaba Pepito, jugando y saltando junto a otros perros, feliz como una pulga satisfecha.

El Licenciado dijo con su voz afónica:

—En este país, a los perros indefensos se los comen. Yo trato de protegerlos para consolarme, dándoles lo que esos lameculos me traen de comer, ¡porque sólo les importa mi *lana*! Pero siempre terminan por encontrarlos y se los echan al buche. Así que fortalézcanse y no se dejen comer como perritos ciegos. Váyanse y no vuelvan jamás.

Después de aquel encuentro, nunca me volví a escapar de casa. Aquella experiencia la puedo aplicar hoy tan bien como entonces: interpreto la frase del Licenciado como una invitación a no dejarme devorar por el sufrimiento, la negatividad, la rutina, el rencor, la complacencia o el egocentrismo, diciéndome: «Yo soy dios», en lugar de «dios es yo». Es decir, que procuro no jugar a ser un perrito incapaz frente a conflictos que puedo resolver si de verdad me esmero con todo mi ser. No dejarme jugar a ser la víctima, el necio, vanidoso o persistente, ni vivir enmascarado hasta morir, ni mostrarme al mundo como un ser problemático, vomitándole encima mis límites, obligándolo a plegarse a ellos en lugar de plegarme yo al Gran Ser. No dejarme devorar por la comedia de hacer el trabajo interior con la cabeza, en lugar de hacerlo con todo mi organismo. No dejarme devorar por la facilidad de vivir una vida sin espiritualidad, escapándome de lo esencial como un perro ciego. Y así, en fin, poder crear en mi interior una flexible pero inmensa for-

taleza que transforme al bárbaro que llevo dentro en una despampanante eclosión de universalidad.

Diecisiete años después de mi encuentro con el Licenciado, Alejandro y yo nos vimos obligados a ser jurados del concurso Miss Travestido México porque los travestís que trabajaban en *Santa sangre* así nos lo exigieron como condición sine qua non para actuar con nosotros. Y en medio de aquella legión de seres emplumados, empolvados y subidos a tacones kilométricos, me pareció ver a alguien que me resultaba familiar: una mujer guapísima, extremadamente elegante y glamourosa se acercó a mí con una enorme sonrisa dibujada en los labios. Al cabo de unos segundos de duda, pude reconocer en sus facciones a mi viejo amigo Tulio convertido en Tulia, una pulposa rubia con tetas, culo, boca y todo un cuerpo sintético de mujer. Llegó vestida de virgen para hacer después su strip-tease y quedar en inflamados ligueros rojos. Me presentó a su gordo esposo, un señor llenito, bajito y con aspecto de cajero de banco llamado Oliverio. Tulia usaba anteojos con diamantes incrustados, vestía con un traje de lentejuelas blancas y llevaba en brazos un perrito pequinés que no dejaba de ladrar. Fue un agradable reencuentro que nos transportó a la niñez. Hablamos un rato del pasado, celebramos el concurso de Miss Travestido con gran alegría y, por último, nos despedimos con un beso.

Un consultante vino a verme porque no sabía cómo afrontar sus continuos fantasmas homosexuales. Le dije que la mayoría de los seres humanos vivimos generalmente impulsos bisexuales que están implantados en el psiquismo para poder amar y crear empatía con los seres de nuestro mismo sexo, entre padres e hijos, madres e hijas, amigos y amigos, amigas y amigas... Es un instinto destinado a favorecer la comunicación y evitar el rechazo. Por supuesto, después de todo también hay inclinaciones sexuales, gustos, preferencias, equilibrios de la naturaleza y neurosis. Y como había que descubrir de dónde procedían esos fantasmas suyos, le aconsejé que se comprara una película gay y viera lo que le sucedía. Si se excitaba, debía ir a un bar gay y sentarse a tomar una copa. Si le gustaba, tendría que ir a una discoteca a bailar. Si le gustaba, debía invitar a un hombre a su casa. Si le gustaba, se acostaría a su lado a acariciarlo y se dejaría acariciar. Si le gustaba, podría ponerse un condón y pasar al acto sexual. El consultante no tardó en asumir su orientación sexual. Durante tantos años de encuentros con personas he visto que muchas no se permiten desvelar su homosexualidad en público y se esconden angustiadas. Actos como éste están destinados a ayudar a la gente a vivir su verdad, pues asumir la

verdadera naturaleza de uno es dejar el paso libre a la salud y la felicidad.

EL ARTE DE LA PAZ

Pepé, el tío abuelo de Jacqueline, vivía la mayor parte del tiempo encerrado en un cuarto que olía a colchón usado, en una esquina del castillo. Su alcoba estaba llena de libros de geografía, filosofía y teología que leía en voz alta con unos anteojos fabricados por él mismo con dos especies de microscopios que le daban el aspecto de un camaleón. Llevaba siempre la misma bata de cuadritos azules y rojos de lana cubierta de caspa y un pijama azul, pantuflas de cuero color café, tan arrugadas como sus manos, y una dentadura postiza que, a veces, cuando dormía, se le despegaba y quedaba colgando de su labio superior. Yo, curioso, divertido y un poco asustado, me quedaba escuchándolo recitar durante horas desde la puerta, sin comprender exactamente lo que decía, hasta que, empachado de palabras, caía dormido. Pero qué va a saber uno lo que absorben nuestras mentes... Cuando, rara vez, Pepé salía de su cuarto para sumergirse en la bañera, que llenaba de esencias orientales, yo me colaba dentro. Tenía los muros repletos de papeles amarillentos con frases filosóficas y fotografías en blanco y negro donde figuraba junto a toda clase de gente y en todos los lugares imaginables del planeta. En montañas nevadas, sobre un ballenero, en tanga con los indios amazónicos, en buques de guerra, junto a mujeres orientales, al lado de indios pieles rojas...

Ese desordenado lugar estaba repleto de cajas, pilas de cuadernos de notas, postales y objetos antiguos, polvorientos y amontonados, de todos los países. Le hurgaba en todos los cajones y roperos, bajo la cama, en los zapatos, en busca de lo que ni yo seguramente sabía. Hasta que una vez, en el fondo de un cajón me topé con un pequeño paquete envuelto con una finísima seda florida de estilo

japonés. En ese mismo momento, Pepé entró y yo temblé, imaginando que me estrujaría hasta convertirme en una hamburguesa humana. Pero el abuelo, sin decir palabra, se sentó ignorándome en su grasiento sillón de cuero junto a la mesita y me tendió la mano sin mirarme para que le entregara el botín. Yo, tembloroso, se lo pasé, y él, con los ojos cada vez más humedecidos, lo desenvolvió lentamente con infinito cuidado, como degustando una delicatessen. Todo su ser estaba presente en aquel acto; lo comprendí años después, puesto que los pliegues estaban hechos de tal manera que jamás hubiera podido volver a envolverlo igual. Exactamente como el capullo de una flor.

Quién sabe cuántos años estuvo allí ese paquete, esperando a que lo abriesen. Pepé sacó del envoltorio un librito empastado en madera del mismo estilo, nacarado.

—Ven, acércate —me dijo sosteniéndolo como si fuera cristal.

Cuando escuché el tono amistoso de su conmovida voz, se me desvaneció el miedo de inmediato y me coloqué ante sus rodillas.

—Lo traje de Japón. Lo traduje yo mismo.

El libro tenía cada una de sus páginas pares escritas en japonés y las impares en español. Todo a mano.

—¿Sabes dónde está Japón? —me preguntó.

Y, convencido, le contesté:

—¡Claro que sí, soy un samurái!

—Entonces este librito es para ti —y me indicó una frase—:

Lee.

Con mi dificultad, con mis complejos y dislexia, me lancé sobre el libro:

—«Están aquí para ningún otro propósito que el de realizar su divinidad interior y manifestar su innata iluminación.»

Pepé sonrió sin dientes y con sus manos de duquesa me retiró delicadamente el libro. Volvió a empaquetarlo y amarrarlo con su cordel de algodón blanco y me lo tendió.

—Te estaba esperando. ¡Llévatelo! Plántalo como si fuera una alhaja en tu corazón y, si sabes regarlo, te honrará despertando lo auténtico en ti.

Ese librito no era otro que *El arte de la paz*, de Morihei Ueshiba, el fundador del aikido, que conservé como un tesoro durante muchos años.

«El propósito de todo ser en esta vida es despertar a su dios interior, manifestar

su innata iluminación», pude leer en sus páginas: eso no me era ajeno. Aquellas frases fueron para mí el sonido de la campana de una carrera de galgos en la que yo, como uno de ellos, salí disparado. Su lectura me marcó tan profundamente que despertó algo que ya había oído en casa y que estuve repitiendo durante días y semanas:

Despertar al dios interior,
despertar al dios interior,
despertar al dios interior,
manifestar su innata iluminación,
innata iluminación...

Y, repitiendo esa frase como un mantra, me quedaba dormido. Aquello se convirtió en una obsesión para mí. ¿Uno era luz? ¿Lo divino se había vuelto amnésico, se había dormido para despertarse después a sí mismo? ¿En esta aparente realidad se encontraba otra que no era personal? ¿Yo era mi propio dios interior dormido? Eso que llamo yo, ¿es dios dormido, y cuando se despierta desaparece? Todo era un juego maravilloso del cual participaba con suma felicidad. Meister Eckhart (Johannes Eckhart, 1260-1328), influyente teólogo alemán que vio cómo diecisiete de sus proposiciones fueron condenadas por heréticas por el papa Juan XXII en un proceso de la Inquisición, fue una figura muy presente en mi casa durante algún tiempo. «Dios espera una sola cosa de ti —decía—, que salgas de ti mismo y dejes a dios ser dios en ti.»

Así fue como comenzó una extraordinaria relación con Pepé. Yo me acercaba a su puerta a cuatro patas y comenzaba a rascarla como si fuera un animal, y él, sabiendo que se trataba de mí, decía:

—Me parece que hay un bicho allí fuera que quiere colarse en mi habitación, voy a ver...

—y se levantaba de la cama, tiraba de la puerta y fingía no ver nada.

—Qué cosa más rara, no hay nadie...

En ese momento, yo le decía con mi angustiada vocecita:

—Estoy aquí.

—Ah, eres tú, creía que había un ratón que estaba rascando la puerta. Pásale.

Cuando lo veía caminar a duras penas, me parece hoy que era un minero con un

saco de dolor sobre sus espaldas que le imposibilitaba dar más que algunos pasos fuera de su fortaleza. Jacqueline me contó años más tarde, cuando Pepé ya hacía algunos que había muerto, que había nacido en el sur de Italia, de madre francesa. Su padre era de Nápoles, un traficante profesional cuya casa era un puente de contrabando por donde pasaban los mafiosos más peligrosos de toda Italia para traficar con armas, cuadros robados, dinero, joyas, hacer apuestas, planear atracos... Como cobertura, el padre de Pepé tenía un trabajo de obrero metalúrgico en una fábrica que odiaba. El infeliz se pasaba todo el día allí dentro, y cuando volvía a casa con la cara opaca por el desagrado, todos tenían que guardar un silencio de entierro para no molestarlo o irritarlo. El padre de Pepé pertenecía al Partido Nacional Fascista; había sido militar de carrera desde muy joven, voluntario en las fuerzas de asalto en la Gran Guerra. Y era tan fiero que se decía que lo mandaban a las trincheras con sólo un cuchillo en la mano, a degollar soldados enemigos para abrir el paso a los otros. Para Pepé, todas esas historias sobre su padre no hacían más que aumentar el terror que sentía por él. Los golpes que recibía eran para Pepé como tomarse un vaso de leche cada día: el padre decía que eran buenos para la salud de un niño.

Jacqueline me contó que cuando Pepé tenía ocho años hizo un viaje en tren con su padre. Frente a ellos, en el mismo compartimiento, se sentó una especie de intelectual de izquierdas y abrió un periódico demócrata liberal. Al poco, el hombre comenzó a hablarle de política al padre de Pepé, criticando y vociferando contra el Partido Nacional Fascista. El ex militar, con la cara inyectada en sangre, lo dejó hablar, no dijo una sola palabra durante un largo rato y de repente, tranquilamente, se levantó, abrió la ventana, le dio un golpe en la sien al intelectual y, empuñándole por la solapa, lo levantó en el aire y lo arrojó del tren, que rodaba a toda velocidad. Después de volver a cerrar la ventana se sentó tranquilamente junto a su hijo, que estaba pálido y sudaba hielo. Suspiró aliviado y, pegándole unas delicadas palmaditas en la rodilla, le dijo:

—Aquí no ha pasado nada, nunca hubo nadie en este vagón salvo nosotros, ¿cierto?

Pepé había perdido el habla. Fue en ese preciso momento cuando decidió dejar lo antes posible su hogar. Tomó la decisión de que ese hombre no sería más su padre. Un tiempo después, impulsado por quién sabe qué espíritu luminoso, partió corriendo por el campo con una bandera de tela blanca donde, durante meses, había cosido banderas de todos los países con sus pequeñas manos hasta construir un collage universal. Empuñándola con fuerza, subió galopando a lo alto de un

cerro sin parar a darse un respiro y la plantó allá arriba, prometiéndose que algún día conocería el mundo entero. Y así fue, porque a los doce años se fugó de casa robándole una bolsa con dinero y oro a su padre. Primero viajó por Italia, haciendo todo tipo de labores: lustrabotas, repartidor de diarios, carnicero, herrero, hasta camarero en prostíbulos. Cuando cumplió la edad suficiente se embarcó como ayudante de cocina en un petrolero, para después unirse a la tripulación de un buque de guerra. Fue así como exploró los mares del mundo entero. Cada vez que me sumergía en su habitación, Pepé desprendía una foto de su muro y me contaba una de sus maravillosas aventuras: cómo había vivido en la selva del Amazonas con los indios olvidándose del mundo durante años; o cómo había llegado hasta Mongolia, pasando por África y Afganistán, donde quedó sumergido en arenas movedizas, a punto de morir, hasta que una familia de pastores lo salvaron in extremis. Se embarcó hacia la Patagonia, atravesó Latinoamérica. Continuó hacia América del Norte, donde los indios tarahumaras lo consideraron uno de ellos y lo iniciaron en sus ritos guerreros. Después siguió por el Pacífico hasta la India, en un barco donde se produjo un motín sangriento del que sólo sobrevivieron cinco pasajeros, Pepé entre ellos. En Oriente conoció a maestros espirituales de todas las tradiciones. En Shanghai se enamoró de una princesa oriental que lo despreció y terminó volviéndose adicto al opio en un fumadero que casi lo condujo a la muerte. Traficó con oro y diamantes en África y fue baleado y perseguido en varios países. Era el más auténtico aventurero que jamás he conocido. Sus viajes lo llevaron a México, donde tomó contacto con su familia materna, es decir, con su sobrino Félix Ducolon. En un mercado del centro de la ciudad, de la manera más simple, conoció al mismísimo presidente de la República, que comía unos tacos de pansita acompañado de sus guardaespaldas. Lázaro Cárdenas llevaba a cabo la reforma agraria planeada originalmente por Emiliano Zapata. Era un hombre humilde que recibía en casa a la gente de todas las escalas sociales por igual. En 1937, Pepé se integró en el Comité de Ayuda a los Niños del Pueblo Español que presidía Amalia Solórzano, la esposa de Cárdenas, que albergó a más de cuatrocientos huérfanos de guerra e hijos de combatientes republicanos que fueron llevados a México. Lo comprendo: esos niños, víctimas del fascismo, lo representaban a él. Más adelante, gracias a su dominio de varias lenguas extranjeras y sus conocimientos sobre Oriente, fue asignado a la sección cultural de la Embajada mexicana en Japón. Al llegar a Tokio no sólo conoció a su futura esposa, sino también al que se convirtió durante un periodo de siete años en su venerado maestro: Morihei Ueshiba, también llamado O-Sensei (gran maestro): el artista marcial japonés, fundador del aikido (*ai*, corazón, *ki*, energía, y *do*, vía). Pepé se enamoró enseguida del arte que estaba desarrollando su pequeño

maestro —de más o menos un metro cincuenta— que ni cuatro corpulentos hombres podían despegar del suelo. Cuando Pepé hablaba de él se levantaba, cerraba los ojos y con gestos armoniosos y ligeros, como poseído por Ueshiba, parecía entrar en trance. «Hago de mi respiración la respiración del universo —decía—, respiro con el corazón como mi centro.» Ai quiere decir también amor: el aikido no es una técnica para combatir o vencer a un enemigo, sino un medio de reconciliar al mundo y reunir a los seres humanos en una gran familia. «No tengo enemigos porque no combato nunca.» En aikido, ganar quiere decir vencer el espíritu de desacuerdo en uno mismo.

Después de contarme sus asombrosas aventuras como si las estuviera viviendo en aquel mismo instante, Pepé siempre volvía a sumergirse en una brumosa melancolía que danzaba como un espectro siempre a su alrededor. Muchos años después supe lo que le había ocurrido. Pepé se había enamorado perdidamente de Hioshiko, una humilde y bellísima tejedora. Al año de su llegada a Tokio, tuvo la sorpresa de dejarla embarazada de dos gemelos que nacieron con plena salud. En aquella época, Pepé era un hombre feliz.

Quiso el destino que el 8 de diciembre de 1941 Japón atacara Pearl Harbour y el Gobierno mexicano, cumpliendo su alianza con Washington, rompiera relaciones diplomáticas con el país del Sol Naciente. Aunque le pidieron que regresara a México, Pepé decidió permanecer allí y se mudó a Nagasaki con Hioshiko y los niños, pensando que lejos de la capital estaría seguro. Sobrevivieron con pocos medios: él, trabajando como intérprete y traductor para el Gobierno y ella cocinando en un pequeño restaurante. Pero la vida en guerra se les hizo demasiado difícil y Pepé decidió que lo mejor para todos sería ir a vivir a México. Partió primero para prepararlo todo y ya no consiguió regresar a por su familia. Cuando el 6 de agosto de 1945 estalló la primera bomba atómica en Hiroshima, trató de contactar desesperado con su esposa para pedirle que se alejara de la ciudad. No lo consiguió. El 9 de agosto, la bomba Fat Man, más poderosa que la de Hiroshima, cayó sobre Nagasaki. Pepé escuchó la noticia en la radio y su reloj se detuvo ese día: su corazón se recubrió de una bruma de dolor imposible de ahuyentar y se encerró en su esquina de la mansión Ducolon para olvidarse del mundo.

Después de varios meses de viajes imaginarios con Pepé por los siete mares, aquel anciano se convirtió en una especie de héroe para mí. Era como tener a un viejo Ulises como abuelo, y él también me adoptó como nieto. Nuestros encuentros resultaron sanadores. Era la primera vez en años que Pepé se comunicaba con otro ser humano más allá de sus familiares. Además, yo era un niño y posiblemente a

través de mí también volviera a sentirse cerca de sus hijos fallecidos. Un sábado por la tarde me pidió que al día siguiente me vistiera con mi traje elegante y pasara a verlo por la habitación. Ese domingo me puse crema de rasurar en la cara y con la culata de mi cepillo de dientes imité que me afeitaba. Me perfumé, me engominé y me vestí con elegancia antes de plantarme ante su puerta. Él ya estaba esperándome con un traje azul de estilo diplomático y una corbata, igual de arreglado y perfumado que yo. Al verme se puso de pie y me dijo:

—Llegó el momento de volver a la vida.

Esa tarde entré por primera vez en el Museo de Antropología de la Ciudad de México, donde caminé hasta dejarme las piernas como berenjenas cocidas. Pepé me dio una clase magistral sobre las culturas mesoamericanas y me mostró todos los lugares por los que había viajado y vivido asombrosas aventuras. Desde aquel día salimos a menudo a recorrer la ciudad, hasta que al cabo del tiempo tuve que partir de México con mi familia. Pero la semilla ya estaba plantada: desde entonces, Pepé comenzó a salir de casa otra vez, mandó repintar su habitación, guardó su pasado en cajas, compró nuevos trajes y se puso a escribir sus memorias que, desgraciadamente, no pudo terminar. Murió tres años después, pero supe que lo hizo en paz, acordándose de su maestro Ueshiba y de la última frase de éste: «Vuelvo al lugar de donde vine».

Sin darme cuenta, ayudé a ese ser atormentado a salir de su ensimismamiento: la presencia de un niño puede muchas veces resultar sanadora. Hoy hablo a menudo de la presencia sanadora: una actitud espiritual que irradia alegría, positividad y salud. No tiene nada que ver con fingirse feliz, sino permitirse superar los propios límites personales para que la dimensión espiritual de uno pueda fluir con toda naturalidad. También estoy convencido de que al despertar la condición original en sí, el dios interior, uno inmediatamente se convierte en medicina para el mundo e irradia esa presencia sanadora.

Gracias a Pepé, Félix, Mimí, Tita y los demás parientes de Jacqueline, pude incorporar la imagen de una familia, pues carecía de contacto con abuelas, abuelos, tíos o primos. Un verdadero desierto genealógico, cortado de raíz desde que mi padre dejó Chile en su juventud. Valerie, para irse con Alejandro, también tuvo que cortar amarras con su madre. No es extraño que yo no quisiera salir de la casa de Jacqueline, donde por primera vez sentí lo que se llama tener un hogar. Claro que, en casa de mis padres, la vida nunca se organizó exclusivamente alrededor de las comidas, con el centro situado en el comedor para devorar las presas, como

primitivamente se solía hacer —un momento, por otra parte, sagrado—, cuando el propósito fundamental de nuestra especie era sobrevivir. Yo tuve la suerte de que en mi hogar, a menudo, el dinero llegaba cuando era necesario y sobrevivir y comer nunca fue lo único o esencial. Más bien, el centro de la atención era el arte, el estudio y la biblioteca, el desarrollo espiritual. Y, para reunirnos, nos poníamos a leer o meditar juntos, que fue otra manera de alimentarme. Sin embargo, en casa de Jacqueline, comer con las tías, los primos, el abuelo, y tantos miembros de su familia que llegaban en ese momento fue encontrarme con una vida comunitaria largamente anhelada.

Hasta entonces yo era una semilla a la deriva sin ninguna tierra para acogerla y permitirle germinar. Y puedo imaginar cómo, allí sentado en medio de esa familia, mi dimensión psíquica tomó ese terreno como un lugar absolutamente favorable para brotar. En casa de los Ducolon edifiqué un inamovible cimiento. Cuando hay familia, aparece interiormente la dimensión de sociedad, planeta, universo, cosmos y conciencia divina que todos somos en potencia. Y, cuando floreció en mí, impregnó con sus invisibles raíces primero la casa entera, después toda mi vida, y por último la totalidad del universo, mi familia estelar y más allá. Un muchacho acongojado me explicó que no había conseguido superar el divorcio de sus padres. Su familia había estado muy unida, pero cuando cumplió diez años rompieron y comenzó una guerra interminable por la custodia de los niños. En un psicorritual, unimos de nuevo a todos los integrantes de su árbol. Después, le pedí que encontrara una fotografía de todo el grupo familiar. Como no tenía ninguna, hizo un collage con diversas fotos de sus padres y hermanos. Con él, mandó hacer un puzle de seis mil piezas y, después de armarlo, lo colgó en la pared de su casa, en un marco dorado. En un caso similar, una mujer enterró un collage de su familia y lo roció con miel. Plantó un melocotonero y esperó pacientemente a que diera fruto. Cuando brotaron las frutas, comió todas las que pudo y puso los huesos a secar. Los pintó de dorado y metió cada uno en una caja con forma de corazón y un colchoncito, presentándolo como si fuera una joya. Cada miembro de su familia recibió uno como regalo.

UNA RACIÓN DE KYOSAKU

Después de conocer al monje japonés Ejo Takata, Jacqueline se apasionó por el zen. Hoy, ha convertido el viejo caserón en la Casa de la Cultura de la India en Ciudad de México. En aquella época iba a diario al zendo de Ejo, maestro emblemático de mi familia que nos recibía siempre vestido con su atuendo gris tradicional. Era un hombre fuerte y dulce, de talla mediana y cabeza pelada y siempre brillante, que tenía una pequeña y casi eterna sonrisa delicadamente dibujada en su radiante rostro. Sus finas manos y pies eran de una femenina delicadeza. Me trataba con humor y con mucha elegancia; cuando sabía que iba a venir me tenía preparado un pastel de paté de frijoles japoneses con té verde que su mujer, delgada, contenida y discreta como una sombra, me servía con extrema atención.

Alejandro había encontrado en él una puerta para aceptar a un maestro, algo que en esa época le era casi imposible: competía con todos o los quería destripar. Pero Ejo, con su absoluta honestidad y su inmensa simplicidad —era un maestro a su pesar—, hizo que se plegara a sus enseñanzas. Quizás Alejandro viera en él algo del padre que hubiera querido tener. Fue su puerta a la espiritualidad, y de Ejo pudo aprender a entregarse sin desconfiar. Tuve la inmensa suerte de que Valerie y Alejandro pensaran que los niños debían participar en actividades reservadas generalmente a los adultos. Y, entre ellas, estaba ir a meditar al zendo del maestro japonés: un lugar que, por supuesto, me fascinaba. Esa casa y ese ser representaban, a mis ojos, salud y felicidad. Por algo, cuando Alejandro lo conoció, el maestro le indicó con el dedo la palabra «felicidad» escrita en japonés sobre el muro, y él no cesó de repetírnosla durante toda la infancia: «¡Felicidad, hijos! ¿Cuál es la fiesta

de hoy?».

Cada vez que íbamos al zendo, nos levantábamos temprano y yo, orgulloso, me sentía como un pequeño monje al entrar. Era el único niño que aparecía por allí, y lo entiendo: para un pequeño, estar inmóvil más de un minuto es algo casi imposible. Pero yo lo hacía durante un cuarto de hora, a veces media, más tarde una hora... Con la práctica, conseguí prolongar cada vez más mi atención. Pero a los seis años era todo un reto estar sentado sobre un cojín redondo y duro (safu) en posición del loto, medio loto o de rodillas, con la columna vertebral derecha, empujando el cielo con la cumbre de la cabeza, la barbilla metida, la extremidad de la lengua colocada en la parte delantera del paladar, los hombros relajados, con las manos colocadas derecha sobre izquierda, con los pulgares tocándose, no muy hacia arriba para que no parezcan una montaña ni muy abajo para que no parezcan un valle, la mirada baja, fijando un punto en el suelo, respirando lentamente... Como decía Ejo: «Respiración imperceptible, lenta y profunda, inspiración naturalmente más corta». Y así permanecíamos todo el tiempo posible, sin poder mover un pelo, con las piernas que se me entumecían, la espalda dolorida que me picaba, el pelo que me hacía cosquillas en las orejas y para colmo teniendo que contener la risa cada vez que Ejo, siempre concentrado, levantaba un lado de la nalga para expulsar tranquilamente un pedo digno de una explosión de granada. Era difícil no estallar en carcajadas, pero yo, rojo como el interior de una sandía, sin respirar, conseguía retener la risa escuchando el eco de la voz de mis padres, que me recordaban: «¡Cuando se medita, se medita!».

La presencia de Jacqueline era un acicate que me impulsaba a mantener la posición vertical. Se sentaba frente a mí recta como una esfinge. Lenta y disimuladamente, yo levantaba los ojos de vez en cuando para contemplarla extasiado. Ver a todos tan quietos, en fila como budas, y a ella en el centro, con la cabeza erguida, sobre cuya coronilla imaginaba una radiante aureola chispeando, me llenaba de una sensación paradisíaca. Observar a ese aparentemente pequeño ser, humilde e inmóvil, tratando de reducir el ego al mínimo, de reabsorberlo, me maravillaba. La podía imaginar en un valle verde, totalmente despejado, lloviznando, fresco al amanecer, posada sobre la nieve en la cima de una montaña, en absoluta paz. Si ella, pequeña como yo, tenía la fuerza de mantenerse así, silenciosa, yo también lo intentaría. Sentir a mis padres, uno al lado del otro, protegiéndome espiritualmente como dos querubines guardando el paraíso me hacía sentir una enorme fuerza interior. Espiritualmente se imprimieron en mí con excepcional belleza. En esas visitas al zendo los percibí como maestros, seres en una incuestionable búsqueda del despertar, tan profunda e implicada que hasta hacían participar a su familia. ¡Qué

imagen y pauta espiritual para mi mente infantil!.

De esa manera, me esforzaba para ser digno de todos. Como ellos, también de vez en cuando pedía con las manos juntas (*gassho*), palma contra palma, delante del pecho, que me dieran unos golpecitos en la espalda con el *kyosaku* (bastón del despertar) para poner en circulación mi energía, disipar la somnolencia, refrescar la concentración y, como decía Ejo, «para desintegrar la ilusión». El bastón plano tenía una frase inscrita en japonés, algo así como «no hacerse ilusiones» o «sin ilusión». Claro que también estaban los alumnos infantiles, que a menudo confundían al maestro con el papá, como muy generalmente es el caso, y que pedían una ración de kyosaku para quedar bien con él y demostrar su implicación en el zen, su condición de alumnos modelo. Otros eran los principiantes que, con cara de mártires, pedían bastón todo el tiempo, quizás como, años después, me sucedió a mí, confundiendo el martirio masoquista con domar, fundir, apaciguar o expandir el ego al infinito hasta su desintegración. Pero el que daba los golpes no los proporcionaba sin un cierto y muy disimulado placer; lo hacía un mexicano moreno con el cráneo rasurado, lleno de granos, vestido de monje japonés. Y no se puede decir que me los diera muy suavemente, que digamos. Aparentemente, había incorporado la idea del zen donde no había diferencias entre chico o grande: repartía golpes iguales para todos. Primero zurraba en el hombro derecho y luego en el izquierdo, pero como no tengo la impresión de que manejara a la perfección los puntos de acupuntura exactos donde tiene que aplicarse el golpe para producir el justo efecto energético reavivador, yo y algunos otros, es decir, casi todos, salíamos quejándonos con un terrible dolor de omoplato.

En aquellos días se me metió en la cabeza que quería ser monje y me puse a preguntarle a todo el mundo en el zendo de Ejo sobre la legión de cosas que ignoraba sobre el tema. Quería saber todos los nombres en japonés de todos los gestos, las ropas, las posiciones y objetos que se usaban en la meditación, así que le pedía a Jacqueline que me los anotara en mi pequeño cuaderno de monje. Desde entonces, pasábamos las horas llenando las páginas de términos y símbolos que ella me explicaba como quien inicia a un aprendiz en las notas musicales. Antes de comenzar, juntábamos las manos palma contra palma a la altura de la nariz con los brazos horizontales y, con infinito respeto, nos saludábamos haciendo gasho. Por supuesto, me costaba entender el verdadero sentido de las cosas que me explicaba y anotaba, aunque al tomarlo todo como un juego me fui impregnando de una actitud respetuosa ante el zen. El juego sagrado es una de las primeras condiciones de la espiritualidad y de la existencia misma, además de ser una manera en que los niños integran mejor las cosas. En mi habitación coloqué un pequeño tapiz de paja

sobre el cual puse un cuenco para quemar incienso y un banquito de meditación o safu que tomé prestado del salón: en mi propio cuarto tenía mi zendo: mi templo personal. También les pedí a mis padres que me ayudaran a confeccionar un kesa, el hábito tradicional del monje y del practicante laico budista. Representa la vestidura que se fabricó el Buda Sakyamuni después de iluminarse. Lo cosió con viejos sudarios y sábanas que envolvían cadáveres, que lavó, tiñó y cosió unas con otras. Esa vestidura fue cedida de patriarca en patriarca como símbolo de transmisión del conocimiento. Es también el símbolo del proceso de transformación espiritual donde uno se despoja de todo lo superfluo, de lo personal, y queda sin amarres hasta que deviene pura conciencia. El maestro zen Yoka Daishi escribió:

El color de la montaña,
la bruma de la mañana
son el kesa que cubre nuestro cuerpo.

Mis padres estaban felices y orgullosos de ver cómo su hijo participaba con tanto entusiasmo en su búsqueda espiritual, y sin saber en qué se embarcaban conmigo, me explicaron que mientras más usadas y variadas fueran las telas que utilizara para hacer mi kesa, mejor. Así que de inmediato me puse manos a la obra y comencé mi cacería: corté pedacitos de los pantalones del esmoquin de mi padre, otros de los vestidos de terciopelo de Valerie, retales de las camisetas preferidas de mi hermano Brontis, que ese día me persiguió enfurecido como un jabalí por toda la casa hasta que trepé al techo de la azotea agitando como si fuera una bandera de la paz un pedazo de tela blanca que le había pertenecido. Le pedí a las niñeras que me dieran una esquina de delantal, a mis amigos les robé calcetines y calzoncillos cada vez que les visitaba. En cuanto a las amistades de mis padres, con las tijeras en mano les suplicaba:

—Por favor, ¡regálame un pedacito de tu camisa para que me pueda hacer mi *kesa*!

De ese modo, amputando la ropa de todo el mundo, junté los suficientes cuadrillos de género como para confeccionar el símbolo de un universo unido. Valerie los tiñó todos y, con el mayor de los cuidados, comencé a coserlo en una tarea que me llevó meses. Alejandro me explicó que confeccionar un *kesa* es un arte que requiere de una gran habilidad, coordinación y concentración: un arte de estar presente. Su confección es como estar retirado en la soledad de una montaña. Simboliza la transformación interior del ego: primero, todo es desmembrado y despedazado

como si deshiciéramos la ilusión del yo. Después, trozo por trozo, tomamos retales de diferentes horizontes: la diversidad de la expresión en la que nos reestructuramos y reintegramos con una absoluta atención, paciencia y concentración, puntada a puntada, hasta crear una unidad y revestirnos del manto impersonal de la compasión. Con mi nueva vestimenta y mis calcetas blancas tradicionales japonesas, le pedí a Valerie que me hiciera todos los días un guen mai, la sopa de arroz que toman los monjes después de la meditación. A veces la preparaba la niñera en sus horas de turno y más bien parecía comida para perros, pero yo me la comía igual y trataba de hacerme uno con ella: sujeto y objeto en una unidad —como decía Takata, del que también aprendí a andar en *kin hin*, la marcha concentrada que se hace entre meditación y meditación—. Con una infinita paciencia y buen humor, el maestro japonés me pegaba las manos con el pulgar izquierdo dentro de la palma y el derecho apoyado en el pecho, e imitando la severidad me decía:

—¡Espalda recta, hombros relajados, barbilla metida, mirada baja!

Después, continuaba con ternura y firmeza:

—La respiración, debajo del ombligo como un tigre durmiendo al ritmo de pasos lentos. Debe surgir de manera natural cuando avanzas.

Tratando de coordinar todas sus instrucciones, intentaba avanzar más tieso que un palo, mientras él soltaba una especie de rugido:

—¡Aaaaaah! ¡Nobleza!

El maestro de la ceremonia del té Kakuzo Okakura decía: «La grandeza se encuentra en los pequeños detalles de la vida». En casa estaban empeñados en poner en práctica esta frase: si no aplicaban la vía del zen en lo cotidiano, no servía para nada. A mi manera, comencé a aplicar esa idea yo mismo, a mi manera, lo que rápidamente se convirtió en un nuevo motivo de desesperación para mi familia. Todas las mañanas corría por la casa a tocar mi campana al estilo de los monasterios zen, luego golpeaba mi silla cada vez más fuerte para dar testimonio del paso del tiempo y la impermanencia, y luego realizaba el *sampai* (prosternarse tres veces: entregar el ego) delante de mi zendo particular. Con toda seriedad, me ponía en posición de *seiza*, me concentraba, trataba de dejar la mente en blanco y meditaba unos minutos que para mí representaban años. Cuando alguien dejaba los platos sin lavar o no jalaba de la cadena de váter, le decía con toda conciencia:

—¡No quieres practicar *gyoji*, no quieres practicar en lo cotidiano! Acuérdate de que si practicas influyes a todo el mundo.

El capítulo 30 del *Shobogenzo* del maestro Dogen se llama *Gyoji*, que significa

la repetición de la práctica cotidiana, o vivir para practicar. El maestro Deshimaru sostenía que el punto fundamental del zen consiste en desarrollar una práctica fuerte que involucre todo el cuerpo, cada órgano, cada célula. *Gyo* es la práctica; *ji* significa proteger, perpetuar, continuar constantemente. *Gyoji* también se dice *dokan*: *do* es el Tao, la vía; y *kan* es el círculo, el anillo, la rueda ininterrumpida, sin comienzo ni fin.

El zendo de Ejo Takata era para mí ese simple y silencioso lugar despejado de todo objeto superfluo que representaba un oasis de paz en medio de una ciudad polucionada, agitada y barroca como el DF, que me hacía toser tan a menudo. Gracias a Jacqueline y al maestro pude acceder a un tipo de educación conmovedora. Después de que dejáramos México, Jacqueline continuó estudiando y meditando durante diez años, después de los cuales decidió ir a conocer al maestro Eido Shimano a su monasterio de estilo feudal a tres horas de Manhattan. Para poder acceder allí, Jacqueline necesitaba una carta de recomendación dada por otro maestro. Así, se la pidió a Ejo Takata. Pero éste le contestó inamovible que para meditar no se necesitan cartas ni recomendaciones. Jacqueline ya tenía el billete de avión y prácticamente ningún recurso para sobrevivir allí. Pero, dado su espíritu luchador, decidió partir de todas maneras. Cuando el avión aterrizó a medianoche, ya sólo le quedaban unos pocos dólares en el bolso y decidió acercarse a la comisaría para decirles que no tenía recursos para comer ni dormir, así que había decidido quedarse a dormir allí mismo. Los agentes estuvieron discutiendo si la deportaban a México o la mandaban a un albergue para *homeless*. Pero al final, conmovidos ante el arrojo del pequeño ser, le permitieron dormir en un despacho y compartieron con ella sus raciones de comida por encargo del restaurante chino. A la mañana siguiente llamó por teléfono al monasterio, pero el joven que atendía le respondió que no sería recibida sin la dichosa carta de recomendación.

—Vengo de Ciudad de México —suplicó ella—, donde he estudiado con el maestro Takata durante diez años. Mido un metro, no tengo dinero y mi avión regresa en quince días. ¡Por favor, haga una excepción!

Pero el joven, tomándose el papel de monje demasiado en serio, olvidando que el camino espiritual es un camino de corazón, le dijo:

—¡No carta, no recibimiento, venga de donde venga!

Y colgó. Jacqueline, enfurecida, consiguió la dirección, llegó en autostop desde la estación de autobuses y, golpeando la puerta con su diminuta mano, gritó:

—¡No me muevo de aquí hasta ser recibida por el roshi!

Y se sentó allí mismo sin mover un pelo. Después de dos horas, cuando el maestro fue informado de la presencia de aquella extraña visitante que se había sentado a meditar ante el monasterio, la mandó llamar. Jacqueline cruzó aquella puerta para no volver a salir en mucho tiempo. Hasta hoy ha seguido participando de la vida de esa comunidad. Después de varios años, el maestro Shimano la autorizó para abrir su propio zendo en su casa de México, donde hasta el día de hoy se medita. «¡Despierta! ¡Emerge de tu sueño! —decía Sri Haidakhan Babaji—. ¡Busca al sabio y obstínate en el conocimiento! ¡Realiza lo divino que portas! ¡Sé de una determinación inquebrantable, absolutamente concentrado, y alcanza tu propósito!». Qué audacia la de Jacqueline, lanzarse a lo desconocido con total fe, escuchando su irresistible llamado y arrojándose a la aventura espiritual, a lo nunca antes pensado, sentido, imaginado o vivido, a lo que sobrepasa los límites de tu yo cotidiano. «En el mundo tendréis tribulación», está escrito en el Evangelio según san Juan (16:33). «Pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo.» Sanar es atreverse a enfrentar nuestros miedos, a reventar nuestras inhibiciones, osar ser ese sagrado sí mismo y hacerlo seas quien seas, con las dificultades que tengas o que te hayan tocado, con la talla que alcances; permitirte salir de las rutinas, forzar el destino como lo hizo Jacqueline, con una inquebrantable determinación, sabiendo que si lo que decidiste es despertar, despertarás.

Conocí a una mujer con inquietudes artísticas cuyos padres le habían prohibido rotundamente dedicarse a la pintura. La prohibición era tan fuerte que cada vez que trataba de asumirse seriamente como artista sufría algún accidente: una muñeca rota, una caída por las escaleras, un dedo seccionado, alergias, dolores de cabeza o, sencillamente, depresiones. Desde su más tierna infancia le programaron un futuro que la angustiaba: un marido alto, blanco y rubio, con mucho dinero, a ser posible ministro, magistrado o cirujano, una familia de cuatro hijos, una casa con piscina, vacaciones en Cancún y una lápida de mármol en la cripta familiar. Para romper el sortilegio, le pedí que alquilara o pidiera prestada una casa con piscina y criada, cuatro niños, un joven modelo de revista vestido de traje, rubio y con los ojos azules y unos anillos de casado. Le pedí que se hiciera un falso diploma de abogada, arquitecta o doctora. Cuando tuvo todo listo, llamó a un fotógrafo para que inmortalizara diversas escenas de esta falsa vida familiar de alto standing: riendo, en la cama, cocinando, jugando con los niños... Maquillada de anciana, hizo lo mismo en el hall de una casa de reposo para la tercera edad. Por último, se acostó sobre el panteón familiar para la última foto de la serie. Compró un álbum sobre el que escribió: «La mujer perfecta». En su interior colocó con primor todas

las fotos y los diplomas falsos y se lo mandó a sus padres con una carta: «Éstos son vuestros sueños. Aquí os los mando, pues ya os obedecí. Ahora me considero libre». Por último, enterró los vestidos, trajes y objetos utilizados en su acto y plantó un pequeño olmo encima. Un año más tarde recibí una invitación para una bellísima exposición de pintura a la que asistí con gran placer.

APRENDER A DESVANECERSE

No recuerdo apenas ninguno de mis pensamientos verbales de aquella época; a mí, más bien, me era difícil dejar de imaginar. En la meditación veía constantemente pasar caballos, delfines, guacamayos, posarse halcones y lagartos blancos que escupían diamantes sobre la cabeza de quienes me rodeaban, correr ríos de miel donde se bañaban minúsculas sirenas japonesas que previamente les salían riendo por las narices; vestía a todos de payasos y de focas, y hacía desfilar por el centro de la sala a caballeros armados, vestidos de amarillo, con caras y alas de cigüeña. En cierto modo, no dejaba de meditar, pero con la imaginación. ¡Hay muchas maneras de hacerlo! Yo escuchaba todo el tiempo que el propósito del zazen era la vacuidad. Se hablaba de la no mente, la mente original, la mente no nacida, vacío por aquí, vacío por allá. Una vez, estando en su casa, le pregunté a Jacqueline:

—¿Qué ocurre cuando la mente está *realmente* vacía?

Ella me respondió lo que el maestro T'ou-tzu, cuadragésimo cuarto patriarca zen, respondió a un estudiante que le preguntó lo mismo:

—«¿De dónde sacaste eso?»

Yo, pensando que ella me preguntaba si alguien me lo había sugerido, caí en la trampa y respondí:

—De ninguna parte, Jacqueline.

Y ella, con su dulce y delicada voz, me dijo:

—Esa *ninguna parte* es la no mente. ¡No está en ninguna parte! Y, como no está,

¡justamente no pasa nada. Además, no se trata de que pase algo: «Cuando pasa algo, pasa. Cuando no pasa nada, no pasa. Yo sigo meditando». —Y añadió—: ¡Vamos a tomar un helado!

¡Qué maravilla! Qué lección recibí ya a esa temprana edad: aprender a desvanecerse, no situarse ni en el tiempo ni en el espacio, completamente despojado de todo. No se trataba de lograr nada, ni de estar en ninguna parte, ni de no estar, o que pase algo, o no; la meditación zen no tiene finalidad. O, mejor dicho, es en sí misma la finalidad.

Sentada frente a mí, comiéndonos un sorbete de limón sobre el banco, con nuestros pies balanceándose en el vacío, escuchando la cumbia que salía de la pequeña radio del puesto de helados, Jacqueline me cantó un poema del monje Ryokwan que, más adelante, encontré citado por D. T. Suzuki, en su clásico *El Zen y la cultura japonesa*.

¿De dónde viene mi vida?
¿Adónde va?
Me siento en soledad en mi cabaña
y medito en silencio;
con todo mi pensamiento, no sé de dónde
ni llego a ningún adónde;
así es con mi presente,
eternamente cambiante: ¡todo Vacuidad!
En esta Vacuidad está el ego por un tiempo,
con sus síes y sus noes;
no sé dónde establecerlos,
yo sigo mi karma en su movimiento, perfectamente contento.

Jacqueline era una mujer independiente. Tenía un automóvil con pedales prolongados y asiento adaptado a su pequeña estatura para manejarlo, y creo que su vida sexual era muy satisfactoria, tanto o más que la de cualquier otra mujer. En cierto momento, conoció y se casó rápidamente con Luis, un alto, fino y guapísimo joven que llevaba siempre unos anteojos que le daban un aspecto de filósofo. Al poco tiempo quedó embarazada de su hija Alizarin, que, por cierto, fue de la misma talla que ella y hoy se ha convertido en una bella, brillantísima, independiente y trabajadora mujer que su madre se ocupó de hacer crecer sin complejos. A los siete años daba —y siempre me preguntaré cómo lo lograba con esas pequeñas manos—

conciertos de piano con piezas de Rachmaninoff a la perfección; hablaba cinco lenguas a los quince, desarrolló sus estudios con brillantez y, en resumidas cuentas, hizo de su diferencia una fuerza de gran voluntad.

Alizarin fue mi pequeña hermana durante aquellos años, pero, cuando llegó, sentí el miedo que había sentido al nacer mi hermano Teo. Así que un día me presenté frente a Jacqueline, llorando, con los puños en la cintura, e, hipándole, le dije:

—¡Ahora que vas a tener un niño, no me vas a querer más y me voy a quedar sin ti, no seré más tu hijo!

Sentí que se iba a reeditar lo que había sucedido en mi otro hogar con el nacimiento de mi hermano. Pero ella, tomándome en sus pequeños brazos con infinita ternura, me respondió:

—Eres mi primer hijo y siempre lo serás. Yo soy tu mamá, y tu lugar estará aquí siempre. El amor que siento por ti es entero y nadie me lo puede borrar.

Aquellas palabras fueron como un sedante para mí. Lleno de gozo, la miré a los ojos y dejé que me arrullara.

APÉNDICE 4

EL FINAL DE PAPÁ Y MAMÁ

Una amiga de cuarenta años había llamado *mami* a su progenitora desde que tenía memoria. Un día, después de una importante toma de conciencia en la que resolvió poner fin a la relación de simbiosis infantil que mantenía con ella, decidió llamarla por su nombre. Fue a la casa materna, tocó el timbre y en el momento en que le abrió la puerta, le dijo: «¡Hola, Josefa!». A su madre le dio un desmayo fulminante. Otros padres, en vez de tener esa reacción física, respondieron con un «¡Jamás lo aceptaré!», o un «¿Cómo osas faltarme el respeto?». Recuerdo a otro amigo que, cuando llamó a su padre por su nombre, éste entró en un estado incontrolable de furia y le dio una cachetada que le reventó el tímpano, dejándole sordo para el resto de sus días. Por suerte, la mayor parte de los progenitores lo aceptan con resignación o incluso naturalidad.

A menudo he recomendado a la gente adulta que llame a sus padres por su nombre y abandone el uso infantil de papá y mamá. Pero tocar estas sagradas palabras es como atacar al Vaticano con su *Papa* al frente; o a multinacionales como McDonald's, que, con su enorme «M» amarilla, se erige en una gigantesca mamá para tantos consumidores —el amarillo, además, es también el color del padre—. Uno se adentra en ese vientre *ma-paternal*, decorado de manera infantil, para suplir con hamburguesas, papas fritas y Cocacola las carencias afectivas que nuestros progenitores nos crearon en la infancia. Ante la plaga de obesidad que nos acecha,

el destino de muchos ciudadanos occidentales es el de engordar hasta convertirse en bebés gigantes para pedir, a través de su peso, que alguien se ocupe de ellos como si se tratara de recién nacidos. De esta manera, sus carencias son explotadas por las grandes compañías, que se convierten en padres abusadores.

Uno de los problemas de relación más frecuentes en nuestra sociedad es la dependencia de nuestros progenitores hasta edades exageradamente adultas, a diferencia de cualquier otra sociedad en el mundo, que sabe desligar esos lazos a tiempo y renovar ese arquetipo para tenerlo listo para ser usado por la siguiente generación. En su exploración de pioneros hacia una nueva educación, mis padres fueron todavía más lejos al intuir que las palabras *papá* y *mamá* pueden ser un veneno psicológico para los niños: desde mi más tierna infancia me enseñaron a llamarlos por sus nombres; querían cambiar el mundo y también querían que sus hijos fueran libres del mismo modo en que ellos buscaban serlo. Pero en esa búsqueda olvidaron que un bebé necesitaba de esos arquetipos universales para crecer en seguridad. Cuando un niño aprende a decir *papá* y *mamá*, nace con estas palabras un compromiso entre padres e hijos. Su eliminación prematura del vocabulario puede causar estrés y una terrible inseguridad en el niño, como fue mi caso. Haciéndose amigos, maestros, iguales a sus hijos, más que un padre y madre afectivos, evitaron entregarse, como sus propios padres dejaron de hacer con ellos. Inevitablemente, repetían su historia genealógica.

En la generación de los sesentayochistas a la que pertenecen mis progenitores se produjo la ruptura más grande entre padres e hijos que jamás haya sucedido en la historia. No es de extrañar que personas como Alejandro y Valerie optaran por romper con el arquetipo papá y mamá: las palabras son sutilezas, pero en ellas se encuentran muy a menudo los candados que impiden la expansión de nuestro auténtico ser. Cuando algunas como *papá* y *mamá* son utilizadas de manera abusiva como lo han sido en nuestras sociedades hasta hoy en día, se convierten en la evidencia de una humanidad infantilizada: una barrera para su salto evolutivo. Por este motivo, desde el momento en que nacieron mis hijos Damián y Dante, los acostumbré también a llamarme por mi nombre: estaba convencido de que era una costumbre liberadora. El cerebro de los niños está preparado para asimilar un lenguaje complicado, pero los padres a menudo tratan a sus bebés como retrasados mentales, designándoles todo con bisílabos, ignorando que un bebé es un genio vivo, que comprende y aprende todo intuitivamente. Cuando un nuevo ser dice su primera palabra, los padres se precipitan sobre la cuna con voz de atontado, gritando: «¡Ha dicho papá!», «¡ha dicho mamá!». En realidad, el bebé sólo está haciendo uso de un arquetipo universal que significa: «Protéjanme, aliméntenme».

Cuando me separé de Verónica, la madre de Dante y Damián, mis hijos tenían tres y cuatro años. Pronto tuvieron un padrastro al que, para mi sorpresa, rápidamente llamaron papá. ¡Sacrilegio! ¡Traicionaban mi educación! Después de un tiempo, me confesaron que preferían llamarme papá a mí también, que sentían que les hacía bien pero no me lo decían por vergüenza. Me dio un ataque. Primero me dije: ¡qué horror! ¡Yo era un surrealista, un mutante, un revolucionario! ¿Cómo iba a aceptar esa traición a mis ideas? ¡No, no y no! No podía, le eché la culpa a su madre por «querer *infantilizarlos* para manipularlos y castrarlos mejor», quitarles mi fuerza y dársela a su hombre, desposeerme de mi paternidad, matarme metafóricamente ante ellos. También culpé al padrastro que, orgulloso, se dejaba llamar papá para «intentar quitarme el puesto», impidiéndome que existiese en ellos como padre, en una lucha primitiva de poder territorial.

Poco después, durante un paseo por el jardín de las Tullerías de París, mi hija Iris me llamó papá tantas veces que creí que me iba a dar un infarto: «Papá, ven... Oye, papá... Papá, ¿sabes qué?... Papá, vamos por allí, papá, vamos por allá...». Desesperado, casi sudando de alergia al escucharla, le dije educadamente:

—Iris, linda... ¡Por favor!, deja de llamarme tantas veces papá. Me llamo Cristóbal, no necesitas repetir papá todo el tiempo. Cuando era niño, yo nunca la dije y no me morí...

Iris, mirándome fijamente desde su pequeña estatura, me respondió:

—Tú eres papá, ¡mi papá! Quiero llamarte así. Me hace bien. Sorprendido por la claridad de su instintiva y espontánea respuesta y por la firmeza que me demostraba con tan sólo cinco años, con dulzura y respeto le pregunté:

—¿Por qué quieres llamarme así? ¿Cómo es eso de que te hace bien? ¿Dónde?

—Me hace bien porque lo siento aquí cuando lo digo —aseguró posando delicadamente su mano, como una estola de seda, sobre su corazón—. Más adelante, cuando sea grande, ya te llamaré por tu nombre.

¡Qué gran lección me dio!

Puesto que, aparte del alimento físico, el afecto es fundamental para el desarrollo físico y psicológico de un niño, los arquetípicos *papá* y *mamá* consiguen abrirle la garganta al bebé, casi mostrando el músculo, para establecer con él una relación de corazón a corazón, y a través de esa abertura transmitirle energía y nutrirle de afecto. Al fin y al cabo, los niños, como pajaritos, te indican todo el tiempo sus necesidades, abriendo la boca en una inmensa y babeante «aaaaaaa» y recordándote

que estás allí para nutrirlos.

Las palabras *papá* y *mamá* deben, por tanto, ser empleadas hasta que el niño se estructura emocionalmente, es decir, hasta la adolescencia. El cerebro evoluciona por etapas: un gran aprendizaje simbólico que no se ocupe de lo orgánico y lo emocional puede significar un enorme crecimiento intelectual, pero también una condena a quedarte emocionalmente niño, en la espera de que tu papá y mamá te recojan y te entreguen un afecto que nunca llega. Pedir a mis hijos que me llamaran por mi nombre era aplicar una teoría intelectual, no era escuchar su corazón y su organismo. Significaba condenarlos a las mismas carencias que yo experimenté.

Todo niño tiene derecho a disfrutar y sentirse protegido por un padre y una madre.[3] Pero esas mismas palabras dichas hasta el final de nuestros días pueden convertirse en una frontera mental que inhiba nuestra evolución más allá de las estructuras limitadas del clan familiar. Desde que uno está en el vientre pasa por todo el proceso de la evolución de las especies: es molécula, molusco y pez. Sale del útero y repta como una serpiente. Después andamos a cuatro patas como los mamíferos, logramos ponernos en pie, pero caemos de nuevo, como tantas veces debió pasarle al primer homínido hace 16 millones de años. Por fin, logramos erguirnos como el Australopiteco y, como el *Homo habilis*, comenzamos a manipular objetos. El fuego (la inteligencia) se convierte en un descubrimiento deslumbrante al pasar por el *Homo erectus*. Como el Neandertal, llega un momento en la temprana infancia en que despertamos nuestra conciencia del otro. El *Homo sapiens sapiens* —el hombre que sabe que sabe— corresponde a los siete años, edad de la razón. Hacia los catorce años, el cerebro da un paso equivalente a una evolución de miles de años de historia: la adolescencia simboliza el presente, y es allí donde a menudo se estanca, sin poder despegarse del pasado, de la infancia —como lo hacen todos los mamíferos salvo el ser humano— para unirse a lo que llamaría la *mente futura*: vivir la totalidad del proceso evolutivo del ser humano en una sola vida, con pasado y futuro incluidos. Ese yo futuro, que sería un yo sin tiempo, infinito, queda generalmente arrinconado esperando a que dejemos de apegarnos al pasado. Dejar un tipo de relación infantil con los padres equivale a desprendernos de nuestra dependencia del pasado y abrirnos a continuar con esa evolución pendiente.

---

3 Por supuesto, hablo desde el punto de vista ideal de la existencia de un padre y una madre responsables. Hoy en día, cuando los roles paternal y maternal se desdibujan cada vez más en la sociedad y dos hombres o dos mujeres pueden adoptar niños, se plantean nuevas incógnitas ante las que habrá que decidir, entre otras muchas cosas, si el niño debe llamar mamá o papá a ambos miembros de la pareja homosexual, o quizás valga la pena reinventar los arquetipos y convertirlos en unos andróginos pama y mapa

Por eso los rituales de pubertad han sido, desde hace milenios, un acto fundamental que marca un fin y comienzo de ciclo, como en la primera comunión cristiana, el bar mitzvá hebreo y tantos otros en culturas a lo largo y ancho del mundo. En su libro *Iniciaciones, ritos y sociedades secretas*, Mircea Eliade explica que en tribus aborígenes de Australia el ritual de iniciación a la pubertad es vivido como una gran fiesta y se teatraliza la separación de la madre (sin embargo, en otras culturas los niños también son separados de los padres). Los hijos son cruelmente arrancados del seno materno con vistas a crear una potente impresión tanto sobre ellas como sobre los novicios. Creyendo a sus hijos raptados y devorados por divinidades, las madres corren gritando y llorando, lamentando sus muertes, que para ellas es real, puesto que, como ya sabemos, en el pensamiento mágico de las sociedades tradicionales no hay mucha diferencia entre el mito y la realidad. Los chamanes y los hombres de la tribu se llevan al niño a un lugar oscuro donde lo encierran diciéndole que va a ser devorado por seres divinos, y el púber penetra allí experimentando las tinieblas, la muerte y, por primera vez en su corta existencia, un miedo religioso. Ese mundo de lo desconocido es, en el fondo, como un vientre donde son reengendrados: el ser niño se diluye, transfigurándose en ser espiritual adulto, viviendo una muerte y una resurrección simbólica, reintegrando el tiempo sagrado del origen (y, al decir origen, no me refiero sólo al pasado, ya que el origen también puede situarse en cualquier tiempo presente). Allí, el iniciado tiene una revelación religiosa del mundo. A partir de ese momento, el mundo de los padres será para él un mundo profano; ahora, redivivo, aparecerá en el mundo para comenzar su vida social.

Cuando nos llaman *papá* o *mamá*, millones de seres pasados son invocados en nosotros. Es muy probablemente por eso por lo que no logremos dejar de decir tales palabras: en cierto modo equivale a enterrar a toda nuestra humanidad pasada. He aquí uno de los sentidos del *samsara* o reencarnación del hinduismo: una inmensa rueda que llevamos repitiendo sin cesar, de la cual los antiguos sabios trataban de desprenderse «aprendiendo a morir».

Si un padre exige a un niño que le llame papá o mamá hasta el fin de sus días, se está aprovechando de lo que representa, le pide una absoluta sumisión al hijo, obligándole a obedecer y cumplir un destino impuesto, convirtiéndose en un inamovible y monolítico superego hasta la muerte y más allá. En nombre de ese honorífico título, y con la excusa del cuarto mandamiento de la Biblia —«honrarás a tu padre y a tu madre»—, los padres se permitían toda clase de abusos (no hay más que recordar al *pater familias* romano y su derecho sobre la vida y la muerte de su clan) para marcar a sus hijos aún más profundamente con la bandera familiar, engalanándonos con las vestimentas de sus neurosis. Como resultado, muchas veces, terminamos ac-

tuando exactamente como ellos lo hicieron con nosotros.

El impulso de dominación, las luchas de poder, la tiranía y la sumisión se reproducen con demasiada frecuencia en la mayor parte de los árboles genealógicos. Cuando una familia se encuentra en una fase de barbarismo psicológico y espiritual, las palabras papá y mamá (o padre y madre) se han convertido en una excusa de los ascendientes para dominar e invadir a los descendientes. Demasiado a menudo el niño es empleado como terreno de la feroz lucha de clanes femenino y masculino, y se trastoca en el territorio a conquistar, en el trofeo, testimonio de su soberano poder. «¡Obedece a tu madre!», puede oír un niño por una oreja mientras, por la otra, escucha: «¡Al que debes obedecer es a tu padre!». Si no satisface a cada uno, vendrá el «¡Se acabó! ¡No eres más de mi bando!».

El nombre tiene un impacto muy potente sobre la mente. Puede ser un fuerte identificador simbólico de la personalidad, un talismán o una prisión que nos impide ser y crecer. Es también un contrato genealógico implícito que un niño no logra renunciar a cumplir. Cuando uno lleva un nombre de un antepasado, hay que limpiarlo en una ceremonia para quitarle de encima el lastre del pasado. A un consultante le aconsejé que hiciera su nombre en arcilla mezclada con las fotos de sus antepasados, lo dejara secar y lo enterrara ceremoniosamente. También hizo su nombre con arcilla blanca, la dejó secar y la pintó de dorado y plateado después de cocerla, para colocarla en un pequeño altar en su casa. Con los sustantivos *papá* y *mamá* podemos hacer algo parecido: la edad ideal para dejar de usar esas palabras es la adolescencia: el momento en que los seres pueden comenzar a reproducirse, lo que simboliza también la posibilidad de responsabilizarse del milagro de la vida y de su condición divina. Ahí es donde los padres deben retirarse y renacer como compañeros de vida. Para ello creé un sencillo psicorritual en cuyo transcurso se lavan y se liberan las palabras *papá* y *mamá*.

El primer paso consiste en crear las palabras papá y mamá en metal, madera o cualquier otro material y pintar sus letras mitad de dorado y mitad de plateado. Se reúnen fotocopias de las fotos que podamos encontrar de los padres y abuelos (o sus nombres escritos en un papel) y se mezcla todo en una bola de arcilla como si fuera un huevo. Se deja secar durante veinte días al cabo de los cuales, en familia, se rompe y se sacan las palabras para limpiarlas y perfumarlas con jabón de lavanda. Los restos se entierran con una planta encima. Estas palabras serán conservadas por los padres hasta que los hijos alcancen la pubertad. Sólo entonces

se les entregarán, si es posible un poco antes de la maduración sexual o la menstruación para que los hijos no sientan que por hacerse hombres y mujeres pierden al padre y la madre. En la entrega, se les dirá que a partir de ese momento son libres para enterrar esos sustantivos cuando quieran y que pueden llamarte por tu nombre cuando deseen: «Llegó el momento de entregar el sitio. Si no lo hacemos, nos convertiríamos en límites para ti. Nosotros somos un peldaño en tu vida. Esto no significa que te abandonemos, sino que te liberamos de cargar con el pasado. Te liberamos de tener que mantener viva cualquier tradición, creencia o religión, de vengar cualquier dolor que nos hayan infligido, de pagar cualquiera de nuestras deudas o de recibir el pago de alguien que las tenga con nosotros. Te liberamos de cargar con nuestro dolor o mantener vivo en ti a cualquier familiar del cual nosotros no nos hayamos logrado desprender. A partir de hoy, decide lo mejor para ti, porque sólo tú lo sabes. Escucha el canto de tu auténtica y única esencia, arregla tus velas siguiendo el viento que mejor te sople, no somos nosotros los que estaremos sentados en tus tronos interiores. Los hijos no deben nada a los padres, sólo obedecemos con infinito respeto al proceso de la creación. Somos tus aliados y lo mejor de nosotros está a tu servicio cuando lo desees. Eternamente, para nosotros, eres bendito».

En el momento en que se sientan preparados, los hijos pueden invitar a sus padres al entierro de estas palabras, en una ceremonia inspirada en los antiguos ritos de pubertad, para que en el futuro puedan retomar estos arquetipos y ejercer con ellos una paternidad y maternidad sanada. Para que un árbol pueda dar nuevos frutos —y, diría yo, lo más saludables posible—, primero tienen que caer los precedentes. Las palabras hay que apropiárselas para transformar su contenido: es insalubre que hayan pasado de boca en boca como un chicle mascado por millones de personas sin nunca renovarlo. Así es como se convierten en un objeto de poder, de dañino poder. Como en un proceso alquímico, tienen, pues, que desintegrarse a cada generación, caer del árbol, morir, es decir, transformarse, para renacer frescas en el ciclo continuo y regenerativo de la vida. Para eso se debería dejar de decirlas durante un tiempo, para que, cuando sean dichas de nuevo, simbólicamente no sean las mismas y la vida pueda fluir sin la memoria del pasado.

Antes de enterrarlas, quise comprender qué representaba en tanto que padre asumirlas, y me di cuenta de que cuando uno acepta que los hijos te llamen papá y mamá, podía ser otro de los grandes rituales iniciáticos de pasaje: desvestirse del nombre es un acto esencial en la iniciación: muchos maestros, al tomar un discípulo, lo primero que hacen es cambiarle el nombre, sabiendo que la personalidad está agazapada simbólicamente en él. Si cambias de nombre mutas de personalidad:

así lo vive tu cerebro, y experimentas una verdadera transformación. Papá y mamá son palabras arquetípicas. Asumiéndolas como tales, tu comportamiento se modifica y te obliga a pasar del ego a la esencia colectiva. Papá-mamá es un ritual de la vida que aporta su natural enseñanza, es una transformación, un cambio de ciclo, de piel, y es de esa manera como uno realiza su ritual personal para desprenderse de su viejo yo adolescente, desvistiéndose del ropaje personal, abandonando sus reducidos puntos de vista psicológicos, genealógicos, morales, sociales y educativos. Transformándote en el canal universal, educarás pero también te ocuparás de despertarte a ti mismo, transformado en un sirviente de la vida. De esa manera, también tus hijos se convierten en tus maestros. Cada vez que ellos te llaman papá o mamá te recuerdan que debes ser ese canal que se entrega al universo.

Vividas el tiempo justo y necesario, estas palabras son una escuela de profunda espiritualidad que, cuando son asumidas con humildad, sabiduría y madurez, se convierten en un puente de evolución, una apertura del corazón para todos. Nuestra responsabilidad sería entregar a los hijos al mundo, aceptando también que, cuando llegue el momento, deberemos desprendernos de esas divinas palabras y de ese rol, dejando el paso a que lo sagrado se convierta, tomando nuestro lugar, en el centro de sus vidas. Con nosotros a su lado, los hijos pueden inhumar en el fuego las palabras «papá» y «mamá» escritas en dos pergaminos. A continuación, como adultos, llamándonos por nuestro nombre, nos reconocerán al fin como individuos. Para nosotros será también un rito que nos permitirá pasar a otra etapa de la vida. Saber desprenderse de ellos será aceptar que no hay méritos, y que ellos no nos deben nada, que actuamos por voluntad universal a su exclusivo servicio; que fueron nuestra gran escuela. No pediremos nada a cambio, no habrá deuda. Sólo amor incondicional. Así, como un sabio, aplicaremos ese aprendizaje entregándoselo a toda la humanidad, a la que trataremos como a nuestros deslumbrantes hijos universales.

5. LAS SIRVIENTAS MAESTRAS Y EL NIÑO ONIRONAUTA

Un onironauta es una persona que tiene la habilidad natural o adquirida de cobrar consciencia mientras sueña dormido (a este tipo de sueño se le conoce como sueño lúcido). (...) Se dice que durante la infancia todo el mundo tiene esta habilidad, pero por lo general se pierde pronto, sobre todo en las culturas que tienen tendencia a restar importancia a los sueños.

Enciclopedia Wikipedia

Hubo una época de mi infancia en que el código samurái se convirtió realmente en un pilar de mi educación. Con gran disciplina, me tomé al pie de la letra la vía del guerrero. Tanto, que me levantaba con la salida del sol para practicar la meditación hasta la hora de ir a la escuela, completamente absorbido por las enseñanzas de lecturas como el *Hagakure* de Jocho Yamamoto, un antiguo breviario de la caballería japonesa inspirado en el célebre código *Bushido*, o el *Libro de los cinco anillos*, el clásico de la estrategia militar que escribió en el siglo xvi Miyamoto Musashi. Durante los fines de semana jugaba a practicar pintura y caligrafía japonesas y el *origami*, que mis padres introdujeron en nuestro hogar para mi deleite. Esta vía del guerrero me llenó de disciplina y me permitió lanzarme, años después, a explorar con tesón el mundo de los sueños: durante una época fui un extremista del viaje onírico y me dediqué exclusivamente a vivir, analizar y comprender mi vida nocturna; viajé al futuro y conocí a las generaciones venideras; comprendí que podía moldear el pasado, y noche a noche, a través de los años, viajé también a mi in-

fancia y la convertí en un genuino paraíso poblado por los seres que me cuidaron, abonaron y revelaron en mí inestimables tesoros que enriquecieron mi presente y me encaminaron hacia un futuro de continuo despertar. Quienes me educaron supieron proyectarme hacia las más inesperadas y extraordinarias dimensiones del ser, unas veces a través de la espiritualidad, como Rosalba y Jacqueline; otras, a través del dolor, como en el caso de las dos Juanas que, a los seis años y de la más paradójica de las maneras, provocaron el ardiente florecer de mi mundo imaginario a través de mi encuentro milagroso con el sueño lúcido. Por eso las bauticé como las sirvientas maestras: estuvieron al servicio de la dimensión más evolucionada de mi ser.

Corría el año 1971 y Valerie estaba embarazada de mi hermano Teo. Entre nuevas vidas, películas, obras de teatro, mis padres no encontraban demasiado tiempo para mi hermano Brontis ni para mí. Además, durante el rodaje de la película *El Topo* en el desierto mexicano de San Luis Potosí, ocurrió un suceso que aún nos separó más. Los medios materiales para la acción eran bastante escasos y habían montado una enorme cisterna en medio de la nada para que el equipo pudiera beber durante el rodaje. Traer hasta allí aquellos miles de litros de agua potable había costado una verdadera fortuna. Agobiado y con la piel casi frita por el calor reinante, no tardé en ver esa inmensa bañera como una paradisíaca piscina ante la que me desnudé y me metí a chapotear como un castor. Enseguida se acercó a mí un simpatiquísimo patito amarillo de plástico que flotaba amarrado a una cuerda de la que estiré para apropiarme del juguete, y en menos tiempo de lo que pude comprender, el agua había desaparecido dejando una enorme mancha líquida sobre la arena blanca: ¡era el tapón de la cisterna!

Alejandro, hecho una furia, con humo saliéndole de las orejas, apareció ante mí como un ciclón de lava y me rescató del fondo agarrándome por el pescuezo. Ese mismo día me envió de vuelta a la ciudad. Sin embargo, me dejó como regalo una tóxica conclusión, un repetitivo e hipnótico remolino de comportamiento emocional: por primera vez desde que había nacido recibí la más completa atención de ese ser con el que jamás había cruzado una mirada íntima o una caricia real. Fue un momento embrujador: por fin obtuve lo que le estaba pidiendo desde que desertó de mi cuna: ¡su mirada! Así que el hechizo emocional que se operó en mi tierna mente podría resumirse en que, para obtener su cariño, necesitaba fastidiarle: su amor pasaba por la furia. Irracionalmente, asocié el agua de la cisterna con la orina: la piscina circular se transformó en mi vejiga. Vaciarla desnudo fue como hacerme pipí en el territorio de Alejandro —el set de rodaje— para poder existir ante sus ojos, tal como marcan el terreno los animales.

UN EDÉN EN LA AZOTEA

Mucho tiempo después, a los trece años, creyendo que mi vida viraba peligrosamente hacia la delincuencia, Alejandro me llevó con él a la India para el rodaje de la película *Tusk*. Mientras estaban filmando en las cercanías del Ganges, me metí en el agua y comencé a gritar para gastar una broma, como si me estuviera ahogando. El rodaje se detuvo y todos, técnicos, actores y director, se tiraron al agua para salvarme. Cuando se dieron cuenta de que era una gamberrada, montaron en cólera. Como diez años antes, mi padre echaba humo por las orejas: de buena gana me habría cortado el pescuezo. Además, me advirtió que el agua estaba infestada de cocodrilos y que realmente había arriesgado mi vida. Por último, me metió en el primer avión de vuelta a casa. Mi cerebro fue a reproducir exactamente el momento de aquel primer *hechizo*: llamar la atención en el agua y enfurecerlo significaba obtener su afecto.

Desde muy niño usé todas las estrategias a mi alcance para que me hicieran caso, como llenar de insectos las sábanas de las nurses que no me gustaban para obligarlas a desertar. Valerie estaba desesperada conmigo: Petra estaba en el hospital viviendo sus últimos días —acababa de cumplir ochenta años— y Jacqueline trabajaba intensamente en un nuevo montaje escénico. Así que tuvo la feliz ocurrencia de acudir a las responsables del mantenimiento y la lavandería del edificio de

enfrente. Eran dos hermanas que al mismo tiempo ejercían el empleo de curanderas del barrio. México es así: en el día se puede ser tortillera y en la tarde curandera. Ambas eran *yerberas*: tenían un huerto en la azotea de su edificio, enfrente del sobreático en el que vivían y pasaban consulta como sanadoras. Contaban que se habían criado en una numerosísima familia que vivía en un cerro de Toluca. Eran quince entre hermanos y hermanas, lo que se dice una verdadera familia rebaño, en las que no es posible la individualidad y donde a veces los padres ni recuerdan los nombres de todos y cada uno de sus hijos, pues el progenitor no alcanza a cumplir su rol y se ve obligado a delegar en los niños más mayores, creando inmensas faltas afectivas, conflictos de posición, incestos y otras formas de sufrimiento. El día en que la familia dejó el cerro para vivir en otro lugar, sus padres olvidaron allí a las dos hermanas. Ellas se perdieron y en la noche, mientras dormían pegadas para protegerse del frío bajo un tilo, la tierra se abrió y todos los espíritus de las plantas salieron a danzar y a poseerlas. Una había absorbido las plan tasma cho y otra las hembra. Por la mañana, las encontraron atadas de vientre a vientre con una liana como un cordón umbilical y lloraban porque no se querían separar. Eran realmente un caso: años después, Valerie me aclaró que sus padres las habían bautizado a las dos con el nombre de Juana porque habían nacido pegadas. Eran siamesas. Cuando fueron alumbradas, estaban unidas por una pierna, pero lograron despegarlas a las pocas horas. Una era gorda y albina: pesaba más de cien kilos y vestía siempre con su delantal a cuadritos blanquiazules, con medias que le llegaban hasta las pantorrillas, apretándole la piel. Usaba unos lentes de culo de botella, su voz era infantil y atiplada; a veces tartamudeaba un poco, pero cuando las plantas la poseían hablaba sin balbuceo y con la voz más grave. La otra, por el contrario, era menuda, seca y morena. Ambas vestían igual. Ninguna se había cortado el cabello jamás. Decían que, como las plantas, su pelo se iba cayendo y regenerando solo, así que tenían trenzas que les llegaban hasta más allá de las rodillas.

Las hermanas se ocupaban de toda clase de dificultades y, según el caso o la enfermedad, eran poseídas por una u otra planta, prestándoles su cuerpo para que hablasen y transmitieran su esencia espiritual y curativo poder al consultante. Las Juanas les imponían sus manos, les abrazaban y les masajeaban todo el cuerpo, rezando y respirando fuertemente. Era extraordinario verlas en acción: de manera absolutamente intuitiva, sabían que el contacto es fundamental en la sanación; también comprendían las correspondencias entre las enfermedades y los conflictos psicológicos, se daban cuenta de que no es sólo el síntoma de la enfermedad lo que debían tratar, sino a la persona misma. Y de esa manera entregaban a todos sus cuidados, sus consejos y su regazo, en el que permitían el desahogo de sus consul-

tantes, bañados en un mar de lágrimas. Su método aún hoy me parece genial y lo aplico siempre que resulta necesario.

Las Juanas decían que las plantas tienen un espíritu que puede penetrar en las personas dormidas; que lo divino había puesto las plantas en el planeta para que fueran utilizadas en forma que ayuden al desarrollo de nuestra evolución espiritual; que cada planta tiene un carácter y que nos inspiraban cómo sanar. Para acercarse a un conflicto eran capaces de cambiar su punto de vista, adaptándose al consultante y observándolo desde otro ángulo. Desde los inicios de la humanidad, en gran cantidad de tradiciones, las plantas siempre han sido vistas como un medio de conocimiento, como una puerta a dimensiones del ser universal, es decir, de nuestra naturaleza. Para las personas que acudían con un problema de digestión, las Juanas aseguraban que, en realidad, no habían digerido una pena y que eso se manifestaba en el cuerpo. ¡Qué sabiduría popular! Así, hacían acopio de plantas tónicas y digestivas como la salvia, el orégano, el poleo, la hierbaluisa, la genciana, la angélica o el ajenjo, y masajeaban el vientre de sus pacientes rezando con la voz de la planta.

Cuando la persona se estreñía, le decían que necesitaba ternura, que tenía un susto, y que no quería dejar salir su caca por miedo a que la fueran a oler los demonios para encontrarla y hacerle daño; entonces se poseían de plantas laxantes como el acebo, el algarrobo, la cuscuta o el polipodio. Quienes llegaban con una dificultad amorosa eran tratados con el espíritu de plantas pectorales y antitusivas, como fárfara, amapola, malva o eucalipto. Las Juanas les hablaban masajeándoles el pecho en nombre de la hierba: «Respírame, hijo, que te voy a quitar esta pena, déjame penetrar en ti, en tu memoria, con mi savia espiritual, que con mi poder curativo te voy a liberar, ¡respírame!, ¡abrázame!». El consultante lloraba como en los brazos de una madre y, en trance, penetrado por las palabras de las curanderas, exclamaba cosas como: «¡La puedo oler, la puedo oler!».

Fueron muchas las ocasiones en que las vi mecer a una niña inquieta con el espíritu de la manzanilla. Era conmovedor. Cuando habían logrado que el espíritu de la planta penetrara en el consultante, le daban un tratamiento con su savia, que ellos ingerían en casa. Decían que primero había que absorberlas espiritualmente y así el cuerpo las aceptaría mejor. Tenían su huerto en la azotea, con todo tipo de plantas con las que hablaban como seres vivos, con un infinito cuidado. En aquel magno jardín se las ingeniaban para cultivar docenas de especies: diuréticas (apio, perejil, limonero, equiseto), abortivas (corona del rey, sabina, tejo, azafrán), hipnóticas (majuelo, tilo, valeriana, lúpulo, naranjo), antirreumáticas (rododendro,

estramonio, espliego, judía), vermífugas (ontina, tomillo, nogal, tanaceto), vulnerarias (hipérico, vulneraria, aliso) y tantas otras. A menudo comentaban que las plantas eran seres a los que se les debía hablar, cantarles canciones hasta de cuna, para que florecieran bien. Si se les sabía transmitir amor y respeto, las plantas, que tienen espíritu, manifestarían su esencia curativa de manera intensa: había que tratarlas bien para que su poder fuera positivo; por el contrario, la planta se convertía en dañina y venenosa o ineficaz si no era bienquerida. El médico Edward Bach decía que «la más pequeña e insignificante de las cosas de la naturaleza tiene detrás un propósito divino, ha puesto a nuestro alcance la forma de recordarnos nuestra divinidad mediante el uso de determinadas hierbas».

Valerie se dio cuenta de la gran humanidad de las dos Juanas y decidió dejarme a su cuidado en la azotea desde las ocho o las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde, hora en que me recogía. Las dos mujeres vivían, dormían, rezaban, se bañaban y cocinaban juntas; eran la pareja perfecta. Pero en ellas había una pequeña distorsión. No siempre los curanderos son santos: he conocido a muchos que están llenos de demonios. Poseídos, puede que sean benditos, pero cuando los espíritus los abandonan pueden tornarse muy fieros. En público —es decir, con Valerie presente—, tenían una actitud muy amable y equilibrada. Pero una vez que se marchaba, Juana la flaca tomaba una actitud de domador de elefantes y se comportaba como una especie de típico macho mexicano, tratando a su hermana como a su mujercita y sacándole un vozarrón de las entrañas que daba miedo y que servía para retarla y ordenarle toda clase de cosas que la Juana gorda acataba sumisa.

Con mi efusiva energía infantil, yo me dedicaba a corretear palomas todo el día por la azotea, haciendo alboroto y creando desorden. Así que Juana la flaca no tardó demasiado en desesperarse y empezar a aplicar medidas drásticas para aquietarme. A los pocos días de soportarme, hinchada como una osa, me agarró del brazo cual muñeco de trapo y me dijo:

—¡Ven para aquí, mocoso, que conmigo no se vacila!

Acto seguido, tomó una cuerda, me puso de espaldas al poste de la ropa y me amarró los puños.

—Si te mueves, te corto el pajarito y se lo doy de comer a los puercos —añadió enseñándome los dientes—. Y si se lo dices a tu madre, nosotras lo sabremos y a distancia te lo cortaremos igual. ¡No te olvides de nuestros poderes!

Con la imaginación desbordante que tenía, no tardé en visualizar los gigantes-

cos puercos carnívoros echándose voraces sobre mi entrepierna. Fue atroz. Así que allí me quedé, un día tras otro, amarrado debajo del toldito sin hacer ruido, como un perrito obediente. Decididamente, lo mío eran los traumas espaciales, las limitaciones al movimiento: que me ataran no era más que otro eslabón en mi cadena de prisionero. Así empezó lo que aparentemente podía parecer una tortura pero que para mí, por uno de esos giros maestros de la vida, acabó resultando una sinfonía de belleza. Cada mañana, después de que Valerie me dejara a merced de las Juanas, cerraban la puerta metálica de la azotea y me amarraban hasta mediodía. Después me soltaban brevemente para darme de comer y me amarraban de nuevo hasta un poco antes de las seis.

Allí, arrinconado toda la tarde mientras hacía la digestión, pude presenciar uno de los ritos más extraños que jamás volví a ver en mi vida. Ellas acostumbraban a retirarse a la habitación a dormir la siesta, pero aquel día olvidaron cerrar la puerta. En esa época no podía comprender realmente lo que me aguardaba a la vista, pero capté todos los detalles. Hasta entonces, me había estado preguntando por el significado de aquellos gritos que escuchaba salir de la vivienda. Gritos, por no decir gemidotes y respiraciones entrecortadas. Esta vez pude verlo absolutamente todo. Las hermanas prendían velas en su pequeña habitación llena de santos y flores; Juana la flaca se disfrazaba de hombre con un traje elegante, negro, de rayas blancas, con bigote a lo Pedro Infante, engominada y una impecable raya en el lado, mientras la gorda, con los ojos exageradamente maquillados, pestañas postizas, mofletes colorados y los labios tan pintados que parecían dos salchichas, paseaba su oronda figura tapada únicamente con unas bragas de lentejuelas rojas, un velo transparente y un tapapezones con sus pompones que hacía girar vertiginosamente. Las dos se amarraban con un cordón carmesí, de vientre a vientre, y Juana la gorda se acercaba a Juana la flaca hasta que ésta se ponía tan colorada que se sofocaba. Entonces iniciaban el gran ritual del celo: era increíble ver ondular sensualmente la cintura a ese hipopótamo albino con el pelo suelto, tan blanco que le brotaba de la coronilla como una fuente de leche luminosa, delante de su pequeño hombrecillo erecto como una cobra frente al lecho. De un viejo tocadiscos salían las notas del conocido bolero de Pedro Junco, que ellas adaptaban a su género sonriendo como niñas desobedientes.

Atiéndeme,
quiero decirte algo,
que quizás no comprendas,
doloroso tal vez.

Escúchame,
aunque me duela el alma,
yo necesito hablarte,
y así lo haré.
Nosotras,
que fuimos tan sinceras,
que desde que nos vimos
amándonos estamos.
Nosotras,
que del amor hicimos
un sol maravilloso, romance tan divino.
Nosotras,
que nos queremos tanto,
debemos separarnos,
no me preguntes más.
No es falta de cariño,
te quiero con el alma,
te juro que te adoro,
y en nombre de este amor,
y por tu bien te digo adiós.

La letra no dejaba de tener un claro sentido metafórico sobre el sufrimiento que habían experimentado en la niñez. Y, mientras entonaban la canción sincronizadas, suspiraban conmovidas, en una performance que venía a representar su vida intrauterina, el período en que estuvieron unidas por las piernas y fueron una, antes de su operación. Juana la gorda desvestía a Juana la flaca, se tiraba desaforadamente sobre ella, aplastándola en la cama con infinita pasión, y hacían el amor toda la tarde, jugando una el rol masculino y la otra el femenino. Eran las plantas macho y hembra, que se manifestaban a través de sus cuerpos.

Claro que sus roles sexuales no sólo se debían a las plantas: quizás sus padres deseaban, ya en el vientre, que naciera un varón. Cuando hay gemelos, el primero que aparece a veces incorpora ese papel, independientemente de su sexo. Sucede algo parecido cuando nacen dos niñas en una misma familia y una de ellas es educada como el hijo que secretamente deseaban; en muchos hogares judeocristianos existe el deseo de perpetuar el mito de la parejita: primero debe nacer Adán y luego Eva.

Uno de los primeros actos complejos que, con extrema cautela, osé aconsejar tenía relación con esta tóxica estructura. El consultante, al que llamaré Juan, era un hombre dominado por Pedro, su hermano gemelo, que saboteaba continuamente sus relaciones afectivas. Se vivían como pareja y todavía habitaban en la casa familiar. Uno jugaba el rol femenino, acosado por el otro, en el rol del macho celoso. Los dos habían tratado de independizarse, pero no lo conseguían. Dos generaciones atrás hubo en su familia una relación incestuosa entre hermanos: su abuelo, que también se llamaba Juan, sufrió abusos de su hermano mayor, también llamado Pedro. Para liberarse de esos fantasmas, Juan se vistió de mujer y compró dos anillos de boda en los que grabó los nombres y fechas de nacimiento y muerte de los abuelos. Con los anillos puestos y atados por unas esposas, pasaron juntos veinticuatro horas en las que Pedro trató a Juan como a su mujer esclava. Acabado el plazo, fueron al cementerio para explicarles a los abuelos que había llegado el momento de dejarlos vivir en libertad. Tras desatarse y quitarse la ropa de mujer, Juan orinó sobre la tumba del abuelo Pedro. En un bosque cercano al cementerio enterraron todos los elementos utilizados en el acto, con las fotos cara abajo. Un poco de miel y una planta cerraron la tumba. Esa misma semana, Juan hizo la maleta y se mudó.

EL DESPERTAR LÚCIDO

Yo regresaba todas las mañanas al edificio de las Juanas sin chistar, por miedo a que me arrancaran mi pequeño pero muy querido pene. Mi mente infantil llegó a la conclusión de que estaba pagando de nuevo por el hecho de existir y supuso lógico el tormento al que me sometían. Sin embargo, lo que sucedió en esa desolada azotea, atado bajo el hirviente toldo de la pequeña plantación medicinal en un estado de angustia extrema para mi temprana edad, es que mi cerebro tuvo que elegir entre dejarse morir de aflicción y luchar por la vida. Sin poder reventar o aullar de furia, florecí mediante una original implosión onírica. «Ten cuidado con tus sueños», decía el novelista francés Gustave Flaubert: «Son la sirena de las almas. Ellos cantan. Nos llaman. Los seguimos y jamás retornamos». Y eso es exactamente lo que me sucedió: los sueños comenzaron a participar en toda mi vida diurna, inspirándome y guiándome en todo. Al quinto día de estar atado sentí arrimarse a mí la desesperación como una tremebunda marea, dispuesta a devorarme con su traje de luto, y me lancé hacia la única salida que tenía a mi alcance: dormir. Lo que sucedió a continuación fue tan intensamente bello que en mi vida brotó una gran esperanza.

Desde muy temprana edad, el sueño formó parte de nuestra vida familiar y de mi educación. Alejandro nos inició y guió en él e incluso puso en nuestras manos libros fascinantes que nos revelaron técnicas muy útiles para controlarlos, como *Studies in Dreams* de Arnold Forster, que ya en 1921 describía prácticas preciosísimas de sueños lúcidos, o la mítica obra de Hervey de Saint-Denis, quien, en 1867, publicó *Les rêves et les moyens de les diriger* (los sueños y la manera de dirigirlos). El

término sueño lúcido fue usado por primera vez por el psiquiatra holandés Frederick van Eeden en un estudio onírico de 1898 donde cuenta cómo se hizo consciente de sus propios sueños. En la actualidad se acepta como un hecho comprobado su existencia. Pero ya Aristóteles, en el siglo iv a.C., había escrito que en el sueño existe un tipo de conciencia que nos indica que lo que allí sucede no es real. O, mejor dicho, no forma parte de nuestro mundo físico cotidiano. En culturas milenarias, esta cuestión ya había sido planteada como un tema fundamental de la vida espiritual, por ejemplo en la babilónica, egipcia, israelita, persa, hindú, china o tibetana.

Tener un sueño lúcido en casa era considerado un éxito, y a menudo competíamos entre nosotros para ver quién vivía una vida onírica más intensa. Para entrenarnos, mi hermana Eugenia y yo hacíamos como los senoi, que aparecen en *Dream Theory in Malaya*, de Kilton Stewart: los miembros de esta etnia se juntan todas las mañanas —como los guajiros de Colombia— para contarse sus sueños y trabajaban sobre ellos dándose claves y consejos para volar mejor y hacerlos milagrosos. A veces los teatralizan. Si alguien ha sufrido una pesadilla, tratan de vencer y someter al enemigo onírico para obligarle a que te dé un regalo, convirtiéndolo después en aliado; así, se acostumbran en la vigilia a positivizar sus sueños para que éstos se reproduzcan durante la noche. También para mí, la vida nocturna fue una aliada y maestra; un útil de sanación y liberación; un inspirador creativo, el jardín arado que ha participado de todo lo que he emprendido.

Un concepto crucial de mi educación fue: ¡no hay límites! Cuando íbamos a un restaurante, mis padres decían: «Coman lo que quieran, ¡no hay límites!», y podíamos pedir diez o más postres si queríamos. Tal concepto fue una manera de darme permiso para explorar las infinitas dimensiones de mi ser, aunque, al mismo tiempo, me faltaron muchos puntos de referencia. La disciplina oriental fue la manera de equilibrar esa falta: gracias a mi metódica entrega, pronto alcancé a recordar más de cinco sueños por noche. Durante la comida los contábamos y mis padres trataban de comprenderlos, influenciados por las lecturas de Freud, Adler y, sobre todo, Jung. El sabio vienés, discípulo aventajado de Freud —aunque luego, como es sabido, rompió con su maestro—, explicaba que nuestros sueños son portadores de mensajes simbólicos cuya interpretación es un medio fundamental de autoconocimiento. A partir de su teoría de los arquetipos, que entre otras cosas trata de descodificar los símbolos que todos los seres humanos compartimos, Jung llamó a los sueños «la vía real», y los clasificó en compensatorios, pronosticadores, arquetípicos y sincrónicos. Fue extraordinario descubrirle en nuestro hogar, porque me introdujo muy joven al maravilloso lenguaje de los símbolos y me guió en la incorporación de los arquetipos universales, que no me eran del todo desconocidos, puesto que casi

había nacido con un Tarot en la mano.

Una de las experiencias más impactantes que tuve en sueños me sucedió a los treinta y nueve años: fue un sueño que podríamos clasificar como pronosticador o sincrónico, y me demostró que las personas estamos unidas por lazos invisibles que no cortan los años ni los océanos. El padre de mi amigo Enzo, con quien he tenido una relación de profunda amistad desde hace años, vivía paralizado a causa de una grave enfermedad. Siempre lo vi en cama. Yo lo visitaba y le trataba con cariño y muchísimo humor, y veía a la madre de Enzo como día tras día cuidaba de su marido con infinita paciencia, amor y generosidad. En el sueño fui a verle a su habitación. Le pregunté hasta cuándo pensaba quedarse acostado, y me dijo que estaba cansado de estar en cama y que tenía muchas ganas de levantarse. Entonces lo invité a hacerlo y le tendí las manos. Él me las tomó y, alzándose como una pluma, empezó a bailar un bolero conmigo y a beber vino Gato Blanco. Mientras brindábamos, le canté un poema con el que nos reímos juntos de su parálisis. Después volví a acostarlo en su cama, le di un beso y me marché. Desperté en ese mismo instante y lo primero que hice fue sentarme a escribir el poema con el que había soñado —o al menos una parte—. Lo titulé «Padrecito nuestro». Con él cierro mi libro de poesía *Corazón látex*.

Padrecito nuestro que estás en la cama luciendo clarividente
apachurrado con tu elegante contorsión
sin que te sobre congoja,
que se te aparezca el huésped brincando,
arrimándote él observe sólo teñido de esplendor,
que el nombre de tu antecesor reviente
para que entres sin resaca en la hoguera,
y que inmune te aclimates a la nueva fragancia,
trasluciendo una hormona traficada,
cuando el coro que sólo se escucha empinado,
te acomode en su butaca de honor.
Padrecito que te hartas del hincha venas,
ya se te desenvainará el mantel,
y cenarás con Cassius Clay,
imitando el canto del árbitro
inmaterial, economizándote la indigestión.
Padrecito que estás en la cama paralizado,
que las colmas del florilegio

te dejen perforar el sepulcro,
para que escapes de la farsa dejando una brecha,
y cuando la juerga culmine,
nos demos cita los tres con todos los poetas
para, embriagados, seguir carcajeando al otro lado.

Al terminar el último verso, tuve el impulso de llamar a Chile para hablar con Enzo. Encontré a mi amigo al otro lado de la línea con la voz compungida y llorosa.

—Nuestro padre se fue —me dijo—. Ha muerto esta madrugada.

La relación que creé y sigo manteniendo con los sueños es una puerta abierta a lo inexplicable y a lo mágico: una dimensión que me fue necesario explorar para abrir tantas otras dimensiones de mi espíritu. En general uno accede muy poco a ese nivel de percepción, pues en nuestra cultura lo intuitivo —lo femenino— es a menudo despreciado: Eva la tentadora, la pecaminosa carne, la naturaleza, el sexo, el instinto y la magia fueron asimiladas al diablo. Hasta el siglo xviii, quemaban a personas por tener sueños extraños: vivir la dimensión intuitiva del ser humano equivalía a arriesgarse a morir, un estrés que se ha inscrito con precisión en las genealogías occidentales, pasando de padres a hijos. Hoy se manifiesta como una prohibición a vivirse en totalidad y, en última instancia, a vivir a dios, a unir la naturaleza con el cuerpo y el espíritu, como hacen los pueblos ancestrales de la Tierra. Un psicochamán o un psicomago laboran para reintegrar a sus consultantes en esa dimensión divina y permitirles que inicien su camino de integración espiritual. Para ello, a veces primero hablo y después racionalizo: dejo que la respuesta se manifieste como una evidencia, otorgo total confianza a la intuición.

A pesar de todo aquel entrenamiento en casa, el primer sueño lúcido me aguardaba atado bajo aquel toldo, acompañado por la inquietante danza de las grises palomas y la ópera erótica de las gemelas. Cuando me dormí, me vi allí mismo, en medio de una noche de animoso viento, sentado con las rodillas plegadas sobre una caseta de perro y amarrado de espaldas a un farol que en medio de la sombra sólo me alumbraba a mí. El suelo estaba cubierto de pasto negro, con grandes sábanas tendidas del mismo color, que se mecían furiosamente. Había una pantera negra durmiendo en una esquina con los ojos brillantes como linternas amarillas, bajo un árbol también sombrío. Yo vestía de luto, con pantaloncillos cortos, chaqueta, camisa blanca y corbata. Estaba pálido, me sentía frágil, entristecido y muy asustado, la luna llena se adivinaba escondida detrás de las nubes. Sentía la misma o mucha más

tristeza que estando despierto y, viéndome paralizado, bajé la cabeza y me puse a llorar silenciosa y desconsoladamente. En ese momento sentí vibrar el suelo y de entre el pasto empezaron a brotar sardinas azules metálicas y luminosas. Era como si las escuchara reír. En la lontananza, una música comenzó a aproximarse. Levanté la vista y encontré, parados al borde de la azotea, a diez mariachis ancianos con los pies descalzos, vestidos de plata brillante, sonriendo, con sus blancas cabelleras y largas barbas mecidas por el viento. Había uno gordo, uno flaco y alto, un enano, otro con la cara de Pedro Infante y dos viejas idénticas. Con sus instrumentos dorados en mano, comenzaron a cantar.

Éstas son las mañanitas que cantaba el rey David,
a las muchachas bonitas, te las cantamos a ti.
Despierta, mi bien, despierta,
mira que ya amaneció,
ya los pajaritos cantan,
la luna ya se metió.

Se acercaron a mí mientras la noche se aclaraba, el pasto se volvía verde, salía la luna y la azotea se transformaba en un jardín. Entre los ancianos apareció un hombre gigantesco. Tenía el cráneo rasurado, vestía un esmoquin de plumas con los colores del arco iris. En las manos portaba tatuado todo tipo de inscripciones, podría decir que en hebreo. Tenía también una boca verde tatuada en la frente y una pequeña corona de oro fino, iluminada, flotaba sobre su cabeza. Se acercó a mí y, con una escobita de hueso blanca, empezó a barrerme el traje. El color negro ceniza se desvaneció, dejando aparecer en su lugar un vestido blanco y lleno de flores de todos los colores. Aquel hombre tenía una mirada de hondísima dulzura que me transmitió una inmediata confianza. Era como un padre-madre.

—Te vine a buscar —me dijo.

Las cuerdas se soltaron por sí solas y me tiré encima suyo como si llegara a un ansiado hogar. Me tomó de la mano para llevarme al borde de la azotea, frente al vacío, y al darme la vuelta me vi a mí mismo dormido, vestido de negro y con la cara pálida, amarrado al farol en la azotea oscura. Estaba desdoblado, y, en ese mismo instante comprendí que sin duda aquello era un sueño. Con la lucidez me invadió una sensación de enorme felicidad y al mismo tiempo de terrible pánico. Intuitivamente, se me hizo claro que una dimensión de mí se identificaba con el sufrimiento y otra podía desligarse de él. Una parte de ese niño permanecía dormida, ahogada

en su tristeza, y la otra estaba feliz y lista para tirarse a volar al vacío. A pesar de que una dimensión de nosotros puede hallarse sometida a un fuerte sufrimiento, también hay otra que observa y está plenamente feliz: se llama *el testigo*.

—Vamos, no te asustes —me dijo el ser emplumado.

Quedé flotando con él en el vacío, aferrado a su mano, temblé, pero su presencia me tranquilizaba. Y, con un rápido gesto, se lanzó a volar conmigo entre ciudades desconocidas y jardines llenos de vibrantes cristales musicales. De un quiebro, me introdujo en el mar y me sorprendí viendo que no tenía ninguna dificultad para respirar. Pasamos junto a una manada de delfines rojos que nos siguieron, peces de intensos colores, hipocampos sonrientes... Salimos del agua y todo era océano. Estábamos frente a un cielo nocturno absolutamente despejado, y una intensa luz blanca, más deslumbrante que un sol, apareció a lo lejos. Él tiró de mí y con una gran velocidad me llevó hacia ella. Fue como atravesar el universo y luego dejarlo detrás, quedando en la oscuridad total. Vi la luz acercarse y hacerse inmensa y fue demasiado para mí: la sensación entre la euforia y el pánico fue insostenible; tanto, que desperté de golpe, asustadísimo. Mi corazón latía fuerte y sudaba a mares. También me había mojado el pantalón. ¿Cómo no? Experimenté éxtasis y al mismo tiempo miedo a morir.

Más adelante comprendí que eso era lo que sucedía cuando uno, en sus sueños, viajaba a fundirse con su dimensión divina. Alejandro me explicaba que todo soñador lúcido debe aspirar a reunirse en sueños con su dios interior, como también lo intenta en la vida diurna. Pero mi cerebro infantil todavía no estaba preparado para tanto. Para lograrlo había que estar maduro, distanciado, haber sobrepasado el miedo a la muerte, haber entrenado tu imaginación, despojándola de todos sus límites, inhibiciones, complejos y tabúes. Tenía que iniciarme. Si no, cada vez que lo intentara me despertaría aterrado. Ocurre lo mismo en la vida diurna, pero en el sentido contrario: uno quiere escapar aterrado de esta dimensión y no la logra asumir. Siente pánico de entregarse a ella, y encuentra cualquier excusa para seguir dormido por miedo. Si se aferra como un barco que se hunde a su personalidad dormida, vivirá como un sonámbulo, prefiriendo la inconsciencia a entregarse a lo desconocido y al misterio.

Aquel sueño resultó revelador: si podía viajar a donde quisiera en sueños, ¿por qué no intentar soñar despierto? Desde ese día, cada vez que me amarraban, me bastaba con cerrar los ojos para imaginar que volaba al lado de mi amigo emplumado. Se convirtió en mi compañero: un ser imaginario que me enseñó a volar con la libertad de un cóndor. Mi imaginación se soltó y en la azotea comenzó un autén-

tico carnaval: enseguida se transformaba en jardín, donde venían a visitarme toda clase de animales sobrenaturales, como mariposas jirafa, lombrices perro, elefantes con cara de monjes tibetanos, puercos con patas de perro, colibríes con caras de mosca, hombres pulga con manos de princesa... Hacía crecer fuentes, árboles, arco iris, hablaba con las estrellas, aparecían carruseles con hormigas gigantes tocando instrumentos musicales, jugaba con las nubes, transformándolas en toda clase de objetos. Recuerdo claramente cómo, una tarde en que me estaba durmiendo y vi pasar una ratita, la imaginé montada por un caballero de armadura roja, haciendo danzar en el aire mi varita de director de orquesta. Todo aquel proceso de investigación creativa duró meses, hasta que un día Valerie apareció antes de la hora prevista. Unos ladrones habían quebrado la puerta de entrada y subió sin llamar. Cuando me encontró amarrado, me desató furiosa, se lanzó a gritos contra las gemelas y me sacó de allí para no regresar jamás. Lo que ella no podía imaginar es que yo ya estaba completamente desatado y pasándolo de maravilla: la imaginación se había convertido en mi mejor juguete.

El escritor italiano Carlo Alberto Pisani Dossi decía: «¿Por qué, en general, se rehúye la soledad? Porque son muy pocos los que encuentran compañía consigo mismos». Yo, en aquella época, aprendí a apreciar lo que otros podrían llamar soledad, que para mí ya nunca más lo fue. Nunca le conté a Valerie las orgías de las gemelas. No quise delatarlas porque sentí que era su excéntrica manera de sobrevivir a la locura del mundo. Además, es posible que les estuviera agradecido por haberme dado la posibilidad, a través de una situación extrema, de activar lo que seguramente estaba latente en mis genes. Aquella facultad era otro tesoro de mi árbol genealógico: cuando, algún tiempo después, le conté a Alejandro este primer sueño lúcido, saltó de alegría ante mi recién descubierta capacidad onírica.

Años más tarde, reflexionando sobre esta historia, me pregunté: ¿cómo un sueño tan elaborado pudo surgir de la mente de un niño tan pequeño? El novelista inglés C. S. Lewis decía, hablando de dios, que el dolor era su megáfono para despertar a un mundo adormecido. Amarrado como un criminal, ese dolor fue mi megáfono, un regalo maravillosamente despierto.

Manuel era un joven delgado y algo demacrado para su edad. Acudió a verme junto a su padre, con el que guardaba un gran parecido, y me pidió consejo porque no conseguía dirigir sus pasos hacia ningún lugar profesional ni emocional. Había tenido una buena relación con sus progenitores, pero su abuelo paterno fue constantemente amarrado a una silla durante su infancia para que se estuviera quieto. El bisabuelo pater-

no había sido un hombre muy rígido y dominante. Les dije a ambos que tenían una energía aprisionada y que, en cierto modo, llevaban todavía alrededor del cuerpo las cuerdas que habían atado al abuelo, impidiendo que su energía se expresara. Les aconsejé que buscaran a un buen prestidigitador para que les enseñara el arte de escapar de las ataduras. Una vez que hubieran aprendido los rudimentos del escapismo, debían amarrarse frente a frente, junto a una silla grande de madera con la fotografía del abuelo pegada en el respaldo. Más tarde me escribieron contándome que habían conseguido aprender algunos trucos por correspondencia de un mago francés que habían conocido a través de Internet. Una vez realizaron el acto, destruyeron la silla a hachazos y la quemaron junto a las cuerdas. Por último, tomaron un poco de ceniza con un sorbo de vino. Para finalizar el acto, se apuntaron a una clase de paracaidismo y les gustó tanto que comenzaron a practicar el salto acrobático.

CUADERNO DE SUEÑOS SAGRADOS

Muchos años después de mi primer sueño lúcido comencé a realizar ejercicios donde fui al pasado, a rescatarme en todas mis edades. Viajé a recuperarme a mí mismo, como en el sueño lo hizo ese ser emplumado. Y lo hice también con toda mi familia, y después con toda la humanidad presente, pasada y futura: si no los conocía, intenté imaginarlos hasta donde me fue posible. Hoy, estoy convencido de que todos tenemos esta capacidad. Desarrollarla exige una educación que podríamos enseñar a nuestros hijos desde edades muy tempranas. Un niño al que no se le explica que sueña cree que lo que le sucede ocurre en la vida diurna: no diferencia entre los dos mundos. Quizás nuestra educación le esté robando esa capacidad. Por eso es fundamental revelarle que el mundo onírico puede ser profundamente enriquecedor, que allí se aprende a veces más que despierto. Habría que explicarle también que los sueños sirven para comprendernos y explorarnos, que son el escenario en el que podemos experimentar más claramente nuestra totalidad. Los sueños nos revelan tesoros aplicables a la vida cotidiana, como hacen ciertos yoguis que aprenden a pasar de la conciencia lograda en el sueño a la vigilia y viceversa sin perder la atención. Enseñarles a domar sus pesadillas, a no temerlas, incentivarlos y revelarles que llevan un tesoro vivo en ellos, es enseñar a los niños a obrar con lo que ocurre en su interior, a comprender más fácilmente que las cosas pueden mutar y solucionarse, que la realidad no es inmutable, como tan a menudo nos hacen creer; que formamos parte de un juego sagrado; que, como dijo Georges Duby, «la huella de un sueño no es menos real que la de una pisada».

En las culturas con raíces judeocristianas, que por un lado hablan a menudo de

sueños bíblicos donde dios habla a los profetas, o que recurren frecuentemente a los cuentos de hadas, los sueños han solido ser despreciados, cuando no condenados. Antaño, se pensaba que los sueños eran obra del diablo y se callaban por vergüenza. Más adelante fueron interpretados por Freud como expresión de las pulsiones libidinales. Pero también se teme a los sueños porque ponen en cuestión nuestra moral racional y la estructura de nuestros límites familiares, sociales y educativos, obligándonos a transformarlos o cuestionarlos, y eso asusta. También ponen en peligro el equilibrio jerárquico del clan: soñando lúcidos, todos nos convertiríamos en seres de poder, en el sentido de poder ser felices, creativos, desinhibidos, magos de nuestras profundidades.

En una ocasión le conté a mi madre que la había soñado en una orgía romana, con un peinado afro plateado, cuerpo de leona con pelaje blanco, y tapada únicamente por un velo de virgen. También le dije que durante el sueño la agarraba a patadas, la violaba, la dejaba preñada y allí mismo paría un enorme escarabajo dorado que nos comíamos juntos. En otra ocasión le conté a mi padre que le soñé en un submarino: yo era un monje benedictino con las llagas de Cristo en los pies y en las manos, de donde salían pequeñas abejas, e incluso llevaba una tonsura en el cabello. Abría la puerta de un camarote y le encontraba dormido, con su cara habitual pero con cuerpo de mujer, muy pálido, como de rusa, con unos senos gigantescos, llenos de mercurio que brotaba como una fuente, y con toda la piel cubierta de orugas de colores. Traía conmigo a varios guardaespaldas, unos oficinistas flacos con anteojos y portafolios de piel de iguana de los que, a una orden mía, sacaron gigantescos cuchillos sacrificiales de oxidiana y cortaron a mi padre en pedacitos. Di de comer sus restos a las sirenas por el ojo de buey.

Ambos aceptaron con más o menos ánimo el relato de estos sueños. No se asustaron ni cuando les conté uno en el que estaba en un cuarto con una cama circular giratoria típica de los espectáculos de *topless*. Sólo que en ese caso era yo el que bailaba y daba un show erótico para una multitud de ancianos y mujeres barbudas que me miraban semiocultos detrás de los vidrios tintados. Después me convertí en un luchador de sumo japonés con la piel muy negra. Tenía siete falos erectos con testículos de diferentes tamaños alrededor de mi cuerpo y poseía a siete hembras prehistóricas que, a cuatro patas, expresaban ampulosamente inmensos orgasmos con saltamontes que les salían de la boca, mientras yo comía patatas fritas con forma de cruces. Cuando le conté a Alejandro que había tenido un sueño así, se puso tan feliz que me dijo:

—Hijo de tigre sabe rugir.

En esa época, mis padres no tenían todas las claves de la vida onírica, que fueron descubriendo con los años. No conocían tampoco el término sueño lúcido: lo llamaban sueño despierto. Con mucha paciencia, me dieron todo tipo de consejos para afrontar pesadillas o vértigos, como tratar de volar o —como aconsejaba Carlos Castaneda— mirarme las manos para provocar la lucidez. Hoy, por suerte, conozco muchos ejercicios que se hacen en sueños y diferentes formas de identificar cuando uno sueña lúcido y cómo provocarlo.

De este modo, con la práctica de años, me convertí en un niño onironauta. Pero mis sueños lúcidos eran cortos y a veces me provocaban miedo. Valerie se preocupó de anotar todos los que pudo, preguntándome con precisión detalles, sensaciones y olores para acostumbrar a mi mente a estar en contacto con ese mundo que, como un músculo, se desarrolló poco a poco. Mi cuaderno especial para sueños —*Cuaderno de sueños sagrados*, lo bautizó mi madre— no dejaba de crecer día a día, noche a noche. Tengo apuntados cientos. De sus amarillentas páginas extraigo un relato del 20 de febrero de 1977. Tenía once años:

> *Entro con Valerie en un parking lleno de mujeres africanas vestidas de futbolistas. Miran una película sobre paracaidistas sentadas en sillones rojos. Veo pasar un toro detrás de mí y desaparece. Ahí me doy cuenta de que sueño. Las mujeres se levantan y una me da una patada: salgo volando, pero no me sucede nada. Más bien me divierte. Comienzan a jugar conmigo como balón humano. Me dejo patear sabiendo que no me dolerá, hasta que aparece el toro otra vez, pero con los cuernos llenos de sangre. Me despierto sudando. No se me ocurrió defenderme con el mudra del Buda.*[1]

Llegó una época en que los sueños lúcidos desaparecieron. Hubo viajes, cambios... Mi adolescencia comenzó a brotar con toda mi angustia contenida. En esa época las pesadillas invadieron mi vida nocturna como una espesa marea[2]. A menudo se me aparecía el toro de cuernos ensangrentados, que me embestía con intención de matarme; o me perseguía una apisonadora por un parque de clavos erguidos;

---

1 Según la leyenda, Buda fue atacado por varios demonios bajo el árbol de la sabiduría y, para ahuyentarlos, se concentró en un mudra donde, de cada uno de sus dedos, brotó un tigre.

2 Sin embargo, las pesadillas son uno de los momentos más aptos para despertar la lucidez onírica

o me golpeaban y no podía gritar, encerrado en una cámara de tortura. Durante años grité dormido, habitado por fantasmas, en un calvario para mí y para mis compañeras de lecho.

Hasta que, al cumplir los veintidós, apareció en casa *La maîtrise des rêves*, el libro de Marc-Alain Descamps: una maravillosa guía técnica para el sueño lúcido. Su impacto sobre mí fue gigantesco: leía el libro conmovido y recordando la natural capacidad que de niño tenía para ser lúcido. Comprendí que mi mundo de sueños estaba ahogado. Y decidí que lo despertaría de nuevo. Más tarde descubriría otros autores que me resultaron fundamentales: LaBerge y Rheingold (*Exploring the World of Lucid Dreaming*), Robert Moss (*Conscious Dreaming*), los trabajos sobre el sueño lúcido de Jayne Gackenbach, Paul Tholey, Susan Blackmore, Montague Ullman... En mi frenética búsqueda, comencé a frecuentar todo tipo de cursos sobre el tema y hasta le robaba sus apuntes y anotaciones a mi padre. Aprovechando mi disciplina, comencé a programarme para despertarme a la hora que quería. Según la posición en que uno duerme, tiene sueños distintos, así que en la mañana, en vez de levantarme bruscamente, cambiaba de postura y los dejaba fluir. Volví a recordar más de cinco por noche. Después los anotaba; pero también los dibujaba, coloreaba y pintaba, añadiéndoles olor, emoción, estudiando dónde se repetían situaciones o lugares, clasificándolos, comprendiendo y decodificando los guiones recurrentes.

Por fin, una noche, regresó la lucidez. Soñé que me hallaba en el puerto de Veracruz, en México, pintando una puesta de sol al estilo de los hiperrealistas. Estaba sorprendido por la rapidez y la perfección de mi trazo, pero cuando despegué la vista del cuadro para mirar al cielo y la volví a posar sobre la tela, había otra imagen en ella: era un escocés con barba pelirroja y *kilt*. Sostenía un bebé con traje de torero y cara de anciana, que chupaba su seno. Y en ese momento comprendí que soñaba. Me di la vuelta y subí por una inacabable escalera mecánica. Cuando alcancé el final, me encontré a las puertas de la plaza de San Pedro del Vaticano, en la que pastaba un hipopótamo gigante que estaba pariendo un Cristo. De su vagina salían chorros de agua que creaban un lago donde se bañaban cisnes que hablaban entre ellos. De repente aparecieron varios amigos vestidos de esmoquin. Consciente y feliz, me acerqué a ellos y les dije: «¡Estoy soñando!». Pero se rieron, me escupieron y me despreciaron. Comencé a sufrir y me dio tanta pena y decepción que desperté llorando. Me di cuenta de hasta qué punto dependía de la opinión de los otros. Me dije: «Estoy ahogado, mendigando aprobación, reconocimiento, amor. No he dejado de ser un niño huérfano que pide ser aceptado y así no puede surgir la magia de mi mundo interior»

.En los meses siguientes decidí prepararme más a fondo y comencé a practicar la meditación imaginativa —una forma directa de acercarse al mundo de los sueños sin estar dormido— de manera más profunda. Creé todo tipo de decorados, exploré tiempos y espacios remotos y me acostumbré a transformar mi mundo interior, a fundir todo límite posible en su seno. Poco a poco, comencé a lograr observar el mundo como si fuera mi propio sueño. Me resultó terriblemente difícil: me distraían las críticas, el deseo sexual... En mis primeros años de juventud sentía deseos de lanzarme a cada instante sobre las nalgas de la primera mujer que pasara por delante. La cabeza se me giraba sola en las calles, provocándome tortícolis a cada paso; los ojos partían cada uno por un lado y apenas tenía energía para pensar en nada más. Pero seguí adelante con total disciplina y, poco a poco, fui calmando al perro verde que era. Traté de dejar de representar un papel delante de los demás: si este mundo soy yo, y yo soy este sueño, ¿por qué estar mendigando amor? Para ya de jugar a ser una personalidad y buscar afirmarla por terror a encontrar que no existes, deja de identificarte con tus límites, que llamas humanos: son la causa de tu sufrimiento. Para eso, acepta desaparecer y fusionarte con la totalidad, donde encontrarás una vara milagrosa de director de orquesta que se deja inspirar por el misterio.

El maestro zen Yasutani Roshi decía que «la ilusión fundamental de la humanidad es suponer que yo estoy aquí y tú allí». Siguiendo esta enseñanza, me decía: «Voy a estar aquí sin pedir, atravesaré lo cotidiano con la voz calma y sin invadir el espacio de nadie, haré el mínimo de gestos que llamen la atención», y me di cuenta de la cantidad de movimientos innecesarios que hacía, de los tics involuntarios, muletillas, automatismos, de mi falta de consideración por el espacio ajeno. Pronto empecé a prestar atención a todas las palabras innecesarias que decía cuando hablaba, a todo lo que era destinado a que me vieran, aceptaran y llenaran mis vacíos. Por fin, empecé a escuchar el silencio y a ver a los otros como si nunca hubiese visto a un ser humano. Yalal ad-Din Muhammad Rumi, el místico y poeta persa, escribió:

Si pudieses liberarte, por una vez, de ti mismo,
el secreto de los secretos se abriría a ti.
El rostro de lo desconocido, oculto más allá del universo,
aparecería en el espejo de tu percepción.

Desde ese momento me fue mucho más fácil encontrar detalles insólitos que me indicaran que estaba soñando. Tales pistas se llaman *signos oníricos*: conversas

con un muerto como algo natural, o con un perro de diez cabezas, o te hablan en japonés y entiendes todo, o hay personas haciendo el amor en medio de la calle como lo más normal del mundo, vuelas, eres otra persona, un espejo donde tu imagen te habla... También busqué en la realidad despierta aquellos signos que pudieran ser oníricos, como por ejemplo: una vieja con un impermeable rosado que paseaba en la lluvia sin tener abierto el paraguas, un niño sentado solo en el fondo de un bar con un ojo tuerto, un camaleón sobre la cabeza de un paseante, un mendigo con un triciclo bajo el brazo en una fiesta elegante, un flamenco rosa en medio de la autopista, un enano con esmoquin en el metro, un diálogo ilógico... En tales casos me decía: «Esto podría ser un sueño, ¿qué haría si lo fuera?». E, imaginando, me respondía: «Me subiría en la mesa, me pondría a volar e iría a la cima de una montaña y allí dirigiría una sinfonía de truenos o convertiría la ciudad en plata. Me transformaría en mujer, sentiría orgasmos femeninos, o experimentaría lo que se siente al parir. Entraría en un agujero negro y me vería cara a cara con la consciencia cósmica». Todo eso —y más— puede realizarse en un sueño lúcido. En ellos se puede todo salvo morir.

Emma soñaba desde niña con un errante sepulturero que la perseguía. Angustiada, escapaba todo el tiempo y despertaba llorando. A partir de una lectura de su árbol comprendimos que él podía representar el terrible miedo a la muerte que su religiosa madre le había transmitido hablándole continuamente del Apocalipsis. Gracias a ese sueño, mantenía una relación con ella a través del miedo. Emma había laborado sobre sus sueños y comprendía que el suyo era un aliado potencial. Pero estaba tan asustada que hasta sufría problemas de insomnio. Le aconsejé que pidiera la colaboración de su pareja y se metiera en la cama con un pijama y tratara de dormir. De madrugada, en la oscuridad, debía aparecer él y sacarla del lecho para llevarla a bailar. Al regresar, harían el amor apasionadamente. En una lectura metafórica era su madre quien, de esta manera, realizaría de algún modo sus nudos incestuosos prohibidos. Al día siguiente enterraron el traje de dormir. Después, Emma hizo una escultura del mismo personaje vestido de blanco y lo puso en un altar. Cuando el sepulturero volvió a aparecer en su pesadilla ya no la asustó: el acto la ayudó a tomar conciencia y, con plena lucidez, le hizo frente y terminó vistiéndole de blanco también en sueños.

SIGNOS ONÍRICOS

Prepararse para vivir un sueño lúcido exige crear en la mente un reflejo condicionado con el fin de que repita en el sueño lo mismo que realiza en la vida diurna. Esto requiere una enorme atención y, de nuevo, me ayudó la vía de la espada: en casa, de niños, nos repetían que teníamos que poner atención en todos nuestros actos. Por ejemplo, cuando se comía había que estar atentos (de una manera muy lúdica, por supuesto) para no dejar caer un solo grano de arroz en la mesa, o una gota de sopa o jugo o miga en el mantel. Además, éste era de color blanco para que pudiéramos ver mejor si tenía manchas. Si caía algo, todos gritábamos muy alto: «¡Atención, atención, atención!». A mí me daban terribles ataques de rabia cuando me despistaba, y mis hermanos me recitaban un haiku de P'an Yun:

Bellos copos de nieve.
Nunca caen fuera
de ninguna parte.

Tampoco había que hacer ruido con los cubiertos en los platos: se comía en silencio. «Cuando se come, se come», repetía Alejandro. Toda la atención estaba puesta en el momento: «No hay más bello instante en este instante que este instante, y éste, y éste...». Claro que yo aún no comprendía el significado del aquí y ahora, que hoy sería para mí como estar en ninguna y en todas partes sincrónicamente, experimentando lo no dimensionado y todas las dimensiones simultáneamente, lo ausente

presente, aquí, mañana y ayer, vibrando en tanto que vacío lleno en perpetua e inmóvil transformación sin límites, oliendo extasiado un crisantemo.

El grito «¡atención!» fue el pan de cada día en nuestra casa, un entrenamiento constante. Para desarrollarla aún más, Alejandro y Valerie dejaban un cordel rojo en los bordes llenos de plantas de un pasillo de trescientos metros de árboles en el jardín de nuestra casa y había que encontrarlo caminando sin detenerse, afinando lo que llamamos visión panorámica. Pero como el rojo es complementario del verde, a veces se pueden confundir. Una vez me quedé ocho horas buscando con la mirada: me llamaban para ir a cenar y no cejé. Y, aunque lloraba desgarrándome los bolsillos del pantalón de desesperación, no me rendí hasta encontrarlo. Había tantas meditaciones y juegos, tantas historias que me fueron transmitidas que hablaban del poder de la concentración... El «¡atención!» de nuestros juegos procede de la anécdota del monje y poeta Ikkyû (1394-1481), que todos los Jodorowsky conocemos de memoria. Un joven discípulo le pregunta: «¿Cuál es el camino más corto para llegar al satori [despertar]?». El maestro le contesta: «¡Atención!». Entonces el monje vuelve a preguntar: «Pero, además de eso, ¿qué más se necesita?». Y el maestro repite: «¡Atención, atención!». Insatisfecho, el discípulo vuelve a la carga: «Ya sé, es lo más importante, sí, pero ¿qué es lo último?, ¿qué viene después?». Él responde: «¡Atención, atención, atención!». Una vez más, el joven se dispone a preguntar cuando el maestro le da un gran palazo en la cabeza, diciéndole: «¡Atención, atención, atención! ¡Ve a meditar!».

Ikkyû fue un hijo no deseado del emperador Gokomatsu. Para protegerlo, su madre lo entregó a un monasterio a los seis años. Al crecer, se rebeló contra el abuso de poder en los monasterios y decidió tomar su particular *vía de la vida misma*: se paseó por burdeles y tabernas, fue amado por las mujeres y le apodaron el monje libertino. El pueblo lo amaba: siempre estuvo en contra del poder religioso corrupto. Se paseaba con un sable muy elegante, pero reemplazó la hoja por un vulgar pedazo madera, y sacándola decía: «Los monjes de esta época son como esta espada: todo en el exterior, nada en el interior». Tratando de emular a Ikkyû, yo intentaba concentrar toda mi atención en el sueño a la hora de tumbarme en la cama. Pero si uno se exige rudamente las cosas, la mente se bloquea. Ejercitarse para el sueño lúcido es más bien una cuestión de paciencia. Y al principio me excedí, pues quise encontrarme enseguida frente a frente con lo divino. Hoy pienso que ver en sueños la unidad que impregna al universo es una ilusión que el hinduismo bautiza con el nombre de maya. Una metáfora, puesto que «encontrar» al dios interior es una especie de utopía. ¿Cómo se va a encontrar lo que uno ya es? Dios más bien se revelaría o se despertaría. Sin embargo, podía aspirar a encontrarme con un reflejo,

una expresión creativa de esa condición, un espejo holográfico, lo que en la India se llama el Atman: la conciencia divina individual, la ilusión más elevada concebible, luz sumergida en Brahman Saguna, lo no nacido o expresado. El místico y teósofo luterano Jakob Böhme decía que dios es inimaginable, pero que se manifiesta con el deseo de conocerse a sí mismo, y que para ello se engendra como un espejo en el que se refleja alcanzando la conciencia de sí. Y diría yo que enamorándose de sí mismo. Cuando al maestro tántrico Abhinavagupta le preguntaron qué es el yoga (que se traduce como «unión»), respondió, acordándose de su maestro Vasugupta:

—¡Estupor!

A veces me obligaba a estar despierto veinticuatro horas al día como parte de mi entrenamiento. Otras, intentaba privarme de sueño durante varias noches seguidas para experimentar con estados ampliados de conciencia, hasta que conseguía alucinar despierto. El 25 de enero de 1990 me había programado despertarme en la madrugada, como todas las noches anteriores, para escribir lo soñado en mi libreta, que volví a bautizar *Cuaderno de sueños sagrados*. «Esta noche —escribí— me despertaré en el sueño y me encontraré frente a frente con la conciencia divina.» Soñé que araba un campo en medio de París, vestido con un elegante traje blanco y los pies descalzos. Me di cuenta de que me faltaba una herramienta y entré a buscarla a un enorme rascacielos. Tenía los techos tan bajos que tuve que doblar las rodillas. De repente me golpeé la cabeza muy violentamente porque estaba apurado, pero no sentí dolor y vi delante de mí un hormiguero en pleno centro de la alfombra blanca. En ese momento me hice la pregunta que había preparado desde hacía tantos meses: «¿Estaré soñando?». ¡Era un signo onírico! «Le voy a dar un puñetazo al techo y no me va a doler.» Así que con mucho valor cerré el puño, lo lancé a lo alto y el techo lo absorbió. Podía hacer lo que quisiera. Me dirigí hacia la ventana que estaba al fondo para tirarme y volar y de repente apareció mi padre vestido con una blanca chilaba de jeque árabe, un sombrero alto y plataformas de cincuenta centímetros en los pies.

—¿Pero qué estas haciendo? ¡Estás loco, te puedes matar! —me regañó.

—No me puede pasar nada —le respondí—, porque estoy soñando.

—Pero qué te pasa —insistió—. Esto es la realidad, no un sueño.

—No. Es un sueño, y tú eres parte de él. Eres mi sueño, eres yo.

Además, te voy a teñir el pelo y la piel de púrpura —y moví la mano y la piel y el pelo se le tornaron púrpura—. Es más, te voy a poner alas —y aparecieron en su espalda dos diminutas alas, y zapatillas de bailarina clásica en sus pies y un tutú del

mismo color. Él se miró en un espejo que apareció frente a nosotros y me sorprendió:

—¡Sí! Es cierto, soy tu sueño.

—Además —añadí—, me voy a tirar al vacío por la ventana y no me pasará nada. Voy a volar, soy libre.

Corrí y me lancé con toda confianza por la ventana. Apareció en el aire un trapecio sin cuerda del cual me sujeté, y me fui a volar. Llegué a la iglesia de Notre Dame de París, donde quise conocer a los masones que la habían construido para que me explicaran las medidas sagradas del templo y sus secretos iniciáticos. Pero cuando llegué al techo aparecieron los mismos personajes de esmoquin que se burlaron de mí en el sueño del Vaticano.

—¿Qué haces aquí? —me dijeron—. Éste no es tu lugar.

Esta vez, sin afectarme, les respondí:

—Ya no les hago caso. Ya no son mis parámetros para existir, ya soy libre. Además, los bendigo porque son una dimensión de mí, son mi sueño, son yo —y me tiré de espaldas al vacío, flotando con los brazos abiertos frente a ellos.

—¿Lo ven?

Sorprendidos, se disculparon humildemente y desaparecieron. Continué mi viaje por la torre Eiffel, la torre de Montparnasse y muchos otros lugares. Pero recordé el propósito de mi sueño: «Encontrarme con la conciencia divina». Vi en el cielo una potente luz prenderse en lo lejano. Seguramente era la misma que vi cuando era niño, acompañado del ser emplumado. Viajé hacia ella de espaldas, alejándome a toda velocidad de la ciudad. Luego tomé distancia del planeta, lo vi alejarse. Entré en el espacio, crucé otros planetas, meteoros, cometas, fui mas allá del Sistema Solar, vi inmensas explosiones galácticas, desapareció la Vía Láctea, contemplé movimientos energéticos en la oscuridad y comencé a sentir un tremendo latido, casi insostenible, a mi espalda. Por fin, pude darme la vuelta y me hallé ante un sol de una potencia y brillo inimaginables. Yo era como una molécula ante su deslumbrante inmensidad, y un tremebundo susto me invadió. El encuentro fue tan potente que perdí toda lucidez. Surgió el terror de morir desintegrado y desperté bañado en sudor.

Tomé aquella experiencia como una lección. Contactar con esa dimensión exigía una fortaleza que aún no tenía. Y mi mente se protegió impidiéndome perder la conciencia de lo que podríamos llamar realidad. Según el psiquiatra y especialista onírico Montague Ullman, ciertos aspectos de los sueños no tienen sobre nosotros los efectos devastadores que producen sobre los sicóticos porque tenemos algún

tipo de mecanismo de protección que la locura desactiva. Éste nos impide entrar en contacto con el orden implícito de las cosas más profundamente de lo que somos capaces de soportar en vida. Ciertos físicos mantienen que cada centímetro cúbico de espacio vacío contiene más energía que la energía total de toda la materia en el universo conocido. Estamos acostumbrados a vivir un mínimo porcentaje de esa energía: si no nos preparamos, no nos puede ser revelada, pues nuestra protección instintiva frente a lo desconocido nos lo impide y nos hace despertar. A ese instinto de conservación, muchos maestros y sabios como Lao Tse también lo llaman *deseos*. En el budismo, se dice que el deseo nace del miedo: ambas sensaciones son diferentes caras de una misma moneda.

«El que anda en el camino de la liberación del yo inferior renuncia a sus deseos como a una carga inútil. Así, entra desnudo en el templo de la iniciación superior: la tumba es el atrio del santo de los santos» (Lao Tse).

Después de este sueño, caminé una mañana hasta la casa de Alejandro para pedirle consejo sobre cómo proseguir con mi exploración onírica. «Tienes que realizar todos tus fantasmas», me dijo después de escuchar mi relato. «Si no, te estarán persiguiendo siempre. Si deseas matar o morir, poseer a una virgen anoréxica o dejarte montar por un unicornio salvaje, ¡hazlo! Ve hasta el fondo, sin límites.» Me tomé su consejo al pie de la letra y, así, en mi siguiente sueño lúcido me entregué a una bacanal en un inmenso palacio oriental con miles de mujeres de todo tipo, color y raza, y aparecieron princesas rubias, pelirrojas, indias, chinas, mujeres inmateriales, elfas, chicas, gigantas, godas de todas épocas y cánones estéticos. Me di cuenta de que en el sueño los gustos eran otros, mi excitación no se desencadenaba según los mismos parámetros que en la vida despierta. Me sacaron la ropa y empezaron a masajearme y lamerme el cuerpo entero con descomunales lenguas que, como serpientes, salían de sus bocas danzando y humedeciéndome con sus salivas perfumadas. Las lenguas se introducían por mi boca, orejas, narices y ano. Flotando en el aire con cientos de mujeres rodeándome, toda la lucidez se me fue al barranco y desperté erecto. Con ello comprendí que incluso en las experiencias de lujuria debía procurar conservar la lucidez. Lo intenté en varios sueños en los que traté de hacer el amor en posiciones imposibles, sin gravedad, con una giganta, una enana, una mujer unicornio y una mujer yeti. Y cuando por fin logré no caer en la autocomplacencia decidí hacer una experiencia sexual que llamaría tántrica, en la que tendría pene y vagina a la vez y conocería a una mujer con pene y vagina para unirnos como un ser andrógino.

Yo estaba vestido de marinero con pantalones cortos al estilo infantil en un apar-

tamento descalabrado. Como me venían persiguiendo, un viejo me llamó y abrió una puerta en el suelo hacia un pozo de piedra. «Vete por allí, aquí todos nos ayudamos», me dijo. Al bajar, salí a una caverna llena de estalactitas que tenía un bosque interior. Las hojas de los árboles eran luciérnagas gigantes de colores. Me senté a observarlas, gozando sin miedo de tanta belleza. Vislumbré una puerta sobre un muro tras los árboles, con dos ojos egipcios grabados. En la antigua civilización egipcia, los ojos eran depositarios de un gran simbolismo. A veces representan al supremo dios solar Re, el derecho, y a la Luna el izquierdo: la unión de los complementos. En ese momento me di cuenta de que soñaba porque los ojos se pusieron a parpadear y moverse. Decidí abrir la puerta y salí al estadio Azteca de fútbol, en la Ciudad de México. Estaba vacío. En el centro del césped había una piedra plana que brotaba de la tierra. Volé hacia ella y comprendí que se trataba de la punta de una pirámide enterrada. Pedí que aflorara a la superficie y así lo hizo: brotó inmensa, mitad dorada y mitad plateada. Feliz, recordando perfectamente el propósito tántrico del sueño, me dije: «No quiero estar más tiempo vestido de niño», y quedé desnudo. Deseé que apareciera una diosa humana hermafrodita. Llegó una mujer de piel azul como un tuareg, con una cola felina, un oscuro falo erecto y la vagina justo encima. Me fasciné y quise tener también una vagina, que enseguida apareció entre mis piernas. Me toqué y me pregunté: «¿Cómo puedo tener esta sensación tan concreta si nunca fui mujer? ¿Quizás tenga una memoria celular femenina por haberme gestado en el interior de una mujer? ¿Tendré la memoria de todas las mujeres y los hombres del pasado inscrita en mis células?».

La mujer se me enroscó y comenzó a acariciarme el miembro con su cola suave y fina de angora. Nos besamos y descubrí que tenía la lengua bífida. Frente a frente penetré su vagina con mi pene y ella la mía con el suyo. Su miembro hirvió en mi vientre produciéndome un placer descomunal, y el mío en el suyo se puso a temblar. Me arañó la espalda y salieron chorros de agua clara, la pirámide comenzó a sacudirse como un terremoto. Su cola creció, nos enroscó a los dos y nuestros sexos crecieron hasta salir por la punta de nuestras cabezas. La fusión fue total; el temblor, insostenible, hasta que explotamos en luz y desperté.

La sensación de triunfo con este sueño había sido gigantesca. A partir de ese momento, comencé a poder soñar lúcido con más frecuencia, primero cada varias semanas, luego más seguido y más adelante casi a voluntad. Fue una gran experiencia, un trabajo de revelación en el que acabé asumiendo que cuando estamos despiertos en realidad no lo estamos y que conciencia y distancia se tienen que cultivar tanto despiertos como en el sueño, porque en general el mundo vive dormido en una gran ola inconsciente y cuando dormimos, en cambio, nos fundimos con la

gran conciencia. Así, somos conscientes cuando dormimos e inconscientes cuando estamos despiertos, estamos despiertos durmiendo y estamos durmiendo cuando estamos despiertos. Como dijo Jorge Santayana, «la vida consciente es un sueño controlado».

Hay muchas personas que viven estrechamente identificadas con su yo racional y que tienen el mundo creativo dramáticamente bloqueado, quizás como consecuencia de vivir en una sociedad que potencia demasiado la vida material y el hedonismo del consumo. El mundo de los sueños, de la imaginación, es menospreciado, visto como algo accesorio y no como un rico valor humano. Cuando alguien no puede soñar su propia vida pierde el mapa de su existencia, como un caballero rígido que, aprisionado por una corbata y unos gruesos anteojos, me consultó porque sufría crisis de agotamiento físico y nervioso desde hacía años. Para dejar fluir de nuevo su energía corporal (y también su rabia acumulada y vuelta intelecto), le aconsejé que comprara un bloque de granito tan grande como pudiera y lo pusiera en medio de su apartamento. Cuando consiguió subirlo a su ático, se puso en marcha con la tarea y, a martillazos, tardó un mes en hacerlo completamente polvo. Cargó el polvo en sacos y los llevó mar adentro en una barca para dispersarlos e integrarlos en el océano. En posteriores trabajos tuvo que viajar a Río de Janeiro y travestirse con plumas y senos falsos en el carnaval para desfilar al ritmo de las escuelas de samba.

SUEÑOS MAESTROS

En mis siguientes etapas de exploración onírica aprendí a desarrollar y afinar el tacto, olfato, oído y gusto. Me entrené en saborear y llegaron piñas y mangos gigantes, mitad tutifruti y elote. Traté de no caer en la gula porque la lucidez se apagaba, pero tomé hidromiel del Olimpo y aprendí a libar el polen de las flores. También afiné mis técnicas, corrí, nadé, salté, volé más rápido que un jet. Podía cambiar el escenario del día a la noche, del verano al invierno. Una vez quise que de mi pecho salieran águilas: se abrió mi plexo y salieron huevos que cayeron al suelo dejando aparecer polluelos blancos que inmediatamente crecieron y poblaron el cielo. Después aprendí a afrontar pesadillas: me dejé aplastar por la apisonadora, ensartar por los cuernos sangrientos del toro con el que sufría desde niño. En una ocasión, lo detuve con el mudra del Buda, capaz de detener el mundo poniendo la palma como si fuera un espejo. Resoplando frente a mí, le pregunté al fin qué deseaba. «Espacio», respondió. Me subí sobre su espalda y corrimos por un bosque de cerezos.

Soñé que un león me perseguía por los pasillos de un asilo psiquiátrico. Me refugié en un cuarto donde un monje zen flotaba atrapado en una enorme tela de araña.

—No huyas de lo que te busca —me dijo—, entrégate a dios.

Hecha la lucidez, decidí salir a un jardín enorme y hacer frente al león. Él se paró a observarme. Era enorme como un rinoceronte. Me arrodillé a sus pies.

—No te tengo miedo. Eres mi sueño. ¡Cómeme, me entrego a ti!

Pero en lugar de enterrarme entre sus gigantescos colmillos, me empezó a lamer con ternura.

En mi siguiente sueño caminaba por un pasillo oscuro de un sótano cuyas paredes estaban llenas de bocas que me insultaban, lo que me reveló estar soñando. Al fondo encontré a un amigo sudoroso. Me pidió que me fuera cuanto antes porque aquello era un centro de tortura. Me enseñó sus cicatrices en el vientre y los testículos (había sido torturado en la realidad), y me advirtió que detrás de una puerta se hallaba el torturador. A pesar de sus protestas, abrí esa puerta y encontré al payaso de McDonald's junto a una silla de tortura y cuatro guardaespaldas musculosos, desnudos y con máscaras de mandril. Yo, voluntariamente, me senté en la silla y me dejé torturar. El payaso me arrancó los dientes y no sentí dolor. Luego me cortó la cara con un bisturí, pero yo no sangraba. Me enterró agujas en el cuerpo y me daban risa. Entonces le propuse cortarme un pie; el torturador lo hizo, pero reapareció de nuevo. Lo intentó con una mano, pero volvió a crecer. Comenzó a desesperarse. Le propuse que me regara con gasolina y me prendiera fuego, pero la llama no consumía mi cuerpo. Y así continuamos hasta que le dije:

—Esto tiene que terminar.

En un abrir y cerrar de ojos, la sala de tortura se convirtió en una tienda de dulces. El payaso se transformó en el buda de la felicidad y sus guardaespaldas en niños. Nos regaló caramelos a todos. Cuando estaba saboreando el primero, desperté.

Cuando era adolescente formé parte de una banda juvenil de la que hablaré más adelante. Un día, como prueba ante mis compinches de mi supuesta hombría, humillé a un muchachito llamado Zansuri, frágil y delgado como una cuerda. Le bajé los pantalones en público y lo arrastré por el barro hasta que consiguió huir entre lágrimas. Durante mucho tiempo me sentí horriblemente culpable. Quince años después traté de localizarle para expresarle mi profundo arrepentimiento, pero, a pesar de mis búsquedas, no logré hallarlo. Así que lo hice venir en sueños y le dije cuánto lo sentía, lo abracé con gran emoción y le expliqué que en esa época no era consciente del dolor que le causaba. Gracias a ese sueño dejé de cargar con mi culpa, y así lo hice con todas las personas con las que había sido injusto, hasta que comenzó a suceder algo muy importante.

En un sueño, volaba y vi a una pareja peleándose violentamente en la calle. Me dije: «En mi sueño no puede haber violencia». Preparé una bola de luz que me

salió del pecho y la lancé contra ellos. La absorbieron sin verme y se encontraron besándose tiernamente. Pensé: «Si es posible arreglar a una pareja, puedo terminar con cualquier guerra». Y me encontré en medio de la guerra de Vietnam. El campo de batalla floreció y todos los soldados, ya sin uniforme, bailaron entre ellos, felices. En otro sueño visité Auschwitz. Los soldados alemanes eran legionarios romanos y torturaban a esclavos africanos bajándolos de trenes y llevándolos a las cámaras de gas. Unas gárgolas enormes guardaban la entrada al campo. Frente a la puerta había una tienda de espejos regentada por niños con armaduras doradas que recogían huesos del suelo. Me vi reflejado, alto, esbelto como una escultura de Miguel Ángel, con un casco dorado y alado. Entendí que soñaba. Me estiré hasta medir tres metros. Regresé delante de las dos gárgolas y las convertí en escarabajos. Me levanté volando con el propósito de detener a los legionarios, los regué con una manguera de energía luminosa que saqué del suelo y todos corrieron a abrazarse. Les dije que construyeran juntos un templo y se pusieron manos a la obra. Me senté a presenciar la escena y me decidí a meditar en sueños sobre la apertura del corazón. Irradié luz del pecho pero, sorprendentemente, un rosal comenzó a salir de mi plexo y las ramas que brotaban se enroscaron por todo mi cuerpo, haciendo florecer la tierra. Fue tan emocionante que perdí la lucidez y desperté.

Con el tiempo, quise seguir experimentando y dejé de intentar probar a los demás que eran parte de mi sueño. No trataría de mostrarme otra vez como un maestro ni como un ser capaz de realizar milagros. Quise guardarme mi lucidez para mí, ser discreto e ir transformando mi mundo de sueños sin decir nada, sin esperar reconocimiento. Para lograrlo descubrí un método muy útil: tomé una llave, la pinté de dorado y la llevé conmigo en la vida diurna, metida en una bolsa que ataba a mi puño para recordar, como si viviera un sueño, que estaba destinada a convertirse en el ángel guardián de mis viajes nocturnos. En un sueño logré pasar la llave al otro lado: deseé que apareciera encima de una mesa y la encerré en mi puño. Esa noche, por primera vez, asistí a mi propio sueño lúcido como un espectador y lo transformé anónimamente. Desde entonces puse felicidad con disimulo donde veía dolor, abundancia donde había pobreza, cambiaba de ropa a la gente que vestía de oscuro, hice llover agua bendita, comencé a cambiar detalles, personas, decorados... Para hacer a la gente de mis sueños más feliz, les ponía un pajarito en el hombro. A un cojo le hacía cruzarse con un bastón en el suelo. Otras veces hacía que la lluvia cesara o que lloviera a cántaros si había sequía.

Una noche aparecieron de nuevo mis burlones amigos de esmoquin. Con mi llave en la mano, decidí acercarme a ellos, me senté a su lado y pensé: «No les diré que son mi sueño, la verdadera humildad es privada». Como siempre, comenzaron a

reírse de mí. Pero esta vez no me dolió. Veía en ellos a niños perdidos, a mi parte desesperada. Usando la llave, comencé a hacer aparecer regalos. Ellos los tomaban felices y los abrían con sorpresa. Les cambié el color de la ropa, puse música y se armó una fiesta. Bailé con ellos: ya eran todos mis amigos.

Así como la llave traspasó al sueño, hubo aspectos de los sueños que traspasaron a la vida diurna. Poco después, en un taxi, con un taxista de un humor de perros como tan a menudo les sucede a los de París, tomé en la mano mi llave e imaginé su vehículo lleno de flores de todos los colores. Le puse un traje de rey, una corona de mariposas flotando sobre su cabeza, e imaginé su cabello largo con trenzas y un asiento más cómodo, de leopardo. Le hice una manicura y pedicura imaginarias y le coloqué un vibrador en las nalgas para las hemorroides, puesto que me dije: «Quizás sea eso lo que le pone de tan mal humor». Lo iluminé de amor, le transmití deseos de sabiduría y paz. Lo que sucedió es que, en pocos minutos, comenzó a decirme que era un bello día y a hablarme de cuánto amaba a sus hijos y esposa. Así comenzamos un diálogo en el que le hablé de la dimensión divina en cada ser y me escuchó con atención. Fue un trayecto muy agradable.

Durante toda esta aventura también aparecieron sueños maestros donde en lugar del yo que guía al sueño es el sueño quien toma su propio rumbo para guiarte. En tales experiencias recibí mensajes directos para realizar actos psicomágicos que por supuesto apliqué en la vida diurna. Las dos realidades interactuaban, queriendo sutilmente unificarse. En la carta número 14 del Tarot, la Templanza, el personaje alado tiene dos vasos en la mano que comunican un fluido o energía que circula entre ellos. Las dimensiones soñada y diurna son como esos dos vasos comunicantes. Como tantas tribus y culturas del pasado han hecho, dejé entrar la una en la otra, convirtiéndolas en una sola para que dancen juntas. Cuando emprendí mi actividad como psicomago y psicochamán, mis actos y ritos comenzaron a crear también un diálogo con los sueños. Ellos transformaban mi forma de soñar. Cuando realizaba un acto o un psicorritual, el sueño me confirmaba después su éxito o me contaba que había abierto con la justa combinación la puerta del bloqueo, reorientando el conflicto.

Cuanto más me orientaba para ser consciente en la vida diurna, más ayudas me llegaban a través de los sueños. Aprendí a utilizar los mensajes que recibía. Por ejemplo, me di cuenta de que tenía una deuda emocional con una mujer a la que hace muchos años traté fatal. Fue en la época en que vivía en Chile, pretendiendo convertirme en una estrella de cine. Se me había subido el estrellato a la cabeza, estaba ebrio de ego. Ella seguramente me había visto actuar. Estábamos sentados en

el bar Jaque Mate, de Santiago, un conocido lugar de encuentro de artistas y actores, y un par de mesas más allá de la mía detecté su mirada fascinada posándose todo el tiempo sobre mí. Una amiga un tanto despiadada hizo una apuesta conmigo:

—No te atreves a romperle un huevo en la cabeza.

Ella, que venía de la compra, llevaba una bolsa con varios, y me dio uno. Salí del bar y llamé a la desconocida a la calle, seduciéndola. Ella, entregada, me siguió, y yo cruelmente le reventé el huevo en la cara. La chica se sintió tan humillada que se puso a llorar, momento en el que comprendí mi vergonzoso acto. Inmediatamente le pedí disculpas, pero seguía desconsolada. Nunca la volví a ver, pero cuando fui tomando conciencia de mi pasado me sentí profundamente arrepentido. Para mí fue un acto de gran crueldad, fruto de mi inmenso egocentrismo. No sabía quién era ni cómo encontrarla. Una noche soñé con la misma situación en el mismo lugar, y la muchacha apareció. La tomé de las manos y le pedí disculpas. Le dije que en esa época pasaba por el periodo más doloroso de mi vida, que lo sentía profundamente. Pero ella me contestó:

—Las disculpas no sirven para nada, lo que tienes que hacer es pagar tu deuda. Quiero una reparación: me debes un millón de dólares. ¡Mándamelos!

Al día siguiente hice un falso cheque por esa cantidad y escribí en él: «Para la bellísima y respetada muchacha del Jaque Mate, por la terrible humillación que te infligí». Lo puse en un sobre con sellos y lo envié a Chile, al bar Jaque Mate, avenida Irarrazábal, Dimensión de Deudas Morales. En ella no es el dinero lo que importa, sino el valor que se atribuye a los actos. Tiempo después le pedí a Alejandro que me firmara un cheque por valor de tres millones de dólares para compensarme por todas sus desatenciones en mi infancia, y siempre lo llevo conmigo, en la cartera. Valerie, en pago de su abandono, me regaló un billete de 50 francos al que añadió un buen montón de ceros, convirtiéndolo en un billete de 50 millones de francos que también tiene un hueco permanente en mi bolsillo.

Después de todas estas vivencias oníricas, tuve un sueño absolutamente revelador en el que me hallaba en la Ciudad de México de noche, en el asiento de atrás de un taxi escarabajo que era en realidad una bañera. Bajé en la plaza Garibaldi, donde siempre hay muchos charros, mucha comida y muchos borrachos. Varios grupos de vendedores me acosaban, como suele suceder allí, y de repente vi brillar entre ellos a un grupo de charros plateados. Al acercarme, me di cuenta de que eran ancianos con cabelleras blancas que les llegaban al suelo e instrumentos

de nácar en las manos. Les pedí que tocaran *Las mañanitas* y cuando lo hicieron regresó claramente el recuerdo del sueño de mi infancia: eran los mismos que se me habían aparecido en mi primer sueño lúcido, en la azotea de las dos Juanas. Comprendí de inmediato que debía regresar allí y pedí a los charros que me acompañaran. Con gran emoción, pude verme de niño: allí estaba Axelito, amarrado al farol, vestido de luto, con pantaloncillos cortos, chaqueta, camisa blanca y corbata, pálido, frágil, con las rodillas plegadas sobre una caseta de perro, amarrado de espaldas a un farol que en medio de la sombra sólo lo alumbraba a él. La azotea estaba cubierta de pasto negro, con las mismas sábanas tendidas tambaleándose. Estaba la pantera negra durmiendo en una esquina, ronroneando bajo un árbol. Hice que me salieran plumas y que brotaran sardinas azules del suelo. Axelito me miró asustado. Comprendí que podía rescatarlo, rescatarme a mí mismo, ser mi propio padre y mi propia madre.

—No tengas miedo, te vengo a liberar.

Lo desaté y le barrí el negro del traje, dejándolo vestido de colores.

—Esto es un sueño y en mis sueños no hay ya más tristeza o sufrimiento.

Ante sus ojos, hice aparecer un jardín, le tomé en brazos y le consolé.

—Ven, vamos a conocer al dios interior.

Lo tomé de la mano y nos elevamos volando, fui con él de frente, atravesando como ya sabía hacer el universo entero. Entramos en la oscuridad y, más allá, vi un punto de luz que empezó a acercarse y crecer vertiginosamente, cambiando de forma, del octágono al cuadrado y a la esfera. Sentí el susto de mi acompañante y comprendí que un niño no estaba preparado para eso, así que decidí protegerlo: mi pecho se abrió y lo integré en mí. Quedé solo hasta que la deslumbrante luz se hizo inmensa. Yo era de nuevo una molécula frente a la inmensidad, pero esta vez estaba preparado. Había esperado largos años para volver a enfrentarme a este momento. Del interior de la luz veía brotar formas espirituales de todo tipo que se integraban y desintegraban en millones de puntos luminosos que danzaban dibujando círculos en el espacio. «Éstas son las conciencias colectivas que sostienen los infinitos universos», pensé. Y me lancé a su encuentro con un intenso placer, dándome cuenta de que lo inmanifiesto se miraba a sí mismo a través de mis ojos, utilizándome como mediador. Entrando poco a poco en esa inmensa luminosidad, crucé junto a energías gigantescas y dancé envuelto en ellas con la rapidez vertiginosa de una explosión atómica. Enseguida comencé a perder la noción de mis límites corporales hasta que llegó un momento en el que ya no había cuerpo. Todo se fue unificando

en la luz y desaparecí, fusionado en ella. Me desperté descansadísimo. Fue uno de los momentos más felices de mi vida: un ciclo se había cerrado y era el comienzo de otro.

El 21 de mayo de 1999 escribí en mi *Cuaderno de sueños sagrados*: «Conoceré a mi futura familia y veré el futuro de la humanidad». Esa noche soñé que estaba en un cine al aire libre. El cielo refulgía iluminado por cuatro lunas llenas. En la gigantesca pantalla estaban acumuladas todas las estrellas del cielo, y ése fue el signo que me hizo consciente de que soñaba. Me situé delante de la tela y, como había programado, exclamé:

—Quiero ver mi futuro árbol genealógico.

De la pantalla comenzaron a salir cientos de seres sonrientes de una increíble hermosura: niños, jóvenes y viejos de colores y razas a veces indefinidas. Un mulato que se parecía a mí pero medía unos dos metros se me acercó.

—Es gracias a tu trabajo espiritual por lo que hoy somos tan felices —me dijo.

Yo me puse a llorar de emoción. Estaba transformando el programa de mi futuro, obrando sobre mí mismo y participando en el desarrollo de una humanidad consciente. Le dije:

—Quiero ver el futuro.

Y me dio una respuesta que fue para mí una clave fundamental:

—¿Cómo piensas tú que va a ser?

—Tal como va el mundo —respondí—, esto puede ir a la catástrofe.

En ese momento, en la pantalla de cine se sucedieron las explosiones y los estruendos metálicos. Hubo caos, no había imágenes claras pero era una sensación insoportable de gran sufrimiento.

—Decide tú —me dijo aquel ser.

Y todo desapareció: la pantalla se quedó en blanco.

—El futuro hay que pensarlo virgen. Empieza aquí. Será amor, consciencia, felicidad —y en ese momento, la pantalla estalló en colores, en una danza de increíble armonía.

Así, aprendí a liberarme de muchas de las imágenes de desastres que me habitaban. Me dije: convertiré la dimensión del sueño en un horno alquímico de sanación. Si puedo programar una actitud desde la vida despierta hacia el sueño,

puedo programar una actitud sanadora desde el sueño hacia la vida despierta. Mi mundo interior lúcido será un canal donde la humanidad entera sane y se libere. Estoy convencido de que liberándome a mí mismo libero al mundo, soy parte de un común organismo social y espiritual universal, y lo que realizo yo, de alguna manera misteriosa se inscribe en la totalidad del Universo. Siento que en los sueños lúcidos estoy unido a la conciencia colectiva de todos los seres, libre de inhibiciones. Por ello, si uno no navega en el sueño lúcido con un propósito de conciencia, la lucidez se pierde. Pero ¿y si el sueño existiera, entre tantas otras cosas, para ayudarnos a programar un futuro consciente? También podría ser una llave, una antena, el centro individual de la red donde todo es centro, una condición fundamental que está presente en todos para participar de la evolución colectiva de la especie y del universo, una puerta por la que circulan todas las dimensiones, no sólo humanas sino cósmicas, futuras, que se perciben disfrazadas con toda clase de imágenes, personajes, símbolos y metáforas, dándonos la posibilidad de danzar con ellas, impulsando una profunda mutación en la humanidad y permitiéndonos un acceso sin límites a lo más evolucionado del ser humano.

En general, todos vivimos como seres fragmentados, tanto en lo social como en lo más hondo de cada uno. Pero el sueño lúcido nos invita a unificarnos. No siempre nos escuchamos a nosotros mismos, y no logramos vivirnos en tanto que unidad; y en el sueño es posible. Hay movimientos en mí que se ven impedidos por las estructuras que me han sido implantadas, impuestas, acorralándome la percepción de la infinitud de vertientes de la inmortal fuente divina que soy. Montague Ullman afirma que «los sueños contienen metáforas que parecen tener el objetivo de empujarnos delicadamente hacia un estado de mayor conciencia[3]». Y esas metáforas, ¿de dónde proceden? Pienso que de lo no manifiesto, de la dimensión divina.

Cada uno es responsable del mundo en el que quiere vivir y decide cómo vivirlo, con milagro o con pesadilla, lúcido o dormido, como un ser de negatividad o como un ser de reluciente magia. Claro que la pesadilla es más fácil, puesto que ésta nunca nos parece una creación nuestra y no nos sentimos responsables. Pero la libertad supone responsabilidad, como escribió Bernard Shaw. Por eso la mayor parte de los hombres la temen tanto.

Los padres de Guido estaban tan preocupados por la guerra de Vietnam, el medio ambiente y los derechos humanos que le transmitieron una visión

---

3 Extrasensory Comunication and Dreams (1979) y Wholeness and Dreaming (1987)

muy negativa del futuro. Durante toda su infancia los oyó decir que el mundo iba a peor, que no tenía remedio. Y cuando llegó a la edad adulta compartía semejante visión sin ponerla en duda. Para liberarse, pegó una minúscula foto de su padre en una canica de cristal oscuro e hizo lo mismo con otra de su madre. Se colocó las canicas sobre los ojos y se los vendó con esparadrapo. Durante tres días permaneció en la cama sin moverse, en ayunas. Al tercero, acudieron a ayudarle un hombre y una mujer, cada uno con la foto correspondiente de sus padres en el pecho. Tras desahogarse con ellos, les pidió que le arrancasen los ojos. Ante su presencia, se levantó y los pisó hasta romperlos. Ellos le entregaron dos canicas de colores alegres a cambio. Juntos, pintaron un cuadro con colores, jardines y cielos muy amplios, y escribieron sobre la tela cosas positivas para el mundo. Una vez lo colgaron en la pared, partieron al bosque para enterrar las canicas rotas. Al día siguiente mandó fabricar docenas de pósters con la imagen del cuadro y durante varias noches salió a empapelar con ellos la ciudad.

EL SUEÑO SIN SUEÑO

He recibido tanta ayuda de los sueños... Ha sido como tener maestros, guías, emanaciones directas de la esencia. Este viaje consistió, ante todo, en aprender un estado de humildad donde ya no es la conciencia de uno la que decide hacer cosas sabias, sino que se dispone humildemente a escuchar lo que el Misterio tiene que decirle y obedece. Fue comprender que no se trataba de querer ser sabio, santo o genio, creador, poderoso, lúcido, sino de convertirse en un canal abierto a la voluntad de la condición original en ti: el dios interior. San Agustín escribió: «Para llegar al conocimiento de la verdad hay muchos caminos; el primero es la humildad, el segundo es la humildad, el tercero es la humildad».

¿No es maravilloso que en los sueños te puedan hablar el mar, las nubes, un paraguas o una enorme pirámide o un grano de sal? Si uno logra percibir todo eso, sólo le queda extasiarse. Eso es lo que hacen tantos chamanes cuando escuchan al Gran Espíritu: aprenden a leer su presencia en todas partes y a interpretar su danza sagrada. Entonces ya no es ni la vida exterior que afecta a la vida interior, ni la vida interior que dirige la vida exterior. Y todo se convierte en un vaivén armonioso marcado por la pulsación de la vibrante ola consciente.

Pero pienso que hay que tener cuidado, y que una búsqueda excesiva de lucidez no es sana: nos puede llevar a la obsesión. El organismo está hecho de tal manera que técnicamente no se puede soñar lúcido toda la noche o ser consciente de que uno sueña todo el tiempo. Hay en nosotros una parte de misterio que seguramente no conoceremos en vida, y eso hay que respetarlo y entregarse. Si habláramos de

dios, ese misterio radicaría en el momento de la reabsorción total o estado de ausencia de dualidad y paz. Esta idea forma parte del tejido metafísico de la tradición india vedanta, que la llama *susupti prajna* (sueño sin sueño). Además, durante el sueño el organismo necesita reorganizarse: se podría decir que muere todas las noches para renacer todas las mañanas, como una especie de reencarnación continua, hasta que se extinga la vida corporal. Así que, después de años navegando en mis noches, decidí que lo mejor sería dejarme tranquilo para que el sueño, lúcido o no, se manifestara de una manera natural. Hoy, cuando aparecen pesadillas, asoma la lucidez y enseguida sobreviene la solución, como si se hubiera creado en mi mundo onírico un reflejo condicionado que actúa solo. En las mañanas, despierto contento y con mucha energía, dispuesto a seguir viviendo una realidad tan bella como uno decide que lo sea.

APÉNDICE 5
UN CAMINO AL DESPERTAR

Los seres humanos estamos hechos del mismo material del que se tejen los sueños: nuestra humilde vida está rodeada de ellos, decía William Shakespeare —y cuán cierto puede llegar a ser—. Pretender que el mundo es independiente de los ojos que lo ven, que uno no participa en su configuración, equivale a vernos como sujetos pasivos de la creación y nos impide enfocar la realidad de una manera dinámica, creativa, espiritual y alegre. No somos unos autómatas genéticos, víctimas de las herencias de nuestros antepasados. Somos cocreadores de nuestras vidas y de nuestra biología, que moldeamos a través de nuestras ideas. A la imaginación se la ha denominado fantasía, mutilando esta visión mágica y transformadora de la realidad: nuestra condición de alquimistas cotidianos. Con ello, hemos provocado la agonía de nuestra visión original del mundo, concreta e imaginaria, fusionada en una sola voz. Ésa es la percepción que existía en las antiguas civilizaciones como la de los aborígenes australianos, convencidos de que la fuente última de la mente se encuentra en la realidad trascendente del tiempo del sueño.

Intentar definir el mundo es, por una parte, una labor de titánica y luminosa exploración; pero también nace del inmenso terror a morir que tiene el ego racional. La excesiva racionalidad es una forma de tratar de inmortalizarlo. Pero el sueño nos enseña que la realidad no es permanente: muta a cada instante. En ella nada es fijo, aunque lo aparente. Los magos renacentistas lo sabían y tampoco hacían distinciones entre la realidad y la imaginación: consideraban la vida como un sueño lúcido

sobre el cual podían actuar. O uno padece la vida como en un sueño dormido o, como en el sueño lúcido, se convierte en mago de sus sensaciones y estados. Si para mi mente el mundo interior y el mundo externo eran uno, iba a hacer de mí mismo un paraíso: me negué a aceptar una realidad cien por cien literal, moribunda y deprimente. El hecho de impregnar al mundo con mi imaginación me llevó a dejar de generalizar. Aprendí a vivir un cotidiano repleto de detalles y a ver cada detalle como único, en un vaivén entre lo que se absorbe y se retorna mutado. «Tomar y devolver lo que se ha cosechado, ésta es la vida del mundo», decía un chamán dogón.

Durante años miré el mundo con el intelecto, tratando de focalizarlo dentro del marco en el que me lo presentaban los periódicos, las noticias, los libros de historia, de ciencia, las fotografías... Al aceptar la común imagen fija que nos une, me fundía en la seguridad de mi tribu humana y me sentía seguro viendo lo mismo que todo el mundo: eso es lo que llamo vivir un sueño dormido. Pero al regar la realidad con imaginación, me impedí perder mi tiempo en criticar y creé un reflejo de continuo don en mí. Si no podía transformar el mundo con mis limitados medios materiales, lo haría en mi imaginación: cada vez que estreché una mano inyecté litros de alegría. Cuando entablé una conversación, mi aliento se convirtió en un flujo de paz. ¿Quién me podía impedir esta forma de terrorismo de la bondad? Me dirán que soy un megalómano, pero prefiero dar lo mejor de mí antes que escupirle mi negatividad al mundo. Así es como comencé a desarrollar mis propias técnicas para lograr soñar de día y de noche cosas hermosas que transformaran el mundo. Para ello, me fijé en laborar sobre los cuatro arquetipos ancestrales que corresponden a nuestras cuatro principales energías: el campeón, el héroe, el genio y el santo. La mayor parte de la gente aspira a realizarse encarnándose en uno de ellos. Son energías que se ponen a tu servicio y ayudan a enfrentar muchas situaciones de la vida, pero también son útiles para desarrollar aptitudes oníricas y una imaginación sanadora.

Primero se obra con el *arquetipo del campeón*, que corresponde a la energía corporal, a la materia y la tierra. Este arquetipo es representado generalmente por los seres que realizan proezas corporales como corredores, futbolistas, boxeadores o combatientes: los dioses del estadio. Es la energía que nos permite afrontar cualquier reto —físico, emocional, creativo, intelectual— y salir triunfantes.Nuestra vida está poblada de pruebas en lo cotidiano, comenzando por el nacimiento. Más adelante, ser feliz es un reto, hacer lo que uno ama es un reto, realizar una obra personal es un reto, ser positivo en un mundo decadente, realizar sueños, producir dinero con lo que uno ama... La vida misma es un reto. Para comenzar todos los ejercicios que propongo, es necesario acostarse en la cama, en el suelo o en el sofá có-

modamente, poniendo música relajante si se desea y, sobre todo, evitando dormirse. Para alcanzar un estado de relajación y comenzar a fijar la atención en otro punto de vista que no sea exclusivamente racional, lo más simple es imaginar colores. Desde los pies a la cabeza, se visualizan todos los colores del arco iris pasando por nuestro cuerpo: en los pies, deja venir el rojo como un chorro de luz líquida o piensa en objetos de ese color flotando a tu alrededor. Luego el naranja hasta las rodillas, los muslos de amarillo, las caderas de verde, el vientre, el pecho, brazos y espalda azules, cuello violeta y cabeza índigo. Cuando estés relajado, imagina un cordón de luz plateado y dorado a través del que comienzas a salir de tu cuerpo, ligero y transparente. Sube al cielo, sobrepasa las nubes, sal de la atmósfera y aléjate del planeta hasta que quede atrás como un punto en el firmamento. Comienza a ganar velocidad, atraviesa todo el universo y llega a una gran puerta, como si tuviera un límite. Deja que te lleve a una isla. Pueden venir a buscarte sirenas, caballos de fuego, carruajes con ancianos luminosos, animales... A lo lejos, escucha a la gente aclamando tu nombre. Acércate y descubre que al pie de la playa se abren las puertas de un inmenso estadio. Entra en una antesala donde vas a crear tu cuerpo de campeón. No te pongas límites: incorpora en ti un esqueleto metálico y elástico, piel de rinoceronte, puedes ser hombre o mujer, o mitad animal y mitad humano, o ir cambiándolo a medida que se desenvuelve tu viaje. De allí, saldrás a la arena, con las gradas repletas de cientos de miles de espectadores que aclaman tu nombre. Llama a tus competidores: gigantes veloces, fuertes. Los afrontarás ante todo tipo de pruebas e irás adaptándote, cambiando de cuerpo según el reto. Salta edificios enteros, corre distancias infinitas en un segundo, levanta planetas, lanza asteroides y triunfa siempre. Por fin, arma una gran maratón con gente de todos los confines de la galaxia, con todos los campeones y campeonas de la historia pasada y futura. Invita también a todo tu árbol genealógico. Gánalos a todos y recibe una copa que introducirás en tu pecho, integrando la energía del triunfo. Después, combate contra todos los seres que te han dañado y humillado, tus agresores, todos los que te asustaron, hasta desintegrarlos para convertirlos en joyas, pedazos o monedas de oro que integrarás también en tu pecho. Esos combates los puedes llevar a cabo con todo tipo de instrumentos o armas, pero también puedes vencer solo, sentado, levantando la mano o abriendo los brazos, desintegrándolos con tu energía de amor. Después, combate todo lo que te sientas incapaz de sobrepasar o vencer, haz venir tus angustias, miedos, celos, rabias, negatividad, impulsos incontrolables, vanidades, inhibiciones, tus falsos yoes, tus prohibiciones, fantasmas, espíritus, entidades, demonios, maldiciones, hechizos, sortilegios, etcétera, y dales forma para después desintegrarlos. Por último, te dirigirás al centro del estadio y serás coro-

nado por millones de personas que te honran arrojándote pétalos de flores. Con la luz de tu pecho, baña al estadio por completo y enriquécelo. Lo que vences se convierte en un tesoro para el mundo.

El héroe, la energía instintiva, es aquel que, con todo su valor, se enfrenta y entrega a la muerte (transformación) y en cierta manera la vence, inmortalizándose. Este arquetipo es representado por los grandes guerreros, los samuráis, héroes bélicos, mitológicos, y también los chamanes y los budas, a los que llaman «héroes del despertar» porque afrontan y asumen su propia muerte: la muerte del yo, y resucitan en un proceso continuo, como el ave fénix. Nos ayudará a enfrentar el miedo a morir que también vive el intelecto y el instinto de conservación. Ayudará a aceptar la metamorfosis de la identidad. Con esta energía afrontaremos las imágenes de muerte de las que huimos y que a veces nos causan terribles angustias. Con ella nos prepararemos para hacer frente en los sueños a situaciones relacionadas con la muerte.

Después de relajarte y de llegar a la isla, encuentra a una multitud en la playa y deja que te agredan, que te corten en pedacitos, que te aplasten. Después, escapa hacia un campo de minas y explota con ellas. Un grupo de soldados te detendrá y te fusilará allí mismo. Levántate y huye, y déjate alcanzar por un rayo que te reduzca a hollín. Unos caníbales te devorarán. Sigue hasta que tomes distancia y pierdas todo miedo a pensar en tu propia muerte. Poco a poco te acostumbrarás y vivirás el proceso como un juego, lo que cada vez te dará más energía, hasta el momento en que harás venir a la propia Muerte materializada en un ser, el que tú quieras, y la desafiarás a un combate. En ese momento comprenderás que jamás podrías vencerla, y que la única solución para hacerle frente es incorporarte a ella, convirtiéndote tú mismo en la muerte, integrando el hecho de que vida y muerte son un mismo proceso.

El genio es aquel que crea sin restricción alguna, el inventor, la energía intelectual. Es el que se hunde en el proceso creativo sin límite alguno. Es un canal, una fuente inagotable. Pintores, músicos, matemáticos, poetas, en cualquier arte o acción en la que el genio se desenvuelva siempre será absolutamente original. Vivir este arquetipo permite sumergirse en la creatividad de la divinidad interior. Está latente en todos los seres humanos: desvelarlo y desarrollarlo produce éxtasis. Permite descubrir mundos insospechados y vivir un proceso de exploración continuo de lo que nunca acaba de ser parido, sobrepasar límites y darse cuenta de que si uno lo decide interiormente todo es posible. Desarrollar al genio ayuda a terminar con complejos, asumirse como el creador que todo ser humano alberga en su interior.

Esta vez, siguiendo el mismo proceso, aléjate del universo hasta ponerte a flotar en medio del cosmos. Allí, en la nada, vas a comenzar por llamar a objetos simples o animales cotidianos, como un pájaro. Al principio, aparecerán uno o dos conocidos. Lo que hay que hacer es dejar que una catarata de pájaros brote por todas partes, de todas las especies, colores y tamaños. Haz lo mismo con relojes, tenedores, casas, árboles, flores, frutas, cuadros, esculturas... Cruza todos los objetos posibles con otros objetos o con animales, que sean medio diamante, foca, trueno y águila, ponles mil cabezas, cuarenta sexos, patas de leopardo, cuerpo de medusa, tres cerebros flotando fuera de ellos, cámbiales de color, de piel, de pelo, el orden de los órganos, conviértelos en mitad tiburón, mitad niño. Ve más lejos: como un director de orquesta, crea un sistema universal completo, con planetas y estrellas, y en cada uno crea vida con animales, seres inteligentes, dioses, demonios, civilizaciones... Deja venir todos los objetos, animales y cosas que tu imaginación te entregue, por miles y millones. Si repites la experiencia regularmente, al cabo de poco tiempo tu cerebro despertará a la capacidad de darte respuestas imaginativas a toda clase de situaciones, enfocadas desde muy diversos puntos de vista.

El santo, la energía emocional, es encarnado por todos los seres que se entregaron incondicionalmente a dios, abandonando por completo la voluntad, el yo personal, fundiéndose en el misterio: bondadosos, humildes, seres de corazón, seres de fe, canales del amor divino, curanderos, doctores, santos, hombres y mujeres dedicados a la obra espiritual humana. Desarrollar este arquetipo es desarrollar tu entrega al dios interior y la confianza en él. El siguiente ejercicio consiste en abandonar plenamente la voluntad, dejar que esa condición haga lo que quiera contigo. Es un momento de don absoluto sin retención. Antes, realizaste tres ejercicios para prepararte para la entrega de tu ser: todo camino debe desembocar en el corazón, porque es allí donde según tantas culturas reside la verdadera fuerza. «Quien no ama permanece en la muerte», dice la primera epístola de Juan (3:14). Para realizar esta meditación, viaja de nuevo hacia ese estado de suspensión en el cosmos. Allí, entrégate a la inmensidad diciendo: «Haz de mí lo que quieras». Sé una molécula entregada a la voluntad divina. Te convertirás en un amante incondicional y te dejarás poseer por todo lo que acuda, que te integrará y desintegrará a voluntad. Este ejercicio desarrollará la confianza en que hay un principio en ti al que te puedes entregar, permitiendo que actúe en

cualquier situación. Por último, haz venir a enfermos, tullidos, deformes, a tus familiares que sufren, y a toda la humanidad sufriente, y sánalos. Vivir estos cuatro arquetipos ha sido un aporte esencial para una meditación creativa. Siempre los tengo presentes y los voy desarrollando cotidianamente. Estos arquetipos me han

ayudado en todo lo que he emprendido. Cuando me encuentro una dificultad o necesito ayudar a alguien, siempre puedo contar con ellos.

6. EL REVÓLVER DE JAIME

Moi, je vais vous porter; vous, vous serez mon guide:
vos yeux dirigeront mes pas mal assurés;
mes jambes, à leur tour, iront où vous voudrez.
Ainsi, sans que jamais notre amitié décide
qui de nous deux remplit le plus utile emploi,
je marcherai pour vous, vous y verrez pour moi.
Jean-Pierre Claris de Florian, *L'aveugle et le paralytique*

En el otoño de 1995, durante un prolongado ensayo teatral, sentí un repentino ahogo, me senté a reposar sobre una vieja butaca y me solté a llorar. Se mezclaban muchos días de intensa labor, los nervios del estreno que se avecinaba y el papel que ese día no quiso brotar. Salí a tomar aire y descendí galopando la interminable escalinata que desemboca en la calle Maipú, situada en los barrios más vetustos de Santiago de Chile. De la prisa, tuve que detenerme a respirar. Al alcanzar el final de la escalera, hallé a mi ex esposa Verónica con la cara bañada en rimel hasta el cuello, tratando de esbozar una amable y tímida sonrisa. Remolcaba su tacón roto como el badajo de una campana. Emanaba el olor de haber fumado diez cajetillas de cigarros y, sin decir una palabra, me condujo de la mano hasta el jardín infantil que se encontraba al otro lado de la acera. Ceremoniosa, se situó ante mí y me tomó de los hombros.

—Es irremediable lo que te tengo que anunciar —confesó—.

Tienes que ser fuerte, muy fuerte. Estoy contigo...

En el lapso de un segundo de silencio, le imploré a la eternidad que no me arrancara a nadie. Pero no fui escuchado.

—Tu hermano Teo ha muerto.

Cuando resonó el último eco de ese bendito nombre, yo ya había azotado el suelo. Desperté medio ausente y, sofocado, me dejé remolcar a duras penas hacia nuestra casa, donde, febril, busqué una foto de mi hermano antes de arrojarme al abismo de mi cama, de donde no resurgí hasta después de varios días. Verónica no sólo me había anunciado la muerte de mi hermano menor, sino también la de mi mejor y más íntimo amigo, aliado y cómplice.

Maurice Maeterlinck pensaba, como tantos otros, que la muerte no existe. Chateaubriand añadió que es más dura asumirla que padecerla. Y cuán cierto fue para mí ese día: durante décadas aprendí que la muerte es un proceso que forma parte de la vida, un baile extático de complementarios; que nada muere y nada se pierde en realidad, pues todo es dios, todo viene de dios y todo va a dios. Pero dios es sólo una palabra que intenta describir lo que no puede ser descrito: el incognoscible del que hablaba el maestro zen Ikan. Una vez, un monje le preguntó sobre la naturaleza del buda, una cuestión que habitualmente forma parte del modo de entrenamiento para despertar a los monjes.

—Maestro —dijo el discípulo—, ¿tiene usted la naturaleza del buda?

Ikan contestó que no, a lo que el monje respondió:

—Todos los seres sensibles tienen la naturaleza del buda. ¿Cómo es que sólo usted, maestro, carece de ella?

—No me cuento entre los seres sensibles —respondió Ikan.

—Si no se cuenta entre los seres sensibles, ¿es usted un buda o no lo es?

—No soy un buda —resolvió el maestro.

—¿Qué clase de cosa es entonces?

—Tampoco soy una cosa.

—¿Es algo que puede ser visto o pesado?

—Incluso si intentas pensar sobre ello y conocerlo, serás incapaz de hacerlo. Por lo tanto, se le llama incognoscible.

A través de esta anécdota, Ikan nos enseña a diluirnos, a fusionarnos sin buscar comprender intelectualmente lo que es imposible comprender. Nos invita también a

entregarse por completo como ofrenda a lo que uno ya es. Vencer el desesperante miedo a desaparecer, ofrendarse a lo insondable, dar un paso en el vacío son los fundamentos de las tantas filosofías con las que me habían educado. No hay nombre, no hay silencio ni ruido, no hay nada más allá. Todo es una gran carcajada en medio del perfume de una invisible flor de un tiempo sin estaciones.

DIOS ES CANÍBAL

Desde muy temprana edad me familiaricé con la idea de vivir la muerte como una compañera y amante, hasta no temerla y ser uno con ella. En Oriente se tiene un concepto de la muerte que poco tiene que ver con el occidental. «La muerte es la motivación suprema del samurái y el que la tema o la esquive cesaría de ser samurái.[1]» En palabras de don Juan Matus, el famoso maestro de Carlos Castaneda, «cada pizca de conocimiento que se convierte en poder tiene a la muerte como fuerza central». El propio Castaneda escribió:

La muerte es un remolino;
la muerte es una nube brillante en el horizonte;
la muerte soy yo hablándote;
la muerte sois tú y tu cuaderno de notas;
la muerte no es nada.
¡Nada!, está aquí, pero no está aquí en absoluto.

Vivir es dejar atrás los millares de esqueletos de los seres pasados, viejos caparazones chamuscados, efímeras fogatas ardiendo en fiesta, salir de cada instante como de un par de zapatos viejos de los que uno se desprende sin arrepentimiento. Recuerdo que, a los siete años, acompañé a Alejandro a conocer a la chamana

1 *Yukio Mishima: Lecciones espirituales para los jóvenes samuráis*

María Sabina en una ascensión por una ruta toluqueña a dos mil metros de altura, en un jeep destartalado con el que bordeábamos los angostos desfiladeros sin reparar demasiado en el peligro de despeñarnos. Como iba sentado sobre sus rodillas, en el asiento delantero, cerraba los ojos aterrado. Él se dio cuenta y me dijo:

—¡Abre los ojos, Axelito! No hay que temerle a la muerte. Si se presenta, mírala de frente. ¡La materia se funde, el espíritu invisible no. Si nos despeñamos, seremos como la gota: regresaremos al imperecedero e infinito océano. ¡Comportémonos como samuráis!

—¡Pero te tiemblan las manos! —le contesté—. ¡Y estás chorreando de sudor!

—Es cierto, es verdad que tengo miedo. ¡Pero no soy cobarde! No es el miedo lo que nos debe impedir nada. Al contrario: es un motor.

¿Qué motor? Yo sólo oía el traqueteo de mi corazón, que iba tan rápido como el del auto. Quería ser capaz de comprender esas ideas, que Alejandro —bendito sea— me transmitía como si fuera un adulto. Pero el miedo me atrapaba y, en la siguiente curva, le enterré los dedos en las piernas hasta agujerearle los pantalones. Él, tranquilamente, me tomó de las manos.

—No hay nada que temer de la muerte, Axelito. Morir es aceptar que se desvanezca la ilusión de nuestros egos. Si morimos, afrontémoslo con valentía y con belleza, como una gran fiesta.

—Pero ¿cómo, Alejandro? —le imploré con desespero—.¿Acaso conoces a alguien que haya muerto feliz?

—¡Claro! —me constestó—. El pintor inglés William Etty murió diciendo: «¡Magnífica, magnífica, esta muerte!». El escritor Charles-Louis Philippe exclamó: «Dios mío, qué bello», y murió sonriendo. Así que ¡coraje! ¡No le temas a lo que no existe!

Sólo entonces me atreví a abrir los ojos como platos y ambos fijamos la mirada en la inmensidad de los barrancos de Toluca como dos auténticos valientes. Y poco a poco nos fuimos riendo por los saltos del auto, que nos recordaban los juegos mecánicos o la montaña rusa. Llegamos pálidos pero felices. ¡Cuánto me marcó ese momento! Fue una lección inolvidable. Me llevó a tomar conciencia desde muy temprana edad de que lo que uno llama muerte está presente en cada uno de nosotros como un proceso de mutación. Es más: somos la muerte misma. En este mismo instante, millones de células se desintegran en nuestro organismo, son el alimento de otras que nacen, y por tanto las integran. Somos un universo que se retroalimenta. Nuestro cuerpo es combustible para que el cosmos mute. Somos el alimento de la conciencia que nos alimenta. Dios es caníbal. La muerte es sólo un fenómeno de

transformación de su cuerpo universal. Nada muere, por tanto. Tchouang-tseu decía: «El que le teme a la muerte es un niño perdido en busca de su casa».

Tantas lecciones me han ayudado a vivir, a procesar mi dolor. Pero superar el duelo por Teo me llevó años. Su muerte tenía que ser útil, había que darle un sentido, como a todo; aprender de ella, porque sin duda había algo que aprender. Su prematura desaparición era la señal de que algo no estaba solucionado en nuestra familia. Aquella tragedia venía para reorientar el comportamiento del clan: si lográbamos comprender su significado, podríamos poner punto y final a una estructura genealógica errónea.

Después de aquellos días infaustos, unos destrozados Alejandro y Valerie me reencontraron en Chile, tras dos años sin vernos. Sosteniéndose a duras penas como un guerrero herido, la primera palabra que me dijo mi padre fue la que una semana antes le había dicho Ejo Takata, al cual había acudido buscando algo de consuelo.

—Duele.

En la muerte no había nada que hacer. Dolía y era inevitable, como cuando te sacan un ojo de la cara. Al llegar a mi casa, nos sentamos solos en un sofá y, con la boca seca y llorando, me dijo:

—Cristóbal, ya casi no logro sostenerme. Me he pasado toda la vida estudiando doctrinas que afirman que la creación entera es maya, una proyección ilusoria de dios. Quizás Teo fue una ilusión. Pero ¡qué bella ilusión!

Durante años no volvimos a hablar de esa bella ilusión. Cada vez que citábamos a Teo, Alejandro y Valerie se ahogaban de dolor. Y lo comprendo. El maestro Sengai recibió en una ocasión la visita de un hombre muy rico que le pidió que escribiese algo para que su familia pudiera mantener la prosperidad de generación en generación. Sengai tomó una hoja de papel de arroz y escribió: «El padre muere, el hijo muere, el nieto muere». Indignado, el rico le gritó:

—¡Te he pedido que escribieras algo para la felicidad de mi familia y tú bromeas!

Sengai le respondió tranquilo.

—No estoy bromeando. Si antes de ti muere tu hijo, tu dolor sería intenso. Si tu nieto se va antes que tu hijo, tanto tú como él os sentiréis destruidos. Pero si tu familia muere en el orden que he descrito, nada habrá alterado el orden natural de la existencia. Yo a eso lo llamo la verdadera riqueza.

Mi bisabuela Jashe Arcavi, madre de Sara Felicidad, perdió a su hijo José y

sufrió terriblemente. Tanto, que su hermana Shoske le puso José a su siguiente hijo para tratar de consolarla. Mi bisabuela Teresa Groismann, madre de Jaime y Benjamín, también perdió a un joven José. No superó la amargura de su desaparición y, según el mito familiar, se enfadó con dios. Teo quiere decir dios. Heródoto escribió: «La paz es el tiempo en que los hijos entierran a los padres. La guerra es el tiempo en el que los padres entierran a los hijos». Y, efectivamente, en mi clan se libraba una guerra escondida que tenía relación con aquellas lejanas muertes del árbol. Pese al dolor que supuso remover la herida, no podía correr el riesgo de cerrar la de Teo con la flecha dentro. Tenía que comprender, aunque una muerte es tan difícil de comprender como una vida. Y, sobre todo, tenía que evitar que ese ciclo familiar de corderos entregados al sacrificio se volviera a reproducir en el futuro.

Cuando nacieron mis hijos Damián y Dante, enseguida se creó entre ellos un conflicto que la psicogenealogía llama un *puesto para dos*: Damián le arrebataba los juguetes a su hermano menor y lo invadía corporalmente, tal como había sucedido entre Teo y yo. Los nombres de *Da*-nte y *Da*-mián son muy parecidos. Nacieron con once meses de separación: en cierto modo, eran la metáfora de un mismo ser. Además, había otra serie de lazos que me hicieron sospechar que ese conflicto de puesto escondía en realidad otro conflicto genealógico mayor: Dante nació el 17 de octubre, Teo el 14 de julio. Dan-*te* y *Te*-o también son nombres parecidos. La concepción de Teo sucedió en octubre, alrededor de la fecha de nacimiento de Dante. Pudo incluso ser el 17: nueve meses justos, una nueva *fecha conmemorativa* de la genealogía. Cuando se buscan los lazos escondidos en el árbol, hay que comparar las fechas de nacimiento con las fechas de concepción. Si coinciden, es que hay lazo. Dante fue sietemesino a causa de una infección. Cuando mi madre estuvo encinta de Teo, un doctor le diagnosticó una infección similar y tuvo que tomar antibióticos, por lo que mi hermano nació muy pequeño y desnutrido. En la infancia fue algo débil, al igual que Dante en sus primeros años.

Todo se esclareció una tarde en que, sentados con mis padres en un parque, veíamos jugar a mis hijos.

—Mira cómo Damián se le echa encima a Dante —me hizo notar Alejandro—. Parece que quiera comerse su espacio. Tienen un conflicto territorial.

Eran exactamente las palabras con que siempre describía mi relación con Teo.

En esa época, Damián ya sabía que yo no era su padre biológico y lo deploraba mucho. Desde su nacimiento, mi hijo había sido un motivo de duda para mí, tal como Brontis lo fue para Alejandro: la desconfianza de mi padre hacia su paternidad dejó una profunda huella en mi interior, hasta tal punto que finalmente reproduje el mito

que tanto escuché en mi infancia.

Mi ex mujer y toda su familia me escondieron la verdad: se había quedado embarazada de otro hombre y me hizo creer que yo era el padre durante cuatro años. Cuando me enamoré de ella aún buscaba llenar el inmenso vacío emocional que me dejó la relación con mi madre. Y, sin duda, ella la representaba perfectamente: tanto Valerie como Verónica eran hijas con padre ausente. Era una época de libertad sexual, en la que vivíamos nuestra relación con muchas licencias. Cuando quedó embarazada, reafirmamos nuestro compromiso y nos casamos. Pero Damián nació con la nariz respingona y pronto tuvo el pelo crespo, como su genitor biológico. Yo estaba tan ilusionado con su nacimiento que tenía la verdad ante mis ojos y no pude verla. Sin poder entenderlo, exclamé una y otra vez: «¡Qué raro, Damián se parece a tu ex novio!», mientras Verónica ponía cara de pasmo y se esforzaba en negarlo entre balbuceos. Y por miedo a perderme, queriendo reparar el daño, quiso parir otro hijo inmediatamente. Me dijo que mejor encargar dos al mismo tiempo. «Donde hay lugar para uno, hay lugar para otro —contesté—, nos amamos, así que vamos, ¡adelante!» Dante nació once meses después. Durante aquellos primeros años, Damián tuvo amigdalitis y ataques de asma: se ahogaba de tal manera que teníamos que abrir la puerta del congelador y ponerle la cabeza dentro para que pudiera respirar. Su organismo quería romper el muro de silencio creado a su alrededor.

Cuando su padre supo que tenía un hijo quiso verlo y le prometió muchas cosas, pero poco después comenzó a abandonarlo. Damián sufrió una terrible decepción. Tenía la impresión de no tener padre alguno aunque yo estuviera cerca: exactamente como a mí me ocurrió con Alejandro. De esta manera, se afianzaba todavía más en él la sensación de que su hermano Dante tenía derechos de los que él carecía. Como me ocurrió a mí con Teo. Comenzaba a quedarme claro que, en el proceso de identificación genealógica, se habían establecido dos organismos: Benjamín, Alejandro, Teo y Dante eran un mismo ser; Jaime, Damián y yo, éramos otro. Uno puede ser varias personas a un tiempo, como diapositivas interpuestas. Los puestos que ocupamos en la hermandad familiar son, generalmente, una metáfora de lo que vivieron nuestros padres y nuestros abuelos. Sin sospecharlo, yo mismo me había identificado con Damián, y a Dante con Teo. Mis hijos estaban cargando con el conflicto de tres generaciones de los Jodorowsky. Al mismo tiempo, Valerie identificó a Teo con su hermano Alain, también segundo en orden de nacimiento, que había recibido todo el amor de mi abuela Sheila mientras a mi madre sólo le tocaron las migajas. En el vientre, el hecho de haber tenido que tomar antibióticos pudo hacer que Valerie viviera el embarazo de Teo como un conflicto, como una enfermedad que quería curar.

La transmisión genealógica de este tipo de patrones estructurales es un fenómeno que no sólo nos pertenece a los seres humanos. En ciertos vegetales se ha podido observar que, cuando se produce una mutación genética como adaptación a un peligro en una zona geográfica concreta, a cientos de kilómetros se opera la misma mutación en la misma familia de vegetales sin que en ese lugar haya peligro alguno. Es como si existiera una invisible frecuencia colectiva que une y comunica, permitiendo algún tipo de aprendizaje a distancia[2]. En el ser humano, podríamos hacer un símil con la llamada frecuencia familiar: recordemos que una dimensión de nosotros mismos vive a la genealogía como un solo ser.

Cuando sucede un proceso de intenso dolor, a veces un organismo tiene que sacrificar una parte de sí, como un número concreto de células, para lograr sanar. Animales como la lagartija tienen también la facultad de poder sacrificar una parte de sí mismos —como un trozo de cola— en caso de ser atrapados por algún predador. Las abejas y las hormigas sacrifican su vida instintivamente por la reina o por el colectivo: la noción de sacrificio como solución está también en nuestra naturaleza. Yo me preguntaba qué tipo de solución podía representar la terrible muerte de Teo en la cura de algún mal dentro del organismo colectivo de los Jodorowsky. El conflicto arrancaba con Jaime y su hermano Benjamín. Es posible que la mente de mi abuelo llegara irracionalmente a la conclusión de que si Benjamín no hubiera existido, podría haber recibido el amor y la admiración que le faltó de sus padres. La conclusión fue heredada por Alejandro sin darse cuenta: si Benjamín no hubiera existido, Jaime no lo habría torturado y negado a mi padre. Tampoco habría existido el inmenso conflicto entre Alejandro y yo, con la consiguiente reproducción de esta estructura genealógica en mi relación con Teo, que por suerte pudimos solucionar antes de que muriera.

Pronto asimilé que, si uno no realiza su labor personal, actúa guiado por el enjambre de nudos no resueltos de la genealogía, que se manifiestan despiadada y repetitivamente en nuestras vidas y actitudes. Así, tras la muerte de Teo me tocó entender que nadie tenía ninguna culpa, sino tan sólo una enorme inconsciencia. Él cargaba con varios fantasmas y entidades de mis dos ramas familiares. Su muerte pudo ser la solución que la dimensión genealógica eligió para terminar con las viejas disputas, en una estrategia del organismo familiar para sobrevivir. Enfocar así la muerte de un ser querido permite laborar profundamente sobre la tragedia, sin

---

2 El biólogo Rupert Sheldrake ha descrito en su controvertida teoría de los campos mórficos que toda materia está relacionada con un campo de memoria capaz de guiar la formación de estructuras naturales.

odios o desencuentros, sin permanecer eternamente en el lamento y el dolor. Otra manera de elaborarlo es el olvido: cuando la comprensión se hace impensable, tampoco existe necesidad de forzar lo que no llega de una manera natural. Pero a menudo el olvido deja anclados al árbol el conflicto y la violencia. Ante eso, siempre será mejor encarar los nudos. «Si no está en tus manos cambiar una situación que te produce dolor, siempre podrás escoger la actitud con la que afrontes ese sufrimiento», escribió Viktor Frankl.

Una mujer que había sido torturada y perdió a su marido, asesinado por los militares, me dijo que, por más esfuerzos que hiciera, le era imposible perdonar. Le pedí que comprara un puerco gigante de peluche y lo llenara con los kilos de carne correspondientes a la edad del dictador; que lo cosiera, le pusiera una gorra de general y una foto del tirano en la cara. Ese peluche fue pateado, acuchillado y machacado hasta el cansancio. Después, dio de comer la carne a los perros de la calle, viendo cómo la devoraban. Los restos fueron enterrados junto con la gorra y el peluche, con una violeta encima. Cuatro meses más tarde, me escribió para contarme que la visión de la cara del dictador en los periódicos ya no le afectaba igual: «Mi rabia se ha suavizado y ahora puedo hablar del tema sin ahogarme de dolor. Tengo la calma que necesitaba, sobre todo ahora que el dictador está siendo procesado por sus crímenes». Tras este asunto, escribí al ministro de Cultura de ese país para proponerle que repitiéramos este acto de manera colectiva, como un evento de sanación artística contra el dolor causado por la dictadura. Mi idea consistía en llenar de carne cientos, miles de gorrinos con la foto del dictador y colocarlos en fila en una céntrica y emblemática plaza de la capital para que todos los torturados y familiares de desaparecidos —junto con los niños y nietos que no tuvieron padres— pudieran apalearlos hasta la extenuación. Por último, todos subirían en procesión con los marranos en brazos a un cerro cercano para enterrarlos y plantar un gigantesco bosque de manzanos abonados con la carne del dictador —con lo que además contribuiríamos a luchar contra la deforestación—. Una vez que dieran manzanas, haríamos con ellas cientos de tartas para celebrar una gran fiesta. Pero mi carta nunca recibió respuesta.

DIEZ CINTURONAZOS

Cuando le expliqué a Alejandro mis conclusiones acerca de la repetición genealógica que se estaba produciendo en nuestro clan, me dijo:

—Tenemos que hacer algo, esto no puede seguir dando vueltas en la familia. Dante y Damián no pueden cargar con este conflicto y arriesgar sus vidas. Además, debemos liberarte a ti también: te he proyectado a Jaime toda mi vida, hasta hoy. ¡Fui un padre terrible!

—Tú mismo me transmitías —le respondí— la enseñanza del Buda que decía: «El dolor está permitido. El sufrimiento, no». Te comprendo, Alejandro. Tuviste una educación salvaje de la que saliste adelante de milagro. Luchaste, hiciste un trabajo sobrehumano para tomar conciencia y subir un peldaño en la evolución del árbol. Tu dolor era inmenso, y el de Valerie también. Además, no teníais los elementos de análisis que tú mismo creaste más tarde. Sin embargo, lo que está tejido no se destejerá solo. Si hay conflicto entre Dante y Damián es que todavía hay algo que solucionar entre todos nosotros. Y creo que ese algo es tan profundo que aún no nos hemos enfrentado a ello.

Era urgente ponerse manos a la obra. Ya habían transcurrido diez años desde la muerte de Teo. Así, me presenté de nuevo en la avenida Daumesnil de la mano mi madre y de su amiga Aurora, una encantadora terapeuta y actriz de avanzada edad, a la que pedí que interpretara a Sheila. Nada más abrir la puerta, Alejandro entendió que se avecinaba otro psicorritual:

—Dime, Cristóbal. ¿Qué debo hacer esta vez?

De una bolsa, extraje dos pares de huevos rellenos de líquido rojo que introduje en dos saquitos de gamuza de color carne: uno lo atamos a la pelvis de mi padre; el otro, a la mía. Cuando era niño, Alejandro se convirtió en mi competidor por los afectos de Valerie. Cuando un elefante, un orangután u otros animales jefes de manada son amenazados por otro ejemplar más joven, a menudo pelean a muerte. Poniéndonos a pelear, nos condenábamos los dos: él me castraría joven y yo buscaría hacerlo cuando fuera mayor. Al dejar que nos enfrentáramos delante de ella, Valerie obedecía a la orden de emasculación que Sheila le había dictado.

Desnudos, nos colocamos dos enormes vientres falsos rellenos de pedazos de mazapán. Amarré dos largas cuerdas rosadas al vientre de Valerie que llegaban a nuestras muñecas derechas para que nos controlara como marionetas. Aurora/Sheila se situó a la espalda de mi madre como si fuera su sombra y le susurró a la oreja una orden que ella repitió en voz alta:

—¡Devórense el uno al otro hasta desaparecer!

Hipnotizado, me lancé a morderle el vientre a mi padre mientras él destripaba el mío y, cual un Saturno, comenzaba a hincarme los dientes.

—¡Esto es lo que querían, miren lo que estamos haciendo! —grité mientras le atacaba aún con más fuerza y caíamos al suelo enzarzados en la lucha por destriparnos. Mis dientes se acercaban peligrosamente a su ombligo mientras él comenzaba a llenarse la boca del mazapán que había conseguido arrancar del mío. Al verle masticar, me di cuenta de que habíamos sido el instrumento de una rabia generacional de mujeres resentidas con sus padres y con los hombres en general. Cuando me fijé en su vientre abierto, despedazado, me puse de rodillas sollozando y, sin darme cuenta, comencé a devorar pedazos de mi propio vientre. Sólo entonces comprendí hasta qué punto me autodestruía al estar en lucha contra él: mataba al hombre en mí, al padre.

—¿Quieres castrarnos? —le pregunté a Valerie—. ¡Hazlo, pues!

Y, con el vientre abierto, nos pusimos delante de ella, que, guiada por Sheila, apretó nuestros testículos llenos de sangre hasta reventárnoslos. El líquido rojo comenzó a chorrear por nuestras piernas. En muchos ritos chamánicos existe una ceremonia llamada desmembramiento, donde el iniciado es simbólicamente descuartizado y sus miembros son diseminados en los cuatro puntos cardinales para que nazca en él un nuevo ser. De igual modo, Alejandro y yo quedamos acostados, tapados por dos mantas negras para simbolizar nuestra muerte. Sentí que el impulso visceral estaba realizado: la flecha había llegado a su objetivo.

—Ahora libera a tu hija —ordené a Sheila, quien cortó los amarres que la unían a ella con unas tijeras.

Acto seguido, Valerie nos levantó, desamarró nuestras muñecas y me hizo saber que me liberaba de repetir cualquier orden o programa del pasado. Mientras nos limpiábamos la sangre, nos dio otros dos pares de huevos pintados de dorado que, delante de ellas, cascamos y bebimos. De este modo reintegré la masculinidad sagrada que me correspondía y reconocía la de mi padre. También le pedí a mi abuela que sostuviera en una mano los genitales de Alejandro, que tanto había rechazado, y en la otra los míos.

—¡Bendícelos!

Valerie levantó a Alejandro entre lágrimas. Los dos se estrecharon con toda ternura y respiré aliviado. Por último, me uní a ellos durante un largo tiempo. Juntos, salimos una vez más al bosque de Vincennes para enterrarlo todo, y al terminar nos dirigimos a un buen restaurante para celebrar ese nuevo paso de liberación familiar.

Una relación entre hermanos es generalmente moldeada y predeterminada por la influencia de los padres, a menudo en función de los parámetros con que ellos mismos fueron moldeados por sus padres. Cuando nace un hermano menor habría que evitar la aversión del mayor, y los padres deben ocuparse especialmente de él para que no se sienta desplazado. Los padres tendrían que tratar de evitarle la sensación de que no lo van a querer porque llega otro, que le van a quitar el sitio, el afecto... Quizás ayudará que la madre vuelva a darle de mamar antes de que nazca el nuevo bebé. La sensación de haber sido desplazados es a menudo una causa de maltrato hacia los hermanos pequeños: les quitan los juguetes, los torturan... Otras veces, los primogénitos se opacan y desaparecen, se deprimen en vez de luchar, huyen. Es nuestra labor y responsabilidad hacer que se sientan integrados.

Por eso traté de hacer participar al máximo a Damián de la gestación de Dante. Hice que contactara con su hermano a través del vientre, estuvo presente en el parto, mamó de Verónica, los cargué juntos sobre mis hombros... Hoy, tienen una bellísima relación, sin preferencias ni favoritismos. Son amigos y cómplices. No digo que un padre o una madre no puedan vibrar más por un hijo, o que algo de uno le toque personalmente más que de otro. Otra cosa es demostrarlo o no ser conciente de que se hace.

Teo se despertaba a todas horas como un fiel campanario y Alejandro no podía

conciliar el sueño. Así, decidieron que debería dormir en otra habitación y desencadenaron un conflicto griego. Brontis y yo ocupábamos nuestros respectivos espacios. Pero, sin preguntarme, de nuevo me desplazaron de mi lugar y allí colocaron al bebé. Mi reacción se manifestó de manera inesperada. Teníamos una recámara pequeña para mirar televisión y, en lugar de ir al baño, empecé tranquilamente a orinar en el rincón del sillón que previa y silenciosamente desplazaba sin despegar un segundo la mirada de la pantalla. Tras el fino desagüe, reacomodaba cautelosamente los muebles y me sentaba con las piernas y brazos abiertos como alas, liberado. Era práctico: así no me perdía un minuto de los dibujos animados. Por supuesto, después de hacerlo tres o cuatro veces al día, en una semana el cuarto empezó a oler a rayos. Había comenzado a marcar el territorio como un animalito. Los animales reconocen a sus crías por el olor, y al crear uno fuerte en casa les decía a todos: «Existo, huélanme». Cuando uno se hace pipí de miedo se protege con una metafórica muralla. Muchas dificultades de vejiga vienen de ello: la incontinencia se relaciona con el miedo, con marcar el terreno de protección. El estreñimiento es la táctica contraria: no marcas el territorio y así no te huelen ni detectan. Además, sabía por la experiencia de la cisterna en el desierto que desaguándome llamaría la atención. Valerie terminó por pillarme. Al principio fueron suaves y se conformaron con una reprimenda. Pero seguí orinando en mi rincón. En el fondo, no vislumbraron lo que sucedía. Y fue por lo que decidieron darme un castigo ejemplar y teatral para que nunca más lo hiciera.

Estaba feliz, desnudo en lo que había convertido en mi reino, dibujando la esquina con mi chorro de agua dorada como un fauno libre en el bosque, cuando, como dos inmensas sombras, llegaron mis padres y me sorprendieron. Enseguida improvisaron un juicio con Brontis y los gatos como testigos. Alejandro, impasible y glacial, vestido de cuero negro como acostumbraba en la época, parecía un auténtico verdugo. Me anunció que me iban a castigar fuertemente, porque no comprendía que me lo habían dicho en demasiadas ocasiones.

—¡Te voy a dar diez cinturonazos! —me anunció para mi horror.

Me petrifiqué, habría preferido que me cacheteara allí mismo sin prevenirme: el castigo fue, ante todo, mental. Las escaleras de bajada al salón se hicieron eternas. Yo me agarraba a la barandilla y gritaba:

—¡No, por favor, no!

Aún no había leído a Charles Dickens y ya imitaba a sus personajes. Valerie, inamovible, me agarró las manos sobre la bola de las escaleras y Alejandro me soltó los diez únicos golpes que jamás me ha dado. Fueron feroces. Arrastré el culo por el

suelo con las nalgas marcadas al rojo vivo. Y, por supuesto, nunca más me aventuré a mear detrás del sillón.

La bandera del sadomasoquismo cristalizaba de nuevo. La orden era clara: no tenía derecho al espacio, es decir, a salir al mundo. Desde aquel día, entre Alejandro y yo se instaló el terror. El niño que fui jamás entendió la lógica de aquel castigo. Sólo el sentimiento de culpa de Alejandro hizo posible que, en las siguientes jornadas, el desastre diera paso a una lenta normalización, a algunos abrazos y cierto contacto afectivo creado por la pena. Sincrónicamente, una semana después crucé despistado frente a unos columpios y un niño me voló los dientes incisivos de leche. Caí al suelo, desmayado, y desperté sin ellos, con la camisa empapada de color granate. Los incisivos son la simbólica relación con el mundo, los que cortan la carne, las espadas del intelecto. Tienen también una función territorial, estrechamente relacionada con el habitar el mundo. Perderlos fue evidenciar, una vez más, que no me sentía con derecho a él. Lo que uno vive en la familia lo proyecta también a la sociedad: perdiendo los incisivos perdía la relación social. Si éstos corresponden al intelecto, los caninos son los dientes del instinto y los molares de la emoción. Los incisivos son el pasaje al mundo, un poco como el nacimiento: van de la madre al padre y la palabra, del mundo interior al exterior. En nuestra sociedad, lo social tiene mucho que ver con el padre. Todos los niños comenzaron a burlarse de mí, a llamarme desdentado.

A partir de ese momento comencé a tener problemas en la escuela. La semilla de una galopante neurosis de fracaso había sido sembrada y se estaba desarrollando con éxito. Mi comportamiento se tornó cada vez más asocial; era un sello de pertenencia al clan: mi padre fue absolutamente asocial, era el *diferente*, y llegó a tener los dientes palatales tan negros durante años que apenas se atrevía a sonreír hasta que se los reparó. Busqué ser como él para ser aceptado: uno se convierte en su familia para que lo integren. Dos de mis hijos tuvieron problemas desde niños con los dientes. A Dante se le ennegrecieron y a Iris se le descalcificaron. Años después, improvisé un acto psicomágico con la dentadura como protagonista: primero propuse a mis hijos que saliéramos a pasear con los dientes maquillados de negro, con una tintura especial no tóxica, como si no los tuviéramos. De esa guisa caminamos por las principales avenidas de París sonriendo a todo aquel que se cruzara en nuestro camino y se dignara mirarnos. Nos reímos tanto que terminó por dolernos las mejillas y el vientre a todos. Después nos acercamos paseando hasta la casa de mi padre, en donde nos limpiamos la dentadura con pasta dentífrica. A continuación nos pintamos los dientes con alegres colores y desanduvimos el camino hasta mi hogar sonriendo de nuevo a todos los paseantes, muchos de los cuales nos devolvían la

sonrisa con una gran carcajada.

Con mi hermano las cosas fueron mal desde el principio. ¡Aquel bebé me robaba el amor de mis padres! Seguramente, también relacioné al recién llegado con los golpes que me propinaron. Y estuve años devolviéndoselos: le grité y reté en numerosas ocasiones. Mis comportamientos eran continuamente destripados en la sobremesa a la luz del recién descubierto psicoanálisis: «Le tienes aversión a Teo»; «Inconscientemente, lo quieres matar»; «Lo perviertes»... ¡No entendía nada de aquella palabrería freudiana! Muchos años después vislumbré que en realidad no eran análisis, sino órdenes. «Eres esto o aquello» equivalía a: «¡Conviértete en lo que te pido que seas!». Tales mensajes acostumbran a contener dos órdenes contradictorias: «Hazlo» y «no lo hagas». En ciertos casos, se trata de una forma de delegar lo que a los padres les es imposible concebir en ellos mismos. Y aquel infausto día de 1995 en que falleció Teo me volví a sentir un malvado, incluso un asesino, por haberlo tratado mal de niño. La tristeza me embargó y los demonios de la infancia rebrotaron con fuerza. Sólo el genial tropiezo con una especialista en conflictos familiares pudo sacarme del pozo de depresión que me acompañó en los meses siguientes. Annie Debordes me dijo: «Cuando nace un hermano pequeño, sobre todo si es del mismo sexo, la mayor parte de los hermanos mayores siente deseos de eliminarlo». Es una cuestión de instinto: se ataca por miedo. Cuando comprendí que era cierto, me dispuse a enterrar la falsa culpa que acarreaba. Para hacerlo, me pegué en la espalda una foto de mi padre (a la derecha) y otra de mi madre (a la izquierda), vueltas hacia mí. Utilicé una pistola negra de plomo, muy pesada, con la palabra «culpa» escrita en blanco. Le puse una foto de mi hermano enrollada dentro del cañón. Fui armado por la calle, cargándola conmigo durante tres días en una funda pegada al pecho. He realizado esta labor con bastantes personas: el duelo de la falsa culpa por el que muchos han sido responsabilizados injustamente por familiares desapareció con actos simbólicos donde se subjetiviza la culpa en un objeto.

Una de las técnicas fundamentales en psicomagia —inspirada en el chamanismo— consiste en simbolizar una imagen o idea en un objeto (por ejemplo, una piedra, un trozo de carne, un icono religioso o algo que para la persona represente la emoción), que es investido de todo el dolor registrado en el mapa mental de nuestras emociones. El cerebro acepta ese objeto y su carga psíquica como una absoluta realidad gracias a su capacidad para la analogía. En consecuencia, podemos liberarnos de una

culpa al ver quemado o enterrado ese símbolo de nuestra opresión. Así lo hacía el psicoterapeuta Jacques Salomé, quien pedía a sus pacientes que tomaran una pesada piedra, la llevaran cargando a todas partes y que, si iban al cine, llegaran incluso al extremo de comprarle una entrada; si comían, debían darle un plato de comida; sólo cuando se sintieran listos, podrían tirar la piedra por la borda. Este ejercicio puede realizarse con otros sentimientos, como la rabia, la carga del pasado, el miedo, la envidia, la carga de un dolor ajeno… Yendo un poco más allá, aprendí a hacerlo utilizando, en vez de una piedra, un objeto que simbolizara claramente el sentido de la carga, que pasados los días debe tirarse por un puente sin darse la vuelta. O tomar una barca e ir mar adentro y tirarlo de espaldas[3]*. Así lo hice con la pistola negra al cabo de mis tres días de duelo. Pero antes hablé con ella, la lloré, fuimos al cine, le ofrecí pizza, tomaba café y le compraba uno, dormíamos juntos… En el momento en que caminaba hacia un puente sobre el Sena dispuesto a desprenderme de ella, cayó una tormenta de verano —un perfecto símbolo de limpieza—. Al llegar a mi destino, encontré, pese al mal tiempo, un concierto callejero de una orquesta compuesta por ancianos elegantemente vestidos. Tocaban La marsellesa, el himno nacional de Francia (Teo había nacido un 14 de julio, el día de la Revolución). Me coloqué de espaldas al puente y lancé la pistola con todas mis fuerzas. Cuando escuché cómo se hundía en el agua, sentí una gran liberación. Completé el acto quemando las fotos y tomando un poco de cenizas mezcladas con una pizca de leche y otra de vino.*

---

3 Como en la historia de la mujer de Lot, si uno se gira de nuevo se aferra al sentimiento del que intenta descargarse.

SUELAS DE BAILARÍN

A pesar de nuestro enfrentamiento, recuerdo al Teo de mi niñez como un ser extremadamente sensible y atento, tierno con los que le rodeaban y con el corazón tan grande que no le cabía en el pecho, como me demostró en tantísimas ocasiones a lo largo de los años. En 1975 regresamos a México desde Nueva York y pasamos algún tiempo viviendo en el DF antes de cruzar el Atlántico dos años después para instalarnos definitivamente en París. En aquella época, yo acostumbraba a calzar dos pares de calcetines: el par rojo en el pie derecho y el par azul en el izquierdo. También llevaba un suéter amarillo en la cintura, por si el tiempo se ponía frío. Brontis tenía catorce años, yo once y Teo seis. Nuestros padres nos habían dejado solos en la casa de la calle Patricio Sainz 1044, donde vivimos durante aquella temporada. Valerie nos había hecho prometer que nos portaríamos como habitantes del cielo durante su ausencia. ¡Y bien que le hicimos caso! En cuanto cerraron la puerta, corrimos a la azotea con nuestra caja de cohetes y petardos, y nos pasamos varias horas lanzando artillería sobre la techumbre de los peseros, los camiones llenos de pasajeros duchados de sudor que pasaban frente a nuestro hogar y los taxis vochos que se nos ponían a tiro. Con las mechas centelleando, los lanzábamos asustando a los despistados viajeros y transeúntes para tirarnos al suelo a rebotar sobre nuestras panzas, reventados de risa. No tardamos en acabar la munición.

—Vamos a tener que ir a comprar más —dijo Brontis con la seriedad de un general.

—Pero el mercado de cohetes está en el centro —contesté—, muy lejos, lejísimos.

—No te preocupes. Tomamos un pesero y estamos de vuelta en una horita. ¡Nadie se va a dar cuenta!

—¡Sí, vamos, vamos! —aulló Teo lleno de emoción ante la posibilidad de aventurarse con nosotros a solas por la ciudad.

Así fue como partimos los tres de la mano. Yo, con mis calcetines rojiazules que me identificaban a kilómetros, mis bermudas y un jersey amarillo a la cintura, por si se levantaba frío; Brontis, con su cabello largo hasta los omoplatos, jeans de pata de elefante y anteojos de abogado; y Teo, con su elegante traje blanco de chaleco y pajarita a lo Fred Astaire, sin olvidar sus inseparables zapatos de claqué que, en aquella época, llevaba casi soldados a los pies y sonaban chispeando a cada paso que daba.

Al partir a enfrentarnos a la ciudad más polucionada del mundo, se nos pasó por alto que Brontis no era precisamente un experto en geografía: el primer bus al que trepamos nos depositó en pleno centro de Tepito, punto de encuentro de los bandidos, traficantes y prostitutas de todo México. En la barahúnda de viajeros apelmazados, Brontis dejó caer el monedero al suelo cuando se disponía a comprar un dulce a unos niños vendedores ambulantes que nos tentaban anunciando a gritos en nuestras orejas sus manzanas rebozadas en caramelo. Cuando consiguió agacharse entre la multitud, el monedero había desaparecido. Comenzamos a buscarlo por todo el bus, palpando desesperadamente el suelo a ciegas, entre la marabunta de zapatos, hasta dejarnos las manos completamente negras. Pero había volado para siempre. Al llegar al final del trayecto nos encontramos sin dulces, sin dinero para regresar y sin cohetes, y además estábamos perdidos en la jungla del populacho mexicano.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —decía Brontis con desespero—. Si le pasa algo a Teo, Valerie nos cortará en pedazos.

Aterido de miedo, comencé a ver en cada transeúnte a un raptor en potencia y ya visualizaba la imagen de mis hermanos secuestrados y destripados en un callejón desolado de esos peligrosos barrios. Cuando por fin salimos de nuestro ensimismamiento, nos dimos cuenta de que Teo había desaparecido. Brontis palideció como una concha de mar caribeña mientras repetía con la boca seca:

—Ahora sí que me matan, ¡me matan!

—¡Teíto! ¡Teíto! —gritamos a coro hasta que escuchamos el inimitable sonido de sus escarpines retumbando sobre el pavimento al ritmo de una cumbia desafinada.

Al darnos la vuelta, para nuestra gran sorpresa, vimos al pequeño en pleno

trance artístico, bailando tap junto a un muchachito que brincaba zapateando entusiasmado, como él. De su brazo extendido colgaba un sombrero de marinero con el que pedía limosna con una beatífica sonrisa. Al acercarnos, vimos que tenía una pierna más corta que la otra, la mandíbula prognata y la mirada bizqueante. Padecía una leve deficiencia mental que se hacía más evidente al hablar. A su espalda, tres muchachitas de asombroso parecido lo acompañaban tocando: una el acordeón, otra la armónica y la tercera repicando una gran olla metálica y cantando con una aguda vocecita dramática. Eran niños de la calle, seguramente huérfanos. La gente aplaudía magnetizada al conjunto, y debo decir que verlos danzar juntos era un espectáculo fascinante. Cuando terminaron, el cojito también comenzó a aplaudir saltando con entusiasmo sobre su pata buena.

—¡Grande! ¡Grande! ¡Niño bailarín! —le gritaba a Teo con un mar de baba en las comisuras.

Se llamaba Popeyito y las niñas eran sus hermanas. Enseguida supimos por qué llamaban de ese modo a un niño tan raquítico, pues nos deleitó con varias muecas de un parecido razonable con Popeye el Marino. También cabrioleó, se tiró al suelo inventando todo tipo de expresiones distorsionadas en su faz hasta que nos hizo partir de la risa, y luego se levantó de un salto para abrazarnos con ese gran cariño de los inocentes mientras nos decía con una gran ternura: «Niños buenos, niños buenos». Cuando les contamos lo que nos había sucedido en el pesero, no dudaron ni un segundo en darnos unos pocos pesos de sus escasos recursos para que pudiéramos tomar el bus de regreso. «Se lo merece, el niño bailarín, se lo merece», decía Popeyito con una sincera sonrisa mientras le pasaba el brazo por el hombro a Teo. Antes de dejarnos partir, nuestro nuevo amigo insistió en que le acompañáramos a hacer turismo por el barrio. La visión de ese lugar me impresionó: allá donde mirara sólo había miseria, borrachos tirados en las esquinas, basura y caras de hambre y congoja. Sentí mucho miedo, pero Popeyito parecía tan seguro de sí mismo que le seguíamos como si se tratara del flautista de Hammelin. Al cabo de cuatro cuadras, desembocó en un extraño callejón con una multitud de hombres que se agolpaba.

—Éste es el callejón de la Vuelta —exclamó nuestro guía como si estuviéramos ante una catedral gótica.

Lo que vimos al adentrarnos en aquella oscura calleja nos dejó atónitos. Parecía un circo donde las prostitutas giraban en un eterno desfile de pasarela, rozándoles las manos a los hombres estacionados en círculo a su alrededor para que alguno las sacara de la fila. Ellos, con la mirada enrojecida y la boca abierta en un signo

de admiración, se las zampaban imaginariamente. Había de todo y para todos los gustos, jóvenes, niñas, ancianas, momias, altas, gordas... Los hombres se introducían con ellas tras una puerta oxidada que parecía una transitada frontera internacional. En la portería pude ver cómo una señora les ponía una mano en el vientre y les hacía una limpia con hierbas mientras recitaba una oración antes de mandarlas de nuevo al desfile. Seguramente, pretendían con ello que no se contagiaran de ninguna enfermedad de transmisión sexual: medicina popular preventiva. A dos cuadras de allí, Popeyito nos hizo pasar por una puerta trasera donde, a través de otra puerta entreabierta, pudimos ver un salón de baile con música en directo, llena de respetables machos mexicanos con bigotes y sombrero que bailaban cachete a cachete con señoras gordas con kilos de maquillaje. Poco más allá, en plena calle, habían improvisado un corral con una pelea de gallos. La gente jugaba a las cartas y discutía en cada esquina y daba la sensación de que en cualquier momento sacarían las pistolas para arreglar las cuentas. Así pasamos gran parte de la tarde, alucinados, hasta despedirnos. Y, cuando ya nos abrazábamos en la parada del pesero, Teo hizo un gesto que nos dejó sin habla: ceremoniosamente, se sacó los zapatos y se los tendió a Popeyito.

—Tú los necesitas para trabajar —le dijo cariñosamente a nuestro amigo, al que enseguida se le tiñeron los ojos y comenzó a chorrear lágrimas grises por efecto del smog.

Nuestros padres le habían comprado aquellos zapatos de bailarín en Broadway el año anterior. Tenían suelas de metal, frente a los de Popeye, que eran de caucho con chapas de refrescos fijadas con clavos. Después de esta conmovedora ceremonia de trueque, subimos al bus despidiéndonos con emoción. En el camino de vuelta a casa, Brontis y yo felicitamos a Teo más de cien veces por su bellísimo gesto. Al llegar a casa encontramos a nuestros padres desesperados, pero el relato de nuestra odisea logró apaciguarlos.

—¡Qué niños tan imaginativos! —repetían una y otra vez sin dar crédito a lo que decíamos.

«El único símbolo de superioridad que conozco es la bondad», decía Ludwig van Beethoven. Y esa bondad formaba parte del carácter de mi hermano. En la cultura andina existe un concepto, el *ainy*, que quiere decir reciprocidad. Parte de la base del intercambio, pero ese intercambio se realiza según las posibilidades de cada uno. Por ejemplo, si yo puedo ayudarte a hacer una casa porque tengo fuerza para hacerlo, te ayudo. Y si tú no puedes porque no la tienes, me ayudarás fabricando una silla. Este concepto no está basado sobre la cantidad, sino sobre las posibi-

lidades de cada uno y la calidad del intercambio como vínculo de energía. Hay gente que pide y pide y no sabe dar: son hoyos sin fondo de egoísmo que creen que se les debe todo. Como también hay gente que da y da y no sabe recibir. Una actitud es tan extrema e insalubre como la otra, y ambas impiden el flujo natural de la vida. Cuando alguien me da algo y no puedo hacer un intercambio con él, trato de hacerle un regalo a otra persona para que todo circule. Se puede aplicar a la vía espiritual: cuando entregas el pequeño ego a lo insondable, recibes algo que individualmente jamás podrías dar. Eso es *ainy* para mí.

Quince años después de aquel episodio, Brontis, Teo y yo nos encontramos de nuevo en México para trabajar juntos en un proyecto teatral. Una tarde fuimos a caer en las cercanías del barrio de Tepito y Teo nos dijo:

—Muchachos, ¿y si tratáramos de encontrar a Popeyito?

Acostumbrados a que nos sucedieran casualidades aún mayores, decidimos tentar a la fortuna y adentrarnos por los callejones de aquel barrio marginal hasta que dimos, más o menos, con el lugar donde conocimos al pequeño bailarín cojo. Pero esa vez no tuvimos tanta suerte: en medio de la calle nos detuvo un grupo de unos doce o quince adolescentes armados con porras, cuchillos y pistolas. Sin que nos atreviéramos a forcejear, nos metieron en un callejón sin salida donde, conversando animosamente con nosotros, riéndose y haciendo chistes, nos desplumaron de todo lo que llevábamos encima. Por un momento, hasta me parecieron amables.

—¿De dónde son? —preguntó uno al tiempo que nos hacían gestos para que nos desprendiéramos de los relojes.

—Ah, viven en Francia... —añadió otro—. También sáquense los zapatos.

—Yo soy amigo de un francés —dijo un tercero—. Güeritos, no olviden los pantalones.

Así, nos dejaron literalmente en calzoncillos.

Ante la parsimonia con la que se tomaban el atraco, Teo les suplicó:

—Por favor, ¿nos pueden dejar los pasaportes para poder regresar a casa?

Quizás no eran más que unos aficionados o no se daban cuenta de que, de todo lo que nos quitaban, aquélla era la parte más valiosa. Pero el ruego funcionó.

—Sí, güerito, no faltaba más. Aquí los tienen.

Cuando desaparecieron, aún seguimos paralizados de miedo durante varios minutos hasta que Brontis susurró:

—En calzones... pero estamos vivos.

En ese momento explotamos en carcajadas de nervios. Y, tomándonos de la mano como cuando éramos niños, pusimos la cara más digna que encontramos y nos lanzamos en busca de un taxi ante las burlas de los niños, que nos preguntaban a cada paso adónde nos habíamos olvidado los pantalones y si éramos homosexuales.

A los diecisiete años, Teo se había convertido en un muchacho grande y musculoso. Era actor, boxeador y poeta. Medía una cabeza más que yo. Exactamente como Jaime y Benjamín. Nuestras discusiones ya eran fuertes: éramos hombres. Después de una nueva disputa, Alejandro, desesperado, tomó cartas en el asunto, de nuevo a su modo guerrero. Fue a comprar dos pares de guantes de boxeo rojos y nos dijo: «Si quieren golpearse, háganlo, pero con guantes». Teo y yo reímos y, haciéndonos los machos, aceptamos el desafío. Nunca nos habíamos pegado abiertamente. Todo empezó como un juego: nos calzamos los guantes y mi padre se sentó en el sofá, ante nosotros. El salón parecía un verdadero ring. Fue una auténtica situación psicomágica que pronto nos reveló muchas cosas: a través de los golpes, Alejandro le devolvería a su padre la agresividad que recibió de él. Su seguridad en que Teo me daría una paliza era total, visto el tamaño y musculatura de mi hermano, además de su entrenamiento como boxeador. La teoría que se barajaba en casa es que había estado entrenándose en el gimnasio para defenderse de mí después de tantos años de ser víctima de mi invasión. Había llegado, por tanto, el momento en que se reafirmara frente a su hermano mayor. Pero Alejandro no contaba con que ponerme los guantes sería como ponerme un revólver en las manos. Desde mi punto de vista, la verdadera flecha consistía en que Jaime pudiera al fin pegar a Benjamín a través de Teo y de mí. Alejandro, en la dimensión sutil de la mente, le daba los guantes a su padre para que se vengara de su hermano. En mi mente, el simbólico ring se convirtió en el espacio que Benjamín le había quitado a Jaime. Recuperarlo era reparar el inmenso dolor que le había impedido amar a Alejandro.

Cuando comenzamos a bailar frente a frente, también apareció el cuarto que me quitaron y que me hizo acreedor de los cinturonazos de Alejandro. Teo se movía con garbo. Su talla y técnica me impedían golpearlo. Una y otra vez trataba, sin éxito, de alcanzarle con el puño. Alejandro lo encontraba gracioso porque lo veía como un juego. Pero yo estaba profundamente angustiado. Ser derrotado delante de mi padre se iba a convertir en una humillación sin límites. Me habían educado para el combate, no para la derrota. Y en un momento sentí cómo una furia ancestral se apoderaba de mi puño, que salió disparado como un cometa hacia la

cara de Teo. El combate se endureció, se volvió real. Nos convertimos en Caín y Abel delante de dios padre. Lo tiré sobre el sofá y continué golpeándolo. Alejandro trató de detenernos cuando vio que la lucha dejaba de ser un juego, pero no lo consiguió. Teo podría haberme destrozado, pero no lo hizo. Su noble naturaleza y el cariño que sentía por mí se lo impidieron. Yo era el hermano mayor, al que admiraba. Y se entregó a mis golpes: en nombre de Benjamín, aceptaba pagar por el daño infligido a Jaime. Cuando me sacié, corrió hacia la calle bañado en lágrimas. Alejandro se mostró profundamente arrepentido por lo que, conscientemente, jamás habría querido que sucediese. Lo vivió realmente mal. Pero este episodio catártico acabaría siendo fundamental para que pudiera surgir la amistad entre Teo y yo. La poetisa griega Safo escribió:

Hay quienes dicen que una tropa de caballos;
otros, que la infantería; algunos, que una flota
es sin duda la más hermosa visión sobre la oscura tierra.
Yo digo que es la persona amada (...).

Teo fue mi hermano amado a partir de esa fecha. El acto de improvisada psicomagia había, sutilmente, funcionado. Al principio, Alejandro y Valerie trataron de acercarnos y reconciliarnos, pero fue en vano. El nudo latía entre los dos como un corazón hirviente. Mi hermano era ya mayor. Llevaba una vida intensa como artista. Una noche, saliendo de un teatro con varios amigos, entré en un bar llamado Sacré-Coeur, en Montmartre: el sagrado corazón. En medio del bullicio, distinguí una voz familiar: era la de Teo. Nos saludamos de lejos; después del combate, estábamos distantes, como viviendo en las orillas separadas de un ancho río brumoso. Quise continuar con mi noche y me puse a beber y beber. A su vez, Teo también tragó alcohol de lo lindo. A pesar de la distancia física y emocional que nos separaba, le escuchaba hablar y reír casi en mi oído. A altas horas de la madrugada, nos quedamos solos, como si hubiéramos estado aguardando ese momento desde mucho tiempo atrás. Espalda con espalda, pude sentirle con una desconocida intensidad. Una extraña inquietud se apoderó de mí. Sudé, temblé y seguí bebiendo para mitigar mi nerviosismo, cuando, de pronto, me giré decidido a romper el hielo y lo encontré frente a frente. Él había sentido el mismo impulso. Durante algunos interminables segundos sostuvimos nuestras miradas como dos combatientes que han cruzado un inabarcable campo de batalla después de una guerra eterna. Permanecimos inmóviles como ángeles sedientos de amor frente a un paraíso que nos había sido prohibido. Vislumbrando la paz tanto tiempo añorada, comenzamos a

chorrear lágrimas y más lágrimas de arrepentimiento. Enseguida, el llanto se hizo incontenible y todo el local comenzó a mirarnos. Eran años de silencio; pero esta vez el silencio era bendito. Nuestras almas se reunían. No hubo nada que decir. Todo había sido comprendido. Caímos en los brazos del otro y, como esponjas secas, retornamos al mar original, nos entregamos todo el amor reprimido de años, mientras desfilaban ante mis ojos todas las edades en que aquel ser me acompañó en la vida. Teo se convirtió en un bebé acunado en mi seno. Después, fue niño sensible que se vestía de Fred Astaire y bailaba claqué. Un adolescente apuesto. Un poeta y bailarín. Un joven luminoso. Hablamos toda la noche del pasado con el corazón en la mano, analizando nuestra relación hasta donde en esos momentos nos era posible, sintiendo que ya nunca nos abandonaríamos.

Sin embargo, cuando llegó el sol volvimos a las viejas estructuras. El muro había caído tan sólo una noche. Así, orquestamos unritual para romper ese inquebrantable arrecife de infelicidad. Todos los jueves nos juntábamos y bebíamos en bares; era la única manera de saltarnos la orden genealógica que, como un fiel guardián, acechaba en nuestros cerebros. Aquellas noches mágicas elegíamos lugares dignos de dos jóvenes poetas, que acababan siendo los más altos de la ciudad, y enardecidos como si anduviéramos en lo alto de una montaña en medio de un huracán, nos recitábamos poemas durante horas. Escucharon nuestros versos la torre Eiffel, la torre de Montparnasse, el Arco de Triunfo, los árboles, las estatuas, los tejados, las fuentes. El día de su cumpleaños alquilé un helicóptero durante una hora y, juntos, sobrevolamos la ciudad recitándonos poemas de Pablo de Rokha a gritos.

Cristóbal:

«¡Toda la joroba del continente se me cuelga en las palabras, semejantes a una inmensa costumbre de lluvias. Levanto, ¡oh!, levanto mi plumero de cigarras y hago montañas de libertad».

Teo:

«¡Yo vengo saliendo de las montañas que aúllan inmensamente al otro lado del verso, al otro lado del gesto, al otro lado del horizonte, desde el día primero de las cosas!».

Teo me recitaba a menudo un verso de Cocteau: «Una flecha, a veces, sana un corazón enfermo». ¡Cuánta anticipación en sus palabras! La flecha que lo haría fallecer sanó a los Jodorowsky a costa de un tremendo dolor. Aquel joven poeta fue la víctima propiciatoria de nuestro tumor familiar. Fueron horas y días de belleza, de encuentro y de construcción previos a la tragedia que acabaría con tan bendito ser.

Sólo la trinchera de lo cotidiano mediaba todavía entre nosotros. Y ello se volvió un tema de conversación recurrente: no tardamos en entender que beber alcohol se había convertido en una obligación para desinhibirnos. Y decidimos realizar un acto para no tener que utilizar medios de ese tipo para comunicarnos.

Una noche tomamos los viejos guantes de boxeo rojos, preparamos aceite de masaje, sábanas, toallas y fotos de nuestros padres. Con todo ese material, fuimos a una vieja casa abandonada y, en la fachada de un tabique en ruinas, pegamos fotos de Alejandro y Valerie en ambas caras con la palabra «prohibido» escrita encima. Teo se colocó a un lado del tabique y yo al otro. Comenzamos a llamarnos, a aullar nuestros nombres con fuerza. A patadas y puñetazos, como potros salvajes, echamos abajo la pared hasta que nos abrimos camino a través de ella. Si el universo nos hizo nacer juntos, es para que aprovecháramos el milagro de ser hermanos, repetíamos. Nos abrazamos con el amor más puro e infinito y luego le masajeé el cuerpo con total delicadeza, bendiciendo su existencia y limpiándolo de cualquier agresión que le hubiera podido infligir. Al fin pude realizar los gestos de natural afecto que mi organismo deseaba. Nos vertimos agua bendita y terminamos jugando como dos felinos bajo la luz de la luna. Salimos de allí felices y ligeros, fuimos a enterrar esos guantes —o revólveres— para siempre. Nunca más peleamos o hubo tensión entre nosotros. Aquella noche comenzó una relación iluminada. Nadie en casa comprendía realmente lo que había sucedido. Cuando regresábamos a las seis de la mañana, Valerie continuaba diciéndome: «No perviertas a tu hermano». Es normal, porque le era difícil entender que nos quisiéramos: ese afecto escapaba a los parámetros de la estructura genealógica.

—Hay un muro entre nosotros —me dice Marcela acerca de sus padres, que la maltrataron cuando era una niña. Siente tal rabia y rencor que le dan ganas de vomitar cuando ellos tratan de acercarse a darle un beso.

A menudo utilizo el símbolo del muro para ayudar a superar el rencor o el miedo hacia los padres. Para ello, me ayudo de una simple sábana extendida —en esta ocasión de color negro— que sirve de frontera con la otra realidad. Dos personas la sujetan extendida mientras otras dos interpretan a los padres de Marcela. Me sitúo a su espalda, con las manos encima de su corazón, y susurro a su oído con dulzura:

—Este océano negro frente al que te encuentras representa la polución que te ha impedido crear un profundo contacto con ellos, que ha bloqueado el flujo natural de comunicación. Sin embargo, detrás de este muro tóxico

están tus padres de luz, esos padres que ellos mismos no supieron ser porque se encontraban prisioneros de su sufrimiento. Pero tus padres conscientes, respetuosos, benignos y dulces existen. ¡Llámalos! Están del otro lado…

Marcela se suelta a llorar y, como una niña, comienza a gritar «papá» y «mamá». En ese momento realizo un pequeño corte en el centro de la tela. Le paso la mano por el agujero hasta que se encuentra con las manos de sus padres. Cuando los tiene sujetos, le pido que describa a los seres de luz que se hallan detrás de la tela. —Imagínalos libres, abiertos, felices, amorosos, describe su esencia... Ella se lanza a imaginarlos con todo lujo de detalles. Les permite existir en su mente como una imagen positiva por primera vez en su vida.

—¡Ahora tira bien fuerte de ellos hacia ti, hazlos atravesar la barrera!

De un tirón, Marcela trae a sus padres hacia ella, desgarrando la tela, y se funde con ellos en un largo abrazo. Lloran y se besan durante un largo rato en el que Marcela integra esa nueva imagen de sus progenitores y contacta por fin con una dimensión de ella misma que se hallaba bloqueada, puesto que nuestros padres somos también nosotros mismos: si no logramos transformarlos, serán energía bloqueada en nuestro interior.

UN FANTASMA EN EL RÍO

Algún tiempo después partí a Chile y Teo, que andaba en plena vitalidad y felicidad, fue contratado por un director americano importante y muy exigente que le propuso encarnar el papel de un gangster bebedor y jugador. Mi hermano, que lo admiraba, no quiso defraudarlo. En su afán de bordar el rol, se metió tan a fondo en él que, de alguna manera, se preparó para morir. Hacía pesas cada día para transformar su cuerpo. Comía poco, su corazón era débil desde que nació... Una noche tomó demasiado alcohol, lo mezcló con somníferos, se durmió y dejó de latir.

No pude estar a su lado en el momento de su muerte ni asistir a su entierro. Como vivía en Santiago de Chile, no encontré la forma de llegar a tiempo. Durante mucho tiempo estuve lamentando haberme perdido esa ceremonia. Muchas personas me han contado que, cuando eran niños, les prohibieron ver el cuerpo de un padre, una madre, un hermano, antes de fallecer, o les impidieron ir al entierro para tratar de que no sufrieran. A mi parecer, es un grave error: el niño o la niña se ven marginados del rito mortuorio y, para ellos, el pariente nunca muere del todo. Un ritual mortuorio es esencial para después poder elaborar el luto. Si no te permiten asistir al entierro, también te están impidiendo dejar morir al muerto, cargándote sutilmente a ti con la responsabilidad de mantenerlo vivo, puesto que fuiste quizás el único de la familia que «no lo enterraste». En ese caso, será necesario realizar algún rito personal para cerrar el ciclo. Cuando por fin regresé a París, compré un esmoquin blanco para niño, como el que usaba Teo para disfrazarse de Fred Astaire durante nuestra infancia, y unos pequeños zapatos de claqué; metí su foto en un bolsillo, mirando hacia abajo, y enterré todo en una pequeña caja en el bosque de

Vincennes. Me quedé allí, parado ante el túmulo durante varias horas, leyendo los poemas que tanto amábamos, meditando, haciendo la digestión de mi dolor…

Teo murió en la casa y en la cama de la mujer que había sido mi novia hasta pocos meses antes. Ella era hija de un padre ausente. Era mayor que Teo, sin duda representaba un arquetipo materno para él. Se enamoraron en París justo después de mi marcha a Chile. Nunca fue un problema para mí, ya que nuestra relación sentimental había terminado con armonía. Sin embargo, en un lenguaje simbólico, Teo tomaba mi territorio, la casa, la cama donde yo hacía el amor con ella. Además, quedó embarazada de él, de modo que la identificación fue completa, pues Teo poseyó simbólicamente a nuestro arquetipo materno, tal como Benjamín le robó la madre a Jaime, o Alain a Valerie. Para acabar de rematar el proceso, murió a los veinticuatro años, como José, el violinista.

Valerie experimentó un enorme sentimiento de culpa al escuchar mis reflexiones. «¡Yo lo maté!», repetía sin cesar. Hablaba desde su conflicto con Alain, su hermano. «Cuando no hay conciencia, nadie es culpable», la consoló Alejandro. Ese día recordé una frase de Pablo Neruda: «Si eres un buen guerrero, no te culparás, pero tampoco dejarás que tus errores se repitan». Y, para no repetir los nuestros, preparé un ritual psicochamánico con Alejandro, Dante y Damián que me confirmó la exactitud de mis ideas. Me vestí con un traje antiguo, réplica de los que usaba Jaime. Coloqué una foto de Benjamín sobre el corazón de Alejandro. Yo hice lo mismo con la foto de Jaime. A Dante le coloqué fotos de Benjamín, Alejandro y Teo. A Damián, una de Jaime y otra mía. Después amarré a mis hijos con una cuerda negra a la altura del pecho, como si fueran prisioneros (por supuesto, con su consentimiento), y los senté para que observaran todo lo que Alejandro y yo nos disponíamos a realizar.

Alejandro me habló:

—Cristóbal, has cargado el inmenso peso de mi padre toda tu vida. Por un lado te hice a ti lo que él me hizo, por otro, te pedí que fueras mi padre y colmaras mi dolor. Como un verdadero chamán, te has sanado y ahora sanas a tu familia. Te admiro y siento sinceramente todo el pasado.

Una profunda emoción se apoderó de mí y contesté:

—Alejandro, tú también has cargado con el fantasma de Benjamín como una inmensa flecha envenenada en tu espalda. Ese conflicto ya trajo bastantes desgracias. Aquí, a través de nosotros, vamos a hacer hablar a los fantasmas de Benjamín y Jaime para que se reconcilien y cese este desastre.

Alejandro, inspirando profundamente, dejó que le llegara el sutil fantasma de su tío. Sentí la estancia humedecerse como una vieja cloaca y sudé con el sudor de mi abuelo.

—Jaime —habló Benjamín—, nuestra madre no supo equilibrar las cosas, y me dio demasiado a mí, causándote un gran sufrimiento. Te menospreciaron. Siento con el corazón el hecho de haberte dejado y traicionado después de terminar mis estudios sin darte el puesto que te prometí, dejándote tirado.

El dolor de mi abuelo se transformó en un escarabajo de tristeza que me caminaba por la garganta y, al fin, dejé que se expresara por mi boca.

—Benjamín, ¡cómo he sufrido, cómo me dolió ser excluido y tener que sacrificarme por ti! No me pude realizar, pero no fue culpa tuya, sino las circunstancias, nuestro padre que murió, las proyecciones de nuestra madre, la estructura que heredamos. Esto termina aquí.

Finalmente, nos abrazamos con inmensa emoción. Nos temblaban las piernas como si debajo de la tierra se movieran los cimientos de milenarias catedrales. En nuestro ser no había tiempo, éramos todos los hermanos del mundo que se estrechaban y reconciliaban. Y sentí a Teo en mi corazón, agradecido y liberado.

Cuando nos separamos, vi a Alejandro pequeño, como un niño, como en las fotos de 1930. Sentí su fragilidad anidando tras su ser espiritual y sentí por aquel muchachito la más grande de las compasiones. Acariciándole dulcemente, le dije como si fuera Jaime:

—Hijo mío, belleza divina, nunca te he podido ver. Me amaste y nunca pudiste perdonarme, pero aquí estoy de nuevo como el ser de luz que soy, desbordante de ternura por ti. Llegó el momento de liberarte y transmitirte amor por primera vez. ¡Ya basta de cargar con el fantasma de mi hermano! —y le retiré del pecho la foto de Benjamín.

Abrí los brazos con una fuerza que me sobrepasaba. Abracé a Alejandro en nombre de su padre y sentí algo tan profundo que se disolvía en una ilimitada extensión de cariño. Tuve la sensación de escuchar gigantescas cadenas saltar en su corazón y, dejando que del centro de mi pecho emanara una resplandeciente vibración amorosa, añadí:

—Te bendigo, te respeto y te amo.

Liberado del peso de su padre, Alejandro me tomó las manos. Con una voz más suave que nunca, me dijo:

—Cristóbal, preciosísimo y amado hijo, a través de este sagrado acto, te libero de toda responsabilidad de cargar con mi padre, con mi dolor y mis faltas, o cualquier límite mío. Estás liberado.

Me quitó la fotografía pegada a mi pecho y, cuando abrí los ojos, le vi con mayor claridad que nunca. Aquel hombre era mi aliado. Ya éramos adultos, ya podíamos tratarnos de igual a igual. Dante y Damián estaban inmóviles, atentos y estirados como dos pequeños gatos egipcios. Nos miraban profundamente tocados por haber asistido a esta representación psicochamánica de su padre y abuelo.

—Sáquense esas cuerdas —les dije—, está permitido, ¡vamos, fuerza!

Ellos, felices, las rompieron. Damián se puso a llorar. Les quité las fotos del pecho, les tomé las manos y les dije:

—Para ser amados no necesitan obedecer a limitaciones. Son libres.

Lo que sucedió a continuación me dejó gratamente sorprendido. Mi padre puso la foto de Jaime en el altar de su casa, y en el momento en que lo hizo sonó el teléfono. Era su hermana Piroshka, que llamaba desde Israel para decirle que le había escuchado en una entrevista hablar cosas fuertes sobre Jaime, que ya era suficiente, que había que terminar con eso. Alejandro no trató de defenderse. Le dijo a su hermana que tenía razón, que para él ya había terminado todo. Cuando colgó, nos reímos sorprendidos pero conscientes de que algo se había removido profundamente. Yo tomé el traje de Jaime, los zapatos y las fotos, hice un bulto con tela negra, me despedí de Alejandro y dejé a los niños con Verónica. Eran las doce de la noche. Decidí que tiraría el paquete por un puente para que los cadáveres de Jaime y Benjamín se reunieran en el corazón de la madre: el mar, el océano en paz.

Cuando llegué al puente de Alma, sobre el río Sena, lancé el paquete de espaldas. Justo en el momento en que se hundía en el agua, aparecieron dos policías de paisano y me preguntaron qué era lo que acababa de tirar.

—Sólo son cosas del pasado —respondí.

—¿Cómo sabemos nosotros si no es un cadáver? —comentaron sin ninguna ironía.

Poco sospechaban la razón que contenía su pregunta. Había tirado un cadáver de otra dimensión. No traía conmigo el pasaporte y me llevaron a comisaría para verificar mi identidad, mi nueva identidad. Cuando me dejaron libre, era como haber nacido de nuevo, me fui bailando, flotando por las avenidas, emanando chorros de felicidad por todos los conductos floridos de mi ser. Aquellos policías resultaron

providenciales. Me detuvieron en un puente a las doce de la noche —la hora de mi nacimiento— porque tiraba un cadáver al río que había embalado en negro de manera metafórica; entré en comisaría, pagué mi pena por no seguir portando la bandera de desgracias de mi clan y me liberaron. Un lúcido sueño.

Al día siguiente caí en cama con una gripe gigantesca. Había cargado durante una vida una montaña. Mis defensas bajaron: no había nada más de qué defenderse. Esa misma noche tuve un sueño sanador que me confirmó hasta qué punto había resultado terapéutica aquella cirugía psíquica. Caminaba desnudo por una calle de Santiago de Chile y me daba cuenta de que era la calle Maipú, exactamente donde me habían anunciado la muerte de mi hermano diez años antes. Frente a mí apareció un panadero al que conocía de vista y me pidió que entrara en su horno de pan. Al principio, las llamas me disuadieron, pero acerqué la mano al fuego y me di cuenta de que no quemaba. Una vez que atravesé las llamas, encontré unas escaleras que me llevaron a salir sobre el asfalto de una autopista. Del otro lado encontré una favela. Subí entre las barracas y hallé a mi hermano sentado ante un hormiguero, contando hormigas. Comencé a llorar, pero él me dijo que estaba muy bien, que Alejandro y Valerie tenían que enterrarlo y que cuidara a mis hijos. Teo me visita a menudo en sueños, todavía hoy. En una ocasión, charlando, le pedí que me ayudara a afrontar la muerte y el dolor que me había producido su desaparición, sabiendo que, como me decía Alejandro, «si te mueres en sueños te encontrarás viendo tu cadáver al lado y no te pasará nada, así que déjate ir, no seas cobarde, permítete reventar si hace falta».

Al cabo de dos noches tuve otro sueño en la calle Maipú. Las casas relucían de intensos colores: amarillos rojos, azules, verdes... Era como estar en un estudio cinematográfico; todo parecía falso. En esos barrios las casas sólo tienen un piso de altura a causa de los terremotos. A mi lado apareció un lechero muy joven, pálido, con un talón cojo, que me entregó un par de zapatos de charol carmín. «¡Póntelos —me dijo—, que los vas a necesitar!» Me los calcé y al mismo tiempo quedé vestido de cirujano, con bata blanca, al fondo de la calle. En la esquina, con letras de neón, estaba escrito vahar (el diamante). Por la puerta se proyectaba hacia la calle una luz roja muy intensa; del interior, salió corriendo y se plantó en la calle un pequeño perro bulldog blanco. El animal estaba iluminado por un aura muy reluciente y flotaba a unos centímetros del suelo. Su cola inmensa terminaba con la cabeza de una serpiente cobra que me miraba hipnótica. Con una voz profunda de mujer el perro me habló: «¡Sígueme, hijito, que te están llamando!». Esa voz la reconocía, la había escuchado ya. Era Pachita, la curandera. Tenía un bulldog llamado *Jasón* que había encargado traer de París a Alejandro y Valerie. Así que la seguí, giró por la esquina

y cuando a mi vez doblé también, encontré a alguien tirado en la calle, como accidentado. Era Benjamín, el hermano de Jaime, al que sólo había visto en foto. Al acercarme a él, lo vi junto a una niña africana vestida de niño, que me dijo: «Doctor, ayúdelo». Él tenía una herida abierta en el lugar del corazón, me miró y dijo: «Mete la mano dentro». Obedecí y saqué una piedra octogonal azul del tamaño de un puño. En ese momento sonrió, se le cerró la herida y se fue transformando poco a poco en Teo. Me miró sonriente y me dijo: «Estoy en paz», y desapareció. Emocionado, cerré los ojos y cuando los abrí estaba despierto en mi cama. Mi mujer me contó que había hablado en sueños toda la noche. De repente, sucedió algo que todavía no me explico: la luz del cuarto se iluminó de golpe. Me quedé pasmado. Miré si había algún falso contacto, pero nada. Nunca había pasado antes y nunca pasó de nuevo. Se podría decir que fue mi energía que se liberó. O quizás era la de Teo, que por fin fluía en paz. Me levanté a apagarla, me tumbé de nuevo y cerré los ojos. En mi siguiente sueño, la lluvia traía consigo el explosivo despertar de una florida primavera.

Crear este acto profundamente liberador me permitió descubrir una vía de sanación emocional que pude aplicar a otras personas. Con él me di cuenta de hasta qué punto uno anhela colmar la falta afectiva de los padres. Con este acto se realiza ese impulso y se puede pasar página. Más adelante lo llevé a cabo con padres sustitutos, realizándolo de muy diversas maneras con otros tantos consultantes. En ocasiones he aconsejado otros actos relacionados: un hombre tenía una madre que había sufrido una gran falta afectiva de su propio padre, y le pedía a él que la llenara. Se puso una foto de su abuelo en el bolsillo izquierdo, fue a casa de su madre y la abrazó en nombre del abuelo (por supuesto, sin mencionárselo) mientras le decía cuánto la amaba y respetaba. Otro consultante tenía un padre que había sido despreciado por los suyos. Compró un par de guantes dorados y colocó en el de la mano derecha una foto del abuelo y en el de la izquierda una de la abuela, ambas mirando hacia el exterior. Con los guantes puestos, fue a casa de su padre y lo acarició, diciéndole lo mucho que lo admiraba y amaba. Estos simples actos crearon nuevos parámetros de relación y de comunicación con los padres en quienes los realizaron.

MIL GENERACIONES FELICES

Vivimos en una sociedad donde padres e hijos acostumbran a comunicarse muy poco, y mucho menos a emprender una labor de sanación familiar colectiva. Es una lástima: las familias podrían reunirse, hablar de sus dificultades y establecer su genealogía; planificar encuentros donde se ocupen juntos de desanudar conflictos, comprender en grupo el pasado, como si fuera una ceremonia sagrada y un juego amoroso. Todo ello sin culparse, siendo conscientes de que lo que sucedió tiene sus raíces en un lejano pasado. Realizando estos actos de sanación parental comprendí que pensar en el futuro de mis hijos no consistía en pensar en su futuro económico (por lo menos, no primordialmente), sino en la salud emocional y espiritual de toda su descendencia, y que liberarlos era entregarle al futuro una psique pulida como una joya, porque el bien que hagas —decía la Biblia— repercutirá en mil generaciones. Con los hijos de los cuales tengo el honor de ser padre me he dedicado a realizar pequeños actos que los ayuden a ser interiormente más libres. A cada uno por separado los he citado en mi biblioteca y, frente a frente, los he honrado y bendecido para, de corazón a corazón, expresar el profundo amor que siento por ellos. Después los bañé con miel y agua caliente, y les pinté el cuerpo por completo, mitad de dorado y mitad de plateado. Ante un gran espejo, les dije:

—Esto que ves delante de ti es el regalo más maravilloso que nadie jamás te podrá regalar, estos brillos representan las infinitas posibilidades que existen en ti, tu infinito tesoro, y este tesoro, que eres tú mismo, lo bendigo, y agradezco el honor de poder compartir una parte de mi vida contigo. Te respeto infinitamente, querida manifestación divina que eres...

¿Por qué no atreverse a realizar estos rituales de reconocimiento en el seno de nuestra propia familia, con nuestros propios hijos? El hombre anteriormente vivía acompañado de ritos como éstos. Hoy en día, esos ritos que permiten una higiene psicológica y espiritual cotidiana se pueden recuperar adaptados a nuestro tiempo y conocimiento racional. Eso sí: el elemento fundamental es la humildad y la capacidad de los padres para confesar y aceptar sus errores. No en vano, Jean de La Fontaine decía: «La vergüenza de confesar el primer error hace cometer otros muchos». Con disponibilidad y apertura, sin defender posiciones enrocadas, en la verdad y la sinceridad, se revelará un camino de infinitas posibilidades para una familia.

APÉNDICE 6
MUERTE Y RESURRECCIÓN

A través de los años de labor terapéutica he comprendido que, cuando algo no se soluciona en el transcurso de una generación, reaparece en la próxima: entonces podríamos hablar del eterno impulso de equilibrio de lo incognoscible, que repite y repite el conflicto hasta que, por fin, damos con la solución. Mientras tanto, el árbol genealógico emitirá toda clase de señales de socorro hasta que se haga la consciencia y sus raíces se reorienten. Más que un castigo, quizás debiéramos entenderlo como una forma de karma: no puedo afirmar o negar la reencarnación, pero sé que ésta se produce como un proceso psíquico. Yo fui Jaime como Alejandro fue Benjamín como Heinrich fue Guite como Sheila fue Mary Agnes —y así, hasta el infinito— para alguno de los miembros del clan o, en el peor de los casos, para todos. Por eso el nombre de un niño debe ser un talismán, único e intransferible, para apuntalar mejor su individualidad dentro de una estructura familiar que a menudo nos envuelve con muchísimas estrategias para marcar un camino a sus miembros. Una de las más nocivas es la violencia. Cuando tus progenitores te golpean, ya sea en la carne o en el alma, en realidad te moldean como un escultor moldea su escultura, conformándote para que te parezcas lo más fielmente posible a su estirpe. Cada golpe es una pauta estructural que implanta límites, asegurando en el fondo tu pertenencia: una manera de transmitir programas genealógicos que forman el psiquismo del recién llegado a la imagen del clan. Paradójicamente, hay que entenderlo también como una estrategia de protección, de iniciación tribal, de transmisión de la tradición, por tóxica y disfuncional que sea. Con la agresión, inhiben en ti todo aquello que pueda diferenciarte. Cada golpe es, en realidad, un golpe de cincel que fija, a través del dolor, la imagen de la casta.

A menudo, los límites y caparazones con que nos armamos para soportar las agresiones de nuestro entorno afectivo nos impiden vivir plenamente ese espíritu sin confines que los siddhas, místicos hindúes, llaman «el cuerpo de diamante», «el cuerpo de luz» o «cuerpo divino. Los siddhas, maestros indios del tantrismo budista vajrayâna, plantean la posibilidad de alcanzar la inmortalidad mediante un procedimiento esotérico especial de revitalización del cuerpo hasta convertirlo en un vehículo divino. En realidad, bajo esta idea se revela lo que otras culturas conocen como iniciación espiritual. La iniciación está descrita en todas las mitologías del mundo. Es el proceso de transformación personal con que el gran maestro sufí del siglo ix Abû

l'Qasim al-Junayd al-Baghdadi definió el sufismo: «El sufismo es que Alá te haga morir a ti mismo y resucitar en Él». «En verdad, en verdad os digo —afirma también Jesús— que el hombre es semejante a un grano de trigo caído a tierra. Si no muere y se transforma, terminará por pudrirse. Pero si entra en el camino de la transformación de la vida por el todo, entonces florecerá y dará frutos que vencerán a la muerte» (Juan 12:24).

Un segundo nacimiento espiritual, una «regeneración» o una «resurrección» son los pilares de toda cultura iniciática. El metafísico francés René Guénon explicaba que ese «segundo nacimiento» abría el ser a un mundo distinto de aquel en el cual se ejerce la actividad corporal habitual: un mundo que constituirá para una persona un campo de desarrollo y de posibilidades de un orden espiritual elevado. Guénon lo llamaba «el estado primordial», que definió como el momento de plenitud y perfección de la individualidad humana. Sin duda, Guénon se refiere de esta forma a la alquimia espiritual. Del árabe al-kìmyi, «transmutación», la alquimia que tan a menudo evoca a magos y esoteristas del Medioevo que intentaban en vano convertir vulgares metales en oro también se refiere originalmente a una tradición esotérica y mística que corresponde a un proceso espiritual. En la India, la alquimia es el yoga y el tantrismo. En China el taoísmo alquímico. En el Egipto helenístico, la gnosis. En los países islámicos, las escuelas místicas del hermetismo y el esoterismo. En el Medioevo occidental y en el Renacimiento son el hermetismo, la cábala y el misticismo cristiano los que ofrecen esta guía. Todas estas tradiciones alquímicas se basan en un arte místico y espiritual que nada tiene que ver con el mundo físico y que sirve para revelar una dimensión inmortal del ser humano. Purificarse, transfigurarse en oro puro, inmortalizarse espiritualmente, puede corresponder a liberarse de los yoes impuestos, de los límites y prisiones educativos con los cuales uno se identifica, quitándose las capas de metal polucionado que pueden recubrir y ahogar nuestro ser esencial. Para ello, desde que tengo veintiún años, cada siete años me entierro en el bosque para resucitar simbólicamente en una ceremonia psicochamánica de gran capacidad sanadora. A mis treinta y cinco años, reuní a toda mi familia y fuimos al bosque de Fontainebleau, en las afueras de París, para realizar un acto de muerte simbólica y resurrección en el que cambiaría mi nombre. Hasta ese momento me llamé Axel. Cargué ese nombre como un asfixiante emblema, anillo de matrimonio de la despiadada ley de mi genealogía.

Delante de todos cavé mi propia tumba, me desvestí por completo y exclamé con los brazos en cruz:

—Hoy muero al pasado, no voy a ser nunca más el espejo de sus egos. Voy a

morir a mi mentira y voy a resucitarme a mí mismo luminoso.

Al instante me cubrí de arcilla y me enterré para realizar el destino que se me había impuesto. Allí, en la tierra que sentía devorarme como si estuviera dentro de una pecera con pirañas, lloré con las lágrimas de Axelito, me ahogué, escupí y tosí hasta dejar que ese yo fuera absorbido por la tierra, entregándolo como don. Como una semilla tiene que salir de su caparazón y morir para volverse árbol, me levanté cubierto de arcilla dejando el ropaje de mi antiguo yo enterrado. Y resurgí como Cristóbal, que es el otro nombre que me entregaron cuando nací. Cambiarlo me abrió otros campos: comprendí hasta qué punto era una simbólica prisión y que, para convertirme en un ser infinito y atemporal, no podía identificarme con un nombre. Así que también cambié y cambio todas las veces que me acuerdo el nombre de Cristóbal, como si los nombres fueran trajes desechables que voy dejando a cada paso: me he llamado Sol, Arco, Resurgido, Águila Consciente, Guía de Lumbre Elegante, Arroyo Experto, Franqueza, Emblema Exaltado, Portador de Felicidad y cuántos más... Son los nombres secretos que me dediqué a crear cotidianamente para desarrollar lo que llamo multiplicidad y flexibilidad del carácter, tan necesaria para cruzar en armonía esta vida llena de tesoros.

Aquel psicorritual operó en planos que quizás hoy todavía escapan a mi análisis. En psicomagia hay una clave fundamental: actúa más allá del propio entendimiento; cuando un acto se pone en marcha, sólo más tarde se acaban por entender todas sus ramificaciones. Siddharta Gautama explicó una historia que ayudará a entender la dinámica que se genera:

«Supón, Malunkyaputta, que un hombre fuera herido por una flecha embebida en veneno, y que sus amigos y compañeros trajeran a un médico para curarlo. El hombre diría: "No voy a permitir que el médico me quite la flecha hasta que sepa el nombre y clan del hombre que me hirió; si utilizó un arco o una ballesta; si la flecha tenía la punta de pezuña o era curva o tenía púas". Nada de esto sabría el hombre y mientras tanto moriría. También así, Malunkyaputta, si alguien dijera: "No voy a llevar una vida noble bajo el Buda hasta que el Buda me declare si el mundo es o no eterno, finito o infinito; si el alma es lo mismo o diferente del cuerpo; si uno que ha logrado el despertar continúa o no existiendo luego de la muerte", eso seguiría sin ser declarado por el Buda y mientras tanto esa persona moriría.» Retiremos entonces la flecha, ya que lo urgente es liberarse. Después habrá tiempo para la fundamental toma de conciencia.

Cada vez que voy a dirigir un psicorritual o a dar consejos de psicomagia o psicochamanismo, procuro prepararme también para la muerte. Por lo menos, trato

de desprenderme de mis límites personales hasta donde me sea posible. Acostado en mi cama o en el suelo, me dejo caer con todo mi peso, respiro profundamente y trato de desprenderme de todas las cosas de mi vida, concretas e imaginadas. En un proceso creciente en intensidad, visualizo todas mis pertenencias siendo quemadas, las desintegro o hago que sean aspiradas hacia un agujero negro universal en el que todo queda reducido a cenizas: casa, objetos, dinero, comida, posesiones, enfermedades, hambre, dolor, bandera, país, zapatos, amigos, hijos, ser amado, familia, genealogía, conflictos psicológicos, obsesiones, el pasado, rencores, nostalgias, arrepentimientos, culpas, rabias, orgullos, faltas afectivas, creencias, memoria ancestral, el futuro, planes, sueños... Todo, hasta desaparecer en el silencio, y sólo en ese momento me considero preparado para empezar o poder sentarme frente a otra persona, dejando que lo ilimitado en mí pueda obrar en plena paz. Esta alquimia personal me da la fuerza que necesito para ayudar, puesto que me sitúa al servicio incondicional del otro sin tener que defenderme de nada. Poder vivir con la muerte presente en tanto que acompañante, aceptándola como un proceso de vida y mutación universal, ha sido una bendición para mí, pues poco a poco me ha permitido aceptar también la vida en su totalidad: como escribió Krishnamurti: «Morir es tener una mente vacía de sí misma, vacía de sus diarios placeres, anhelos y agonías. La muerte es una renovación, una mutación en la que el pensamiento no actúa en absoluto, porque todo pensamiento es viejo. Cuando se muere, surge algo totalmente nuevo. Liberarse de lo conocido es morir, y entonces uno está vivo».

7. EL NIÑO VAMPIRO Y LA BESTIA SAGRADA

Un malvado zumbido
y la costumbre de atormentarme.
¡Muere, mosca latosa!
Dale Furutani, *Jade Palace Vendetta*

A los seis años y medio me pasaba el tiempo explorando cada rincón de mi mágica catedral, la casa de Jacqueline. Rondaba como un morrongo del sótano a la azotea, poniéndolo todo patas arriba en busca de los tesoros que ocultaba la casa. Una tarde, buceando en la congestionada bodega del sótano con mi filiforme cómplice Tulio, encontré un viejo proyector de súper ocho acompañado de una caja de películas en blanco y negro. Animados, armamos el botín con una de las cintas y, sobre un muro lechoso en que colocamos una sábana más o menos blanca, iniciamos la función. Era Drácula en blanco y negro, interpretada por el escalofriante y elegantísimo Bela Lugosi. Jamás olvidaré cómo se zarandeó mi corazón viendo a ese príncipe muerto vivo que me cautivó. En lugar de aterrarme como le hubiera sucedido a cualquier otro chiquillo de mi edad, comencé a experimentar en carne propia su tormento como si recibiera navajazos. Durante toda la proyección estuve bañado en lágrimas, implorando por él, sonándome con la ya gelatinosa camisa de Tulio, que apretaba las manos sobre su rostro y temblaba como un carnerito perdido en la oscuridad cada vez que aparecía el aristocrático espectro.

Pero yo, hipando de tristeza, le decía:

—¿Es que no te das cuenta de cómo le duele estar solo? Tiene que dormir en un sarcófago, ¡pobrecito! ¿Por qué nadie le quiere? No es culpa de él si necesita tomar sangre. Es porque le maldijeron. ¡Él no quiere hacer daño a nadie! ¡Es un príncipe!

Aquellos cuchillazos de pena que sentía me identificaron profundamente con el conde Drácula, él sediento de sangre y yo de amor. Su descomunal elegancia representaba nobleza frente al dolor. Drácula se convirtió en mi doble. Todas las otras películas que había en la caja también eran de terror, como *Frankenstein, El hombre lobo, La momia, Fu-Manchú, El monstruo de la laguna verde* y muchas más. A partir de ese momento me apasioné por el mundo de los monstruos. Pasaba las horas en aquel sótano, extasiado frente a mis escalofriantes películas como si fueran cuentos de hadas.

En aquellos días nos trasladamos todos a una gigantesca casa de cuatro pisos en la plaza Río de Janeiro, 52, de Ciudad de México. En la planta superior instalamos al miembro honorífico de la familia: la «amada biblioteca». En la inmediatamente inferior estábamos los niños. El espacio era tan grande que por fin tuve una habitación para mí solo. Mis padres me dejaron elegir hasta el color y la decoración de las paredes de mi habitación. En aquella casa, el bendito canal de la poesía se podía manifestar sin que nadie se opusiera. Y así, pedí que me compraran una alfombra rojo sangre y me pintaran unas paredes violetas y un techo plateado donde pegué nubes de algodón azul ultramar. Puse cortinas de terciopelo rojo, con flecos dorados, repisas negras, velos en la cama, rojos con flecos negros. Pegué signos esotéricos dorados por todas partes, como estrellas. Y en todos los muros enmarcados estilo rococó coloqué pósters gigantes de mis dioses: Bela Lugosi como Drácula, Boris Karloff como la momia, Lon Chaney como el fantasma de la ópera...

EL PEQUEÑO SEPULTURERO

Me crié en una familia de artistas que vivían al margen de clases sociales. Fue una gran fortuna, porque el arte es una de las prohibiciones más habituales en el seno del clan. Muchos piensan que no es un verdadero trabajo, que no da de comer, que es sólo un hobby, que es para locos o saltimbanquis, bohemios, perezosos y vagos, alcohólicos, putas y homosexuales. Por fortuna, a mí me permitieron el arte y hasta me animaron para que me desarrollara como artista. Claro que yo no había esperado a obtener el permiso de mis padres para dejar volar mi imaginación, mis sueños me la habían abierto. Ya veía hasta moscas albinas salir por sus orejas. Me gustaba imaginar a Alejandro acicalado con un vestido de noche de piel de tigre rojo, con cuernos de chivo blancos y dientes de oro, flotando sobre un tapiz volador hecho de rosas verdes. Su permisividad no hizo más que terminar de abrir el grifo de mi mente: uno se lo podía permitir todo, ir a todos los espacios, tiempos, cielos e infiernos. Sobrepasar cualquier moral, edificar santuarios con caca y diamantes, tener sexo con mantarrayas o dioses, bailar con una giganta hecha de sangre menstrual y luego devorarla o convertirla antes en rabino con piel de cebra: la imaginación, como los sueños, no tiene límites.

Como me permitían cualquier excentricidad, yo mismo pinté un rectángulo blanco en el muro de mi habitación, al pie de mi cama, para que me sirviera de pantalla, y por las noches proyectaba con el súper ocho las películas de terror que había descubierto en el sótano de la casa de Jacqueline. Para mí eran verdaderos melo-

dramas, con los que lloraba como si, en vez de una película de monstruos, estuviera visionando *Lo que el viento se llevó*. Tan grande fue mi pasión por aquellos seres que enseguida rogué que me compraran un frac y me cosieran la capa de mi héroe, de lo que Valerie se ocupó con inmenso placer. Se lo encargó a la costurera de las películas y obras de teatro: una lujosa, auténtica y original capa de vampiro de satén rojo y terciopelo negro que me llegaba a los talones y que yo trataba como si fuera una venerada reliquia. Cuando no la usaba, la ponía en un altar que había preparado especialmente para ella. Vestido con mi frac, capa, cadena de oro y pelo peinado impecablemente hacia atrás con kilos de gomina extra dura, deambulaba por los cuatro pisos de la casa como «el príncipe muerto vivo», pidiendo que, cuando se dirigieran a mí, me llamaran el Conde. Comía en platos rojos carne casi cruda, tomaba exclusivamente jugo de tomate y gelatina de fresa. Lo quería todo rojo: las servilletas, los platos, vasos… Drácula, que estaba muerto pero vivo, fue una solución perfecta para mi bifurcado cerebro: los monstruos viven en las tumbas, en las grutas, escondidos, y yo hice de mi cuarto una verdadera tumba donde dormía absolutamente feliz como un muerto. Dividiéndome entre la persona y el personaje, también lograba repartir mi angustia. Axel, *el diablito*, era el malo, el no amado, el inquieto, el que molestaba a mi hermano y rechazaba a mi padre, el que quería poseer a mi madre, el que se meaba en los rincones, el que se despreciaba como una inmunda basura humana. El Conde era, en cambio, un príncipe festejado por mis padres, que, orgullosos ante mi creatividad, me alentaban con frases como: «¡Éste es un verdadero Jodorowsky!».

Cuando iba al colegio con mi capa, causaba furor. A menudo, después de una fiesta infantil en mi casa, los padres de mis amigos llamaban a los míos para decirles: «Mi hijo no pudo dormir a causa de los disfraces de monstruo de su hijo y de las horripilantes imágenes que cuelga en sus paredes». Preocupados, trataban de averiguar si yo era normal, si suponía alguna amenaza para sus pequeños. O más bien si la amenaza eran Alejandro y Valerie, por dejarme vivir rodeado de monstruos en una habitación que parecía un sarcófago. O por todos los artículos de prensa que relacionaban el nombre de mi padre con la más absoluta inmoralidad. Muchas veces fui blanco de las burlas de mis compañeros:

—¡Ahí va el muerto! —gritaban.

Como cuando al niño Alejandro le llamaban el Sepulturero.

Yo, impasible el ademán, les respondía con fingida ira:

—Si sigues así, esta noche vuelo hasta tu casa y con mis dientes como jeringas te chupo hasta la última gota de tu médula, después te corto la cabeza y la meto en

un partido de béisbol para que la bateen.

Mis compañeritos, aterrorizados, no osaban meterse nunca más conmigo. De nuevo, mi imaginación me salvaba y, por las noches, acostado, trabajaba con ella trayendo a la pantalla de mi mente imágenes de ángeles, cloacas, castillos estelares, cuerpos abiertos, leones de perlas y princesas de leche. No me censuraba ni le tenía miedo a lo que la gente llama imágenes terribles, que son traducciones de energías que todo el tiempo están en transformación.

En esa escuela hubo una niña de la cual caí frenéticamente enamorado. Se llamaba Ximena, era polaco mexicana, con el pelo del mismo color que el plumaje de un cuervo. Su piel era blanca como la de un cadáver y bajo sus ojos intensamente azules se elevaban unas ojeras que lucía graciosamente como una marca de distinción, igual que la novia de un vampiro. Todos los días le llevaba un regalo diferente: canicas, tortas, dientes de vampiro de juguete, gelatina... Ella, altiva, lo rechazaba todo con una media vuelta cinematográfica, como si yo no existiera, lo que para mí era un desgarro. Hasta que encontré algo que la conmovió por completo, hasta tal punto que, cada vez que me veía aparecer, salía corriendo. Y es que comencé a perseguirla con una bola de plastilina que había llenado de insectos muertos. Asqueada, Ximena huía despavorida y pedía ayuda a gritos por toda la escuela, perseguida por el pequeño sepulturero. Pero yo estaba absolutamente determinado a seducirla y la perseguí tanto que, al cabo de un mes, terminó por ceder. Según ella, aceptó ser mi novia para que dejara de molestarla. Y al cabo de poco terminamos queriéndonos: con ella viví mi primera y bellísima historia de amor gótico. Sus padres eran actores y habían trabajado con los míos, así que no tuve ninguna dificultad por ese lado. Ella podía quedarse en mi casa tan a menudo como lo deseara, lo que acababa siendo casi todos los días. Yo la recibía como a una verdadera princesa, con mi capa de Drácula. Le extendía el brazo para subir las escaleras, le abría la puerta de mi habitación sepulcro y, ceremoniosamente, la peinaba alisándole el pelo con mi gomina coagulante. Cuando, totalmente maquillada, creía ver en ella el rostro de un espectro, me ponía a sus pies y le recitaba versos:

—He atravesado océanos de tiempo para llegar a ti, mi amor, la gente no nos comprende porque somos de otra raza, pero no importa: ¡nos tenemos el uno al otro para siempre, porque somos inmortales! ¡Saldremos por las noches y dormiremos por el día! Ximena, con los ojos brillantes, me respondía:

—Sí, mi amor, pero tienes que nutrirte.

Y estiraba el cuello dejando relucir su minúscula yugular. Yo me ponía mis falsos dientes, le hacía escurrir globulina roja en el cuello y la mordía exaltado. Después,

palpitando de emoción, mirábamos la película: *La novia del vampiro*, besándonos apasionadamente durante horas hasta caer dormidos. Poco después, ella cambió de colegio. Sus padres se mudaron a otro barrio y hace pocos años, tras la caída del Muro de Berlín, volvieron a Polonia. A menudo me pregunté qué se habría hecho de mi dulce Ximena, a la que imaginaba paseando disfrazada de vampiresa por las calles de Varsovia. Lo curioso es que después de muchos años me encontró a través de Valerie y me contó que, en efecto, ¡paseaba por las calles de Varsovia disfrazada de vampiresa!

En aquella época, quizás animado por la creatividad que veía en esas películas repletas de seres estrafalarios, y para poblar la ausencia de Ximena, empecé a desembalar de mi mente todo tipo de personajes: animales, extraterrestres, gusanos, samuráis, santos, mendigos sin piernas... Pedía maquillaje y me lo traían junto a libros de aprendizaje profesional. Tenía mi propio espejo con focos alrededor, ante el cual me fabricaba cicatrices, golpes, caras de buda. Una noche me hice un traje de *lengua de trapecista* —así lo bauticé— con el jamón que Valerie había comprado para los cien invitados que vendrían a almorzar al día siguiente. Aparecí por sorpresa en el salón, desnudo, con el jamón pegado sobre la piel utilizando como cola una mermelada de membrillo y dejando una traza de pedazos rosados tras mis pasos.

—Soy la lengua rosada del trapecista —les gritaba—, vengan aquí, que los voy a lamer enteros hasta que desaparezcan.

Valerie, roja de furia, no atinaba a reaccionar. Pero Alejandro, al ver que sus genes ya estaban comenzando a hervir en mí, le decía disimulando su orgullo:

—Déjalo, que exprese su creatividad, es hijo del happening. Cuando estaba en tu vientre yo andaba en el escenario haciendo explotar automóviles, clavando corazones de vaca sobre cruces y bañando a bailarinas desnudas con sangre. ¡Cómo no va a ser así!.

Otros padres me hubieran llevado directo al psiquiatra para que me diera un buen tratamiento sedante o un electroshock. Pero los míos me agarraron de una pata, como a Aquiles, y me sumergieron en la fuente de la locura creativa. Recuerdo una hermosa frase de Dalí respecto a la locura: «La única diferencia entre un loco y yo, es que yo no estoy loco». También Ambrose Bierce tuvo un pensamiento inspirado sobre el tema: «Todos son locos, pero el que analiza su locura es llamado filósofo».

Ni que decir tiene que esta iniciación en el arte y el disfraz me sirvió infinitamente cuando me convertí en adulto. Gracias a la pasión por los monstruos y las

múltiples personalidades, el color y la plasticidad, cuando entré en el teatro me deleitaba inventando mis trajes, maquillajes y personajes, mis acciones, todos mis accesorios. En una obra llegué a inventar e interpretar a cuarenta personajes en un mes y medio, a ocho por función, con un minuto de absoluto e irreconocible cambio para cada uno. Cosía botón por botón, iba a comprarlos a lugares especiales, elegía telas, calcetines y calzoncillos minuciosamente para que correspondieran al estado de ánimo de cada rol. Me inspiraba en una conocida anécdota de Eric von Stroheim: en una de sus películas, pidió que una armada de soldados calzara ropa interior de seda. Los productores, enfurecidos, le dijeron: Eric, ¡eso no se ve!». Y él respondió: «Pero ellos lo sienten».

De igual modo, el acto psicomágico se basa esencialmente en la sensibilidad, la creatividad y el arte. Sin ello, no podría dedicarme a aconsejarlos:

—Para aconsejar un acto de psicomagia —me recordaba siempre mi padre—, hay que ser artista. El acto viene de la dimensión creativa, del dios interior, acompañado del conocimiento, que después se convierte en intuición. Y eso no se aprende: ¡lo tienes o no!

Por supuesto, si existe algún don en mí, no me pertenece, sino que me atraviesa. No podría reivindicarlo como mío, como no pertenecen al curandero sus aptitudes para sanar: éste es, más bien, un portador, un vehículo humilde para la sanación. La naturaleza del poder del chamán es la de situarse a disposición del prójimo y poder ayudarlo a liberarse del sufrimiento, entregarle claves para su expansión.

Creo que, a mi manera, me di cuenta de ello a una edad muy temprana. Enfrente de la casa teníamos un parque donde todas las tardes salía a jugar con los niños pordioseros del barrio. Invariablemente, regresaba hecho un verdadero cúmulo de lodo. Muchas veces volvía apenas con los pantalones puestos: era tan infinita la pena que me producían aquellos pequeños mendigos que les regalaba todo lo que tenía a escondidas de mis padres: juguetes, ropa, comida... Al ver mis armarios saqueados y el refrigerador vacío, Valerie se desesperaba e, implorándome, decía:

—Si les sigues regalando todas las prendas que tienes te vas a quedar en calzones.

A veces la oíamos gritar a la asistenta:

—¡Rosa! ¿Dónde quedó el salchichón que compré ayer?

Y ella respondía, apenada:

—Se lo llevó el Conde, señora.

Entonces Valerie me sentaba con infinita paciencia sobre sus rodillas y trataba de reprenderme:

—Hijo, tu generosidad es grande y lo que haces muestra la inmensa nobleza de tu alma, pero no lo puedes dar todo. Imagínate, después, cómo harás para seguir ayudando si no comes y no tienes fuerza o no tienes con qué vestirte. ¡Te morirías de frío! Da, pero no te olvides de ti. Tú eres el instrumento, el vehículo sagrado que hay que cuidar, vestir y alimentar para seguir entregándose. Una cosa es ser santo y otra idiota.

Yo le respondía con voz aflautada:

—No tienen nada, yo sí. Se están muriendo de hambre, sus padres los abandonaron en la calle, mejor traigámoslos todos a vivir en casa con nosotros, los adoptamos. Pueden dormir en mi cuarto.

Valerie, desarmada, terminaba la charla con una tierna sonrisa. Sin embargo, nos organizamos y comenzó a darles a través de mí todo lo que ya no usábamos, además de comida. Feliz como el nieto de sor Teresa de Calcuta, me convertí en el repartidor del barrio. Hasta que un día unos muchachos mayores se unieron al grupo y me echaron a pedradas llamándome «el rico apestoso». Cada vez que intentaba acercarme de nuevo, me expulsaban a golpes por tener más que ellos. Encontrarme de frente con aquel odio social que no entendía me apaleó el alma. Y sin pretenderlo comprendí cómo a menudo los pobres pueden despreciar tan intensamente a los ricos como éstos a los pobres: acababa de toparme con la neurosis social. Cuando fui a contarle a Valerie mi desgracia bañado en lágrimas, me consoló con una frase de Cicerón: «Cuanto mejor es uno, tanto más difícilmente llega a sospechar de la maldad de los otros».

Un hombre me pidió consejo acerca de un conflicto social. Procedía de un árbol genealógico de campesinos y miembros de la clase obrera. Durante años fue presionado por sus padres para que tratara de ascender en sociedad. Día tras día le repetían que contaban con él para hacerle honores a la familia, que era su esperanza, el primero que saldría a la superficie. Le pagaron los mejores estudios con un gran sacrificio. Pero todas las tardes, en la sobremesa, se dedicaban a insultar a la burguesía, y cada vez que veían un rico en televisión decían: «Esa fortuna la hizo por medios fraudulentos, tiene cara de ladrón, seguro que esa mujer se acostó con mucha gente, es una puta disfrazada, el dinero te pudre», y otras frases del mismo estilo. Era el típico regalo con dientes: «Te doy todo para que te realices, pero sobre todo no lo vayas a lograr, porque te despreciaremos.

Con tu irrealización pagas nuestro sacrificio. Sacrificarnos por ti será una buena excusa para no hacer nuestro trabajo y ascender material, intelectual, emocional, creativa o espiritualmente». El consultante se angustiaba terriblemente cada vez que estaba a punto de ganar alguna suma. En el campo donde vivían sus padres, cavó y recogió trece piedras en las que ató fotos de los principales miembros del clan con un cordel rojo. Metió las trece piedras en una mochila y, cargándola en la espalda, se fue a mendigar a la calle, sentado detrás de un cartel que rezaba: «Soy un obrero rico y sin trabajo, ayúdenme, por favor». Pasó así nueve horas, hasta que juntó dinero suficiente para comprar un martillo, buscó un lugar tranquilo y, con él, fue machacando las piedras una a una con golpes desesperados y una inmensa rabia, hasta hacerlas polvo. Con los restos y un poco de arcilla, fabricó veintiséis lingotes que coció y pintó de oro. Se vistió de obrero y se colocó

encima un traje de rico (tal como él imaginaba que podía ser un atuendo así), y se fue a la casa paterna. Cuando llegó, se arrancó las ropas de rico ante ellos, diciéndoles: «¡Yo no soy esto!». Hizo lo mismo con las ropas de obrero: «¡Tampoco soy esto!». Desnudo, les entregó los lingotes de oro y se vistió con un traje dorado —calcetines, calzones y zapatos incluidos— que había comprado para la ocasión. «Con estos lingotes os pago mi deuda», anunció a unos cada vez más sorprendidos progenitores, para quienes, antes de irse, dejó sobre la mesa un gran tarro de miel. Dando un paseo, llegó hasta el bosque y cavó un hoyo donde enterró los trajes que se había sacado, echó encima las fotos y un puñado de trigo, y terminó de enterrarlo todo. Sobre la improvisada tumba de su pasado plantó un abeto, árbol que simboliza la fortuna. Meses después, recibí una carta suya donde me explicaba los pormenores del acto y me anunciaba su inminente traslado a Estados Unidos: «Me han contratado como primer asistente de producción de un largometraje». Hoy, como le aconsejé, siempre lleva bastante dinero en efectivo en los bolsillos.

UN GUERRERO PACIFISTA

Mi precoz cinefilia tiene una explicación. A los seis años había visto al menos veinte veces la película *El Topo* sin impresionarme lo más mínimo, subyugado de principio a fin, en cuyo metraje había sangre para dar y regalar. Aquella cinta era para mí la muestra más clara de la originalidad de los Jodorowsky. En la pantalla, Alejandro interpretaba a un despiadado rabino samurái, un cowboy místico eternamente vestido de cuero negro, con pistolas de plata con las cachas cromadas, que busca vencer el miedo a morir y se convierte en santo para incinerarse al fin como un monje bonzo. También contaba la historia de un hijo abandonado sin piedad por ese padre, dejado al cuidado de cuatro benedictinos afeminados. Devorado por el rencor, el niño busca después al cowboy místico para vengarse y matarlo, pero, al encontrarlo convertido ya en otro ser, el hijo comprende pistola en mano que no podrá apretar el gatillo.

—No puedo matar a mi maestro.

El niño lo protagonizaba mi hermano Brontis. En la primera escena, Alejandro hace un hoyo en la arena del desierto y le dice:

—Hoy cumples siete años, ya eres un hombre. Entierra tu primer juguete y el retrato de tu madre.

Al verlo, yo me identificaba hasta los huesos con aquel muchachito y me ponía a llorar hasta los títulos de crédito finales. Además de su enorme contenido espiritual, *El Topo* está lleno de castraciones, burros destripados, cientos de conejos muertos y una fuerza que causaba desmayos entre los espectadores de la época. Semejante

cóctel fue para mi mente infantil un explosivo biberón. No veía sangre, puesto que, como estuve en el rodaje, había visto llegar los camiones cisterna llenos de pintura roja para hacer los gigantescos charcos rojos que aparecen. Durante aquellas jornadas, a menudo recogía cubetas de playa sanguinolentas con las que pasaba las horas pintando las paredes con mis manos.

Esa película representaba mi propia historia. ¡Cuánto tiempo arrastré mi rabia al padre! O diría, más bien, mi amor contenido, pues en mi caso ésa era la verdadera naturaleza de mi rabia. Me pasé años viendo a Alejandro como un feroz y gigantesco mamut que me devoraba hasta la sombra. Exactamente como él vivió al suyo. Pasaron décadas hasta que, como en el filme, pude incorporarlo como maestro y padre.

En este camino, no hubo lugar para el perdón o la disculpa, pues perdonar, en ocasiones, no es un camino: cuando uno emprende una vía de sanación y liberación, el perdón puede convertirse en un refugio para no recorrerlo hasta el final. Una palabra detrás de la cual uno se puede esconder para evadir lo esencial, su miedo encubierto. Perdón es una palabra santa, pero llena de trampas. Perdonar a mis padres no tenía por qué significar que dejaría de sufrir: sentía el mismo furor de siempre, las mismas ganas de aplastarle la nariz al primer paseante que se asemejara a ellos. El perdón sería, pues, tan sólo el primer paso, el de firmar un contrato de paz, una tregua. Pero no basta. Queda reconstruir la ciudad quemada, reedificar conscientemente la propia esencia, comprender que nadie es del todo culpable, pues lo sucedido en el seno de una familia acostumbra a deberse a sus implacables estructuras del pasado. Muchos hablan del perdón, hay diversas terapias que abordan este espinoso asunto: pero el perdón no es un concepto, sino un proceso. Es una idea que contiene demasiadas raíces religiosas. Errar por el mundo pagando el pecado original en busca del perdón divino hasta la muerte e incluso en el más allá es una buena aspirina contra la consciencia y uno de los programas más nocivos de la humanidad.

¿Cómo alguien se va a sanar cargando con una moral a cuestas? Buda dijo: «Para enseñar a los demás, primero has de hacer tú algo muy duro: enderezarte a ti mismo». Enderezarse puede significar, entre otras muchas cosas, traspasar tus propios límites morales, que te ahogan en el laberinto de la culpa. Muy a menudo, lo que es inmoral para una cultura es perfectamente lícito para otra, lo que nos puede dar una idea de cuán engañosa es a veces la moral. La dimensión instintiva del ser humano, que carece de moral, es capaz de comerse una gacela sin pestañear,

y ello no lo convierte en el diablo. Simplemente, es animal, natural como el huracán. Si quiero destripar un elefante, acostarme con mi abuela o que me posean diez caballos árabes en celo, ¿para qué mantenerlo como un oscuro secreto en el fondo de un supuesto y demoníaco inconsciente pulsional? Es de sentido común hacer notar que no siempre es necesario ni constructivo llevar nuestros deseos a la práctica. Pero no podemos pasarnos la vida negando nuestros impulsos: si existen, es que hay cosas que debemos abordar, comprender, solucionar y despejar. Bien podemos realizarlas en concreto si no dañan a nadie, o bien metafóricamente, como propone la psicomagia. Así, las pulsiones encuentran una vía de escape. Al consumar lo prohibido, la mente por fin descansa y puede ocuparse de otra cosa sin reventar o hacerle padecer su contención y culpabilización a la pareja, hijos, amistades o, en la guerra, con un balazo al soldado enemigo.

El impulso ancestral de *matar al padre* constituye, en este sentido, una sabia metáfora que expresa un proceso cerebral infinitamente más complejo que ese simple hecho. Yo me pasé veinticinco años *matando* al mío. Quería transmutar al monstruo, al dragón de mi pasado, que me impedía el acceso a mi propia alma. Pero el alma no es una entidad separada del cuerpo: el concepto de alma orgánica significa entonces que el plomo de los alquimistas fue siempre oro no revelado. Así, la máscara del dragón que uno cree matar es en el fondo el reflejo de uno mismo, su propio plomo, el que puede impedir el matrimonio del caballero y la doncella. El dragón se transmuta en doncella una vez disuelto. Y, he aquí la cuestión, o uno lucha y desintegra al dragón, y se baña uniéndose en un solo ser con el alma que lo contiene, o lo huye y entierra las joyas de su alma en un basurero.

En mi juventud padecía una intolerable deshidratación psíquica, pero tuve la suerte de contar con Alejandro como consejero. Para conjurar su sombra, mi dragón, visité una vez más su casa para pedirle consejo.

—Hoy en día te respeto y amo, pero el ser que fuiste aún vive en mí como un juez y despiadado carcelero. El padre que eras es un ojo presente en mi vida desde mi niñez. Me espía y me inhibe como si fuera dios. Es la sombra que me hace gritar mientras duermo y despertar en la noche sudando, es el toro de mis pesadillas.

Alejandro se quedó callado. Pensó en lo que le decía durante varios minutos y, respirando desde lo más hondo de su ser, me invitó a sentarme recto frente a él. Con ese tono de combatiente espiritual que tan bien conozco, me dijo:

—Para hacer una buena labor tienes que ser absolutamente sincero, sin temer hacerme daño, sin moral. Tú y yo somos guerreros: no es hacia mí a quien dirigirás tus respuestas. Así que sincérate: ¿en ti está el deseo de matarme?

Tuve que cerrar los ojos, ver desfilar mi vida en un segundo y tratar de responderle con la rotunda verdad que me pedía.

—Sí —le contesté hirviendo como un géiser—, quiero matar a ese Alejandro con toda el alma.

—Bien —me dijo—, me lo has dicho y el cincuenta por ciento está hecho. Ahora sólo tienes que llevarlo a la realidad. No puedes vivir con mi peso sobre ti. Ningún ser humano debe aceptar eso. Ese yo que incorporó tu mente te impide existir en paz, te estanca la energía. La iniciación de todo héroe consiste en matar a la bestia para integrar su poder. Así que ¡mátame! Realiza tu camino. Yo no puedo guiarte o seguirías siendo un niño. Ten coraje.

Cuando bajé la cabeza, reflexivo, me llegó la lucidez y pude imaginar, como un destello, el acto que llevaría a cabo. Con mi fuerte educación, mi formación junto a curanderos, no podía contentarme con degollar un palomo o un gallo negro con la foto de mi padre atada al gaznate. Habría bastado un acto inspirado en los rituales corrientes de la santería, el vudú o la magia popular mexicana, que, en contra de la mala prensa que las religiones occidentales les han vertido encima, contienen grandes dosis de sabiduría y poder de sanación. Sin embargo, la sombra de mi angustia era inmensa como un ángel exterminador y me llevó a emplearme a fondo. ¿No era yo, como decía Alejandro, hijo de tigre rayado? Si era cierto, el animal que sacrificaría debía ser un toro.

Buscaría un matadero, compraría un astado si resultaba preciso. Le pondría una foto al cuello de mi padre joven, vestido de cuero negro, y pediría que me dejasen matarlo allí mismo para darme, a continuación, un baño con su sangre. Como en los antiguos rituales mágicos, como los celtas, mayas, hindúes o africanos, recuperaría de este modo mi energía varada. El toro simboliza la energía vital masculina, universal, activa, uno de los puentes a la expresión de la conciencia en mi organismo. La fuerza que, desde mi nacimiento, me había sido sutilmente negada por no estar presente el padre, su representante. Un proverbio decía: «Las palabras convencen, el ejemplo arrastra». Los niños, en general, no obedecen a lo que los padres les dicen, sino a lo que hacen.

Pero ¿cómo encontrar un toro en París? Si hallaba un matadero que tuviera uno, ¿cómo lograría que me dejaran matarlo y bañarme con su sangre? La única vez que había estado en un matadero fue a los trece años. Acababa de llegar a París procedente de México. Mis padres me matricularon en una escuela pública situada entre un peligroso suburbio y un barrio judío residencial. En las aulas había dos tipos de alumnos: los judíos burgueses y los hijos de obreros, pequeños comerciantes, margi-

nados y bandidos del suburbio. También había dos clases para cada curso: quinto A para los privilegiados y quinto B para los futuros panaderos, carniceros, mecánicos o quién sabe si delincuentes. Me metieron en la A porque mi padre era director de cine. Pero, como no hablaba ni una sola palabra de francés, llevaba el cabello largo hasta los omoplatos, era de estatura escasa, vestía con ropa *diseñada* por mí y venía de otro planeta cultural, los alumnos ricos me despreciaron y aislaron. Como tenía una sensibilidad un poco más desarrollada gracias a mi educación en el arte, las niñas se interesaban por mí, lo que desató los celos de mis compañeritos, que decidieron jugarme una mala pasada. Una mañana, de camino al colegio, pude ver en todos los muros un pequeño cartel que decía: «Se busca a Axel, alias el enano». Era un montaje con mi fotografía pegada sobre un cuerpo diminuto. «Recompensa: nada, porque no vale nada.»

Fue para mí un terrible puñetazo emocional y caminé ardiendo de rabia y vergüenza por las calles, que parecían interminables, sacando los cientos de afiches, queriéndomelos comer. Al día siguiente, cuando regresé a la escuela, ellos me mostraban la mano sonrientes como si fuera una pistola, para hacerme saber que mi cuerpo era el pulgar levantado y mis pies grandotes, el índice. Todos los niños conocían la burla y les oía reír a mi espalda. Como si nada ocurriera, trataba de sonreír para parecer frío. Pero el dolor me corroía. Seguramente padecía el mismo sufrimiento que mi padre experimentó de niño cuando los muchachos de su escuela, más morenos que él y antisemitas, se burlaban de su piel lechosa y su ascendencia judía. En este caso eran los niños blancos judíos los que se burlaban del niño moreno que yo era, también de sangre semita. Pero, aunque así fuera, ellos me decían despectivos: «No eres judío porque tu madre no lo es: eres goy[1]» Derrumbado, aquel mismo día confesé ante Valerie y Alejandro que no podía volver al colegio. En ese momento se hallaba en casa Jean-Pierre Vigneau, campeón de Europa de kárate, que fue el maestro de artes marciales de la familia. Había sido un gran *stond man*: realizaba espectáculos de choques automovilísticos en los que se quebró casi todos los huesos. Varias veces, los doctores pronosticaron que no volvería a caminar, pero él se rehízo. Era una verdadera fiera humana: podía matar de un puñetazo, con un dedo o con un palillo de dientes. Conocía a la perfección todos los puntos mortales del organismo y cientos de maneras de llegar a ellos. «Uno debe saber dónde se encuentran sus puntos frágiles para fortalecerlos —decía—. Para poder ser fuerte hay que ser humilde y aceptar tu debilidad. Para poder salvar una vida tienes que

1 *Palabra hebrea que designa a los no judíos.*

saber todas las maneras de destruirla. Así, cuando la salves, no cometerás errores.»

Era un maestro en el arte de matar. Había desarrollado técnicas para pelear con diez personas a cuchillo y, en una danza, desarmarlos a todos.

—Si no respondes a las agresiones, te seguirán humillando.

Alejandro añadió:

—Ante una situación adversa, puedes tomar tres caminos: asumirla, transformarla o escapar. De momento no podemos cambiarte de escuela, así que la asumes o la transformas.

Como si fuera un ladrido, solté:

—¡La cambio! ¡No me voy a dejar humillar más! ¡Soy nieto de un boxeador! ¡Un Jodorowsky Trumblay de sangre germana, semita, indígena, rusa y celta!

Valerie se sumó a mi entusiasmo:

—¡Éste es mi hijo, claro que no te dejarás humillar!

Y Alejandro ofreció una solución:

—Cuando a alguien le insultan públicamente, deberían pedirle disculpas públicamente. Como ellos no lo harán, deberás recuperar tu honor en público. Ve al más grande y fuerte del grupo y, delante de todos, pégale una buena cachetada. Arréglatelas para sorprenderlo. Aunque él acabe contigo, te habrás presentado a todos como un valiente y recuperarás tu dignidad.

—Pero... ¡me va a dar pánico! —respondí.

Jean-Pierre, con gran sobriedad, recordó las enseñanzas del maestro japonés Takeuchi:

—«¿Cómo puede alguien sobrepasar los factores emocionales de la ansiedad o del miedo? Solamente afrontando un riesgo tal que le ponga en peligro de muerte.» —Y continuó—: Para quebrar hueso hay que dar algo de carne. Si quieres victoria, vas a tener que estar listo para sacrificar un poco de tu sangre. ¿Y qué es un puñetazo si recuperas tu honor y puedes ir tranquilo a la escuela, sin que nadie te moleste más?

Fue una buena lección que me permitió saber que, si vas a ayudar a alguien, primero hay que estar dispuesto a soltar el ego, a «sacrificar un poco de tu sangre». A veces, la persona que acude a mí para tratar de liberarse muerde, araña, escupe y me patea psicológicamente. Uno los deja entrar para, después, ya en tu campo, propinarles un golpe de conciencia y amor.

—Un samurái va al combate como si ya lo tuviera ganado —me recordó Valerie.

Y así es como, al día siguiente, me encaminé a la escuela entre el miedo y el furor. Los antiguos germanos llamaban *wut* al furor, refiriéndose a una misteriosa e inhumana energía sagrada que se apoderaba de los antiguos guerreros, en un irresistible impulso combativo que brotaba de lo más profundo de su ser y llenaba de miedo al adversario. Sólo pensaba: ¿cómo voy a enfrentarme al gigantesco Maraché? Era un muchacho de casi dos cabezas por encima de la mía. Venía a pesar el doble que yo y era un terrorífico peleador al que casi todos los alumnos temían. Sólo me quedaba rezar.

«Oh, mi dios interior, necesito tu ayuda. No voy a herir por el placer de hacer daño, sino para poder vivir en paz», me repetía con temblores.

«Estoy contigo —me contestó una voz surgida de mis entrañas—, soy tú y mi confianza es plena: no hay nada que no puedas realizar si te entregas a mí.»

Esperé a que sonara la campana y que los alumnos entraran a clase. Helado, me puse un par de guantes de cuero fino que llevaba para la ocasión con el objeto de no dañarme los puños ni dañarle la cara a Maraché. Mi propósito sólo era recuperar mi honor, no partirle un diente. Con la imagen de mi abuelo boxeador como oso gigante a mis espaldas, me dirigí hacia su aula trepidando interiormente. Y llamé a la puerta.

—¡Entre! —vociferó la profesora de matemáticas con su voz de institutriz neurótica.

Maraché estaba sentado en la primera fila. Sin mirarle, le dije a la profesora que venía a dejarle una nota del director a un alumno. Pude verle sonriéndome con desprecio sin imaginar lo que le sucedería. Y, en ese momento, con un grito animal que lo paralizó, caí sobre él como un felino salvaje y lo ahogué bajo un torrente de puñetazos. Nadie me podía parar. Me jalaban de los pies, del pelo, de la ropa, pero yo me deslizaba y volvía a caerle encima agarrándome a su ropa. Hasta que finalmente, la profesora, chillando histérica un «*jevous dis que ça suffit*!», ayudada por varios alumnos que tiraban de mis pies, consiguieron a duras penas desprenderme de Maraché, que no supo reaccionar: su cara quedó colorada como la de un recién nacido. Cuando se restableció el orden, me mandaron de vuelta a casa con una amonestación, donde mis padres me esperaban orgullosos y delante de un helado de varias bolas.

—¡Felicidades! —me dijeron nada más entrar, pidiéndome que les contase hasta el más mínimo detalle.

Sé que no me habrían aconsejado algo así si en aquel momento no lo hubieran

creído absolutamente necesario y les comprendo: hay momentos en que, o uno lucha, o se aprovechan de ti. Una cosa es ser buena persona y la otra masoquista.

Al día siguiente fuimos citados por el director, ante el cual hicimos la comedia de estar indignados y de «esto es intolerable».

—Sí, señor, nunca se volverá a repetir —clamaban aquellos padres míos, verdaderos extraterrestres disfrazados de humanos, en una soberbia interpretación.

Cuando por fin salí al patio, Maraché me estaba esperando para ajustarme las cuentas. Y en ese momento apareció Bartolomé, el hijo de un enorme carnicero de dos metros de estatura que daba susto cuando pasaba a recogerlo al salir de clase. Bartolomé era casi tan alto como su padre, aunque más delgado y con cara de bebé inocente. Sin embargo, le llamaban el Carnicero, porque cuando golpeaba siempre demolía a los demás, y era aún más temido que Maraché. Los vi llegar de uno y otro lado como dos duelistas y me dije: «Ya quebré hueso, ahora me toca entregar carne. Aquí me la van a moler toda». Me puse derecho como un rey antes de ir a la guillotina, abrí los ojos como cuando estaba sobre las rodillas de mi padre, rodando por las rutas precipitosas de Toluca, y me preparé a morir.

Bartolomé llegó el primero. «No le pegué al más fuerte —me reproché—, y ahora me va a descuartizar por haber atacado a su amigo Maraché.» Pero él, sonriendo, me tendió la mano.

—¡Te felicito! Ayer fuiste muy valiente. Cuando vi los carteles me pregunté si ibas a hacer algo. Y lo que hiciste me sorprendió. A partir de ahora, si alguien te quiere molestar, que se dirija a mí. ¡Nadie te toca! —y, diciendo esto, posó sus ojos en Maraché, que en ese momento llegaba hasta mí—. Tú le tocas y yo te hago picadillo. A partir de ahora lo protejo, y díselo a tus burgueses, ¡que ni se le acerquen!

Maraché, disimulando su temor, ceremonioso, respondió:

—Sólo venía a hacer las paces —y, dirigiéndose a mí, prosiguió—: Lo que hiciste fue muy bravo. Nos comportamos mal contigo. ¡Choca esos cinco!

Ahí terminó mi acoso. La escuela entera lo supo y me respetaron.

Un muchacho de veinte años me pidió consejo por una situación del pasado cuyo traumático recuerdo no lograba superar. Me decía que cargaba con un trauma: cuando era pequeño, los niños del colegio lo humillaron todo el tiempo, se reían de él, lo insultaban, lo trataban de tonto. Era completamente rechazado por ellos. Sus tatarabuelos habían emigrado de Bulgaria a España, y su abuelo, al entrar en la escuela pública sin saber

ni una palabra de castellano, también fue objeto de todo tipo de burlas. Él había repetido la misma historia. Le aconsejé que comprase ochenta muñecos y muñecas de plástico, al estilo Barbie, en una juguetería barata (el número se refiere a la edad de su abuelo cuando murió). Los metió todos dentro de una enorme mochila y, acompañado por siete amigos, fue delante del edificio de la escuela donde su abuelo sufrió los abusos. Allí, puso el saco en el suelo y saltó sobre él expresando toda su rabia por haber sido rechazado. Hizo lo mismo en la escuela donde él sufrió acoso. Sus siete amigos le expresaron su arrepentimiento en nombre de sus antiguos compañeros y se fundieron con él en un gran abrazo. Todos juntos, fueron a enterrar la bolsa de muñecas y terminaron el acto con un baño en el mar.

EL CARNICERO POETA

Bartolomé siempre se peinaba para atrás al estilo romántico, con la raya marcada y un buen rato de secador. Llevaba zapatillas dos números más grandes que su talla porque su padre quería que le duraran años. Sus camisas eran blancas y usadas, y llevaba una chaqueta a cuadritos y pantalones cortos porque crecía rápido. Era un ser enigmático que me fascinaba. Jamás estudiaba, tenía las peores notas de la escuela. Sin embargo, sólo leía poesía y siempre llevaba en el bolsillo *Las flores del mal*, que se sabía de memoria. «*Tout le reste c'est de la merde*!»: las matemáticas, la física, la historia eran para él «puro pajeo». Yo le llamaba el Carnicero poeta.

Gracias a él entré a formar parte del pintoresco grupo de bandidos de la clase B. Entre ellos se hallaba la crema de la crema de los marginales del barrio, como el Negativo, un muchacho paquistaní al que llamaban de esa manera por ser más negro que el carbón azulado y porque, además, se vestía religiosamente del mismo color. Seguro que sus padres no habían deseado su nacimiento y, por ello, se refugiaba en la oscuridad. En la noche no se le distinguía a menos que sonriese, enseñando su quebradiza dentadura blanca como marfil. También estaba el hijo del panadero, el Cara de perro, un muchacho delgado, con unas manos inmensas y delicadas de pianista —después descubrimos que tocaba el piano—. Su padre tenía las piernas paralizadas por un accidente en la fábrica, y lo obligaba, como la madre de mi bisabuelo Heinrich Behrens, a tocarle el piano para consolarlo. Fumaba porros a escondidas el día entero. Era violento, tenía aspecto de bulldog y peleaba babeando, como enrabiado, mordiendo al contendiente sin soltarlo y, a

veces, arrancándole un pedazo de piel como trofeo. Manitas de plata era un gitano de ojos verdes que vivía en el aparcamiento del cámping de emigrados búlgaros frente al periférico que miraba a la escuela. Tatuado con múltiples cicatrices en la cara por los golpes que le daban sus padres, que terminaron matándose el uno al otro, su carrera de matón juvenil le llevó al reformatorio por quebrarle la nariz al director de la escuela. Era violento, pero cuando tocaba la guitarra parecía un Orfeo acariciando su arpa y apaciguando a todas las bestias de alrededor. Cuando le oía cantar como lamentándose, sus melodías me penetraban cual una navaja cristalina que me causaba siempre el llanto. Y no sólo a mí, sino a todos mis compinches, arrastrados por mi emocionalidad. En ese grupo se lloraba sin vergüenza, cosa extraña para jóvenes delincuentes. Era como una marca de nobleza: el sentimiento, sí, pero la traición o cobardía, ¡jamás! Estaban los Gemelos, dos pequeños y macizos polacos con una brillante y pelirroja cabellera que les llegaba hasta los hombros. Tenían la piel y los ojos tan blancos que casi parecían ciegos. Se hacían pasar por invidentes en el metro de París para desvalijar a los viajeros topándose con ellos. No tardaron en conocer la cárcel por el asesinato de una viejita que los introdujo por piedad en su casa.

Para ser aceptado en el grupo de aquellos angelitos sólo tenía que pasar por una pequeña prueba: romperme diez botellas de cerveza en la cabeza. Si no lo conseguía, me rechazarían como habían hecho todos los demás. Y, para sobrevivir emocionalmente en el seno de una comunidad —por extraña que fuera—, me sometí a ese capricho. Cuando hice estallar la primera, creí que me desmayaba. A la segunda, chorreaba néctar escarlata por varias rajas, cuyas cicatrices aún conservo en el cráneo, y a duras penas conseguía enfocar la vista. En la sexta estuve muy cerca de abandonar. Pero seguí hasta el final. A la décima, me tuvieron que llevar a rastras al médico para que me cosiera por enésima vez.

Desde ese día, como era el más enclenque, me llamaron la Mascota. ¡Cuántas cosas me vi obligado a vivir en compañía de aquellos seres! Era su protegido. Y ellos, para mí, eran los monstruos de mi infancia, mis particulares Boris Karloff, Bela Lugosi o Lon Chaney, los rechazados por la sociedad. La clase B de mi escuela era una balsa de Medusa a la deriva. No tardé en simpatizar con el inmenso dolor que anidaba en todos ellos. Estaba en un terreno conocido, el de los ronin, los samuráis errantes.

Una tarde, de paseo con Bartolomé, presenciamos un terrible accidente automovilístico donde pude observar su naturaleza guerrera. Una mujer salió disparada de

su auto y su cuerpo golpeó contra un camión de flores, que la envió a varios metros con la yugular seccionada. Bartolomé corrió hacia ella, y yo tras él. Impasible ante el chorro rojizo, presionó la garganta de la mujer para parar la hemorragia. Con toda tranquilidad, le hizo varias bromas y le contó algunos chistes para mantenerla en calma.

—No te preocupes, guapa, que el rojo te sienta bien. Cuando te suelte no te olvides de darme tu teléfono para que salgamos a cenar alguna vez. Mira que ya tengo rosas en la cama, sólo nos falta el champagne.

Cuando llegó la ambulancia, la mujer había fallecido en sus brazos. Se la llevaron. La policía le tomó los datos, que él les proporcionó impasible como un veterano de guerra. Cuando aquella pesadilla llegó a su fin, boquiabierto y estremecido, le pregunté:

—¿Cómo lo hiciste? Ni siquiera pestañeaste.

Enteramente bañado y goteando perlas rojas, me contó que desde los dos años había presenciado tantas matanzas con los animales en el matadero de su padre que la muerte no le producía ninguna emoción.

—La muerte para mí sólo es una imagen, como ver una película. No me asusta ni me impresiona. No es real.

Un auténtico buda jamás le temía a la muerte. El escritor latino Publio decía: «Es más cruel temer a la muerte que morir». Mi curiosidad por el negocio familiar fue tal que enseguida me propuso una visita guiada al matadero. El gigante de su padre nos mostró, con infinita amabilidad, todas las técnicas que utilizaba para sacrificar, faenar y destripar a las bestias. Está demostrado que, a menor sufrimiento de los animales, mayor es la calidad de su carne. Además, quien mata sin saber cómo matar puede causar un enorme sufrimiento innecesario a nuestros hermanos animales: si tenemos que matarlos para comer, nuestro compromiso con ellos debe ser el de, como mínimo, hacerlo sin provocarles dolor. Ver la cadena industrial en la que los animales eran convertidos en comida me hizo pensar mucho. En la adolescencia, me hice vegetariano.

Quince años después, regresé a Val-de-Marne, en la periferia de París, en busca de aquel matadero. Apenas recordaba el barrio, ni mucho menos la calle. Me sentía como un esquimal en Nigeria. Pálido, con la boca seca como tierra del desierto, caminé sin rumbo con la foto de mi padre en el bolsillo izquierdo, rezando. Concentrado en los latidos de mi corazón, adaptándome a su ritmo, de mi memoria

emergieron las calles agrietadas de mi infancia, las esquinas en las que jugué, y comencé a descubrir un nuevo detalle olvidado en cada una de ellas. Me sentía como un héroe buscando el vientre de la ballena, adonde me dirigía para resucitar. Y, después de poco tiempo, un callejón me lanzó ante la puerta del antiguo matadero. Lo habían renovado de arriba abajo. «Posiblemente cambiaron de dueño», me dije. Llamé al timbre y esperé respuesta con la yugular desbocada. Al poco tiempo, me abrió un hombre gigantesco como un oso sonriente de mejillas coloradas, con traje gris y corbata, cubierto por un delantal blanco almidonado. Llevaba barba larga y bigotes. Tenía el pelo recogido en una coleta y me miraba, miope, tras unos finos anteojos redondos. Cuando me di cuenta de que llevaba un libro bajo el brazo, me pareció ver a un Gepetto contemporáneo que quizás me permitiría dejar de ser un Pinocho para convertirme en ser humano.

—*Bonjour*! —me dijo con una dulce y reposada voz desde lo alto de una breve escalera que hacía de él una torre humana—.¿Qué desea?

Parado ante ese mastodóntico Noé, escuchando el aterrador sonido de las sierras eléctricas con las que se despieza a los animales, me puse a tartamudear como si no tuviera lengua.

—La, la, la, lo, lo, la, la, la... Quería, por si acaso, saber si...usted... tiene un momento, si conoce a...

Mientras intentaba hablar, me observó con muchísima atención, escrutándome de arriba abajo.

—¿Te conozco?

—No sé —y le miré a los ojos.

De su cara peluda comenzó a brotar la expresión de bebé que conocía. La grasa acumulada escondía la antigua figura de aquel delgado adolescente.

—¿Bartolomé? —dije por fin—. Soy Axel Cristóbal, *la Mascota*.

—¡Axel! —respondió enderezándose—. ¡No puedo creerlo, qué placer verte de nuevo! ¡Esto es realmente increíble! Hace poco te vi actuar en la película *Santa sangre*, ¡y me encantó!

Así fue como me invitó a entrar en las renovadas instalaciones familiares. En su helada oficina, me contó que su padre había muerto, haciéndole prometer que seguiría con el matadero. Con un aire de niño desobediente, me mostró el libro que tenía bajo el brazo.

—Quiero ser actor y estoy preparando el personaje de *Hamlet*. Estoy harto de

este trabajo. Lo hago porque soy fiel a la promesa que le hice a mi padre, pero sé que no es mi vocación.

—Con la experiencia que tienes y lo que has visto aquí dentro, seguro que actuarás de maravilla —le respondí.

Bartolomé me hizo contarle todo sobre mi vida y mi trabajo. Se pasó una hora interrogándome hasta que, finalmente, me hizo la pregunta que estaba esperando:

—¿Qué te trae de nuevo por aquí?

—Busco un toro para matarlo.

Fiel a su temple, ni siquiera movió una de sus pobladas cejas. A modo de excusa, añadí que estaba preparando un papel para una película muy importante donde tenía que matar a mi padre de manera muy feroz. Y como era un artista absolutamente comprometido con mi trabajo, no podía permitirme hacer algo falso. ¡Era un actor del método!

Conmovido, Bartolomé se prestó a ayudarme en cuanto hiciera falta.

—¡Qué honor participar en un proyecto como éste!

—Sí, es un gran proyecto —le dije pensando en que se trataba del proyecto de salvar mi propia vida y la de mi familia futura.

—Los toros en general no se matan —apuntó—, rara vez me traen alguno por viejo o lisiado. Pero tienes suerte, porque acaba de llegarme uno del campo. Se dislocó una pata y no puede correr ni montar vacas. Tenía que haberlo matado ayer, y mira por dónde se fue la electricidad, así que me disponía a hacerlo esta misma tarde. ¡Llegaste justo a tiempo!

Cuando tenía once años y vivía en México, vi a Alejandro encarnar al feroz César Borgia en una obra de teatro. En su rol, entró en tal trance de furia que, lanzando el brazo derecho hacia delante con un gesto de mando, se dislocó el hombro y nunca se repuso por completo. Coincidencia o sincronía, a mí me había sucedido lo mismo hacía poco tiempo sobre un escenario. En aquellos momentos, tenía, pues, un dolor persistente en el hombro.

Bartolomé me explicó que sus empleados no entenderían nuestro propósito, así que mandaría que prepararan al toro y se fueran. Lo esperé en la oficina hasta que todo estuvo listo. «Para una coincidencia —pensé en mi soledad—, ¡menuda coincidencia!» Que el viejo compañero me abriera la puerta, que hubiera visto *Santa sangre*, que quisiera ser actor, que respetara lo que pretendía hacer, que hubiera llegado un toro, que leyera *Hamlet*, que todos tengamos un hombro dislocado,

que se quedara sin electricidad... El primer maravillado ante todo esto era yo. Sin embargo, ya había vivido sincronías como ésas. Hay un momento en que hay que plegarse a la evidencia, aunque no puedas explicarla por completo. Teresa de Calcuta lo describió de otra manera: «Los milagros suceden a diario. Son consecuencia permanente del amor en acción. Son los resultados lógicos de alinearse con la providencia de dios y entregarse a él».

Sentado en una fría silla metálica, mi infancia comenzó a desfilar ante mis ojos. Me vi aparecer niño, el suelo se removió bajo mis pies entumecidos por la caminata, y sentí el pánico a mi padre invadiéndome como una marea de sombras. Un deseo irresistible de salir corriendo se apoderó de mí, y tuve que aferrarme a la silla para no levantarme. El lema de mi familia retumbó en mi oído como un trueno: «¡Lo que se comienza, se termina!». ¡Se había acabado el proteger la bandera podrida de mi clan!

—Todo está listo —dijo amablemente Bartolomé cuando entró en la helada oficina—. Todos se han ido ya, tenemos el matadero a tu disposición.

Me llevó hasta el toro, que estaba amarrado tras una verja metálica.

Respetuosamente, como un auténtico maestro de ceremonias, puso una pistola eléctrica en mi aterrada mano.—Morirá de un solo golpe, ya verás.

Cuando logré posar mis ojos en los del animal, mi convulsión se hizo cada vez más fuerte. Sentí arcadas. Me dieron ganas de vomitar con urgencia.

—¡Venga, valiente! —me animó Bartolomé.

¿En qué me había metido? «Si amo a las bestias —me dije—, estoy en contra de cualquier matanza, apenas como carne, me muero de pena si le hacen daño a una hormiga.» Sin embargo, tenía la certeza absoluta de que debía someterme a aquel ritual. El toro estaba condenado. Su carne se iba a convertir en comida. La descarga le dejaría seco en un instante. Antes de que el dolor llegara a su cerebro, todo habría acabado. En ese momento reflexioné por primera vez sobre la evidencia de que uno jamás mata a la vaca que cocina. Sería muy útil que fuese así para que todos nos diéramos cuenta de la comodidad que supone dejar que otro lo haga en nuestro lugar protestando más tarde por las matanzas mientras nos llenamos la boca de bistecs.

Así que me arrodillé ante el imponente animal, que permanecía manso. Junté las manos cerca de mi pecho y le hablé:

—Te agradezco desde el alma, hermano toro, la vida que me entregas y que sacrificas para salvar la mía y la de los míos. No será en vano. ¡Bendita seas, bestia

sagrada! El acto de quitarte la vida lo hago con infinito respeto hacia ti. Serás mi símbolo protector, la llave energética de mi familia, y te honraremos durante generaciones.

Cuando até a su cuello la foto de Alejandro, sentí que el cuerpo se me llenaba de mercurio y comencé a llorar sin poder retenerme. Bartolomé asistía estupefacto al espectáculo mientras mi mente se abría a la otra realidad. Todos mis antepasados desfilaron ante mí para mostrarme las desastrosas relaciones entre padres e hijos que había en mi estirpe. Y sentí el feroz aullido de la humanidad golpearme como trueno. Experimenté toda la energía que se me acumulaba, sin capacidad para circular. Vi en la sangre atesorada del toro el auténtico amor de todos los de mi estirpe, jamás liberado. El rol del hombre, del macho, que impidió el afecto, las ideas religiosas sobre el pecado que impidieron el contacto, el terror al padre de todos los hijos, el miedo a dios y la prohibición de integrarlo. Hasta que toda esa danza genealógica fue cesando y sólo restó la imagen de Alejandro, dando vueltas entre las paredes de mi mente vacía.

—¡Esto se acaba aquí! —exclamé—. Me deshago de ti, celador. Siempre he vivido siendo hijo. ¡No te pertenezco! ¡No soy tu prolongación! Este toro es mi ego, que entrego. Nadie impedirá mi libertad. ¡Voy a existir!

Disparé la descarga. Y, efectivamente, el toro murió de un solo golpe. Se desplomó como un enorme edificio. En un segundo sentí que me sacaban de la espalda una carga insostenible. Bartolomé, con la máquina, lo levantó en el aire. Me desvestí temblado, con todo dándome vueltas. Quedé absolutamente desnudo. De repente me encontré con un gigantesco cuchillo en las manos.

—Ábrele el cuello de lado a lado para que corra la sangre.

Con todo el coraje que pude reunir empuñé lo que a esas alturas entendí que era un cuchillo ancestral y mi brazo se levantó guiado por un impulso atávico. Con él, levantaban los brazos todos mis ancestros sosteniendo en sus manos el cuchillo ritual de mi genealogía. Lo clavé profundamente en la garganta del animal y tiré hacia un lado, degollándolo. La sangre hirviente como una respiración me chorreó a litros sobre la cabeza. Estaba removiendo lo inamovible, lo prohibido, lo condenado, todos los cimientos de mi ser tronaban como los de una vieja catedral sometida a un terremoto. Sentí quebrarse mi carne. El dragón expiraba entre bocanadas de fuego, liberando a la princesa, el plomo se fundía y transmutaba en oro. La sangre que me bañaba hasta los pies ya no era roja, sino pura luminosidad, fuente de energía cósmica. Era el rugido de la fuerza vital, era el amor contenido desde tantas generaciones, convertido en canto a dios. Comencé a dar las gracias, balanceándome como

un rabino. Pronto caí a cuatro patas y me convertí en un inmenso y deslumbrante toro de luz, mugiendo con fuego sagrado por la boca.

Después de un largo rato en el que quedé allí acostado, Bartolomé me ayudó a levantarme. «Un acto tiene varias dimensiones —pensé—. No puedo dejarlo a medias.» Ya me había acostado con mi madre, en el acto metafórico de realización del deseo edípico. Así que ahora tenía que realizar el impulso de castrar al padre.

—Quiero terminar lo que he empezado —le dije a Bartolomé, que asintió inmediatamente.

Concentrándome en mi *hara* o *saika tanden*[2], tomé los testículos del toro en la mano y, de un solo tajo, los corté. Inmediatamente sentí los míos crecer, dejando que su lava ardiente invadiera la totalidad de mi ser. Con toda confianza, le pedí a Bartolomé:

—¿Podemos hervirlos?

—Estarán listos en veinte minutos —contestó.

Comerme los testículos de mi padre representaba incorporar la fuerza y el espíritu de todos los padres de mi clan, sin que la entidad, pasada su presencia negativa, me bloqueara por más tiempo. Así, se abriría el telón de mi herencia ancestral, de mi magia. Correspondía a comerse el cuerpo de Cristo, la hostia sagrada, que también es un ritual caníbal. Comerla equivale a integrar la genérica energía divina en nuestro organismo.

Tras terminar las criadillas, le pedí a Bartolomé que me guardara los cuernos, los huesos y otros restos del animal para enterrarlos en una ceremonia que realicé días más tarde, con miel, una rama de laurel y un olivo que planté encima.

—¡Esto es arte puro! —me dijo Bartolomé, extasiado—. Me recuerda al pintor Dégas: decía que un cuadro debe ser pintado con el mismo sentimiento con que un criminal comete un crimen.

—Sí —le respondí—, pero éste es un arte para sanar.

Bartolomé y yo hablamos largo tiempo sobre su pasión por la poesía y el teatro, y sobre la labor de búsqueda que yo estaba realizando. Le conté acerca de la psicomagia y la psicogenealogía, e incluso me pidió un con-

---

2 Centro vital de la conciencia para los japoneses, situado en el bajo vientre, al que consideran el trono del alma

sejo para romper la promesa que le había hecho a su padre.

—Es una forma de mantenerle vivo —le aclaré—, un fantasma que, si no lo entierras, podría perpetuarse en tus hijos y nietos. Creaste un hechizo con tu promesa que debes deshacer. Me confesó que pensaba ponerle a su primer hijo el nombre de su padre.

—Ahora me andaré con cuidado. ¡Nada de homenajes a los muertos!

Bartolomé hizo un pergamino con la piel del toro sacrificado. En él escribió la promesa que le había hecho, firmándola con una gota de su propia sangre. A continuación, pegó la foto de su padre en la piel curtida y se colocó todo en su pecho, con el rostro de la foto mirando hacia él. Lo vendó con una tela de color carne y lo llevó durante tres días. Al cuarto, fue al cementerio, buscó la tumba de su padre y le habló de sus propósitos artísticos. Allí mismo se sacó el vendaje, partió el contrato en mil pedazos y lo quemó, probando una pizca de las cenizas con un trago de vino. Hoy, Bartolomé vive en la India, en un ashram cerca de Maysor. El resto de las cenizas las dispersó en el Ganges.

CALLAR

Huelga decir que jamás aconsejaría a nadie matar a un toro. A mis treinta y cuatro años viví un momento de experimentación sin límites, en plena crisis existencial, que me llevó a tomar esa decisión extrema de la que no me arrepiento, pero que tampoco recomiendo ni mucho menos repetiría. No soy partidario de sacrificar animales, aunque ciertos rituales de culturas tradicionales lo exijan —y lo respeto—. Sin embargo, puede suceder que en un momento muy especial sea necesario para liberarse de un fuerte peso, como lo fue para mí. No cuento este episodio para que nadie lo emule, sino para compartir con sinceridad el camino que me permitió descubrir otras formas de *matar al padre* e incorporarlo, pues hoy descubrí caminos igual de eficaces que no requieren llegar a tales extremos. Trabajar con psicomagia y psicochamanismo significa recorrerlos de verdad. Por ejemplo, a una mujer que sentía el irresistible deseo de matar a su madre, ya que durante toda la infancia le aplicó picante en el clítoris para evitar que se masturbara, haciéndola chillar del ardor, le aconsejé que comprara una muñeca hinchable en un sex shop, la llenara de salsa de tomate, le pegara una foto de su madre y la acuchillara. Finalmente, debía bañarse con el líquido y enterrarla. Después, una mujer que representara a su madre le vertería miel sobre el sexo. A un hombre que sentía violencia hacia su padre le pedí que comprara una gran escultura en yeso de un toro, la llenara de falsa sangre y le colocara dos testículos auténticos de toro dentro de una bolsa de gamuza clara. Después de apalear con toda su rabia la escultura, reparando el abuso sexual al que su padre lo había sometido durante diez años, lo castró metafóricamente, hirvió las criadillas y se las comió. Más adelante seguimos obrando y les aconsejé otras

labores tendentes a que recibieran e integraran la información afectiva de los padres y madres positivos que les habían faltado para reorientarse, como el masaje afectivo.

Este ritual rompió las barreras que frenaban el enorme afecto que siento hacia mi padre. Al día siguiente del acto le cociné a Alejandro un delicioso estofado al vino con zanahorias, papas y pasas, con un pedazo de la carne del toro que el bueno de Bartolomé me entregó. Era fundamental que digiriéramos juntos la situación, como había aprendido a hacerlo de él.

Naturalmente, mi padre comió ignorando por completo de dónde habían salido los ingredientes, cosa que en ciertos actos es fundamental: es una forma de vencer al otro, obligarlo también a transformar la situación, incluso aunque no lo quiera. El secreto da poder al mago, y sobre todo cuando haces un bien.

Pero, conociendo mi carácter, inmediatamente me preguntó:

—¿Hiciste tu acto? —es obvio que sabía que le ocultaba algo—.

Se te ve transformado, brillas con un nuevo esplendor. Imagino que habrá sido muy fuerte —me dijo con una gran sonrisa cómplice.

—Imaginas bien —le respondí.

—¿Me quieres contar?

—Querer, osar, poder y callar son las claves del mago que me transmitiste, Alejandro. Prefiero callar por el momento, para que el efecto sea realmente eficaz. Pero debes saber que fue lo más fuerte que hice y que quizás jamás haré.

—Estoy orgulloso de ti, hijo mío, y siento tu amor más que nunca. San Bernardo decía: «El que desea el bien va a golpear a la puerta. El que está lleno de amor encontrará la puerta abierta». Comamos y digiramos juntos el pasado.

Callar después de realizar un acto es importante, puesto que, si se habla demasiado, se diluye su poder sanador al convertirlo en algo superficial. A veces, puede traicionarnos la inseguridad: entonces quizás contemos el acto a diestro y siniestro, delatando nuestra falta de fe. Y quizás nos respondan desde el intelecto filosófico, psiquiátrico, científico, moral, negándonos su validez, sumiéndonos en la duda aunque hayamos sentido un verdadero alivio. Es un camino perfecto para abandonar la labor a medias, una buena excusa para no asumir la propia transformación. Bajo la apariencia del escepticismo, a veces se esconde la fidelidad encubierta al pasado, a las órdenes familiares. Contar un acto a bombo y platillo también puede tornarse en un medio para darse una egocéntrica importancia fr-

ente al mundo:

—¡Hice un acto de psicomagia, ese arte de moda! ¡Estoy in! —dirán quienes nada entendieron.

Para los frívolos, los inseguros o los egocéntricos, habrá que convenir en que la psicomagia no pretende probar científicamente sus principios, sino que busca ser una ayuda para la liberación personal de quienes se acerquen a sus métodos.

En el terreno del cerebro, esperar una temporada después de un acto o una operación psicochamánica o un psicorritual antes de chequear sus efectos tiene un propósito fisiológico preciso. Al abrirnos paso a regiones neuronales inexploradas, es necesario esperar para que las nuevas ramificaciones, conexiones sinápticas y mapas cerebrales puedan asentarse, sumando nuevas raíces a la red eléctrica de información y comunicación que es nuestro cerebro. Cada una de los cien mil millones de neuronas del sistema nervioso que somos puede tener de una a diez mil conexiones sinápticas. Hay que esperar a que se abandonen las antiguas autopistas mentales, los antiguos circuitos cerrados, permitiendo que circule la nueva información, la energía fresca, y alumbre la totalidad del sistema cerebral. De este modo, la psicomagia, el psicorritual, se convierten en una manera de desintegrar las inhibiciones mentales que terminan haciendo de uno un viejo decrépito. V. S. Ramachandran, profesor y director del Centro de Investigaciones del Cerebro y la Cognición de la Universidad de California, se dio cuenta de que, en ciertos casos, los mapas cerebrales eran fácilmente reprogramables con una rapidez sorprendente. «Las implicaciones dan vértigo —escribe—. Este descubrimiento contradice francamente uno de los dogmas más ampliamente aceptados en neurología: el de la naturaleza fija de las conexiones en el cerebro humano adulto.»

El cerebro es plástico, puede ampliarse, regenerarse, fluir. Pero, para que todo esto suceda, es fundamental realizar la labor espiritual que todo ser humano tiene pendiente, ampliando la concepción de sí mismo y del mundo en que cree vivir. Si uno se concibe como un ser fragmentado, con una nacionalidad, un color, una raza, un planeta dividido por fronteras artificiales, clases sociales, partidos políticos, clanes tribales o guerras del hombre contra la mujer, siempre estará a un paso de estar listo para ir a matar al vecino por sus ideas. El cerebro reproduce tales esquemas, creando racismos neurológicos, rechazando y asesinando partes de sí mismo, como si otras neuronas fueran enemigos de guerra, clanes, partidos opuestos, animales de otra especie, condenándose, por tanto, a no lograr jamás la unión de la gran red cerebral y espiritual que somos.

Tras un acto psicomágico, psicochamánico, un ritual u otras labores que hoy

están a nuestro alcance, es preciso mantener la atención para evitar volver a los viejos hábitos y adicciones, que nos acechan como adicciones físicas. A veces, dejar un hábito de pensamiento tóxico es tan dificultoso como dejar de fumar. Como están ahí desde la infancia, en ocasiones se busca compulsivamente esos estados alterados que las situaciones dolorosas o frustrantes provocan sobre el cuerpo. No pretendo que todos logremos liberarnos completamente en esta vida. Pero, paso a paso, tenemos la capacidad de adquirir mayores cotas de conciencia y, en todo caso, facilitaremos enormemente la labor de las generaciones futuras, legándoles un ADN más libre.

Durante nuestra cena sanadora, después de un largo y pacífico silencio donde los dos comimos con una particular emoción esa bestia sagrada, yo sabiendo y mi padre intuyendo que nuestra relación nunca más sería la misma, Alejandro me contó un cuento tradicional zen que correspondía de alguna manera a nuestra historia de vida:

Un maestro de música descubrió una nueva flauta en China, cuyo tono era de una sutil belleza, y la llevó a su país, donde dio conciertos por doquier. En una ciudad, fue invitado a tocar por los músicos y melómanos del lugar en un gran auditorio. Al final del concierto, hubo un gran silencio en la sala. Luego se oyó la voz del más viejo de los presentes desde el fondo del salón:

—¡Como un dios!

Al día siguiente, los músicos fueron a ver al maestro y le preguntaron si demoraría mucho tiempo aprender a tocar esa nueva flauta como él lo hacía. «Años», respondió. Así, le pidieron que tomara como alumno a un joven y talentoso flautista de la localidad, en el que depositaron todas sus esperanzas. El maestro aceptó y al cabo de pocos días lo recibió en su casa de la capital. El alumno recibió de él una sola y sencilla melodía para que ensayara. Los primeros días fueron de instrucción sistemática, pero aquel joven aprendía con tanta facilidad todos los problemas técnicos que pronto le supo a poco aquella única canción. Cada mañana se sentaba, tocaba la melodía y se esmeraba, pero el maestro le decía: «Falta algo».

El alumno se esforzaba practicando horas y horas, pero día tras día, todo lo que el maestro llegaba a decirle era otro «falta algo». El alumno rogó que le cambiara la canción, pero el maestro se negó en redondo. La situación se prolongó durante meses y la esperanza de éxito del alumno, así como su miedo al fracaso, se hicieron insufribles. Finalmente, ya no pudo seguir soportando la frustración y una noche

huyó sin mirar atrás. A partir de ese día comenzó su calvario: pronto se le acabó el dinero y tuvo que vivir en la calle. Empezó a beber y, cuando se hallaba en la más absoluta miseria, decidió regresar de incógnito a su tierra natal. Avergonzado, halló una cabaña en el campo donde le dieron cobijo. Todavía guardaba su flauta china, pero no encontraba inspiración. Los campesinos de la zona le oían tocar y comenzaron a enviar a sus hijos para que los tomara como alumnos. Aceptó enseñarles, pero sólo para ganarse la vida y no morir de hambre.

Una mañana alguien golpeó a su puerta. Era el virtuoso más viejo del pueblo, junto con el más joven de los estudiantes. Le anunciaron que esa misma noche darían un concierto y que todos habían decidido que no se celebraría sin su presencia. El flautista se resistió, pero al final consiguieron convencerle. Durante todo el concierto, permaneció callado y nadie osó interrumpir su silencio interior. Pero al terminar, lo invitaron a subir al escenario y tocar una melodía. Él se presentó vestido con sus harapos y miró con nostalgia la flauta japonesa que le había acompañado en todo aquel recorrido vital.

Entonces se dio cuenta de que no tenía nada que ganar ni nada que perder tocando. Se sentó y tocó la misma melodía que había interpretado para su maestro en tantas ocasiones. Cuando terminó, la sala se quedó en silencio durante un largo rato. Desde el fondo, se oyó la voz del más viejo, que a voz en grito, exclamó:

—¡Como un dios![3].

Durante años, yo estudié con Alejandro, para después convertirme en su asistente durante otros tantos. En el periodo que llamaría de estudios (que por supuesto nunca termina), trataba de hacer todo a la perfección; ser un alumno impecable, ejemplar, me ejercitaba sin tregua en la meditación, aprendí el Tarot hasta hacerlo mi propio hermano, de tal manera que podía dibujar las cartas de memoria, allané mi mente al lenguaje de los símbolos, trabajé los sueños, estudié los Evangelios, la Tora, los Upanishads, la cábala, los laberintos, el sufismo, el zen y otras disciplinas. Mi propósito era desarrollar al máximo las capacidades espirituales que un ser humano puede alcanzar, y el estudio era para mí una absoluta pasión: lo amaba. Pero al mismo tiempo había en mí un incontenible deseo de probarle a mi padre mi valía; buscaba su reconocimiento y eso se podía transparentar en mí tanto como en el aprendiz de flautista.

---

3 Esta versión aparece recopilada por Trevor Leggett en su libro Zen and the Ways (1978).

Cuando masajeaba a personas en los grupos de masaje que él guiaba, hacía esfuerzos gigantescos y sudaba para demostrar mi entrega. Me recuerdo a los diecisiete años en un masaje iniciático que le realicé a un gigante de casi dos metros con el pericardio completamente bloqueado. Entré en un fuerte trace y le salté encima, lo cargué, le golpeé el pecho con el puño como si fuera un martillo rompiendo una piedra, lo levanté, trepé sobre él como un mono hasta que al final se puso a gritar, a expresar la inmensa violencia que acumulaba desde su nacimiento, y yo caí al borde del desmayo por el esfuerzo realizado. Cosas parecidas me ocurrían al actuar o al pintar, como un can sediento de reconocimiento y aplausos. Mi ego no me dejaba tranquilo y sentía que no estaba en mi sitio, como dicen los toreros: el ojo del huracán que atraviesa la zona de turbulencias, donde uno se pasea con el consultante como en un jardín, donde el combate es una palabra sin objeto, donde no hay esfuerzo sino danza, donde el arte fluye.

Pasaron varios años de aprendizaje sin que yo estuviera realmente satisfecho de lo que hacía, hasta que comencé a obrar con la psicomagia aplicándola exclusivamente sobre mí mismo. Después de un tiempo empecé a explorar ese arte aconsejando pequeños actos con toda cautela y humildad a algunas personas. Y, en el camino, descubrí que el arte verdadero no tiene meta ni intención. Con el tiempo entendí que lo importante no era el reconocimiento o ser el hijo perfecto del maestro, sino ser uno mismo y escuchar lo que mi corazón realmente quería y amaba. El camino que quería recorrer no puede realizarse si uno tiene un ego ávido de reconocimiento, busca el poder o trata de crear actos maravillosos sin haber tenido una intimidad desinteresada con el arte, como el flautista lo hizo al final del cuento, cuando abandonó el propósito de triunfar y parecer. Al callar frente a Alejandro, me desprendí también de mi necesidad de reconocimiento. El propósito del acto sobrepasaba ampliamente ese deseo infantil: había crecido. Como escribió el maestro zen Wumen (Mumon en japonés):

A fuerza de querer la claridad
la realización toma más tiempo
sepan que encontramos la fama en el fuego
y que el arroz está cocido desde hace mucho tiempo.

Bastantes personas acuden a explicarme que sienten estar realizando los impulsos frustrados —o secretos— de sus padres en busca de su reconocimiento. Un joven cantante afónico resultó tener una madre frustrada por no haber podido cantar. Él no quería sobrepasarla para no hacerla sufrir

realizando algo que ella no pudo lograr, y su carrera musical se había estancado a pesar de su innegable talento. Le pedí que le robara un vestido usado y se lo pusiera a una de sus coristas, y que llevara unos cabellos tomados de su cepillo en el bolsillo izquierdo de su pantalón. Durante un concierto, su amiga y él cantaron juntos una canción de amor atados por la cintura con un fino y discreto cordón de color carne. Al cesar la música, se desató, le entregó los cabellos y la dejó ir. Después del concierto, volvió a casa de su madre, devolvió el vestido al cesto de la ropa sucia y los cabellos al cepillo. Al realizar metafóricamente a su progenitora, ganó la libertad y pudo acceder al éxito profesional.

MOVER LA MONTAÑA

Tras matar al toro, el ojo del juez desapareció y nunca más volví a sentir su escrutadora mirada. Poco después tuve un sueño lúcido en el que domé al recurrente toro negro de mis pesadillas, que se convirtió en mi aliado, sobre el cual galopé en un campo bañado por un sol dorado con alas. Lo más extraordinario aún es que un mes más tarde mi compañera me anunció que estaba encinta de mi bendita hija Iris. Su fecundación correspondía a los días exactamente posteriores al acto. Sin embargo, quedaba una gran labor que realizar: había muchos aspectos de las relaciones familiares que liberar, traumas infantiles que solucionar... No es con un solo acto como un ser se reorienta por completo de estructuras a veces milenarias y sumamente complejas incrustadas en su mente. Había más celdas que abrir, y no cejaría en mi empeño. «Las personas no se liberan de un hábito tirándolo por la ventana —decía Mark Twain—, es preciso hacerlo descender por la escalera, escalón por escalón.» Otros me dirían que no, que hay que tirar las cosas y dar el sablazo. Y yo aprendí lo contrario. Pero hay tantos caminos...

Una de las millones de respuestas que existen a la pregunta: «¿Cuál es el camino más corto entre un punto y el otro?» es, sencillamente: «El que te sea más útil». Todo esto me recuerda una historia de las muchas que me han acompañado desde la niñez: un viejo se encaminó, armado con una cucharilla, hacia una montaña que tapaba el sol y condenaba a los niños de la aldea al raquitismo. «¿Estás loco? —le dijeron—, nunca conseguirás mover la montaña.» «Es posible —contestó—, pero alguien tiene que empezar.» En mi casa decían: «No podemos cambiar el mundo, pero podemos comenzar». Así que ¡coraje! Yo a esa historia le di un fin: después

de la muerte del humilde anciano, su tumba se llena de perfumadísimas flores y los animales se juntan a su alrededor. La gente de la aldea, reconociendo el milagro, comienza a considerar al anciano como un santo, y todos se dirigen a la montaña para proseguir con la labor que inició. Así, la leyenda del pueblo santo recorre el país y pronto es conocida en el mundo entero. Millones de peregrinos acuden de todas partes para colaborar. El gobierno, las instituciones internacionales, deciden sumarse al proyecto y, todos juntos, desplazan la montaña. Un buen día, después de años de intenso trabajo, cae sobre la aldea el primer rayo de sol.

APÉNDICE 7
¿EL INCONSCIENTE?

Un lector atento habrá observado que la palabra inconsciente apenas aparece en todo el texto de este libro. Ese lugar común del psicoanálisis fue edificado por mentes científicas sobre la negación de la naturaleza divina del hombre, según lo que la concepción occidental entiende por conciencia. Partieron de un pensamiento dualista, cartesiano darwinista y fragmentado para explicar la idiosincrasia de los seres humanos. Y, a pesar de su racionalismo, integraron la moral cristiana en sus pensamientos, puesto que el concepto de inconsciente psicoanalítico contiene una buena dosis de ese infierno de la religión a la que se pretendía poner coto. Conciencia equivale entonces a paraíso (situado en el neocórtex racional). Inconsciente equivale a infierno (en el cerebro primitivo o reptiliano). En medio, el hombre (en el cerebro límbico). En las grandes religiones occidentales, se ha tendido a separar por un lado el espíritu y, por el otro, la materia, la naturaleza; por un lado, el mundo, y por el otro, el hombre. Por un lado, el hombre, y por el otro, dios. Un caso paradigmático de esta conducta es el de Sigmund Freud: los residuos morales de su educación contaminaron todo su trabajo, a pesar de que negaba la existencia de dios. Negándolo, creó y aceptó un inconsciente que lo reemplazó. Comprender que el inconsciente es un tópico emanado de tales residuos morales y que, por lo tanto, no existe un lugar lla- mado inconsciente, fue una verdadera revolución para mí. Como la mayoría de nosotros, fui educado en el concepto de un *inconsciente* terrible que habita en nuestro interior como un pozo o un infierno en el que nuestros impulsos,

pulsiones libidinosas y deseos no resueltos se acumulan desordenadamente. Por si no fuera bastante, también se supone que «tenemos» un inconsciente familiar, social... En nosotros existen todas las dimensiones al mismo tiempo: el inconsciente colectivo, cognitivo, personal, la consciencia, la supraconsciencia... A menudo se habla de ellas dividiéndolas (animal, vegetal, mineral), pues estamos acostumbrados a vivir escindidos. Pero coexisten en nosotros a la vez, superpuestas en lo que hoy definiría como frecuencias. Los chamanes saben sintonizarse a ellas y gracias a esto consiguen «entrar» en sus consultantes para sanarlos.

Desde pequeño escuché repetidamente que dentro de mí había un inconsciente que me controlaba. En cierto modo era como tener un doble de mí mismo que continuamente me acompañaba y hacía las cosas por mí, como una presencia demoníaca que residía en un inframundo. Por ello, cuando crecí lo suficiente, decidí sustituir esa palabra por un nuevo vocabulario para evitar la cristalización de tal concepto que considero, como mínimo, sospechoso. ¿Podríamos acaso decir que los planetas se mueven inconscientemente, o que las flores nacen de forma inconsciente, o que los pájaros migran guiados por su inconsciencia? ¿Que la biología de los organismos es inconsciente? En el fondo, todos vivimos diferentes niveles de consciencia. No hay nada inconsciente en nuestros actos, en conductas que son resultado de estructuraciones y educaciones muy precisas que guían nuestro comportamiento. Somos al menos tres cerebros que piensan al mismo tiempo con tres lenguajes diferentes. En el fondo, somos pensados, sentidos y movidos por programaciones o inhibiciones a las cuales obedece la totalidad del organismo. Puede existir el caos, puede haber división, sufrimiento. Puede haber amnesia y olvido de sí, o estado de consciencia dividido, pero nada de esto viene de un inconsciente. No hay un lugar en el cerebro donde las cosas se acumulan, no existe un «pozo de la memoria» al igual que no hay un lugar en el cerebro llamado *consciencia*, sino que se encontraría en todas partes al mismo tiempo. Ha sido muy cómodo delegar a un cierto inconsciente tantos atributos: todo lo que no se entendía en la conducta humana se etiquetaba bajo el término psicoanalítico. Aceptarlo es transigir con la idea de que estamos fragmentados; es un producto del pensamiento dualista, la ciencia del observador y del objeto.

Hoy en día se acepta en la física que el observador participa en la realidad que observa, así que ya no es posible sostener dualismos como alma y cuerpo. En todo caso, el filósofo y místico Meister Eckhart decía que el alma no está en el interior del cuerpo, de la misma manera que el cuerpo no está en el interior del alma. Todo es alma, espíritu, incluso la materia. Y si el propósito es la integración, la superación de la dualidad, ¿cómo hacerlo sin vivir a dios? ¿Cómo realizo la unión? ¿A qué me

integro entonces?

Estudiando la genealogía me di cuenta de que nos comportamos guiados por estructuras que corresponden a consciencias fragmentadas que se identifican con el clan y con la educación, con su inamovible sentido de pertenencia a la sociedad, a los hechos históricos, etcétera. El cerebro entonces se fija en determinados esquemas a los que puede acceder, mientras otras posibilidades quedan inhibidas, dando origen a divisiones tan conocidas como la que hay entre hombre y mujer, actividad y receptividad, intuición y racionalidad, emoción y libido, intelecto y cuerpo, que influyen profundamente en nuestros comportamientos.

Durante mucho tiempo se ha asociado el pensamiento racional a la conciencia y la intuición a lo inconsciente, y por esta razón la receptividad y la feminidad han sido etiquetadas como algo siniestro junto a todas las pulsiones siniestras que supuestamente surgían del inconsciente. El hemisferio derecho (intuitivo) y el izquierdo (racional) han sido completamente separados por ideologías históricas, pero esto ha reforzado un comportamiento y creado una inhibición hacia el otro. Como resultado, hemos realizado una identificación total con la dimensión racional: «Esto es lo que soy», y despreciamos las infinitas sutilezas de la conciencia humana, que en su mayor parte no es racional.

Sin embargo, el pensamiento intuitivo, la dimensión receptiva, la percepción, está presente todo el tiempo y no es para nada inconsciente. El pensamiento biológico, orgánico celular, el pensamiento emocional, los códigos de conservación son en el fondo diferentes formas no conceptuales de pensamiento consciente. Es la identificación con lo racional lo que oculta el acceso a un mismo todo. Y estoy cada vez más convencido de que esa identificación se asienta sobre programas neurológicos —y no sobre espacios inconscientes— que se han forjado a causa de pensamientos arcaicos, religiosos, dogmas y estructuras de clan que han creado inhibiciones comportamentales para poder vivir dentro de una sociedad y adherirse a sus leyes. Hace años que entendí que en los seres humanos está el acceso a la completa memoria del universo a través de cualquier célula o partícula; somos la memoria misma. Pero este paso nos queda inhibido a causa de la identificación con la estructura que nos caracteriza. Lo que entonces hace la diferencia entre una persona que ha alcanzado un estado de conciencia despierta y otra que vive de manera común es la capacidad de percepción de la totalidad. Según Patrick Harpur: «La conciencia del ego racional —como observaron los neoplatónicos— es una forma de inconsciencia. Somos inconscientes de la realidad, afirman los románticos, salvo en momentos de visión imaginativa. El Otro Mundo, que nos rodea por completo, nos parecería un

paraíso terrenal si simplemente limpiáramos "las puertas de la percepción", y viéramos el mundo como realmente es, "infinito"».[4]

Si aceptamos que la conciencia es universal, que es el universo mismo y lo que sostiene, en cierto nivel se puede decir que somos el otro; estando en la misma sintonía familiar, social, humana, vegetal, animal o mineral, reconoces al otro y puedes percibirlo. La intuición anula el espacio ficticio, la frontera entre un ser y otro y, por supuesto, «el lugar inconsciente». Nuestros pensamientos, emociones, deseos y movimientos también son en cierto modo colectivos, por cuanto recuerdos, ideas y modos de pensamiento también tienen su origen en la experiencia vital de nuestros ancestros, no sólo humanos.

No hay que olvidar que nuestra aparición fue el fruto de un proceso universal y estelar. Si venimos de las estrellas, si en nuestros cuerpos se han detectado restos de polvo estelar como constituyente de nuestro organismo, también tenemos en la piel la memoria de la manifestación inicial del universo. Igualmente, para la física cuántica todos los puntos del espacio se vuelven equivalentes a los demás puntos en el espacio, lo que hace insignificante hablar de cualquier cosa como separada del resto: es el *campo punto cero*, la no frontera que lo unifica todo, la misteriosa realidad subatómica que el físico David Bohm llamó el *orden implícito*, para el que la realidad tangible de la vida cotidiana no es más que una especie de ilusión bajo la que se esconde un orden más profundo, vasto y fundamental. Esta propiedad es llamada *no localidad* por los físicos, y la creo equivalente al Brahman, al Tao, a la mente original del zen, al misterio de los misterios que el mismo Freud trata de explicar en cierto modo cuando habla de lo *no expresado*. Más tarde, su discípulo Carl Jung habló del inconsciente colectivo, de las sincronías: para él, es evidente que el universo es consciencia, que la biología es pura consciencia y sabe perfectamente adónde va. El universo es armónico, ordenado y consciente. Aquello que solemos llamar conciencia es, en el fondo, la zona dormida de dios: su dimensión inconsciente. Lo mismo sucede en la relación entre sueño y vigilia: cuando estamos en vigilia nuestra percepción es limitada y vivimos fragmentados, es decir, dormidos, inconscientes, y cuando nos dormimos y sumergimos en el sueño, en nuestra condición misteriosa, es donde no hay separación, donde nos olvidamos de todo lo que nos identifica y donde morimos de cierta manera al ego racional, fusionándonos con el todo, convirtiéndonos en el despertar mismo.

Por el momento mi propósito no es negar el inconsciente, sino más bien invitar a

---

4 *El fuego sagrado de los filósofos, op. cit., p. 70.*

la ampliación de su antigua visión y definición para poder vivir de forma más profunda esa condición en nosotros: hay una dimensión en nosotros que jamás podremos conocer, una dimensión mistérica. Lo incognoscible será siempre incognoscible para el yo racional, puesto que en lo esencial del ser humano no hay dualidad: es incognoscible quien nos piensa, actúa, siente y mueve. Somos su manifestación y expresión. Yo soy yo en tanto que límite frente a ese inconsciente de carácter divino. Y lo que puedo hacer no es tratar de comprenderlo, sino entregarme a él para permitir que se manifieste en mí como guste en tanto que su inconsciente, su propio límite. Eso que llamamos inconsciente es el dios interior que los científicos y doctores no pudieron integrar en el pasado: la condición original. Y es de esa condición, y no de un inconsciente oscuro, de donde surgen las imágenes míticas del inconsciente colectivo, universal, de donde vienen los sueños premonitorios, las imágenes que uno llama vidas pasadas, futuras, de donde surge el arte auténtico, la inspiración, el genio, el amor universal y la fuerza para mover montañas.

8. LAS MIL Y UNA CARAS DE LA INVISIBLE INMENSIDAD

Se presenta ante el respetable público el sapo de ese matorral.
Isa (maestro zen)

«La libertad —decía Rabindranath Tagore— es el derecho de hacer lo que no perjudique a la libertad de los demás.» Y en la casa de la plaza Río de Janeiro, esa libertad se intentaba respetar por encima de todo. Los prejuicios se hacían estallar con dinamita apenas se desterraban y la aceptación de la diferencia era la ley. Un buen ejemplo lo encarnaba el asistente, secretario y chófer que contrató Alejandro, un delicadísimo joven homosexual, alto, con ojos azules y pelo crespo al estilo afro. De cutis de porcelana, a través del cual se veía correr su sangre, pronto demostró una particular afición a la literatura y a los nacos mexicanos bien machos y populares. Mi padre, blancucho como él, era todo lo contrario a sus gustos. Lo conoció al borde del suicidio. Vivía encerrado en un asfixiante piso con su perra *Shicse*, que de añeja dejaba escapar por donde pasaba un sendero dorado de su arrugado bulbo; Lupita, una criada casi enferma de Alzheimer; y su enorme mamá yiddish, que se pasaba las horas en el salón de belleza o comiendo *lokchen* con leche. Sin osar asumir su naturaleza y sin apenas salir a la calle por vergüenza a causa de su físico, dotado de una enorme nariz de cacatúa que más tarde se operó, seguramente vio en Alejandro al padre que nunca tuvo; le tomó una absoluta confianza, y después devoción. Fue él quien le recomendó creparse el pelo, que llevaba al estilo Jesucristo Superstar, y operarse la nariz. Pero, sobre todo, le mandó a una

sauna gay bien popular, para ver lo que sentía —lo que, en cierto modo, ya fue un acto psicomágico—. Al muchacho le cambió la vida. Durante una semana frecuentó la sauna de la mañana a la noche, se dejó poseer en la bruma, sin ver una sola cara, por todos los buenos padres de familia con doble vida que frecuentaban el lugar. Feliz, pudo salir a la luz, y pronto se convirtió en un miembro más de la familia Jodorowsky: mi tío Elías.

También convivía con nosotros la asistente de producción, Luz María, una lesbiana a la que amaba. Tenía las manos rasposas como piedra volcánica, aunque su tacto no me molestaba en lo más mínimo. Siempre me tomaba en brazos, besándome con su aliento a puro cubano, me sentaba sobre sus pantalones de cuero negro que ya parecían su segunda piel y, con su vozarrón de camionero santo, me contaba las historias de Arturo y los caballeros de la mesa redonda, que conocía de memoria. Ella misma parecía una vikinga. Sabiendo que Valerie buscaba una niñera de confianza para ocuparse de su hijo el Conde, le presentó a su distinguidísimo y afeminado amigo de confianza, que se llamaba Gabriela. Contrariamente a lo que pensábamos, Gabriela no era homosexual, más bien lo definiría como un hermafrodita sin edad o sexo. Sin embargo, cuando le preguntaban por sus gustos sexuales, respondía de forma desapasionada.

—Soy andrógino, tengo cuerpo de hombre y alma de mujer. Y treinta y tres años, como el Cristo.

También afirmaba ser virgen y juraba que jamás entregaría su virginidad.

—Mi vía es exclusivamente espiritual y no tengo energía que perder.

Era delgado, se vestía con camisas discotequeras blancas, con bordados huicholes en la espalda, pantalones de pata de elefante con inscripciones hebraicas en metal cosidas en los costados, un cinturón con el dios pájaro solar Garuda (el devorador), de la mitología hindú, y zapatos altos de plataforma, mitad rojos y mitad azules, que adornaba con signos mágicos sintoístas. El cabello le caía hasta las rodillas, amarrado en una trenza siempre impecable, con una margarita fresca en el extremo. Su perfil era la viva imagen de la estatua de la diosa egipcia Bastet, de cabeza de gata, deidad de la armonía y la felicidad. Usaba un fino bigote engominado. Llevaba los ojos siempre maquillados a la perfección, con un punto rojo en la frente, y —lo que más me fascinaba de él/ella— unas uñas de cuatro o cinco centímetros, espesas como lingotes por las miles de capas de barniz rojo anaranjado que se aplicaba cada día. Era un ser de paz que dedicaba su vida a estudiar chamanismo, simbolismo y los Upanishads. Incansablemente, practicaba yoga y me decía como el más grande de los secretos que quería llegar a ser un Bodhisattva.

Valerie, apasionada de las lenguas, apenas supo que Gabriela estudiaba sánscrito, le dijo:

—¡Enséñale a mi hijo algunos rezos, plántale esas semillas sagradas en la mente!

Y a mí:

—Para tu cerebro es esencial saber diferentes lenguas. El lenguaje puede ser una prisión que limita tu mente a una sola realidad en medio de la multiplicidad en la que podría desenvolverse. Un idioma moldea tu comportamiento: un francés se mueve como un francés, un mexicano se mueve como un mexicano.

Es cierto: nos apegamos a nuestra *lengua materna* como si fuera un chupete en nuestra boca. Para crecer humana y espiritualmente no hay que identificarse con ella y debemos aceptar otras en la mente. El sánscrito es, además, un idioma estructurado para provocar transformaciones orgánicas y resonancias energéticas. Es una lengua iniciática: pronunciar sus rezos sagrados puede ayudarnos a hacer circular nuestra energía, abrir la mente y despertar canales insospechados en el organismo. Además, cada palabra es una catedral, un navío, un esqueleto que debe estar revestido cada día de sentido diferente.

EL VIENTRE DEL LAGARTO

Eran los años setenta y en México, en la calle, se veía de todo, y mi nueva nurse andrógina me llevaba de paseo, con mi capa de vampiro al viento, para que viera y me nutriera de todo aquel mundo mágico y popular. Juntos, parecíamos una reliquia, ambos maquillados y disfrazados: yo, con mis falsos caninos, dispuesto a lanzarme al cuello de cualquier paseante, y él/ella, cercano a un Elvis místico homosexual en su etapa de Las Vegas, aunque delgaducho, casi un extraterrestre. El vampiro enano y el Bodhisattva. ¡Qué belleza! Con su afinada voz de soprano, me cantaba un rezo en sánscrito, el Brahadarayaka Upanishad, que fue el único que conseguí memorizar completo:

Om asato ma sat gamaya
(Condúceme de lo irreal a lo real)

Om tamaso ma jotir gamaya
(Condúceme de la oscuridad a la luz)

Om mrtor ma amrtangamaya
(Condúceme de la muerte a la inmortalidad)

Om sarvesham swastir bhavatu
(Pueda curar a todos la felicidad)

Om sarvesham santir bhavatu
(Pueda curar a todos la paz)

Om sarvesham pushtir bhavatu
(Pueda curar a todos la prosperidad)

Om shanti shanti shanti
(Sea paz, paz, paz).

En esa época nuestra casa era un verdadero pasaje a la India, lleno de extravagancias. Mis padres, aunque probaron un poco de todo, no abusaron de las drogas, a pesar de que el periodo casi obligaba a ello. En un par de ocasiones los vi hornear el humo de la marihuana sin tragárselo o eyectándolo inmediatamente. Eran heroicos en esa época en que la psicodelia llevaba a casi todo artista a imaginarse desnudo con su corona de laurel, perseguido por hordas de duendes y elefantes con alas de mariposa, brincando en el Edén como canguros extasiados. Mis padres pensaban que las drogas debían conservar su función iniciática, como medios para revelar dimensiones y procesos en el cerebro generalmente reprimidos, o para desvelar el espíritu y servir de guía ocasional para después continuar con la propia labor sin recurrir más a ellas: tensar el arco. Pero no todos quieren hacer la labor, aprender a tirar al blanco. Algunos prefieren llegar a él sin tensar un músculo. En el fondo, el abuso de las drogas tiene que ver con una profunda sensación de impotencia, que yo también experimenté. Hoy, mi camino se acercaría más al de Sri Mâ Anandamayi: «Que mi piel, mi carne, mis nervios, mis huesos y mi sangre se desequen antes de que renuncie a mis esfuerzos, antes de haber realizado todo lo que puede ser realizado por las fuerzas y tenacidad del hombre».

Gabriela y yo nos hicimos cómplices. Recuerdo cuando me confesó, con voz temblorosa de recién nacido:

—Habría sido tan feliz de pequeño con un hermano como tú...

Los dos por las calles, disfrazados, hubiéramos levitado alegres como colibríes, floreando por todos los parques de México. Los míos me escupían en la cara y en la noche me golpeaban con el talón de sus zapatos embarrados. Hasta me cortaban los brazos con hojas de afeitar por ser tan diferente a ellos, les daba vergüenza caminar a mi lado y siempre me hacían terminar con la cara en el lodo con sus zancadillas. Ellos eran del bando de mi padre, y yo, del de mi madre.

Gabriela era el último de una hermandad de cinco hombres. Su madre, desde el primero, había deseado fanáticamente una hija, y con el quinto, que llegó diez años después, ya desesperada, le rezó a la virgen de Guadalupe durante todo el embarazo para que le realizara el milagro. Una noche escuchó en sueños una voz como el trueno que le decía: «Darás a luz a una hija». Se despertó y vio aparecer a través de la ventana el espíritu de una criatura luminosa que, sonriendo, penetró en su vientre anunciándole que se llamaría Gabriela. Desde las profundidades de su panza, su voz le dijo: «Bienaventurada la que creyó: lo que le fue dicho de la parte del Señor se cumplirá» (Lucas 1:45). Ella despertó gritando: «¡Milagro! ¡Milagro!». Y preparó la habitación con una virgen de dos metros y ropa rosada para la llegada de la infanta. Pero cuando parió al pequeño moreno, aulló asfixiada: «¡Equivocación!». El cuerpo no correspondía al alma. Le echó la culpa al semen descarado de su marido, asegurando que uno de sus espermatozoides le había robado el puesto al cuerpo de su hija, uno que tenía su espíritu sádico y machista que despreciaba a las mujeres. Desde ese momento dejó de dirigirle la palabra y trató al resto de sus hijos con total indiferencia, seguramente viendo en ellos al malintencionado marido o a los espermatozoides usurpadores. Ellos, por ser el objeto preferido de la madre, lo detestaron y torturaron incansablemente. Ella lo inscribió como Gabriela en el Registro Civil, y desde su nacimiento le dejó crecer el cabello y lo vistió de niña. Por lo menos, hasta los cinco años, que entró en la escuela. Los profesores, al darse cuenta del engaño, le mandaron a un asistente social que la amenazó con quitarle al niño si no lo vestía *decentemente*. Ella se sometió al dictado, pero nunca le cortó el pelo. Lo mandaba a clase con un turbante sij, pidiéndole que no olvidara jamás que era una niña milagrosa con cuerpo de hombre. Gabriela, conmovido, me confiaba orgulloso que su madre lo llevaba siempre a todas partes protegiéndolo como si fuera una estatua de selecta porcelana; y ese «todas partes» era, casi siempre, alguna ceremonia o sesión de magia popular, pues descendía de una tradición de brujas y curanderos, círculo donde él/ella siempre fue aceptado y considerado como un enviado divino.

Gabriela tenía humor y había logrado sobrepasar con mucha sabiduría su dolorosa infancia. «Soy parte de todo aquello que he encontrado en mi camino» me repetía. «Además, lo que no te mata te hace más fuerte.» Sus ganas de vivir eran incontenibles. En el parque, me leía exaltado largos fragmentos de la Eneida, la Ilíada y la Odisea con voz de histrión, actuando todos los personajes, soltándose a menudo el pelo, tan largo que podía travestirse con él. Dos veces por semana pasábamos a visitar a su tía y su primo, curanderos que tenían sus tienditas en el célebre Mercado de Sonora, un recinto magnetizador en el corazón de Ciudad

de México, en la delegación de Venustiano Carranza, dedicado exclusivamente a surtir a los fieles de todo lo necesario para oficiar los rituales de la fe popular y a guardar los tesoros de la brujería mexicana. Visitarlo por primera vez a los siete años me provocó tal estremecimiento que no cesé de sonreír maravillado un día entero. Al entrar en aquel lugar santo, me sentí tragado por un gigantesco lagarto encantado que me acogía en su laberíntico y abigarrado estómago. Hoy, sigo visitándolo cada dos o tres años para comprar polvo de oro, plata y otros efectos para toda clase de actos. El mercado se sitúa, como una pepita de oro en la mina, en un lugar estratégico entre otros mercados sorprendentes, como el de cohetes, de donde se escuchaban detonaciones todo el día como si existiera allí una eterna fiesta; el de juguetes, muñecas gigantes y disfraces; el mercado de comida, con sus olores a ates, tacos, plátanos fritos y chicharrón; el de zapatos, cuero y cerámica... Y, a su espalda, las fábricas de cristos, vírgenes y santos de yeso de toda talla y color. Unas mercancías y otras se cruzaban el día entero por la embasurada vereda, sobre sus carritos de ensordeceros ruedas metálicas. Los ídolos circulaban atados por decenas como animales, empujados por muchachitos huesudos que sudaban chorros de agua bendita, clamando con voces de tragafuegos:

—¡Cristoooossss! ¡Cristoooossss!

El Mercado de las Brujas, como lo siguen llamando hasta hoy, era un universo aparte. Entrar en él es acercarse a La Meca en un día de fiesta religiosa. Una masa de mexicanos se concentra siempre en sus angostísimos y saturados pasillos para comprar pociones, yerbas y talismanes, humor, folclor y fe. Para un pequeño de mi edad, adentrarse en ese gentío un sábado por la tarde era condenarse a morir aplastado entre nalgas de tortilleras. Pero yo sentía estar entrando en la recámara de los tesoros de una antigua pirámide. Flotaba hipnotizado por sus hechizantes callejones, cruzando el humo mezclado de incienso, palo santo y pedo. Cada tienda amontonaba toda clase de objetos y pociones, sprays «atrapa dinero», «ven a mí», «ahuyenta esposa» y demonios, muñecas, collares vudú, pomada de diente de serpiente, animales disecados, orishas, cristales y libros para sortilegios. La lengua franca era la de la Biblia y los Evangelios. Como crecí rodeado de simbolismos, ese paraíso era un tango que me hacía sentir como en casa. En él se reunían distintas religiones y creencias: hindúes, chinos, africanos, indígenas y cristianos. Era más divertido que un parque de atracciones.

Las personas también se acercaban al mercado para ser atendidas por los

curanderos. Jóvenes, centenarios, *cuchepos*[1] y homosexuales, que a menudo son aceptados en ese ámbito por su desarrollada intuición femenina, llaman a voz en grito a los paseantes desde sus negocios de escasos metros cuadrados: «¡A ver, chulita!», «¿qué le duele?», «pásele para una limpiecita con huevo y hierbabuena», «un descargue», «una lectura de cartas», «una lectura de manos»...

La psicomagia y el psicochamanismo se inspiraron tanto del curanderismo y magia popular como del psicoanálisis y la psicoterapia. La actividad de nuestros cerebros es en parte simbólica. Crea constantemente enormes mercados de Sonora entre sus redes neuronales. Durante años, observé operar a una cantidad considerable de curanderos, y he llegado a la conclusión de que muchos de ellos son, entre otras cosas, grandes químicos simbólicos que instintivamente logran mezclar elementos filosofales para hacerlos danzar en el caldero de la mente, de tal manera que logran restablecer el equilibrio en los circuitos más atascados o paralizantes del psiquismo. De la misma manera, sabiendo que el consultante percibe varias realidades a la vez, los chamanes manejan la sugestión, el lenguaje de lo subliminal, que es capaz de transformar el comportamiento. Sin embargo, no hay muchos que esgriman el idioma de la psicología, y lo cambian por la superstición y el folclor, instaurando que el símbolo es la realidad misma. Y, aunque la mente racional no comulgue con tales explicaciones, igualmente sana, pues se enfrenta a un milenario conocimiento que la supera y atraviesa. El lenguaje chamánico es directo, práctico e intuitivo. No olvida el esencial y caluroso contacto físico, emotivo, imaginario y espiritual con el consultante, tantos otros elementos que hacen que su magia sea muy a menudo exitosa, sobre todo entre las personas que forman parte e su misma estructura cultural. Existe un elemento más que juega favor del curandero, y es su capacidad para subyugar ese yo que uno llama conciencia o vigilia, dejando que la matemática e ilimitada dimensión de lo sutil opere con libertad. Esa invisible suprainteligencia es, infaliblemente, un espejo divino de salud frente a nuestro limitado ego infantil, que se reconoce en ese reflejo sanador y se permite despertar.

La señora Amalia, tía de Gabriela, era una mujer de una infinita simplicidad. Tenía una franca sonrisa de dientes negros bien picados, usaba zapatos de plástico rosado transparente, un tradicional delantal a cuadritos blancos y azules y el pelo gris con trenza. Sus manos siempre estaban calientes como planchas.

---

1 *Tullidos*

—Tía, te traigo a mi nuevo hermanito, el conde Axel —me presentó Gabriela.

—No soy un conde —respondí—. ¡Soy Mandrake el Mago!

Echando mano de las múltiples personalidades de mi ropero interior, surgió en mí esta nueva identidad que después adoptaría a menudo. No me extraña: entrar en el mundo de mi nuevo amigo me llevó a mi propio mundo, que había comenzado a explorar junto a Maximiliano de Montoya. A partir de aquel día me transformé, adaptándome como un camaleón al fascinante mercado que estaba absolutamente decidido a explorar hasta descubrir la última cruz de Caravaca escondida en el fondo de cualquier boca de halcón disecado.

Rogelio, el «primo gemelo» de Gabriela, que así lo llamaba, era un engominado joven, moreno y grueso, con bigotes y patillas enormes, dueño de una impecable manicura y una voz de chifle, como de pavo real. Regentaba un congestionado puesto pegado al de su madre, hermana gemela de la madre de Gabriela. Rogelio había nacido quince días después de él/ella. Siguiendo el ejemplo de su hermana, la madre lo había registrado como Valentina en la municipalidad, con lo que expresó también el incesto emocional que la unía a ésta por la vía de eternizar su relación a través de los hijos de ambas, disfrazados de niñas, en las cuales pretendían proyectarse. Así, los impulsaban a la homosexualidad y podrían, posiblemente, consumar entre ellos el acto sexual que nunca osaron permitirse. Pero Rogelio, el marido de Amalia, un charro vendedor de ganado de un metro noventa, vino a quebrar la cadena y, al enterarse de la gracia de su esposa, le puso un ojo negro como una llanta.

—¡Para que te quede neto que en esta casa manda el macho, no como en la de la creída de tu hermana! ¡Aquí, nada de maricones!

A continuación, la mandó de una patada en el trasero al Registro Civil, amenazándola con que si no cambiaba el nombre de Valentina por el de Rogelio le pondría otro ojo a la virulé. A Rogelito le fue prohibido jugar con Gabriela, su primo marica, hasta que el padre murió con el cráneo atravesado por el cuerno de una vaca embarazada que le cayó misteriosamente encima tratando de subirla a un camión. Quizás fuera la venganza de la madre naturaleza contra la expresión brutal de su poderío patriarcal.

Rogelito había crecido con cuerpo de gigante para satisfacer al padre y había guardado la voz sin fuerza y las manos femeninas para complacer a la madre. Es algo frecuente que ciertos hijos e hijas se feminicen o masculinicen parcialmente, física o psicológicamente, para agradar a alguno de sus progenitores. En una sesión

de psicochamanismo que realicé con un consultante al que se le subían los testículos a la pelvis y que tenía una voz exageradamente aguda, comprendimos que, a través de su educación, su madre impedía aparecer al hombre en él. Al hablarle negativamente del padre, que ella le había prohibido ver durante toda su infancia, sentía una común rabia generacional contra el hombre, una terrible necesidad de reconocimiento enraizada en los cimientos de su ser. En segundo lugar, su madre le impedía entrar en la acción responsable, es decir, crecer, al comportarse con él como una sirvienta. Emocionalmente, había concluido que si ella rechazaba y despreciaba a su padre, dejar aparecer su parte masculina era dejar aparecer a su padre en él: un peligro para su supervivencia emocional. Así que mantenía en alto sus gónadas, impidiéndoles ocupar el territorio que les correspondía en su cuerpo. Su madre, en el fondo, sólo aceptaba su mitad: un hombre sin atributos.

Para resolver esa situación, me inspiré en los métodos de la señora Miriam, una curandera que conocí cuando tenía noventa y ocho años en Guanajuato. Era completamente ciega: «Yo no veo por los ojos, sino por el alma», solía decirme. Cada día la venía a poseer la señora Remedios, el espíritu de una curandera que había pasado de generación en generación en su familia. Al entrar en ella, los ojos se le encendían y podía ver al ser que tenía enfrente en toda su verdad. Yo lo traduciría por una dimensión no personal y no racional que se hacía presente por esa vía. En una de las sesiones a las que asistí, curó a una mujer con el vientre hinchado a la que se le había retirado la menstruación.

—¿Hace cuánto tiempo que no la tienes, *m'hijita*? —preguntó la curandera.

—Seis meses, doña Miriam.

La anciana puso la mano en su vientre y, después de unos segundos, le dijo:

—Tienes un espanto, y a tu cuerpo se le olvidó cómo hacer para bajar la sangre. Le vamos a reenseñar.

Desde que oí a doña Miriam, me di cuenta de que yo mismo estaba lleno de *espantos*: traumas infantiles, miedos, sustos con que nos cargan en la infancia para sobreprotegernos o, sencillamente, para que dejemos de molestar. Con gestos, palabras, actitudes como levantar el cinturón, promesas de consecuencias trágicas para nuestros actos...

Para limpiarla del espanto, doña Miriam la acostó, le puso la mano en la frente, una sábana encima y, metiendo la mano por debajo, le levantó la falda, le quitó el calzón y, a nivel del vientre, con una tijera, abrió la tela. Entonces pidió una gallina que inmediatamente le trajo su hija y asistente, y en un dos por tres le cortó el cuello

con su cuchillo sobre el sexo de la mujer. Ella se puso a llorar como una niña.

—Ya ves, no querías crecer, tienes miedo. Dime, ¿tu mamá te pegó mucho?

—¡Mucho! —contestó la paciente entre sollozos incontenibles.

La sangre de la gallina no cesaba de caer sobre su pelvis. La muchacha cayó en trance, se puso a temblar. Doña Miriam comenzó a masajearle el vientre de arriba abajo, rezando, y le introdujo los dedos en la carne a la altura de los ovarios. O, al menos, eso nos pareció a los presentes: fue *como si le atravesara la carne*. Acercó su boca al vientre y le insufló su aliento con tal fuerza que parecía un dragón. Poco a poco, la mujer se fue calmando. La señora la bendijo, su hija la limpió con un trapo de toda la sangre, le puso el calzón de nuevo y la ayudó a levantarse. En ese preciso instante —y yo fui el primer sorprendido—, empezó a correr la sangre entre sus piernas, manchando sus calcetines claros. De nuevo, comenzó a llorar. La anciana, con infinito cariño, le dijo:

—Ándale, mi niña, que me vas a pintar el suelo.

Yo hablé después con la muchacha. «Es mi sangre menstrual», me aseguró. Con la gallina, la curandera había establecido una analogía con la madre de la consultante, que la había golpeado en la infancia. La muchacha había llegado a la conclusión de que ser madre era ser violenta, y su cuerpo se negaba a ello. Además, al golpearla, le prohibía su feminidad. Con la gallina, fue su madre quien murió.

Los ojos invisibles de los curanderos están en contacto con la totalidad de la psicología del otro. La viven directamente, sin análisis: es conocimiento inmediato, revelación. Una justa mezcla entre ese conocimiento inmediato y el análisis racional es fundamental para cualquier ser que se disponga a ayudar a otro. Basarse exclusivamente en una cosa u otra es como amputarse un miembro y obligar al consultante a hacerlo también: es un crimen psicológico.

Alejandro aconsejó un acto similar a una mujer —pero en esta ocasión con sangre falsa, que debía dejarse chorrear entre las piernas durante siete días—. Este acto puede completarse enseñándole a un padre y una madre metafóricos cómo chorrea la sangre, si es que los biológicos no aceptaron la feminidad de su hija. Yo lo apliqué a una consultante frente a un espejo, de manera que integrara una imagen de ella misma que su cerebro procediera a imitar. Es lo que hacen ciertos neurólogos para reeducar a personas con los miembros atrofiados: los ponen delante de espejos configurados de tal manera que el reflejo del miembro sano se encuentra en el lugar del atrofiado. Así, moviendo el sano, el cerebro lo confunde e imita hasta que poco

a poco desatrofia el miembro.[2] También creé un psicorritual con treinta personas donde pedí que todas las mujeres desnudas de mi árbol genealógico escurrieran sangre (pintura roja) por entre las piernas delante de hombres con cruces, estrellas de David y medias lunas dibujadas en sus pechos. Ellos las bendijeron, mientras fluía el líquido rojo por sus muslos, en una ceremonia que supuso una conmoción colectiva: fue un griterío, un llanto, tocó las profundidades de un dolor ancestral de la mujer, de todas las mujeres del planeta, que aullaron por sus bocas. Sobrepasó absolutamente mi acto personal: laboramos todos, tocó también profundamente a los hombres, que lloraban adoloridos por haber portado ese papel de verdugos del patriarcado, dueños del mundo y de dios. Después, sin los símbolos, pedí que los hombres de mi árbol se bañaran con su sangre metafórica y danzaran con las mujeres, recubiertos de rojo, como en los antiguos rituales celtas donde, antes de ir al combate, los guerreros se bañaban con sangre menstrual para tener fuerza, pues era considerada pura vida, no como en las grandes religiones monoteístas occidentales, que la consideran impura: un error garrafal que produjo grandes desgracias. A través de una pintura corporal dorada que simboliza oro líquido, hice que hombres y mujeres compartieran un dios que durante siglos había sido acaparado por el varón. Todos pintados, sin distinción, bailaron en armonía. La relajación total en que me sumió esta experiencia me sirvió como inspiración para crear un psicorritual de sexualidad, conciliación de lo masculino y lo femenino, basado en todo lo descrito.

Pero regresemos a nuestro amigo de voz nasal y testículos tímidos. En la ceremonia que realizamos, una mujer interpretó a su madre con una foto pegada al pecho mientras un hombre encarnaba a su padre, que fue tapado con una sábana negra para «ensuciarlo» y ausentarlo del mundo. Ella tomó en la mano la piel del escroto de su hijo e insultó al marido bajo la sábana. Al escucharla, el muchacho empezó a chillar como si lo estuvieran atravesando a balazos. La madre quitó el manto de encima del padre y comenzó a recitar todas las cualidades imaginables de aquel hombre: «Eres bello, espiritual, generoso...». Mientras el consultante veía la escena, le pegué dos huevos contra la garganta, simbolizando los testículos que se le habían subido allá arriba. Él empezó a asfixiarse, a toser, casi

---

2 Cifr. V. S. Ramachandran, director del Center for Brain and Cognition de la Universidad de California en San Diego.

a vomitar. Quebré los huevos en un vaso y le dije que se los bebiera para que bajasen hasta su lugar. La madre bendijo la relación de su hijo con su padre y el muchacho estalló en lágrimas, abrazando al padre que no había visto desde hacía veinte años. Finalmente, dije al muchacho que se desnudara y a la madre que tomara dos piedras circulares doradas en las manos y que, desde la garganta, se las hiciera rodar lentamente por el cuerpo hasta llegar a las bolsas de los testículos que su padre sostenía, anunciándoles que les era permitido tomar su sitio. Mientras tanto, invité al padre a enseñar a su hijo a modular el tono de la voz e iniciarlo en la fuerza masculina delante de la madre. Poco a poco, empezó a vociferar como un orangután, cómico aunque bello: «¡Mira, mamá, tengo bolas! ¡Y bien grandes!». Ella las bendijo una y otra vez. Después, llevó esas piedras en su pantalón durante cinco días, pegadas a los genitales para asegurarlos en su lugar.

ESENCIAS PARA SANAR

En los negocios del Mercado de Sonora atendía toda la familia de la tía Amalia. Si no estaba la nieta, despachaba la abuela. No sólo ocurría en la venta de objetos mágicos, sino también en las consultas: vi a niños imponer las manos en nombre de la virgen. Sin ir más lejos, Rogelio aseguraba que había recibido el *magnetismo* como una herencia de su madre, quien a su vez lo heredó de la suya. Mientras Gabriela asistía a su tía y conversaba con su primo, yo me escapaba por esos multitudinarios pasillos a explorar El Dorado en el que había aterrizado. Al cabo de algunos meses me conocían en todas las paradas. Yo le preguntaba todo a todos: para qué servían las velas, los ojos de vidrio, la esencia de imán, la esmeralda, el ojo de gato, el extracto de Afrodita, por qué el rojo y no el negro... Me quedaba horas observándolos atender, encandilado.

Cual saltamontes, de puesto en puesto, me fijaba sobre todo en cómo los curanderos realizaban sus limpias espirituales, elemento fundamental en la mayoría de las tradiciones chamánicas. Las limpias abarcan distintas técnicas para liberar al consultante de espíritus, mal de ojo, maldiciones, dolores, malos pensamientos, embrujos, congestión de energías, nudos, lavarte penas, envidias, y tantas cosas más. Muchas limpias se hacen con plumas de águila, con patas de jaguar, agua bendita, ramos de diferentes arreglos florales según distintos embrujos... A veces se utiliza un huevo con el que se masajea y limpia todo el cuerpo del consultante. La tía de Gabriela tomaba tres, los frotaba sobre la gente y luego los abría para leer lo que le ocurría a su consultante. Había curanderos astutos —o, según se mire, con una gran inteligencia intuitiva— que ponían los huevos remojados en vinagre para que se ablandara el cascarón, e introducían en él agujitas, colorantes, pelos, arañas y otros

elementos. Cuando se secaba, parecía como salido de la gallina. Los colocaban en un orden determinado para poder reconocerlos y utilizar con diferentes personas, según sus «males». Su verdadero trabajo consistía, en la mayoría de los casos, en percibir correctamente el estado de ánimo de la persona. Para eso, observaban al consultante y, al romper el huevo y hacerle ver algún objeto que pudiera relacionar lejanamente con su mal, éste se mitigaba sin demora.

—¿Por qué hacen eso? —le pregunté a la tía Amalia—. ¡Son tramposos, mienten a la gente!

Amalia, paciente como era, me respondió:

—La limpia funciona igual. Ellos son curanderos de sangre. Lo que pasa es que la gente, cuando ve esos objetos, cree profundamente y se cura más rápido.

Los objetos que salen de los huevos se conocen como «daños materializados». Claro que se podría decir que son métodos de embaucadores, de charlatanes y estafadores, y algunos así lo creen. Pero muchos curanderos son auténticos artistas de la prestidigitación sagrada. Sin darse cuenta, trabajan de manera intuitiva con la metáfora. El cerebro ve que algo sale realmente del cuerpo, materializando su angustia, dolor o pesar, e inmediatamente se aligera de su presión. Es casi un juego de niños. Uno muy a menudo utiliza metáforas para explicar estados emocionales: «Tengo un peso en la espalda», «una espina en el corazón», «siento un nudo en la garganta»... Entonces, si uno siente un peso en la espalda y le sacas una pequeña piedra, quizás desde un punto de vista racional permanezca impermeable a la prestidigitación; pero la dimensión sutil verá y vivirá en la piedra un auténtico monolito.

Todas estas técnicas nos sirvieron para desarrollar durante años el psicochamanismo, pero ya sin necesidad de utilizar el engaño, sino explorando el funcionamiento profundo de la psique y mostrando abiertamente el *truco* a los consultantes. La maravilla es que nos dimos cuenta de que en muchos casos funciona igual. Avanzando en estas labores, comprendí por qué la milenaria sabiduría popular apostó por utilizar objetos y prestidigitaciones. Si no hago un masaje con un huevo, en el consultante se puede concluir que *el mal queda en mi mano*; o, si vuelvo a tocar a la persona, ésta puede interpretar que se lo *contagio* de nuevo. En Venezuela utilizan jabón y agua, amoniaco y humo; en la santería, fruta; es decir, algo concreto que absorba el mal y lo vuelva corpóreo. Por eso comencé a limpiarme las manos después de los masajes; cuando realizaba limpias psíquicas con las manos quemaba lo que retiraba simbólicamente con un soplo de fuego imaginario, como hacían los antiguos monjes tibetanos. Era eficaz, pero me di cuenta de que el consultante seguía sin ver algo concreto que metaforizara sus males. Para la mente, un huevo es un animal en

potencia. Y reventarlo se asocia al sacrificio, al animal que absorbe tu daño en tu lugar y muere por ti. En Perú experimenté con este proceso y vi hacer limpias con un cuy, un conejillo de Indias con que te frotan el cuerpo cuando, como dicen, estás muy embrujado; o te lo dejan sobre el pecho cuando estás enfermo. A veces muere él solo por absorber toda tu energía negativa. Otras, es sacrificado por el chamán delante del enfermo. Sin embargo, también es eficaz usar la mano cerrada en un puño, siempre y cuando se haga el gesto final de desprenderse del daño. Pronto entendí que una de las razones por las que la gente va a buscar al curandero es porque en realidad busca al padre o madre perdidos para que le limpien de las inhibiciones y programas nocivos de su árbol y le transmitan la información emocional y espiritual que le faltó. Ellos, llamándote «hijito», te despojan de todos esos espíritus, fantasmas, entidades y demonios, hechizos, embrujos, sortilegios y maldiciones que te han transmitido en el clan, por la vía de hacerte cortes en la piel para abrir la prohibición a que circule tu energía, o mostrándote, materializados, todos esos pesos, agujas, piedras y nudos neurológicos representados por pelos o arañas que hacen aparecer en las yemas. El que te puso el programa, que te lo quite, parecen venir a decirnos.

En estos tiempos, nuestro mejor chamán o chamana podría ser nuestro propio padre o madre, es decir: sus fotos, unos actores santos, o terapeutas que los representen, sus nombres escritos en un papel pegado al pecho... Así, comencé a aplicar la técnica del huevo en grupos donde el padre y la madre metafóricos limpiaban a una persona que les pide, una por una, que le despojen de ideas, programas emocionales nocivos, responsabilidades tóxicas, etcétera.

Resultó muy eficaz. También le propuse a amigos terapeutas osados que para atender se pusieran una camiseta con la fotografía de la madre o el padre del consultante para que hablara directamente con ellos. Fue un éxito. El consultante sintonizaba inmediatamente con sus dificultades y se podían solucionar conflictos directamente con los padres.

Después de regresar cada semana extasiado del mercado, prendía mis velas de todos los colores en mi amada y oscura habitación, acompañado de monstruos y ángeles de la guarda. Cuánto me divertía jugando a emanar imaginariamente perfumes de todo tipo: acacia, magnolia, sándalo y jacinto, y a hacer brillar auras diamantinas, rosadas y amarillas como brasas ardientes, como si yo fuera una llama viva. Y dejé de ser el vampiro, porque en mi guardarropía mental apareció otro ser: *el niño santo*. Con este nuevo disfraz psicológico, me lancé a explorar los conocimientos de los tenderos con renovado ímpetu.

El mercado albergaba el puesto de don Toño, siempre sentado a la puerta de su negocio, con su termo de té de lila y miel de acacia: un caballero extremadamente educado y gentil, con una voz de sapo carrasposo, porque cuando niño su madre lo había tratado de envenenar introduciendo cloro en su pequeño biberón y las cuerdas vocales se le habían quemado. Se salvó, como decía, gracias a los ángeles que lo cuidaban. Después de encarcelar a la madre, la policía lo llevó al orfanato, y al poco tiempo fue adoptado por una curandera de gran corazón, su «madrecita santa», la señora Lila, como el té con miel que tomaba todos los días y que era una forma sutil de reparar los daños del cloro y de la madre negativa, de curar su garganta, que tan a menudo representa a la madre y es el pasaje de donde nacen las palabras como un líquido dulce y generoso. Una actriz que sufría de afonía crónica vino a consultarme y le expliqué que la extinción de su voz tenía que ver con su madre, que despreciaba su trabajo. Le aconsejé que metiera una foto de ella en un bote de miel, que lo dejara tres días frente a la luna llena y que, después de ese lapso, tomara una cucharadita ocho veces al día.

Doña Lila le había dejado la tienda a don Toño: una foto de la señora presidía la entrada, y siempre había flores al lado. Él me regalaba velas: su negocio estaba dedicado exclusivamente a la cera. De aquel hombre aprendí muchísimo de los significados, colores y funciones de cada tipo de vela. En ellas veía lo positivo; no le interesaba buscar su significado negativo, pues ya había bastante gente que lo hacía. Prendiendo varias a la vez, me contaba:

—La llama erecta es el espíritu interior, que, aunque haya viento, después siempre se levanta. La verticalidad es su naturaleza. Si se apaga, es sólo en apariencia, porque apenas es un reflejo de la gran llama de dios, que siempre vela el fuego primordial donde se puede volver a prender cada vela siempre. Si se acaba la cera, habrá otra prendida siempre en cualquier lugar del mundo. La vela es tu unión con la eternidad: la roja significa la actividad primordial, y puede ser también la actividad en el amor, la paz y tranquilidad es violeta, la fertilidad, verde, la receptividad, azul. También sirven para llamar a un espíritu en ti. Prender una vela de color es hacer que la energía de ese color irradie tu vida. Por eso la gente reza y se recoge cuando las enciende: la llama es dios despierto en el templo, en tu corazón, donde siempre tienes que tener una vela prendida y cuidar que nunca se apague su llama.

El cerebro puede asociar la llama al dominio del fuego en la prehistoria, símbolo de inteligencia, de la posibilidad del hombre de desvelar su sacralidad. Esa llama recorre religiones y cosmogonías, arde alrededor del trono del Apocalipsis, sobre las siete antorchas que simbolizan los siete espíritus de dios, que también son los

siete chacras. La cera es el símbolo del santuario, de la colmena que protege a la miel. «La palabra de dios es más buena que la miel» (Salmos 119:103). La miel podría ser la llama que protege el templo que ofrece la eternidad, el amor divino. Se asocia a la felicidad, al conocimiento, al fuego sagrado purificador que Prometeo roba a los dioses para dárselo a los hombres, al espíritu santo que fecunda a la virgen María, al fuego espiritual tántrico, al fuego alquímico, al fuego que Shiva tiene en su mano izquierda, que simultáneamente anima y devora el mundo, la llama sagrada sostenida en la mano izquierda del personaje central en la carta del Diablo que alumbra las tinieblas en el Tarot, el fuego taoísta sexual, la llama de la Casa Dios, el arbusto en llamas de Moisés, el Buda que es representado ardiendo por el fuego que no quema. Cuando prendo una vela, mi ser se abandona, se une al espíritu inmortal, y el color me asocia a una de sus dimensiones energéticas cósmicas, que llaman ángeles, dioses —el germano Loki, que significa «llama viva», o el védico Agni, dios del fuego—, seres sobrenaturales, amor, fuerza, paz, creación y belleza, la luz sagrada del dios interior.

Doña Lupe era especialista en las esencias; las prescribía para todo como una fitoterapeuta popular. Era indígena, hablaba con gran elocuencia, casi como una profesora de universidad. Era flaca como un hilo metálico, siempre llevaba pantuflas y un chal azul claro. Y trenzas. «En la Biblia —me contaba—, Ezequiel, Isaías y Moisés prescribían el uso de esencias y Salomón las usaba con fines médicos; el perfume y la esencia son símbolos de pura espiritualidad, de felicidad. Si sabes usarlos, te armonizan. Todos los magos lo hacen.»

Mientras me instruía, me hacía oler la popeya, el cundeamor, almizcle, mirra, epasote, albahaca morada y blanca, explicándome cómo unas servían para hacer baños, otras para dulcificar a las personas, para asegurar la paz, la fuerza, logros contra maleficios (que hoy entiendo como inhibiciones familiares) y un largo etcétera.

—Uno tiene que descubrir su olor individual, el olor de tu pura alma, hijo, y, cuando lo encuentres, tienes que compartirlo con todos los otros, hasta dar lo que uno no tiene.

Años más tarde comprendí que una esencia es una puerta a arquetipos universales, que olerla puede actuar como una llave en el cerebro, despertar sutiles dimensiones espirituales, calidades del ser. La esposa, en el Cantar de los cantares, compara al bienamado con perfumes, y ese bienamado es dios. La esencia, el perfume, te pone en relación con lo divino, con el soplo de su aliento. Su uso debería ser, por tanto, también sagrado, no como en general nos empastamos con ellas, cu-

briendo con su olor nuestros cadáveres vivos que no han emprendido su desarrollo espiritual, tratando de disimular la neurosis o el apestoso vaho de la complacencia y el egocentrismo; o bien para invadir, agredir o sólo seducir al otro. También los siete chacras se representan con flores, pues cuando uno se purifica y abre cada dimensión espiritual de sus energías, alineándolas con lo divino, se revela eyectando un perfume de despertar para todos. En el taoísmo, «la flor de oro» espiritual que crece en la cima de la cabeza simboliza un alto grado de armonía cósmica, iluminación e inmortalidad. Por eso hablamos del «olor a santidad»: algunas tradiciones hablan de santos que expelen perfume al morir, como es el caso de Francesco Forgione, más conocido como padre Pío, que desprendía seis perfumes diferentes. Teresa de Ávila olía a cuatro fragancias, y, como ellos, otros santos también tenían ese don. Ese perfume sagrado es signo de inmortalidad espiritual, y cuando otro ser lo inhala, inmediatamente algo se modifica en él: el estado del santo perfuma y transforma el mundo. En el Evangelio según san Mateo (5:14-15), está escrito: «Ustedes son la luz del mundo, uno no prende una lámpara para meterla bajo el celemín, sino en un candelabro. Así, ella alumbra a todos los que están en la casa». Para los budistas, uno de los actos más meritorios que podemos realizar es el dana: caridad o generosidad. El *dana* significa dar libremente, sin pensar en uno mismo, con un sentimiento de felicidad serena.

Cuando uno tiene pendiente la heroica labor de pulir su psiquismo, en general apesta a perfumes ajenos. Es al realizar ese santo matrimonio entre Psique y Eros cuando nos capacitamos para crear un aroma único, de bendita y purificada flor. «Mi alma exhala al Señor», decía María en el Evangelio de Mateo. Ella es la flor, y el espíritu de dios es el perfume. La virgen María es, ella misma, un canal del perfume de dios para dios. Pero hay muchas personas que no quieren recorrer ese camino, emprender esa labor: cuando se produce un avance espiritual, a veces la familia no te reconoce, porque ya no hueles psicológica y espiritualmente a ellos. Muchos tienen miedo a no oler más como sus familiares, a ser rechazados por su clan. Sucede de la misma manera en sociedad, con los amigos, con los hinchas de un equipo. Cambias de olor, de estado de conciencia y no te reconocen, te rechazan... O quizás seas tú quien no quiera acercarse más al olor de no espiritualidad que expelen.

A menudo he aconsejado actos psicomágicos en relación con el olor, como en el caso de una consultante que no lograba tener una relación fija con un hombre. Había dormido con su madre durante quince años en la misma cama. Tras su muerte, guardó sus cenizas y no lograba de-

shacerse de ellas. Sentía la presencia de la muerta todo el tiempo. Le dije que su olor se le había pegado, y por eso los hombres la dejaban: como animales, percibían el tufo a mamá, que la envolvía y operaba como una barrera. Durmiendo con ella durante aquellos largos años, se había convertido en su pareja y estaba invadida por su fantasma. Para romper ese incesto afectivo, compró un litro del perfume que su madre utilizaba, introdujo una foto de ella en el frasco y dos pizcas de sus cenizas. Lo hizo a las dos de la tarde de un día en el que habría luna llena. Tras vaciarse todo el perfume encima, a las ocho de la noche fue a un lugar tranquilo en el campo, con la cama de madera en la que había dormido con su madre cargada en un furgón. La descargó, la rompió a hachazos y le prendió fuego. Mientras ardía, hizo un agujero rectangular en la tierra, puso los pies dentro, vació las cenizas de su madre encima y se lavó siete veces con una garrafa de agua y jabón de lavanda. Para acabar, se enjuagó con agua bendita otras siete veces, salió de la tumba, se limpió los pies otras siete veces, enterró todo y plantó un laurel encima. En los días siguientes mandó fabricarse un perfume a su medida y escribió: «Individualidad divina». Con él se perfuma desde entonces todos los días. «En el momento de ponerme el perfume de mi madre —me escribió—, me puse a vomitar, me sentí morir de asfixia. El olor activó en mi memoria cosas que me había hecho y que yo había ocultado: abusos sexuales. Cuando vacié las cenizas sobre mi cabeza, sentí a mi madre prohibiéndome toda relación, poseyéndome. Le pedí que me dejara vivir. No quería ser más su amante. Cuando cubrí todo de tierra, la sentí enterrada.»

LOS DIOSES DEL ARENA

Gabriela me llevaba religiosamente, todos los sábados por la noche, al Arena México para ver las luchas libres. ¡Qué aprendizaje! Siempre fue un espectáculo absolutamente popular que, como otros, brotaba de sus raíces mágicas, con sus cultos indígenas, dioses, arquetipos sagrados y mundos míticos. La lucha libre ha sido siempre el modo de liberar a los dioses arrinconados por los conquistadores. Ver bailar a los luchadores en el ring, auténticos coreógrafos que son capaces de piruetas aterradoras sin lastimarse unos a otros —al menos, en la mayoría de los casos— es un espectáculo único. Las luchas tienen un profundo contenido simbólico. No hay que olvidar que en la estructura mental del pueblo mexicano también está inscrito el *Popol Wuj*, libro sagrado y mitológico de los mayas, donde los héroes, los hermanos gemelos Junajpú e Ixb´alanke, juegan en el submundo al juego de la pelota con una cabeza de león contra los señores del infierno hasta que éstos, vencidos, mueren. Y es así como, en agradecimiento, los dioses los convierten en el Sol y la Luna. El juego de la pelota existió durante todo el imperio maya, con estadios construidos a tal efecto, a veces para miles de personas, igual a los estadios griegos y romanos donde se revivía el combate mitológico. La única diferencia con Occidente consistía en que el vencedor y héroe, con todo el honor, era sacrificado para ofrecer la mejor sangre a los dioses. Una costumbre quizás cruel, pero que indica cómo, cuando el guerrero llegaba a vencer todos sus límites humanos y se metamorfoseaba en joya, debía dar el último paso y entregarse, retornando al inconmensurable océano de paz universal. Para los mexicanos, las luchas libres siempre fueron una religión.

En el Arena México, la gente se reía a carcajadas. Licenciados, lustrabotas, policías, niños, taqueras con bebés en brazos dando teta vociferaban con todas

sus fuerzas sin necesidad de altavoz, sudando con las venas del cuello hinchadas a reventar:

—¡Hijo de putaaaa, mamón, fulero, culero, chinga tu madre, cabrón! ¡Dale duro a ese putoooo, mi Santo, dale duroooo!

El Santo era el personaje más querido para los mexicanos. Y la lucha se convertía así en un ritual donde el ángel combatía con el demonio, en el eterno combate o danza entre los mundos. «El Santo contra el Ángel Negro», anunciaba un gran cartel a la entrada del estadio. Y mientras devorábamos palomitas en torres de cartoncillo casi más grandes que yo con el Santo y el Ángel Negro impresos, entre olor a zurrada de bebé, miasmas y Coca-cola, con el corazón trepidando como una locomotora por nuestros campeones, Gabriela me explicaba a gritos que las luchas libres son una forma de ritual chamánico popular, donde todos los aspectos de nuestra cosmogonía estaban presentes. Más aún, los luchadores simbolizaban los arquetipos que canalizan las indefinibles y misteriosas energías cósmicas que somos, disfrazadas como en ese caso con máscaras, interpretando a los dioses.

Y, justamente, así los llamaban: «Los dioses del Arena». En el mundo indígena había nombres de una increíble poesía como Tigre de la Risa Dulce, Perro Acuático, Agua Parada que Cae... De igual modo, los luchadores usan nombres como Máscara Sagrada, Polvo de Estrella, Princesa Blanca, Halcón Galáctico, Trueno Veloz, Último Guerrero, Mosca, Abeja, Hormiga, Tigre de Fuego, Dragón Mágico, Sombra de Plata, Leona de Brillantes y, mi preferido, el Mil Máscaras, que tanto me recuerda al título de la serie de libros sobre mitología de Joseph Campbell, *El héroe de las mil caras*. Como simboliza ese título, los vedas decían: «La verdad es una, los sabios hablan de ella con muchos nombres».

Un luchador enmascarado es un arquetipo. Para Carl Gustav Jung, los arquetipos son las energías innatas, comunes a todos los seres humanos, que se transmiten a través de los mitos o se nos aparecen en sueños, en cuentos, leyendas, rituales u obras de arte. En el Tarot, los arquetipos pueden actuar como patrones de conducta cuando el individuo necesita resolver una dificultad existencial. Cuando Alejandro me iniciaba en los secretos del Tarot, me decía: «Hay que dejar que el Tarot hable a través de ti». Los veintidós arcanos mayores son los arquetipos, patrones con infinitas interpretaciones, donde cada uno tiene multitud de aspectos. Por ejemplo, la carta número siete, El Carro, tiene como aspecto el siete de oros, el siete de bastos, el siete de espadas y el siete de copas y viceversa. Es también en parte los reyes y la carta diecisiete, La Estrella. Sin embargo, el dibujo de la carta será sólo una máscara, la llave que, si sabes cómo interpretarla, activará la dimensión aliada del

arquetipo. Sin embargo, hay que tener mucho cuidado en no quedarse fijado en los símbolos y saber en un momento sacarse la máscara, aceptando ser completamente poseído y fusionarse con la energía que no cesa de transformarse. De lo contrario, uno puede encerrarse en fanatismos y conceptualismos que te alejan de la esencia de las cosas.

Uno de los arquetipos más habituales o conocidos de las culturas de Mesoamérica es Quetzalcóatl, dios tolteca y azteca, con cuerpo y cabeza de serpiente, ojos y caninos de jaguar, y plumas de quetzal. A veces se la representaba amarilla con puntos negros, como símbolo de muerte, resurrección y vida: los tres mundos unidos en un solo cuerpo, instinto, emoción e intelecto; paraíso, infierno y mundo humano. Los tres animales que lo conforman representan también nuestros tres cerebros: reptiliano, límbico (mamífero) y neocortical (homínido). Uno de los luchadores del Arena se llamaba Quetzalcóatl. Gabriela y yo lo vimos en acción en numerosas ocasiones, a menudo apretujados junto a alguno de sus obesos seguidores que, con una torta chorreante en una mano y un refresco de litro en la otra, podían hacer brincar a toda la fila como en un terremoto cada vez que su héroe era derribado.

—¡Pinche, güey, no le pegues a mi serpientita, cabrón! ¡Órale, Quetzatcóatl, levántate, pues!

El Místico, uno de los grandes héroes de la lucha libre, salía a escena y reventaba a quien se le pusiera delante. El coro del público se hacía ensordecedor coreando su nombre.

—¡Mís-ti-co, ra, ra, ra!

Miles de pies sudados zapateaban la tierra al unísono como los tambores originales de todas las tribus humanas, haciendo temblar el lugar como un verdadero volcán en erupción.

—Mira a toda esta gente, Axelito —me hacía notar Gabriela, rebotando alucinado, escupiendo palomitas sobre la calva del tipo de enfrente y tratando de hacerse oír entre el griterío—. Viniendo al estadio ponen en común su religiosidad, revelan su dimensión sagrada.

Yo miraba alrededor y mi mente se cortocircuitaba al tratar de imaginar como seres espirituales a tantas furias humanas coreando insultos al unísono. Sin embargo, el coro de animadores del Místico me transportaba.

—Si revelas lo sagrado en ti —continuaba Gabriela—, te unes a la dimensión divina y cada detalle de esta realidad se convierte en un icono mágico, donde se proyecta tu esencia. Hasta el lavamanos es un símbolo delante del cual podríamos

meditar del mismo modo que ante un mandala tibetano, e iluminarnos. El grifo del agua caliente activa a Shiva, el dios encarnado, el Lingam, Vam, Yang, Quian, el animus, Cristo. El agua fría, receptiva, representa a Shakti, el Yonin, Evam, Yin, Kun, anima, María. Si sabes prender una y otra, se unirán para transformarse en un único chorro de agua bendita perfectamente equilibrada: ¡el eje de la Tierra! ¡El caduceo! ¡El Shushuma, eje de los chacras! ¡La Kundalini, el axis mundi, E = Mc2! ¡El ADN universal...!

«¡Mís-ti-co!, ¡Mís-ti-co!», seguía gritando el público enardecido mientras Gabriela apuraba su éxtasis y, con lágrimas en los ojos, corriéndosele el rímel, añadía:

—Los dos chorros de agua enroscados en un chorro andrógino son una metáfora del gran espíritu invisible que está en todas partes, que retorna siempre al origen: ¡el conducto vacío del *robinete*[3]!, que, como todos los conductos, desemboca en el gran océano divino para volver a salir por arriba de nuevo, como la serpiente dragón que se come la cola, en un uróboros alquímico. La misma agua del mismo océano que corre por todos los robinetes. Jesús decía: «Levanta la piedra y me encontrarás, parte la madera y allí estaré». ¡Es el mismo espíritu el que te sana, la medicina es una! ¡Todos los curanderos son uno: te dan como medicina a ti mismo!

Mientras hablaba, me apretaba el brazo como si fuera un tubo de pasta dental. Dándose cuenta de que me estaba vaciando, se calmaba y regresaba a la normalidad.

—¿Crees que estoy loco, Axel?

—No —le decía con una media sonrisa.

Pero la verdad es que no conseguí entender sus discursos hasta muchos años más tarde. Sus imágenes, sus símbolos, sus nombres sagrados de serpiente, se fueron almacenando en mi bendita memoria día tras día, combate tras combate.

A partir de aquellas fabulosas tardes en el Arena me puse a coleccionar las máscaras sagradas de los luchadores, bailarines de la luz. Colocármelas tenía otro sentido más allá que el del simple juego profano. A veces, los objetos más comunes pueden tener un sentido iniciático: durante un viaje de investigación chamánica que realicé a Perú, visité una isla en el centro del lago Titicaca en la que, sobre su cerro más alto, pude asistir a una ceremonia llamada *despacho* o *pago a la tierra*. La realizan los *pacos* o sacerdotes chamanes para pedir salud, bienestar, espiritualidad y protección para todos. En este caso, el *paco* era don Nisidro, que tenía noventa

---

3 *Grifo doble del baño*

años, junto a su hijo y su mujer, todos indígenas aymaras de pura cepa. Sobre un impecable pañuelo lleno de flores habían preparado las peticiones de nuestro grupo con hojas de coca consagradas, dulces, pequeños juguetes y pedazos de tela, grasa de llama, y un feto del mismo animal. En un momento, don Nisidro sacó de su bolsa de lana dos botellas de refrescos carbonatados, que colocó a ambos extremos del impecable y artístico arreglo. A mí me sorprendió y me dije: «¿Qué tiene de sagrado una botella de Orange y otra de Coca-cola? Es el veneno de nuestra sociedad. Si el mal y el demonio existieran, serían su manifestación disfrazada de refresco gaseoso. En medio de esta pureza, ¿qué viene a hacer aquí este monstruo?». Enseguida, me convencí de que debía haber una razón: pregunté y don Nisidro, en lengua indígena, me dio una maravillosa respuesta que me iluminó.

—Yo sólo veo el color, el negro femenino y el rojo anaranjado masculino; el negro a la izquierda y el rojo a la derecha, donde siempre tienen que estar.

Lo mismo que con el váter sagrado de Gabriela, aprendí de nuevo que hasta un palillo de dientes puede ser un símbolo de esencialidad. Don Nisidro integraba figuras y objetos de distintas tradiciones religiosas en sus ofrendas, tal como hacen los espiritistas venezolanos con sus *cortes* de espíritus, los santeros con los orishás o el vudú con los loa e iwa. Como en esas culturas ancestrales, todos tenemos una corte de espíritus en nuestro interior: arcanos, arquetipos, aliados que nos acompañan y nos ayudan en los más insignificantes detalles de la vida cotidiana así como en las dificultades metafísicas. Invocándolos, dejándolos hablar, aconsejarnos, nos infiltran conductas sanadoras. Los chamanes son sólo sus portadores: ningún curandero o chamán que se precie trabaja en su nombre personal. Lo hace en nombre de uno u otro ser superior, o poseído por espíritus, en trance. Una potencia espiritual se representa generalmente a través de una estructura simbólica con un código cultural evidenciado o sutil, un disfraz que, además, canaliza y diferencia la energía, haciéndola más digerible para la sociedad que nos habita. Ocurre tanto en el cristianismo como en el islam, entre los chamanes como entre los budistas. Don Rogelio Fernández, un brujo espiritista venezolano que se rodeaba de varios ex policías convertidos al espiritismo, a veces sangraba por la nariz al ser poseído por los espíritus de guerreros ancestrales. Para sanar, utilizaba su pistola plateada frotándola sobre el cuerpo del consultante y rezándole a los santos, como otros lo hacen con huevos, pañuelos, plumas o cuchillos. Había sido comisario jefe y en su mente la pistola tenía un contenido de gran poder, pues había depositado allí la totalidad de su fe. En ella se dibujaban las energías de los héroes, los dioses de la batalla. Se había hecho incrustar una bala de oro bajo la piel del brazo derecho; en su época tuvo total fe en la policía y amaba su pistola como a su propia carne.

Esa fe la transmutó para sanar, ese objeto era el transporte, como para otros una espada de luz. Sus consultantes salían fuertes como dragones. Por eso, uno podría utilizar un plumero o una cacerola si, para su alma, significa una auténtica puerta a lo sagrado. Cada individuo tiene su sistema de símbolos y es esencial descubrirlo y respetar ese acceso. Reconfirmé con estas enseñanzas el hecho de que uno sana con lo que más ama, que uno sana con el corazón. William Shakespeare decía: «Mi corona está en el corazón, no en mi cabeza».

Perú también me permitió contactar con un milenario universo mítico que me reveló dimensiones fundamentales del ser. En el mismo viaje conocí a otros sacerdotes con los que pude ahondar en mis investigaciones. Uno de ellos era un humildísimo caballero que vivía en las afueras de Cuzco, don Mario Cama, quien, según decían, curaba recibiendo a los Apus y Pachamamas, espíritus de las montañas y de la tierra. Después de dar varias vueltas por los barrios más pobres de la ciudad, nos presentamos de madrugada en su pequeña morada, a la que se accedía únicamente por caminos de tierra llenos de perros flacuchentos escarbando en la basura. Su consulta estaba en un patio que albergaba un camión donde vivían gallinas, pollitos, patos y otros animales. Justo en la entrada había una capilla con velas encendidas delante de un traje dorado protegido por un vidrio. Enfrente se podía ver una construcción de ladrillos por terminar. Pasado el patio había un pasillito oscuro donde la gente esperaba sentada en silencio para la consulta. Daba a una improvisada y ruinosa tienda de hierbas y velas. Y, al fondo, se hallaba por fin la habitación donde don Mario atendía. Lo primero que vimos fue a una joven mujer salir sujetándose el vientre, acompañada por otras dos personas que nos comentaron que acababa de ser operada por el médium. Pasamos entonces a un cuarto con el suelo de tierra. Las ventanas estaban pintadas de negro para que no entrara la luz. Alrededor de las paredes había bancos y sillas y en el fondo una enorme mesa altar como un escenario, con el Cristo y la Virgen, Pachamamas y Pachatatas de varios tipos. Más allá, descubrimos el bulto de un minúsculo señor de espaldas, tímido como una ratita, que apenas nos miraba. Sus ayudantes nos saludaron y nos lo presentaron.

Con mucha humildad, don Mario Cama nos dijo:

—Pásenle, los espíritus les atenderán.

Nos explicó que era huérfano de padre y madre y que en su juventud había contraído una enfermedad incurable. Entonces decidió ir solo a las montañas a buscar a los más antiguos chamanes conocidos, que vivían como ascetas. Los encontró después de semanas de búsqueda. Y no solamente lo curaron, sino que, viendo en él un precioso don, lo educaron. Durante muchos años, les sirvió como ayudante.

Hasta que lo consideraron apto para su iniciación: lo enviaron desnudo a una alta montaña nevada donde debía arrodillarse frente a una inmensa piedra de poder y esperar a que bajaran los ángeles sin perder la fe. Don Mario contaba emocionado que había permanecido tres días allí. Casi murió de frío, rezó inquebrantablemente y, al tercer amanecer, aparecieron los espíritus y pasaron a través de su cuerpo, dándole calor y resucitándolo. Cuando bajó de la montaña empezó inmediatamente a curar gente. Contó que el primer caso al que se enfrentó fue el de un hombre que no podía eliminar líquidos de la vejiga, y por lo tanto la tenía hinchada e infecta. Don Mario le dijo que el único lugar donde lo podía operar era en casa de su hermano, porque de él emanaba el problema. Le dijo a su consultante que el hermano le pegaba cuando eran niños; en cierto modo, le decía también que el conflicto era genealógico: un conflicto de puesto. El médium explicó que el hermano lo tenía embrujado, que le estaba comiendo su territorio. Hacer pipí es marcarlo, cosa que el hombre no conseguía hacer: estaba inhibido. Don Mario le practicó en la casa de su hermano una limpia con huevo del que decía que salieron muchas espinas, es decir, la agresión fraterna que le impedía tomar su lugar. Después, el hombre pudo soltar por fin la vejiga en el baño y en el territorio en que lo humilló, reparando con ese acto la invasión. Metafóricamente, meó sobre él, como lo hizo el hermano dominándolo a golpes cuando niño. Y el conflicto se eliminó por el desagüe del inodoro.

Cuando don Mario dio inicio a mi consulta, apagaron la luz y, en la más absoluta oscuridad, se desarrolló un sorprendente *teatro sagrado*: se escucharon sonidos de pisadas sobre la mesa, como piedras pegando en la tabla o caballos, que representaban a los espíritus que llegaban. Hubo toses, se percibía el zumbido de unas alas: eran grandes pumas cóndor que volaban sobre nuestras cabezas. Don Mario estaba ya de pie sobre la mesa, representando la fuerza de la tierra y las alturas de las montañas. Unas voces carrasposas surgieron de la oscuridad, asustando a los presentes. El espíritu cambiaba de voz cada vez que decía su nombre, sin que pudiéramos ya reconocer el hilillo apenas audible de don Mario.

—¡Apu sangate! ¿Cómo están? ¡Cuzco! ¡Machu Pichu! ¡Potosí! —decía, cambiando de tono a cada palabra.

Una tras otra, se presentaron casi veinte fuerzas de la naturaleza. Los Apus (es decir, don Mario) lanzaron dulces a los presentes desde la oscuridad. Se dirigían a nosotros llamándonos como tan a menudo lo hacen los chamanes: «Hijitos, hijitas»... Le hablaban al niño interior. Cada uno de nosotros, caminando en la negrura, se acercó al Apu o la Pachamama y fue atendido por ellos con ternura, amor y

humor. Y todos recibimos actos que hacer: «Pon dos velas en un altar con un vaso de agua que cambiarás todos los días durante una semana», «ve a la tumba de tu abuelo y despídete de él», «reza durante la luna llena y lávate la cara tres veces»... Reconocía perfectamente en ellos las raíces de la psicomagia. Con una sabiduría milenaria, te mandaban actuar, te hacían responsabilizarte de tu conflicto.

Al día siguiente, tuve que volver muy temprano con una persona de mi grupo que necesitaba de una operación. Tenía agua en el riñón. La sesión empezó igual que la anterior: el joven se acostó en la oscuridad y, con un cuchillo, el Apu le abrió atrás. Se escuchó caer agua, mi compañero gimió de dolor, el curandero cerró la herida con las manos y vendó su espalda. No vimos nada, pero pudimos imaginarlo bien. Su técnica de oscuridad era absolutamente sugestiva. Llevaba a lugares donde todo podía suceder. Correspondía también a la famosa bolsa del prestidigitador; pero, esta vez, estábamos dentro. Hoy, la persona en cuestión está bien de salud y sus riñones, sanos.

Cuando todo terminó, me quedé a solas con el médium y su asistente. Entonces, me habló con la voz de la Pachamama.

—Acércate, hijito, que ayer te atendí muy poco. Tú también tienes tus penas.

Aunque tantos curanderos me hayan llamado antes «hijito», volví a sentirme como un niño pequeño, como una minúscula hormiga avanzando a duras penas frente a una montaña. A cada paso empezaron a surgir imágenes de mi pasado y temblé de los pies al alma. Viajé a mis dos años y de golpe sentí un sablazo abrirme el pecho con toda la angustia de soledad que había vivido lejos de mi madre.

—¿Qué te pasa, hijo? —preguntó con infinita bondad—. Algo te duele, ¿verdad?

—Siento un vacío en el corazón desde niño —respondí—, una enorme tristeza que me persigue queriendo devorarme el alma desde que puedo recordar y que no logro resolver por completo.

Con sus manos, me abarcó y me rescató de la negrura del inmenso loft de mi infancia donde fui abandonado. Las piernas se me doblaron y perdí el equilibrio. Sus brazos me prensaron con fuerza e infinita dulzura y, levantando sus dedos índice y mediano como colmillos de serpiente, me los clavó en las muñecas. El dolor era casi insoportable, sentí que me penetraban la carne. Pero empecé a notar un flujo de energía surgir de ellos como dos ríos de sangre brillante que penetraba literalmente en mi organismo. Su presencia energética sobrepasaba incontestablemente la habitación; no sentí que me estuviera tocando un individuo, sino algo mucho más potente. Con su ayuda, me hice uno con el arquetipo materno. Me acompañé por

esa energía en un viaje a mi infancia, crecí feliz y etapa por etapa, inundando todas mis edades por ese amor, me convertí en adulto. Repentinamente, sentí mi lado izquierdo estallar como una flor, transformando la prisión oscura de la sofocante habitación en un reluciente paraíso vivo. Enseguida solté lágrimas de alivio y la Pachamama dijo:

—Ya estás listo. Ahora te vendré a visitar en sueños.

Había reintegrado a la madre universal.

Esta experiencia me permitió ayudar tiempo después a una consultante. Era una mujer raquítica, con el pecho hundido, como si tuviera un pozo en él. Me venía a ver porque carecía de energía y motivación para iniciar sus proyectos. Su madre nunca la había tomado en brazos. Entre mis colaboradores, le pedí que eligiera a una mujer para que representara a su madre. Pero nadie le inspiraba confianza: cuando no te transmiten amor en la infancia, el mundo no es un lugar seguro, lo temes y lo rechazas como te rechazaron a ti. Decidí encargarme yo mismo de representar a su madre. Me puse la foto de la señora en el pecho y acudí a la madre universal en mí. Además, estaba casi seguro de que su progenitora había sido una mujer masculina. A causa de esa falsa idea del hombre macho que no expresa su afecto, aquella mujer varonil no había acariciado a su hija. Al tomarla de las manos, la sentí fría, inexpresiva. Me contó que jamás lloraba. Acerqué mi boca a su pecho, comencé a soplar en él con todas mis fuerzas, accionando, como sé que puede hacerse, la energía del universo con la imaginación. La vi como una recién nacida y la sostuve en brazos. Ella se debilitó, se le doblaron las rodillas. La arrullé con la ternura más maternal que podía concebir. Mis brazos ya eran los de su madre. O, mejor dicho, los de la madre que ella hubiera querido tener. Por fin, estalló en lágrimas. «Hija, aquí está tu mamá, bella, luminosa, sensible, poderosa y creativa niña», le dije con la voz más dulce que supe emplear. También le canté una canción de cuna y me miró sonriendo. Así es como comprendí que un hombre puede ayudar dejando aparecer también su dimensión materna y femenina.

EL HERMANITO

Gabriela decidió partir al Himalaya en busca de nuevos maestros que le permitieran ahondar en su camino. Nunca lo volví a ver, pero esta vez no sufrí demasiado la separación, pues su partida quedó compensada por un nuevo encuentro que transformó por completo la historia de la familia Jodorowsky y, por tanto, la mía. Hablo de Pachita, la célebre curandera mexicana que nos introdujo por completo en toda la potencia y esplendor del mundo mítico. A partir de su entrada en nuestras vidas, en mi casa comenzó a soplar otro viento: los puntos de referencia sobre la realidad fueron bombardeados. Según contaban, la curandera operaba abriendo la carne del consultante sin ninguna anestesia, con un simple cuchillo de monte, y sanaba las enfermedades más graves, como el cáncer, la cirrosis, los tumores, el desplazamiento de huesos, los cambios de médula, leucemias, problemas de ceguera, de sordera o esclerosis. También contaban que suturaba las heridas con sus propias manos.

Para Alejandro, en aquella época, entregarse a la dimensión del dios interior era imposible, y aceptar lo que se podría llamar milagro, todavía menos. Lo entiendo: ¿cómo se va a poder integrar tal principio si tus progenitores te maltrataron? Uno se dice: «Si dios es todo amor, ¿por qué recibo golpes a diario con un mango de escoba de un tipo que me persigue con cara de ogro?». Desde un punto de vista psicológico, si un niño golpeado aceptara la vida como un milagro amoroso, traicionaría los parámetros de violencia, sadomasoquismo, dolor y falta de respeto que sus padres le transmitieron. Sin embargo, a veces se produce una repentina iluminación en un árbol genealógico y, pase lo que pase, se revela esa nueva di-

mensión. Bhagavan Sri Ramana Maharshi, el sabio hindú que enseñó el método llamado *autoindagación*, decía que cuando algo no tenía que suceder, aunque uno hiciera todo para que sucediese, no sucedería. Y cuando tiene que suceder algo, aunque uno hiciera todo para que no sucediese, sucedería. Alejandro recibió tal golpe de Pachita que inició una profunda mutación personal y espiritual, y con ello comenzó a realizarse en su verdadero camino. Valerie no tenía conflictos con la fe, pero ella también quedó subyugada por Pachita y terminó asistiendo a las sesiones de la curandera.

Una mañana, después de haber vivido su primera sesión de cirugía espiritual, mis padres se despertaron ojerosos porque no habían podido dormir de la impresión. No dejaron de hablar en todo el día de lo sucedido. Contaban que habían conocido al ser más impresionante de sus vidas. Se decía que la curandera recibía al espíritu de Cuauhtémoc o Cuauhtemoctzin XI, soberano y gran guerrero mexica, cuyo nombre significa «águila que desciende» o «águila del crepúsculo». Último tlatoani (emperador) azteca, cuentan que tenía poderes de sanador. Pachita aseguraba que, en esa vida, Cuauhtémoc no había concluido su etapa como chamán, y que por eso regresaba a través de ella, que le permitía culminar su ciclo. Pero decían que también recibía a otros espíritus y que trabajaba con cortes médicas, con ángeles y otros seres milagrosos.

Una semana después de aquel primer encuentro, mis padres se prepararon para volver a verla, pero yo no estaba en la lista de invitados. Así que, en la mejor tradición de los actores del cine mudo expresionista, me tiré al suelo con el brazo en la frente —como tantas otras veces había hecho en situaciones similares— y les rogué histriónicamente que me llevaran con ellos. Alejandro aceptó enseguida, porque, según sus ideas confucianas, a los siete años un niño ya puede participar en la vida de los adultos. Además, ¡quién sabe cómo florecería en mí aquella semilla espiritual!

A esa edad seguía cubierto de ronchas por todo el cuerpo y, a pesar de las pomadas, pastillas e incesantes inyecciones que me suministraban, no desaparecían. Era un mal misterioso y sufrí terriblemente con él. Por aquellos días, un sádico doctor con la misma cara que el actor Peter Lorre le dijo a Valerie que si quería verme sano lo mejor era ponerme una loción terriblemente abrasiva. Al contacto con mi cuerpecillo, me hizo aullar como un mono herido. Mis alaridos se escucharon en todo el barrio y me rasqué hasta que la sangre chorreó de todas las ronchas. Parecía un Cristo fustigado. «Pachita se encargará de hacer algo con su piel», dijeron. Hoy me doy cuenta de que, gracias a mi enfermedad, se abrió una ruta que me permitió

caer en las benditas manos de la curandera. ¿Sería posible, que de una manera misteriosa, aparecieran para que yo tuviera contacto con ella? Cuando Alejandro me advirtió de que vería sangre incluso boté de alegría.

Curiosamente, Pachita atendía en un pequeño apartamento en la misma plaza de Río de Janeiro donde vivíamos. Era de noche. Creo que nunca había visto a mi padre tan nervioso. Valerie, por el contrario, estaba tranquila. Ella llevaba el curanderismo en la sangre. Subimos las escaleras y nos abrió Guillermo Lauder, su asistente, alto, blanco, con anteojos cuadrados y el pelo rojizo, que nos introdujo en un lugar donde reinaba un recogido silencio reverencial. Había gentes de todas las clases sociales: pueblerinos, burgueses, ricos y pobres se mezclaban en la sacra penumbra, tanto en la sala de espera como en el pasillo. Algunas personas rezaban en silencio, en parte por fe y en parte por temor. Sentados en la sala de espera, esperamos a ser recibidos con todo el nerviosismo que la ocasión merecía. Pachita era una señora de figura muy simple. Bien habría podido ser la vendedora de abarrotes de la esquina, una mujer del pueblo, con el pelo canoso, sonriente y un ojo caído. La gente la seguía con la mirada, con infinito respeto. Después de un momento, invitó a Alejandro a pasar a su consulta. Él preguntó si yo podía entrar y me autorizaron. Era una pequeña pieza alumbrada sólo con velas. En un rincón se alzaba un altar, una silla y otros pocos elementos. De pie, estaban sus ayudantes y su hijo. Pachita se sentó en la silla, se puso un chal de satén rojo y verde, muy usado, con cascabeles en las extremidades, y empezó a invocar al espíritu. Su cuerpo se hinchó con una profunda inspiración y bajó la cabeza con los ojos cerrados; la recuerdo, con mis sensaciones de niño, entrando en otra dimensión. Todos rezaban, como ayudándola, participando con su energía. Podría haber sido teatro, pero era el teatro más impresionante que jamás he visto: su concentración era intensa como un volcán listo para reventar. No miraba a nadie a los ojos. Era absolutamente desconcertante ver que de esa señora tan humilde, amable y educada surgía una explosión de energía semejante. Todos teníamos los cachetes rojos por el calor, que se hizo más intenso cuando brotó su voz con profundidad ancestral, vibrando desde su vientre. Era clara, relajada, cálida y directa, pero era la autoridad misma. No daba ningún terror y, sin embargo, agachó una multitud de cabezas con sólo decirnos en un desconocido tono de voz:

—Benditos sean todos, hijos.

El Hermanito, que es como llamaban a aquel ser o energía extra cotidiana que se apoderaba de Pachita, llamó a Alejandro:

—¿Cómo estás, hijo?

—Bien, hermanito, gracias —dijo él, tragando saliva.

—¿Me trajiste a tu hijo?

—Aquí lo tienes.

—Ya lo atiendo —y me puso la mano en la frente—. En nombre del padre, el hijo y el espíritu santo, te bendigo, hijo, te quedas a mi lado.

Enseguida, hizo pasar a los consultantes del día. Cuando se aproximaban a ella, ya llegaban conmovidos. Su burbuja energética los calmaba inmediatamente. Su presencia era sanadora. Lo primero que hacía era tocarles, llamándoles «hija», «hijo del alma», «mi pequeñito», «hijo precioso», «hermanito lindo»... Inmediatamente, la gente se entregaba y aliviaba. El Hermanito atendía con profundo respeto y dulzura, y sólo a veces regañaba como se les regaña a los niños. Realizó limpias con una intensidad muy diferente de las que había visto en el Mercado de Sonora. Veía su mano como un nido ardiente sosteniendo con firmeza un huevo de luz que pasaba por el cuerpo con una infinita, cariñosa y señorial espiritualidad. Incluso hacía bromas de vez en cuando, cosa que no le quitaba en lo más mínimo la profundidad con la cual ejecutaba sus gestos seguros y precisos. Cuando imponía las manos, se sentía todo su espíritu tocando a la gente.

Los encuentros con Pachita eran arte puro. En mi torre de observación, tenía la impresión de comprender todo lo que sucedía dentro de ese ciclón de hermosura, me extasiaba. Con el corazón trepidando como una gacela, la veía actuar en esa divina dimensión con la fuerza de un coloso y la delicadeza de una bailarina rusa. Yo no tenía la polución racional que cualquier adulto sentiría frente a un ser así. La observaba con toda mi inocencia y virginidad, y mi ego no estaba lo suficientemente formado para jugar a luchar contra la evidencia.

El caso más impresionante de aquella primera noche con Pachita fue el de un anciano muy delgado, de piel morena, guaraches y sombrero de paja que, al entrar, enseguida se quitó reverencial. A pesar de ser todavía más viejo que la curandera, en el momento en que escuchó su profunda voz vibrar y preguntarle: «Hijo lindo, ¿qué te pasa?», se puso a lagrimear como un pequeño. «Me duele el ojo, Hermanito, me estoy quedando ciego.» Ella le aplicó la mano en la frente. «Ese ojo lo vamos a sanar.» Pidió que le pasaran un vaso en el que había un preparado de hierbas. Sin dudar un segundo, le levantó el párpado e introdujo detrás del mismo la totalidad del índice, hasta la raíz. No era prestidigitación sagrada: él se puso a temblar de dolor. A continuación, Pachita retiró el dedo y le introdujo la hoja de su

cuchillo mientras rezaba. «Tendré compasión de ellos, dijo el Eterno, como un hombre le tiene compasión de su hijo.» Era del libro de Malaquías (3:17-18). Se escuchó el sonido de algo sólido, como una piedra raspada por la cuchilla. Con la ayuda de los dedos, introdujo el líquido preparado detrás del ojo, lo vendó y dijo: «Ve a descansar, hijito, te veré la próxima semana».

Aquella noche atendió a una gran cantidad de personas bajo el denominador común del respeto, la dulzura y una subyacente firmeza. Para el niño que fui, hallarme frente a ella significaba asomarme a una puerta de indefinible resplandor. Pachita era un ser que había aprendido a morir ante sí misma para estar completamente al servicio del otro. Quienes la consultaban se encontraban frente a frente con un indefinible campo de milagroso amor. Al presentarse como un espíritu, no había psique ni ego contra el que luchar para impedir la sanación, como tan a menudo sucede con tantos pacientes en una terapia, que a veces vienen a buscar ayuda pero se autosabotean tratando de hacer fracasar al terapeuta. Con ella nadie podía defenderse, no había contrincante posible. ¿Cómo defenderse de lo más ilimitado de uno mismo? Era la propia esencia del padre y la madre universales: el Hermanito era la parte masculina, Pachita la femenina, un andrógino perfecto. Ese principio de bondad me ha acompañado a lo largo de toda mi vida. La ciencia moderna aún no ha producido un medicamento tranquilizador tan eficaz como lo son unas pocas palabras bondadosas, solía decir Sigmund Freud. «Como la lluvia cayendo equitativamente sobre el justo y el injusto, no obstruyas tu corazón de juicios, más bien haz llover tu bondad igualmente sobre todos», predicaba el Buda.

En un momento de la sesión, Pachita se dirigió a mí.

—Ven, hijito, pásale.

Nunca me habían llamado hijito de esa manera tan dulce. Esa palabra aún brotaba de boca de mis padres como una red en una cacería, y más bien tenía que ver con el libro de cuentas familiares pendientes y sus conflictos no resueltos en relación a la paternidad y maternidad. La voz de Pachita resonó en mí como un himno de amor.

—¿Cómo te llamas, hijito hermoso?

—Axel —respondí conmovido.

—Qué bonito nombre. ¿Sabes qué significa?

—Sí: el eje.

—El eje del cielo. Ax es el eje, y el es el cielo. Dame tus preciosas manos.

Las acerqué y, sosteniéndolas en su mano izquierda como en un recipiente de agua bendita hirviendo, posó su suave diestra sobre mi frente.

—¿Qué te pasa, hijito lindo?

Me percibí dentro de una esfera cálida como una placenta, estaba completamente protegido, empollado. Estaba solo con ella, en la intimidad de lo atemporal y aespacial de su presencia. Y escuché resonar su voz en mi pecho como si siempre la hubiera conocido. La voz del chamán o del curandero nos resulta conocida porque es parte de uno. Es el eco esencial de nuestro propio corazón. Por eso, a su contacto, uno se siente llegar a casa. Es que regresa a la esencia original, al corazón universal. Sentí entonces un gran alivio y contesté:

—Se me comen las ronchas desde hace mucho tiempo, y mis padres dicen que es porque soy muy inquieto.

—Yo no creo que seas muy inquieto, hijito lindo. Creo que tienes mucha pena y estás asustado, y tus ronchas te protegen.

No sólo era curandera, sino también una fina psicóloga. Al escuchar sus palabras, sentí aparecer una roca de hervor en la garganta. Ella me prensó las manos con fuerza, y sentí que comprendía sin límites algo que yo ni siquiera podía formular. Por fin alguien se daba cuenta de que mis ronchas eran producto de mi estrés familiar, mi coraza de protección, una prisión alrededor de mí. Desesperadamente, me puse a llorar como si todo lo que había retenido desde mi nacimiento se desmoronara. Mientras lloraba, ella susurraba suavemente:

—Que salga esa pena, lindo niño, que salga...

Empezó a frotarme con tres huevos, comentándole a mis padres: «Este niño tiene mucha dolencia, hay que cuidarlo». Eso me conmovió aún más y lloré con más fuerza. Poco a poco, me fui calmando.

—Ya ves, Axelito, con tanta pena cómo no vas a estar inquieto.

Valerie lloraba también y Alejandro, emocionado, retenía las lágrimas con dificultad, pues en ese momento comenzó a sospechar por fin que existía mi dolor. El Hermanito les dijo que con la limpia estaba casi sanado, pero que me tenían que bañar, los dos juntos, una vez al día durante siete días con un aceite consagrado por él, y que después me arrullaran todo lo que necesitara para dormir.

—Y me lo traen cada vez que vengan. «Si saben darles buenas cosas a sus hijos, cuánto más su padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que las piden.»

Valerie apuntó la frase: después la encontró, como todas las demás, en la Biblia.

Era Mateo (7:11).

Nunca en mi corta vida me había sentido tan comprendido. Lo único que quería era volver a esa habitación, a esa ardiente matriz. Alejandro y Valerie me bañaron amorosamente todos los días con la perfumada loción. Y con cada baño me sentí sanar. Los siete días que prescribió corresponden a los días de la Creación; el siete es la abertura de los siete centros vitales que crea el eje universal. Recuperar el eje era recuperar el Ax-el, recuperar mi esencia. A mis siete años, Alejandro nunca me había bañado, cambiado un pañal, vestido, llevado a la escuela, a la feria o, simplemente, arrullado. Para él fue como caer de un caballo. Por fin se dio el tiempo de acariciarme y, a través de ese tacto, valorizarme y hacerme existir. El baño, el bautismo, corresponde a tomar un lugar en el mundo. En la siguiente visita a Pachita, las ronchas habían desaparecido.

He aplicado este principio en varios casos de abandono emocional, desvalorización, desprecio y falta de caricias de los padres: es el *baño florido* con miel realizado por padres metafóricos o en rituales donde todo tu árbol te baña de esta forma, honrándote y valorizándote como centro de tu universo genealógico, que aprendí a realizar en las montañas de Perú gracias al chamán don Martín Pinedo, su mujer doña María y su hija Vilma Angélica Pinedo, que a los veintiún años había heredado toda la mística y sabiduría de su abuelo, el alto misayoc («importantísimo chamán») don Benito Coriamán. Aquella familia se dedicaba al chamanismo desde hacía muchas generaciones. El conocimiento se transmitía dentro del clan como algo orgánico, de padre a hijo o de abuelo a nieta, como en el caso de Vilma Angélica y don Benito, o como en el hijo de Pachita, que después de la muerte de la curandera heredó al Hermanito.

La familia Pinedo Sánchez vivía en lo alto de la cordillera de los Andes, en una humildísima morada llena de pavos, llamas, excrementos, cacerolas, perros y gallinas. Doña María atendía a sus consultantes en un pequeño cuarto oscuro con un fuego siempre encendido. Hacía sus curaciones en la penumbra, mientras del otro lado del patio don Martín Pinedo y su hija nos atendían a nosotros. En la cultura andina, cada ceremonia generalmente cuenta con oficiantes de ambos sexos, para hacer presentes a los dos arquetipos. Nuestro baño florido fue realizado en una pequeña pieza de dos por tres con el suelo de tierra, hilos eléctricos colgando junto a aves disecadas, latas con todo tipo de objetos, hojas de coca, repisas llenas de recipientes con pociones, flores por todas partes y, sobre todo, un inmenso cóndor disecado planeando sobre mi cabeza. Me desnudaron e iniciaron la ceremonia conmigo en una gran cubeta de plástico azul con agua caliente, que traían de fuera tras calen-

tarla con brasas ardientes. Añadieron todo tipo de pétalos de flores perfumadas, y mientras el tío de Vilma, tocado con su atuendo tradicional y un poncho, hacía sonar un tambor de piel de llama con un ritmo sincopado e hipnotizador, don Martín Pinedo y su hija tañían sin cesar una campana. A un tiempo me humeaban con incienso, cantando y rezando, y me vaciaban el agua florida con tazas desde la cabeza, dejando chorrear belleza sobre la totalidad de mi cuerpo. Y con esa agua corrieron mis lágrimas durante toda la ceremonia. El baño, decían, es una curación para que la persona pueda volver a florecer. Cuando salí de allí me sentí profundamente reconciliado conmigo mismo.

El baño florido es un ritual que he aplicado de diferentes maneras con muchas personas. Al final de cada psicorritual hago generalmente que toda la familia metafórica bañe al héroe con flores y agua caliente, y que cada miembro del clan lo bendiga y honre. Otras veces es el héroe el que baña a todos los miembros y los bendice después, y además los bautiza con nombres con los que va a recordarlos más tarde con el objetivo de transformar la imagen que asociaba a los anteriores. A una madre llamada Nina se le cambia el nombre por Himno de Brillantez; a un padre llamado Marcos, por el Feliz. Por supuesto, sin decírselos; es privado. He aconsejado este rebautismo a clanes enteros. Una consultante me explicó que toda su familia se peleaba el día entero. Le aconsejé que hiciera un baño florido para todos y que, uno por uno, fueran bañados y bendecidos. Cuando consiguió llevar a cabo el ritual, las relaciones de toda la familia se metamorfosearon en poco tiempo. También lo he recomendado a parejas que se agreden, a personas que han sido desvalorizadas o tratadas con violencia por sus progenitores, que realizan el baño con padres metafóricos que enuncian sus valores mientras los bañan con gran respeto y ternura. Pienso, además, que cada padre debería hacerlo con sus propios hijos para honrar lo divino que hay ellos y permitirles participar de un ritual donde la belleza reina, enseñándoles sutilmente a florecer.

VENCER ES AMAR

Me recuerdo erecto como un alfil en un rincón de la consulta de Pachita, observándola extasiado, con los ojos rojos como zafiros de la emoción. De sus gestos, de su presencia, aprendí que la autoridad es un elemento fundamental para el chamán. Cuando se actúa al servicio del otro para ayudarlo, por el bien de su felicidad y realización, cuando es la dimensión del dios interior la que habla, uno debe ordenar la sanación desde una inamovible autoridad. El cuerpo del otro es tu propio cuerpo. Ordenas el despertar del consultante como el tuyo propio, le pides que asuma su esencia, que se atreva a desvelarla. No hay que darle opción al enfermo. Y Pachita era implacable en su potestad para sanar.

—Veo que te mejoraste —le dijo al anciano tuerto de la semana anterior.

—Sí, Hermanito, porque creo en ti y en diosito santo.

Más adelante supimos que recuperó la vista por completo.

Después del anciano me atendió a mí.

—¿Cómo estás, eje del cielo? Te veo mejor.

—Se me fueron las ronchas —le dije queriendo tirarme en sus brazos.

—Veo que tú también crees en mí. Y es así como uno se sana.

Creer en tu terapeuta es otorgarle poder para sanarte. Yo, por supuesto, después de ver mi piel sanada, creía en ella con toda el alma.

—Vamos a terminar con esto —aseveró tomando su cuchillo y pasándomelo por todo el cuerpo como si cortara cosas a mi alrededor. Yo me puse a temblar.

—Son tus daños, hijito, no te preocupes, que te los estoy quitando.

De nuevo, posó su soberana mano sobre mi frente y rezó.

—«Yo haré pasar delante de ti toda mi bondad, dijo el señor. Le hago gracia a quien le hago gracia, y misericordia a quien le hago misericordia.»

De nuevo, Valerie anotó la frase: Éxodo (33:18-19). Para mí, quiere decir que era totalmente consciente: citaba de memoria. ¿Pero cómo? ¿Se sabía la Biblia entera o surgía de ese inconsciente divino que todo conoce? Perdí la noción del tiempo y, cuando abrió la mano, tenía en su palma una pastilla blanca, octogonal, con la virgen de Lourdes grabada. No sé de dónde la sacó, porque antes no estaba allí.

—Introdúcela en tu boca sin masticarla durante el último baño, que debe durar hasta que se funda. Ya estás curado, niño tierno.

Así lo hice, mientras Alejandro y Valerie volvían a bañarme, rezando. En dos semanas, la última roncha desapareció para siempre. Más adelante comprendí que en general no buscamos el origen de la enfermedad; más bien, peleamos contra ella sin respetar las raíces emocionales que nos señala. «Atacar» una enfermedad es un profundo error: más bien, habría que acariciar a la enfermedad, pues generalmente es un conflicto no resuelto. Para una verdadera sanación desde el espíritu, es necesario tomar un camino de comprensión en la paz, con el amor consciente como aliado, que permita encontrar una solución profunda, como prescriben los curanderos y las medicinas alternativas. La vida no es una batalla. Es una danza —aunque con dificultades—. Una danza de absoluto amor.

Cuando Pachita se dispuso a iniciar sus operaciones chamánicas, Alejandro preguntó si yo podía estar presente.

—Ese niño es fuerte —contestó—, que se quede, pónganle una silla.

Y la silla me la colocaron justo al pie de su mesa de operaciones, en primera fila. Fuera había una cola bastante larga. Los ayudantes y el hijo de Pachita prepararon todo: litros de alcohol, algodón, vendas, sábanas, vasijas y otros elementos. No imaginaba que lo que vería esa noche transformaría mi visión del mundo por completo y marcaría mi camino de vida. Nunca podré afirmar que lo que vi fue una realidad. Sin embargo, aunque hubiera sido una alucinación colectiva, yo la viví como real. En todo caso, lo fundamental es que casi todas las personas sanaban. Quizás Pachita fuera una genial prestidigitadora, pero ante todo era una verdadera genio en el arte de sanar. Siempre encontré el truco a toda prestidigitación, por sagrada o mundana que fuera. Pero Pachita debía de ser la mejor maga del mundo, pues jamás vi bolsa alguna en donde guardara vísceras o huesos.

Con Alejandro a su lado, al que ella adoptó, y Valerie ayudando a los asistentes, Pachita comenzó a operar a sus pacientes con un cuchillo de monte, que a mis ojos resplandecía como una antorcha en medio de la penumbrosa habitación. Llegó un hombre gordo y muy nervioso para un trasplante de corazón. Lo acostaron, le abrieron la camisa y la curandera, con su profunda voz, le dijo:

—Cálmate, hijo precioso, que todo estará bien. Pero quiero una sola cosa de ti: si te opero, vas a tener que dejar de fumar, porque eso es lo que te está matando.

Él respondió:

—No sé si pueda, Hermano.

—Entonces, aunque te opere, vas a morir. Quieres que te cure pero no estás dispuesto a dejar lo que provoca tu enfermedad.

Allí, el gordo reaccionó.

—¡Lo haré, Hermanito!

—Entonces, estás curado.

Sucede algo parecido con algunas de las personas que acuden a mí. Quieren ser liberadas, pero no están dispuestas a dejar sus dependencias y sus nocivos comportamientos. Quieren todo por nada, como niños. Pachita le puso algodón y alcohol en el pecho y, con absoluta precisión, posó el cuchillo en su esternón. Según lo que vieron mis ojos, el cuchillo penetró bajo la costilla de Adán. El algodón se tiñó de rojo. Olía a carne, a sangre. Pachita cortó, sajó, extrajo lo que percibí como un corazón y, quién sabe cómo, le colocó un nuevo órgano al grito de: «¡Rápido, que se me va!». El hombre estaba sudando de dolor e impresión.

Entonces Pachita tomó la mano de mi padre y se la metió en la herida. Jamás olvidaré el rostro transfigurado de Alejandro. Nunca le había visto desarmado de igual modo. El Topo, el padre inamovible y aterrador, el perfecto e inmutable guerrero, al lado de Pachita no era más que un niño. Los ojos se le salían de las órbitas y por primera vez lo vi sin su máscara, sin su muralla. Se había entregado. Por fin lo vi humano, y me conmovió. Esa experiencia lo desmitificó ante mí. Los padres no deben mitificarse delante de los hijos, ni mentirles sobre quiénes son. Si tratan de convertirse en seres insuperables, es para asegurarse de que sus hijos no podrán sobrepasarlos. La falsa barra de la perfección es tan alta que pierden el coraje de emprender cualquier proyecto: ellos son mortales y sus padres son dioses perfectos, ¡el colmo del narcisismo! Por fortuna, en casa había abundancia de humor y llamar a mis padres por su nombre me permitió no elevarlos a la categoría de falsos dioses.

La humildad de Pachita aleccionaba. Asistí a una operación de columna vertebral donde apartó la carne de la espalda a una adolescente dejando aparecer los huesos, las vértebras. Introdujo las manos y, estrujándola, hizo tronar su columna. De igual manera, también operó un hígado del que sacó un tumor. Parecía que cerraba las heridas imponiendo las manos. Decía que su *corte médica* suturaba en su lugar, que con ella trabajaban muchos aliados del mundo celestial. Yo estaba absolutamente impresionado, pero tranquilo como un príncipe japonés. Además, me sentía ebrio de esa sangre crística. También operó el cráneo de una persona y, entre sonidos líquidos, sacó un quiste como una canica. Operó a una señora del intestino, y comenzó a decir: «¡Sal de aquí, malvado, sal!», como si alguien estuviera alojado en su interior. Por supuesto, aquella enfermedad era la metaforización de algún muerto no enterrado en su familia, un fantasma, o quizás de un aborto no superado. De sus tripas extrajo una bola de grasa negra. Acudió un señor afectado del pie, que lloraba de dolor. Le sacó un pedazo de hueso blanco, diciéndole que era toda su tacañería y miedo a salir a la calle, que no quería caminar hacia los otros. Le dijo que tenía que empezar a hacer buenas acciones para el mundo, «porque, si no, te volverá a salir el hueso, hijo». Todo ocurría como una danza que ella efectuaba sin dudar, con absoluta destreza, tratando a la gente con infinita compasión. Pachita no necesitaba pensar porque estaba unida orgánicamente a lo que estaba haciendo. A su lado aprendí que todo ser que crece espiritualmente se pone inmediatamente al servicio del mundo y entrega todo lo que puede, incluso previendo el dolor innecesario para evitárselo a los demás. «No hay que esperar que la gente caiga para levantarla —escribió Habib Benramdane—, hay que prestarles el hombro para que no caigan.» Hoy, cuando me consultan, siempre pregunto: «¿En qué te puedo servir?».

Al observar a mis padres interactuar con Pachita, recibí el permiso para incorporar a la curandera sin ninguna inhibición. Conozco a tantas personas cuyos padres les han dicho asustadas: «Todo eso es brujería, obra del diablo», inhibiéndoles, de este modo, todo contacto con lo mágico, lo irracional, lo natural, castrándolos para la intuición y la experiencia directa con su condición esencial y con su propio organismo como fuente espiritual. Gracias a aquellas sesiones con la que está considerada como una de las grandes curanderas de todos los tiempos, me evité el largo y doloroso camino de la desracionalización. Pachita me adoptó, bromeaba conmigo, diciéndome: «A ver, cariñoso, cuándo te acuestas, que te opero». Y yo me reía, diciendo: «No, gracias, me siento bien, Hermanito». La dulce anciana se convirtió en un puente hacia mis padres, creó entre nosotros un inquebrantable lazo

espiritual que se irguió con inusitada solidez. Una vez, después de una sesión de operaciones, Pachita se sentó junto a mí, cerró la mano y, cuando la abrió, apareció de nuevo una figurilla blanca con la imagen de la virgen de Lourdes, que guardé cuidadosamente durante años.

A lo largo de mi vida, Pachita se me ha aparecido muchas veces en sueños y también la pude llamar en momentos determinantes. Cuando se hace un contacto tan fuerte con una persona, se activa una conexión por la cual se vuelve una parte de ti, la incorporas, convirtiéndola en un banco de información disponible si eres capaz de abrirle las puertas. Recuerdo haberla llamado en un sueño lúcido cuando, en una cantina de una montaña en el Tíbet, me encontré con un leproso al que no pude curar. La invoqué a través de un aparato de morse, y ella apareció igual que cuando la conocí, junto a dos lobos —uno blanco y otro negro—. Le pregunté si me daba permiso para llamarla cuando la necesitara, y ella me respondió: «Siempre he estado contigo, hijo del alma. Vivo en ti desde la primera vez que me viste. Soy parte de tu corazón universal». Y, poniendo sus manos junto a las mías en su piel, el leproso sanó.

Pronto le tocó el turno de operarse a Alejandro, a quien Pachita detectó un tumor en el hígado. Él, por supuesto, aceptó enseguida. Desde el momento en que se tendió en la mesa de operaciones, me pareció ser un crío delante de la madre que a los cuatro años lo abandonó. Ella le clavó el cuchillo y yo lo sentí literalmente como si me lo clavaran a mí. Me dolió, quizás, porque ya tenía la rabia y el dolor de Alejandro en mi organismo, metaforizado con él como lo estaba desde el vientre. Su cara se tornó de una cadavérica palidez. Esta vez no logré distinguir nada en medio de la penumbra. Sólo escuché los gemidos del paciente, que después me contó el inmenso dolor físico que vivió. Pachita le sacó una piedra negra del hígado. Después de cerrar, le tendió las manos. Él las tomó y de nuevo lo percibí infinitamente frágil, como un potro recién nacido que no podía levantarse. Y, con lágrimas en los ojos —nunca lo había visto llorar—, escuché cómo le daba las gracias. En ese momento me estremecí porque vi el tajo que le asomaba del pecho: una grieta kilométrica. Y me pregunté si lo que estaba viendo era realidad o sueño.

Como fiel can, lo acompañé a la sala de recuperación donde, quebradizo, durmió hasta recobrarse. A mis siete años, sentía por primera vez una inconmensurable ternura por él. Mi padre, que se mostraba invulnerable, había topado con una montaña que lo había vencido para sanarlo y colmarlo de amor. «Si comenzamos a batirnos, es preciso ganar, pero batirnos no es una meta —decía el maestro de sable japonés Ritsuke Otake—. El arte del guerrero es el arte de la paz. El arte de

la paz es más difícil, porque es preciso vencer sin combatir.» Pachita, sin combatir, había vencido un combate que Alejandro llevaba librando desde siempre. «La verdadera victoria, la victoria total, no consiste en destruir a vuestro adversario, sino en englobarlo», escribió Nobuyoshi Tamamura.

Alejandro pasó tres días en cama, convaleciente. Cuando se quitó la venda, sólo tenía un rasguño. El dolor que Pachita hacía pasar a sus operados formaba, en mi opinión, parte importante del proceso de sanación: remitía al cuerpo, al presente, y hacía que el conflicto emocional, que es el que crea la enfermedad, se expresara a través del dolor físico.

Por último, llegó el día en que mi propia madre se tendió en la mesa de operaciones. Valerie tenía un quiste en el ovario y Pachita lo detectó de inmediato. Aquella sesión la pasé temblando como un gato mojado sobre un río helado, junto a ella. Introdujo el cuchillo al nivel del vientre y le sacó trabajosamente un pedazo de carne de la herida, que cortó y puso en un bote. Vi a mi madre gemir de dolor, ponerse pálida, blanca, mientras la curandera le hablaba —«sé que duele, hija de mi corazón, pero vas a tener que aguantar»—. Pachita no miraba lo que estaba sucediendo en la penumbra: sus manos parecían actuar solas. Valerie se recuperó enseguida y el quiste desapareció. Indicaba un conflicto por una pérdida, el dolor por la muerte de la niña que había abortado antes de que naciera Teo. Fue también una forma de ser madre de nuevo a través del quiste. Verla entregada sobre la mesa fue para mí de un coraje ejemplar. Después de la operación la acompañé a la camilla. En la sala de postoperatorio se quedó profundamente dormida conmigo al lado.

No hace mucho tuve ocasión de realizar una operación metafórica sobre una joven que cargaba con el dolor de su madre y los fantasmas de dos niñas gemelas que abortó a los cuatro meses de embarazo. Su madre nunca se había podido recuperar de esa pérdida, y la joven heredó su sufrimiento con un terrible dolor de ovarios que comenzó exactamente a la edad en que su progenitora había sufrido el aborto. El rito de muerte no se había cumplido, ni se había realizado el luto necesario. Para operarla, le pedí que moldeara dos figuras de mazapán idénticas. La acosté en la camilla, coloqué junto a ella a una persona que representaba a su madre, le pegué las figuras al vientre y la cubrí con una sábana de color rosado. Puse las manos de su madre sobre su vientre y, en ese mismo instante, se puso a gemir. Abrí la sábana como si fuera la carne y, ayudando a la madre, le quitamos las figuritas con delicadeza mientras la joven escuchaba: «Te libero de este peso que no te corresponde cargar, ha llegado el

momento de enterrar a estas niñas y ser feliz. Tienes derecho a la vida». Ella expresó su ahogo y pidió liberación y afecto, que la mujer le entregó. Después, fueron juntas a enterrar las figuras rociadas con miel, y sobre la tumba colocaron una planta. Un mes más tarde, supe que aquella mujer se había independizado al fin. «Al sentir las dos figuras encima —me escribió—, experimenté tener la muerte pegada, fría y pesada. Me dolió cuando me las quitaron. Fue una sensación extraña, porque por un lado sentí alivio y por el otro una tristeza enorme. Luego vino la ligereza, una sensación inmensamente agradable, y el dolor desapareció.»

LA MONTAÑA DE LUZ

Desde aquellos días junto a Pachita, Alejandro siempre me llevó a aprender de los curanderos que visitaba. Sabía que era mi pasión y la alimentó cuanto pudo. Así, conocí a don Arnulfo Martínez, a doña Gloria, la abuelita Soledad, don Ernesto, Carlos Said, don Rogelio, don Pancho, Magdalena y tantos otros. Cada uno de ellos trabajó sobre mí, me tocó, me bendijo y me limpió. Durante mi iniciación, aprendí junto a mi padre a analizar cada gesto que hacían, comprendiendo y traduciendo ese lenguaje metafórico, observando lo más lúcidamente posible sus métodos, decodificando sus palabras y actos. Como decía Gabriela, «la medicina es la misma, es sólo el frasco el que cambia», y con el psicochamanismo decidimos intentar quitar el frasco para buscar un lenguaje común a todos los curanderismos. Así, comencé a viajar por el mundo para conocer ritos y ceremonias de diversas culturas que pudieran ayudarme en esa inagotable investigación.

En mi último viaje a Venezuela, tuve la suerte de poder contactar con el ceremonial más extraordinario, mágico y poético que jamás pude imaginar. Se trata del culto a María Lionza, un sincretismo religioso lleno de *cortes* de espíritus que interrelacionan principalmente la cultura africana, europea e indígena. Y digo principalmente porque también encontré trazas de Oriente y la India. Sus médiums se llaman *materias* o también *caballos*, como en el vudú. Se preparan rigurosamente para recibir a los espíritus y los incorporan en ritos de gran intensidad. Entre su extenso panteón figuran las *cortes* indias, con espíritus como el cacique Guaicaipuro, las *cortes* africanas, con los orishas, iwas y loas, el negro Felipe o la negra Francisca, los santos cristianos, curanderos y médicos, *cortes* mexicanas, egipcias, árabes,

vikingas, malandras... Es, posiblemente, la cultura con más dimensiones del ser que he visitado. Cada espíritu tenía sus objetos de poder y su vestimenta o disfraz, que le colocan al médium al «bajar el espíritu». Su forma de hablar y de moverse se reconoce igual en todos los *cabalgados*.

A los pies de la montaña sagrada de Sorte conocí a una mujer de casi dos metros de altura que recibía al espíritu de un célebre doctor santo que vivió a finales del siglo xix. Era don José Gregorio Hernández, nombrado «venerable» por el Vaticano y por quien la gente del culto lucha para su canonización. Aquella inmensa mujer lo incorporaba con tanta naturalidad como vi hacer a Pachita con el Hermanito. Con una bata azul de médico, guantes de látex y un simple estetoscopio, era capaz de detectar, sólo con el tacto, enfermedades imposibles de ver para el ojo humano. Me dijo que sufría un problema de artritis y acertó. Y que padecía de problemas hormonales, lo cual también es cierto. A uno de mis acompañantes le descubrió unos quistes en los testículos, que él, impresionado, reconoció padecer. Vio un cáncer, infecciones, hernias. Con una jeringa invisible, nos pinchó el brazo a todos. A mí me sanó la espalda. Prometió operar a varios apareciéndose en sueños al cabo de tres días. Y lo cumplió, regalándonos una noche de inquietud y descomunales sueños.

Los *materias* de Venezuela me dijeron cosas tan íntimas y secretas que sólo yo sabía: detalles de mi vida, de mis dolores, mi hijo adoptivo... Me enterraron agujas en el cuerpo, me iniciaron abriéndome con un cuchillo, vi operaciones, médiums en trance durante doce horas seguidas, hablando con metáforas y fórmulas matemáticas, conversando en lenguas con las que jamás habían tenido contacto. Recibí limpias con amoniaco, limpias en ríos sagrados, masajes, velaciones entre figuras simbólicas dibujadas en la tierra representando templos sobre los que uno se acuesta para, como dicen, «reestructurar el espíritu», es decir, liberar mapas neurológicos. Mientras permanecí allí tumbado, en medio del bosque tropical, rodeado de velas, varias personas caminaban a mi alrededor cantando:

Vuela, hijo, vuela, hija, alto, muy alto, con alas de amor,
con alas de amor...

Sus formas terapéuticas son extraordinarias. «Báñate siete veces en el río de la montaña, con siete velas de siete colores diferentes prendidas en tu mano izquierda, y reza por tu padre con un sombrero puesto y este palo santo que te doy, hijo», le dijo un materia a un consultante. «Duerme con dos latas de cerveza sobre los ovarios y después déjalas bajo una virgen y mándale flores a tu madre, toma la foto de tu abuelo, rocíala de perfume, entiérrala para que descanse en paz», recibió otra.

El choque con esa cultura milenaria, llena de símbolos desconocidos, fue desestabilizador para el racional de todos mis acompañantes. Durante mi velación, atravesado por la corriente universal de misticismo que alimenta la montaña, decidí dejar venir a mí sin límite alguno a todos los arquetipos, aliados, seres o energías que la mente me propusiera. Y, cerrando lentamente los ojos, respiré desde lo más profundo de mi ser, despejándome de todo diálogo interior, ampliando mi percepción lo más infinitamente posible, y comencé mi invocación al tiempo que me vaciaban sobre la cabeza una botella de ron.

¡Vengan!, que mi sangre sea el bendito eco de su vorágine universal,
¡vengan! que mi boca sea el aguamiel de su agraciado huracán,
¡vengan!, que mi corazón pulse su inaudito trance de hermosura,
y que mi extasiada carne sea el campo de la divina primera luz.

De todos los lugares de ese espacio ilimitado, surgiendo del pasado y bañados de luz, acudieron legiones de chamanes y curanderos del mundo entero. Generaciones de druidas, de drávidas sramanas desnudos, con sus sexos erectos y largas cabelleras plateadas, aborígenes australianos montados sobre hormigas etéreas, los yanomamis en éxtasis, olmecas con cuerpos de puma, paleros y babalawos se aproximaron resplandecientes. Tras ellos llegaron los espíritus de la naturaleza, animales, minerales, héroes, amazonas, artistas, creadores, daimones y santos. Y se unieron a mi vientre por inmateriales fibras doradas.

Y seguí invocando: «¡Que vengan los seres y espíritus del futuro! De todos los universos, galaxias y dimensiones». Sentí mi vientre temblar y, como un fogonazo, aparecieron seres transparentes que cambiaban de forma, sinfonías materializadas en un solo de belleza. Y quise incorporar cada detalle de la existencia: me llegó el espíritu esencial de las ventanas, de los tenedores, del papel higiénico, del hidrógeno, de las alcantarillas, del sol, del excremento; el espíritu del barman, del obrero, del barrendero, del clavo, la empanada y el plumero, el espíritu del horror, la venganza y las matanzas, transmutados en amor y armonía. Dancé con todos los valores de los seres humanos y mi conciencia continuó dilatándose por un tiempo indefinido. Y sentí todo mi cuerpo convertido en un inconmensurable corazón de luz, una ínfima gota de brillo sumergida en lo inmanifiesto.

Cuando desperté del trance, me resultó imposible dejar de temblar. Pablo, Luis y otros materias estaban a mi alrededor. Gracias a aquella experiencia que me había regalado la sagrada montaña de Sorte, entendí hasta qué punto cada uno de tus millones de antepasados, aliados y arquetipos son un solo ser: las mil y una caras de la invisible inmensidad. El poeta Walt Whitman, al final del *Canto a mí mismo*,

escribe: «Soy inmenso y contengo multitudes». Todos las contenemos en nuestras cortes interiores. Quizás por eso sir Martin Brofman piense, además, que «todos somos curanderos y, en alguna parte, en el fondo de nosotros, sabemos que todo puede ser curado».

APÉNDICE 8

EL CAMINO DEL PSICOCHAMÁN

El psicochamanismo es una de las artes sanadoras a las que he dedicado los últimos quince años de mi vida, tratando de enriquecerlo con una labor cotidiana sobre una cantidad considerable de personas. En él se utilizan el chamanismo tradicional, el curanderismo y la magia popular, rescatando su esencia universal, depurándolos de su folclor, tratando de comprender y readaptar la esencia de sus metáforas al lenguaje del psiquismo. Adentrándose con ellas como llaves de la dimensión no racional de la mente se logra desbloquear un gran número de dificultades psicológicas y, en algunos casos, también físicas.

En mis rutas por el mundo conocí a gentes que no tengo empacho en llamar auténticos santos (en el sentido en que estaban dedicados desinteresadamente a ayudar al prójimo y sanarlo), seres profundamente espirituales que me enseñaron lecciones de incalculable valor humano y ritual. Pero, por ahora, hablaré de otro capítulo: el de los curanderos charlatanes, los vendedores de crecepelos, los tahúres del espíritu, los timadores mágicos: en todo el mundo he conocido a gentes que supuestamente operan el cuerpo a vientre abierto, sanando enfermedades, retirando quistes, hernias, cánceres, cambiando huesos, miembros, abriendo la carne con la mano, con cuchillos, uñas, bisturís, piedras... Conocí sobre todo a charlatanes, es cierto. Pero, ¡atención!: cuando digo charlatanes, no lo expreso en un sentido peyorativo. Para mí, un curandero popular debe ser un verdadero prestidigitador

que tiene la obligación de saber engañar, puesto que, procedente de una tradición ancestral que permanece respetuosa, voluntaria y profundamente anclada en él, necesita todo ese teatro sagrado para llevar a buen puerto su labor y la realiza respetando siempre los parámetros con los que su cerebro ha sido estructurado, como su religión, cultura, biblia, vírgenes, santos, cortes, dioses, sus múltiples objetos de poder, imágenes, perfumes, imanes, piedras, esculturas y un largo etcétera. De esta manera, su mente puede aceptar la sanación sin sentir que traiciona a su estirpe, y el milagro podrá así producirse. La prestidigitación, el folclor y la superstición forman parte de la sanación, puesto que corresponden a los códigos familiares, sociales e históricos de los curanderos y sus pacientes.

La palabra japonesa *guen* significa «ilusión» o «aparición». En Japón, al que practica la magia lo llaman *genjutsushi* («maestro de la técnica de la ilusión»). Y estas ilusiones están presentes en todas las culturas. De un país a otro sólo cambia la forma del rito, pero no la estructura. Ésta se repite en casi todo lo esencial, excepto en las variantes formales. Los seres humanos de todas las latitudes comparten muchas más cosas de las que muchos serían capaces de sospechar, como averiguó Mircea Eliade. Sólo cambian los disfraces con que se individualizan —y también, por supuesto, enriquecen— las culturas. En *La senda del chamán*,[4] Michael Harner recopiló los elementos esenciales de los ritos chamánicos de las cuatro esquinas del mundo. Sus conclusiones confirman el trabajo de Eliade: existe una base común a esta forma de religiosidad ancestral y esencial de la humanidad que tiene 50.000 años de historia.

En el psicochamanismo, un chamanismo contemporáneo y urbano, hecho a la luz del día y sin necesidad de engaño, se pone el acento en confundir y desarmar las enormes resistencias de una mente occidental. Un psicochamán debe ser un especialista en combinar los justos elementos de las metáforas adecuadas para poner en contacto al consultante con su otra realidad. Y por eso debe conocer los símbolos que se emplean en las diferentes culturas y tradiciones, haciendo de su tarea una especie de globalización psíquica y espiritual. Además, los chamanes trabajan con una condición que la ciencia no reconoce, y que marca toda la diferencia: la dimensión invisible, espiritual del ser, a la que poco a poco hoy están accediendo los teóricos a través de la llamada *nueva ciencia*[5] ¿Podríamos hablar de campos mór-

---

4 *Harner, Michael: La senda del chamán. Editorial Ahimsa, Barcelona.*

5 *Para profundizar en la llamada nueva ciencia, puede consultarse el excelente ca-*

ficos, subatómicos, de estructuras fundamentales o paradigmas holográficos para hablar de dios? Quizás, pero son explicaciones frías y científicas, a lo mejor fundamentales para que el mundo de hoy tome conciencia de su condición unificada con la totalidad. Pero tales explicaciones no alcanzan la dulzura y poesía con que un chamán toca a las personas con sus manos y palabras. Uno de los roles fundamentales del chamán es que une ciencia y sanación en un solo evento de arte sagrado. Max Planck escribió que «para las personas creyentes, Dios está al principio; para los científicos, está al final de todas sus reflexiones».

El tacto espiritual también es la base del psicochamanismo. Cuando me formaba junto a mi padre, le pedí que partiéramos los dos durante veintiséis días al Iztaccíhuatl, montaña que llaman «la mujer acostada», en México, para que me traspasara el conocimiento que había recibido de Magdalena, la masajista santa, y el arte del masaje iniciático, inspirado en todos los curanderos que conocimos. Durante aquellas jornadas en la montaña hablamos y meditamos largas horas sobre el tacto sagrado, interpretando también el de Pachita, o imaginando el tacto milagroso y purificador de Cristo: «Jesús, conmovido, extendió la mano y lo tocó, diciendo: "Lo quiero, que seas purificado". Enseguida la lepra desapareció y quedó purificado» (Marcos 1:41-42). La lepra, por supuesto, la interpreto como una metáfora del manto que vela al ser esencial. Después de esos intensos días, durante un largo periodo me dediqué únicamente a trabajar en la imposición de manos, dándome cuenta de cuán fundamental resulta el tacto para sanar. Para prepararse a tocar, uno debe dejar que se revele esa dimensión ilimitada de sí antes de hacer cualquier gesto. Es sólo a través de ella como se accede al tacto iniciático y sanador. El chamán toca desde lo esencial, es decir, desde la ausencia total del ego: ello ya sana. Uno debe entregarse como en una sacra incineración. El tacto es impulsado por el dios interior que desvela todo camino: la condición original. No sirve de nada imponer las manos sobre un ser si vives sólo en el intelecto y eres frío y medical, si quieres seducir o cargas con demasiada agresividad, si estás intoxicado por el entorno, si te quieres afirmar sobre el otro y demostrar tu poder para dominar, si tienes residuos religiosos en relación al cuerpo y lo embadurnas de pecado, si estás inhibido y te odias a ti mismo o creaste una realidad donde estás separado del otro. El tacto es comunión divina. Uno impulsa el rendimiento de toda frontera a través de ese contacto, hasta que el que toca y el que es tocado se fusionan y desaparecen en un invisible océano sin fondo o superficie. Y es precisamente esa fusión la que sana. La

---

tálogo de la editorial Kairós. Contiene los principales títulos sobre el tema traducidos al español.

idea central del chamanismo consiste en que las cosas y los sucesos son y provienen de una común esencia, de la que todos venimos y a la que todos regresamos.

Un proverbio zen dice: «Buscando la luna en el cielo muchos dejan caer la joya que tienen en la mano». El chamanismo entiende la energía libidinal sexual como la más natural, pura y vital que nos compone, como la base del cosmos completo. Todo chamán la utiliza al máximo, labora íntimamente con ella y con la totalidad de su cuerpo, que para él es espíritu universal y fuente de vida. Incesantemente se tocan y tocan a los demás para realizar sus acciones. Pero en nuestra sociedad la sanación se hace demasiado a menudo a través de la palabra o a través de un tacto frío y esterilizado. Los residuos morales de una educación religiosa siguen agazapados en nosotros, aunque no practiquemos activamente ninguna religión. Son los programas remanentes de tantas generaciones, que seguimos recorriendo con nuevos nombres. Comprenden inhibiciones de todo tipo: sentimentales, pudores sexuales, corporales, ideas locas, relación con el dinero, el sacrificio... Una sanación, liberación o reorientación, según mi experiencia, no se puede lograr exclusivamente a través del intelecto. El chamanismo nace de las primeras culturas, donde todavía no existía una normativa moral, que sólo aparece sucesivamente con los sacerdotes que fueron introduciendo divisiones entre lo divino y humano. El chamán vive lo divino; el oficiante religioso creó, en cambio, a un dios que es un observador exterior. El chamán se integra, se fusiona con él, pero el sacerdote es un intermediario que hace una transacción entre dos figuras que, en el fondo, son una. Jung afirmaba que «una de las principales funciones de la religión es proteger a la gente de una experiencia directa con dios». Ahí reside su poder.

En mis exploraciones terapéuticas trato, por ello, de practicar una espiritualidad desjerarquizada, donde hombres y mujeres se vivan como complementarios y la relación con lo divino fluya de manera armónica. Uno de los ejercicios que acostumbro a practicar consiste en pedirle al hombre que se convierta en cuatro mujeres, y a la mujer en cuatro hombres: sexuales, emocionales, intelectuales y corporales. Durante el ejercicio, danzan juntos de maneras distintas, en correspondencia con las cuatro energías. Para relacionarse saludablemente entre hombre y mujer, entre tantas cosas hay que haberse mostrado delante del otro como un ser de su propio sexo sin pudor en los cuatro planos para explorar juntos ambas dimensiones, incluso en la cama u otro lugar de preferencia. Es un camino para una comunicación más libre, para liberarse también de la falsa imagen de roles del hombre y la mujer, de gestos aprendidos, de códigos de comportamiento impuestos por la sociedad que nos alejan de la auténtica y natural masculinidad y feminidad. De esta manera encontramos otro de los pilares del psicochamanismo: el ejercicio terapéutico y el

encuentro de la belleza y la armonía que emanan del arte, base de toda sanación psicochamánica. En este proceso, el tacto se puede cargar con lo que los chamanes llaman objetos de poder.

En mis viajes por Perú recibí una de las limpias espirituales más extraordinarias que he vivido, hecha por un chamán que se colgaba un cóndor disecado en la espalda que simbolizaba el gran espíritu invisible que le traspasaba. Con una enorme pluma del ave, escupiendo perfume por la boca, imitaba su vuelo raspando mi cuerpo con una fuerza de titán, como si ella fuera un enorme cuchillo. También me hizo sostener una bolsa sagrada de algodón, con todos sus objetos de poder transmitidos desde hacía generaciones por sus ancestros y maestros curanderos, para cargarme de la energía de ellos, que participaron en la sanación con él. Nuestras sociedades han perdido generalmente el sentido de los aliados familiares a causa de todo el odio generacional que existe en Occidente. Sin embargo, laborando sobre uno mismo, es posible pulirse de tal manera que nuestros antepasados se conviertan en aportes energéticos y estén presentes como tesoros en nosotros. Los objetos de poder pueden, además, encontrarse en las cosas y lugares más insospechados.

Una tarde invernal, perdidos en los suburbios de París en busca de un teatro donde íbamos a la audición de actores para un mimodrama, Alejandro y yo entramos en un café frente a la autopista para telefonear. Pertenecía al hermano de un ex campeón europeo de boxeo. El bar estaba tapizado con sus fotos y una cortina de nicotina. Colgado sobre la barra relucía el cinturón trofeo del gran campeonato, de un intenso color dorado. En nuestras visitas a chamanes y curanderos, Alejandro me decía siempre: «Deja que te toquen y absórbelos por el vientre». Así que, sabiendo del potente efecto de los objetos sobre la mente, se nos hizo la boca agua al ver aquél. Le pedimos al hermano del campeón, un enorme mastodonte con un parche en el ojo, cubierto de tatuajes, si por favor nos permitiría tocarlo. Y él, orgulloso y amable, bajó el pesado trofeo y nos otorgó el privilegio de palparlo. «Aprovecha —susurró Alejandro—, absorbe la fuerza de campeón que está encerrada en él.»

Los objetos representan memoria, son llaves asociativas que pueden abrir dimensiones de la mente y desbloquear energías. Por eso los fans intentan obsesivamente tocar a sus ídolos y arrancarles calzoncillos o mechones de cabello. Saben que tocándolos pasan a ser inmediatamente una parte de ellos, y de alguna manera incorporan su esencia, y absorben su energía y experiencia. Ésta es, también, la base del canibalismo, y son muchos los pueblos ancestrales que devoraban el cráneo o

el corazón de sus enemigos para apropiarse de su valor. Un comportamiento que, metafóricamente, utilizo también en la elaboración de actos y psicorrituales. En el Evangelio de san Marcos, una mujer enferma se acerca entre la gente y toca el manto de Jesús. «Si logro tocar aunque sólo sea sus vestidos, me salvaré», afirma. Inmediatamente, se seca la fuente de su sangre y siente que su cuerpo queda libre del mal.

La dificultad para sanarnos reside en que cargamos con estructuras atrincheradas en nuestra psique que muy a menudo impiden la incorporación de lo que nos rodea y la información se almacena en un rincón inaccesible. La llave queda en el fondo de un océano al que generalmente tememos. Sucede algo parecido con los progenitores: hemos estado tanto tiempo en contacto con ellos que los llevamos encima como cuerpos invisibles de poder. Pero a menudo se tornan en cuerpos vampíricos, entidades que nos anulan la individualidad e invierten nuestro proceso de expansión, conteniéndonos en sus límites. Eso sucede también con el yo social, que ha absorbido una sociedad tan desnaturalizada que le ha vampirizado su natural esencia. Sin olvidar que los cuerpos genealógico e histórico también pueden ser en nosotros cuerpos vampíricos de los que habría que saberse despojar. Por estos motivos, la relación con aliados arquetípicos y objetos de poder psíquicos me ha resultado siempre fundamental, tanto para mí mismo como para cualquier labor psicochamánica que haya osado emprender.

9. EL COLLAR DEL TIGRE

Algún día en cualquier parte, en cualquier lugar, indefectiblemente te encontrarás a ti mismo, y ésa, sólo ésa, puede ser la más feliz o la más amarga de tus horas.
Pablo Neruda

En 1973 se rodó *La montaña sagrada* en México, que pronto alcanzó dimensiones de escándalo nacional. Tenía ocho años y recuerdo perfectamente cuando, justo después del rodaje, un Alejandro sepulcral con una expresión entre el furor asesino y el pánico, nos reunió a todos en la biblioteca del cuarto piso de nuestra casa después de haber asistido a una entrevista en el Palacio de Gobierno con el Excelentísimo Presidente de la República. Disponiendo los banquitos de meditación en un círculo perfecto, se sentó en silencio, haciendo tamborilear los dedos contra los muslos hasta serenarse.

—Valerie, niños: el presidente de la República me pidió que entregara los negativos de la película a la comisión de censura para que le corte varias escenas que consideran atentados contra la Iglesia y perjudiciales para la imagen del país en el mundo. Es decir, que me quieren cortar lo mejor. Si no, me impedirán mostrarla. Además, esos... —decía con esputos saliéndole del hocico— me dijeron que tuviera cuidado, porque quién sabe lo que me puede suceder... Así que viajaremos a Estados Unidos para que la pueda montar y estrenar. Tendremos que vivir allí durante un tiempo indefinido, por lo menos hasta que aquí se aquiete la situación.

El presidente lo había, pura y simplemente, amenazado de muerte. Y en México podía suceder de todo. Los espíritus de Pancho Villa, Zapata y Carranza todavía campaban a sus anchas, pistola en mano. En la plaza Garibaldi, todos los fines de semana morían dos o tres personas acribilladas a tiros. Por un sí o por un no, un automovilista sacaba el revólver y te pegaba un balazo. Así que una amenaza como aquélla, viniendo de tan alto, había que tomarla muy en serio.

—Fui a la agencia, compré los billetes. Los negativos parten esta noche pegados debajo de una camioneta para cruzar la frontera a Estados Unidos. Ustedes me alcanzarán con Valerie una semana después. Estén tranquilos, conmigo fuera del país no corren ningún peligro. Pero ¡atención, samuráis!, nos pueden querer aterrar. Si ven un paquete delante de la casa, no lo recojan: llamen a Valerie. Tengan cuidado de no dejar que nadie se les acerque. Estén juntos todo el tiempo antes del viaje, no salgan a jugar solos. Voy a poner un *guarura* que vivirá en la casa estos días. Se van a mudar todos aquí arriba. Con todas estas precauciones, yo me podré ir más tranquilo. Estoy seguro de que no sucederá nada, porque les aseguré que les entregaría la cinta. Pero un buen guerrero prevé.

Para esa época, había efectivamente en la película escenas fuertes, donde cientos de militares marchaban elevando en el aire becerros crucificados y descarnados, con las tripas fuera, todo ello filmado delante de la sagrada basílica de Guadalupe, donde varias prostitutas y una niña vendían sus cuerpos a tuertos y cojos. Y muchas cosas más. Pero en casa el arte era el arte, y no tenía nada que ver ni con política ni religión. «Un pintor es un hombre que pinta lo que vende», decía Picasso. «Un artista, en cambio, es un hombre que vende lo que pinta.» ¡Sin concesión! En una semana, toda nuestra casa estaba empaquetada y metida en la bodega de un barco, rumbo a Nueva York. De nuevo, me desarraigaba por completo, huyendo de una censura gubernamental con riesgo de muerte. Era una historia repetida: ¿un barco con todas las pertenencias de la familia que parte hacia Estados Unidos? Así empezaba la historia de los Jodorowsky después de salir de Rusia. También ellos tenían en mente Nueva York, pero nunca llegaron. Ese fracaso se vivió como una de las causas principales de las desgracias del clan. En la cabeza de Alejandrito, reencarnación metafórica de su abuelo Alejandro, ese sueño no consumado debía llegar a cumplirse. Un siglo después, él lo realizaba al fin. Pero Nueva York no iba a ser un final de trayecto, sino tan sólo la primera etapa de los tantos cambios de casa y escuela, pérdidas de queridísimos amigos y primeros amores que me ensombrecieron el corazón durante años. Sin embargo, convertirnos en nómadas me permitió edificar una tierra interior donde poder sembrar mi patria espiritual. También resultó útil para aprender lenguas y formas diferentes de pensar que permitieron mi

no identificación a un país, un lenguaje o una nacionalidad definida. En América era americano, en México, mexicano, en Francia, francés, y al mismo tiempo ninguno de ellos.

Años más tarde quise sanar aquellos recuerdos con tres actos que me procuraron reintegración con los lugares donde viví. Así, fui a Nueva York y planté discretamente un árbol en Central Park con las fotos de mis bisabuelos y mi abuelo con sus hermanos y hermanas, con diez monedas de oro para simbolizar la fortuna que quisieron hacer y un pergamino donde escribí con tinta violeta: «El sueño está cumplido, estén en paz; soy libre». Realicé el mismo acto en Ucrania, con las mismas fotos, en el pueblecito de Petrykivka de donde todo parece indicar que partió la familia de mi abuela Sara. Y uno más en México, en la plaza Río de Janeiro.

TERRORISMO ARTÍSTICO

En el país de los aztecas quedaron mi amigo Rogelito, un chiquillo de origen cubano al que amaba y llamaba primo, y mi segunda novia, Claudia Velo, un hada de una cabellera que se le deslizaba como hidromiel hasta a la cintura y orejas deliciosamente puntiagudas, que recuerdo flotando cual una medusa en la bañera. Desertar de su lado fue terriblemente doloroso: durante años tuve novias siempre rubias con ojos claros, como ella, seguramente buscando ese momento perdido de la infancia. En el aeropuerto lloraba a charcos sosteniendo una foto perfumada que me había regalado, sabiendo que difícilmente volvería a gozar de su presencia.

Por otra parte, me sentía feliz ante la fuerza y determinación de mis progenitores. Estaba acostumbrado a los escándalos, que me encantaban, pero ésta era una verdadera aventura épica. Me sentía pertenecer a una familia de poetas terroristas. Orgulloso como estaba, partíamos a Estados Unidos como piratas del espíritu que se van al exilio. Quizás de ese orgullo que sentí casi desde la cuna nacieron también los atentados artísticos que empecé a practicar poco antes de cumplir los ocho años junto a Rogelito, que siempre andaba con sus zapatitos de rojo brillante, un modelo para niños inspirado en los zapatos de Judy Garland en *El mago de Oz* que su madre, poco antes de morir, le había hecho a mano. Hijo de un melancólico y alcohólico poeta refugiado al que mis padres sostenían para que no se suicidara después de la trágica muerte de su mujer, Rogelito se convirtió en un guerrillero infantil y se asoció conmigo para cometer todo tipo de crímenes artísticos. Llenábamos huevos con pintura de colores y, con pañuelos en la cara al estilo de los bandoleros, los proyectábamos sobre las vitrinas de oficinas de seguros, bancos y agencias in-

mobiliarias para salir huyendo como mandriles entre los aterrados paseantes. En mi casa siempre se decía: «El arte es un acto», una frase inspirada en Jean Cocteau, que, a su vez, explicaba: «A Picasso, hasta los que le detestan, le soportan, porque nunca usa el talento. Sólo usa el genio. Sus obras nunca son pensamientos. Son actos». Además, el padre de Rogelio era un poeta revolucionario: un dicho mexicano dice que «cuando uno es perro, ladra», así que, a ladrar se ha dicho.

En el fondo, éramos niños imitando a nuestros padres, tratando de lograr su aprobación. Pues todos somos imitadores de nuestros padres como ellos de los suyos, hasta que no hacemos nuestra labor de escultores de nosotros mismos, extrayendo el alma de la piedra impuesta. Plotino decía: «Si todavía no ves la belleza en ti, haz como el escultor de una escultura que debe volverse bella: le retira una parte, raspa, pule, hasta que despeja las bellas líneas en el mármol. Tú también, retira lo superfluo, endereza lo que es oblicuo, limpia lo que está oscuro para volverlo brillante. Hazlo hasta que el brillo divino de la virtud se manifieste».

No es mi intención sugerir que, porque ellos fueran artistas, nosotros también teníamos que serlo; sin embargo, igual que una estructura neurótica es capaz de inscribirse en el cerebro, una estructura liberada y luminosa también puede heredarse como un tesoro de tu árbol. Ese tesoro es carne de tu carne, tu historia inscrita en tu organismo. La dificultad llega a la hora de buscar formas de expresión originales: me recuerdo adolescente, tratando de encontrar mi propio camino artístico y diciéndome una y otra vez: «No me voy a portar como un hijo de artistas, no me voy a convertir en un príncipe panzón que come polvorones en un trono de oro oxidado que no supe edificar, creyendo formar parte de una elite, tomado champaña con un círculo de supuestos elegidos».

A quienes se bloquean porque cargan con la pesada influencia del éxito de sus padres o se ven incapaces de superarles, les digo: ¡abajo las máscaras! Cortad el cordón umbilical y desterraos. Dejad de preguntaros si sois artistas, sed íntimos, convertíos en el tifón hermafrodita creador que cada uno de nosotros puede ser, qué importa lo que se tarde, o lo que piensen los demás. En el camino del ya voy se llega al nunca, decía el Quijote de Cervantes. Vincent van Gogh afirmó: «Si escuchas una voz que te dice "no eres pintor", ¡pinta!, y te aseguro que la voz se callará».

Cuando comencé a reventar globos de pintura contra las paredes del cuartel de la policía, como todavía no había aprendido a protegerme de los críticos, acabé apresado por los guardias. De una oreja, con los pies danzando en el aire, nos llevaron a casa. A mis padres les fue imposible exponer nada en mi contra, vista su propia carrera. Así que, prensando los glúteos para no partirse de risa, con cara

de evangelistas arrepentidos, dieron las gracias al oficial y se ofrecieron a pagar el lavado. «¡Esto nunca se volverá a repetir, señor agente! ¡Estos niños malcriados se irán a la cama sin cenar!» Una vez en la intimidad del hogar, nos decían: «Ingénienselas para que la próxima vez no los pillen. Si lo van a volver a hacer, ¡háganlo bien hasta el final!».

El terrorismo artístico se prolongó durante años con bastantes buenos resultados. Pero alguna lección me debí de saltar en el camino, pues muchos años más tarde, en Santiago de Chile, la policía me pilló de nuevo, esta vez suspendido sobre el vacío como un indio amazónico deslizándose por una liana, sobre el inmenso brazo estirado de la estatua del capitán Arturo Prat, que señala la batalla de la guerra del Pacífico en que murió. Enzo, que en esa época parecía un apuesto guerrero hebreo de largo cabello y barba negra, experto en literatura, poesía, chistes, boxeo, vodka y mujeres, me acompañaba en la tarea de pintar la uña del índice erecto del héroe de color dorado para alegrarle la vida a la escultura. Por supuesto, nos llevaron presos. Entramos en la comisaría esposados y, a la espera de presentarnos ante el juez de guardia, nos metieron en la jaula colectiva. Pienso que nos habrían soltado de inmediato si no hubiera sido porque mi querido amigo gladiador, después de su atormentada y dolorosa experiencia con la dictadura, no soportaba en lo más mínimo la autoridad ni las rejas y se puso a alegar que sólo queríamos arreglar el color luctuoso de la estatua con un poco de alegría.

—¡Ya no estamos más en dictadura! ¡Un poco de poesía no le hace mal a nadie, carajo!

Uno de los guardias, al escuchar la palabra poesía, se le acercó y le dijo:

—¡Cállate, huevón, que aquí soy yo el que dice qué se hace! ¡Y digo que te me vas callando o te vamos a dar poesía de la buena!

Fue un grave error, porque Enzo, incontrolable, comenzó a darle patadas a la reja, a morderla como un lobo enrabiado.

—¡Cabrón prepotente! ¡Abusador! *¡Paco*[1] culeado! ¡Entren si son machos!

Puedo decir que se parecía a mi propia madre en sus momentos de furia. No es casual que la suya me adoptara como hijo. Los guardias no se demoraron ni un minuto en atender su petición. Lo golpearon, él respondió a cabezazos y acabaron llevándoselo por una misteriosa puerta metálica que todos los presos miraban con aprensión. «Aquí lo castran», me dije. Y, como una cotorra alarmada, monté un es-

---

1 Policía

cándalo:

—¡No le peguen! ¡Esto es un abuso intolerable! ¡Todos son testigos de que bajó acompañado por esos dos guardias! ¡Un abogado! ¡Quiero un abogado!

En dos segundos, como aspirado, yo también desaparecí escaleras abajo por la sospechosa portezuela. Sumergido en la oscuridad del pasadizo, estrujado por los brazos de los agentes, se distinguían uniformes parlantes que trataban de solucionar amigablemente la posible liberación de las prostitutas detenidas. Por fin, me reuní con mi secuaz en una lodosa y negrísima celda colectiva que se encontraba bajo la comisaría. Los guardias, sarcásticos, me sacaron las esposas y me empujaron a la catacumba.

—¡A ver si aquí te pones tan chistosito como allá arriba! ¡Cuídate la retaguardia, huevón!

Esa mazmorra se parecía al infierno transitorio del Medioevo: el purgatorio, donde las almas eran expuestas a pruebas con la posibilidad de redención. Allí, los presos esperaban para ser trasladados a la penitenciaría del Estado. Era el lugar de reunión de las escorias más peligrosas del pueblo santiaguino, los patos malos, rufianes flaites, cogoteros, traficantes de droga, padrones, violadores y quién sabe qué más, porque en la penumbra no se distinguía casi nada. Estaban también los curados*{nota al pie * Borrachos} del barrio central, roncando etílicos y boquiabiertos, tiritando por falta de licor sobre una andrajosa y piojenta estructura de tablón húmedo que desprendía un espantoso hedor a amoniaco. A nuestra izquierda, hedía un auténtico «pozo del abismo del Apocalipsis», en el que, según el Evangelio de san Juan, moraba el diablo vencido, condenado a vivir por mil años. Era un inmundo agujero fétido que rezumaba del desagüe estomacal de todos los detenidos. Sólo de olerlo te desmoronabas. Para terminar de estropear la situación, Enzo y yo vestíamos con trajes elegantes y claros, puesto que cuando nos prendieron veníamos de una boda. Parecíamos ángeles compartiendo purgatorio con los peores demonios de la ciudad. La única diferencia es que nosotros éramos dos, y ellos docenas. En ese lóbrego meandro todo podía suceder: ser pateados, cogoteados, desvestidos y usurpados allí mismo de nuestra virginidad anal, o botados cabeza abajo en el cagadero y pozo del abismo del Apocalipsis sin que nadie moviera un solo dedo por ayudarnos.

—Compadre, aquí nos van a cagar —sospechó Enzo.

Poco a poco percibimos cómo se acercaba una masa de chacales desnutridos que seguramente veían en nosotros a dos desvalidas ovejas extraviadas en el

bosque. «Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos.»

—Te lo dije, compadre —gimió Enzo—. Toca apretar el poto.

—«Más que maldecir las tinieblas, prende una vela, tan chica como sea»[2] —le contesté. Y, no sé cómo ni por qué, me puse la chaqueta sobre la cabeza, como si fuera un jorobado y, con todo mi talento dramático, grité:

—En el Evangelio de san Marcos (4:10) está dicho: «Quien tenga oídos para oír, que oiga». Así que escuchen, hermanos:

En vano buscas ojo enloquecido
No hay puerta de salida y el viento desplaza los planetas
Piensas que no importa caer eternamente si se logra escapar
¿No ves que vas cayendo ya?
Limpia tu cabeza de prejuicio y moral
Y si queriendo alzarte nada has alcanzado
Déjate caer sin parar tu caída sin miedo al fondo de la sombra
Sin miedo al enigma de ti mismo
Acaso encuentres una luz sin noche
Perdida en las grietas de los precipicios

Cae
Cae eternamente
Cae al fondo del infinito
Cae al fondo del tiempo
Cae al fondo de ti mismo
Cae lo más bajo que se pueda caer
Cae sin vértigo
A través de todos los espacios y todas las edades
A través de todas las almas de todos los anhelos y todos los
Naufragios

Cae y quema al pasar los astros y los mares
Quema los ojos que te miran y los corazones que te aguardan
Quema el viento con tu luz
El viento que se enreda en tu voz
Y la noche tiene frío en su gruta de huesos (...)

---

2 *Proverbio confuciano*

Cuando acabé, hubo un largo y angustiante silencio. Hasta que, del etílico rincón del fondo, surgió una espesa y ronca voz de ramera centenaria.

—*Altazor*. Vicente Huidobro, 1931.

Enzo y yo nos quedamos boquiabiertos, mirando hacia la oscuridad, hasta que otro reo nos dijo:

—Ustedes son artistas, ¿verdad, compadre? Artistas, ¿cierto?

—Sí —se apresuró a decir mi amigo—. Por eso nos metieron aquí, ¡por ser artistas! —y, aliviado, contó mi peripecia sobre el brazo de Arturo Prat. Todos rieron a mandíbula batiente. De pronto, la estruendosa voz de borracho volvió a tronar sobre nosotros:

Yo soy como el fracaso total del mundo, ¡oh, Pueblos!
El canto frente a frente al mismo Satanás,
dialoga con la ciencia tremenda de los muertos,
y mi dolor chorrea de sangre la ciudad.

Todos aplaudieron.

—¡Muy buena, profesor! ¡Qué bien recita!

—*Genio y figura*. Pablo de Rokha, 1916 —adivinó Enzo.

—El profesor siempre cae aquí por curado —dijo un reo con voz de niño—. Pero sabe harto. De vez en cuando dice una frase y luego se desmaya de nuevo.

Sentí una amigable palmada en el hombro, y escuché otra voz emocionada y orgullosa, clara como el aire de montaña.

—Mi padre era poeta, compañero, de los verdaderos. Un auténtico trovador. Era amigo íntimo de don Luis Roberto Parra Sandoval, hermano de Nicanor y de Violetita Parra, a la que mi madre regalaba ropa y comida. Juntos trabajaron como lustrabotas, acarreadores de viandas y vendedores de diarios. Tocaron música popular en circos. Se conocieron en 1938 en la cana[3] de Valparaíso, ¡como tú y yo aquí, compadre! Les voy a recitar algo:

Yo recorro viejos pagos
con mi cítara y laúd,
no soy ejemplo de virtud
y no me merezco halagos.

---

3 *Cárcel*

Por los villorrios y lagos
no pido, hago favor,
casadas me hacen honor
que no le hacen al marido,
y hoy me baño arrepentido
en la fuente del amor.

Lo que siguió fue un festival de poesía, una competición digna de unos juegos florales. Unos empezaron a recitar a Neruda, otros a Vicente Huidobro. Voló algún verso de los poetas del 27 e incluso alguno que otro de cosecha propia. En medio de la refriega, Enzo y yo hicimos llorar de risa a todos interpretando una sátira poética de dos soldados cobardes perdidos en un bosque infernal en busca de la inmortalidad. Y así pasaron las horas hasta que, al llegar el momento en que nosotros salimos y ellos se quedaron, nos entregaron los teléfonos de sus familiares y novias para que pudiéramos avisarles, escritos con carbón de fósforo quemado sobre pedazos arrancados de sus propias camisas. Así lo hicimos nada más volver a pisar la calle.

Chile todavía era tierra de poetas. En otra época, en ese mismo país del fin del mundo que para mí representaba El Dorado del arte, protegido entre la cordillera y el mar, largo como una gran serpiente iluminada, los poetas brotaban como el trigo. Se les escuchaba declamar por las radios nacionales y las calles. El héroe de los pobres y los trabajadores era Pablo Neruda, que fue senador y hasta candidato presidencial. Recitaba en las fábricas, escuelas y en el estadio nacional para cientos de miles de personas. Sus *Veinte poemas de amor* eran para el pueblo como saber hacerse un par de huevos fritos, el abecé de millones de patriotas. Los padres de esos detenidos, y ellos mismos de niños, habían vivido en el Chile anterior a la dictadura, que enseguida comenzó a asesinar a sus artistas. Yo tenía veintiocho años y me había trasladado allí en busca de aquel paraíso para poder nutrir mi ser con ese almíbar.

Además, la raíz de la psicomagia, que ya estaba experimentando, es la poesía. Pero, en ese Chile de 1993 al que arribé, mi sueño mítico ya no existía. Tuve que encontrar sus huellas en aquel calabozo. Los seres que acostumbramos a llamar desechos de la sociedad, relegados y condenados, me demostraban ser más sensibles a los versos que ciertas gentes acomodadas. ¡Hasta en el pozo del abismo del Apocalipsis se esconde la poesía! Si despiertas tu espíritu, puedes extraer poesía de todo, o convertir todo lo que tocas, miras, hueles, gustas y escuchas en una joya, puesto que todo es espíritu, belleza que sólo espera ser desvelada y reconocida,

reintegrada a su origen sagrado. Buda empezó por impartir sus enseñanzas entre los ladeados, bandidos e «intocables» de la jerarquía de castas hindú. Ellos podían ser el terreno del que hablaba Cristo en la parábola del sembrador, la «tierra buena».

Para mí no existen elites ni elegidos, sino el que sabe escuchar donde quiera que sea: nunca desprecies a nadie, entrega belleza por donde quiera que pases sin esperar nada a cambio y embellecerás el mundo, me digo a mí mismo a menudo. ¿Por qué no responder con belleza a los ladridos feroces y devastadores del mundo, a las agresiones, cláxones, injurias, guerras, escupitajos, a la decadencia? A esa bestia feroz que está dispuesta a saltarnos encima en cualquier momento del día, detengámosla con un espejo que le muestre su propia belleza: no encontraremos un arma tan poderosa como ésa. Y, con infinito amor, podremos extenderle la mano como si de ella manara una fuente de autenticidad para que colme su olvidada sed de despertar. Así, habremos comenzado a educarla con toda paciencia. Después, quizás aprenda a descubrirse a sí misma. Porque a cada quien le toca hacer su labor. Y un día se mirará al espejo y descubrirá que debajo de la bestia se escondía un arcángel. «Lo que importa —decía Shibayama Roshi refiriéndose al despertar— es hacerlo uno mismo.»

Durante un tiempo, como acto psicomágico, llevé pequeñas fotos de campos floridos en mi bolsa. Cada vez que alguien me agredía en oficinas, cajas de supermercados o en la calle, le regalaba una de esas imágenes para acostumbrarme a no responder con agresividad. Al entrar a un lugar, las daba antes de que se pronunciara cualquier palabra. Muchos chamanes hacen cosas parecidas, por ejemplo, cuando reparten dulces. Fue de una gigantesca utilidad: la gente me sonreía de inmediato y se entablaba un diálogo muy agradable. Cuando hablaba, intentaba que mi voz manara dotada de savia espiritual, proporcionándole a mis interlocutores una aureola king size. De ese modo, la poesía me salvó y alimentó.

Mis padres me educaron en los versos. Siempre me hablaban encendidos de la poesía. Valerie me mecía con los poemas de Gabriela Mistral:

El mar, sus millares de olas,
mece, divino.
Oyendo a los mares amantes,
mezo a mi niño.
El viento errabundo en la noche
mece los trigos.

Oyendo a los vientos amantes,
mezo a mi niño.

Alejandro me relataba con fervor la época florida de la poesía chilena, con Enrique Lihn, Gonzalo Rojas, Jorge Letelier, Humberto Díaz Casanueva, Violeta Parra, Rosamel del Valle y mi adorado Vicente Huidobro. Me contaba sobre las peleas a cartas de insultos entre Pablo Neruda y Pablo de Rokha. Y todo ello hizo aparecer a otro ser en el ropero de mi esquizofrenia personal: el Niño Poeta. Pronto conseguí mi propio traje negro de corbata, mi bufanda de lana negra y mi sombrero estilo Gardel. Y así vestido, con tan sólo ocho años y mis calcetines blancos que asomaban entre el zapato y el pantalón corto, tomaba los libros de mi pequeña biblioteca de poetas y declamaba los versos, parodiando con un tono pausado, serio y comprometido, los poemas de Nicanor Parra.

Sueño con una mesa y una silla
sueño que me doy vuelta en automóvil
sueño que estoy filmando una película
sueño con una bomba de bencina
sueño que soy un turista de lujo
sueño que estoy colgado de una cruz (...)

Cuando terminaba, seguía improvisando versos de mi propia cosecha:

Sueño que soy un niño malcriado
sueño que me saco la ropa —y me la sacaba—
sueño que me masturbo —y lo hacía.

Mi familia se carcajeaba hasta que, tras miles de «sueño esto y sueño aquello», me mandaban a la cama mientras seguía declamando: «Sueño que voy a dormir, sueño que no quiero ir, sueño que me pongo el pijama»... Nicanor Parra era otro miembro mítico de la familia: su espíritu siempre estuvo presente rondando por nuestro hogar con su facha de contestatario al estilo de Antonin Artaud. Enrique Lihn (el *Flaco* Lihn) era una especie de tío espiritual: mi hermana se llama Eugenia Lihn en su honor. La poesía era la columna vertebral de la familia. «Un día, un poema», fue siempre nuestra divisa, inspirada en una frase del maestro zen Ekai (también conocido como Hyaku), que decía: «Un día sin trabajo es un día sin comida». Yo me decía: «Un día sin creación, poesía o utilidad al mundo es un día sin comida».

Valerie me había fabricado muñecos en miniatura de poetas. Y, juntos, los hacían dialogar como payasos sobre un ring: «¡En esta esquina, Rosamel del Valle, y en ésta Gonzalo Rojas!».

Después, yo daba vida a los muñecos durante horas, enajenado con el muñeco de Humberto Díaz-Casanueva:

—Yo digo que:
Soy un pájaro Dunga
Así es y fue
Hasta que uno envejece y
Escupe cangrejos.

Amado Nervo, como si los alaridos lo hubieran herido, aparecía agonizando en mi otra mano y contestaba:

—Pues yo digo que:
me clavó con sus flechas el arquero divino,
¡me clavó con sus flechas!... el arquero divinooooo.

Fue en esos sublimes momentos cuando aprendí el poema que me salvó la nuez en la celda pantanosa de la comisaría santiaguina. Los llevaba por todas partes en un saquito de tela que llamaba el Paraíso, donde ponía pedazos de azúcar para nutrir los versos, en una especie de panteón portátil en miniatura dedicado a la creatividad. A menudo, cuando una persona realiza un acto psicomágico o un psicorritual, accede también a su creatividad negada y experimenta hasta qué punto puede ser una potencia sanadora. Muchas personas que padecen bloqueos creativos me han hecho preguntas sobre este asunto: «Quiero ser artista pero no lo consigo, ¿cómo lo hago?». Muy a menudo les respondo que el arte no es algo que se pueda tomar y dejar, como decía Oscar Wilde, quien creía que el arte es necesario para vivir. Y les pregunto: «¿Qué es lo que amas?». Pues no se trata de ser artista, sino de hacer lo que amas, y hacerlo con todo tu ser. Ése, y no otro, sería para mí el camino hacia el arte.

Irene usaba unos anchos anteojos cuadrados y vestía completamente de negro. Su padre, pintor, había muerto hacía poco. Nunca jugó con ella y, aunque había prometido transmitirle su arte, jamás cumplió su palabra. Acumulaba una gran violencia hacia él: los artistas psicológicamente salvajes y emocionalmente autistas que son sensibles en imaginación pero

brutos en acción y caricias acostumbran a tener hijos que aman emocionalmente el arte y al mismo tiempo lo odian porque representa un obstáculo en la relación con sus progenitores. Y eso es lo que le sucedía a Irene.

—Hija —le dije tomando el rol de su padre—, ¿realmente quieres ser libre?

—¡Con toda el alma! —respondió.

Para mí, la labor estaba hecha al 90 por ciento.

Un pastor protestante afroamericano comenzó su sermón diciendo: «Hermanos y hermanas, vinimos aquí a rezar para pedir que llueva. Quiero haceros solamente una pregunta: ¿dónde están vuestros paraguas?». Por eso, el chamán le pide convicción al consultante: él te abrirá la puerta, pero serás tú quien entres y realices el milagro.

Me descalcé y comencé a jugar con los pies descalzos de Irene. Continué con sus manos, revolviéndonos el pelo, palpándonos la cara como si fuera un trozo de plastilina. Pusimos un enorme plástico sobre el suelo y lo tapizamos con sábanas blancas y cartones. Le pedí que me colocara la foto de su padre en el pecho y volcara sobre mí su rabia. No tardó en enfurecerse y gritar todo tipo de improperios: «¡Me dejaste siempre sola, me prometiste que me enseñarías! ¡Ahora no puedo crecer ni amar! ¡Todos los hombres me abandonan, como tú! ¡Cada vez que quiero crear me paralizo!». Yo le hablé con toda dulzura: «Hija preciosa del alma, en esa época no era consciente, me escondí en mi arte, creyendo que era lo único que contaba. Pero ahora estoy aquí, dispuesto a cumplir mi promesa. El pasado se puede transformar». Pedí colores, nos sentamos y, cantando, improvisé una clase de pintura para ella. Poco a poco fuimos quitándonos las ropas que nos habíamos manchado de pintura, hasta terminar desnudos, pintando con las nalgas, riendo y rodando entre los colores.

LA DIOSA ASESINA

Mis muñecos poetas me acompañaban el día en que aterricé en Nueva York, un mundo del que no entendía nada, ni siquiera el idioma. Llegamos a un gran apartamento vacío transportando con nosotros, como mis padres decían, «sólo lo esencial». Y lo esencial consistía en un par de mudas de ropa, objetos personales de aseo, unos pocos libros de poesía, algunos recuerdos y talismanes y una baraja de Tarot. Nada más. El grueso de nuestras pertenencias viajaba en barco y, al ver toda mi vida empaquetada moviéndose de un lado a otro del mundo, la noción de «esencial» se estampó profundamente en mí. En cada nuevo viaje de los muchos que realizamos en aquellos años había que despojarse de todo. El maestro zen Ryokan (1758-1831) se dedicó a vivir la vida sin seguir ningún sistema, ninguna ideología, ya sea social o monástica. Despojado de todo tipo de ataduras, sólo seguía el orden cósmico y vivía con gran sencillez. Se dice de él que había superado su condición de monje o religioso para convertirse en un «hombre verdadero». Un día encontró en su cabaña un ladrón que justamente no hallaba nada que robar. Y cuando, alarmado por la presencia del maestro, quiso escapar, Ryokan lo retuvo diciéndole: «Has hecho un largo camino para visitarme. Por favor, acepta mis ropas como regalo». El ladrón, asombrado, tomó las ropas y huyó. Entonces Ryokan se sentó desnudo a mirar la luna y se dijo: «Pobre compañero, ojalá pudiera darle esta maravillosa luna». Pensar desde lo esencial, sentir desde lo esencial, crear desde lo

esencial es un camino que puede llevar a la felicidad. «¿Posees cosas, o quizás son las cosas las que te poseen a ti?»[4]

Después de tres meses de impaciente espera, cómo me deleitaba al abrir mis cajas viajeras llenas de mis juguetes y libros para, al cabo de dos años, cerrarlas de nuevo. Teníamos sangre semita, viajera, y eso convirtió a los Jodorowsky en una familia cerrada. No había nadie más que nosotros para sostenernos, y por eso mantengo lazos tan fuertes con mis hermanos. A menudo, tales circunstancias son fuente de incestos, narcisismos de clanes que no aceptan el mundo externo, que se encierran como caníbales en los suyos. Conocí a una mujer que tenía un hijo al que no soportaba. Me confesó que soñaba con matarlo y devorarlo. Le expliqué que su hijo sentía esa amenaza, y por eso estaba tan inquieto, como una cebra que siente venir a la leona. Le propuse como acto hacer un molde de chocolate con las formas de su hijo. Con su foto debajo, durante siete días, debería comérselo, y cada tarde defecaría en un hoyo y plantaría un manzano. Al final de la semana, tendría siete hoyos y siete manzanos. Ahora tocaba esperar a que dieran manzanas y hacer con ellas siete pasteles. Con el dinero de su venta le compraría a su hijo un regalo que él deseara. El chico pidió una bicicleta, que desde un punto de vista simbólico era un medio para vivir su libertad.

Alejandro se encerró inmediatamente en la sala de montaje. Valerie estaba desbordada con la instalación del nuevo nido. Nos metieron en la escuela pública del barrio, donde sólo se hablaba inglés, y eso sí era una verdadera jungla: bandas, violencia, droga... No entendía nada. Cuando la profesora hablaba, tenía la impresión de ser un verdadero retrasado mental. Fue espantoso: todo un curso avanzado de supervivencia. Al poco de llegar, dos muchachos mayores me encerraron en un ropero oscuro e intentaron violarme amenazándome con una navaja. Me salvé sólo gracias a la terrorífica diosa Coatlicue, que ya había salvado del mismo peligro a Valerie tan sólo unos meses antes. Coatlicue es una divinidad azteca de la vida y la muerte, sedienta de sacrificios humanos, que se comía a sus hijos. Era representada con un collar de corazones arrancados de las víctimas de los sacrificios. Tenía los pechos flácidos y garras afiladas en las manos y los pies. Todos los indígenas mexicas la conocen, respetan y temen. Su nombre significa «la de la falda de serpientes».

Durante una excursión por la montaña en el sur de México, Valerie se perdió en el bosque y se encontró con un pequeño indígena vestido de blanco, con sombrero de paja, mochila de mecate y aspecto de inofensiva paloma. Le preguntó si había

---

4 Robert A. Cook

visto al grupo con el que viajaba. Éste le respondió que la llevaría a donde estaban ellos. Así fue como la engatusó durante dos horas, hasta un callejón de rocas donde, desamarrándose el cinturón tradicional rojo que aseguraba su pantalón, le dijo:

—Ahorita, preciosa, si quieres regresar vas a tener que endulzarme la vida.

¡Pobre hombre! Valerie, que, como ya conté, era especialista en personajes de malvada, muerte, demonios y fantasmas, comenzó a hincharse como una gata en jaula, a arrojar babas por nariz y boca, a casi expulsar los ojos enrojecidos como meteoros de sus cuencas, interpretando ser poseída por la diosa Coatlicue.

—¡No sabes con quién te has encontrado, pobre mortal! —vociferó con todas sus fuerzas, sacando sus garras como si fueran dos cetros—. ¡Soy Coatlicue! ¡Ya me conoces, si le tocas un pelo a esta virgen que yo poseo y que me está reservada, toda tu descendencia será maldita, vendré a devorar a tus hijos y a los hijos de tus hijos hasta los fines de los tiempos como devoré a los míos! ¡Todos morirán, mutilados por mis fauces de serpiente!

Así que nuestro joven indígena cayó de rodillas, temblando como una hoja en una tempestad, se reamarró el cinturón y, pidiendo perdón con las manos más apretadas que tuercas, imploró desesperadamente a la diosa llorando por su familia.

—¡Por favor, perdóneme, no sabía, haré lo que desee!

Cuando los dos rubios y espinillentos preadolescentes violadores me introdujeron en el ropero de escobas, de manera fulgurante surgió el recuerdo de la diosa, la historia que tantas veces le había oído a Valerie, y me puse a producir baba como un sabueso loco, gritando exorbitado como una bestia feroz: «*I'm Coatlicueeee! I'm Coatlicueeee!*». Fingí una crisis de epilepsia entonando cantos rituales que yo mismo desconocía. Se asustaron tanto que salieron disparados.

Las cosas discurrían con más o menos armonía en aquellos primeros tiempos en la Gran Manzana. Sin embargo, pronto sufrí el trauma más determinante de mi infancia, el que cristalizaría mi neurosis múltiple. En los años setenta neoyorquinos, todo el mundo fumaba té del Olimpo (es decir, marihuana). Una noche, unos amigos de Alejandro y Valerie dejaron en casa una pequeña caja decorada asombrosamente, con todo lo necesario para hacerse cigarrillos de la risa. Dentro había hasta unas pinzas para sujetar las colillas y poder fumarlas hasta el final sin quemarse los dedos, maquinitas para liarlos, papel de colores diferentes y otros utensilios para

las ceremonias de paz y amor. Con la curiosidad que me caracterizaba, entré en la biblioteca, abrí la caja y sustraje las pinzas y la maquinita que, como un tesoro pirata, escondí detrás del radiador. A los pocos días, mis padres entregaron la caja a sus amigos, que echaron a faltar los utensilios y llamaron a Alejandro y Valerie sin el menor tono de gravedad para informarles. Pero fue todo un evento. Enseguida llegaron a la conclusión de que no podía ser otro el culpable. Me interrogaron con una furia contenida que toda la casa sentía. Nunca imaginé que esos pequeños objetos hubieran tenido tanta importancia para ellos. Y, por supuesto, no la tenían: eran las campanas de la conquista, levantando a los espíritus del clan para la gran ceremonia ritual de transmisión de la prisión generacional que se avecinaba. Yo negué mi culpa retorciéndome como una anguila, llorando y asegurando que sufría una injusticia. La mentira existe como un medio de defensa: es una reacción para sobrevivir. La naturaleza la utiliza, ciertos animales fingen la muerte o un miembro roto para salvar el pellejo ante un predador. Pero fue aún peor. «¿Además eres mentiroso?», me repetían mis padres con humo saliendo de sus orejas. En la casa de los samuráis, robar no era admisible. No eran las pinzas en sí, sino el acto, que ensuciaba la imagen impecable que tenían frente al mundo. En su clan no podía haber ladrones. Muchas veces, en las familias donde hay incesto, suicidios, locura, prisión o enfermedades graves, se hacen secretos para no ensuciar la imagen de la tribu ante el mundo. Por eso, cuando la madre sabe que el padre se acuesta con la hija o viceversa, a veces cierran los ojos, prefieren el sacrificio a que el clan se vea cubierto de vergüenza. Repentinamente, a Alejandro se le iluminó el rostro, porque, como me contó cuando años más tarde aprendimos a sanar toda esa situación, recordó una anécdota del psiquiatra Milton Ericsson, en la cual hizo esconder un objeto a una persona en la habitación sin saber dónde se encontraba y, tomándole la mano, logró que ella misma lo guiara hasta encontrarlo. Como si su mano estuviera encantada, también Alejandro tomó la mía, diciéndome: «Ordeno que esta mano me lleve a donde están los objetos robados, ella me va a guiar ahora mismo». Lo que me sucedió en ese momento de total angustia es que perdí toda mi voluntad y lo llevé exactamente al lugar donde se encontraba el botín.

Alejandro no se dio cuenta de que, apoderándose de mis manos, me creaba un *embrujo* psicológico. Así, andando el tiempo, fui víctima de todo tipo de incontrolables impulsos cuyo origen ignoraba. Analizándolos, muchos solían conducirme a esa situación del pasado. Robando, Alejandro me atendía, aunque fuera de manera negativa: fue una forma de vincularme con él. En el momento en que descubrió los objetos escondidos tras el radiador, el cielo entero cayó sobre mi cabeza. Las tablas de la ley de Moisés se quebraron indignadas ante mí: los residuos de nuestra

moral hebrea reventaron. Mis padres volvieron a escenificar su junta excepcional para deliberar sobre el castigo que me infligirían. Sudando, comencé a imaginar los posibles suplicios que me esperaban. Si la primera vez habían sido los cinturonazos, ¿qué ocurriría ahora? Me sentí como un pollito en la antesala del Schéol, el infierno hebreo, donde no hay felicidad. El veredicto fue más sanguinario que cualquier golpe, que para mí hubiera sido mejor. En el clan Jodorowsky de la época todo debía ser teatral, tragicómico, ceremonioso.

—Para que esto no se repita jamás, vamos a vaciar tu cuarto de absolutamente todo: ropa, mesa, juguetes, carteles... Te quedarás en una habitación absolutamente vacía, con un colchón, sábanas y cobijas. Te iremos dando prendas a diario y te raparemos el pelo por completo. Durante quince días, se te aplicará la ley del hielo: nadie te dirigirá la palabra.

A la sombra de Valerie estaba Hans Behrens con su vara, junto a su torturado hijo Heinrich, de la mano de la glacial Mary Agnes King. Y a la de Alejandro estaba Jaime, bailando con una sonriente Sheila, asesina de gatos, mientras él chasqueaba en el aire las mismas tijeras con las que había cortado el cabello a Alejandro a los tres años: la historia se repetía.

Me encogí como un perro chihuahua, mi organismo se preparó para huir, pero no tenía adónde. Viviría una auténtica ceremonia de muerte iniciática. Y tardaría muchos años en resucitar. Hacerme desaparecer en la familia era el peor castigo que se me podía dar, visto mi historial de abandono. Más adelante, adicto a la adrenalina despertada en ese momento, busqué el peligro como una forma de volver a experimentar aquel instante de mi infancia. Me uní a mujeres que me la podían provocar, viví aterrado, temiendo que descubrieran mis dobles relaciones. Procuré vivir momentos cercanos a la muerte. El conflicto se había convertido en sinónimo de atención y en una imposible puerta al amor.

A esa edad llevaba el pelo largo y lacio, por debajo de los hombros, y me vestía con ropa de flores de todos los colores que yo mismo cosía. Me recuerdo esa noche de luna llena sentado en el centro de mi cuarto con un pijama azul celeste, la cabeza agachada mirando mis pies descalzos, tratando de protegerse uno al otro, y Alejandro pelándome la cabeza con una gran tijera plateada. Valerie descolgaba mis afiches, vaciaba mi ropero y mis cajones. Como Sansón, estaba siendo despojado de mi poder. El pelo, simbólicamente, encierra la fuerza vital, e incluso sigue creciendo después de la muerte. Los hombres que en Israel habían hecho el voto de nazireat no permitían que ninguna navaja les tocase jamás el pelo. Los sabios profetas se dejaban el cabello largo como Juan el Bautista. Los rastafaris,

inspirados en la Biblia, tampoco se lo cortan nunca. La larga cabellera de Neptuno simboliza la potencia de la sexualidad. Para los antiguos germanos, representaba la libertad: a los esclavos se les rapaba. Me convirtieron, por tanto, en esclavo. Habían quebrado esas estructuras morales con sus happenings y películas, pero su hijo les sobrepasaba. «Es erróneo creer que puedes comenzar por buscar a dios intelectualmente, mientras que tus rasgos de carácter están todavía en un estado de decadencia», escribió Rabbi Abraham Weinberg de Slonim. Claro que fue de gran ayuda comenzar por algo, aunque fuera por lo intelectual. Pero las conclusiones emocionales e instintivas y las órdenes familiares se repiten de igual manera en un ser cultivado, artista, magistrado, santón o delincuente, entre los ricos o los humildes, hasta que no se realiza una profunda labor sobre ellas. La contradicción es algo que el ser humano debe aprender a reorganizar, a alinear para convertirse en aquel que realmente es.

Las inhibiciones de mis padres se desplegaron como gigantescas telarañas glutinosas. Fueron un difícil obstáculo. Alejandro, sin melena, se había convertido en un niño invisible a los ojos de su madre; yo viviría lo mismo ante los dos. Él estaba obligado a vigilar a los clientes de la tienda de su padre para evitar que hurtaran la mercancía, y cuando detectaba a alguno, debía indicárselo a Jaime, que invariablemente los corría a golpes con una violencia feroz. Con el castigo que me impuso, sólo estaba obedeciendo a su padre, corriéndome a golpes psicológicos. También era una forma de protegerme, asegurándose de que no robaría, puesto que robar me ponía en riesgo, según lo que había vivido en su infancia. De nuevo, un padre Jodorowsky le ponía una máscara de hierro a su hijo. Pasé la noche sollozando, con el cráneo brillante, en posición de meditación. «El sufrimiento es sólo una dimensión, una ilusoria prisión, de la cual en cualquier momento uno se puede liberar», me decía Gabriela cuando me veía triste. «Este mantra en sánscrito que te enseño, repítelo cuando algo te duela: *man* significa mente y *tra* significa liberar. *Mantra* es liberar la mente del sufrimiento. *Om Amideva Hriih* significa divinidad infinita.» Amitabha, el creador de este mantra, es un buda arquetípico que representa el amor. Su nombre significa luz infinita. Todo sufrimiento es curado por la luz del infinito amor, nuestro origen. Como si un aliento bendito me poseyera, instintivamente me puse a repetirlo y repetirlo frente al muro, hipnotizado como un rabino recitando la Tora. Poco a poco me dormí, acurrucado, con mi almohada en los brazos.

Los tres primeros días fueron atroces. Me sentía como las mujeres a las cuales se les rasuraba la cabeza después de la guerra por colaboracionistas. Sin embargo, esa rapada le hizo un gran bien a mi cabello, que creció hasta formar una frondosa melena. La ley del hielo me convirtió en un espectro. Paseaba por los pasillos de la

casa alisando los muros como en un mundo paralelo. Me sentía observar a los míos de tan lejos como si estuvieran en la otra orilla de un ancho río imposible de franquear. Brontis me miraba de reojo proyectándome disculpas por su obligado silencio y de vez en cuando me pasaba un chocolate a escondidas. Una noche, abatido, me lancé de rodillas con el pijama empapado en lloros ante Valerie pidiéndole que me mirara, pero inflexible como una barra metálica, y aun con un gesto terrible de dolor, rehusó hacerlo.

Cuando vaciaron mi habitación no notaron que había hecho un escondite secreto levantando las planchas de madera del piso. Allí guardaba, en una caja de sándalo, el librito índigo que me había regalado Pepé, el tío abuelo de Jacqueline: *El arte de la paz*, junto a mi muñequito de Vicente Huidobro, con el que dialogaba y me dormía, el cuaderno que Rosalba me había dejado junto a una uña de tigre cuando partió, con frases del *Bhagavad-Gita*, la pastilla milagrosa que Pachita me entregó envuelta en un pañuelo de seda, más mi pequeño Tarot. Estaba la poesía, el arte, la magia, la sabiduría y la estructura simbólica del Tarot, es decir, lo esencial. Y me puse a jugar, a meditar, a leer las frases de ese pequeño libro que apenas entendía.

Al principio, el castigo fue insoportable, pero después de unos días lo asumí. Con el pelo también me despojaron del ego, y así experimenté por primera vez que el mundo existía fuera de mi punto de vista personal. Estaba siendo iniciado en la humildad del chamán. Y, al verme resignado, aceptándolo, a la mitad del castigo mis padres empezaron a ablandarse. Una sombra peluda abrió una noche la puerta de mi presidio. Pensé: «Llegó el momento de mi muerte». Era invierno y Alejandro llevaba una túnica de pelo de orangután negro hasta las pantorrillas que lo hacía parecer un gigantesco oso.

—Axelito, despierta, vamos, despierta —me dijo susurrando—.Te traje estos regalos.

Cuando me atreví a salir de las sábanas, vi sus ojos tan llenos de emoción que se me oprimió la garganta. Me mostró un reloj gigante de plástico hinchable y unos nunchakos. Su brazo me pareció la larga mano de dios que me sacaba del abismo. Me acarició la cabeza, seguramente sintiéndose culpable de todos los errores que había cometido desde que yo había nacido. Y me fundí con él en un desesperado abrazo. Por primera vez existió una auténtica intimidad entre nosotros. Todo era ambiguo, había sentimientos de culpa en los dos. Él era el todopoderoso porque me perdonaba; yo, con mi sensación de suciedad, mi sumisión, no me sentía merecerlo porque el castigo no había terminado. Un verdadero enjambre psicológico. Brotó un

hechizo entre ambos y mi condición emocional de nuevo confirmó que sólo recibiría su afecto en lo negativo. Tendría que robar, hacer lo prohibido, dejarme atrapar, ser castigado, despreciado, perdonado y finalmente colmado de un amor no merecido.

Después de un largo momento en el que respiré a mi padre, enterró otra vez su cariño.

—Aunque me da pena, el castigo seguirá.

Volvió la barricada emocional. Con pequeñas dosis de ternura, huía de enfrentar su cariño profundamente. Esa noche nació en mí otro ser: el cleptómano. Desde ese momento empecé frenéticamente a desvalijar todo lo que podía. Al principio, nadie se dio cuenta, pero después de algunos meses fue evidente. Por supuesto, evitaron castigarme de nuevo, y con humor empezaron a llamarme el Caco. «¡Cuidado con el caco!», decían cuando salíamos a casas de amigos, como si tuviera un personaje malvado dentro que ellos mismos habían creado: el querido Mr. Hyde. Mi cleptomanía era frenética: lugar al que llegaba, lugar del que salía con algo en la bolsa. Cuando crecí un poco más, entraba en las tiendas y me iba con la chaqueta tan llena que parecía una mujer encinta. Robé comida, ropa, perfumes, discos de música, libros y todo lo que me caía en la mano. Se puede decir que al cabo de diez años era un verdadero artista del hurto. Y para ello tuve que desarrollar un sexto sentido, pues estaba obligado a ver hasta por mi espalda. Aprendí a oler a la gente, a sentirla, percibirla instintivamente, a utilizar mi mirada periférica, a ser veloz, a encontrar técnicas y actitudes que no levantaran sospechas. Hoy, a veces sólo necesito mirar a un consultante para sentir su estado de ánimo. Y ese camino que aparentemente me desviaba de la espiritualidad acabó siendo uno de mis mejores maestros. «A menudo encontramos nuestro destino por los caminos que tomamos para evitarlo», escribió Jean de La Fontaine.

El dinero puede ser símbolo de valorización, reconocimiento, y se puede convertir en un suplantador del afecto cuando hay puertas emocionales cerradas. Un hombre homosexual consultó conmigo porque su padre, en vez de tomarlo en brazos, le regalaba dinero. Él llegó a la conclusión de que a los niños había que comprarlos, pues sólo funcionaban si les regalabas cosas. No sabía amar, no podía concebir la realidad de otra manera. Amaba y rechazaba el dinero, como suele suceder cuando éste se confunde con otra energía. Era brillante en el trabajo, pero sus relaciones afectivas eran catastróficas. Buscaba al padre en los hombres con los que se acostaba para lograr una fusión afectiva con el arquetipo paterno. Le dije que buscara a un hombre que lo masajeara dulcemente, con una máscara con la

foto de su padre, sobre una cama llena de billetes, y que quedara abrazado a él largo tiempo, expresándole toda su falta afectiva, para que, después, jugaran con el dinero.

Enseguida pasé de robar pequeños objetos a sustraerle billetes a Alejandro. Él los escondía en diferentes lugares de la casa, pero yo siempre los encontraba. Le hurtaba lo que simbolizaba el afecto que no me daba. En aquel entonces, él pensaba que el dinero no debía estar en el banco y que no había que contarlo, así que le desaparecía sin entender cómo. Pero era evidente, y yo hacía de todo para que me pillara: él me ponía trampas, me descubría, y de nuevo se enfurecía, me rechazaba, y yo sufría porque en mí era incontrolable, me sentía el ser más deshonesto, sucio y traicionero del mundo. Le daba pena, me perdonaba, lloraba en sus brazos: el hechizo infernal. Después, todo volvía a la normalidad por un tiempo. Hasta que me lanzaba incontrolablemente a la carga. En los momentos previos al saqueo sentía fluir el chorro de adrenalina al máximo. Diez años de esa droga hacen adicto a cualquiera.

Así comenzó un triángulo entre Alejandro, su cartera y yo. Cada mañana, él leía durante media hora en el baño. Dejaba sus pantalones en el cuarto, con un fajo en el bolsillo, sabiendo perfectamente que yo, ligero como una sombra de lince, entraría y le soplaría algunos billetes. Se dejaba robar: yo le hacía pagar y él pagaba. A través de esa relación, el afecto que estaba bloqueado era reemplazado por el dinero y de algún modo circulaba. A él le habían prohibido manifestar sentimientos y amor, así que lo hacíamos a escondidas, entregándome su cartera y cagando al mismo tiempo, todo en medio de una atmósfera de culpabilidad. No tenía todavía las llaves para solucionar este caso, hasta que comenzó a experimentar con la psicomagia. Para entonces, yo tenía más de veinte años y una brillante carrera de mangante a mis espaldas. Me resultaba intolerable, pues por un lado era un ser evolucionado y por el otro me estaba devorando a mí mismo.

Un día le pedí a Alejandro que se encerrara conmigo en la biblioteca y le hablé de mi impulso:

—Estoy desesperado; cargo con esto como una maldición desde que soy niño y no puedo más, tengo que hacer algo.

—Lo sé —contestó—. A mí también me duele, porque no he sabido cómo

ayudarte. Pero vamos a aplicar la psicomagia. Primero, tienes que confesarme todo lo que has robado para que no quede nada en ti de culpa o secreto. Te prometo que aunque me digas que has atracado el Banco de Francia estaré tranquilo, o si me has robado miles de francos también.

Confesé mis cientos de crímenes: en tantos años, pude llenar de tesoros la cueva de Alí Babá. Después, me masajeó las manos con arcilla: simbólicamente, me regresaba mis manos a su origen. Me las enjuagó con agua bendita y las pintó de dorado.

—Ahora ya tienes manos que puedan producir riqueza. No necesitas robarla. No negaremos tu impulso: vas a hacerte mil tarjetas de visita donde esté escrito: «Soy Axel, el niño ladrón. Pude haber robado pero no lo hice. Triunfé, ámenme». Cada vez que sientas el impulso de robar, igual que robas, sin que nadie se dé cuenta, dejas una tarjeta en el lugar donde esté el objeto que querías llevarte.

Pronto, las tiendas de medio París estuvieron tapizadas de tarjetas. Nadie comprendía de dónde venían, era bastante cómico. Pero, poco a poco, fui colocando menos, hasta que el impulso cesó. Dejé de robar por completo y nunca más volví a hacerlo. Un martirio terminó. Más adelante, todavía realicé otra psicomagia: fabriqué un pantalón gigante para que Alejandro pudiera entrar en él por completo y lo dejé colgando de la puerta de su habitación. Entré para robar, como cuando él iba al baño. Entonces me agarró la mano; yo tiré y él salió de allí, rompiendo la tela. Me abrazó y le dije: «Lo que yo quería era esto: que me transmitieras afecto, no que me dejaras robar». Fue un momento importante en mi liberación.

TIEMPO DE CAÍDAS

Al final del correctivo, la vida volvió a la normalidad y empezó un nuevo tiempo en el que disfrutar de nuestra ciudad de acogida. El lado extraordinario de Nueva York fue descubrir una sala de cine del antiguo China Town. Cada sábado, nuestro padre nos llevaba a ver películas de Kung Fu. Era nuestro día de fiesta chino. Había programas dobles: una película policial erótica y otra de espadas y combates. Llegábamos temprano para poder comer en los restaurantes del barrio, siempre una deliciosa comida tradicional china. Me encandilaban las tiendas de abarrotes y de objetos decorativos regentadas por orientales, llenas de trastos que acumulaban polvo por doquier. Después regresábamos dando volteretas por las calles, saltando como pulgas marciales de contento. Brontis y yo teníamos nuestro propio dojo en la casa para practicar la vía del guerrero. Nos hacíamos pruebas todos los días; estábamos firmemente implicados en convertirnos en seres iluminados, y trabajábamos seriamente en la meditación y las artes marciales.

Jacqueline también estuvo en Nueva York un tiempo para cuidarnos. Llegó invitada por mis padres, después de meses de sufrir mis insistentes ruegos. Su llegada hizo más placentero el desarraigo de los primeros tiempos. Gracias a ella, conocí al doctor Xiong, un anciano que vivía en un pequeño callejón de China Town en el que había instalado su minúsculo consultorio y negocio de té, donde recetaba infusiones para todas las enfermedades, tan amargas que daban ganas de vomitar. Su tienda estaba literalmente tapizada por hierbas de todas clases, y en ella el doctor Xiong, únicamente a través de la escucha del pulso, auscultaba al paciente con sus ancestrales conocimientos de medicina tradicional. Aseguraba que el ritmo del corazón

es único, y que a través de su latido percibía la vida de las personas. Este hombre me conmocionó y me encariñé enseguida con él. Cada semana íbamos a ver cómo trabajaba con gestos lentos y armoniosos en la sanación de sus pacientes: él decía que un sabio anda al ritmo de su corazón. También, que en el Tao el ying y el yan se inspiran en los dos ventrículos. Por uno se espira la sangre: es receptivo; el otro la eyecta: es activo. Un movimiento vital de continuo vaivén circulatorio. La sangre es agua y fuego por su calor, pero existe gracias al alimento que procede de la tierra y se nutre de oxígeno, aire. Los cuatro elementos que contiene el Tao. Después de escuchar al doctor Xiong, regresábamos a casa caminando al ritmo de nuestro corazón. Con Jacqueline no era difícil, puesto que sus pasitos eran cortos. Por cada paso mío, ella daba tres, cosa que me obligaba, realmente, a andar al paso de mi corazón.

En esa época recibí uno de los más grandes regalos que me han hecho en la vida: la *Semántica no aristotélica* de Alfred Korzybski, que Alejandro y Valerie, entusiasmados como chinches ante la sangre, estudiaron y enseñaron durante años. A las enseñanzas de Korzybski las llamaban «las llaves del pensamiento». Mis padres decían: «¡Vamos todos a aprender a pensar en esta casa!». Con tus pensamientos creas el mundo, decía Buda. Así que creamos un mundo abierto y elegante. Una de esas llaves era: «El mapa no es el territorio», que fue útil para desarrollar los actos de psicomagia. En ellos se expresan todas las palabras contenidas en la imagen, satisfaciendo a los sentidos implicados en ella. La palabra no es el objeto, así como el mapa no es el territorio, pero la mente tiende a absorber la metáfora como si fuera la realidad misma.

«Según lo que yo pienso», era otra de estas llaves: una fórmula que significaba que no debemos encerrar el mundo en un solo punto de vista personal. Hay que aceptar que uno observa y piensa lo que llama realidad según vivencias, códigos educativos y tantos otros filtros personales. Es una elegante invitación a no imponer al mundo tus límites conceptuales, como si ellos fueran la verdad absoluta. «Lo que es una verdad aquí no la es allá», era otra de estas máximas. Brontis y yo las aplicábamos a todas las cosas posibles, respondiendo constantemente: «Según lo que tú sientes», «según lo que te contaron», «según te recuerdo». Y cuando alguien decía: «Esto es malo», yo, a mis ocho años, respondía: «Según lo que tú piensas que es malo, porque sólo es tu punto de vista», lo que realmente desesperaba mucho a mis interlocutores, especialmente a los profesores de la escuela, que llamaban a mis padres porque me consideraban un insolente por discutir su forma cerrada de pensar. «Según lo que pienso, usted no sabe imaginar», les contestaba; hasta que, invariablemente, acababa expulsado del aula.

Había otras llaves, como: «Porque un irlandés sea terrorista, no todos los son», o: «No porque tu marido se fue, todos los hombres son unos desgraciados que abandonan a las mujeres». Es decir, que «el león uno no es el león dos». Cada vez que mis padres hablaban, les rectificábamos. Valerie decía: «Estoy cansada», y se encontraba con una voz nasal de filósofo enano que le contestaba: «Estás cansada, hasta cierto punto». Alejandro se atrevía a expresar: «Esto no está bien», y encontraba como respuesta: «Según tus valores morales sobre el bien y el mal». Al final del día habían tenido tiempo de sobra para arrepentirse de habernos enseñado a pensar así.

Por aquellas fechas, mi padre comenzó a escribirme una historia para que leyese, que más adelante se convirtió en un cómic: *Alef-Thau, el príncipe manco*. Pero, a pesar de sus esfuerzos, yo no avanzaba con la lectura. Aún no se habían percatado de mi dislexia. Y sus esfuerzos para que aprendiese se convirtieron en un tira y afloja interminable conmigo. De este nuevo enfrentamiento surgió en mí un impulso creativo hacia la performance como una manera sutil de protestar ante mi alfabetización forzosa: cuando salían de noche, aprovechaba para manchar los muros del baño con falsa sangre, teñía de rojo el agua de la bañera y me metía en ella vestido, con una navaja en la mano, chorreando globulina y con una carta en el recibidor que rezaba: «Alejandro y Valerie, no soporto más la vida, todo esto es un mar de dolor infinito, decidí morir, adiós. Firmado: Axel».

La primera vez, Valerie encontró la carta, la leyó y corrió escaleras arriba desesperada. Al entrar en el baño y ver la tan verosímil escena, se puso a gritar de rodillas en estado de shock. Alejandro llegó tras ella y se me echó encima aterrado para ver si aún respiraba. Yo no pude retener la risa y exploté. Valerie por poco me estrangula. Alejandro apretaba los dientes, pálido y anonadado, mientras mascullaba: «Es un surrealista, ¡qué quieres que le hagamos!, de tal palo tal astilla».

En otra ocasión, durante la visita de unos amigos, pudieron ver cómo un charco de globulina bermellón se deslizaba bajo la puerta. Cuando abrieron, me encontraron desnudo, escupiendo borbotones de sirope de fresa, con una mano sosteniéndome el sexo cubierto de líquido azucarado, como si me hubiera emasculado, y en la otra una tijera y dos albóndigas de carne molida. Todavía hoy, cuando nos reunimos, toda la familia me lo recuerda. También dejaba la ventana abierta, bajaba riendo las escaleras con una cubeta de agua con tintura roja para ropa que tiraba en la banqueta, donde me acostaba en una posición torcida, y gritaba como si me estuvieran destripando. Valerie, desde el balcón, casi se tiraba abajo del ataque al verme. Era una forma de prepsicomagia, puesto que, de manera metafórica,

exorcizaba y obedecía a mis conclusiones: para que me amaran, tenía que sufrir, caer y morir (desaparecer). Era una situación contradictoria: por un lado, había risa, poesía, libertad, escuela iniciática, y por el otro, sangre, encierro en el universo familiar, caídas, accidentes y aperturas de cabeza, con cinco o diez puntadas cada vez. En el fondo, vivía encerrado en una prisión ambulante familiar, una tribu de artistas narcisistas, sadomasoquistas, emocionalmente incestuosos, caníbales místicos en busca de la iluminación. Cuando crecí un poco y me convertí en adolescente, mis padres me rescataron más de una vez de comisaría por atravesar un supermercado desnudo, con el cuerpo pintado de amarillo, o por meterme en alguna pelea. Comenzaba mi época más difícil: a los dieciocho años, ahogado en dolor, decidí cambiar mi vida por completo y quise convertirme en un monje artista. Vacié mi cuarto de cuadros, afiches y ropa, salvo libros y objetos sagrados, lo metí todo en una caja y la hice arder. También me rapé al cero: diez años después, repetía la misma ceremonia de penitencia a la que me habían sometido en mi infancia. Y es que, cada diez años, el cerebro culmina un ciclo (aunque ese tiempo puede variar) y, a veces, si no le ponemos conciencia, tiende a buscar la repetición como si se tratara de aquel exacto momento.

El final de mi formación como actor coincidió con el inicio del rodaje de *Santa sangre*. Alejandro vino a ver la función de final de curso. Buscaba un intérprete para su película; en absoluto pensaba en mí, pero cuando me vio actuar se sorprendió y me contrató enseguida: el papel me venía como un guante. El filme se estrenó en varios países. Aparecieron artículos con alabanzas a mi trabajo, fotos, periodistas, festivales... No lo soporté y apareció mi neurosis de fracaso. Una noche, después de una presentación, un periodista perdonavidas me dijo: «Usted debe ser otro de esos hijos pretenciosos imitadores de padres artistas». En esa época inflamada, casi lo agarro a patadas. «¡Yo me estoy tratando de parir!», le grité agarrándole de las solapas: «¡El verdadero arte no surge de nadie más que de uno mismo!». El pobre huyó despavorido ante mi agresividad. Otro entrevistador amable, estilo oveja carnívora fingiendo inocencia, me preguntó a los pocos días: «¿No es muy duro ser hijo de sus padres?». Yo respondí: «¡Igual que ser hijo de los suyos!». El Corán dice: «Dios sólo le impone al hombre lo que puede cargar». Hay que aceptar que el huevo existe para fortalecer el pico del águila.

En esos días fui invitado en París a la fiesta de un artista chileno y, en medio de la efervescencia, me pusieron ante la nariz un aparentemente inofensivo polvo blanco. Sin saber qué me estaba introduciendo en el cuerpo, esnifé todo lo que había y mi

cuerpo entró en shock: era heroína pura. Mi corazón dejó de latir, ignoro durante cuánto tiempo. A una velocidad vertiginosa, atravesé una inmensa luz y me encontré flotando, absolutamente inmaterial, en la paz más infinita. Ese lugar llamado muerte me resultó lo más sereno que nunca había experimentado. En un instante sobrepasé el instinto de conservación que tan a menudo impide que desvelemos nuestra esencia. Podría compararlo con la gran puerta sin puerta a la que se refieren tantos maestros, como Mumon Kan:

El gran sendero no tiene puerta.
Miles de caminos llevan a él.
Aquel que atraviesa esta puerta sin puerta
camina libremente entre el cielo y la tierra.

Gracias a un electroshock en el pecho, esa noche volví a la vida. A mi alrededor había varios bomberos cacheteándome tan fuerte que se me pusieron las mejillas hinchadas como suflés de manzana. Los miré y me puse a llorar en sus brazos. Una vez más, moría, obedeciendo al hechizo, y volvía a la vida para caer en brazos de un papá. Si interpretamos todas las cosas que nos suceden en la vida como si viviéramos un sueño —y pienso que así es como habría que interpretarlas—, yo estaba viviendo una pesadilla: desde esa experiencia de muerte comenzó una nueva etapa de caídas, mucho más fuertes que las que sufría de niño. Una y otra vez, me estrellaba en todos los proyectos que emprendía. A los veintiocho años, mi relación con Alejandro había mejorado infinitamente: hacía tiempo que obraba como asistente en sus talleres. Habíamos avanzado en nuestra comunicación emocional, laborando para el mundo al mismo tiempo. Cuando recibió una invitación para viajar a un festival de cine en Chile, me envió en su lugar. Por fin podría conocer las calles de los poetas de mi infancia. Pero lo que sucedió es que los organizadores esperaban a Alejandro como reclamo publicitario y, viéndome llegar a mí, me alojaron en una pequeña habitación de hotel y me olvidaron. Esa misma noche, en el baño, el cabello se me cayó a puñados: habían pasado otros diez años y el cerebro repetía de nuevo el ciclo. Pasé una semana prácticamente solo, a no ser por la amable compañía de una exuberante señora parecida a la escritora Colette. Con su zorro disecado alrededor del cuello, fumando cigarro tras cigarro en su boquilla dorada, me cantaba afónica los tangos de Carlos Gardel mientras me paseaba por la ciudad. Pero el último día, cuando presentaron el filme, todos se lanzaron sobre mí. El director del festival, que ni siquiera me había saludado, se fotografiaba a mi lado. Conocí a una famosa actriz y me convertí en su amante. Me presentó a todos los artistas underground de la época y un director me propuso un papel para su próx-

ima película, inspirada en *El túnel*, de Ernesto Sábato. En Chile aparecí en todos los diarios y, cuando me quise dar cuenta, me había convertido en una fugaz estrella.

Llegó el día en que el director debía presentarme a la coprotagonista, mi pareja en el filme. Esperaba a una veinteañera, pero me encontré frente a una mujer madura, mucho mayor que yo. Era la esposa del director y la productora ejecutiva del proyecto. Quería ser cantante y la película pretendía ser un vehículo para lanzarla. Nuestra pareja era la más dispareja del mundo del cine. El personaje que interpretaba era un asesino, un escritor, alcohólico. Y yo, disciplinado y comprometido, me dije: «Entro en el papel y me salgo al cabo de cuatro semanas». Así que me vestía todo el tiempo con la ropa del personaje, dormía con sus botas, mi cuarto estaba tapizado de artículos de asesinatos, escribía una novela y… bebía. El director se reía: «Tomas tu papel demasiado en serio, huevón, relájate». Pero yo venía de otra escuela. Para mí, un papel era una cuestión de vida o muerte.

El rodaje comenzó a retrasarse. En vez de durar cuatro semanas, duró dos años. Dos años de continuos retrasos, parones… Y empezó el infierno, porque no podía hacer otra cosa más que esperar a que acabara aquella locura de filmación para salir de mi papel. Estaba atrapado en Chile, en una cárcel. Mientras no filmaba, con una fidelidad absoluta seguía vestido de escritor asesino y alcohólico y, por cierto, apestaba a rayos. Todos me decían: «¡Báñate ya!». Pero el traje de roña me presentaba al mundo como un malvado que se sentía culpable de haber cometido un crimen: un traje mugriento que llevaba desde niño.

El Santiago de la época trataba de revivir después de tantos años de túnel. Conocí a poetas y escultores, directores de teatro, actores. Cada noche visitaba el Jaque Mate, bar mítico de artistas. Fue un periodo de excesos, poesía y sexo, donde mi ego se hinchó como un pavo. Cuantos más artículos salían en los periódicos a la espera del estreno del filme, más me angustiaba. Y empezaron los accidentes, con la misma lógica masoquista de mi niñez: una noche me quebraron una botella en el cuello; llegué sangrando a la clínica, casi desangrado, y me cosieron diez puntos a unos milímetros de la yugular. Me asaltaron tres veces, con grupos cada vez más numerosos de bandidos que me apalearon en el suelo por hacerme el valiente. Me acuchillaron, me golpearon: un amigo poeta tuvo un ataque de locura y, creyendo que le estaba robando su novia, se me tiró encima y me dio una golpiza descomunal. Mi cara parecía un cuadro de Francis Bacon. Al menos sirvió para que mi amigo dejara de beber para siempre, arrepentido como estaba del estado en que me dejó. Los doctores son padres simbólicos: los de la clínica a la que acudía ya me saludaban como a un viejo conocido.

Cuando llegó el día del estreno, yo estaba en comisaría de nuevo: la noche anterior bebí demasiado, tuve un accidente automovilístico y me llevaron una vez más a la jaula, entre los peores desechos humanos de Santiago. Era sábado y hasta el lunes no llegaban los jueces: tenía que quedarme allí todo el fin de semana. Esta vez no me salvó la poesía, sino los periódicos. Mi foto salía en primera plana.

—Mira que te pareces al actor de la película.

—Soy yo —confesé con timidez.

A partir de ese momento me trataron como un rey y tuve «suite» particular. Pero, mientras aparecía en pantalla, una parte de mí seguía siendo *el Caco*. La película fracasó por completo, aunque, por suerte para mí, las críticas no me tocaron. Con todo, fue atroz haber invertido tanto tiempo de trabajo. En la misma época había nacido mi hijo Damián, y me obstinaba en no darme cuenta de la verdad sobre su concepción. Por último, ese ciclo finalizó con el anuncio de la muerte de Teo, mi querido hermano. Ahogado en culpas y depresiones, empecé a beber aún más y di lo peor de mí al mundo. Confucio decía: «Cada clase de persona cae en un exceso que le es particular. Uno puede reconocer la virtud de un hombre observando sus defectos». Mirando a la botella, me preguntaba: ¿cuál es mi virtud? ¿Dónde se esconde?.

Tras el fatídico estreno, mis antiguos amigos me daban la espalda. El Chile que me había halagado me escupía con su cruel desprecio. «Este huevón no vale nada», me parecía oír en cada cenáculo de artistas. Y mi descenso continuó hasta convertirse en literal. Una noche fui invitado a una galería de arte donde el gerente había mandado aserrar el barandal del balcón para introducir un cuadro demasiado grande. Al volver a colocarlo, los operarios olvidaron clavarlo. Nada más llegar, salí a tomar el aire con un amigo pintor al que llamaban el Chino. Ambos nos apoyamos en el barandal e inmediatamente nos vimos flotando en el aire, penetrando en el vacío sin posibilidad alguna de evitarlo. Nos enfrentábamos a una caída de diez metros. Todo corrió a cámara lenta: el whisky volaba, un clavo saltó a mi lado, la mueca de mi amigo se desdibujó. Comprendí que iba a morir de nuevo, quizás para siempre. Rebotamos de espaldas sobre el pavimento, que sonó como un trueno. Percibí claramente que, otra vez, mi corazón había dejado de latir: el shock lo había parado. Hubo luz y entré por segunda ocasión en esa dimensión del no tiempo y no espacio, en el absoluto silencio y paz que ya conocía. Cuando me atreví a mirar, fui deslumbrado por una fulgurante luz. De su interior, surgió la indefinida del rostro de una anciana. Sin verla mover los labios me dijo: «Levántate, mi niño». Entonces sentí mi corazón palpitar de nuevo y, como saliendo de una larga apnea subacuática,

tragué aire a todo pulmón y di un grito de dolor que me devolvió a la vida. Todo temblaba a mi alrededor, hasta que, poco a poco, se restableció la imagen del mundo. Vi una hormiga sobre mi mano y sentí un infinito amor y unión por ella. Giré los ojos y vi hojas, autos, gente que se acercaba a mí corriendo desbocada. Me sumergió el estupor, la inmensa belleza de existir, percibí lo que los sabios llaman *ilusión*, con su efímera fragilidad, y la amé. Con lágrimas escurriéndose por mis mejillas, me dije: «La vida es el regalo más santo que pueda existir, y hay que preservarlo».

«¡Levántate!», bramó una voz en mi interior. «Haz de tu caída tu ascensión, está permitido caer, pero levantarse es obligatorio. ¡Levántate! Llegó el momento de ser un buen alumno de la vida y aprender humildemente de lo que te sucedió. O mueres o resucitas.» Había llegado el momento de sanar, de arrancarme el collar de reo que llevaba desde niño. «Las grandes almas tienen voluntades; las débiles, tan sólo deseos. ¡Levántate! Recuerda el koan que Alejandro te planteó cuando eras niño.»

En un bosque hay un tigre feroz con un collar de diamantes. ¿Quién se lo puede quitar?

«¡El que se lo puede quitar eres tú mismo, porque tú eres el tigre! Vamos, ¡levántate! Libérate del collar que te impusieron. Aprende a incinerar lo que eras. Deja de ser un niño mendigando amor. Ten confianza en tu camino único, elegido por el Misterio para forjar tus pasos. ¡Levántate! Si quieres que dios camine en ti, haz el milagro tú mismo: nadie lo hará en tu lugar. "Cuando se te ha roto el arco y se te han roto las flechas, ¡dispara con todo tu ser!"»[5] .

Para sorpresa de los que se arremolinaban a nuestro alrededor creyéndonos muertos, me incorporé de golpe. A mi lado, el Chino me miraba conmovido y, arrastrándose hasta mí, vino a buscar mi abrazo. Aparte de un hueso dislocado y de una costilla fisurada, estábamos enteros. Fue un auténtico milagro.

—Adiós, Chino, me vuelvo a París —alcancé a decirle—. Tengo una obra que realizar y algo que aportar al mundo.

—Ve, amigo —me dijo, apenas teniéndose en pie—, y que la poesía te acompañe.

Una persona que había caído en una profunda lógica de fracaso y de desprecio de sí misma vino a verme para que le ayudara a salir de ese

---

5 *Proverbio zen*

pozo. Su padre había sido un empresario que había fracasado en todos los negocios que emprendió. Arruinado y solo, se dio al alcohol. Lejos de los suyos, murió embriagado en plena calle. Le aconsejé que fuera al mismo lugar donde había fallecido, vestido con los harapos de un mendigo, con una botella en la mano. De esa guisa, permaneció tirado en el suelo durante cuatro horas como un borracho y, sólo pasado ese tiempo, se desvistió tapándose con una sábana, se puso un traje todo blanco que llevaba en una maleta y habló con el traje de harapos extendido en el suelo como si fuera su padre, explicándole que él no viviría su vida por más tiempo para estar a su lado y acompañarle en su desgracia. Por último, roció el lugar con polvo de oro y plantó el traje en un campo de trigo, que simboliza la abundancia.

EL HACHA DE ORO

Regresar de Chile e instalarme de nuevo en la Ciudad de la Luz a los treinta y un años fue volcarme en la psicomagia, el psicochamanismo, el Tarot y los masajes de nacimiento. También continué actuando en el teatro: ingresé en el elenco de una compañía llamada El Silencio e interpreté al sufridísimo Antonin Artaud, encarcelado en la locura de su asilo psiquiátrico. Para darle vida, me pintaba el cuerpo de dorado bajo el traje. Si el verdadero poder reside en la humildad, el resplandor debe llevarse dentro y la sobriedad fuera. Así, me pintaba de rojo los testículos y la planta de los pies para dar fuerza a mi actuación. También me ataba una cuerda dorada alrededor del pecho con siete vueltas para concentrar mi energía. Me chorreaba con un perfume siete machos del Mercado de las Brujas de México, me ponía el anillo que Teo portaba, comía arroz hervido, meditaba creando su realidad en un rincón durante tres horas e incluso todos los días me meaba en los pantalones antes de salir a escena para que el traje apestara en verdad a rayos. En una gira, visité de nuevo Chile. Yo interpretaba al presidente Salvador Allende y mil personas lloraban cada noche con mi muerte en el Palacio de la Moneda. Fue una etapa de absoluta creatividad, pero el teatro me hacía continuar escondido detrás de la máscara de un personaje. Por fin, decidí dejar El Silencio para dedicarme por completo a las artes sanadoras.

Para convertirme en un ser útil al mundo y a mí mismo, sabía que primero debía desprenderme del collar que me oprimía. A pesar de toda la labor personal que ya acumulaba, sentía que aún no me había liberado por completo de mi impulso hacia el fracaso y mi encierro ante el mundo. Pero a los treinta y ocho años, tras otro ciclo

de diez, conseguí romper el hechizo gracias a un acto que le dio un rumbo definitivo a mi vida.

Una pareja de ancianos poseía un terreno con una minúscula cabaña en el bosque del Montseny, a pocos kilómetros de Barcelona. Era muy vieja y se desmoronaba por momentos, devorada por la carcoma. En su interior había muerto un pobre perro, víctima de un arrendatario que lo olvidó amarrado hasta que lo consumió el hambre. Los dueños eran algo supersticiosos y querían deshacerse del lugar para construir en el solar. Como querían echarla abajo cuanto antes, les pedí prestada la cabaña para realizar un acto de psicomagia. Pero aquellos simpáticos ancianos me la regalaron para que hiciera con ella lo que me viniera en gana.

Llamé a Valerie y Alejandro y les conté lo que planeaba. Accedieron y semanas después nos citamos en Barcelona. Durante una mañana me dediqué a vaciar la cabaña de basura. Estaba en medio de un bosque, lejos del mundo. Tapé las ventanas, pinté el interior de negro y conseguí que no pasara ni un rayo de sol. Dejé preparados unos bidones de agua y otros elementos para el acto, como un ramo de flores, pintura corporal, una maceta con un rosal, unas tijeras plateadas y un hacha. Al día siguiente, me pinté de oscuro de la cabeza a los pies, me puse una piel de borrego teñida de negro encima y me vestí con un mono del mismo color. También me esposé el pie izquierdo con una bola de reo que previamente había mandado fabricar. Tenía unas pinzas para fumar marihuana y una maquinita para liar cigarros y dos pelucas falsas y una trenza de pelo natural negro, que metí en una mochila también negra que me puse en la espalda. Me coloqué anteojos oscuros y me puse un ancho collar de cuero que había comprado en una tienda de animales, con siete falsos diamantes incrustados. De esa guisa, salí al exterior como una sombra para espanto de los turistas que me crucé en el ascensor. Deambulé por toda la ciudad: el programa de exclusión brotó, la gente realmente evitaba mirarme, asustada de mí. Durante siete largas horas recorrí la ciudad: el barrio medieval, las Ramblas, el barrio Chino... Sólo la libertad que tradicionalmente se respira en las calles de Barcelona me hace explicarme que ningún policía se acercara a pedirme la documentación. Así, con el cuerpo molido por la sensación de encierro y suciedad, alcancé a Alejandro y Valerie y, juntos, condujimos en silencio hasta la cabaña. Al llegar al bosque, les di el saco que llevaba en la espalda para que, con lo que había dentro, se prepararan como habíamos convenido. De la mano, me llevaron al interior de la oscura cabaña y me amarraron con tela adhesiva negra a una pequeña silla de niño, dando diez vueltas a mi cuerpo (por los ciclos repetitivos de diez años). Enseguida me vaciaron una bolsa de basura encima para simbolizar el desprecio de su parte que yo había sentido venir de ellos. Lo hicieron con todo el dolor de

sus almas, racionalizando a cada acto lo que no habían logrado comprender en el pasado. Cuando ya parecía una masa amorfa e inidentificable, les pedí que salieran y cerraran la puerta. Temblando de pena, me dejaron solo en la más absoluta oscuridad. Uno de los principios de la psicomagia consiste en afrontar el dolor, en lugar de escapar de él o tratar de ignorarlo, con el objetivo de encontrar su raíz y poder desintegrarla. Eso pide coraje, estar dispuestos a todo. Hipócrates decía: «Cuando alguien quiere la salud, primero hay que preguntarle si está dispuesto a suprimir las causas de su enfermedad. Sólo entonces es posible ayudarlo».

En la oscuridad, pude ver el cuerpo del pequeño y delicado niño que fui. Me sentí como una oveja negra extirpada de su rebaño universal. Mi corazón empezó a latir como si fuera a reventar. Era verano y sin embargo sentí un frío polar perforándome la carne con sus lanzas de hielo, envenenadas con los muros del inmenso loft de mi niñez, las paredes desnudas del apartamento de Nueva York y las piedras húmedas de los calabozos de Santiago. Poco a poco, me transmuté en el cadáver del perro muerto y me escuché aullar de hambre y de frío. Me di cuenta de que había fallecido exactamente en el lugar que yo ocupaba. Y grité mamá y papá como nunca antes había nombrado estos ancestrales arquetipos.

Ellos, desalentados, acudieron de inmediato a la llamada. Alejandro abrió la desvencijada puerta a patadas, entró la luz, y me tomaron en brazos con infinito amor, diciéndome: «¡Aquí estamos! ¡Te ayudaremos a salir de aquí, hijo!». Estaba todavía recubierto de una espesa muralla de mugre. Sentí que la piel de borrego era las ronchas que me hicieron sufrir en mi infancia. La picazón me invadió devorándome como una marabunta de hormigas asesinas.

—Todo esto ha sido un recorrido infernal para obtener amor —les dije—. Tuve que ser abandonado y muerto en el último rincón de la tierra, como el fantasma de un perro, para que ustedes acudieran a mí. Siempre han acudido al verme al fondo del derrumbadero, compadeciéndome, y muy sutilmente despreciándome como lo hicieron sus padres con ustedes. He muerto literalmente dos veces ya. Pero ahora voy a vivir. ¡Este hechizo se rompe aquí mismo!

—¡Claro que sí! —gritó Alejandro—. ¡Libérate, hijo!

—¡Eres libre! —añadió Valerie.

Y así lo repitieron una y otra vez, dándome ánimos para reventar la tela adhesiva que me aprisionaba. Con un gran esfuerzo, logré hacer estallar esas cadenas: mi celda temporal. Respiré hondo, y con todas mis fuerzas ordené:

—¡Denme inmediatamente las llaves de esta bolsa, de este gigantesco monolito

inhibidor que me ha robado mi libertad!

En cuanto me liberé, procedí a arrancarme furioso el traje de reo.

—¡No soy el Caco! ¡Ése no es mi destino! ¡Me quito también este excremento, esta mirada suya de desprecio que me carcomió, esa mentira sobre mi supuesta naturaleza maligna que llamaban inconsciente!

Quedé tan sólo con la piel de oveja negra encima: mi rol de sombra, la excusa para no ver.

—Este cerro de basura, ¡también lo hago saltar! —y de mi espalda salió eyectada como el asiento de un jet.

Inmediatamente sentí que me crecían dos alas de albor que llenaron la habitación. Alejandro y Valerie se colocaron las dos pelucas que traía. Tomé las tijeras plateadas, iguales a las que ellos utilizaron cuando era niño.

—Ahora voy a cortarles el pelo para que mi dimensión instintiva retome su poder, su territorio, se le quite el miedo y se obre la reparación.

A veces, para romper un círculo de comportamiento, hay que, como dicen ciertos curanderos, devolver el *daño* a quien le pertenece. Y, con una metáfora, no dañas realmente a nadie. Ellos, humildemente sentados en el suelo, agacharon la cabeza y se dejaron pelar en la semioscuridad. Sin la cabellera, ya no eran esos arquetipos temibles y todopoderosos.

Entonces les pedí que sacaran de la bolsa las pinzas, la máquina para liar tabaco y la trenza de pelo.

—No es por haber sustraído estos objetos por lo que me castigaron. Sólo fueron una excusa para no afrontar sus inmensos conflictos no resueltos. Quiero que me los regalen.

En esa oscuridad los vi posarse en mis manos como metal ardiente y se convirtieron en objetos de poder.

—Ahora devuélvanme mi cabello —les pedí, y ellos, ceremoniosamente, depositaron la trenza en mis manos, que sentí ardientes como un hierro al rojo. Apreté fuertemente el pelo y exclamé:

»¡Esto simboliza mi fuerza, y por este acto sagrado la recupero para mí y mi descendencia!

Pero todavía me quedaba el collar del tigre incrustado en el cuello. Le pedí a Alejandro que se pusiera frente a mí. Me puse de rodillas como cuando era niño, lo saludé formando con mis manos un triángulo frente a sus pies y, pegando la frente

en el suelo, le pedí:

—Alejandro, vuelve a darme el koan del collar del tigre que durante tantos años he intentado resolver.

Alejandro cerró los ojos y aclaró su voz de *hara*:

—En un bosque hay un tigre feroz con un collar de diamantes. ¿Quién se lo puede quitar?

En ese momento me puse a temblar y, tragando todo el aire del que fueron capaces mis pulmones, pegué el rugido más fuerte que jamás había dado. Me puse en pie y empuñé el hacha que tenía preparada: poseído por la furia, la emprendí a hachazos contra las paredes hasta que, poco a poco, comenzó a entrar la luz a chorros. El trance duró casi una hora, tras la cual Alejandro y Valerie habían salido para dejarme espacio y evitar que les cayera el techo encima, como me acabó pasando a mí. El sol ya se había puesto y comenzaba a caer la noche. Completamente extenuado, lleno de rasguños, salí de entre los escombros. El color negro casi había desaparecido por los ríos de sudor que corrieron durante la cruzada.

Mis padres meditaban o, más bien, rezaban por mí. Me senté otra vez de rodillas frente a Alejandro y lo miré a los ojos.

—Este collar me lo pusiste tú hace treinta años. Fue mi más grande maestro, pero ya no me pertenece. He sido esclavo y me libero.

Me lo quité y se lo di. Alejandro, con la cara radiante de felicidad y emoción, lo tomó entre sus manos.

—Un koan no tiene una sola respuesta —me dijo—, y cada monje revela la suya. Todo ser humano tiene que responder a su koan. No importa cuánto se demore en hacerlo. Respondiste al tuyo: ¡te felicito! Eres un hombre libre.

Con las garrafas de agua y las flores, mis padres improvisaron un baño florido en el bosque. Alejandro vaciaba el agua sobre mi cabeza y Valerie me frotaba pétalos por el cuerpo. «Amado hijo», «te honramos», «bendito seas», les escuché decir. Con los pétalos caían todas las corazas del pasado. Después, se llenaron las manos de pintura y comenzaron a masajearme el cuerpo hasta dejarme completamente pintado de oro en el lado derecho y de plata en el izquierdo. Y sentí mi organismo imaginario extenderse por todo el universo como un cuerpo de luz.

—Gracias, Cristóbal —me dijo Alejandro—, por permitirnos solucionar este doloroso pasado, y comprender profundamente lo sucedido, por hacer evolucionar a todo el árbol y ahorrarles sufrimientos a nuestros descendientes. Bendito seas.

Ahora sé que, a través de ti, mi trabajo perdurará.

Juntos, cavamos un pequeño agujero en la tierra y enterramos los elementos utilizados, incluido el collar. Rocié el hoyo de miel, planté el inmenso rosal blanco y suspiré aliviado. El hechizo estaba deshecho.

Más adelante descubrí un ritual chamánico similar: *la cuesta del alma*, que para ciertos pueblos representa una etapa fundamental de sanación. En él, los chamanes acompañan al enfermo o iniciado en un viaje imaginario, a veces con un hacha dorada, a través del bosque o selva, hasta llegar a los infiernos, para buscar al *niño perdido* o enfermo, que simboliza el alma. Entonces, se canta para mostrarle el camino y traerle de vuelta al mundo de los vivos, a la salud, como hace el chamán teleuta: «Regresa, regresa a tu patria, a tu choza, cerca del fuego que brilla, regresa cerca de tu padre, cerca de tu madre».[6]

De noche cerrada, salimos del bosque los tres de la mano, más unidos que nunca. Conduje el automóvil hasta el hotel. Al entrar en la ciudad inundada de luz, sentía derramarse el oro de mi piel, dejando un inagotable rastro a mi paso. Quedaba que ellos me reconocieran y valorizaran delante del mundo, y decidí pasear por las Ramblas. Alejandro y Valerie latían a mi lado con infinito amor cuando, de pronto, una muchedumbre comenzó a tomar las calles y los cláxones de los autos empezaron a sonar sin descanso.

El equipo de la ciudad había ganado un importante partido. El mundo entero me daba la bienvenida y sentí que se estaba festejando mi aparición: todo recobraba su equilibrio. Atravesando tranquilamente el gentío, llegamos a una plaza de donde emergía una gran estatua de Cristóbal Colón, rodeada de cuatro leones: Colón es la quintaesencia, la carta del Mundo en el Tarot, el héroe que sale del huevo. Inevitablemente, al ver su brazo extendido señalando América pensé en el brazo de Arturo Prat y su uña dorada. A sus pies me despedí con un caluroso abrazo de mis padres y cada uno siguió su camino sin mirar atrás. Paseando, llegué a la playa con

---

6 *Citado por Mircea Eliade en El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis.*

la luna meciéndose en las olas. Me senté frente al mar con las piernas cruzadas y me dije: «Un verdadero koan no se le responde a nadie; se vive la respuesta en la intimidad, al igual que la condición divina se vive en la intimidad».

Interiormente, volví a plantearme la pregunta:

En un bosque hay un tigre feroz con un collar de diamantes.
¿Quién se lo puede quitar?

E, inspirando felicidad, surgió la respuesta definitiva:

¿Qué collar?

AGRADECIMIENTOS

Para la realización de esta obra, he contado con el ánimo e inestimable apoyo de varios seres a los que estoy infinitamente agradecido:

El periodista Víctor Amela, un Hermes contemporáneo.

El terapeuta Celso Bambi, viajero incansable que me ha abierto las puertas de muchos países.

El escritor David Barba, que me impulsó con toda su fe a lanzarme a escribir y me acompañó con sus indicaciones durante todo el proceso de escritura.

El maestro Giò Fronti, por las profundas conversaciones que me regaló.

El escritor Sergio Álvarez, por su acertado consejo crítico.

Mi asistente Naska Groppaglio, fiel compañera en la labor psico-chamánica.

Y a todas las personas que se han entregado a mi labor con tanta fe, de las cuales he aprendido infinitamente.

ADVERTENCIA

El objetivo de este libro es educar. No está redactado para impartir terapia médica o psicológica. Cuando exita sospecha de alguna enfermedad física o emocional, consulte previamente a un profesional cualificado.

El autor, el ilustrador y el editor no tienen ningún compromiso o responsabilidad con respecto a la pérdida, daño o lesión de alguna persona, causados, directa o indirectamente, por la falta de información en esta obra.

Galería Fotos

Sheila Behrens King niña con sus padres Mary Agnes King y Heinrich Behrens Kaufmann

Mi bisabuelo Carlos Martínez

Mi bisabuela Victoria *la Cachiporra*

Mi abuelo Jaime y su hermano Benjamin

Mis abuelos Sheila Bherens y el el Cánek Martinez (Carlos Trumblay)

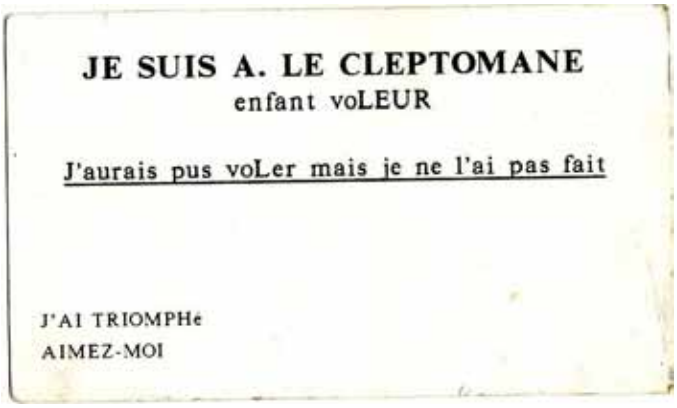
Brontis y Axelito (Cristobal chico)

Valerie y bebé

Teo jodorowsky

Alejandro y Axel (Cristóbal chico)

Jacqueline Ducolomb
mi segunda madre



JE SUIS A. LE CLEPTOMANE
enfant voLEUR

J'aurais pus voLer mais je ne l'ai pas fait

J'AI TRIOMPHe
AIMEZ-MOI

Tarjeta original del acto psicomagico del cleptómano

Pago simbólico por el dolor de Alejandro y Valerie

BNP Banque Nationale de Paris

A rédiger exclusivement en francs français B.P.F. El más alto precio

Payez contre ce chèque non endossable sauf au profit d'un établissement bancaire ou assimilé :

Este cheque cubre todo lo que te debo y no te dí cuando fuiste niño, mínimo tres millones de pesos dólares.

A Axelito Jodorowsky

agence n° 01635 compte n° 00023056

M ALEXANDRE JODOROWSKY

Calle de puebla al lado de Teatro Ulueta.

A Mexico. D.F le 24 julio 1965

50,000,000

50 Cinquante Francs

Banque de France

W033118889

Axel (cristóbal niño) de Dracula

Cristóbal Interpretando Fénix en Santa sangre

Cristóbal como un samurai en Escuela Marceau

Mercado de Sonora en México

Cristobal con Vilma Angélica Pinedo, decendiente de una saga de curanderos

El chaman Peruano Mario Cama

Limpia del chaman con el condor desecado

Cristóbal en la montaña de Sorte en Venezuela, con un chaman

Acto de reconocimiento del ser sagrado

Abertura del corazon

Operación psicochamanica con pulmones de vaca

Alejandro y Cristobal Jodorowsky 2007